colección Polifonías

Upton Sinclair



La jungla

Presentación de **César de Vicente**

Cuando La jungla se publicó por entregas en el periódico socialista *The Appeal to Reason* en 1905, era un tercio más extensa que la edición comercial y censurada que se publicó en forma de libro al año siguiente. Esta expurgada edición eliminaba gran parte del sabor étnico del original, así como las más brillantes descripciones de la industria cárnica y algunos de los comentarios más punzantes y políticos de Sinclair.

Escrito tras una visita a los mataderos de Chicago, se trata de una descripción dura y realista de las inhumanas condiciones de trabajo en el sector. No es frecuente que un libro tenga semejante impacto político, pero su publicación generó protestas a favor de reformas laborales y agrícolas a lo largo y ancho de Estados Unidos, y dio lugar a una investigación de Roosevelt y el gobierno federal que culminó en la "Pure Food Legislation" de 1906, acogida favorablemente por la opinión pública. Esta edición contiene los 36 capítulos de la versión original sin censurar, y una interesante introducción que desvela los criterios censores aplicados en la edición comercial.



Upton Sinclair

La jungla

ePub r1.0

Titivillus 03.05.2022

Título original: *The Jungle*
Upton Sinclair, 1905
Traducción: Antonio Samons
Diseño de cubierta: Tommaso Ausili

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre

Índice de contenido

Presentación

La jungla:
los comienzos del
realismo socialista

CÉSAR DE VICENTE

Hace algunos años, en 2006, se estrenaba en los cines de todo el mundo la película de Richard Linklater *Fast Food Nation*, una historia sobre distintas vidas que se desarrollan alrededor de la industria norteamericana de la carne. El tema y la coincidencia de la fecha, cien años después de la publicación en libro de *La jungla*, no es lo único que justifica pensar en este film como de una celebración implícita de la novela. El siglo XXI, podría decirse, se inicia como lo hizo el siglo XX: con la explotación intensiva de los animales, con el dominio de los procesos de racionalización y eficacia técnica industriales, con la preeminencia de los beneficios del capital sobre las condiciones laborales y de vida de los trabajadores y sus familias, con el dominio de las grandes corporaciones sobre los políticos y las instituciones políticas, con el poder de las grandes ciudades sobre pueblos y territorios, con la lucha por la supervivencia de miles de proletarios venidos de distintas partes del mundo. Todo eso es lo que Upton Sinclair llamó «la jungla». Si es evidente que el título traducía en buena medida las ideas vulgarizadas de Darwin acerca de la violencia en el medio natural y la resistencia en el mismo de los más fuertes o los mejor adaptados (más de la mitad de la novela está dedicada a narrar estos procesos sociales que llevan a muchos personajes a los márgenes, a la corrupción o a la muerte), también es cierto que la novela restituye un cierto equilibrio con la idea del apoyo mutuo por el que se puede acabar con ese estado de cosas (fundamentalmente los últimos capítulos esbozan un principio de cambio social).

Pero en *Fast Food Nation* (ya en plena época posmoderna) el retrato de los personajes y sus historias personales acaba por imponerse sobre el tema. Invierte así la perspectiva de Sinclair. El hilo conductor en la película es la indagación que realiza un ejecutivo de una cadena de hamburgueserías sobre la calidad de sus productos para lo que debe ir a la planta industrial donde se producen. Esta planta afecta a un grupo de acción civil que trata de cambiar el hacinamiento en que están las vacas y los cerdos, un grupo de trabajadores inmigrantes que han entrado de manera

clandestina en EE.UU. y trabajan en ella, y otras vidas que giran alrededor de esa forma de consumo. En *La jungla* el retrato de los personajes sirve para que el lector pueda ver qué hacen las condiciones sociales con ellos. La narración se sostiene describiendo el desarrollo de la vida de uno de ellos, Jurgis Rudkos, un migrante lituano, desde que se casa (inicio de la novela) hasta que se incorpora al movimiento socialista (final de la misma), desde que cree poder con todo y no necesitar nada ni a nadie, hasta que reconoce los límites (físicos y sociales) y aprende la solidaridad y la lucha común como una nueva manera de vivir. El retrato de Jurgis Rudkos en la novela se funde con el de su condición de proletario pues este retrato (al contrario que en la novela burguesa clásica) no preexiste a las condiciones sociales dominantes.

La jungla, novela proletaria

Entre el 25 de febrero y el 4 de noviembre de 1905 se publicaron en el periódico socialista *Appeal to Reason* los 36 capítulos de que constaba *La jungla*.[1] Upton Sinclair (1878-1968) fue un completo desconocido hasta la aparición de la novela. Sus primeras obras, *Springtime and Harvest* (1901), *Prince Hagen: A Fantasy* (1903), *The Journal of Arthur Stirling* (1903) son dramas *románticos* que trazaban una salida idealista de los problemas humanos. Hasta que en 1902 no tomó contacto con grupos socialistas en Nueva York (entre los que estaban George Herron y Gaylord Wilshire),[2] Sinclair no cambió su escritura. Un proceso de corrosión de su lenguaje moralista, imaginario y religioso afectó a sus obras posteriores *A Captain of Industry* (publicada después en 1906, pero escrita en este periodo) y *Manassas* (1904), pero no fue hasta que afrontó la materialidad de las relaciones sociales y aceptó la función que los socialistas daban a la literatura hasta que su escritura no encontró una forma realista para observar el mundo, primero, y actuar en el mismo, después, transformándolo. La materialidad de esas relaciones sociales las descubrió Sinclair cuando conoció la huelga de trabajadores de los mataderos de Chicago en el verano de 1904.

La función que los socialistas daban a la literatura se le reveló a Sinclair desde el mismo momento en que aceptó el *encargo* de

escribir (por parte del editor de *Appeal* Fred Warren) sobre un tema que no procedía de ese núcleo íntimo que la subjetividad burguesa llama «yo»; y desde el instante en que supo que esa escritura tenía un fin, tenía un valor de uso para la lucha social.

La enorme difusión que tuvo la novela fue fruto, en buena medida, del contexto político y social de la época, la llamada «era progresista», en la que el antagonismo de clase se hizo más agudo, las tensiones sociales habilitaron el conflicto urbano y los proyectos populistas, socialistas y reformistas se enfrentaron en la lucha política por el desarrollo de la sociedad: «El triunfo de la Revolución Industrial preparó a los Estados Unidos para un periodo de expansión imperial y para su participación en la Primera Guerra Mundial, pero estos éxitos se lograron únicamente al precio del sufrimiento económico y social de la población trabajadora agrícola e industrial, cuyas protestas y acciones se materializaron, a partir de 1890, en una oleada de agitación. Precisamente para ponerle freno, los *liberals* [sic] americanos formularon un programa de reformas políticas y económicas durante los primeros años del siglo XX». [3] Su popularidad se derivó del hecho de que la narración incidía en algo que las organizaciones sindicales de Chicago y de otras grandes ciudades industriales ya empezaban a tener muy en cuenta: que la naturaleza de la lucha política y social tenía un carácter internacional por la diversa procedencia del proletariado norteamericano (es en Chicago donde en 1905 se funda la IWW, Industrial Workers of the World). Y, sobre todo, de los numerosos artículos, libros y panfletos que advertían desde finales del siglo XIX de las pésimas condiciones que se daban para la vida y el trabajo de los obreros en los mataderos, así como de las consecuencias para el consumo y la salud (carnes en malas condiciones, tratamientos dañinos, etc.) por la manera en que se producía. [4] Entre algunos de aquellos textos estaban el reportaje de Ella Reeve Bloor, que sería una importante dirigente comunista, el panfleto *Packingtown* de A. Simmons (1899) y los artículos del socialista Charles Edward Russell, uno de los representantes del influyente grupo de escritores y periodistas que se llamó despectivamente «rastreadores de basura» (*muckraker*) y que no eran sino reformistas y radicales de izquierda.

Los principios del realismo socialista

La materialidad de las relaciones sociales hizo que su personaje principal fuera, desde el comienzo mismo de la novela, un *inmigrante* (sometido, por tanto, a las reglas de juego de otra cultura, lenguaje y vida) y una *fuerza de trabajo* (sometido, por ello, a la lógica de explotación del sistema social dominante). Con estas dos categorías Sinclair construye el retrato de un *proletario* de una clase social producida históricamente, segregada del desarrollo del capitalismo y determinada por un conflicto en el que literalmente se juega la vida.

La *nueva* función de la literatura le obligaba a describir con minuciosidad (hasta extremos muy duros) los hechos constitutivos de esa condición proletaria: las deudas por la boda, las trampas económicas en que caen estos trabajadores para tener una casa y atender a sus necesidades de subsistencia, la fragilidad del trabajo, la precariedad de la vida, el engaño de los seguros, el infierno de los mataderos, etc. Todo ello para producir un *documento literario* que sobrepase el carácter de la lucha jurídica y política de sindicatos y partidos socialistas para llegar a un número mayor de personas, para extender la influencia de las ideas de cambio social, a través de la *ficción*,[5] es decir, de una trama en la que el documento no requiere del sometimiento al lenguaje formal y específico de las leyes, ni tampoco se limita a reproducir lo cotidiano, sino que trae *en forma de experiencia imaginaria* una narración *completa* que ningún otro tipo de discurso (salvo el arte) puede producir.

La novela *trabaja* el material narrativo de los hechos hasta convertirlos, por efecto de las *situaciones narrativas*, en unidades mínimas de significación social: *demandas* (de casa, de condiciones laborales dignas, de castigo al abuso de poder y la corrupción, etc.). El nuevo elemento es tomado, en los últimos capítulos de la novela, en la forma de una articulación de demandas que define la identidad de los demandantes. La estructura de la novela sigue este esquema: leemos lo que necesitan estos proletarios (observación del mundo), leemos la relación entre todas las cosas que necesitan y a lo que se oponen (actuar en el mundo) y vemos que el personaje ha adquirido una identidad nueva, que no es la de emigrante lituano, ni trabajador de los mataderos, ni mutilado, sino la de socialista

(identidad que recibe por efecto de la historia). Es esto, precisamente, lo que hace de *La jungla* una novela de masas (o más exactamente *popular*), extremadamente influyente a pesar de las violentas críticas que recibió acusándola de simplista, manipuladora, falsa y tendenciosa. Es lo que explica también el amplio y variado apoyo que consiguió: Thorstein Veblen, Jack London, W. D. Howells, entre otros. Para el dirigente político Debs *La jungla* «marca una época». Generaciones de escritores tuvieron presente esta novela. *La jungla* altera el *campo literario* introduciendo un discurso sobre la justicia social: sobre la igualdad en la distribución de los recursos y oportunidades, sobre participación igualitaria en el poder. Lo fundamental, con todo, es ese carácter de documento que hizo que la novela se convirtiera en materia de discusión en numerosos foros políticos (como lo había sido antes *La cabaña del Tío Tom*), hasta obligar al presidente Theodore Roosevelt a encargar una investigación gubernamental que terminaría en 1906 con una ley reformista con la que se pretendía erradicar las prácticas de adulteración de la carne. Pero el conflicto central de *La jungla*, la lucha contra las condiciones del sistema capitalista, quedó intacto. Lo principal es que esa forma de narrar permitía a organizaciones sindicales y políticas establecer las reivindicaciones y señalar el eje de las luchas. *La jungla* supuso, por ello, una conmoción social. Y aquello sobre lo que escribe sigue alimentando aún debates que llegan hasta nuestros días. El propio Sinclair, en su autobiografía publicada en 1962, resume los logros de muchas de sus novelas en el campo de la reforma social: *La jungla* ayudó a limpiar y proteger los abastecimientos de carne de la nación, *The Brass Check* perfeccionó el negocio de los periódicos y condujo a la formación del gremio, sus dos libros sobre el alcoholismo llamaron la atención sobre esta enfermedad. Y así continúa hasta mostrar la completa convicción de que sus obras favorecieron, sirvieron a la sociedad.

Esta concepción de la narrativa convierte a los marginados, a los obreros, a los dominados, en protagonistas. No encontramos aquí las historias de las grandes fortunas, ni la de los burgueses complacientes o revolucionarios, tampoco la de las clases medias. La novela es para los proletarios, para las clases subalternas de las

que hablaba Gramsci. Pero también, esta concepción de la narrativa requiere mostrar a los seres humanos y al mundo como *transformables*: ésa es la razón por que Jurgis Rudkos aparece al comienzo de la novela como alguien que confunde la fuerza física con la fuerza de trabajo, el rechazo de algunos al trabajo con el ejercicio capitalista de la explotación: «cuando le contaban historias de obreros que vivían reducidos a la desesperación en el barrio de los mataderos de Chicago (…) Jurgis se reía de todo ello. (…) La idea de derrota era, para él, inimaginable» (Sinclair: 26). Equivoca la voluntad con la necesidad, la capacidad de aguantar lo que hay con la condición proletaria: «Jurgis no estaba conforme con tales ideas. Él podía trabajar así, e igual podían hacer los demás a poca capacidad que tuvieran. Si no servían, que se fueran y dejasen a otros en su lugar» (Sinclair: 68). No distingue los celos de la precariedad dominada: «Yo no quería —murmuró Ona—, no quería hacerlo. Procuré… intenté resistir… Sólo fui por salvarnos… era el único medio» (Sinclair: 176). Cuando Jurgis Rudkos es arrojado de Chicago, cuando comienza su vagabundeo por distintas localidades, la novela dibuja el espacio de la toma de consciencia del personaje (elemento estructural esencial en las novelas del realismo socialista) que sustituye al *relato de formación* de la novela burguesa tan extendido en la época. A su regreso a los mataderos de Chicago, Jurgis Rudkos ve los resultados sociales de ese sistema corrupto políticamente y salvaje económica y vitalmente: destrucción de la familia, mutilación de los obreros, miseria, muerte. Como si de un fragmento del *Manifiesto comunista* se tratara, Sinclair revela lo que la burguesía industrial norteamericana y los políticos liberales han hecho: convertir las libertades en libre comercio, y «establecer una explotación abierta, descarada, directa, brutal». **[6]** La narración debe llevarnos a comprender las injusticias *del* capitalismo y no solamente las injusticias *en* el capitalismo. *La jungla* se convierte así en la primera novela de un inicial y balbuciente realismo socialista a la que seguirá *La madre* de Máximo Gorki.

Un documento de barbarie

Paradójicamente, a pesar de la gran difusión que tuvo y sigue teniendo la novela, de las numerosas ediciones, de las más de veinte

traducciones a diferentes idiomas, *La jungla* sólo fue adaptada al cine en una ocasión. Con un guión de Benjamin Kutler y Margaret Mayo, y con la dirección de George Irving y John Pratt, la película de *La jungla* (1914) sólo llegó a ser un producto melodramático. En los últimos años el teatro ha tenido algún acercamiento a la novela en la forma de teatro de títeres con la versión de Connor Hopkins para la The Troble Puppet Theater Company.

Tal vez *La jungla* sea ese documento de barbarie que se resiste a ser diluido en el mar de los documentos de cultura capitalistas. Como un documento sobre aquello que pudo ser descrito, la *materialidad de la explotación*, y que ya jamás se podrá borrar ni olvidar.

CAPÍTULO I

Eran las cuatro cuando acabó la ceremonia y comenzaron a llegar los carruajes. Una multitud los había ido siguiendo, a lo largo de todo el camino, atraída por la exuberancia de Marija Biarczynskas, sobre cuyos robustos hombros descansaba todo el peso de la boda. Ella era la encargada de que todo se desarrollase como es debido y siguiendo las más puras tradiciones de su país natal. Obligada a andar de aquí para de allá, riñendo a uno, exhortando a otro, haciendo resonar de continuo su formidable voz, sus ansias estaban más volcadas en vigilar la conducta de todos que en ocuparse de la suya propia.

Había sido la última en salir de la iglesia y deseaba ser la primera en llegar a la sala del banquete, de modo que había ordenado al cochero que fuese más aprisa. Dado que éste se permitía hacer las cosas a su manera, Marija alzó bruscamente la ventanilla y, sacando el cuerpo, le hizo saber la opinión que su persona le merecía, cosa que hizo primero en lituano —lengua que el hombre no comprendía— y, luego, en polaco —que sí comprendía—. El cochero, aprovechándose de la altura en la que se encontraba, no sólo se mantuvo en sus trece, sino que, incluso, osó replicarle. Como consecuencia de ello se produjo un furibundo altercado que duró tanto como el recorrido de la avenida Ashland y atrajo sobre el cortejo, desde ambos lados de la calle y a lo largo de media milla, a un enjambre de golfillos.

La cosa era molesta, porque ya había mucha gente arremolinada ante la puerta. Los músicos habían comenzado a tocar, y por todo el barrio se escuchaba el pesado runrún de un violonchelo y los

chirridos de dos violines en una suerte de contienda gimnástica tan intrincada como elevada.

Cuando Marija vio tal congregación de gente, cortó en el acto la discusión sobre los antepasados del cochero, saltó del carruaje sin aguardar a que se detuviera, y, precipitándose entre los curiosos, se abrió camino hasta la sala. Inmediatamente volvió sobre sus pasos para echar a la gente gritando: *«Eik! Eik! Uzdaryk duris!»*. Su voz era tan poderosa que el rugido de la orquesta resultaba, en comparación, una canción de cuna.

«Z. Grajczunas, Pasilinksminimams darzas. Vynas. Sznapsas. Vinos y Licores. Cuartel General del Sindicato» se leía en el letrero. Tal vez contente al lector, a buen seguro lego en la lengua de la remota Lituania, saber que el sitio en que Marija acababa de entrar era el reservado de un café que se encontraba en ese barrio de Chicago que llaman *Back of the yards*.[7] Esta descripción es exacta y conforme a la realidad de las cosas, aunque le resultará lamentablemente insuficiente a quien sepa que en ese mismo instante iba a alcanzar el supremo éxtasis de la vida una de las más graciosas criaturas de Dios: en aquel lugar se celebraba la boda de la pequeña Ona Lukoszis, a quien la dicha transfiguraba.

Ella se detuvo junto al umbral, acompañada por la prima Marija, a quien el esfuerzo de alejar a los curiosos había dejado sin aliento. La novia estaba tan feliz que daba dolor mirarla. La emoción emanaba de la luz de sus ojos y sus párpados temblaban; su carita, paliducha de ordinario, era todo rubor. Vestía un traje de muselina, de un blanco rutilante, su tocado consistía en un pequeño velo que le llegaba hasta los hombros, en el cual aparecían prendidas cinco rosas de papel y once hojas de rosal de un verde brillante. Llevaba en las manos un par de guantes blancos de algodón, completamente nuevos, que la muchacha estrujaba febrilmente entre sus dedos mientras dirigía la mirada alrededor. Aquello era demasiado para ella. Y no había más que verla, el rostro demudado de conmoción, trémulo el cuerpo. ¡Era tan joven! Dieciséis años apenas, y poco desarrollada para su edad. Se hubiera dicho que era una niña y, sin embargo, acababan de casarla con Jurgis Rudkos; el mismísimo Jurgis, el de los hombros formidables y manos de coloso, que estaba allí, luciendo una flor en el ojal de su flamante traje negro.

Ona era guapa, de ojos azules, mientras que Jurgis tenía unos

grandes ojos negros que brillaban bajo sus prominentes cejas y una espesa cabellera negra, que se le rizaba sobre las orejas. En una palabra, formaban una de esas parejas chocantes e imposibles con las que a la madre naturaleza le complace confundir a los profetas de todos los tiempos. Jurgis podía cargarse al hombro, él solo, un cuarto de buey de doscientas cincuenta libras y llevarlo al camión sin vacilar y, tal vez, sin pensar. En este momento, sin embargo, parecía asustado, como un animal perseguido. Apartado en un rincón de la sala, incluso necesitaba pasarse la lengua por los resecos labios cuando tenía que contestar a las felicitaciones de sus amigos.

Poco a poco comenzó a establecerse una línea de separación entre los espectadores y los invitados, al menos suficiente para diferenciarlos. Sin embargo, durante toda la fiesta algunos grupos de curiosos no dejaron de arremolinarse junto a las puertas o en cualquier rincón, y cuando alguno de ellos se aproximaba lo bastante o asumía un aire lo suficientemente hambriento, se le ofrecía una silla o se le invitaba. Una de las leyes de la *veselija* es que nadie debe marcharse con hambre. Esta regla, instituida en los bosques de Lituania, no se podía aplicar con facilidad a un distrito como el de los mataderos de Chicago, con sus doscientos cincuenta mil habitantes; pero se hacía lo posible, y los muchachos, y hasta los perros que encontraban modo de entrar, salían algo más felices. Esta fiesta se caracterizaba por una encantadora ausencia de protocolo. Los hombres llevaban puestos sus sombreros, a menos que prefirieran quitárselos, y también sus abrigos. Se sentaban donde les venía en gana para comer lo que querían y cuando les parecía conveniente, al igual que se levantaban cuando les parecía. Y si bien se iban a pronunciar discursos y a entonar canciones, nadie estaba obligado a escucharlos ni a atenderlos; lo mismo que si le daba a uno por hablar o cantar tenía plena libertad de hacerlo. La mezcla sonora resultante no molestaba a nadie, salvo, quizás, a los bebés; y estaban todos los que habían engendrado los allí presentes, pues en otra parte no podían tenerlos. Precisamente una parte de los preparativos de la fiesta había consistido en alojar en un rincón una colección de cochecitos de niño y cunas, en las que dormían, o se despertaban a un tiempo, tres o cuatro niños. Los mayorcitos, los que podían llegar a la mesa, vagaban de un lado a otro, royendo

con aspecto de profunda satisfacción un hueso de costilla o un pedazo de salchicha.

La sala mide unas cuarenta y tres yardas; las paredes, blanqueadas con cal, tienen por todo adorno un calendario, la imagen de un caballo de carreras y un árbol genealógico en un marco dorado. A la derecha se abre una puerta que da al bar y deja ver tres o cuatro vagabundos apostados en el umbral. Más al fondo, una barra en la que preside el genio del lugar: uniformado de blanco, mugriento, con un bigote negro encerado y un bucle de cabello modelado con gomina sobre una de sus sienes. A la izquierda, dos largas mesas ocupan una tercera parte de la sala. Están cargadas de entremeses y de fiambres que ya han atacado los invitados más hambrientos. Cerca del lugar donde está la novia, ocupando la cabecera, se eleva, entre el brillo de una profusión de velas rojas, amarillas y verdes, blanco como la nieve, el pastel de boda, con una torre Eiffel de elementos decorativos a base de rosas de azúcar y un par de ángeles. Más allá, la puerta abierta de la cocina permite adivinar, entre una nube de vapor, mujeres atareadas, jóvenes y viejas, que van y vienen alrededor de un gran horno. Por último, el rincón de la izquierda está reservado a una orquesta de tres músicos que, sobre un pequeño estrado, se esfuerzan heroicamente en imponerse a la algarabía. Cerca de ellos están las criaturas de pecho, que con sus gritos intentan hacer lo propio; y, más lejos, una ventana abierta deja ver una multitud de curiosos, ávidos de espectáculo, ruido y olores.

De pronto, una parte de la nube de vapor sale de la cocina avanzando al mismo tiempo que la madrastra de Ona, tía Isabel —o Teta Elzbieta, como la llaman—, que lleva en alto una fuente de pato guisado, seguida por Kotrina, una de las innumerables hermanastras, que se tambalea bajo la misma carga, y medio minuto después aparece la vieja abuela Majauszkis, con una enorme fuente amarilla rebosante de humeantes patatas, casi tan gorda y redonda como ella. Poco a poco va tomando forma el festín: el jamón, el plato de col fermentada, el arroz cocido, los macarrones, las salchichas de Bolonia, los altos montones de pastelillos de a centavo la pieza. Hay boles de leche, jarras de espumosa cerveza, y además, a dos pasos, está el bar, donde se puede pedir lo que se

quiera y hay barra libre.

—*Eiksz! Graicziau!* —grita Marija Biarczynskas y comienza a dar cuenta, porque aún hay muchas cosas en la cocina, que se echarán a perder si no se comen.

Entonces, con grandes carcajadas, exclamaciones y bromas de toda tipo toman asiento los invitados. Los jóvenes, que en su mayor parte se habían mantenido apiñados no lejos de la puerta, se arman de valor y avanzan. Los viejos van en busca de Jurgis; lo sacuden, lo empujan, hasta que accede a sentarse a la derecha de su esposa. Las dos damas de honor, que llevan coronas de papel como atributo de sus funciones, se instalan al lado de los esposos, y después de ellas, el resto de los asistentes, jóvenes, viejos, muchachos y muchachas. La solemnidad del acto provoca que el altivo dueño del café acepte con condescendencia un plato de pato guisado; y hasta el gordo policía —cuya misión será, por la noche, impedir las riñas— acerca una silla y se sienta a la mesa en lo más apartado. Los niños gritan, los bebés lloran, los adultos ríen, cantan y charlan; mientras, por encima de todo aquel ruido ensordecedor, la prima Marija grita sus órdenes a los músicos.

Los músicos… indescriptibles… no han cesado un instante de tocar con frenesí: de hecho, toda la escena ha de ser leída, dicha, cantada, de acuerdo con la música. Es la música la que hace que esto sea lo que es, es lo que metamorfosea el reservado de un bar del barrio de los mataderos en un lugar de hechizo, un país de las maravillas, un rincón de las moradas celestiales. El hombrecillo que dirige el terceto es un hombre inspirado. Su violín está desafinado, su arco está huérfano de colofonia, pero él está inspirado. La mano de la musa ha tocado su frente. Toca como si estuviera poseído por algún demonio, por toda una horda de diablos. Se siente cómo pululan juguetones a su alrededor y marcan el compás con sus pies invisibles. Los cabellos del director se erizan y los ojos se le salen de las órbitas mientras se esfuerza en conjurar a las potencias infernales.

El director de la orquesta, que ha aprendido a tocar el violín de manera autodidacta, ensayando noches enteras después de una jornada completa en los mataderos, responde al nombre de Tamoszius Kuszlejka. Está en mangas de camisa, con un chaleco sembrado de herraduras doradas; con el chaleco y su camisa a rayas

rosas parece un bombón de menta. Su pantalón de uniforme militar, azul pálido y adornado con bandas amarillas, revela su autoridad de jefe de la orquesta. Aunque mide sólo cinco pies, los pantalones le quedan ocho pulgadas por encima del tacón. Cabe preguntarse dónde habrá podido procurarse semejantes pantalones… o, mejor dicho, tal vez uno podría hacerse esa pregunta si el trance que provoca su presencia diera lugar a considerar semejantes detalles.

Nos hallamos ante un hombre inspirado. Cada parte de su cuerpo lo está: incluso se podría decir que está inspirada por separado. Sus pies golpean el suelo, la cabeza se mueve vertiginosamente, agitándose en todos los sentidos o balanceándose; el rostro pequeño y amojamado resulta irresistiblemente cómico. Cuando ejecuta algún aire especialmente impetuoso, se le fruncen las cejas, se abren y cierran los labios, se guiñan con rapidez sus párpados y hasta la punta de la corbata se le levanta. A cada instante se vuelve hacia sus compañeros, les dirige furiosas miradas y toda su persona llama sobre ellos el socorro de las musas.

Y es que sus otros dos compañeros de orquesta apenas son dignos de Tamoszius. El segundo violín es un eslovaco, alto, desgarbado, de ojos parapetados tras unas gafas de montura negra, con el aire pacífico y resignado de un mulo con exceso de carga que apenas anda a pesar del látigo, y que, una vez pasado el dolor del trallazo, vuelve a su calma habitual. El tercero, muy grueso, luce una nariz de un rojo sentimental y toca con los ojos dirigidos al cielo, con una mirada de anhelo infinito. Hace la línea de bajo con su violonchelo, de manera que no toma parte en el entusiasmo y ardor de los violines. Hagan éstos lo que hagan con sus agudos, la misión que le está encomendada es serrar, a intervalos regulares, largas notas lúgubres, una tras otra, desde las cuatro de la tarde hasta la misma hora de la siguiente madrugada, para ganar la tercera parte de la retribución acordada para los músicos: un dólar por hora.

Apenas cinco minutos después de comenzado el festín, Tamoszius Kuszlejka, arrebatado por el entusiasmo, se pone en pie. Un instante después deja su puesto, agitado y con las aletas de la nariz dilatadas. Sus demonios lo conducen. Con la mirada y el gesto llama a sus compañeros, ante quienes blande su violín, hasta que la figura larguirucha del segundo violín se levanta. Por último, los tres

comienzan a avanzar, paso a paso, hacia los comensales, y Valentynaicza hace resonar el pavimento con los golpes sordos de su violonchelo. Por fin se reúnen los tres al extremo de las mesas, y entonces Tamoszius se encarama sobre un taburete.

Ahora está en el apogeo de su gloria, dominando la escena. Algunos invitados comen, otros ríen y charlan; pero mucho se engañaría quien creyera que alguno de ellos no había estado escuchando. Tamoszius nunca toca afinado; su violín cerdea en las notas bajas y rechina en los tonos altos; pero a los convidados todo esto les es tan indiferente como la suciedad, el ruido o la pobreza que les rodea: con estos mimbres han de tejer su vida y expresar sus sentimientos. Así es su expresión: ya estruendosa y alegre, ya lúgubre y quejumbrosa o apasionada y rebelde, así es su música, la música de su tierra.

Esa música les tiende los brazos y no tienen más que entregarse a ella. Entonces Chicago y sus bares y sus tugurios desaparecen; los allí reunidos sólo ven praderas verdes, soleadas riberas, inmensos bosques y colinas rodeadas de nieve. Contemplan los paisajes del país natal y reviven las escenas de la infancia. Comienzan a despertar los antiguos amores, las viejas amistades, mientras las pasadas alegrías y tristezas ríen y lloran en sus almas.

Unos se acomodan bien en la silla y cierran los ojos; otros llevan el compás sobre la mesa. De vez en cuando, uno de ellos se levanta dando un grito y pidiendo que se ejecute tal o cual canción; entonces se aviva el fuego en los ojos de Tamoszius, que levanta vivamente su violín, espolea a sus colegas y se libran a una carrera loca y desenfrenada. Todo el mundo canta los estribillos; hombres y mujeres gritan como endemoniados. Algunos se alzan bruscamente del asiento para taconear en el suelo, levantan sus vasos y brindan. Al poco, se le ocurre a alguno pedir una antigua canción nupcial que celebra la belleza de la novia y los goces del amor. Excitado por tal obra maestra, Tamoszius Kuszlejka comienza a colarse entre las dos mesas y se abre camino hacia la recién casada, sentada a la cabecera. Entre las sillas de los invitados hay muy poco espacio, y Tamoszius es tan pequeño que les planta el arco en el cuerpo cada vez que acomete las notas bajas. Sin embargo, sigue avanzando, sin cesar, lo que obliga a sus compañeros a seguirle. Inútil es decir que, durante su marcha, los sonidos del violonchelo sólo se oyen muy

débilmente. Por fin los tres se unen junto a la presidencia de la mesa. Tamoszius se coloca a la derecha de la casada y vierte su alma entera en melodiosos sonidos.

La pequeña Ona está demasiado nerviosa para poder comer. De vez en cuando prueba alguna cosa cuando la prima Marija le pellizca el codo para devolverla a la realidad; pero la mayor parte del tiempo permanece inmóvil, con sus ojos abiertos, llenos de temeroso asombro. La tía Elzbieta, como un colibrí, se agita impaciente, lo mismo sus hermanas, que no paran de correr hacia ella y le hablan al oído, jadeantes. Pero parece que la joven Ona apenas oye nada de esto: la música la atrae, su mirada se ausenta y con ambas manos oprime su corazón. Después las lágrimas comienzan a llenar sus ojos, y como se avergüenza de secárselas tanto como de dejarlas correr por sus mejillas, se vuelve, sacude un poco la cabeza y, luego, se ruboriza intensamente al advertir que Jurgis la está mirando. Cuando Tamoszius Kuszlejka llega por fin a su lado y agita su varita mágica sobre ella, las mejillas de Ona se tiñen de escarlata y parece presta a levantarse y huir. La salva de ese momento crítico Marija Biarczynskas, a quien las musas inspiran repentinamente. A Marija le gusta mucho una canción de enamorados que se separan; expresa el deseo de oírla y, como los músicos no la saben, se levanta ella y se la enseña. Marija es pequeña, pero robusta. Trabaja en una fábrica de conservas, y todos los días maneja latas de carne que pesan catorce libras. Tiene el rostro ancho de los eslavos, con mejillas rojas y prominentes. Cuando abre la boca, su expresión es trágica, pero uno no puede dejar de pensar en un caballo. Viste una blusa de franela azul atada a la cintura, cuyas mangas, que lleva remangadas, dejan ver unos brazos musculosos. Tiene en la mano un tenedor de trinchar, con el cual lleva el compás sobre la mesa. Mientras ruge su canción con una voz que llena los más apartados rincones de la sala, los tres músicos la acompañan laboriosamente nota por nota; mas, por término medio, siempre llevan una de retraso. Estrofa a estrofa, desgranan las lamentaciones de un pastor enfermo de mal de amores:

Cuando la canción termina, llega el momento de los discursos, y el viejo Diedas Antanas se levanta: el abuelo Anthony, padre de Jurgis, no tiene más de sesenta años, aunque se le supondrían

ochenta. Sólo hace seis meses que está en América, pero el cambio de aires no le ha sentado bien. Cuando era joven trabajaba en un molino de algodón, pero le entró una tos crónica que le obligó a dejarlo. Se fue a vivir al campo y la tos desapareció, pero desde su llegada a Chicago ha estado trabajando en la fábrica de salazones de Anderson, y respirar todo el día aire húmedo y frío le ha producido una recaída. En el momento de levantarse le acomete un acceso de tos y tiene que apoyarse en la silla y volver el rostro pálido y arrugado hasta que pasa el ataque.

Generalmente en las *veselijas* es costumbre pronunciar un discurso extraído de algún libro y que ha sido aprendido de memoria; pero en su juventud Diedas Antanas era un hombre erudito, hasta el punto de que todas las cartas de amor de sus amigos salían de su pluma. Ahora se sabe que ha compuesto un discurso inédito de felicitaciones y bendición, y ése es uno de los grandes acontecimientos del día. Incluso los muchachos que corretean por la sala se acercan y escuchan, y algunas mujeres sollozan y se secan los ojos con sus delantales. El momento es muy solemne, porque Antanas Rudkos tiene la idea de que no le queda mucho tiempo que estar con sus hijos. Su discurso los entristece a todos hasta el punto de que uno de los invitados, Jokubas Szadwilas, que tiene una tienda de *delicatessen* en Halsted Street, y que es muy gordo y muy alegre, se cree en el deber de levantarse para decir que las cosas no tienen por qué ser tan tristes y pronuncia un discursito a su manera. Se extiende en felicitaciones y en augurios de dicha para los recién casados, y entra en detalles que regocijan sobremanera a los jóvenes, pero que ruborizan a Ona más intensamente que nunca. Jokubas posee lo que su esposa llama cariñosamente una *poetiszka vaindintuve*, una imaginación poética.

Un gran número de invitados ya ha terminado de comer; y como no hay por qué gastar cumplidos, los comensales comienzan a separarse. Algunos hombres se reúnen junto al mostrador de la cantina; otros pasean, cantando y riendo; aquí y allá, un grupo pequeño canta alegremente, con sublime indiferencia tanto hacia los demás como hacia la orquesta. Todos están más o menos inquietos; se adivina que esperan algo. Y así es, porque apenas terminan de comer los últimos cuando las mesas y los restos del festín son arrinconados y se apartan las sillas y los muchachos.

Entonces comienza la verdadera fiesta. Después de confortarse con una jarra de cerveza, Tamoszius Kuszlejka vuelve a su estrado, y de pie observa la escena. Da unos golpes autoritarios sobre la tapa de su violín, lo coloca cuidadosamente bajo la barbilla, blande el arco con un ademán de rebuscada elegancia y termina por hacer vibrar las sonoras cuerdas. Entonces cierra los ojos y deja volar su espíritu en alas de un vals soñador. Su compañero le sigue, pero con los ojos abiertos, como si mirase por dónde camina, y, por último, Valentynaicza, después de esperar algunos instantes, y habiendo medido el compás con el pie para entrar a tiempo, dirige sus ojos al techo y comienza a serrar en el instrumento: «¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!».

Rápidamente, la concurrencia se divide en parejas, y muy pronto la sala entera está en movimiento. Se ve que nadie sabe bailar valses, pero ¿qué importa eso? Hay música, y danzan como les parece, como ocurriera antes con las canciones. La mayor parte de los bailarines prefieren el *two-step*, sobre todo los jóvenes, entre los que está de moda. Los más viejos acometen danzas de su tierra, extrañas y complicadas, que ejecutan con grave solemnidad. Algunos no danzan, sino que se limitan a tomarse de la mano y se proporcionan el regocijo de un movimiento indisciplinado, en el que sólo intervienen los pies. Entre éstos se encuentran Jokubas Szadwilas y su esposa Lucija, los dueños del *delicatessen*, en el que ambos consumen tanto como venden. Están demasiado gordos para bailar, pero permanecen en mitad de la sala estrechamente abrazados. Se balancean lentamente, con una sonrisa angelical, en una imagen de éxtasis desdentado y sudoroso.

Entre los de más edad, un gran número llevan trajes que, por un detalle u otro, recuerdan su tierra de origen: un chaleco bordado, una faja, un pañuelo de colores vistosos, una levita con altos puños y botones de fantasía. Los jóvenes evitan cuidadosamente incurrir en estos delitos contra la elegancia: la mayor parte han aprendido inglés y presumen de vestirse a la última moda.

Las jóvenes llevan vestidos o blusas de confección; algunas están muy guapas. Y, en cuanto a los jóvenes, si varios de ellos no llevaran puesto el sombrero en el interior del bar, se les podría tomar por empleados de oficina americanos. Cada una de las jóvenes parejas tiene un modo propio de bailar. Unos están

estrechamente enlazados; otros se mantienen a una distancia prudente. Algunos mantienen sus brazos tensos, otros los sueltan. Hay quien baila a saltos, quien lo hace deslizándose suavemente y quienes se mueven con grave dignidad. No faltan parejas ruidosas que galopan locamente a través de la sala, atropellando a cuantos encuentran a su paso, y otras, tímidas y encogidas que se asustan de aquéllas y gritan: *Mustok! Kas ira?*, cuando pasan. Las parejas se mantienen durante toda la noche: nunca se cambian. Alena Jasaitis, por ejemplo, ha bailado incontables horas con Juozas Raczius, su prometido. Alena es la belleza de la velada, y sería aún más hermosa si no fuera por su orgullo. Lleva una blusa blanca, que cuesta tal vez su jornal de media semana pintando botes de conserva. Al bailar recoge con una mano su falda, con tanta precisión como distinción, a la manera de las grandes damas. Juozas conduce uno de los camiones de Anderson's y gana un buen sueldo. Se las da de duro, lleva el sombrero ladeado y durante toda la fiesta no se quita el cigarrillo de la boca.

Luego está Jadwiga Marciukus, asimismo bonita, pero modesta. También pinta botes de conservas pero, como tiene a su cargo una madre inválida y tres hermanas de corta edad, no gasta su sueldo en blusas. Jadwiga es pequeña y delicada, tiene los ojos negros como el azabache y lleva el pelo, también negro, recogido en un pequeño moño sobre la cabeza. Jadwiga viste un viejo vestido blanco que ella misma se ha hecho, y que desde hace cinco años le sirve para todas las fiestas. El vestido, de talle muy alto, casi hasta las axilas, no es muy favorecedor, pero no le preocupa, porque baila con su Mikolas. Jadwiga es pequeña y Mikolas alto y robusto; la joven se acuna en sus brazos, como si quisiera ocultarse en ellos, y apoya la cabeza sobre el hombro del muchacho. Él la estrecha contra su pecho y la rodea con sus brazos como si quisiera llevársela, y ella baila y bailará así todo el día, y siempre bailaría así, en el éxtasis de la dicha. Al verlos dan ganas de sonreír, pero seguramente se guardará de hacerlo quien conozca toda su historia. Hace ya cinco años que Jadwiga es la prometida de Mikolas, pero su corazón no conoce la dicha. Se hubieran casado hace mucho tiempo, pero Mikolas es el único sostén de su numerosa familia, pues su padre está borracho todo el día. Tal vez, a pesar de esto, hubieran

encontrado el modo de componérselas, porque Mikolas es un buen obrero, si varios crueles accidentes no les hubieran disuadido de su propósito.

Él es deshuesador, oficio peligroso, especialmente cuando se trabaja a destajo y se tiene la cabeza puesta en cómo formar un hogar. Las manos están escurridizas y el cuchillo resbala fácilmente, más si se trabaja como un loco. Si alguien le distrae, o si pincha en hueso, la mano resbala sobre la hoja del cuchillo y el corte es espantoso. Pero esto no es nada al lado del peligro de la infección. La herida puede curar, pero esto nunca es seguro. Dos veces ya, en tres años, Mikolas ha tenido que quedarse en casa a causa de un envenenamiento de la sangre; una vez por espacio de tres meses, y la otra cerca de siete. En la última ocasión, para colmo de desgracias, perdió su plaza, lo cual le obligó a pasar otras seis semanas montando guardia ante la puerta de las factorías cárnicas desde las seis de la mañana en espera de trabajo, resistiendo a la intemperie los terribles fríos del invierno, que habían dejado un palmo de nieve sobre el suelo. Los que se dedican a echar cuentas podrán decir que un deshuesador puede ganar hasta cuarenta centavos por hora, pero quizás esas gentes tan bien informadas no han mirado nunca las manos de un obrero.

De vez en cuando Tamoszius y sus músicos, rendidos de cansancio, se ven obligados a descansar; entonces los bailarines se paran en donde se encuentran y esperan pacientemente. No parecen estar cansados, aunque lo cierto es que, si lo estuvieran, no encontrarían dónde sentarse. Además, el descanso es muy corto, ya que, a pesar de las protestas de los otros dos ejecutantes, el director de orquesta vuelve a empezar. Ahora tocan otra cosa, una danza lituana, lo cual no impide a algunos bailarines continuar con el *two-step*, mientras la mayoría se entrega a una complicada serie de movimientos que hacen pensar más en el patinaje artístico que en un baile. El apogeo del baile llega con un *prestissimo* furioso, a cuyo son se cogen todas las parejas de las manos y comienzan a girar como locos. El contagio es irresistible y todos se abandonan a él, hasta que toda la sala se convierte en un calidoscopio rapidísimo de cuerpos y de faldas flotantes que produce mareo a quien lo observa.

Pero es Tamoszius Kuszlejka quien en este momento merece toda la atención. El viejo violín chilla, gruñe y protesta, mas Tamoszius no muestra piedad. El sudor cae de su frente en gruesas gotas, y el hombre se encorva como un ciclista en el último tramo de una carrera. Su cuerpo trepida como una locomotora lanzada a toda velocidad, y no hay oído que pueda seguir los torrentes de notas que suelta. En vez de arco, sólo se ve una neblina azul pálido; con impulso maravilloso llega al final de la pieza y luego, de pronto, levanta los brazos y cae hacia atrás rendido. Entonces, lanzando un último grito de alegría, se separan los bailarines y tambaleándose se apoyan en las paredes de la sala.

Luego hay cerveza para todos, también para los músicos. Los bailarines toman aliento y se preparan para el gran acontecimiento de la velada, el *acziaviuas*. El *acziaviuas* es una ceremonia que durará dos o tres horas, y que, en realidad, constituye una danza ininterrumpida. Los invitados forman un gran círculo y se agarran de las manos; cuando la música comienza, giran en redondo. La novia está en el centro, y los hombres uno a uno, entran en el círculo y bailan con ella durante varios minutos; tanto tiempo como quieran. Es una ceremonia divertida, salpicada de risas y de cantos. Cuando el invitado termina, se encuentra frente a frente a Teta Elzbieta, que lleva un sombrero en la mano, y el invitado echa en él algún dinero; desde un dólar hasta cinco, según sus recursos y el valor que concede al privilegio de haber bailado con la recién casada. Se supone que los invitados han de pagar los gastos de la fiesta. Si son gente como es debido, a los recién casados les queda una suma respetable para dar comienzo a su vida matrimonial.

Con todo, los gastos de la fiesta serán considerables. Ascenderán, ciertamente, a más de doscientos dólares, tal vez a trescientos, suma que excede en mucho a lo que produce un año de sueldo para cualquiera de los aquí reunidos. Hay allí hombres fuertes como toros que trabajan desde la mañana hasta la noche en sótanos helados, con una pulgada de agua sobre el suelo; otros que durante seis o siete meses del año no ven jamás el sol entre la tarde del domingo y la mañana del siguiente, y, sin embargo, no ganan trescientos dólares anuales. Hay niños apenas adolescentes, que apenas alcanzan la altura de los tajos donde se descuartiza, y cuyos padres han mentido para conseguirles un empleo, que no ganan ni

la mitad, ni aun la tercera parte. ¡Gastar en un solo día de su vida, y en una boda, una suma semejante…! Evidentemente da igual: o se gasta de una vez en la boda de uno o a la larga en las de los amigos.

Es una cosa imprudente, casi trágica, pero tan hermosa. Poco a poco, estas pobres gentes han abandonado las otras tradiciones de su país, pero se aferran a ésta con toda la fuerza de su alma: no pueden renunciar a la *veselija*. Eso no sólo equivaldría a ser vencidos, sino a reconocer, además, su derrota, y la diferencia existente entre ambas cosas constituye la fuerza que mantiene al mundo en movimiento. La *veselija* les ha venido de un pasado inmemorial, un pasado en el que el dinero estaba hecho para el hombre y no el hombre para el dinero: cuando los frutos de la tierra pertenecían a aquel que la trabajaba y cuando la abundancia y el derroche eran la recompensa de una labranza honesta. Significa que es posible habitar una caverna y no contemplar más que sombras, a condición de poder, una vez en la vida, romper las cadenas, desplegar las alas, ver el sol, darse cuenta de que después de todo, a pesar de sus preocupaciones y sus terrores, la vida no es una cosa tan seria ni tan grave, que no tiene más importancia que una burbuja en la superficie de un arroyo: es algo cosa con lo que se juega, como hace un malabarista con sus bolas de colores, algo que se toma a tragos, como un vaso de buen vino. Después de haberse encontrado así, dueño de las cosas, cualquier hombre puede volver a su labor y vivir de recuerdos hasta el fin de sus días.

Los bailarines giraban sin tregua ni descanso y, cuando se mareaban, daban vueltas en sentido contrario. Mientras Ona daba la bienvenida a todo el que bailaba con ella, congeniando su amable timidez a las maneras y movimientos de cada uno. Había jóvenes de camisas planchadas y cuellos almidonados y ancianos con pañuelos de colores; ancianas benevolentes y atemorizadas jovencitas que habían pedido unos pocos peniques para pagar su turno. La ceremonia duró varias horas. Al caer la noche, dos lámparas, humeantes de petróleo, apenas iluminaban la sala. La energía frenética de los músicos había decaído y ya no tocaban más que una sola pieza monótona y pesada. La composición, que sólo tenía unos veinte compases, se reanudaba cuando llegaban al final. A intervalos de diez minutos, poco más o menos, como si les faltaran las fuerzas, parecía que iban a detenerse, pero a continuación

retomaban la pieza: ello provocaba invariablemente un espantoso tumulto que revolvía inquieto al grueso policía que dormitaba en su asiento detrás de la puerta.

Todo esto sucedía a causa de Marija Biarczynskas, una de esas almas insaciables que se aferran con desespero a la clámide de la musa cuando ésta se bate en retirada. Sometida durante todo el día a una gran excitación nerviosa, no se resignaba a que la jornada llegara a su fin. Su alma, como Fausto, gritaba: «¡Quédate, eres bella!». ¿Era esto efecto de la cerveza, del ruido, de la música o del movimiento? El caso es que había resuelto no dejar que acabara. Y tenía intención de no permitirlo, tan pronto como la estupidez del maldito trío de músicos hacía que su carro se saliera del camino, por decirlo de alguna manera. Cada vez que sucedía, Marija se lanzaba sobre ellos y, estremecida, roja de cólera, les amenazaba con los puños, batiendo el suelo con sus pies. En vano intentaba el atemorizado Tamoszius responder que las fuerzas humanas tienen un límite; en vano el grueso Panas Jokubas, ya sin aliento, apoyaba aquellas razones; inútilmente imploraba Teta Elzbieta a Marija. *Szalin! Palauk! isz kelio!*, gritaba ella. «¿Para qué se os paga, hijos del infierno?». Entonces, aterrada, domada, la orquesta volvía a empezar y Marija ocupaba de nuevo su sitio y continuaba con lo suyo.

Nadie, excepto ella, era ya capaz de cargar con la fiesta. A Ona la mantenía en pie su excitación, pero todas las mujeres y la mayoría de los hombres estaban exhaustos; quedaba únicamente el alma de Marija, indomable. Ella dirigía el baile tirando de unos, empujando a otros, gritando y cantando, hecha un verdadero volcán de energía. A veces, alguien que entraba o salía dejaba la puerta abierta, y como el aire de la noche era frío, Marija, al pasar, la cerraba estrepitosamente de un poderoso puntapié. Una de las veces esta brusca manera de proceder terminó en catástrofe; y Sebastijonas Szadwilas resultó ser la desdichada víctima. El pequeño Sebastijonas, de tres años de edad, se paseaba, olvidado de las cosas de este mundo y bebiendo una botellita de eso que llaman *pop*, rosa, helado y delicioso. Como pasara por la puerta en el momento en que Marija la empujaba, el niño recibió tal golpe que sus gritos detuvieron en el acto todo el baile. Marija, que cien veces al día profería amenazas de muerte, pero que en realidad era

incapaz de hacer daño a una mosca, cogió en sus brazos al pequeño Sebastijonas y lo cubrió de besos. Se concedió entonces un largo descanso a la orquesta y hubo un gran consumo de refrescos entre los concurrentes, mientras Marija hacía las paces con la víctima: lo sentó en la barra del bar y se quedó a su lado dándole de beber una espumosa goleta de cerveza.

Entretanto, al otro extremo de la sala, Teta Elzbieta y Diedas Antanas mantenían un apasionado coloquio con algunos de los más íntimos amigos de la familia. Un problema les acuciaba, un terrible problema; y aunque no era nuevo, sino muy común, se trataba de algo que resulta increíble hasta el momento en que se le presenta a uno, algo que la confianza ciega hace pensar que puede suceder. No era fácil de digerir para los mayores: se trataba de algo que significaba la crisis de todo el mundo que conocían, de toda fe y religión, de toda decencia y honor. Los labios del anciano Diedas Antanas estaban trémulos y la madrastra de Ona estrujaba sus manos lamentándose: «*Ai! Skausmas!* ¿Qué tiempos se ciernen sobre nosotros, qué clase de víboras estamos criando?». La *veselija* es un contrato, tanto más imperativo cuanto que es tácito y que ningún lituano se atrevería a incumplir. Cada cual debe pagar su cuota; según sus medios, sabe cuál es la cifra, y de ordinario se esfuerza en excederla, pero en este nuevo país todo había cambiado y sentían que el suelo se abría bajo sus pies. Sin duda flotaba en el aire que se respiraba algún veneno sutil cuya influencia se dejaba sentir sobre los jóvenes. A ellos no les importaban las leyes de la *veselija*, ni ninguna otra ley. Les importaba un comino la opinión de la gente, sólo se preocupaban por ellos mismos. No creían en la fe y el honor, incluso se reían de ellos. Era la moda de los tiempos y consideraban que era lo que había que hacer. No eran unos ignorantes, ellos no: conocían las reglas del juego. Había entre ellos una pose de mordacidad que habrían tomado de no se sabe dónde y por la que no paraban de hacer burlas: «Haz con los demás lo que vayan a hacer contigo, pero sé el primero en hacerlo». Y esto significaba que, en lugar de hacerse cargo de sus mayores, de sus hermanos y hermanas pequeños y de ser fieles a sus amores, ellos se gastaban toda su dinero en ropas de imitación, en caprichos y que se dedicaban a perseguir mujeres por el centro de la ciudad de un modo tan desagradable que era preferible ni hablar de ello.

Significaba que cuando había una *veselija*, venían en gran número, comían hasta hartarse y luego se daban el piro. Uno tiraba por la ventana el sombrero de su amigo y ambos salían a buscarlo sin que se les viera más; otros se iban descaradamente, en grupos de cinco o seis, mirando a todos con la mayor desfachatez y riéndose en las propias narices de los que se quedaban; otros, aún peores, se plantaban junto a la barra, y después de haber bebido cuanto les entraba en el cuerpo a costa de los recién casados fingían, sin ocuparse de nada, haber bailado ya con la novia o esperar su turno para invitarla. Una sola de estas actitudes, ahora y siempre, hubiese sido motivo de escarnio, pero cuando sucedían todas juntas, era un insulto.

Eso era lo que pasaba sin que la desalentada familia pudiera hacer nada por evitarlo. ¡Haber hecho tan bien las cosas y que resultaran de este modo! Además ahora todo había terminado y afrontaban la ruina. Ona, en pie junto al grupo, llevaba el miedo en sus ojos. Las ancianas no paraban de dar detalles y la imaginación de la cría magnificaba además el relato. Durante días enteros, también por las noches, la idea de las facturas, terribles e inminentes, no había dejado de atormentarla. ¡Cuántas veces no las había repasado en su memoria, una a una, de camino al trabajo! Quince dólares por el alquiler del local, veintidós por los patos, doce por los músicos, cinco por la iglesia, más la ofrenda a la Virgen, y así interminablemente. Pero la mayor de todas era la terrible factura de Grajczunas por la cerveza y los licores. El dueño de un bar no indica nunca de antemano, sino de una manera aproximada, a cuánto puede ascender el gasto, y luego, cuando presenta la cuenta, inclina la cabeza, dice que sus previsiones han quedado cortas, que ha hecho lo que ha podido, «pero tus invitados se han ido muy borrachos». No cabe duda de que te está robando sin piedad, por mucho que uno se creyera el mejor entre sus centenares de amigos. Comienza a servir la cerveza primero de una barrica medio vacía para, luego, continuar con otra medio llena y factura, para no equivocarse, las dos completas. Igualmente, desoyendo lo convenido en cuanto a calidad y precio, el tabernero acabará por servir a anfitriones e invitados algún brebaje indescriptible. Quejarse no vale de nada y sólo estropea la fiesta. En cuanto a denunciar el abuso, ten pleitos y los ganes. El dueño del

establecimiento guarda muy buenas relaciones con todas las autoridades del distrito, de la ciudad y del país, más allá de donde llegan los ojos de los pobres: cuando uno se da cuenta de lo que es meterse en problemas con ellos, lo mejor es pagar sin decir chistar.

Lo peor de todo era que la carga recaía sobre los pocos que habían hecho cuanto podían. Por ejemplo, el pobre viejo Jokubas había dado ya cinco dólares y Lucija acababa de bailar con la novia y había dado dos más, y, sin embargo, a nadie se le escapaba que Jokubas Szadwilas acababa de hipotecar su tienda de *delicatessen* por doscientos dólares con objeto de pagar los alquileres atrasados de su vivienda. La vieja Aniele Juknos, viuda, con tres hijos a su cargo y afligida de reumatismo, hacía coladas para los comerciantes de Halsted street a precios que harían llorar. Aniele había dado tres dólares: todos los ahorros que sus pollos, los ocho que guardaba en un rinconcito bajo la escalera del patio, le habían producido durante este año. Sus hijos pasaban el día hurgando en los montones de basura en busca de alimento para los pollos, y muchas veces, cuando la competencia era excesiva, se les veía andar cerca de los desagües de Halsted street, vigilados de cerca por la madre para que nadie les robara nada. En cuanto a la anciana señora Juknos, el valor de sus pollos no podía expresarse en dinero; porque para ella se trataba de un medio de ganar algo con nada. Desde este punto de vista, al menos, ella sacaba beneficio de un mundo que, de múltiples maneras, sacaba continuamente beneficio de ella. Por esa razón montaba guardia junto a sus pollos a todas horas, y hasta había conseguido vista de búho, para no tener que interrumpir durante la noche su vigilancia. Le habían robado uno hacía ya un tiempo y no pasaba un mes sin que alguien intentara robarla de nuevo. Se comprenderá, por tanto, el valor del tributo que aportaba la anciana señora Juknos: basta con saber que Teta Elzbieta le había prestado en cierta ocasión un dinero que le había evitado ser expulsada de su casa.

Mientras la familia se lamentaba así, el círculo de amigos que le rodeaba no cesaba de aumentar. Algunos se acercaban para oír mejor la conversación, y varios estaban entre los culpables, lo que ya hubiera exasperado la paciencia del santo Job. Entonces, avisado por alguien, se acercó Jurgis y se le contó lo que pasaba. Jurgis escuchaba en silencio, frunciendo sus espesas cejas negras. Sus ojos,

vueltos hacia la sala, relampaguearon más de una vez; tal vez sintió un atroz deseo de hundir sus fuertes puños sobre algunos de aquellos gorrones; pero luego, sin duda, se dio cuenta de que liarse a golpes con unos cuantos no reduciría ni en un céntimo la factura, y además armaría escándalo… Y Jurgis sólo pedía una cosa: irse con Ona lo más pronto posible y dejar que el mundo siguiera su curso.

Así, pues, se contentó con decir tranquilamente:

—¡A lo hecho, pecho! ¿De qué sirve llorar, Teta Elzbieta?

Su mirada cayó sobre Ona, que se estrechaba junto a él. Sus ojos estaban llenos de temor.

—No te preocupes, pequeña —le dijo en voz baja—. No es nada. Ya les pagaremos de un modo u otro. Trabajaré más.

Era lo que él decía siempre. Ona había crecido oyéndole resolver así todas las dificultades: «¡Trabajaré más!». Eso mismo había dicho en Lituania cuando, privado de su pasaporte por un funcionario, otro le detuvo bajo pretexto de andar sin documentación y tuvo que dejar en manos de los dos sujetos la tercera parte de sus ahorros. Había repetido aquella frase en Nueva York cuando un amable agente de inmigración que se había hecho cargo de ellos le hizo pagar un precio fabuloso por la estancia en su casa y luego, por añadidura, les previno que no se marcharan de ella sin pagar. Hoy repetía por tercera vez su frase favorita. Ona respiró profundamente. ¿No era maravilloso tener un marido capaz de resolver de ese modo todos los problemas, un marido tan grande y tan fuerte? ¡Ella, que apenas era una mujer!

El pequeño Sebastijonas había dejado de sollozar, y a la orquesta se le había recordado su cometido. La fiesta continúa, pero casi no quedan bailarines, y la colecta concluye pronto para, de nuevo, dar paso a un desordenado baile de parejas. Es más de medianoche y nadie está como antes. Todo el mundo se siente pesado y rendido; la mayor parte ha bebido demasiado y desde hace mucho tiempo ha terminado la fase alegre de la embriaguez. Se baila de manera monótona y maquinal, una pieza tras otra durante horas enteras, con los ojos vagos y casi abolida toda conciencia de lo que se hace. Hombres y mujeres se estrechan fuertemente, pero sin siquiera mirarse a las caras durante la media hora que aguantan. Varias parejas no piensan ya en bailar y se sientan en un rincón, sobre el

suelo, estrechamente enlazados. Otras, aún más ebrias, vagan sin rumbo por la estancia, tropezando con todo lo que encuentran. Se forman grupos de dos o tres personas, que cantan a coro cada cual su canción. A medida que el tiempo pasa se manifiestan diversas clases de borrachera, sobre todo entre los más jóvenes. Hay algunos que caen en brazos de otros, murmurando no se sabe qué majaderías; otros, a la mínima, riñen y llegan a las manos, hasta que los separan. Es ahora cuando el gordo policía se ha despertado definitivamente y echa mano de la porra para cerciorarse de que está preparada para cumplir su cometido. Ha de ser contundente: si no se dominan en cuanto empiezan, las riñas de las dos de la mañana se expanden como un incendio en el bosque, y algunas veces hacen necesaria la intervención de todos los efectivos de la comisaría. El método a emplear es sólo uno: romperle la cabeza a todo aquel que esté peleando, antes que el número de combatientes sea tal que se vuelva imposible rompérsela a nadie. En *Back of the yards* romperle la cabeza a un hombre no tiene la menor importancia: allí todos han tomado tal costumbre de rompérsela a los animales que no pueden menos que seguir practicando con sus amigos y hasta, si llega el caso, con sus familiares. Hay que felicitarse de que el progreso de los métodos modernos haya limitado a un pequeño número de hombres la función penosa y obligada de matar, eximiendo de responsabilidad al resto del mundo civilizado.

Aquella noche no hay pelea, sin duda más por la vigilancia de Jurgis que por la del gordo policía. Jurgis ha bebido lo suyo, como cualquiera que sepa que ha de hacerse cargo de la cuenta, esté borracho o no, pero es un hombre fuerte y no pierde la compostura con facilidad. Sólo una vez se da un poco de barullo por culpa de Marija Biarczynskas. Marija parece haber llegado, hacia las dos de la madrugada, a la conclusión de que, si el altar desde donde reina la divinidad uniformada de blanco mugriento no es precisamente el templo de las musas, por lo menos resulta su único equivalente terrenal. Y Marija está como una cuba en el momento preciso en que llega a sus oídos la historia de los gorrones que no han pagado nada aquella tarde. Entonces entra en cólera, con decisión: se precipita sobre algunos, sin proferir las injurias preliminares de rigor, y cuando consiguen dominarla, lleva entre las manos los

cuellos de las chaquetas de dos de aquellos desconsiderados. Felizmente el policía se muestra razonable y no es Marija la que es expulsada del local.

Este pequeño alboroto no interrumpe la música más que un minuto o dos. La orquesta empalma implacablemente el mismo tema que venía repitiendo sin variación alguna desde hace media hora de forma implacable. Esta vez es una canción americana, una que han aprendido en las calles. Todos los concurrentes parecen conocer la letra, al menos la del primer compás:

Cantan a media voz y vuelven a repetirlo hasta el infinito. Parece que hay algo hipnótico en aquel estribillo que vuelve y vuelve. Los que escuchan, lo mismo que los que cantan, están en un cierto estado de trance. Nadie se lo puede quitar de encima, ni siquiera lo intentan. Son las tres de la mañana. Todos han agotado sus reservas de alegría, de vigor y hasta todas las fuerzas que suministra el hecho de beber sin límite; sin embargo, no hay nadie con la energía suficiente para levantarse e irse. Y eso que, muy pronto, a las siete en punto de esa misma mañana de domingo, todos ellos, en traje de faena, tendrán que ocupar sus puestos, ya sea en
Anderson's,
en
Smith's
o en
Morton's.
Un minuto de retraso y se pierde medio jornal; varios minutos le exponen a uno a encontrar su placa de cobre de cara a la pared, lo que significa que le envían a unirse a la tropa hambrienta de los desempleados: los que se agolpan todas las mañanas a las puertas de las factorías, desde las seis hasta las ocho y media. La regla no admite excepción alguna, y hasta la pequeña Ona, que ha pedido licencia para el día siguiente al de su boda —permiso no retribuido, entiéndase bien—, no ha podido obtenerlo. Cuando hay tanta gente dispuesta a trabajar en las condiciones que les pongan, sobran las consideraciones: necesitan el trabajo y punto.

Poco falta para que la pequeña Ona se desvanezca a causa de la atmósfera pesada que reina en la sala. Si bien ella ni siquiera ha probado el licor, a su alrededor, en desquite, la gente quema

literalmente alcohol, del mismo modo en que las lámparas queman el petróleo. Sobre las sillas hay hombres en sopor que rezuman alcohol, hasta el punto de que es imposible acercarse a ellos. Jurgis envuelve a Ona en una mirada hambrienta. Hace tiempo que ha desaparecido la timidez del joven, pero aún hay mucha gente alrededor. Él espera y mira continuamente a la puerta en donde supuestamente ha de aparecer el coche. Sin embargo, éste no llega. Entonces se aproxima a Ona, que palidece y tiembla. Le cubre los hombros con un chal y él se pone la chaqueta. Al fin y al cabo, viven a dos manzanas de allí y a Jurgis el coche le tiene sin cuidado.

No hay despedida porque casi nadie advierte su marcha. Todos los niños y buena parte de los adultos duermen, rendidos de cansancio. Diedas Antanas duerme, también los Szadwilas, marido y mujer, él incluso, ronca por octavas. Quedan por allí Teta Elzbieta y Marija, que sollozan descorazonadamente. La noche es silenciosa. Las estrellas comienzan poco a poco a palidecer por oriente. Sin decir palabra, Jurgis toma a Ona en sus brazos y marcha a grandes pasos, mientras ella llora con la cabeza apoyada sobre su hombro. Al llegar a casa, Jurgis se pregunta si la joven duerme o si se ha desmayado; pero, al sostenerla con una mano para abrir la puerta, ve que sus grandes ojos están abiertos.

—Hoy no irás a Smith’s, pequeña —susurra mientras remonta la escalera.

Pero ella le aprieta el brazo espantada y solloza:

—¡No, no, no me atrevo! ¡Sería nuestra ruina!

Él insiste:

—Deja eso de mi cuenta. Ganaré más; trabajaré duro.

CAPÍTULO II

Jurgis hablaba del trabajo a la ligera, porque era joven. Cuando le contaban historias sobre cómo se destruía a los obreros en los mataderos de Chicago y lo que les sucedía después —historias que ponían los pelos de punta—, Jurgis se reía de todo ello. Sólo llevaba cuatro meses en la ciudad; era joven, fuerte como un coloso, rebosaba de salud. La idea de la derrota era para él inimaginable.

—Todo eso está muy bien para hombres como vosotros, que sois *silpnas*, alfeñiques —decía—, pero mis espaldas son fuertes.

Jurgis era como un muchacho, uno de campo, precisamente la clase de obrero favorita de los capataces, la misma que les amarga no poder conseguir. Cuando le decían que fuera a cualquier sitio, lo hacía a la carrera. Y si, por casualidad, se encontraba sin nada que hacer, se ponía a saltar y a bailar para gastar el exceso de energía que llevaba dentro. Cuando trabajaba en equipo, siempre le parecía que sus compañeros iban muy lentos y se le conocía fácilmente por su impaciencia y su nervio. Era así como había llamado la atención de los jefes en una circunstancia capital. En efecto, no hacía media hora que aguardaba, al segundo día de su llegada a Chicago, ante la puerta Smith and
Company's
«General Time Station», cuando uno de los capataces le hizo señal de acercarse. Jurgis se sentía orgulloso de ello y esto le dispuso a reírse de los pesimistas. En vano le decían entonces que en la multitud, entre la cual había sido escogido, había hombres que aguardaban allí desde hacía un mes, o incluso varios meses, sin que les hubieran llamado todavía.

—Sí —decía Jurgis—; pero ¿de qué clase de individuos habláis? De vagabundos arruinados: gentes que, después de haber gastado todo su dinero en beber, sólo piden *ganar* más para seguir viviendo. ¿Queréis hacerme creer que con unos brazos como éstos —y, al decir esto, cerraba los puños y los levantaba, haciendo resaltar sus formidables bíceps—, se me puede dejar morir de hambre?

—Tú —le contestaban— acabas de llegar de tu país y de lo más profundo de allí.

Y era verdad; porque Jurgis jamás había visto una gran ciudad, ni siquiera una pequeña antes de partir en busca de fortuna al otro lado del mundo, para adquirir el derecho a casarse con Ona. Su padre, su abuelo y todos sus antepasados, hasta donde alcanza la memoria, habían vivido en una parte de Lituania que recibe el nombre de Bialowicza, el bosque imperial. Era una región inmensa de sesenta mil acres, que desde el pasado más remoto ha sido coto de caza destinado a la nobleza. Sólo vivía allí un reducido número de campesinos en virtud de un antiguo privilegio. Antanas Rudkos pertenecía a esos pocos y se había criado a sí mismo y a sus hijos en aquel pequeño dominio hereditario, algo más de dos acres de tierra de cultivo en medio de las estepas. Además de Jurgis, Rudkos tuvo otro hijo y una hija. El varón se había alistado en el Ejército hacía más de diez años y no había vuelto a saber de él. Su hermana se casó, y, cuando resolvió emigrar con su hijo, Antanas vendió su patrimonio a su yerno.

Haría cerca de año y medio que Jurgis había encontrado a Ona en una feria de caballos, a unas noventa millas de su casa. A Jurgis jamás se le había pasado por la cabeza casarse: era algo ridículo, una especie de trampa de la que un hombre debe guardarse, y, sin embargo, aun sin conocerla, sin haberle dirigido nunca la palabra ni haberse cambiado entre ellos más que media docena de sonrisas, se encontró de pronto ante los padres de Ona para, rojo de emoción, pedirles que se la vendieran como esposa, a cambio de los dos caballos que su padre le había encargado vender en la feria. El padre de Ona se mostró inflexible: la pequeña era todavía una niña, y él, que era rico, no estaba dispuesto a entregar a su hija de esa manera. Así es que Jurgis se volvió a casa con el corazón afligido, y se pasó la primavera y el verano en faenas en el campo y esforzándose en olvidar. Al otoño, después de la recolección, se dio

cuenta de que no podía hacerlo y recorrió a pie la distancia que le separaba de Ona: quince días enteros de caminata.

Al llegar se encontró con una situación inesperada: la joven había perdido a su padre y los acreedores se habían apoderado de su herencia. Jurgis sintió su corazón palpitar de júbilo al darse cuenta de que ahora podía aspirar a ella. Allí estaba Elzbieta Lukoszis, *la Tía*, como la llamaban, que era la madrastra de Ona, y, junto a ella, seis niños de todas las edades, amén de un hermano, Jonas, un hombrecillo enjuto que había trabajado en la granja. Para Jurgis, recién salido de los bosques, aquélla era una familia importante. Ona sabía leer y era mucho más instruida que él. Una vez vendida la granja, la familia quedó a la deriva, sin más bienes que una suma de unos setecientos rublos, más o menos trescientos cincuenta dólares. Habría debido quedarles el triple, pero el caso había pasado a los tribunales y, como el juez estaba en contra de ellos, hubo que darle la diferencia para modificar el veredicto.

Ona hubiera podido casarse e irse de casa, pero no quiso hacerlo, por cariño hacia la tía Elzbieta. Jonas fue quien sugirió la idea de marchar a América, donde uno de sus amigos había hecho fortuna. Él trabajaría, y también las mujeres, y era probable que lo hicieran, incluso, algunos de los niños. De una forma u otra, saldrían adelante. También Jurgis había oído hablar de América: un país en el cual —se decía— un hombre podía ganar tres rublos en una sola jornada. Y Jurgis, que hacía las cuentas con arreglo a lo que costaba la vida en su tierra, decidió en el acto ir a América, casarse allí y, de paso, hacer fortuna.

Se pusieron de acuerdo en partir la siguiente primavera, y entretanto Jurgis encontró trabajo como *obiezysasy*, una especie de peón de obra. Durante un tiempo se puso bajo las órdenes de un contratista y, dentro de una cuadrilla de obreros, recorrió más de trescientas setenta millas para ir a trabajar en el ferrocarril de Smolensk. Aquello fue una prueba terrible; mas, a pesar de los malos tratos, la pésima comida, la suciedad y el trabajo excesivo, se mantuvo firme, y cuando volvió, entero y animoso, llevaba ochenta rublos cosidos en el interior del abrigo. No le importaba si el trabajo era ingente y tenía su propio modo de relacionarse con el resto. Ni bebía ni se metía en peleas, porque durante ese tiempo no cesó ni un instante de pensar en Ona. Jurgis, además, era tranquilo y

constante por naturaleza, hacía lo que se le mandaba y no perdía fácilmente los estribos; además, si alguien conseguía que los perdiera, él se encargaba de que se le quitasen las ganas de repetir. Cuando le liquidaron su salario, tuvo la mala ocurrencia de emprender el viaje con los jugadores y los borrachos de la cuadrilla. Sus compañeros intentaron asesinarle, pero él logró escapar y alcanzar su país, siempre a pie, ganándose el sustento con diversos trabajillos y durmiendo siempre con un ojo abierto.

Cuando llegó el verano, estaban dispuestos para partir hacia América. A última hora, se les unió Marija Biarczynskas, la prima de Ona. Marija, que era huérfana, trabajaba desde su infancia en casa de un rico hacendado de Vilna que la golpeaba a menudo. Sólo cuando tuvo veinte años se le ocurrió a Marija la idea de probar sus fuerzas y rebelarse: fue entonces cuando estuvo a punto de matar a aquel hombre y se fue con ellos.

Eran doce entre todos: cinco adultos, seis niños y Ona, a quien podía contarse entre unos u otros. La travesía fue dura: un agente de negocios acudió en su ayuda, pero luego resultó ser un canalla que, con la complicidad de algunos funcionarios, les metió en un lío. En eso perdieron una buena parte del dinero que tanto les había costado ganar y al que se aferraban con tanta angustia. En Nueva York les sucedió lo mismo. No conocían en absoluto el país y no tenían a nadie que les ayudara, de modo que no le resultó difícil a un hombre de uniforme azul conducirles a un hotel donde, después de retenerlos, fueron obligados a pagar una importante suma para dejarlos marchar. Porque si bien es cierto que, según la ley, los precios de las habitaciones deben estar a la vista, la ley *no* dice, sin embargo, que haya que redactarlos en lituano.

El amigo de Jonas había hecho fortuna en los mataderos, y por eso el grupo se dirigió hacia Chicago. No conocían más que ese nombre: Chicago, lo cual era suficiente, al menos hasta el momento en que llegaron a la ciudad. Luego les hicieron apearse del vagón sin ceremonias y se hallaron más desorientados que nunca. La perspectiva de Dearborn Street, con sus oscuros rascacielos recortados sobre el horizonte, les dejó boquiabiertos e incapaces de darse cuenta de que al fin habían llegado; ni de explicarse por qué, cuando decían «Chicago», los transeúntes no les indicaban ya una dirección determinada, sino que quedaban perplejos, rompían a

reír, o seguían su camino. Su desamparo daba pena. Particularmente aterrados ante cualquier individuo que vistiera uniforme, cada vez que veían a un policía, atravesaban la calle y apretaban el paso. La primera jornada la pasaron así, errando, perdidos, desorientados, y aturdidos por el estruendo. Sólo al caer la noche, cuando buscaron refugio en el portal de una casa, un policía les llevó a la comisaría. A la mañana siguiente se les encontró un intérprete que les puso en un tranvía y les enseñó una palabra nueva: mataderos. Cuando se dieron cuenta de que aquella noche había pasado sin hacer mella en sus ahorros, su alegría fue indescriptible.

Sentados en el tranvía, iban mirando por las ventanillas. Avanzaban por una calle que parecía interminable y que se prolongaba indefinidamente, milla tras milla. ¡Si hubieran sabido que tenía más de cincuenta! A ambos lados de la calle se alineaban infinidad de casitas de madera, todas ínfimas y de dos pisos, y las calles transversales, hasta donde podía llegar la vista, ofrecían el mismo espectáculo: ni cuestas ni pendientes; por todas partes la misma interminable vista de sucias casuchas de madera, todas iguales. De vez en cuando se veía un puente, cruzando un pequeño arroyo cenagoso, sobre cuyos márgenes se levantaban algunos almacenes. A veces, una vía férrea con una locomotora que escupía humo y arrastraba ruidosamente vagones de mercancías. Alguna que otra gran fábrica rompía la monotonía del paisaje: un inmenso edificio oscuro con innumerables ventanas y altas chimeneas coronadas de humo negro, cuyos torbellinos oscurecían el cielo y manchaban la tierra. Aunque, a excepción de estas interrupciones, continuaba el desfile de casitas tristes y feas. A sus ojos aquello era un páramo, parecía una jungla, una jungla de casas. Era realmente una jungla: gobernada por extrañas fuerzas que eran incapaces de comprender, llena de criaturas que se depredaban mutuamente, que no cesaban su cacería, que por la mañana seguían las huellas de sus víctimas y por la noche las acechaban a su paso. La única diferencia era que no buscaban sangre, sino dinero, aunque tan pronto como uno se había convertido en presa una o dos veces, entendía entonces que no había ninguna diferencia en ello.

Una hora antes de llegar a Chicago, la familia había comenzado ya a observar extraños cambios en la atmósfera. El cielo estaba cada

vez más oscuro; y la hierba crecía cada vez menos verde. Minuto tras minuto, a medida que el tren avanzaba, se oscurecían los colores, amarilleaban los campos como si estuvieran quemados, y el paisaje presentaba una aterradora desnudez. Les chocó luego un olor acre y penetrante. No podían decir que aquel olor, que a cualquiera le hubiese revuelto el estómago, fuese realmente desagradable. Por fortuna, su sensibilidad olfativa no estaba apenas desarrollada. Pero, de todos modos, estaban seguros de que se trataba de un olor especial. Ahora, en el tranvía, se daban cuenta de que, desde su salida de Lituania, no habían hecho sino viajar en dirección a aquel olor. Ya no lo percibían por ráfagas vagas y lejanas, sino que podían paladearlo tanto como olerlo, y examinarlo cuanto quisieran. No estaban de acuerdo en cuanto a su naturaleza. Era un olor elemental, crudo y sencillo, rico, un poco rancio, sensual e intenso. Algunos lo aspiraban con la boca abierta, como si bebieran un líquido embriagador; otros, en cambio, se tapaban la boca y la nariz con un pañuelo. Los nuevos inmigrantes estaban aún discutiendo acerca de él, en su perplejidad, cuando el tranvía se detuvo, se abrió la puerta bruscamente y una voz gritó: «¡Mataderos!».

Les dejaron en una esquina, mirando de un lado para otro. Por una callejuela, entre dos filas de edificios de ladrillo, frente a ellos había dos chimeneas, más altas que los edificios de mayor altura, que tocaban realmente el cielo y que, sin embargo, estaban coronadas por seis columnas de un humo denso, graso y más negro que la noche. Un humo que parecía haber surgido de las mismas entrañas de la tierra, tal vez del fuego primitivo que allí perdura; como si emanara solo, en forma de erupción perpetua. Era inagotable; se podía estar allí horas enteras aguardando su fin, pero las columnas no cesaban. Los torbellinos se sucedían para formar sobre la ciudad inmensas nubes que giraban, se enroscaban y formaban un gigantesco río que corría por el cielo hasta el más lejano horizonte.

Otro fenómeno llamó entonces su atención. Era, al igual que el olor, algo muy particular: una especie de ruido sordo que se hubiera formado por millares de pequeños sonidos. Al principio no se advertía, sino que parecía vibrar en lo íntimo de la conciencia como un vago murmullo. Era algo como el zumbido de las abejas en la

primavera, como los ruidos de la selva, y hacía pensar en una actividad incansable, en las resonancias de un mundo en movimiento. Era preciso un esfuerzo para darse cuenta de que aquel ruido era producido por animales, por el lejano mugido de diez mil bueyes y el gruñido lejano de diez mil cerdos.

Hubieran querido llevar más adelante sus conjeturas e ir a comprobarlas, pero no era aquél el momento de enzarzarse en aventuras. El policía de aquella zona comenzaba a mirarles con atención, y entonces, según su costumbre, comenzaron a andar. Apenas habían recorrido cien yardas, cuando Jonas lanzó un grito señalando con el dedo el otro extremo de la calle. Antes que los demás hubiesen podido comprender el significado de sus exclamaciones, había entrado de un salto en una tienda cuya muestra decía: «J. Szadwilas, Delicatessen». Cuando Jonas salió de ella, venía acompañado de un caballero grueso en mangas de camisa, que llevaba un delantal blanco y que le estrechaba ambas manos riendo a carcajadas. Entonces, Teta Elzbieta se acordó de que Szadwilas era el nombre del legendario amigo que había hecho fortuna en América. Encontrarle al frente de una salchichería era verdaderamente una fortuna extraordinaria dadas las circunstancias, pues, a pesar de lo avanzado de la mañana, todavía no habían desayunado y los niños comenzaban a lloriquear.

Tal fue el afortunado final de aquel triste viaje. Los miembros de las dos familias se lanzaron literalmente unos en brazos de otros, porque hacía mucho tiempo que Jokubas Szadwilas no había visto un compatriota de su misma región de Lituania. A las pocas horas eran amigos para toda la vida. Jokubas conocía todos los peligros latentes de este nuevo mundo, sabía explicar todos sus misterios, podía decirles lo que tenían que hacer en cada caso y, lo que era todavía más útil, cómo debían actuar en ese preciso momento. Se encargó de acompañarles a casa de la vieja Aniele, que tenía una pequeña pensión al otro lado de los mataderos. La señora Juknos, les explicó Jokubas, no tenía lo que se dice un hotel de primer orden, pero sí todo lo que necesitaban por ahora. A esto la tía Elzbieta se apresuró a responder que nada podía ser demasiado barato para ellos, aterrados como estaban por las sumas que habían tenido que gastar. Algunos días de experiencia les habían bastado para comprender claramente que este país de salarios elevados era

también, de precios caros, y que el pobre era tan pobre en América como en cualquier otra parte del mundo. ¡En una noche se desvanecían todos los sueños de riqueza que habían pasado por la cabeza de Jurgis! Lo que hacía aún más duro el descubrimiento era que se veían en camino de gastar, con arreglo a los precios de América, el dinero ganado conforme a los salarios de su tierra. Dicho de otro modo, el mundo les estaba robando. Los últimos dos días, pasados en el tren, apenas habían pasado hambre; tanto dolor les causaba pagar lo que les pedían por su alimentación.

A pesar de todo, poco faltó, cuando vieron la casa de la viuda Juknos, para que cayeran de espaldas. En todo el viaje no habían visto una pobreza semejante. Aniele tenía una vivienda de cuatro habitaciones en una de esas casucas de dos pisos que se encuentran detrás de los mataderos. Cada casa comprendía cuatro departamentos iguales, y en cada uno de ellos había una casa de huéspedes para extranjeros, lituanos, polacos, eslovacos o bohemios. Algunas de estas casas de huéspedes eran de particulares, otras colectivas. Por término medio había seis huéspedes por habitación, pero había algunas con trece y catorce: unos cincuenta o sesenta huéspedes por departamento. Cada uno de éstos aportaba su mobiliario, es decir, un colchón y algo de ropa de cama. Los colchones estaban puestos en hileras sobre el suelo, y en la habitación, aparte de las camas, no había más que una estufa. A veces, los inquilinos pagaban a una mujer para que les preparara la comida, en otras ocasiones lo hacían ellos mismos: en muy pocas ocasiones la casera suministraba alimentación para todos. Era muy corriente que dos hombres utilizaran el mismo colchón, cuando uno trabajaba de día y dormía de noche, el otro trabajaba de noche, y dormía de día. Con frecuencia, el inquilino de una de estas casas alquilaba el mismo lecho a dos huéspedes que turnaban. No era la costumbre, pero comenzaba a serlo, siguiendo la lógica de los propios centros de trabajo. Se decía que esa medida obedecía a la creciente insubordinación de los sindicalistas, de modo que los empresarios de la carne empleaban a muchos hombres y les encargaban muy poco trabajo. Esto mantenía bajos los salarios y aumentaba la población en el distrito, así se prevenían los disturbios.

La señora Aniele Juknos era una viejecita de arrugado rostro. Su

casa estaba indescriptiblemente sucia. La entrada delantera era impracticable a causa de los colchones; y cuando se trataba de entrar por detrás, utilizando la escalera, también se encontraba cerrado el paso por viejos tablones que formaban, ocupando buena parte del porche, el gallinero. Los huéspedes solían decir en broma que Aniele limpiaba su casa soltando en ella las gallinas. De esta manera, efectivamente, los gusanos desaparecían; pero, sin duda, más que limpiar las habitaciones, lo que la vieja perseguía con ello era alimentar a sus pollos. La verdad era que la señora Juknos había renunciado definitivamente a la idea de limpiar las habitaciones, como consecuencia del ataque de reúma que durante más de una semana la tuvo postrada en un rincón de su cuarto. Durante este tiempo, once de sus huéspedes, que le debían mucho dinero, habían resuelto ir a probar fortuna en Kansas City. Corría por entonces el mes de julio y los campos estaban verdes. En Packingtown [8] no se veía nunca el campo, ni verde de ninguna clase. Podían echarse al camino y vagabundear, como solían decir los hombres, recorrer el país, descansar a placer y pasar una temporada cómoda montados en los vehículos de carga. Entretanto, como la señora Juknos se había pasado casi un año intentando pagar sus muebles, y estaba en deuda con su casero, no se le podía, quizá, acusar de haber desistido de cuidar la casa y de permitir que se estuviera convirtiendo en una ruina.

Así era la casa que daba la bienvenida a los recién llegados. No cabía pensar en encontrar nada mejor: tampoco habrían conseguido nada con buscar otro sitio, porque Juknos, que había reservado una alcoba para ella y sus tres niños, se ofreció a compartirla con las mujeres y las pequeñas de la familia. Les explicó que podían encontrar ropa de cama y colchones en casa de un ropavejero, aun cuando realmente no eran necesarios mientras durase el calor. En tales noches podían dormir en las aceras, como hacía la mayor parte de sus huéspedes.

—Mañana —dijo Jurgis con bastante confianza en sí mismo, en cuanto se quedaron solos— encontraré trabajo, y también puede que lo encuentre Jonas, en cuyo caso podremos tener una casa propia.

Algo más tarde, él y Ona salieron a dar un paseo por el barrio que iban a habitar. En *Back of the yards*, las tristes casas de dos

pisos estaban más separadas unas de otras que las que habían visto en el resto de Chicago; había grandes descampados: daba la sensación de que esa gran llaga que era la ciudad los había pasado por alto mientras se extendía a lo largo y ancho de la vasta pradera. En los descampados crecían hierbas amarillentas y sucias que cubrían innumerables latas de tomate vacías. Una multitud de chavales jugaba allí, en persecuciones y peleas. Su número era lo que más llamaba la atención en aquel barrio. Tantos había, que daba la impresión de que era la salida de un colegio. Y sólo después de conocer bien la zona descubría uno la verdad: no había en él escuelas de ninguna clase y, por otra parte, los niños eran tan numerosos en Packingtown, que en sus calles ni a caballo, ni en carro se podía ir más rápido que a pie.

De todos modos, no hubieran podido ir más rápido a causa del estado de las calles. Aquéllas por donde pasaban Jurgis y Ona parecían más la miniatura de un mapa continental con sus relieves topográficos. La calle, en general, estaba varios pies por debajo de la base de las casas que, a falta de aceras, comunicaban unas con otras por medio de tablas. Había allí valles y montañas, arroyos y fosos, grandes socavones llenos de agua verdosa y pestilente. Los niños jugaban en estas charcas y se revolcaban por el lodo de las calles, hurgaban en el cieno en busca de toda clase de trofeos. Causaban asombro aquellas desigualdades del terreno, y uno se preguntaba asimismo de dónde podían venir los enjambres de moscas que oscurecían el aire, y el extraño fétido olor que privaba la respiración, hediondez de todas las putrefacciones del mundo juntas. Esto incitaba al visitante a hacer preguntas a los lugareños, que explicaban tranquilamente que las casas estaban construidas sobre un terreno artificial, fabricado con las basuras y los desperdicios de la ciudad. Eran inconvenientes que seguramente desaparecerían al cabo de algunos años pero, entretanto, en las épocas de calor, y sobre todo cuando llovía, las moscas eran una verdadera plaga. Cuando el forastero preguntaba si aquello no era malsano, le respondían:

—Tal vez, pero no se puede asegurar.

Un joven que pasó por allí que pensó que había una historia que mecería atención y se puso a trabajar sobre la mortalidad infantil en *Back of the yards*. Descubrió que era cinco veces mayor que en el

resto de distritos, que esa parte de la ciudad era un tumor a causa de toda la basura que había sido arrojada allí. Incluso elaboró después un mapa de la zona y en cada manzana puso un punto negro por cada niño que hubiera muerto durante al año anterior. Cuando terminó parecía que el mapa estaba confeccionado a base de granos de pimienta.

Jurgis y Ona siguieron caminando, perplejos y boquiabiertos, y llegaron a un lugar donde aquel terreno *artificial* estaba en vías de preparación. Vieron allí un gran agujero, cuya superficie sería la de dos manzanas, hacia el cual se dirigían lentamente largas filas de carros llenos de detritus. El olor que se respiraba en el contorno tenía un nombre que el lenguaje cortés no permite repetir. Aquel estercolero estaba lleno de niños que pasaban allí la jornada, revolviendo en él de la mañana a la noche. Algunas veces los visitantes de los mataderos se apartaban de su camino para ver aquel terreno artificial, y entraban en debates sobre si los niños comían lo que allí se encontraban, o simplemente lo recogían para mantener a sus pollos en casa. Aparentemente nadie llegó a averiguarlo.

Al otro lado del vertedero había una gran fábrica de ladrillos con humeantes chimeneas. Se extraía la arcilla necesaria para la fabricación de los ladrillos, y, luego, los huecos causados por esta operación se llenaban con detritus. A los ojos de Jurgis y Ona aquello era una idea maravillosa, digna de la emprendedora América. Algo más lejos, otro gran agujero no cegado estaba repleto de agua; durante todo el verano permanecía estancada y recibía poco a poco las filtraciones de los terrenos vecinos; de este modo se calentaba al sol, y, cuando llegaba el invierno y la superficie se congelaba, había quien cortaba hielo para venderlo a la gente de Packingtown. A los recién llegados, que no leían los periódicos y, por tanto, no andaban obsesionados por historias de gérmenes y bacterias, el método les parecía un buen recurso económico.

Allí se encontraban Jurgis y Ona cuando el sol comenzó a declinar tiñendo el cielo, del lado de occidente, de reflejos rojos, como sangre, y los techos de las casas brillaban como fuegos. Sin embargo, Jurgis y Ona no prestaron a ello la menor atención. Vueltos de espaldas al crepúsculo, sus pensamientos iban hacia Packingtown, claramente visible en lontananza. La línea de los

edificios se destacaba, nítida, recortada en negro sobre el horizonte. Aquí y allá se elevaban las grandes chimeneas con su torrente de humo dirigiéndose hacia el fin del mundo. Este humo, iluminado por el sol poniente, presentaba toda la gama de colores: era negro, sepia, púrpura, gris. Todas las impresiones surgidas por aquel sórdido rincón de la tierra se desvanecían: con el crepúsculo se asemejaban a una imagen de poderío. Jurgis y Ona, arrobados en la escena mientras la oscuridad lo engullía todo, creían encontrarse en un lugar portentoso: un maravilloso relato de la energía humana y de sus grandes realizaciones; un sueño de trabajo para millares de hombres, de oportunidad, de libertad, de larga vida, de amor y de ventura. Cuando partieron, cogidos del brazo, Jurgis dijo:

—Mañana iré allí y encontraré trabajo.

CAPÍTULO III

La condición de dueño de un *delicatessen* proporcionaba a Jokubas Szadwilas multitud de relaciones. Entre éstas se contaba uno de los policías especiales que Anderson empleaba a veces para elegir a sus obreros. Aunque Jokubas no había nunca puesto a prueba el valor de su influencia, tenía la seguridad de poder procurar ocupación a sus compatriotas por mediación de aquel amigo. Previa consulta, se convino en que el policía haría una tentativa en favor del viejo Antanas y de Jonas; pues Jurgis tenía confianza en sus condiciones personales para encontrar trabajo sin la ayuda de nadie.

No se equivocaba en esto, como ya hemos contado. Tras encaminarse a las oficinas de Smith's, no llevaba media hora de espera cuando uno de los capataces reparó en su corpulencia, que le hacía sobresalir entre los demás, y le llamó. El diálogo que siguió fue breve y al grano:

—¿Habla usted inglés?

—No, li-tua-no (Jurgis había aprendido esta palabra concienzudamente).

—¿Busca trabajo?

—*Je* (gesto afirmativo).

—¿Ha trabajado ya otras veces?

—No comprender.

(Signos y ademanes por parte del capataz; vigorosos gestos negativos de Jurgis).

—¿Sabe limpiar y palear tripas?

—No comprender (más gestos negativos).

—*Zarmos. Pagaikstis. Sziuoti!* (mímica imitativa.) *Je.*

—¿Ve usted esa puerta? *Durys?* (apuntando hacia la entrada de las dependencias).

—*Je.*

—Mañana, a las siete. ¿Ha entendido? *Rytoj! Priespietys! Septyni!*

—*Dekui, tamistai!* (gracias, señor).

Y esto fue todo. Jurgis se marchó, y después, de repente, se dio cuenta de la realidad de su triunfo. Dio un grito, y un salto y echó a correr. ¡Ya tenía trabajo! ¡Ya tenía trabajo! Voló hacia su casa y entró en ella como un ciclón, para el enfado de numerosos huéspedes que, por trabajar de noche, disfrutaban en ese momento su descanso del día.

Mientras tanto, Jokubas había ido a ver a su amigo, el agente de policía, que le había dado esperanzas. Todos estaban contentos. No teniendo ya otra cosa que hacer durante aquel día, la tienda de salchichas quedó al cuidado de Lucija, y su marido marchó a mostrar a sus amigos las curiosidades de Packingtown. Jokubas acometió la tarea con todo el aire de un noble rural que muestra sus dominios a un grupo de visitantes. Residente antiguo del lugar, todas las maravillas allí existentes habían nacido y se habían desarrollado ante sus ojos, lo que despertaba en él un orgullo personal. Los conserveros podrían ser dueños del suelo; pero él, Jokubas, reivindicaba la propiedad del paisaje, y eso nadie se lo discutía.

Marcharon, pues, a lo largo de una calle que conducía a los campos donde se recibía el ganado. Era temprano, y la actividad era febril. Una corriente constante de empleados atravesaba la puerta en aquel momento. Eran de cierta categoría, administrativos, taquígrafos y demás. Para las mujeres había carruajes tirados por caballos, que esperaban en determinados sitios y, una vez llenos, marchaban al galope hacia las oficinas. A lo lejos, una vez más, se podía oír el mugir del ganado, un ruido que hacía pensar en un océano distante. Guiados por este ruido, los paseantes continuaron su camino. Su avidez y curiosidad era la de un grupo de muchachos a la vista de un circo de feria que exhibe su colección ambulante de fieras. El espectáculo, en verdad, era muy semejante. Atravesaron la

vía férrea. A ambos lados de la calle, del otro lado, encontraron grandes cercados llenos de ganado vacuno. Mucho les hubiera gustado detenerse para examinar todo aquello, pero Jokubas les metió prisa para llegar a una escalera que conducía a una galería elevada desde donde se podía contemplar todo el panorama. Y, verdaderamente maravillados, casi suspendido el aliento, los paseantes se entregaron a la extraordinaria escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Aquel campo medía más de una milla cuadrada, cubierta en una buena mitad por cercados ganaderos. De Norte a Sur, hasta donde la vista puede alcanzar, se extendía un verdadero mar de rediles. Y todos estaban llenos; nadie podría imaginar, al verlos, que hubiera tanto ganado vacuno en el mundo. Había allí reses rojas, negras, blancas y amarillas; viejas y jóvenes; grandes bueyes de fuertes mugidos y ternerillas recién nacidas; vacas lecheras de mirar dulce, y fieros toros de Texas, armados de largos y poderosos pitones. El ruido que semejante aglomeración de animales producía era tal, que cualquiera se hubiera creído ante los establos del universo. Y, si de contarlos se tratara, baste decir que sólo calcular el número de rediles hubiera llevado ya todo el día. Aquí y allá, esos mismos rediles se hallaban separados por corredores limitados a uno y otro lado por las vallas de los cercados, e interrumpidos a intervalos por barreras o compuertas. Jokubas les explicó que había veinticinco mil compuertas. Había leído recientemente en un periódico un artículo lleno de datos estadísticos de esa clase y aprovechaba la ocasión de repetirlos, muy ufano ante las exclamaciones de asombro de sus compañeros. También Jurgis compartía un poco de vanidad. ¿No acababa él de conseguir empleo en aquel mundo febril? ¿No se había convertido en partícipe de aquella inmensa actividad, una pieza de aquella maravillosa maquinaria?

Por las calles que dividían los corrales se veía galopar en todas direcciones jinetes provistos de botas de montar y largos látigos. Parecían muy ocupados, cambiando voces entre sí y gritando a los que conducían el ganado. Algunos de estos jinetes eran boyeros, otros ganaderos llegados de lejanos Estados de la Unión; algunos eran corredores, comisionistas o compradores, representantes de las grandes fábricas de conservas. De cuando en cuando, los jinetes se detenían para inspeccionar un grupo de animales y cambiaban unas

breves palabras sobre sus negocios. El comprador asentía o hacía una especie de saludo con el látigo que significaba que la transacción estaba cerrada. En seguida tomaba nota de ella, en un cuadernito, al lado de otros centenares de anotaciones semejantes hechas aquella misma mañana. Después, Jokubas señaló a sus amigos el lugar hacia donde conducían el ganado para pesarlo en una báscula que admitía cientos de miles de libras de una vez y registraba automáticamente los pesos. Los visitantes se encontraban cerca de la entrada del lado este, que era por donde se extendían las vías férreas sobre las cuales marchaban los vagones llenos de ganado. Durante toda la noche el ritmo había sido incesante, por lo que todos los rediles estaban repletos; pero antes de que terminara el día quedarían vacíos, y a la noche siguiente la misma operación comenzaría una vez más.

—¿Y qué sucede con todos estos animales? —gritó Elzbieta.

—Antes de que caiga la noche —le contestó Jokubas—, todos estarán muertos y troceados. Al otro lado, por la parte opuesta de las fábricas, hay otras vías férreas por donde llegan los trenes que se llevan los productos del matadero.

El guía les explicó a continuación que dentro del recinto de los mataderos había unas doscientas cincuenta millas de vía férrea. Los trenes conducían diariamente alrededor de diez mil reses, otros tantos cerdos y casi la mitad de ganado lanar, en suma, de ocho a diez millones de seres vivientes sacrificados y transformados cada año en comida. Tras un rato de contemplación el observador podía advertir cierto movimiento lento, pero constante, de toda aquella masa, y discernir el sentido y dirección de la marea hacia los mataderos. En efecto, el ganado era conducido por grupos desde los cercados a unas salitas comunicantes con caminos de cinco yardas de anchura que, en plano inclinado, iban elevándose sobre el nivel de los cercados. Por estos caminos los animales avanzaban en un flujo incesante. Era cruel ver aquellos pobres seres marchar, apretándose unos contra otros, hacia su fin, completamente inconscientes de la suerte que les aguardaba. Aquello era un verdadero río de muerte. Nuestros amigos carecían de imaginación poética y el espectáculo no les sugirió ninguna metáfora acerca de los destinos humanos. No pensaban, al ver todo aquello, sino en la poderosa eficiencia que se mostraba ante sus ojos. Los caminos

destinados a los cerdos eran los que subían a mayor altura, hasta lo alto de los edificios que se veían en la distancia. Jokubas explicó que el refinamiento llegaba hasta el punto que se lograba que los cerdos se limpiaran y prepararan por sí mismos. Ascendían por sus propias patas y después su mismo peso facilitaba que fuesen pasando por todas las fases necesarias para transformarlos en diversos productos alimenticios.

—Aquí no se desperdicia nada —dijo el guía, y en seguida se echó a reír, y añadió un chiste, complaciéndole mucho que sus inexpertos amigos lo considerasen de su propia cosecha: «Del cerdo se aprovecha todo, menos los gruñidos».

Enfrente del edificio donde se hallaban las oficinas generales de Smith's hay un pequeño espacio cubierto de césped, y bueno es saber que en todo Packingtown no hay más verde que ése. Del mismo modo, el chiste acerca de los gruñidos de los cerdos, que todos los guías sueltan como espontáneo, es el único vestigio de humor que cabe encontrar en aquel lugar.

Cuando nuestros amigos se cansaron de ver los cercados llenos de reses, subieron, calle arriba, hacia el conjunto de edificios que ocupaban el centro de los mataderos. Estas construcciones de ladrillo, recubiertas de innumerables capas de humo de Packingtown, mostraban por todas partes anuncios pintados, que daban al visitante el súbito convencimiento de haber llegado al lugar que había de ser origen de muchos de los tormentos de su vida. Allí era donde se fabricaban esos productos cuyas excelencias le han contado por todas partes hasta fatigarle y obsesionarle, ya fuera con grandes carteles que le impedían ver el paisaje desde las ventanillas del tren, ya con anuncios reiterativos en periódicos y revistas, ya con reclamos chillones colocados al acecho en todas las esquinas de las calles. Allí era donde se fabricaba el *Jamón y el Tocino Imperial Smith*, la *Carne Sazonada Smith*, las *Salchichas Excelsior Smith*. ¡Allí se encontraba el cuartel general de la *Manteca de Cerdo Anderson*, la *Ternera Salada Anderson*, el *Bacon Anderson*, la *Vaca* y el *Jamón Anderson* en latas, la *Pasta de Pollo* y los incomparables *Abonos Peerless*!

—También han de tener cuidado para no gastar mucha pintura por aquí —observó Jokubas Szadwilas—. No pueden engañar a

nadie que haya pasado por los mataderos.

Estas palabras produjeron perplejidad en Jurgis.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Hay algo malo?

—*Tai jukai* —dijo riendo Jokubas—. Espera a llevar aquí un tiempo. No me metería un trozo de esa carne en lata en la boca ni por salvar del purgatorio al alma de mi abuela.

Al entrar en uno de los edificios de Anderson's se encontraron con un buen número de visitantes, que aguardaban. Poco después llegó un guía del establecimiento, que los condujo a los diversos departamentos de la fábrica. Las fábricas de alimentos dan una gran importancia a las visitas de los curiosos, porque constituyen un buen reclamo. Jokubas murmuró al oído de sus compañeros que los visitantes, sin embargo, no ven sino lo que los fabricantes quieren que vean.

Por una larga serie de escaleras exteriores el grupo subió cinco o seis pisos hasta llegar a lo alto del edificio. Allí encontraron el plano inclinado ascendente, con su piara de cerdos ascendiendo con dificultad entre empujones. En el extremo superior del camino había una explanada donde se dejaba a los animales descansar un momento para que se refrescasen y, en seguida, penetraban por un pasadizo en una cámara de donde ya ningún cerdo regresa.

Era una nave larga y angosta, con una galería a lo largo, destinada a los visitantes. En el extremo que corresponde a la entrada había una gran rueda de acero de más de veinte pies de circunferencia, con anillas de trecho en trecho a lo largo de los bordes. A ambos lados de esta rueda había un espacio estrecho adonde iban llegando los cerdos al final de su recorrido; en medio se hallaba de pie un negro, alto y fuerte, con el pecho y los brazos desnudos. En ese momento, el negro descansaba, porque la rueda estaba detenida mientras otros obreros la limpiaban. Pero, transcurridos uno o dos minutos, la rueda empezó a girar lentamente, y los hombres de uno y otro lado reanudaron su trabajo de un salto. Cada uno de ellos tenía a mano cadenas que aseguraban por un extremo a una pata trasera del animal que tenían más cerca, y que enganchaban por el otro extremo a uno de los anillos de la rueda. Cuando ésta giraba, el animal era violentamente arrastrado y quedaba suspendido en el aire cabeza abajo.

Al mismo tiempo, un grito de angustia, un gruñido intenso y terrible, atronaba los oídos; los visitantes se estremecían de espanto; las mujeres palidecían y trataban de retroceder. Al primer grito del animal seguía otro, aún más angustioso, más fuerte y más continuado; porque, una vez en aquel camino, el cerdo no se detenía ya hasta su muerte. Cuando el anillo por el que estaba enganchado llegaba, por el movimiento de rotación de la rueda, a lo más alto de ésta pasaba a un trole y el animal, oscilando cabeza abajo como un péndulo, marchaba colgando del cable movible a lo largo de la cámara. En seguida, otro cerdo era enganchado y suspendido del mismo modo, y luego otro y otro, hasta formar una doble fila de ellos, todos colgados de una pata trasera, pataleando y gruñendo desesperadamente. El ruido resultante era tremendo, aterrador y capaz de romper los tímpanos a los visitantes. Parecía que la sala no era suficiente para resistir tal estruendo, y que el techo y los muros se iban a venir abajo. Eran audibles toda clase de gruñidos, unos agudísimos, otros graves y sordos, alaridos, todos, de agonía. De cuando en cuando había un momento de calma, pero en seguida se reproducía el fragor aún más horripilante. Esto era demasiado para alguno de los presentes. Los hombres se miraban unos a otros y reían nerviosamente; las mujeres crispaban las manos, cambiaban de color y las lágrimas aparecían en sus ojos.

Entretanto, los obreros continuaban su trabajo; sin prestar atención alguna ni a los alaridos de los cerdos, ni a las exclamaciones de los visitantes. Uno por uno, los animales colgados, conforme iban pasando delante de ellos, recibían una rápida y tremenda cuchillada que les abría la garganta. Manando sangre, y gruñendo y pataleando todavía, continuaban su marcha arrastrados por el cable hasta que los arrojaban, la mayor parte de ellos aún en el estertor de la agonía, en un inmenso tanque de agua hirviendo.

Todo esto se hacía tan metódica y maquinalmente que, a pesar del horror que experimentaba, el espectador quedaba fascinado. Estaban presenciando la matanza tecnificada, la industrialización del cerdo mediante las matemáticas. Y, sin embargo, aun las personas menos sensibles no podían menos de pensar en los pobres cerdos. ¡Eran tan inocentes, habían llegado allí tan confiados, y sus protestas parecían tan humanas, tan justas! En verdad, los pobres animales no habían hecho nada para merecer tal fin: engancharlos,

colgarlos y degollarlos con tanta sangre fría, sin mostrar por ellos la menor compasión, sin la menor excusa y sin el homenaje de una lágrima, era añadir el insulto a la injuria. De vez en cuando, a buen seguro, alguno de los visitantes dejaba escapar una lágrima, pero la máquina de matar continuaba funcionando, hubiera o no espectadores. Aquello era como un horrible crimen cometido en una mazmorra y sepultado después en el olvido.

No se podía contemplar largo tiempo esta escena sin sentirse inclinado a filosofar, sin empezar a encontrar símbolos y semejanzas, sin oír el alarido universal de toda la especie porcina. ¿Era posible creer que en ninguna parte de la tierra, o más allá de ella, no haya un paraíso donde los puercos vean recompensados todos sus sufrimientos? Cada uno de estos pobres animales era una criatura completa. Los había blancos, negros, pardos y manchados; unos eran viejos, otros jóvenes; algunos se ofrecían a la vista grandes y colgados, otros monstruosos. Y todos y cada uno tenían una individualidad, una voluntad y esperanzas y deseos; cada uno de ellos estaba en la plenitud de la confianza en sí mismo, de su importancia y de su dignidad. Confiados y tranquilos seguían su camino e iban cumpliendo su misión, en tanto que una sombra negra los amenazaba y un destino horrible les aguardaba al paso. De repente, aquella sombra se lanzaba sobre ellos y los amarraba por una pata. Inexorable, implacable, sorda a sus alaridos y protestas, ejercía sobre ellos su cruel voluntad, como si los deseos, los sentimientos de aquellos seres no existiesen en absoluto: los degollaba y contemplaba inalterable cómo se escapaba de ellos la vida a bocanadas. Ahora bien, ¿habría alguien que no creyese en la existencia de algún dios de los cerdos para quien la personalidad de estos animales sea preciosa y para quien sus gritos de agonía tengan una significación; un dios que tomara a este ser sensible en sus brazos, le consolara y le recompensara por su misión bien cumplida y le mostrara el significado de su sacrificio? Había un significado en todo aquello: ¡si el pobre cerdo se hubiera dado cuenta de esto! De ser así, no hubiera muerto entre gritos, sino feliz. ¡Si se hubiera percatado de que iba a figurar en la cuenta corriente de un gran capitoste de la industria, que iba a colaborar en la fundación de una universidad, financiar varias bibliotecas, en cuanto el capitoste pasara a la otra vida! Lo peor de la comercialización del mundo es

esa crueldad que permite que sus víctimas caminen entre tinieblas: el hecho de que mujeres delicadas y sus pequeños, entre quejas, se dejen el lomo en las fábricas, en las minas, en tiendas sin horario de cierre, se mueran de hambre y contraigan enfermedades terribles sin darse cuenta y sin que les consuele la idea de que están contribuyendo al bienestar de la sociedad y al poder de un gran y eminente filántropo. Acaso nuestro Jurgis en su humilde espíritu tuvo algún vago vislumbre de todo esto cuando, al volverse para marchar de allí con el resto de sus amigos, exclamó:

—*Diewes!* ¡Cuánto me alegro de no ser un cerdo!

Los cadáveres de éstos eran extraídos del tanque de agua hirviendo por medio de una máquina, y de allí descendían a otro piso, pasando por un complicado mecanismo provisto de numerosos rascadores que, adaptándose al tamaño y forma del animal, lo despachaban a otro departamento con la piel completamente limpia de cerdas.

Suspendido nuevamente el animal de otro raíl, partía para un nuevo viaje. Esta vez el cuerpo pasaba por entre dos filas de operarios sentados en una plataforma, y cada uno de los cuales ejecutaba una operación distinta a medida que el cadáver pasaba delante de él. Uno limpiaba perfectamente la parte superior de un pernil, otro la inferior. Un obrero, de una sola cuchillada, abría el cuello; otro, de dos tajos, cercenaba la cabeza, que caía al suelo y desaparecía por una trampa. El de más allá abría el cuerpo en canal, y el siguiente ensanchaba la abertura; un tercero, provisto de una sierra, cortaba el esternón; el cuarto extraía las entrañas, que un quinto cortaba y separaba, echándolas por una trampa. Al mismo tiempo nuevos operarios limpiaban cuidadosamente el lomo, otros, los costados y, en fin, algunos expurgaban el interior del cuerpo, lo preparaban y lo lavaban. En suma, mirando a lo largo de la nave, se veía avanzar lentamente una fila de cerdos colgados, de más de cien yardas de largo. Cada yarda había un hombre trabajando como un demonio. Al fin de esta peregrinación del cerdo, cada pulgada de su cuerpo había sido reconocida y tratada varias veces. Por último, despojado, pasaba a unas cámaras frigoríficas, donde permanecía veinticuatro horas. Aquel lugar era como un fantástico bosque de cadáveres helados, donde un extraño hubiera perdido su camino.

Antes que los cuerpos sean admitidos en las cámaras frigoríficas

deben, sin embargo, pasar ante un inspector del Gobierno, que, sentado a la entrada del recinto, palpa las glándulas del cuello para determinar si el animal estaba o no atacado de tuberculosis. Este inspector oficial no tenía el aire de un hombre agobiado por su trabajo. Al parecer, no le preocupaba el riesgo de que el cerdo pudiera pasar a la cámara frigorífica sin que hubiese terminado por completo su reconocimiento. Si sois personas sociables, entablará de buena gana conversación con vosotros y os explicará la naturaleza mortal de las ptomaínas que se encuentran en la carne del cerdo tuberculoso. Y, mientras os habla, no seréis tan descorteses con él como para hacerle notar que, entretanto, una docena de cuerpos han pasado sin reconocimiento. El inspector, que vestía un magnífico uniforme azul con botones dorados, comunicaba cierta atmósfera de autoridad a todo el departamento. Se hubiera dicho que él ponía el sello de aprobación oficial a cuanto se efectuaba en Anderson's.

Por esta razón, la empresa le estaba muy agradecida: no hacía falta ni jefes ni espías para ver que hacía su trabajo concienzudamente y que no guardaba registro de sus idas y venidas. Estaba prohibido que los empleados sacaran carne de Anderson's y de los almacenes de la compañía bajo cualquier circunstancia. Ni siquiera los jefes podían saltarse esta norma. Habían pillado a varios trabajadores pobres con una ristra de salchichas escondida en su fiambrera: habían pasado treinta días en la cárcel y jamás se les había vuelto a contratar en ninguna de las empresas que funcionaban en Packingtown. En cambio los inspectores gubernamentales estaban eximidos de su cumplimiento y podían llevarse toda la carne que les viniera en gana, y lo hacían. Todos los días se volvían a casa con chuletones de ternera envueltos en un papel y ensartados debajo de sus brazos.

Jurgis tendría que aprender todo esto; de momento era tan inocente como un niño. Con los demás visitantes, siguió toda la fila antes descrita de cerdos sacrificados, mirándolo todo con la boca abierta, confundido y admirado. Él también había colaborado en matanzas de cerdos en los bosques de Lituania; pero nunca se le había ocurrido que en la preparación de cada animal intervinieran cientos de hombres. Todo lo que veía era como un poema

maravilloso, y a todo daba crédito con la mayor ingenuidad, hasta a los llamativos carteles en que se exigía a los empleados una limpieza inmaculada. Por eso, cuando el cínico de Jokubas tradujo los carteles a su verdadera significación, haciendo picarescos comentarios y prometiendo llevarle a los departamentos secretos donde se arreglaban y componían las carnes desechadas, Jurgis experimentó cierto embarazo.

El grupo de visitantes pasó después al piso inferior, donde se trataban y preparaban los despojos. A una sala llegaban los intestinos, que se limpiaban, lavaban y preparaban para destinarlos, después, a la confección de embutidos. Aquí, hombres y mujeres trabajaban en medio de una hediondez asfixiante, y los espectadores procuraron pasar de largo para no morirse de asco. En otra cámara se recibían los despojos destinados a la cuba, es decir, a ser hervidos en agua para separar la grasa, con la cual se preparaba, después, manteca y jabón. Más abajo se recogían los últimos desperdicios; pero también por este departamento los visitantes pasaron lo más deprisa posible. En otros lugares había obreros dedicados a descuartizar los cerdos procedentes de las cámaras frigoríficas. En primer lugar aparecían los abridores, o sea los operarios más hábiles de la factoría, que ganaban hasta medio dólar por hora, y que en toda la jornada no hacían sino rajar cerdos de arriba a abajo. Después venían los cortadores, gigantes con músculos de acero, dotados cada uno de dos ayudantes. Éstos llevaban las mitades del cerdo ante el cortador y las sostenían sobre una mesa mientras su jefe las cortaba en varios sentidos. Cada cortador estaba provisto de una enorme cuchilla, de unos dos pies de longitud, y nunca daba con ella más que un solo corte en un sentido determinado; y este corte se daba con tal limpieza y exactitud, que la cuchilla nunca atravesaba el trozo de cerdo por lo que el filo no tocaba la mesa. La fuerza del golpe estaba tan perfectamente calculada, que quedaba cortada la carne, pero nada más. De este modo, por varios agujeros practicados en el piso, iban cayendo al departamento inferior las diversas piezas troceadas. En una sala caían los jamones; en otra, cuartos delanteros; en otra, los costados. Se podía descender también a este otro departamento y visitar los saladeros donde los jamones eran depositados en grandes cubas; las cámaras de ahumar, con sus puertas de hierro para

impedir el paso del aire. En otras cámaras se salaba tocino: había sótanos completamente llenos donde se apilaba en torres que llegaban hasta el techo. En otros departamentos se empaquetaban las carnes en cajas o en barriles; se envolvían los jamones y el tocino en papel parafinado; y, por último, los paquetes se enfundaban, se sellaban y se etiquetaban. A las puertas de estos departamentos llegaban continuamente obreros con carretillas de mano que recogían los bultos y los trasladaban a un andén donde aguardaban los vagones, listos para ser cargados. El visitante, cuando salía por una de estas puertas, al verse a la altura de la calle, se daba cuenta de que había atravesado de arriba a abajo todo el inmenso edificio.

Después, la expedición atravesó la calle para dirigirse al departamento donde se sacrificaban las reses vacunas, en el que cada hora cuatrocientas o quinientas de éstas eran convertidas en carne para el consumo. A diferencia del departamento que acababan de dejar, en este otro matadero todo el trabajo se hacía en un solo piso; y en vez de una línea de animales muertos en avance automático hacia los operarios había quince o veinte filas y los obreros pasaban de una fila a otra continuamente. Esto constituía una escena de extraordinaria actividad, un cuadro del poder humano digno de verse. Todo esto se efectuaba en una gran nave en forma de anfiteatro, con una galería en el centro destinada a los visitantes.

A uno de los lados de la gran nave corría otra galería estrecha, elevada algunos pies sobre el piso general. Unos hombres provistos de una especie de puyas eléctricas conducían el ganado hacia esta galería. Una vez reunidas allí las reses, cada una de ellas quedaba separada de las demás y apresada en una especie de celda formada con compuertas que se cerraban y en la que el animal no tenía lugar para revolverse. Mientras la res, en aquel estrecho encierro, mugía y pataleaba, un matarife, armado de un gran mazo, se cernía sobre la estructura y aguardaba el momento oportuno para asestar el golpe. El lugar se llenó con el eco de los martillazos, el de los cráneos hundidos y el del pataleo de los animales. En el instante en que el animal cae, el matarife repite la operación con otro. Entretanto, un segundo obrero, por medio de una palanca, hace que se incline un lado de la celda, y la res, todavía pateando y forcejeando, resbala

hasta el *killing floor*.[9] Allí un hombre engancha una cadena a una de las partes traseras, y, con otro movimiento de la palanca, el cuerpo del animal sale colgando, elevado por los aires. Había quince o veinte de estas celdas y un par de minutos eran suficientes para asestar el golpe a las quince o veinte reses allí encerradas y sacarlas de allí. A continuación entraba otro lote de animales, de modo que de cada uno de estos encierros fluía continuamente una corriente de reses sacrificadas, que los operarios del *killing floor* debían retirar y lanzar hacia la gran nave.

Una vez visto este espectáculo jamás podría olvidarse. Los obreros trabajaban con una furiosa actividad; corrían, literalmente, de un lado a otro, y a nada podía compararse a aquel ir y venir, aquella agitación, a no ser un partido de fútbol. Sin embargo, todo ello era simplemente un trabajo especializado en extremo, en el que cada operario tenía su misión particular, consistente, por lo general, en practicar sobre cada res no más de dos o tres cortes específicos, de modo que los hombres recorrían la fila de quince o veinte reses para dar en cada cuerpo los cortes que le correspondían. Primero llegaba el degollador, para sangrar al animal. La operación consistía en una sola cuchillada, tan rápida, que sólo se veía el fulgor de la hoja; antes de que el observador pudiera darse cuenta de ello, el obrero pasaba a la fila siguiente, mientras un torrente de sangre roja caía al suelo. A pesar de los continuos esfuerzos de los empleados por empujarla dentro de los sumideros, había siempre una capa de sangre de media pulgada de espesor. El piso, por fuerza, debía de estar muy resbaladizo; pero, viendo cómo corrían de un lado para otro los trabajadores, nadie lo hubiera creído.

Durante algunos minutos, los animales permanecían suspendidos para que se desangrasen, sin que, por ello, se perdiera en absoluto el tiempo, ya que, en cada fila, había varios cuerpos suspendidos y siempre alguien dispuesto para continuar la tarea. Se dejaba entonces que la res cayese al suelo y en seguida llegaba el decapitador que, con dos o tres rápidas cuchilladas, separaba la cabeza del tronco. Otro obrero daba inmediatamente un corte en la piel y, casi al mismo tiempo, media docena de otros operarios, trabajando en rápida sucesión, dejaban la res desollada. Después de esto, el cuerpo quedaba suspendido otra vez y, entretanto, un hombre examinaba la piel para asegurarse de que estaba entera, sin

cuchilladas ni perforaciones, y otro la enrollaba en seguida y la hacía desaparecer por una de las trampillas del suelo, mientras la res despellejada seguía su camino. Unos obreros la abrían en canal, otros la descuartizaban, otros la evisceraban, otros limpiaban y lavaban el interior. Había quienes, rápidamente, lanzaban, por medio de mangas, chorros de agua hirviendo sobre todas las porciones, y quienes cortaban las patas y remataban el trabajo. Por último, como en el departamento de los cerdos, el resultado de todo esto pasaba a las cámaras frigoríficas donde permanecía el tiempo necesario. Conducidos a estas cámaras, los visitantes podían ver las reses, colgadas en orden perfecto y cuidadosamente marcadas con el sello de los inspectores del Gobierno. Algunas, sacrificadas por un procedimiento especial, llevaban el signo rabínico como certificación de que aquella carne era *kosher*, es decir, apta para el consumo por los judíos ortodoxos. Los visitantes eran conducidos a continuación a otros departamentos del edificio donde podía verse el resultado de todas las porciones que habían desaparecido bajo el suelo de la nave principal. Así vieron los saladeros, los talleres de enlatado, las naves de envasado, donde las carnes más selectas, destinadas al consumo en todo el orbe civilizado, se preparaban para ser exportadas en vagones frigoríficos. Después, Jokubas y sus acompañantes salieron de los mataderos y avanzaron por el laberinto de edificios donde se efectuaban los trabajos accesorios de aquella gran industria. Apenas había artículo, de los necesarios para la marcha de su negocio, que la casa Anderson and Co. no fabricase por sí misma.

Además de una gran instalación de motores de vapor y otra eléctrica, existía un inmenso taller de tonelería y otro de reparación de calderas. Había un edificio al que llegaba la grasa por cañerías especiales, y donde, con ella, se elaboraba jabón y manteca; luego, un departamento donde se fabricaban cajas de cartón y botes de hojalata para envasar respectivamente aquellos productos. En otro edificio se lavaban, limpiaban y secaban las cerdas y crines para hacer almohadillados y cosas semejantes. Más allá se desecaban y curtían las pieles. En otro departamento, se preparaba cola y gelatina con la cabeza y las patas de las reses. En un último lugar, los huesos y otros productos de desecho se transformaban en abonos. En rigor, ni la más pequeña partícula de material se perdía

en la gran casa Anderson. Con las astas de las reses se hacían peines, botones, horquillas para el pelo e imitaciones de marfil. Con los huesos largos se fabricaban mangos de cuchillo, cepillos de dientes y boquillas para fumar; con las pezuñas se hacían también boquillas y botones y los residuos se transformaban en cola. De las patas, articulaciones, raspaduras de la piel, ternillas y tendones se obtenían productos tan heterogéneos y variopintos como gelatina comestible, cola de pescado, fósforo negro animal, betún para el calzado y aceite animal. Había talleres donde se trataban las crines de las colas de los toros, y departamentos para esquilar las pieles de oveja y cardar la lana resultante. Laboratorios donde se obtenía pepsina del estómago de los cerdos, albúmina de la sangre y cuerdas para instrumentos musicales de las tripas malolientes. En definitiva, cuando de un producto ya no podía obtenerse más material útil el residuo final se llevaba primero a la cuba, para extraer toda la grasa y, luego, se transformaba en abono. Todas estas industrias, tan distintas, se hallaban establecidas en edificios próximos entre sí y comunicados, por medio de galerías y vías férreas, con el establecimiento principal. Los cálculos afirmaban que habían pasado por allí más de doscientos cincuenta millones de animales desde la fundación de la casa por el viejo Anderson, un hombre de negocios hecho a sí mismo, que abrió la empresa una o dos generaciones antes de la actual. Si, además de ésta, se tenía en cuenta el resto de factorías análogas establecidas en Chicago —que, en realidad, estaban unidas—, se podía afirmar, como Jokubas indicaba a sus acompañantes, que aquello constituía el mayor conglomerado de trabajo y capital nunca reunido en una sola localidad. Treinta mil personas tenían allí su empleo y otras doscientas cincuenta mil dependían directamente, en la vecindad, de esta inmensa instalación, de la cual obtenían su sustento, mientras que más de medio millón de personas vivían indirectamente a costa de estas industrias que remitían sus productos a todas las comarcas del mundo civilizado y suministraban artículos alimenticios a más de treinta millones de seres humanos.

Jurgis y sus compañeros escuchaban todo esto boquiabiertos. Les parecía imposible que una organización tan impresionante hubiera podido ser concebida por un simple mortal. Por eso, Jurgis

consideraba casi como una profanación que Jokubas hablara de aquello con comentarios satíricos y escépticos. Aquello era algo tan tremendo como el propio universo y, como los de éste, su organización, sus leyes y sus movimientos estaban más allá de la comprensión o el enjuiciamiento. Para Jurgis, todo lo que un simple mortal podía hacer era tomar aquello tal como lo encontraba y obrar como se le ordenara. Ser recibido en aquel lugar y tomar parte en aquella maravillosa actividad, le parecía una bendición tan digna de agradecer como lo son el sol y la lluvia. Además, Jurgis se alegraba de no haber visto aquello antes de su triunfo, porque calculaba que de otra manera aquella inmensidad le habría acobardado. Pero ahora no: ahora estaba admitido y formaba parte de todo aquello. Sentía como si aquella grandeza lo hubiese tomado bajo su protección y se hiciese responsable de su porvenir y prosperidad. Era tan inocente y tanta su ignorancia del negocio, que no había reparado en un hecho de no poca importancia: él había entrado al servicio de Smith's y, para todo el mundo, Smith's y Anderson's eran enemigos mortales, rivales irreconciliables a los que las mismas leyes del país ordenaban hacer cuanto pudiesen para arruinarse mutuamente bajo pena de multa y encarcelamiento.

Capítulo IV

A las siete de la mañana del día siguiente, con toda puntualidad, Jurgis se presentó a trabajar. Acudió a la puerta que se le había indicado y ante ella estuvo esperando más de dos horas. El capataz, que quiso darle a entender que era por allí por donde debía entrar, no se lo había explicado claramente y, por eso, hizo falta que saliera con objeto de contratar a otro obrero, para que se topase con Jurgis, a quien dispensó una buena rociada de improperios; pero como el lituano no entendió una palabra, no le hicieron impresión alguna. Jurgis le siguió al interior, donde le mostró el lugar en que debía dejar su ropa de calle y aguardó a que se vistiera con la de trabajo, que Jurgis llevaba en un hatillo. Luego el capataz le condujo al *killing floor*. El trabajo que Jurgis debía hacer era muy sencillo, y sólo necesitó unos cuantos minutos para aprenderlo. Provisto de una especie de escoba muy dura, como las que usan los barrenderos de las calles, su cometido consistiría en marchar tras el obrero encargado de arrancar las entrañas humeantes del cuerpo de la res, barrer dichos despojos y empujarlos para que cayeran por una trampa que se cerraba en seguida, a fin de que ninguno de los que allí trabajaban cayese por ella. Nada más llegar Jurgis, entraba el primer lote de ganado que había de ser sacrificado aquella mañana. Por lo tanto, no tuvo tiempo de mirar a su alrededor, ni menos de ponerse a hablar con nadie. Empezó en seguida el trabajo. Era un día caluroso de julio, y el local estaba lleno de sangre caliente que le llegaba a los tobillos. El hedor era casi insoportable; pero, a Jurgis no le importaba. Su espíritu rebosaba de alegría porque, por fin, tenía trabajo y ganaba dinero. Todo el día estuvo haciendo

cálculos mentalmente. Su salario alcanzaba la fabulosa suma de diecisiete centavos y medio por hora, y como fue una jornada de intensa actividad que se hubo de prolongar hasta las siete de la tarde, al volver a casa, pudo informar a su familia que sus ganancias del día habían superado el dólar y medio.

También a él le esperaban en casa buenas noticias; tanto que en seguida se improvisó una pequeña fiesta en el salón-dormitorio de Aniele. Jonas había tenido una entrevista con el policía especial que Szadwilas le presentó. Éste, a su vez, le había llevado a ver a varios capataces, y uno de ellos le había prometido trabajo para el principio de la semana siguiente. Por su parte, Marija Biarczynskas, encendida por los celos ante el éxito de Jurgis, había ido sola, a encontrar por propia iniciativa un puesto de trabajo. Marija no llevaba consigo más recomendación que sus robustos brazos y la palabra «empleo», aprendida a costa de mucho esfuerzo. Se pasó toda la jornada corriendo de un lugar a otro en Packingtown, y entrando en todas partes donde veía indicios de actividad. De algunos sitios la expulsaron con malos modos; pero Marija, que no temía a Dios ni al diablo, no dejó de interrogar a cuantas personas encontraba a su paso: visitantes, forasteros, trabajadores como ella y aun, una o dos veces, a altos y solemnes personajes de las oficinas, que la miraron de arriba abajo como si fuera una loca. Al fin, sin embargo, su perseverancia se vio recompensada. En uno de los establecimientos más pequeños, llegó a una sala donde docenas de mujeres y muchachas, sentadas ante largas mesas, preparaban latas de carne ahumada. Vagando de una a otra sala del mismo departamento, llegó a un lugar donde las latas eran pintadas y etiquetadas. Allí tuvo la buena fortuna de encontrar a la encargada. Marija no comprendió entonces, como haría más tarde, cuánto agradó a la encargada la combinación que en ella se daba: una imagen llena de animación y buen humor con la musculatura de un caballo de trabajo. Lo cierto es que la mujer le dijo que volviera al día siguiente y trataría de enseñarle el oficio. Pintar latas era un trabajo que exigía cierta habilidad y en el que se podía ganar hasta dos dólares diarios. De ahí que Marija saliera corriendo hacia la casa para contárselo a la familia. Entró dando gritos como un indio comanche, danzando y saltando de alegría por la habitación, hasta el punto de asustar al pequeñuelo, al que casi le entran

convulsiones.

Difícilmente se podría esperar mejor suerte. De todo el grupo no quedaba ya más que uno en espera de trabajo, pues Jurgis había decidido que Teta Elzbieta se quedaría en casa para atenderla y que Ona la ayudaría. No quería Jurgis que Ona saliera a trabajar. Eso, decía, era indigno de él e inconveniente para ella. Extraño sería que no pudiera sostener por sí mismo a la familia con el auxilio que habían de aportar Jonas y Marija. Tampoco quería oír hablar de que los muchachos buscaran un empleo. En América, según había oído, había escuelas donde se podía enviar a los niños para que se les instruyera gratuitamente y, por lo pronto, resolvió que los hijos de Teta Elzbieta tendrían que disfrutar de las mismas ventajas que los demás niños. El mayor, Stanislovas, no tenía más que trece años, y estaba poco desarrollado para su edad; y mientras que el hijo mayor de Szadwilas, de doce años, hacía más de uno ya que trabajaba en Morton's.

Jurgis quiso que Stanislovas aprendiera inglés y llegara a ser un obrero cualificado.

Sólo quedaba por resolver lo relativo al viejo Diedas Antanas. Jurgis hubiera querido que tampoco trabajara; pero hubo de reconocer que eso era imposible. Además, el viejo no quería oír una sola palabra al respecto. Él se consideraba tan capaz y tan lleno de vida como un joven. Había llegado a América con tantas esperanzas como cualquiera de los demás, mas ahora constituía el problema que más preocupaba a su hijo. Cualquiera que hablara con Jurgis le aseguraba que buscar trabajo para un anciano en Packingtown era perder el tiempo. El mismo Szadwilas le dijo que los grandes fabricantes ni siquiera mantenían a los obreros que habían envejecido a su servicio: como para hablar siquiera de admitirlos de fuera. Y no sólo allí, sino en toda América, que él supiera, se observaba la misma regla. Para dar satisfacción a Jurgis había pedido su parecer al policía, y éste manifestó que no merecía la pena ni pensar en ello. Todo esto no se lo habían dicho al viejo Antanas que, en consecuencia, había pasado dos días errante por los mataderos buscando trabajo infructuosamente. Cuando Antanas volvió a casa para ser testigo del buen éxito de los jóvenes, sonrió, sin embargo, y valerosamente dijo que otro día le llegaría el turno a él.

En vista de cómo se les presentaba la suerte, creyeron que tenían derecho a pensar en el modo de crearse un hogar. Sentados en el umbral de la puerta, en aquella velada de verano conversaron largamente acerca del asunto, y Jurgis aprovechó la ocasión para exponer una gran idea. Aquella mañana, cuando descendía por la avenida en dirección a su trabajo, había visto a dos muchachos repartiendo unos anuncios casa por casa. Al ver que los prospectos llevaban ilustraciones, pidió uno, lo plegó y se lo guardó en el bolsillo. A mediodía, un obrero con quien había estado hablando se lo leyó y le explicó de qué se trataba. Al momento Jurgis concibió una idea verdaderamente audaz.

Entonces Jurgis sacó y desplegó el anuncio, que era, ciertamente, una obra de arte. De casi dos pies de longitud, estaba impreso en papel satinado, con colores tan brillantes que relucía aún a la luz de la luna. En el centro del anuncio se veía una casa magníficamente pintada, nueva, deslumbrante. El techo, de un tono purpúreo, presentaba rebordes dorados; los muros lucían como plata y las puertas y ventanas eran de color rojo vivo. Se trataba de un edificio de dos pisos, con un porche frontal y decorados de fantasía, en madera tallada, a ambos lados. La casa estaba acabada y era perfecta hasta en los pequeños detalles. No habían olvidado ni el tirador de la puerta. Junto al pórtico colgaba una hamaca y, en las ventanas, cortinillas de encaje blanco. Debajo de todo esto, en una esquina, destacaba un matrimonio, marido y mujer enlazados en un tierno abrazo. En la esquina opuesta se veía una cuna con dosel, sobre cuyas cortinitas descendía un querubín sonriente, dotado de alas argentadas. Acaso por miedo de que todo esto no fuera comprendido, el prospecto llevaba una inscripción en polaco, lituano y alemán: *Dom. Namai. Heim.* «¿Por qué pagar un alquiler?», preguntaba la circular políglota. «¿Por qué no ser propietario de su casa? ¿Sabía usted que es posible comprarla por menos de lo que paga en concepto de alquiler? Nosotros hemos construido miles de casas que hoy ocupan otras tantas familias felices.» Así rezaba el elocuente texto describiendo la dicha de una familia en una casa que no había que pagar. A ello se agregaba la célebre fórmula: «Hogar, dulce hogar», que aparecía traducida al polaco aunque, por algún motivo, no al lituano. El traductor, tal vez, había encontrado difícil ser sentimental en una lengua en que

al sollozo se le llama *gukeziojimas*, y a la sonrisa *nusiszypsojimas*.

Toda la familia estuvo largo tiempo meditando este documento, en particular Ona, que estudió, palabra por palabra, su contenido. Al parecer la casa, que contaba con cuatro grandes habitaciones, tenía, además, un gran sótano; y podía comprarse por mil quinientos dólares, solar incluido. De toda esta suma sólo había que pagar trescientos dólares al contado, y el resto a razón de doce dólares por mes hasta la extinción de la deuda. Estas cifras eran terribles, desde luego; pero estaban en América donde la gente hablaba de miles sin pestañear. De otra parte sabían ya que por un piso muy reducido tendrían que pagar un alquiler de nueve dólares al mes como mínimo, eso a menos que se resignasen a continuar viviendo, como hasta ahora, hacinados los doce en una o dos habitaciones. Un alquiler tendrían que pagarlo siempre, mientras que, haciendo solamente un sacrificio al principio, llegaría un tiempo en que no tendrían ya que pagar alquiler alguno hasta el fin de sus días.

Empezaron a hacer sus cálculos. A Teta Elzbieta le quedaba todavía algún dinero, y otro poco a Jurgis. Marija llevaba todavía cosidos por las medias unos cincuenta dólares y el abuelo Antanas conservaba también parte de lo que había recibido por la venta de su granja. Reuniendo todos estos recursos, tenían dinero para hacer el primer pago de trescientos dólares; y si conseguían empleo, de forma que pudiesen asegurar el porvenir, no podía haber mejor plan que el de adquirir la casa. Sin embargo, el asunto no era para tratarlo a la ligera; por el contrario había que estudiarlo a fondo y en sus menores detalles. Por otra parte, si se arriesgaban a emprender esa aventura, cuanto más pronto lo hicieran, mejor. ¿Es que no estaban pagando el alquiler todos los meses para vivir de un modo horrible? Jurgis estaba acostumbrado a la suciedad. Nada puede asustar a un hombre que ha formado parte de una cuadrilla de obreros de los ferrocarriles: obreros que duermen amontonados en recintos donde las pulgas pueden cogerse a puñados. Pero Ona no podía continuar viviendo de aquella manera. Era preciso buscar lo más pronto posible un alojamiento más agradable. Jurgis decía todo esto con la seguridad de un hombre que acababa de ganar un dólar y cincuenta y siete centavos en una sola jornada. Él no podía comprender cómo, con salarios como aquéllos, las gentes de la

vecindad se avenían a existir en condiciones semejantes.

Al día siguiente, Marija fue a ver a su encargada y ésta le dijo que se presentase al principio de la semana siguiente para aprender el oficio de pintar latas. Marija volvió a casa cantando a pleno pulmón por todo el camino. Llegó al mismo tiempo en que Ona y su madrastra salían a hacer averiguaciones con respecto a la casita del anuncio. Por la noche, las tres dieron a los hombres cuenta de sus pesquisas. Todo era exactamente como decía el anuncio o, por lo menos, eso había afirmado el agente. Las casitas se encontraban al sur de la ciudad, a una milla escasa de los mataderos. El caballero en cuestión les había asegurado que eran verdaderas gangas. Ésa era su opinión personal, y si se permitía expresarla, era sólo en bien de los clientes, ya que él no tenía interés alguno en la venta, siendo, como era, un simple agente de la compañía que las había construido. Las casas, por otra parte, eran las últimas disponibles, porque la compañía iba a dejar el negocio. Así pues, el que quisiera aprovechar aquella magnífica combinación para no pagar alquiler debía decidirse en seguida. En realidad tenía sus dudas acerca de la disponibilidad de las casas, pues era tanta la gente que él mismo había acompañado a verlas que no sabía si se habría vendido ya hasta la última. Viendo el disgusto que mostró Teta Elzbieta al oír tales noticias, el agente, tras ciertas vacilaciones, dijo que, si realmente tenían intención de comprar, haría por su cuenta una llamada de teléfono pidiendo que le reservasen una de las viviendas. Así lo convinieron y quedaron citados para ir a examinar la propiedad el domingo por la mañana.

Esto ocurría el jueves y, durante toda la semana, los matarifes de la casa Smith trabajaron sin descanso; de manera que Jurgis llegó a ganar un dólar y setenta y cinco centavos por día. Eso hacía diez dólares y medio por semana, y cuarenta y cinco al mes. Jurgis apenas entendía de cuentas, y sólo conseguía sacarlas cuando se trataba de cantidades muy sencillas; pero Ona era muy lista en cuestiones de cálculo, y en un momento ofreció a la familia la solución del problema. Marija y Jonas deberían pagar dieciséis dólares mensuales cada uno. El viejo Antanas insistió en que él podía pagar otro tanto tan pronto como encontrase ocupación, cosa que se produciría en cualquier momento. Con esto y el salario de Jurgis resultaban ya noventa y tres dólares. Por otra parte, Marija y

Jonas pagarían la tercera parte de la mensualidad para la adquisición de la casa, de modo que Jurgis no tuviese que contribuir más que con las otras dos terceras partes, es decir, ocho dólares. De este modo les quedaban ochenta y cinco dólares al mes para la manutención de los doce miembros de la familia; y suponiendo que Antanas no pudiese encontrar trabajo en seguida, sesenta y nueve o setenta dólares, cantidad suficiente de todas formas para mantenerlos.

El domingo por la mañana, y con una hora de anticipación, toda la familia salió a ver la casa. Llevaban las señas escritas en un papel que iban mostrando de cuando en cuando a los transeúntes. La milla escasa que había referido el agente resultó ser justa. El agente no compareció hasta media hora más tarde. Era un sujeto de aspecto agradable y buen porte que iba vestido elegantemente y hablaba el lituano con gran facilidad, lo cual, sin duda, ayudaba a facilitar el trato. El hombre les condujo hasta la casa que les habían reservado, una de tantas de una larga fila de construcciones cuya factura, siempre idéntica, era la típica de todas las de un entorno en el que el arte arquitectónico era un lujo del que allí se prescindía por completo. A Ona se le cayó el alma a los pies al ver que la casa no era, ni mucho menos, como la del anuncio. Por una parte, los colores eran muy diferentes y, además, parecía mucho más pequeña. Sin embargo, estaba recién pintada y hacía bastante efecto. El agente les dijo que era completamente nueva, y la ponderó mucho. Pero no dejaba de hablar y ellos, aturdidos, no tuvieron tiempo de hacerle muchas preguntas. En efecto, eran muchas las cosas relativas a la casa acerca de las cuales querían enterarse bien; pero llegado el momento, las olvidaron o no se atrevieron a preguntarlas. Pero, cuando abrieron la boca para señalar esa circunstancia, el agente replicó que los restantes propietarios estaban a punto de ocupar sus viviendas. A nuestros amigos les pareció, entonces, que insistir más era poner en duda las palabras de aquel personaje, siendo que, en toda su vida, ninguno de ellos había hablado con un caballero de tanta clase sino con el mayor respeto y humildad.

La casa tenía una especie de sótano, con el piso unos dos pies por debajo del nivel de la calle y, encima, otro piso, como a unos seis pies de altura, al que daba acceso un solo tramo de escalera.

Además había una buhardilla como remate del edificio, con una ventanita en cada extremo. La calle estaba sin empedrar y carecía de alumbrado y de no había más vista alrededor que unos cuantos edificios, escasos e idénticos, esparcidos aquí y allá, en terrenos invadidos por cizañas parduzcas. El interior de la casa estaba formado por cuatro habitaciones de paredes blanqueadas. El sótano no tenía siquiera los muros enyesados, y el suelo carecía de todo pavimento. El agente les explicó que las casas se construían de aquel modo porque los compradores, por lo general, preferían arreglar los sótanos a su gusto. La buhardilla estaba también sin terminar, lo cual trastornaba los propósitos de la familia, pues habían pensado que, en caso de necesidad, podían subarrendar aquella estancia. Ahora se encontraban con que tampoco allí había pavimento, viéndose debajo del piso, a medio concluir, el entramado y el yeso del techo correspondiente al piso inferior. Todo esto, sin embargo, gracias a la elocuencia del agente, no mermó su entusiasmo en la medida que podía esperarse. Las ventajas del edificio, a juzgar por los incesantes elogios del hombre, que no había guardado silencio un solo segundo, eran innumerables. Luego procuró mostrarles todo, incluso las cerraduras de las puertas y las fallebas de las ventanas, que hizo funcionar ante ellos. Les enseñó, en la cocina, el fregadero con su grifo, que abrió para que vieran correr el agua, cosa que Teta Elzbieta nunca jamás había soñado tener a su disposición. Después de un descubrimiento como éste, hubiera sido ingrato encontrar ningún defecto; de modo que la familia optó por cerrar los ojos a todas las demás deficiencias.

Sin embargo —al fin y al cabo eran campesinos—, por instinto se aferraban a su dinero, que no estaban dispuestos a soltar sin precauciones. En vano insistió el agente en que el contrato debía hacerse en seguida. Su respuesta fue «que ya verían», que «no podían decidirse en el momento». Volvieron, pues, a casa y, una vez allí, pasaron todo el día y toda la noche calculando y discutiendo. Era una agonía para ellos tomar una decisión sobre un asunto tan importante. No conseguían ponerse de acuerdo. Eran demasiados los argumentos que se podían presentar a favor y en contra. Cuando uno de la familia se obstinaba sobre un punto cualquiera, y los demás, después de mucho trabajo, parecían convencerle, otro comenzaba a vacilar. Cuando, por fin, al llegar la noche, parecía

que todos estaban conformes y decididos a comprar la casa, se presentó Szadwilas, y con sus opiniones les echó un jarro de agua fría. Szadwilas, que era completamente opuesto a la idea de comprar, les refirió terribles historias de familias arruinadas por compras semejantes, que habían resultado una estafa. Podían estar seguros de que iban a encontrarse en un callejón sin salida, en el que perderían todo su dinero. Aquellos sistemas de compra entrañaban gastos que no concluían nunca. Además, la casa, desde los cimientos hasta el tejado, podía no valer nada: ¿cómo podían ellos saberlo? También con el contrato podían engañarles: ¿qué idea tenían ellos, extranjeros y campesinos, de lo que era un contrato? Todas aquellas operaciones no eran más que un puro robo. Lo sensato era guardarse de intervenir en ellas.

—¿Y los alquileres? —preguntó Jurgis.

—¡Ah, sí! —contestó Szadwilas—. Eso también es una estafa, a buen seguro. Para los pobres todo son atracos a mano armada. Los ricos no sólo son los que tienen el dinero, sino los que tienen posibilidades de hacer más: está en sus manos todo el conocimiento y el poder. El pobre, por ello, es el que está abajo y ha de quedarse abajo.

Al cabo de media hora de conversación, todos estaban convencidos de haberse salvado al borde de un precipicio. Pero, cuando Szadwilas se marchó, Jonas, que era bastante agudo, les hizo observar que el *delicatessen* de Szadwilas iba muy mal, según él mismo confesaba, y eso podía explicar sus ideas pesimistas. Lo cual, naturalmente, hizo que la discusión volviera a plantearse de nuevo.

Lo fundamental era que no podían continuar donde estaban, que tenían que trasladarse a otro sitio. Y una vez abandonado el proyecto de adquirir la casa para pagar un alquiler, la perspectiva de estar abonando nueve dólares al mes durante toda la vida, les parecía igualmente desoladora. El mundo se divide entre aquellos que tienen y los que no y el mundo entero conspiraba contra estos últimos. La pobre familia había sido aguijoneada por la idea de que, con un gran esfuerzo, podían entrar en la clase ganadora. Día y noche, durante casi toda la semana, estuvieron dando vueltas al problema, hasta que, al fin, Jurgis se decidió a asumir toda la responsabilidad.

El bueno de Jonas había conseguido una ocupación en la casa Anderson, donde manejaba, en calidad de mozo, una carretilla. Los mataderos Smith, por otra parte, continuaban trabajando desde muy temprano hasta muy tarde; de tal modo que Jurgis fue ganando confianza en sí mismo y en su autoridad. Era el jefe de la familia, a quien correspondía decidir las cosas y llevarlas a cabo, se repetía a sí mismo. Otros habrían podido fracasar, pero él no pertenecía a esa clase de hombres. Él demostraría a los demás cómo deben hacerse las cosas. Trabajaría no sólo todo el día, sino toda la noche, si fuese necesario, y no descansaría hasta que la casa estuviese pagada por completo y su familia tuviera un hogar de su absoluta propiedad. Así se lo manifestó al resto y así se convino finalmente.

Se había hablado de ver otras casas antes de cerrar el trato, pero no sabían dónde podían encontrarlas, ni tampoco la manera de averiguarlo. La que habían visto ocupaba su pensamiento, y no sabían imaginarse habitando otra vivienda. Así, pues, volvieron a ver al agente y le dijeron que estaban dispuestos a cerrar el trato. Estaban convencidos, en principio, de que, en cuestión de negocios, todos los hombres pueden ser unos embusteros; pero, tremendamente influidos por la locuacidad del agente, creían de buena fe que con sus dilaciones corrían el riesgo de perder la casa. Así, pues, cuando supieron que aún llegaban a tiempo, respiraron con satisfacción.

El agente les pidió que volviesen al día siguiente; para entonces, todos los documentos estarían preparados. Jurgis, que comprendía la necesidad de tener mucha precaución, no iba a poder, sin embargo, asistir personalmente al acto de la venta. Según le dijeron, no debía pedir permiso en el matadero, ya que la mera pregunta podía costarle el puesto. Por consiguiente, no quedaba más alternativa que confiar el asunto a las mujeres, a las que acompañaría Szadwilas, que así lo había prometido. Jurgis empleó toda la noche en recomendar a las mujeres la mayor prudencia, pues el asunto que iban a resolver era muy serio. Luego, completamente decididos por fin, fueron sacando de mil escondrijos, ya de entre sus ropas, ya de entre el equipaje, el dinero que cada uno conservaba celosamente. Con todos los billetes hicieron un paquete que Teta Elzbieta se cosió al forro del vestido.

A la mañana siguiente, muy temprano, Szadwilas y las mujeres se pusieron en camino. Jurgis les había dado tantas instrucciones y prevenido contra tantos peligros que las mujeres iban pálidas de espanto, y hasta el imperturbable comerciante de viandas, que se enorgullecía de ser un hombre de negocios, no las tenía todas consigo. El agente tenía el contrato dispuesto y les invitó a sentarse y leerlo. Así lo hizo Szadwilas, operación larga y penosa, durante la cual el agente no dejó de tamborilear sobre la mesa de despacho. Teta Elzbieta, entretanto, estaba tan sofocada que el sudor le rodaba en goterones por la frente. Porque aquella lectura ¿no significaba decirle a la cara a ese caballero que no confiaban en su honestidad? Jokubas Szadwilas, entretanto, continuaba leyendo y leyendo, y pronto comprendió que el examen estaba más que justificado. En efecto, una horrible sospecha había comenzado a asaltar su espíritu, y, a medida que leía, sus cejas se fruncían más y más. Aquello no era, en modo alguno, un contrato de venta. Según veía, allí no se estipulaba más que el alquiler de la propiedad. Era difícil comprenderlo claramente, a causa de los tecnicismos y el estilo, completamente ajenos a él; pero, sin embargo, encontró párrafos como éste: «La primera parte conviene en *alquilar* a la segunda». Y más adelante: «Un *alquiler* mensual de doce dólares por un período de ocho años y cuatro meses». Al llegar a ese punto, Szadwilas se quitó sus anteojos, miró al agente y, balbuceando, le preguntó que qué quería decir aquello.

El agente se mostró sobremanera amable y le explicó que aquello era la fórmula corriente, que siempre se hacía el convenio como si la casa quedase simplemente alquilada hasta que los plazos estuviesen satisfechos por completo. Entretanto se esforzaba en mostrarles algún pormenor del párrafo siguiente; pero Szadwilas no pasaba de la palabra alquiler, y cuando tradujo estas cláusulas a Teta Elzbieta, ella se echó a temblar. ¡Cómo! ¿Es que no iban a poseer la casa hasta transcurridos casi nueve años? El agente, con suma paciencia, empezó a explicárselo todo de nuevo; pero ninguna explicación podía ya satisfacerles. Elzbieta se acordaba perfectamente del último consejo de Jurgis: «Si en el contrato veis algo oscuro, no deis el dinero; id a buscar un abogado». Fue aquél un momento angustioso; pero Elzbieta, sin moverse del asiento, crispadas las manos como en trance de muerte, hizo un supremo

esfuerzo y, apelando a toda su presencia de ánimo, por fin, balbuceó su decisión.

Jokubas tradujo sus palabras. Elzbieta esperaba que el agente fuese a montar en cólera; pero el hombre no sólo permaneció imperturbable, sino que hasta se ofreció él mismo a salir en busca de un abogado; cosa que ella, sin embargo, rechazó. Caminaron muy lejos, con ánimo de encontrar un abogado que no estuviese en connivencia con el agente. ¡Y cuál no sería su decepción cuando, al volver al cabo de media hora con el asesor elegido, vieron que éste saludaba al agente por su nombre de pila!

Comprendiendo entonces que estaban perdidos, se sentaron con todo el aire de prisioneros que aguardan escuchar su sentencia de muerte. No podían hacer más; ¡era una trampa! El letrado leyó muy despacio el documento y, cuando hubo terminado, manifestó a Szadwilas que estaba perfectamente en regla y que era un contrato idéntico a los que se acostumbraba redactar para las ventas de aquella clase.

—Y el precio y las condiciones que se estipulan ahí —preguntó Szadwilas— ¿son, como hemos convenido, trescientos dólares al contado y doce dólares al mes, hasta que el total de mil quinientos dólares quede liquidado?

—Sí, eso es, exactamente, lo que dice.

—¿Y ése es el precio por la venta de la casa, comprendido el terreno y cuanto contiene?

—Sí, señor —confirmó el abogado, mostrando el párrafo donde aquello estaba escrito.

—¿Y está todo perfectamente en regla? ¿No hay ahí engaños de ninguna clase? Mis amigos son pobres, y el dinero que van a dar es cuanto poseen en el mundo. Si en el contrato hubiese algo que no fuera correcto, quedarían arruinados.

Así continuó Szadwilas, pregunta tras pregunta, siempre temblando, mientras que las miradas de las mujeres se mantenían fijas en él en una suerte de agonía infinita. Aun cuando no entendían las palabras, sabían perfectamente que su suerte dependía de ellas; y cuando el viejo hubo apurado sus preguntas y llegó el momento de tomar decisión final, es decir, de cerrar el trato o rechazarlo en absoluto, cuanto pudo hacer la pobre Teta Elzbieta fue contener las lágrimas. Jokubas le preguntó si estaba dispuesta a

firmar, y tuvo que repetir la pregunta dos veces. ¿Qué podía contestar ella? ¿Cómo saber si el abogado estaba diciendo la verdad? ¿Quién aseguraba que aquello no era una confabulación? Mas de otra parte, ¿cómo expresar sus dudas y cómo justificarlas? Todas las personas que había en la estancia tenían los ojos puestos en ella, esperando su decisión. Por último, medio cegada por las lágrimas, comenzó a revolver en su chaqueta donde tenía el dinero prendido con alfileres. Por fin lo sacó y deslió delante de todos. A esto, Ona, que estaba sentada, observando desde una esquina de la habitación, apretándose las manos y muerta de miedo, deseaba gritar y decirle a su madrastra que se detuviera, que aquello era un timo; pero parecía como si algo le atenazara la garganta y no pudiera articular sonido alguno. Así, pues, Teta Elzbieta dejó el dinero sobre la mesa; el agente lo recogió y lo contó, le extendió un recibo y les entregó el contrato. Por último, y tras proferir un suspiro de satisfacción, se levantó y estrechó las manos de cada uno de ellos, tan cortés y agradable como al principio. Ona recordaba vagamente que el abogado había dicho a Szadwilas que habría que pagarle un dólar como honorarios, lo que ocasionó una nueva discusión y más angustia. Por último, después de abonado también ese estipendio, salieron a la calle. Elzbieta estrujaba el contrato entre las manos. El miedo y la emoción les habían agotado de tal modo que no podían andar, y tuvieron que buscar asiento por el camino.

Así llegaron a casa, el ánimo invadido de terror. La apoteosis de todo ello se produjo cuando por la noche, Jurgis regresó del trabajo y se lo contaron todo. Jurgis estaba seguro de que los habían estafado y que aquello era su ruina: comenzó a tirarse del pelo, maldiciendo como un loco, y jurando que mataría al agente aquella misma noche. Por último, cogió el contrato, escapó de la casa y cruzando la zona de los mataderos llegó hasta Halsted Street, donde vivía Szadwilas, a quien sacó a rastras de la cena y juntos salieron a la carrera en busca de otro abogado. Cuando llegaron a su despacho, el abogado retrocedió espantado al ver a Jurgis, que, con la cabellera desgreñada y los ojos inyectados en sangre, parecía un loco. Szadwilas explicó entonces la situación, y el jurisconsulto tomó el documento y empezó a leerlo, mientras, temblando de pies a cabeza, Jurgis se agarraba convulso a la mesa de despacho.

Una o dos veces, el letrado levantó la cabeza e hizo alguna pregunta a Szadwilas. Jurgis no comprendía una palabra de cuanto se hablaba, pero sus ojos estaban fijos en el rostro del abogado, cuyos pensamientos trataba angustiosamente de leer. El abogado levantaba los ojos del documento y, echándose a reír tomaba, luego, una larga bocanada de aire. Por último dijo algo a Szadwilas. Entonces Jurgis, con el corazón oprimido, se volvió a su compañero y, balbuceando, le preguntó:

—Bueno, ¿y qué?

—El abogado dice que todo está bien —contestó Szadwilas.

—¿Que está bien?

—Sí. Dice que el documento es exactamente como debe de ser.

A estas palabras Jurgis respiró aliviado y se dejó caer en una silla.

—Pero ¿está usted seguro de ello? —insistió al fin.

Mas, luego, hizo que Szadwilas tradujese, una a una, sus preguntas. No se satisfacía con nada: o no conseguía captar las explicaciones, o bien no encontraba suficientemente matizadas sus preguntas. Pero el letrado le aseguró que, efectivamente, habían comprado la casa; que, según el contrato, ésta les pertenecía: únicamente tenían que pagar hasta el fin, y entonces todo estaría en orden. Entonces Jurgis se tapó la cara con las manos, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos. Se avergonzaba de sí mismo. Había tenido tanto miedo, a pesar de ser tan fuerte, que no podía tenerse en pie.

El letrado, entonces, les explicó que el alquiler, tal como constaba en el contrato, era una mera fórmula. Se suponía que la casa estaba simplemente alquilada hasta que se pagase el último plazo de la compra. Esto tenía por objeto desahuciar más fácilmente a los ocupantes si no abonaban los plazos convenidos. Pero, mientras efectuasen todos los pagos, no tenían nada que temer: la casa era suya. Jurgis quedó tan agradecido, que pagó sin rechistar el medio dólar que el abogado pidió por la consulta y salió corriendo en dirección a la casa para comunicar las buenas nuevas a la familia. Estando todos convencidos de que había ido directo a matar al agente, encontró a Ona desmayada, a los pequeñuelos gritando y toda la casa en completo desorden. Pasó mucho tiempo antes de que los ánimos se apaciguaran por fin. Luego, durante toda

aquella cruel noche, Jurgis, despertándose a cada momento, oía a Ona y a su madrastra llorando sin cesar, en la habitación contigua.

Capítulo V

Ya habían comprado la casa. Les parecía imposible que aquella casita maravillosa fuese suya y que pudieran mudarse allí cuando les pareciera. No dejaban de pensar un momento acerca de ello y en cómo se las arreglarían para amueblarla. La semana de hospedaje que tenían pagada a Aniele terminaba en tres días, y no tenían tiempo que perder. Era necesario dar pasos para amueblar la vivienda, y todos los momentos que les quedaban libres los dedicaban a debatir ese tema.

Cualquiera que en Packingtown hubiera de procurarse algo, no tenía que andar mucho. No había más que recorrer la avenida Ashland y leer las ofertas de los comercios, o meterse en un tranvía y examinar los anuncios en su interior, para obtener toda clase de información acerca de todo cuanto un ser humano puede necesitar. ¿Deseaba uno fumar? En seguida un anuncio con una breve disertación acerca de los cigarros le demostraba que los *Perfectos* de Thomas Jefferson, a cinco centavos unidad, eran los únicos puros dignos de tal nombre. ¿Alguien, por el contrario, tenía problemas con el tabaco? Pues he ahí un remedio contra el vicio de fumar. Veinticinco tomas por otros tantos centavos y curación completa, absolutamente garantizada, a las diez tomas. También había un brebaje que le hacía a uno pensar que se estaba bebiendo ese matarratas habitual que llaman café, pero, en realidad, se estaba tomando un maravilloso concentrado muy saludable que le dejaba nuevo por dentro. En cualquier cosa que se piense, cualquiera que sea la necesidad que se tenga, el transeúnte hallará que alguno de sus semejantes ha estado trabajando y discurriendo para allanarle el

camino y poner en su conocimiento todo lo que está a su disposición. En Packingtown todos los anuncios tienen un estilo peculiar, adaptado a la naturaleza de su población. Algunos son tiernamente solícitos, por ejemplo: «¿Está pálida su esposa? ¿Está desanimada y anda vagando por la casa, encontrando defectos por todas partes y quejándose de todo? ¿Por qué no le aconseja usted que pruebe el *Elixir Vital* del doctor Lanahan?». Otro, de estilo familiar, habla como el amigo que nos da golpecitos en la espalda: «¡Hace falta ser tonto! ¿A qué espera usted para comprar el *Callicida Goliath*?». Otro reza así: «Camine con soltura y comodidad. Esto es fácil con los zapatos *Eureka*, a dos dólares y medio el par».

Entre toda esta retahíla de anuncios agresivos, uno, por sus dibujos, atrajo la atención de la familia. Se veía en él dos lindos pajarillos construyendo su nido. Marija pidió a un amigo que hiciera el favor de leerle el texto y así supo que se refería al mobiliario de una casa. «Forme usted su nido», decía el cartel, para especificar, a continuación que, por la irrisoria suma de setenta y cinco dólares, la casa anunciadora podía suministrar todo lo necesario para amueblar un nido de cuatro habitaciones. Pero lo más importante de esta oferta era que no había necesidad de pagar al contado más que una cantidad muy pequeña; se podía abonar el resto mediante mensualidades de unos pocos dólares. Nuestros amigos tenían necesidad de procurarse algunos muebles; esto era evidente, pero sus recursos habían quedado tan exhaustos que, por la noche, dándole vueltas al asunto, no conseguían conciliar el sueño. El anuncio les hacía ver el cielo abierto. De todos modos, esto era un compromiso más; otro rato de angustia y otro documento firmado por Elzbieta. Una noche, cuando Jurgis regresaba del trabajo, recibió la noticia de que el mobiliario había llegado y se encontraba convenientemente instalado en la casa. En total era un juego de sala de cuatro piezas, una cama, un armario y una mesita para la alcoba; una mesa de comedor y cuatro sillas; un lavabo decorado con preciosas flores color de rosa y una vajilla de loza, también con flores pintadas. Una de las fuentes de la vajilla había aparecido rota al desembalar los bultos, cosa que Ona remediaría a la mañana siguiente, a primera hora, yendo al almacén de donde procedía el envío, para que le cambiasen la pieza

estropeada. Al mismo tiempo y como se habían recibido solamente dos cacerolas en lugar de las tres convenidas, Ona pensaba reclamar. ¿O es que Jurgis pensaba que iban a permitir el engaño?

Al día siguiente se trasladaron a la nueva casa. Cuando los hombres salieron del trabajo, y después de tomar un bocado en casa de Aniele, pusieron manos a la obra con la mudanza. La distancia que había que recorrer era, en realidad, de más de dos millas; pero Jurgis hizo dos viajes aquella noche, llevando en cada uno de ellos, sobre la cabeza, un enorme fardo de colchones, mantas y ropas, a los que habían sido añadidos, además, maletas, sacos de mano y otras cosas. En cualquier otra parte de Chicago es seguro que la policía le hubiese detenido al verlo de aquella guisa; pero los policías de Packingtown estaban acostumbrados a esa clase de mudanzas y se contentaban con echar, de vez en cuando, una rutinaria ojeada sobre lo transportado. Era maravilloso ver cómo lucía la casa, cuando todas las cosas estuvieron en su sitio, aun examinada a la débil luz de una lámpara. Aquello era verdaderamente un hogar, casi tan atractivo como el anuncio lo describía. Ona bailaba de alegría. Luego, ella y la prima Marija cogieron a Jurgis por el brazo y lo llevaron de habitación en habitación, sentándose por turnos en todas las sillas e invitándole a que las imitase. Una de las sillas, entonces, crujió bajo su peso y eso hizo que las mujeres gritasen asustadas, y despertaran al niño más pequeño, que rompió a llorar y provocó una serie de carreras. De todos modos, era un gran día para ellos y, aunque estaban cansados, Jurgis y Ona velaron hasta muy tarde. Contentándose con asirse las manos, miraban a su alrededor llenos de alegría. En cuanto todo estuviera arreglado y pudiesen ahorrar algo, iban a casarse. Aquélla sería su casa, y el pequeño cuarto contiguo, su habitación de matrimonio.

Poner fin a la mudanza supuso un gozo infinito. No podían gastar dinero, no lo tenían, pero había algunas cosas absolutamente necesarias cuya adquisición constituía una verdadera aventura para Ona. Había que hacer las compras de noche, a fin de que Jurgis pudiese estar presente, y cada una de ellas suponía una expedición, aun cuando se tratase solamente de comprar un molinillo para la pimienta o media docena de vasos por diez centavos. Un sábado por la noche, Jurgis y Ona volvieron a casa con una gran cesta llena de

cosas que colocaron encima de la mesa del comedor. Toda la familia acudió, y los niños, deseosos de ver, se encaramaban a las sillas o gritaban para que se les aupase. Habían comprado azúcar, sal, té, galletas saladas, un tarro de manteca, un gran bote de leche, una jícara de aceite, una escoba, un martillo, un paquete de clavos y un par de zapatos para el segundo de los niños. Los clavos eran para fijarlos en las paredes de la cocina y de los dormitorios a fin de colgar cosas en ellos, e incluso hubo un debate familiar para determinar el sitio que debía ocupar cada clavo. Por último, Jurgis empuñó el martillo y se puso a clavar, se machacó un dedo porque el martillo era muy pequeño y entonces se enfadó con Ona, que no había aceptado pagar quince centavos más por otro mayor. Invitada a probar por sí misma, Ona cogió el martillo y se puso a clavar, pero se lastimó el pulgar y arrancó a llorar. Entonces Jurgis tuvo que besarle, a modo de remedio, el dedo herido. Finalmente, trabajando un poco, todos ellos por turnos, los clavos quedaron distribuidos y de ellos colgaron algunas cosas. Jurgis había traído consigo un gran cajón de madera de los que se usan para embalaje y encargó a Jonas que fuese a por el otro que había comprado, de iguales características. Con estos cajones, quitando uno de los lados, pensaba construir a la mañana siguiente estanterías para guardar objetos en los dormitorios. Ese nido que anunciaban no suministraba todas las plumas necesarias para acomodar a una familia con tantos polluelos.

La mesa de comedor la habían colocado, por supuesto, en la cocina, y el comedor fue convertido en alcoba para Teta Elzbieta y cinco de sus hijos menores. Ella y los dos más pequeños dormían en la única cama de que disponían y, los otros tres, en un colchón tendido en el suelo. Ona y su prima Marija echaban otro colchón en el salón, y allí pasaban la noche, mientras los tres hombres y el mayor de los muchachos ocupaban la otra habitación, donde se tendían en el puro suelo, a falta de mejor acomodo por el momento. A pesar de todo, dormían tan profundamente que, por la mañana, a las cinco y cuarto, Teta Elzbieta tenía que llamar varias veces a la puerta para que despertasen a tiempo. Para entonces ella tenía ya listo un gran jarro de humeante café, gachas de maíz y salchichas ahumadas. Eso era el desayuno, y después preparaba las fiambreras con gruesas rebanadas de pan untadas con manteca de tocino —la

mantequilla estaba fuera de su alcance—, unas cuantas cebollas y un pedazo de queso. Pertrechados de este modo, marchaban al trabajo.

A Jurgis le parecía que aquélla era la primera vez que realmente trabajaba en su vida. Era, en efecto, la primera vez que tenía que poner toda su persona en el trabajo. Cuando, como visitante, desde lo alto de las galerías había visto maniobrar a los obreros en el *killing floor*, se había asombrado de su habilidad y de su rapidez, como si fuesen portentosas máquinas. No se imaginó entonces el sudor y la sangre propia que conllevaba aquel trabajo incesante. Esto no pudo apreciarlo hasta que se cambió de ropa, como uno de tantos, y se puso a trabajar. Entonces vio las cosas de otra manera, porque las veía por dentro. El ritmo con que se desarrollaba el trabajo exigía que todas las facultades del individuo estuviesen constantemente en alerta desde que caía la primera res hasta que sonaba el silbato del mediodía, y desde las doce y media hasta sabe Dios qué hora de la tarde o de la noche. En tan larga jornada nadie podía tener un segundo de respiro, ni para la mano, ni para los ojos, ni para el cerebro. Jurgis comprendió cómo se lograba esto. En la ejecución del trabajo general había ciertas fases que regían el ritmo de las demás: y estas fases estaban confiadas a hombres elegidos, en puestos bien pagados y que se renovaban con frecuencia. Estos obreros, encargados de dar el tono y la marcha del trabajo, podían distinguirse perfectamente de todos los demás. Operaban bajo la vista inmediata de los capataces y trabajaban como demonios. Esto se llamaba «meter caña a la tropa»; y si, por ejemplo, había algún obrero que no podía seguir el ritmo, fuera, en la calle aguardaban centenares de otros implorando una oportunidad.

Pero a Jurgis no le importaba esto; al contrario, le gustaba, porque le evitaba el aburrimiento de estar de vez en cuando cruzado de brazos, como le había sucedido en otros trabajos anteriores. Muchas veces, según avanzaba fila abajo se reía por dentro, mientras echaba una mirada al obrero que iba delante de él. Cierto que su labor no era de las más agradables de imaginar; pero era una labor necesaria; y ¿qué más puede pedir un hombre que la ocasión de hacer algo útil y de recibir un buen salario por ello?

Esto era lo que Jurgis pensaba y lo que decía, siguiendo sus hábitos de sinceridad y franqueza. Pronto, para sorpresa suya,

descubrió que esta manera de pensar le procuraba enemistades y disgustos, porque la mayor parte de los demás obreros veían las cosas de modo muy distinto. Experimentó, en efecto, gran desaliento al constatar, por vez primera, que la mayoría de sus compañeros detestaban el trabajo. Esto le llegó a parecer extraño y hasta espantoso, al advertir la unanimidad de aquel sentimiento. Pero el hecho era incuestionable: todos odiaban su labor y cuanto les rodeaba. Odiaban a los capataces y odiaban a sus patronos. Odiaban el lugar, el barrio y la ciudad entera. Era un odio ciego, feroz, que lo abarcaba todo. Hasta las mujeres y los niños maldecían a voces. Todo aquello estaba podrido, infernalmente podrido. Cuando Jurgis preguntaba qué querían decir con eso, empezaban por mirarle con aire sospechoso, y concluían por responderle:

—No importa. Si continúas aquí, lo descubrirás por ti mismo.

Uno de los primeros problemas con que se encontró Jurgis fue el de los sindicatos. Él nunca había oído hablar de tales cosas, y fue preciso que le explicaran cómo y por qué se unían los trabajadores para la defensa de sus derechos. Jurgis, entonces, preguntó qué era lo que entendían por sus derechos; pregunta que hacía con toda sinceridad, pues ni siquiera sospechaba que tenía más derechos que el de buscarse la vida trabajando y hacer lo que se le ordenase. Sin embargo, por lo general, estas preguntas, a su entender tan inocentes, enfurecían a sus compañeros, que le llamaban imbécil. En cierta ocasión, un delegado de la Asociación de Ayudantes de Carnicero fue a ver a Jurgis con el fin de alistarlo. Pero cuando Jurgis se enteró de que aquello suponía pagar una cuota a costa de su propio salario, se echó atrás en seguida. Entonces el delegado, que era irlandés y apenas sabía algunas palabras de lituano, se puso furioso y llegó a amenazarle. Por último, Jurgis se encolerizó de veras e hizo comprender muy elocuentemente al otro que un solo irlandés no era bastante para hacerle entrar a la fuerza en ningún sindicato. Poco a poco, sin embargo, fue dándose cuenta de que el principal objetivo que los obreros perseguían era concluir con la práctica de «meter caña a la tropa»; que lo que procuraban por todos los medios era obligar a los patronos a que se suavizase un poco aquel ritmo vertiginoso que muchos operarios no podían resistir y resultaba asesino. Pero Jurgis no estaba conforme con tales ideas. Él podía trabajar así e igual los demás, a poca capacidad

que tuvieran. Si no servían, que se fueran y dejasen a otros en su lugar. Jurgis no había estudiado, ni leído libros, y seguramente ni siquiera sabía pronunciar la fórmula *laissez-faire*. Pero, en cambio, había visto bastante mundo para saber que todo hombre debe arreglárselas por sí mismo lo mejor que pueda y que, cuando se encuentra en el atolladero, nadie viene a sacarle de él.

Sin embargo, se sabe que existen filósofos y hombres sencillos que juran por Malthus en sus libros pero que, no obstante, no vacilan en aportar sus fondos a cualquier colecta organizada con motivo de un desastre. Igual sucedía con Jurgis, pues al mismo tiempo que condenaba a los débiles a la destrucción, se le partía el corazón al ver a su pobre padre obligado a merodear por el barrio de los mataderos, mendigando la ocasión de ganarse el pan. El viejo Antanas había trabajado desde niño. A los doce años tuvo que escapar de su casa porque su padre le golpeaba por tratar de aprender a leer. Era, además, un hombre digno de toda confianza. Se le podía dejar solo un mes entero, bastaba con decirle lo que tenía que hacer durante ese tiempo. Sin embargo, el pobre hombre estaba ahora anulado, lo mismo de cuerpo que de espíritu, y sin más lugar en el mundo que el que puede tener un perro enfermo. Es verdad que tenía una casa y alguien que le ayudaría si no llegaba a encontrar trabajo; pero Jurgis no podía dejar de preguntarse qué hubiera sucedido a su padre si no hubiera sido así. Antanas Rudkos había recorrido casi todos los lugares de Packingtown y había entrado en casi todas sus habitaciones. Las mañanas las había pasado esperando entre la muchedumbre de obreros sin trabajo: los policías ya le reconocían y le aconsejaban que renunciase, que volviera a su casa. Se había presentado también en todos los almacenes y tiendas, e incluso en las tabernas, en una milla a la redonda, suplicando cualquier ocupación por pequeña que fuera, y de todos estos sitios le habían echado con cajas destempladas; muchas veces, incluso, con malos modos. En ningún caso le habían preguntado qué sabía o podría hacer.

He aquí cómo, después de todo, había una grieta en el hermoso edificio que la fe de Jurgis se había construido acerca de la organización de las cosas. Esta grieta, que ya era muy visible mientras Antanas anduvo a la caza de un trabajo, se hizo aún más ancha cuando el viejo, por último, logró encontrarlo. Un día, al

anochecer, el viejo había llegado a la casa muy excitado contando que en uno de los pasillos de

Anderson's

se le había acercado un hombre y había preguntado que cuánto estaba dispuesto a pagar por una colocación. Antanas no comprendió lo que el desconocido quería decirle. Éste, sin embargo, había proseguido, explicándole sin ambages que él podía proporcionarle trabajo a condición de que Antanas le cediese la tercera parte del salario percibido. Antanas le preguntó si era capataz, a lo que el otro respondió que eso no le importaba a nadie, pero que él podía hacer lo que prometía.

Jurgis, que había hecho algunos amigos por aquel entonces, se dirigió a uno de ellos para preguntarle qué significaba aquella proposición. El amigo, que se llamaba Tamoszius Kuszlejka, y era un hombrecillo muy listo, encargado de enrollar las pieles de las reses en el matadero, escuchó el relato de Jurgis sin manifestar la menor sorpresa y le dijo a Jurgis que aquellos actos de rapacería eran muy comunes. Se trataba sencillamente de algún capataz que quería aumentar sus beneficios. Cuando llevase más tiempo allí comprobaría que todos los centros de trabajo estaban podridos por dentro. Los capataces explotaban a los obreros y se robaban entre ellos. Algún día el administrador se enteraría y acabaría por chantajear, a su vez, a los capataces. Ya metido en harina, Tamoszius explicó con más detalles a Jurgis la situación. La gran casa Anderson, por ejemplo, pertenecía a un hombre que trataba de sacar de ella el mayor provecho posible, sin preocuparle lo más mínimo los medios para conseguirlo. Por debajo de él, ordenados en jerarquías como en un ejército, se hallaban los directores, los administradores, los jefes de departamento y los capataces, cada uno de ellos empeñado en estrujar a su inmediato inferior a fin de extraer de él el mayor beneficio posible. Además, todos los individuos de la misma categoría estaban en competencia unos con otros, porque las contabilidades de sus servicios se llevaban separadamente, lo cual hacía que todos vivieran siempre bajo la amenaza de perder su empleo, si cualquiera de sus competidores resultaba más beneficioso para la empresa. Por esta razón, el establecimiento era de arriba abajo como una inmensa caldera donde hervían odios, celos y desconfianzas. Allí no había ni lealtad

ni respeto humano; allí los hombres no representaban nada aparte de los dólares. Lo peor de todo era que, así como no había decencia, tampoco existía la honradez. ¿Cuál sería la razón de todo esto? Nadie acertaba a decirlo. Acaso proviniese del viejo Anderson en un principio; era una herencia que había dejado a su hijo al mismo tiempo que sus millones. Nunca hubo en todo Chicago un hombre tan ruin como el viejo Anderson, ese hombre hecho a sí mismo. Desde su fallecimiento, la empresa había dejado atrás la costumbre de pagar dos dólares menos por cada cuarenta, pero seguían haciendo cosas que les llevarían directos a la cárcel, si no fuera porque podían permitirse el lujo de tener a los jueces en nómina. ¿Qué cosas eran ésas? Tamoszius aseguró a Jurgis que él mismo lo descubriría si permanecía en la casa el tiempo suficiente. Los obreros manuales eran los que tenían que ejecutar, al fin y al cabo, todas las trampas sucias y todos los engaños. Con ellos, pues, no valían añagazas. Acostumbrados ellos mismos a aquella atmósfera, concluían por obrar, en su esfera, como todos los demás. Jurgis había llegado allí con la idea de hacerse útil, de elevarse poco a poco en su grado y llegar a ser un obrero especializado. No tardaría mucho en salir de su error: nadie asciende en Packingtown por hacer bien su trabajo. Allí, por el contrario, podía sentarse como regla general que cuando un hombre va ascendiendo de categoría era porque se trataba de un canalla. El hombre que había hablado al padre de Jurgis, enviado indudablemente por un capataz, ascendería; el obrero que espía y denuncia a sus camaradas, asciende; pero el que no piensa más que en su propio trabajo y en hacer bien su labor, a ése se le «mete caña» hasta agotarlo, y entonces, cuando ya no sirve para nada, se le tira a la alcantarilla.

Aquella noche Jurgis regresó a casa con la cabeza loca. No podía creerse tales cosas. No, era imposible que fuesen ciertas. Tamoszius era, seguramente, uno de tantos charlatanes descontentos. Esclavo de su violín, perdía las noches asistiendo a fiestas de las que no se retiraba hasta el amanecer, con lo cual, a buen seguro, no le quedaban ganas de trabajar. Además, bien se veía que era un hombre débil y pequeño, rezagado en la lucha por la existencia. Esto, sin duda, explicaba su resentimiento. Sin embargo, la verdad era que cada día llegaban a conocimiento de Jurgis cosas muy extrañas.

Trató el lituano de persuadir a su padre de que no hiciera caso de la oferta que le habían hecho. Pero el viejo Antanas, que había mendigado una ocupación hasta extenuarse, estaba ya sin voluntad. Él quería trabajo, cualquier clase de trabajo. Así pues, al día siguiente salió en busca del hombre que le había hecho la proposición y, cuando lo encontró, prometió entregarle la tercera parte del salario que percibiera. Ese mismo día se le dio ocupación en los sótanos de la casa Anderson. Se encontró con que su salario sería un dólar y veinticinco centavos por día, de modo que sacaría cinco dólares por semana. Todo sería aportación para la casa: no quería ni oír hablar de lo contrario: él no necesitaba dinero, no quería cervezas y lo único que necesitaba era que le dieran de comer en casa. Pero las cosas no fueron tal y como pensaba. Destinado a uno de los talleres de salazones, en un local donde no había ni una pulgada de terreno que no estuviese empapada, casi todas sus ganancias de la primera semana se fueron en la compra de un par de botas de suelas gruesas. Su obligación consistía en pasarse toda la jornada con un largo palo de fregar limpiando el suelo de la conservera. Si no fuera porque el local era muy húmedo y muy oscuro, el trabajo no resultaba desagradable… en verano.

Antanas Rudkos era el hombre más sumiso que Dios ha echado al mundo; por consiguiente, Jurgis encontró una confirmación completa de todo lo que le habían dicho sus compañeros cuando vio que su propio padre, a los dos días de trabajo, volvió a casa tan amargado como el que más y maldiciendo a Anderson con toda sus fuerzas. Se le había encargado —supo la familia que, reunida en torno al viejo, escuchaba con arrobo los detalles de su relato— limpiar el suelo y las trampillas del local en donde se preparaba la carne de vaca para ponerla en latas. Dicha carne se echaba primero en tanques llenos de substancias químicas; ciertos obreros, con largas horquillas, sacaban los pedazos de las cubas y los arrojaban a unas vagonetas que los transportaban a la sala de enlatado. Cuando habían sacado de los tanques toda la carne que habían podido, vaciaban el tanque en el suelo, amontonaban con sus palas los despojos que habían quedado y los cargaban en las vagonetas para enlatarlos. El suelo quedaba siempre terriblemente sucio y Antanas tenía que empujar con el cepillo todas aquellas «conservas» y echarlas en un albañal, de donde se recogía para ser utilizada

nuevamente. Y por si esto no fuera bastante, en el conducto que comunicaba con el albañal había una reja donde quedaban atascados muchos trozos de estas asquerosas porciones, y cada dos o tres días, el viejo se veía obligado a limpiar la reja, recoger los desperdicios allí acumulados y echarlos en una de las vagonetas para que fuesen con todo lo demás.

Esto es lo que Antanas había visto con sus propios ojos. Jonas y Marija vinieron después contando también cosas increíbles. Marija trabajaba en una casa de conservas independiente de los grandes establecimientos. Allí ganaba salarios elevadísimos pintando latas, y esto la tenía rebosante de alegría y orgullosa hasta la insolencia. Pero un día, al salir del trabajo, según volvía a su casa paseando con una obrera pequeña y pálida que trabajaba enfrente de ella, llamada Jadwiga Marciukus, se enteró de las circunstancias que habían permitido que Marija consiguiese su trabajo. Antes ocupaba ese puesto una irlandesa que llevaba trabajando en el establecimiento desde no se sabía cuándo, por lo menos quince años. Mary Dennis era su nombre. Tiempo atrás había sido seducida por un hombre y había tenido un hijo, tullido y epiléptico que constituía, sin embargo, su único amor en este mundo. Madre e hijo vivían en un cuartito en la parte trasera de Halsted Street, en el barrio de los irlandeses. Mary estaba tuberculosa y durante toda la jornada laboral se la oía toser continuamente. En los últimos tiempos su estado había llegado a ser ruinoso y, al aparecer Marija, la encargada tomó la súbita decisión de despedir a la enferma. Según explicó Jadwiga, la encargada estaba obligada, a su vez, a rendir cuentas por la cantidad de trabajo que se cumplía en su departamento y no podía disminuir el rendimiento por causa de una enferma. El que Mary llevase tantos años trabajando en la casa no contaba para nada. De hecho, probablemente, ni la encargada ni el superintendente debían de tener conocimiento de ello, puesto que ambos eran relativamente nuevos en sus puestos, en los que sólo llevaban dos o tres años. Lo cierto es que la pobre irlandesa fue despedida sin consideración. Jadwiga no sabía qué había sido de aquella pobre criatura. De buena gana hubiera ido a verla; pero no había podido, porque ella misma, Jadwiga, había estado enferma. Sentía un dolor continuo en la espalda y temía estar mal del útero. En rigor, no era trabajo apropiado para una mujer estar todo el día

manejando latas de carne de catorce libras de peso.

Era una notable coincidencia que cada uno de los miembros de la familia hubiera obtenido el puesto de trabajo a causa de una desgracia ocurrida a alguien. Jurgis, después de preguntar, se encontró con que la misma mañana en la que el jefe le había escogido había muerto un hombre diez minutos antes. Uno de los matarifes se había emborrachado la noche anterior y se había metido en una pelea. Cuando se encontró con su enemigo en el matadero le había arrojado su cuchillo y, al fallar el tiro, le había abierto el abdomen a un inofensivo polaco que andaba allí recogiendo las tripas del suelo con la misma pala que utilizaba ahora Jurgis. La herida no quería curarse —toda herida que se produce en el *killing floor* se infecta— y el hombre había muerto tres días después.

Lo mismo pasaba con Jonas. Él estaba encargado de empujar una vagoneta con jamones desde el departamento de ahumado hasta un ascensor, y desde el ascensor a los talleres de enlatado. Las vagonetas eran de hierro, muy pesadas, y en cada una de ellas se acostumbraba a cargar hasta unas sesenta piezas, lo que ascendía a más de un cuarto de tonelada. Dada la desigualdad del piso, era muy costoso para un hombre poner en movimiento una vagoneta tan cargada, a menos que fuera un coloso, y, una vez que empezaba a andar, era natural que el operario hiciese lo imposible por mantenerlo en marcha. Siempre había capataces vigilando y, en cuanto el obrero se detenía un segundo, le cubrían de insultos. Pero como los lituanos, los eslovacos y otros emigrados de parecida procedencia no comprendían lo que se les decía, los capataces habían adquirido la costumbre de tratarlos a puntapiés, como si fueran perros. Por este motivo, las vagonetas, con toda su carga, se llevaban a la carrera, y el predecesor de Jonas había sido aplastado contra un muro por una de ellas de una manera horrible.

Todos estos hechos eran, en verdad, incidentes siniestros; pero, al mismo tiempo, podían considerarse bagatelas en comparación con lo que Jurgis vio con sus propios ojos poco tiempo después. Desde el primer día de trabajo en su puesto de recogedor de tripas, había notado una cosa muy curiosa: el truco al que recurrían los capataces del *killing floor* cuando se encontraban con una ternera preñada. Todo el que sabe algo acerca del negocio de carnicería

está enterado de que la carne de vaca recién parida, o que está a punto de parir, no es comestible. Ahora bien, todos los días llegaban a los mataderos muchas vacas en estas condiciones y, si los jefes hubiesen querido, habría sido muy fácil mantenerlas en establos hasta que se hallasen en buenas condiciones para ir al matadero. Mas, con el objeto de ahorrarse tiempo y forraje, se había dispuesto que las vacas en tales circunstancias recibieran el mismo trato que todas las demás. Cuando un obrero cualquiera advertía que la vaca estaba preñada, corría a advertírselo al capataz, quien entonces se acercaba a hablar con el inspector del Gobierno y ambos salían a dar una vuelta. En un abrir y cerrar de ojos el tronco de la vaca era abierto en canal, y las entrañas con el feto desaparecían. La tarea de Jurgis consistía en empujar toda aquella mezcla por la trampilla correspondiente, y en el departamento inferior separaban el feto de las entrañas y utilizaban su piel. Alguna vez, cuando abrían la vaca en canal, los terneros se ponían de pie y comenzaban a andar, de modo que había que matarlas allí mismo.

Aún así, esto era una minucia comparado con lo que pasó un par de semanas después. Un día, un obrero resbaló y se lastimó una pierna; y aquella tarde, cuando la última res había sido retirada y los obreros se disponían a marchar, Jurgis recibió la orden de quedarse para realizar cierto trabajo especial del que se encargaba habitualmente el obrero herido. Era ya muy tarde, casi de noche; los inspectores oficiales se habían retirado ya y no quedaban en todo el *killing floor* más que una o dos docenas de operarios. Aquel día se habían sacrificado unas cuatro mil reses, ganado que había venido en trenes de mercancías y desde lugares muy lejanos. Algunos de los animales resultaban lastimados en los viajes. Unos llegaban con las piernas rotas, otros con costillas partidas, muchos con cornadas y algunos muertos sin causa bien determinada. Todo este ganado se sacrifica por la noche en medio de la sombra y el silencio. Había en el matadero un ascensor especial para recoger estas reses «averiadas», según las llaman, y transportarlas al *killing floor* donde los obreros encargados de despacharlas ejecutaban las operaciones necesarias con una indiferencia tal que mostraba, con más elocuencia que cualquier palabra, que aquello era una rutina a la que estaban muy acostumbrados. En un par de horas, todas las reses averiadas quedaron preparadas como las demás, y al acabar el

trabajo Jurgis vio que, una vez descuartizadas, eran introducidas en las cámaras frigoríficas y se distribuían cuidadosamente entre el resto de la carne. Por esta tarea le pagaron el doble y entendió perfectamente lo que ello significaba.

Cuando aquella noche volvió Jurgis a su casa, llevaba un aire preocupado y sombrío. Comenzaba a ver que tenían razón los que se mofaban de él y de su fe en los industriales alimentarios, en América y le decían que no le habían contratado empresarios honestos, sino una panda de seres sin escrúpulos y enemigos públicos.

CAPÍTULO VI

Jurgis y Ona se amaban profundamente. Llevaban ya mucho tiempo esperando, puesto que hacía dos años que eran novios; y Jurgis consideraba todas las cosas que les iban ocurriendo solamente teniendo en cuenta si favorecían o retrasaban su matrimonio. Todos sus pensamientos iban dirigidos a esto. Había aceptado la familia de Ona porque ella formaba parte de la misma. Se había interesado por la casa porque iba a ser el hogar de Ona. Todas las crueldades, trampas y engaños que presenciaba a diario en Anderson's tenían poca importancia para él, salvo en lo que pudieran afectar a su porvenir con respecto a Ona.

El matrimonio se hubiera cumplimentado inmediatamente si se les hubiese dejado a ellos hacer su voluntad; pero esto quería decir que la boda habría tenido que celebrarse en familia y sin solemnidad de ninguna clase; y cuando lanzaron esta idea al resto de la familia, tropezaron con la abierta oposición de los viejos. Para Teta Elzbieta, en particular, la simple idea de casarse de aquel modo era un motivo de aflicción.

—¡Cómo! —exclamaba—. ¡Casarse en un rincón, como unos mendigos! ¡Nunca!, ¡nunca!

Elzbieta estaba cargada de tradiciones. Hija de una familia de importancia, había vivido en una finca con criados que la servían; y hubiera llegado a convertirse en una verdadera dama con opción a un buen casamiento, a no ser por la circunstancia de haber tenido nueve hermanas y ningún hermano. Aun en las condiciones tan

difíciles en que se encontraban, Elzbieta sabía lo que le correspondía hacer y se aferraba desesperadamente a las tradiciones. No iban a renunciar a su casta por el hecho de haberse convertido en obreros sin cualificación en Packingtown. Solamente con oír hablar a Ona de omitir la *veselija* había motivos para que la mujer se pasase la noche en vela. En vano fue que los novios dijesen que tenían muy pocos amigos en la localidad. A esto contestaba Elzbieta que con el tiempo los tendrían, y entonces esos amigos murmurarían. No podían, pues, dejar de hacer las cosas como Dios manda, si así lo hiciesen, el dinero, a su vez, no tendría ninguna clase de consideración hacia ellos. Teta Elzbieta acudió al viejo Diedas Antanas para que le ayudase a mantener sus argumentos. Los dos, en efecto, abrigaban en el fondo de su alma cierto temor de que el nuevo país minase las virtudes del pueblo al que pertenecían sus hijos. Desde su primer domingo en Chicago no habían faltado a misa y, a pesar de su pobreza, Elzbieta había juzgado indispensable emplear una porción de sus escasos recursos en adquirir un Nacimiento, hecho en yeso y pintado en colores muy brillantes. Aunque apenas tenía un pie de altura, representaba un santuario con cuatro torrecillas cubiertas de nieve; en el interior, la Virgen, en pie, con el Niño en los brazos, y los Reyes Magos y los pastores, arrodillados, adorándole. El Nacimiento le había costado medio dólar; pero Elzbieta juzgaba que el dinero gastado en estas cosas no debía medirse con avaricia, pues siempre volvía por algún camino providencial. Además, aquel Nacimiento hacía muy buen efecto en la mesa del salón y no hay hogar que se precie que esté privado de toda clase de adornos.

De la misma manera, lo que gastasen en la boda Dios se lo devolvería más tarde; pero el problema que había que resolver era el reunir, aun temporalmente, los fondos necesarios. Llevaban muy poco tiempo en la localidad para tener crédito, y Szadwilas era la única persona de quien podían esperar recibir algún préstamo. Velada tras velada, Jurgis y Ona, sentados uno junto a otro, pasaban el tiempo calculando los gastos probables y la fecha en que podrían celebrar su matrimonio. Vieron que no era posible arreglar las cosas decentemente con menos de doscientos dólares, y aun cuando contasen con todas las ganancias de Jonas y Marija, que éstos habían puesto generosamente a su disposición, no era posible

llegar a reunir aquella suma en menos de cuatro o cinco meses. En vista de ello, Ona comenzó a pensar en buscar trabajo, con la idea de que, a poca suerte que tuviera, lograría reducir ese plazo a la mitad. Ambos iban poco a poco acostumbrándose a esta idea cuando una tempestad vino a turbar la serenidad de aquel cielo y una catástrofe dispersó a los cuatro vientos todas sus esperanzas.

Una manzana más allá de donde ellos vivían, habitaba otra familia lituana, apellidada Majauszkis, consistente en una viuda de avanzada edad y su hijo, ya adulto. Nuestros amigos no tardaron en trabar amistad con ellos. Una noche, madre e hijo fueron a hacerles una visita y, naturalmente, la conversación se centró en seguida en el barrio y en su historia. Entonces, la abuela Majauszkis —así llamaban a la viuda— comenzó a contarles una serie de horrores que les helaron la sangre. La vieja tenía una cara espantosa; parecía que tenía más de ochenta años; y al mascullar sus relatos a través de sus desdentadas encías tenía todo el aspecto de una bruja. La abuela Majauszkis había vivido tanto tiempo en medio del infortunio y la desgracia, que había venido a ser para ella su elemento natural y hablaba de hambrunas, enfermedades y muerte, como otras personas charlan de fiestas y de bodas.

Poco a poco, sin embargo, les fue enjaretando los detalles de la terrible historia. En primer lugar, la casa que madre e hijo habían comprado no era nueva, como creían, sino que tenía más de quince años. Lo único nuevo era la pintura, y ésta era de tan mala calidad que tendrían que renovarla cada año o cada dos. La casa formaba parte de un grupo de viviendas construido por una compañía creada exclusivamente para robar el dinero a los pobres. Se hacía pagar por ella mil quinientos dólares, en tanto que el coste de la construcción no había sido ni de quinientos nueva. La abuela Majauszkis estaba bien enterada de todo esto porque su hijo pertenecía a una organización política de la que también formaba parte un contratista dedicado a construcciones de aquella índole. Para ellas se servían de los peores materiales y de los más baratos. Y las edificaban por docenas a la vez, no preocupándose más que de su aspecto exterior. La vieja les aseguró que se verían en grandísimos apuros, que ella conocía bien por haber adquirido la casa que habitaban exactamente por el mismo procedimiento. Pero como su hijo era un obrero cualificado y ganaba salarios de hasta cien

dólares mensuales, teniendo al mismo tiempo el buen sentido de no casarse, habían logrado pagar todos los plazos y quedarse con la casa. Por lo tanto, ellos habían logrado zafarse de la constructora.

La abuela Majauszkis notó que sus amigos se habían quedado intrigados al escuchar aquella última frase. No comprendían, en efecto, qué quería decir eso de «zafarse de la constructora». Evidentemente era gente inexperta. No sabían que, aun cuando las construcciones eran muy baratas, se contrataban con la idea de que los ocupantes no podrían pagar todos los plazos. Cuando esto ocurría, aunque el retraso fuese sólo de un mes, se les desahuciaba, con lo que perdían todo lo que habían abonado por ella, y la compañía entonces la ponía de nuevo en venta. ¿Que si esto sucedía con frecuencia? «*Diewes!* —exclamaba la abuela Majauszkis levantando las manos hacia el cielo—. ¡Ya lo creo!» Nadie podía decir cuántas veces ocurría; pero, seguramente, en más de la mitad de los casos. No tenían más que preguntar a cualquiera que supiese lo que pasaba en Packingtown acerca de esto. Se encontrarían con que la familia que hubiera logrado cancelar su hipoteca y convertirse en propietarios de la casa constituía una excepción. Si la familia era numerosa y los trabajadores no tenían cualificación, estaban perdidos: qué Dios se apiadase de ellos. ¿Por qué? Ya lo verían por sí mismos. El trabajo era inestable, había enfermedades y accidentes: se encontrarían con ellos con frecuencia. La propia casa en la que vivían había sido testigo de esta historia. La abuela Majauszkis había vivido en el barrio desde antes que se construyese esa casa que habitaban Elzbieta y su familia, de modo que podía referirles punto por punto la historia del edificio. ¿Que si había sido vendida alguna vez? «*Susimilkis!*» Desde que había sido construida, nada menos que seis familias que ella pudiera nombrar habían tratado de comprarla y fracasado en el intento. La vieja podía darles algunos detalles acerca de esto.

Los primeros fueron unos alemanes. Las diferentes familias eran de países distintos, en representación de las diferentes nacionalidades que se habían ido suplantando unas a otras en los mataderos. La abuela Majauszkis había llegado a América con su hijo en una época en la que no había en el distrito, que ella supiera, más que otra familia lituana. Los obreros eran, entonces, alemanes casi todos; matarifes y carniceros de oficio, que los empresarios se

habían traído del extranjero para poner en marcha el negocio. Después, conforme aparecía mano de obra más barata, los alemanes desaparecieron, sucediéndoles los irlandeses, hasta el extremo de que seis u ocho años atrás se hubiera dicho que Packingtown era una ciudad irlandesa. Aún quedaban algunas colonias de irlandeses; las suficientes para formar el núcleo tanto de las asociaciones de obreros como del cuerpo de policía y llevar todos los chanchullos; pero la mayor parte de los irlandeses había dejado los mataderos, a consecuencia de una rebaja de los salarios: justo después de una gran huelga. Tras los irlandeses llegaron los de Bohemia, y a continuación los polacos. Se decía que el viejo Anderson era quien organizaba estas emigraciones, jurando que constituiría en Packingtown una población con la cual no fuera posible huelga alguna. Para ello había enviado agentes por todos los pueblos de Europa, difundiendo la fábula de la facilidad con que se podía encontrar trabajo y buenos salarios en los mataderos. Los hombres habían acudido en rebaños, y el viejo Anderson los había agotado con el trabajo intensivo a que los sometía y, después de extraerles hasta la última gota de energía, tras destrozarlos, mandaba a buscar otros nuevos. De este modo los polacos, que habían llegado por millares, fueron reemplazados por los lituanos, los cuales, a su vez, iban desapareciendo y abrían paso a los eslovacos. ¿Puede haber en la tierra gente más pobre y más miserable que los eslovacos? La abuela Majauszkis lo ignoraba, pero estaba segura de que el hijo del viejo Anderson, que era quien dirigía la empresa, los encontraría, no cabía duda. Los atraerían fácilmente, porque los jornales eran superiores a los de esos lugares, pero las pobres gentes descubrirían después, ya demasiado tarde, que todo, a su vez, era mucho más caro. Estaban realmente tan mal como en sus lugares de origen, decía la anciana, pero ¿conocían alguna ciudad en la vieja Lituania en la que los trabajadores vivieran hacinados como en las casas de alquiler de Chicago, con doce personas durmiendo en un cuarto y en turnos de día y de noche? Seguramente la mayoría eran solteros e intentaban ahorrar todo el dinero que pudieran antes de regresar, pero si las condiciones eran tan buenas, ¿por qué estaban deseando volverse a casa? La verdad es que estaban atrapados como ratones en una trampa; pero lo cierto era que cada día se iban amontonando más y más. Llegaría, sin embargo, un día de venganza, porque las

cosas iban rebasando los límites del sufrimiento humano y el pueblo terminaría por levantarse y dar muerte a los patronos. La abuela Majauszkis era socialista o algo semejante; otro de sus hijos estaba trabajando en las minas de Siberia, y ella misma, en otros tiempos, había pronunciado discursos en reuniones públicas, todo lo cual la hacía aún más terrible a los ojos de la familia que ahora la escuchaba.

Le pidieron que reanudase la historia de la casa. La familia alemana había sido gente de bien. Muy numerosa a buen seguro —circunstancia harto frecuente en Packingtown—, pero todos sus miembros habían trabajado duro. El padre era un hombre sin defectos, y entre todos llegaron a pagar más de la mitad del valor de la casa. Pero un día, el jefe de familia encontró la muerte en uno de los ascensores de Anderson's. Antes de que muriera, los abogados de la empresa le habían engañado para que firmase una indemnización por daños de veinticinco dólares, de modo que su familia no tuvo mucho margen de maniobra. ¿Qué había sido de ellos? Ni idea. Seguramente habrían seguido la senda de los que sucumben en Packingtown. Entonces vino la familia irlandesa, también muy numerosa. El marido era un borracho y pegaba a los niños, a quienes los vecinos oían chillar noche tras noche. Siempre pagaban con retraso sus mensualidades, pero la compañía se lo toleraba. Había para esto razones políticas. La abuela Majauszkis no sabía exactamente cuáles eran, pero estaba enterada de que los Lafferty —ése era el nombre de la familia irlandesa— pertenecían a la «Liga del Grito de Guerra», especie de club político formado por todos los maleantes de la región. Los afiliados a este club tenían la seguridad de que, hiciesen lo que hiciesen, la policía no les pondría nunca las manos encima. Una vez el viejo Lafferty fue arrestado, junto con otros cuantos compinches suyos, por el robo de algunas vacas que eran propiedad de gentes modestas de los alrededores. Las habían matado y descuartizado en un tugurio detrás de los mataderos y las habían vendido. Lafferty no estuvo más de tres días en la cárcel, de donde salió carcajeándose para encontrarse con que ni siquiera había perdido su puesto en los mataderos. La bebida, sin embargo, acabó por dar al traste con la salud de Lafferty, que había quedado

inútil. Uno de sus hijos, que era un hombre honrado, continuó sosteniendo a la familia por un año o dos, mientras le fue posible, hasta que desaparecieron.

Luego llegaron los de Bohemia: dos familias de hermanos. Andaban bastante a la desesperada, no podían ni siquiera intentar la compra, ya que no tenían dinero. El agente inmobiliario, no obstante, había sido también bastante comprensivo con ellos: por aquellos días la inmobiliaria esperaba incluso a que la familia consiguiera una parte del dinero antes de empezar con los pagos. Luego dejaron de hacerlo, ya que creció la demanda de casas en el barrio y enseguida aparecían compradores. Uno de los hermanos murió de tuberculosis y ya se acabó.

—Porque hay otra cosa además —dijo la abuela Majauszkis, interrumpiendo su relato—. Esta casa trae mala suerte. Toda familia que la habite por largo tiempo puede tener la seguridad de que alguno de sus miembros acabará tuberculoso en un año y morirá de ella en tres o cuatro años. Nadie podía señalar la causa de aquello. Indudablemente estaba en el edificio mismo o en su construcción. Había quien aseguraba que todo era debido al hecho de que las obras se hubiesen iniciado en luna nueva. En Packingtown había muchos edificios de características semejantes. Algunas veces era una sola habitación la que se señalaba como malsana. Si alguien dormía en ella podía considerarse perdido. En la casa adquirida por los lituanos, el caso de tuberculosis fue el del muchacho irlandés. Más tarde, la familia bohemia que ocupó la casa a continuación perdió un hijo de la misma manera; aunque, a decir verdad, de esto no había seguridad, porque no se sabe qué es lo que ocurre con los niños que trabajan en el barrio de los mataderos. Por aquellos días no había legislación sobre el trabajo infantil y los empresarios ponían a trabajar a todos menos a los niños de teta. Al llegar a ese punto la familia no pudo ocultar su asombro. Entonces la vieja Majauszkis tuvo que explicarles que había una ley que prohibía trabajar a los menores de dieciséis años.

—¿Y cuál es el objeto de esa ley? —preguntaron los lituanos, que ya habían pensado buscar trabajo para el pequeño Stanislovas.

—En realidad —dijo entonces la abuela Majauszkis— no hay que preocuparse por esa ley; pues su único efecto es obligar a que las familias mientan acerca de la edad de sus hijos. Nadie sabía qué

es lo que pensarían los legisladores que iba a suceder. Hay muchas familias que sin el trabajo de los muchachos no conseguirían subsistir, y la ley que prohíbe a éstos trabajar no ha procurado al mismo tiempo a sus familias otros medios de salir adelante. En caso de pedir o de robar, se acababa en la cárcel: sería interesante enterarse qué es lo que los ricos querían decir con esta maniobra. Con frecuencia, un hombre pasaba meses enteros sin encontrar trabajo en Packingtown, mientras que un muchacho se empleaba con facilidad; pues siempre hay alguna máquina nueva por medio de la cual los patronos obtienen tanta productividad de la labor de un muchacho como de la que antes extraían del trabajo de un hombre, y eso por un tercio del salario.

Volviendo a la historia de la casa, en la familia que siguió a los de Bohemia la víctima había sido la mujer. Eso ocurrió cuando llevaban unos cuatro años habitando el edificio, y aquella mujer daba a luz dos gemelos cada año, eso sin contar que ya tenían un número extraordinario de chiquillos cuando fueron a ocupar la casa. Después de muerta la mujer, el marido tenía que ir al trabajo durante todo el día, dejando a los muchachos solos en la casa para que se manejasen como pudieran. Los vecinos de vez en cuando les echaban una mano, sobre todo para que las pobres criaturas no se helasen de frío. Al final, los muchachos pasaron una vez tres días y tres noches sin que el padre apareciera: así se supo de su muerte. Siendo matarife en Morton's, un toro herido se había escapado y lo había aplastado contra una pared. Entonces echaron a los chicos a la calle y, en la misma semana, la compañía volvió a vender la casa, a una nueva familia de emigrantes.

De este modo continuó la sombría anciana su relato de horrores y desdichas. ¿Había exageración en lo que contaba? ¿Quién podía asegurarlo? Desde luego, era plausible. Por ejemplo, en lo relativo a la tuberculosis. La familia nada sabía acerca de aquella enfermedad, salvo que hacía toser. Ahora bien, durante las dos últimas semanas habían estado muy intranquilos por los accesos de tos que acometían a Diedas Antanas. Los ataques le sacudían todo el cuerpo de arriba abajo y parecía que no iban a cesar nunca. Además, cada vez que escupía dejaba una mancha roja en el suelo.

Sin embargo, comparado con lo que supieron en seguida, aquello ni siquiera les impresionó. Empezaron a preguntar a la vieja cómo era posible que una familia llegase a no poder pagar. Con cifras trataron de demostrar que los pagos podían ser atendidos. Pero la abuela Majauszkis rechazó los cálculos que le presentaban, diciendo:

—Decís que son doce dólares al mes; pero ahí faltan los intereses.

—¿Qué intereses? —exclamaron los lituanos mirando estupefactos a la vieja.

—Los del dinero que todavía adeudáis —respondió la mujer.

—¡Pero nosotros no tenemos que pagar interés alguno! Solamente los doce dólares mensuales…

A esto, la vieja se echó a reír y exclamó:

—A ustedes les ha pasado lo que a todos los demás. Os han engañado, y os comerán vivos. La compañía nunca vende las casas sin exigir interés. Echad un vistazo al contrato y ya veréis.

Entonces, con el corazón oprimido por la duda, Teta Elzbieta abrió la cajonera y sacó el documento que tantas angustias les había ya causado. Se lo entregó a la vieja, que sabía leer inglés y, sentados alrededor de ella, siguieron, casi sin aliento, sus palabras. La abuela Majauszkis recorrió con la vista el documento y, por último, dijo:

—Efectivamente; aquí está la cláusula: «Con el interés del siete por ciento anual, que se devengará mensualmente».

Un silencio mortal siguió a estas palabras.

—Y ¿qué significa eso? —preguntó, por fin, Jurgis, casi imperceptible la voz.

—Esto significa —replicó la vieja— que tendréis que pagar el mes que viene ocho dólares y cuarenta centavos, además de los doce dólares.

Entonces se produjo un nuevo silencio. Aquello era alucinante, como una pesadilla en la que parece que el suelo desaparece bajo los pies y uno se siente caer y caer, sin fin, en un abismo insondable. Como a la luz de un relámpago se vieron víctimas de su inexorable destino, acorralados, cogidos en una trampa y en las garras de la destrucción. Todo el hermoso edificio de sus esperanzas se desmoronaba ante sus ojos. Y a todo esto, la vieja continuaba hablando.

—Por supuesto —continuó la anciana— no tendréis que pagar esa cantidad todo el tiempo. Cada vez les deberéis menos. Después de un año, sólo tendréis que pagar seis por los intereses y así cada vez menos.

Pero no escucharon estas últimas palabras. Su voz sonaba en los oídos como el graznido de un ave de mal agüero. Jurgis, sentado en una silla, apretaba las manos y sentía que un sudor frío le bañaba la frente. Ona tenía en la garganta un nudo que le ahogaba. De repente, Teta Elzbieta rompió el silencio con un gran suspiro, y Marija comenzó a retorcerse las manos mientras exclamaba entre sollozos:

—*Ai! Ai! Beda man!*

Pero todas estas lamentaciones eran ya inútiles. Allí seguía la abuela Majauszkis, impasible, verdadera encarnación de la fatalidad. Por supuesto, decía la anciana, aquello no era justo. Pero la justicia no tenía que ver nada con las cosas de Packingtown. Los lituanos no habían sospechado que el contrato contuviese aquella cláusula fatal. Como, por lo demás, ya estaba previsto. Pero lo cierto era que allí estaba escrita, y con eso bastaba, como comprobarían a su debido tiempo.

Tras conseguir, por último, librarse de su visitante, la familia pasó toda la noche lamentándose. Los pequeños se despertaron y, comprendiendo que pasaba algo grave, se echaron también a llorar, sin que nada bastase para consolarles. Al llegar la mañana, la mayor parte de la familia tuvo que prepararse para ir al trabajo, pues los mataderos no iban a detenerse por sus cuitas. No obstante, a las siete en punto, Ona y su madrastra estaban a la puerta de la oficina del agente.

—Sí —les dijo éste cuando llegó—, es cierto que hay que pagar los intereses.

Entonces Teta Elzbieta prorrumpió en protestas e insultos con tal violencia que los transeúntes se paraban para atisbar a través de las vidrieras. Pero el agente se mostró tan frío y cortés como siempre. Lo sentía mucho, les dijo. No les había hablado de este pormenor porque juzgaba que esto era una cosa bien sabida, tratándose de una deuda por amortizar. Ésa era la ley y él no podía hacer nada al respecto. Si les hubiera vendido la casa sin intereses, le podrían haber metido en la cárcel, ¿le hubiera gustado eso a la señora

Lukoszis? No, Teta Elzbieta no quería que nadie diera con sus huesos en prisión, pero era una vergüenza que la vida resultara tan dura para los pobres: no hay manera de que logren sobrevivir en este mundo. Ellos habían consultado a un abogado y le habían pagado un dólar: un dólar, que Dios y el diablo sabían, no les sobraba. Él había debido informarles sobre el interés. Si hubieran sabido que tenían que pagarlo, no se hubieran embarcado en la compra de la casa. A esto el agente de la inmobiliaria les contestó que ellos no habían preguntado al abogado si había o no intereses, de modo que él dio por supuesto que ellos lo sabían. La compañía tendría en cuenta este detalle para la próxima vez, pero —el hombre se apresuró a dejar bien claro, para que ni pudieran preguntarle— no le estaba permitido a la empresa recobrar la casa una vez que el contrato de venta ya estaba firmado.

En vista de esto, las dos mujeres se retiraron, y a mediodía Ona fue a los mataderos en busca de Jurgis, y le contó lo de la entrevista. Jurgis recibió el golpe con serenidad. Estaba ya preparado. Aquello formaba parte de su destino; pero ya se arreglarían de algún modo. Él, como habitualmente solía en casos semejantes, contestó: «Trabajaré más». Lo sucedido ciertamente iba a trastornar sus planes por algún tiempo, y tal vez sería necesario que Ona buscase trabajo después de todo. Entonces Ona añadió que Teta Elzbieta había decidido asimismo que el pequeño Stanislovas trabajase también. No era justo que Jurgis y Ona mantuviesen solos a la familia; era menester que ésta ayudase también cuanto fuera posible. Jurgis, que al principio había rechazado semejante idea, frunció ahora las cejas e inclinó lentamente la cabeza al tiempo que decía:

—Sí, acaso sea lo mejor. Todos tendremos que hacer algún sacrificio en estas circunstancias.

Así pues, aquel mismo día se puso a buscar trabajo. Por la noche Marija llegó a casa y dijo que había conocido a una joven llamada Jasaitis que tenía una amiga que trabajaba en la sección de embalaje en Smith's y que podía encontrar un puesto para Ona en su mismo taller. Únicamente había que tener en cuenta que la encargada era de las que no actuaban sino por interés. Era inútil que cualquiera le

pidiese un puesto en el taller como al mismo tiempo no deslizase un billete de diez dólares en su mano. Jurgis ya no se manifestó sorprendido en lo más mínimo por tal exigencia; simplemente preguntó cuál sería el salario que darían a Ona. Así pues, empezaron las negociaciones y, después de una entrevista, Ona volvió a casa diciendo que parecía haber agradado a la encargada y que ésta le había dicho que, aunque no estaba segura del todo, creía que podría proporcionarle un puesto en el cual, por coser las fundas de lienzo de los jamones, tendría un salario de ocho a diez dólares por semana. Lo cual estaba bastante bien, según manifestó Marija, después de haber consultado a su amiga. Luego la familia se reunió en consejo para discutir ansiosamente el caso. El trabajo había que hacerlo en los sótanos, precisamente donde Jurgis no quería que fuese Ona. Pero la labor era fácil y, por otra parte, uno no podía pedirlo todo. De modo que, al final, Ona, con un billete de diez dólares que le quemaba la mano, celebró una segunda entrevista con la encargada.

Entretanto, Teta Elzbieta había ido con Stanislovas a ver al párroco y obtuvo de éste un certificado en el que se atestiguaba que el muchacho tenía dos años más que su verdadera edad. Provisto de este papel, el muchacho podía emprender su camino y buscar fortuna en este mundo. Casualmente Anderson acababa de adquirir una nueva y maravillosa máquina para preparar manteca de cerdo y, cuando el policía especial encargado de los horarios vio a Stanislovas con su documento en la mano, se sonrió, le llamó y le dijo, señalándole la puerta: *Czia! Czia!* Stanislovas atravesó un largo pasillo, subió un tramo de escaleras y se encontró en un gran salón con alumbrado eléctrico, en donde funcionaban las nuevas máquinas rellenando botes de manteca. Se acababa el producto en la planta superior, a donde subía en surtidores blancos como la nieve, densos y compactos, como serpientes que se retorcían, propagando un olor desagradable. Estos surtidores eran de diferentes clases y tamaños, y tan pronto como salía al exterior por un tubo la cantidad precisa de cada uno, se detenían automáticamente y la maravillosa máquina giraba y colocaba por sí misma un bote vacío bajo un nuevo chorro de manteca, hasta que éste quedaba lleno. Entonces, automáticamente, se interrumpía la salida de manteca, el bote quedaba precintado y desaparecía. Para

atender a todo este servicio y llenar varios cientos de botes por hora, no se necesitaban más que dos seres humanos; uno de ellos para colocar un bote vacío en un sitio determinado, cada dos o tres segundos; y, el otro, para retirar cada bote lleno de manteca y ponerlo en una especie de bandeja, también cada dos o tres segundos.

Stanislovas llevaba algunos minutos contemplando tímidamente todo aquello, cuando un hombre se le aproximó y le dijo qué quería. El muchacho respondió en seguida: «¡Trabajo!». Le preguntó qué edad tenía y Stanislovas contestó: dieciséis años. Una o dos veces por año, un inspector del Estado recorría los talleres y las fábricas, preguntando a los muchachos de aquí y de allá qué edad tenían. Por esta razón, los empresarios procuraban cumplir con la ley, lo cual no suponía sino que el capataz correspondiente exigiese el certificado de edad y enviase al muchacho a las oficinas para que tomaran su filiación. Hecho lo anterior, el hombre destinó a otro servicio a un obrero, ya mayor de edad, y enseñó al muchacho a colocar los botes vacíos cada vez que, implacable, el brazo de la máquina se aproximaba hacia él. Y he aquí de qué manera y en qué momento quedó determinado el puesto que el pobre Stanislovas había de ocupar en el mundo hasta el fin de sus días. Él no se dio cuenta de lo que significaba: volvió a casa dando saltos para contarle a su familia la fortuna que iba a ganar. Hora tras hora, día tras día y año tras año, estaría obligado a permanecer sobre un espacio de un pie cuadrado, desde las siete de la mañana hasta mediodía y desde las doce y media hasta las cinco y media de la tarde, sin moverse y sin tener otro pensamiento que suministrar botes a la máquina. En el verano, el olor del material era nauseabundo y, en el invierno, los botes de hojalata le helarían los dedos en el sótano sin caldear donde trabajaba. Durante la mitad del año, todavía sería de noche cuando se dirigiese al taller y ya de noche cerrada cuando regresara a casa. De esta forma, el muchacho no sabría nunca cómo luce el sol los días laborables. Por todo esto, cada fin de semana llevaría a su familia tres dólares: lo que le correspondía a razón de cinco centavos por hora; nada más y nada menos que la parte que le correspondía de las ganancias totales que reciben los casi dos millones de niños que se ganan la vida trabajando en la tierra de la libertad.

Mientras tanto, Jurgis y Ona echaban cálculos de nuevo. Eran jóvenes, y la esperanza no les abandonaba todavía. Pero descubrieron que el salario del pobre Stanislovas serviría poco más que para pagar los intereses con que antes no contaban, y esto venía a dejarles, poco más o menos, en la misma situación en que estaban antes. Cabe, sin embargo, añadir, para ser justos, que el muchacho estaba encantado con su trabajo y con la idea de ganar montones de dinero, y que, por otra parte, los novios se amaban sobremanera.

Capítulo VII

Durante todo el verano la familia trabajó sin cesar, y en otoño tuvieron ya suficiente dinero ahorrado para que Jurgis y Ona se pudiesen casar observando las conveniencias y conforme a las tradiciones de su país. Hacia finales de noviembre alquilaron un salón, invitaron no sólo a todos sus amigos, sino también a los amigos de sus amigos y a todos aquellos que pudieran llegar a enterarse. Los preparativos duraron un par de semanas: Ona tenía que tener un vestido blanco de muselina y Jurgis un traje negro nuevo. Desde el sábado por la mañana hasta el domingo por la tarde no pararon de meter cosas al horno y de cocinar; tampoco de hacer innumerables viajes a todas partes para hacerse con cubertería y vajilla. Al final llegó el gran momento y, como ya hemos visto, los huéspedes acudieron y enseñaron lo que significan el honor y la decencia en los dominios del mercado libre.

Una vez terminada la ceremonia quedó una pella de más de cien dólares. Fue ésta una prueba amarga y cruel y que les sumió en la desesperación. Era una desgracia que en ese momento, más que en otro alguno, la suerte les fustigase de aquel modo. Era un principio bien triste para su vida de casados. ¡Amarse tanto y no poder gozar ni el más breve momento de respiro! Era la ocasión en que todo les gritaba que debían ser felices, cuando la pasión que ardía en sus corazones les abrasaba en su llama al más leve aliento. Apreciaban la inmensidad de su amor que penetraba hasta el fondo de su alma. ¿Era debilidad acaso, en tales circunstancias, clamar un poco de sosiego? Habían abierto sus corazones como las flores a la primavera, y el invierno despiadado había caído sobre ellos. No era,

pues, extraño que se preguntasen si alguna vez en este mundo un amor, brotado y florecido de modo semejante, había sido tan cruelmente aplastado y pisoteado.

Sobre ellos flotaba sin cesar el fantasma de la necesidad. Éste les hostigó en sueños la mañana misma que siguió a la boda, y les hizo despertarse, para ir al trabajo, antes de rayar el día. Ona estaba tan fatigada que casi no podía tenerse en pie; pero si perdía su puesto en el taller, se verían arruinados, y a buen seguro lo perdería si no se presentaba puntualmente al trabajo. Todos tuvieron que acudir a sus ocupaciones, incluso el pequeño Stanislovas que, por haber abusado de las salchichas y la zarzaparrilla, se encontraba indispuesto. Toda la jornada permaneció medio dormido delante de su máquina de llenar botes de manteca, con los ojos, muy a su pesar, cerrándose a cada instante. Y a punto estuvo de perder el empleo, pues en dos o tres ocasiones el capataz tuvo que darle con el pie para despertarlo. Una más y le hubiera dado una patada para mandarlo a la calle.

Pasó una semana entera antes de que la familia volviese a la vida normal. Durante este tiempo, los lloros y quejas de los chicos y el mal humor de los mayores hacían de la casa una residencia poco agradable. Marija y Jonas tuvieron que apañárselas sin sus ahorros hasta que Jurgis pudiera sacar el dinero suficiente para devolvérselo y, aunque nadie decía nada, todos se habían quedado muy desconcertados. Además estaba Grajczunas, el responsable del local, con su minuta: unos treinta dólares más de lo que esperaban y que hacía hincapié en que le corría mucha prisa cobrarlos. Había razones para que la familia comenzara a discutir entre sí, ya que Jurgis nunca se fió de ese hombre y no quería saber nada de él. Lo único que podían hacer era pagarle. Jurgis sólo se sentía a gusto insultándolo y todos acabaron peleándose. En honor a la verdad tampoco era justo llamarle chupasangres de los pobres, ya que él tenía sus propios problemas. Había más bares en Packingtown que hojas caídas en otoño y la competencia era feroz. Hacía tiempo ya que los brebajes que dispensaban habían superado los límites de la adulteración y no era posible encontrar nada mejor. La mitad de los dueños de los garitos tenían deudas con los destiladores que les suministraban licor a crédito y luego, cuando no podían pagar, se apoderaban del negocio. De nuevo, por tanto, el fuerte se comía al

débil, cumpliendo la ley que rige en la jungla.

Jurgis, sin embargo, se impacientaba raras veces, a pesar de todo. La causa era Ona, pues el mero hecho de mirarla bastaba para que se calmara. Ona era tan delicada e impresionable que no estaba hecha para una vida como aquélla; y cien veces al día, cuando Jurgis pensaba en ello, apretaba los puños y acometía su trabajo con más ardor que nunca. Jurgis se decía a sí mismo que Ona era demasiado buena para él y tenía miedo, porque era suya. A pesar de haber deseado poseerla durante tanto tiempo, le parecía que aún no se merecía tan precioso derecho. Si Ona tenía tanta confianza en él, era por su propia bondad, no porque él lo mereciera. Pero Jurgis había tomado la resolución de que Ona nunca llegase a percatarse de ese hecho. Por eso permanecía atento de no dejar al descubierto la parte mala de su carácter. Preocupado incluso de detalles insignificantes, suavizaba sus maneras y reprimía el hábito de jurar cuando las cosas iban mal. Las lágrimas acudían tan fácilmente a los ojos de Ona, y ésta le miraba con un aire tan suplicante, que era preciso mantener esa clase de resoluciones que llenaban, además de otras mil cosas, su pensamiento. Lo cierto era que por aquel entonces en la mente de Jurgis pesaban tribulaciones que hasta entonces nunca había concebido.

Tenía que protegerla, luchar por ella contra todos los horrores que advertía a su alrededor. Él era la única persona a quien Ona podía volver los ojos. Si él fracasaba, Ona estaría perdida. Así, pues, la rodearía con sus brazos y procuraría ocultarla del resto del mundo. Ahora ya había llegado a comprender cómo andaban las cosas que le rodeaban: las leyes de la jungla. En realidad, la vida no era sino una lucha de cada uno contra todos, en la que el diablo se lleva a los vencidos. Era una guerra a muerte, librada sin respiro y la única salvación estaba en permanecer muy atento, preparado para pelear o salir huyendo. Era mejor viajar a oscuras, atacar desde a cubierto y si la víctima resultaba muerta, no había que pararse en lamentos: el que cae tampoco pide compasión, se arrastra hacia su agujero y para morir allí y punto. En otras palabras, se trata de meter dinero en la cartera. No se debía agasajar a la gente, sino esperar que la gente le agasajara a uno. Hay que andar por el mundo con el alma llena de sospechas y de odios; si alguien le habla a uno sobre amistad y confianza, enseguida se sabrá lo que

realmente quiere. Uno debe estar convencido de que siempre se halla rodeado de poderes hostiles que conspiran continuamente contra nuestro dinero y que se valen de la máscara de las virtudes para ocultar sus lazos y sus trampas. Los escaparates de las tiendas están llenos de todas clases de mentiras para atraeros; las tapias en los caminos, los postes telegráficos, los faroles y las esquinas de las calles, todo está cubierto de carteles llenos de embustes. La gran compañía que os emplea os miente y miente al país entero. Todo de arriba abajo no es sino una inmensa patraña. El país entero es una mentira: una mentira su libertad, una trampa para los trabajadores pobres; su prosperidad no era sino una falacia creada por los empresarios ricos; su justicia, una falacia creada por políticos corruptos. No importa a dónde vayas o con qué motivo —para comprar una casa, por poner un ejemplo—, no tienes que atender a toda la palabrería amable y tampoco dejarte persuadir por la cortesía: uno debía ser amable y cortés, en la manera en que le viniera bien, pero tenía que tener muy claro que en ese preciso momento la persona que estaba delante era un ladrón y había que estar preparado para montar en cólera y amenazarle en todo momento.

Así pensaba Jurgis, y así se decía a sí mismo que veía las cosas. Sin embargo, esta realidad era muy triste porque la lucha era sumamente injusta: todas las ventajas estaban de un lado. Él, por ejemplo, había hecho voto, hincado de rodillas, de salvar a Ona de todo peligro y una semana más tarde su mujer sufría atrozmente a consecuencia del golpe de un enemigo imprevisible. Llegó un día en que la lluvia caía a torrentes y en el mes de diciembre permanecer toda una jornada con los vestidos mojados en uno de los fríos sótanos de Smith’s no era algo para tomar a broma. Ona era una obrera y no tenía impermeable, ni ninguna de esas prendas con que la gente rica se defiende de la humedad. Jurgis, pues, se limitó a acompañarla hasta el tranvía. Ahora bien, se daba el caso que esta línea de tranvías era propiedad de un rico caballero ávido de beneficios. La municipalidad había publicado una disposición según la cual las compañías de tranvías estaban obligadas a dar billetes de correspondencia a los viajeros. Esto había enfurecido a los

empresarios por lo que se suponía una interferencia con el derecho elemental de los hombres de negocios a llevar sus asuntos a su manera, de modo que decidieron vengarse. Empezaron por establecer, como regla, que los billetes de correspondencia no serían entregados a los pasajeros sino en el momento en que pagasen su trayecto; y después, cada vez más desagradables, determinaron que los cobradores no ofrecerían nunca los billetes de correspondencia, si los pasajeros no los solicitaban. Ona estaba advertida de que debía de tomar el billete de correspondencia pero, persona tímida, no había hecho valer sus derechos, de modo que, después de pagar, se limitó a seguir al cobrador con la mirada preguntándose cuando iría a acordarse de ella y le entregaría su billete. Cuando por fin, llegó el momento de apearse, pidió la correspondencia y el cobrador se la negó. No sabiendo qué hacer, empezó a discutir con el hombre en un idioma del que éste no comprendía una sola palabra. Después de avisarla varias veces, el cobrador dio la señal y el tranvía se puso nuevamente en marcha; Ona, entonces, rompió a llorar. En la siguiente parada descendió del vehículo; pero, no llevando más dinero en el bolsillo, no pudo tomar el otro tranvía y tuvo que continuar a pie, bajo una lluvia torrencial, toda la distancia que aún la separaba de su taller. Pasó todo el día calada hasta los huesos y tiritando de frío; por la noche, cuando regresó a su casa, le castañeteaban los dientes y tenía dolores de cabeza y de espalda. Estuvo dos semanas sufriendo lo indecible y, sin embargo, no le quedaba otro remedio que sacarse de casa cada día y marchar como pudiera al trabajo. En dos ocasiones se desvaneció, pero la encargada no le permitió que se marchara a casa. Las jóvenes siempre quieren irse a casa y entonces se vuelve más complicado mantener el rendimiento productivo, de modo que lo que se suele hacer es decirles que se tumben en el suelo un rato a ver si se les pasa. La encargada se mostraba especialmente severa con Ona, a quien creía descontenta a causa de haberle negado el permiso para descansar al día siguiente de su boda. Ona, por su parte, pensaba que la mujer no veía con buenos ojos que sus obreras se casasen, tal vez porque ella era una solterona vieja y fea.

Por todas partes se veían expuestos a multitud de peligros y siempre con todas las desventajas de su lado. Los niños, por ejemplo, no se criaban tan sanos como en su país natal; pero ¿cómo

podían sospechar Jurgis y los suyos que la casa que habitaban no tenía alcantarilla, y que las aguas fecales de quince años habían infestado completamente el subsuelo? ¿Cómo habían de figurarse que la leche azulada que compraban en la esquina de su calle estaba aguada y adulterada con formol? Cuando, en su país, los niños se sentían enfermos, Teta Elzbieta cocía hierbas medicinales y los curaba. Ahora se veía obligada a comprar en la droguería extractos, y ¿cómo iba a saber que aquellos extractos estaban adulterados, que un pobre no puede comprar un fármaco natural en los Estados Unidos de América? ¿Cómo iban a imaginar que el té, el café, el azúcar y la harina estaban tratados químicamente, que los guisantes en conserva se hallaban coloreados con sales de cobre y las confituras con anilina? Es más; aun cuando de haberlo sabido, ¿de qué les hubiera servido, si en muchas millas a la redonda era imposible encontrar nada diferente a estos productos? El terrible invierno se aproximaba y era preciso ahorrar dinero para comprar vestidos y ropa de cama; pero, por mucho que se afanaron en economizar, no conseguían encontrar ropas que les abrigasen verdaderamente. Todas las ropas que se vendían en los almacenes de la localidad estaban fabricadas con algodón o eran de lana artificial, un material que se obtiene desmenuzando los tejidos viejos y volviendo a hilar y enmadejar las fibras. Si pagaban precios elevados, obtenían géneros de fantasía o sencillamente se les engañaba; pero no podían conseguir géneros de genuina calidad a ningún precio. Un joven amigo de Szadwilas y recién llegado del extranjero había entrado de dependiente en un bazar de la avenida Ashland y se había hecho al lugar rápidamente. Les contó con regocijo una treta que había jugado a un confiado campesino y por la que consiguió el favor de su jefe. El hombre deseaba comprar un reloj despertador y el dependiente le enseñó dos exactamente iguales, diciendo que el precio de uno era un dólar y el del otro un dólar y setenta y cinco centavos. Cuando el comprador preguntó en qué consistía la diferencia entre ambos relojes, el vendedor dio a uno la mitad de la cuerda y al otro la cuerda entera, y después mostró al cliente cómo el uno sonaba más fuerte y por doble tiempo que el otro. El campesino que, según afirmaba, tenía el sueño pesado, compró el más caro.

Un poeta ha cantado:

Más profundo crece el corazón y más noble el porte de aquél cuya juventud se consumió en el fuego de la angustia. [10]

Pero es poco probable que hiciese referencia a las angustias que acarrea la miseria y que son tan bajas, feas, sucias y humillantes; penas que nada dignifican, que ni siquiera tienen el interés del *pathos*. Son éstas unas angustias que los poetas no acostumbran a describir. Las palabras necesarias para ello no entran en el vocabulario poético y sus pormenores no pueden referirse a un público refinado. ¿Cómo, por ejemplo, puede nadie infundir compasión entre los amantes de la buena literatura refiriendo de qué modo una familia encuentra su casa plagada de insectos? ¿Cómo referir todos los sufrimientos, incomodidades y humillaciones que ese hecho implica? ¿Cómo hablar del dinero que, penosamente ganado, se gasta en inútiles esfuerzos para verse libre de semejante peste? El lector culto tiene baño en casa y, en ocasiones, media docena de baños. No tiene necesidad de estar de pie en medio de un charco de sangre y suciedad desde las siete de la mañana hasta las seis, a veces las nueve, de la noche. Él tiene tiempo para su aseo personal y termina por no entender por qué el resto de la gente no está tan limpia como él. Por otra parte, cuando viaja no duerme en lugares en los que su ropa y sus maletas se llenan de polillas: si sucediera un accidente tan deplorable, seguramente la quemaría toda al momento. Después de largas vacilaciones, nuestros amigos se decidieron a pagar veinticinco centavos por un gran paquete de polvos insecticidas, preparación con patente, que resultó ser compuesta por un noventa y cinco por ciento de yeso y un poco de arcilla inofensiva; un preparado que, seguramente, no había costado al fabricante más que dos centavos. Los polvos no surtieron, por supuesto, efecto alguno, excepto en algunos pobres bichos que tuvieron la mala suerte de beber agua después de haber engullido el yeso, que se les fraguó en el estómago. Pero la familia no tenía idea de todo esto, ni más dinero que gastar; así pues, no tuvo más remedio que abandonar la lucha y resignarse a un sufrimiento más por el resto de sus días.

Hace algún tiempo, una mujer de gran corazón dio a conocer los sufrimientos de los esclavos negros y levantó a un continente en armas. Tenía varias cosas a su favor con las que no puede contar

quien pretenda describir la vida del esclavo moderno: el esclavo de las fábricas, de los talleres, de las minas. El látigo con el que se azota a éste no se puede ver ni escuchar y la mayoría de la gente no cree que exista: es la hipocresía típica de la filantropía y de la convención política la que niega su existencia. Este esclavo no proviene de una cacería con perros, no es golpeado hasta la muerte por malvados arquetípicos ni muere en el éxtasis de la fe religiosa. De hecho su religión no es más que otra de las trampas que le tienden sus opresores y la más amarga de sus desdichas. Los perros que le acosan son la enfermedad y los accidentes y el villano que lo asesina no es sino el índice salarial. ¿Quién puede generar ninguna emoción intensa en el lector contando una narración de cacería humana en la que la víctima es un extranjero con piojos e inculto y en la que los perros de caza son los gérmenes de la tuberculosis, la difteria y el tifus? ¿Quién es capaz de novelar la historia de un hombre cuya única peripecia vital reside en cortarse un dedo con un cuchillo de matarife infectado y cuyo desenlace consiste en una caja de pino y una tumba de pobre? Aunque pueda ser tan doloroso morir de envenenamiento de la sangre como a consecuencia de los golpes, la imagen de unos perros de caza desgarrando a alguien hasta la muerte sugiere un destino más clemente que aquél al que se enfrentan cada año miles de personas de Packingtown: ser presa de la más amarga pobreza, estar mal vestido, en una casa infecta, debilitado por el hambre, el frío y las inclemencias del tiempo, derribado por la enfermedad o los accidentes laborales… Después de esto, estar a la espera de que el flaco lobo del hambre se acerque arrastrando para roerte el corazón y destruir los cuerpos y almas de tu mujer y tus hijos.

Entonces le llegó el turno al viejo Antanas. Llegó el invierno. El lugar donde trabajaba era un sótano oscuro sin caldear, donde todo el día uno podía ver el propio aliento en el aire, y donde los dedos se quedaban yertos de frío. De ahí que la tos del pobre viejo se hiciera cada vez más fuerte, hasta llegar al extremo de que su presencia resultase ingrata. Le ocurrió algo más terrible aún: trabajando en un sitio donde el suelo estaba impregnado de productos químicos, al poco tiempo éstos le habían destrozado sus botas nuevas. Al poco, los pies se le cubrieron de llagas que cada día presentaban mayor extensión y peor aspecto. Él no sabía si era

que su sangre estaba ya mal o si se habría cortado; pero, habiendo preguntado a los demás obreros, éstos contestaron que aquello era una cosa corriente. Es el salitre, le dijeron. Más pronto o más tarde todos pasaban por ello y, entonces, no había más remedio que dejar aquel trabajo. Las llagas nunca se cicatrizaban y, si no se abandonaba el puesto, los dedos de los pies acababan por caerse. Pero el viejo Antanas no quería marcharse en modo alguno. Veía las penalidades que pasaba su familia y recordaba cuánto le había costado encontrar trabajo. En consecuencia, se vendó los pies y, renqueante, siguió trabajando y tosiendo hasta que al fin cayó como un edificio que se desmorona. Sus compañeros de taller lo trasladaron a un lugar seco y lo tendieron en el suelo. Aquella noche otros dos obreros lo llevaron a su casa. Se le acostó en seguida; y aunque todas las mañanas él trataba de levantarse, no pudo ya volver a ponerse en pie. No tuvo, pues, más remedio que permanecer en cama tosiendo día y noche sin cesar, consumiéndose rápidamente, hasta convertirse en un saco de huesos. Llegó un momento en que le quedaba tan poca carne que los huesos comenzaron a perforarle la piel. Era un espectáculo terrible; ya el mero hecho de pensar en ello resultaba espantoso. Una noche tuvo un síncope, con un vómito de sangre. La familia, loca de miedo, mandó a buscar a un médico y pagó medio dólar solamente para escuchar que no podía hacerse nada. El doctor, compasivo, no dijo esto al alcance del oído del enfermo, que seguía alimentando la esperanza de que al día siguiente estaría mejor y podría volver al trabajo. La compañía que le daba ocupación había mandado un recado diciendo que se le conservaría su puesto; o más bien, Jurgis había pagado a un obrero especialmente para que un domingo por la tarde fuese a decirlo. Diedas Antanas lo creyó de buena fe y así hizo frente a tres nuevas hemorragias. Hasta que, al fin, una mañana lo encontraron muerto en su lecho, rígido y frío. Las cosas no iban bien para la familia y, aunque a Teta Elzbieta le costase un terrible disgusto, no tuvieron más remedio que prescindir de la mayor parte de las ceremonias habituales en un funeral. Se limitaron a pagar un carro fúnebre, y un coche de alquiler para las mujeres y los niños que fueran acompañando al cadáver. Jurgis, que aprendía rápido, empleó el domingo en contratar los vehículos, haciéndolo en presencia de testigos; de suerte que, cuando el agente

quiso, después, cobrarle una infinidad de gastos extraordinarios, logró zafarse del tipo. Durante veinticinco años el viejo Antanas Rudkos y su hijo habían vivido juntos en los bosques de su país y era triste separarse de aquel modo. Por eso, tal vez no vino mal que el joven tuviese que centrar toda su atención en la penosa tarea de organizar un funeral que no les arruinara. De otra manera se hubiese abandonado a sus penas y a los tristes recuerdos.

Vino, por fin, lo más crudo del invierno. En los bosques, durante el verano, las ramas de los árboles luchan por la luz; algunas son vencidas y mueren. Entonces vienen los vendavales, las tormentas de nieve y de granizo y el suelo se llena de los restos de esas ramas más débiles. Lo mismo sucedía en Packingtown. Entre la población se libraba una batalla mortal, y aquéllos cuya última hora había sonado caían por centenares. Durante todo el año habían servido como piezas en la inmensa máquina destinada a la preparación de la carne o en sus accesorios; pero había llegado el tiempo de renovar las piezas dañadas o inservibles para el trabajo y reemplazarlas por otras nuevas. La gripe y la pulmonía se presentaban allí haciendo estragos, buscando las constituciones más débiles. Después, la muerte hacía su recolección anual entre los afectados de tuberculosis. Vientos crueles, fríos, penetrantes; trombas de nieve y descensos de temperatura tremendos azotaban sin cesar los músculos debilitados y la sangre empobrecida. Más tarde o más temprano, los que no podían resistir no se presentaban al trabajo; y entonces, sin pérdida de tiempo, sin hacer averiguaciones de ninguna clase, sin la menor muestra de sentimiento, se les reemplazaba por gente nueva.

Obreros nuevos los había a millares. Durante todo el día, las puertas de las fábricas se hallaban sitiadas por hombres medio muertos de hambre y completamente faltos de recursos. Acudían por miles todas las mañanas, luchando entre sí por la más pequeña probabilidad de ganarse la vida. Ni las tormentas de nieve, ni las heladas más intensas parecían tener influencia sobre ellos, porque siempre estaban allí, a las puertas, dos horas antes de amanecer, una hora antes de que empezase el trabajo. Algunas veces se les helaba la cara, otras, los pies y las manos, a veces se congelaban enteros; pero la masa de pretendientes continuaba afluyendo, porque no tenían otro sitio a donde ir. Un día Anderson anunció en

los periódicos que necesitaba doscientos hombres para cortar hielo; durante toda aquella jornada, todos los seres de la jungla que carecían de pan y de abrigo llegaron trabajosamente, a través de la nieve, hacia los establecimientos de Anderson desde los cuatro costados de una ciudad de casi doscientas cincuenta millas de superficie. Por la noche, más de ochocientas almas llenaban ya el puesto de policía de los mataderos. Las salas quedaron atestadas, durmiendo unos en el regazo de los otros, apilados en los corredores y llenando las escaleras. La policía tuvo, por último, que cerrar las puertas y dejar que muchos se murieran de frío en la calle. A la mañana siguiente, antes de despuntar el alba, ya había más de tres mil hombres ante las puertas de Anderson. Fue preciso llamar a las reservas de policía para prevenir desórdenes. Los capataces de Anderson eligieron entonces a veinte de los más vigorosos. Lo de doscientos había sido un error de imprenta.

El lago Michigan se encuentra a cuatro o cinco millas al Este del barrio de los mataderos; sobre él, los vientos helados del norte soplan con furia. Muchas veces, durante la noche, el termómetro desciende a diez, quince o veinte grados bajo cero; por la mañana, las calles Se encuentran obstruidas por masas de nieve que alcanzan, a veces, hasta las ventanas de los primeros pisos. Además, las calles por donde la mayor parte de los obreros tienen que pasar para ir al trabajo están a medio urbanizar, sin empedrado y llenas por todas partes de baches y socavones. En verano, cuando la lluvia cae a mares, el obrero, para llegar a su casa, tiene algunas veces que atravesar parajes con el agua hasta la cintura. Pero, en invierno, pasar por los mismos sitios antes de amanecer o después de cerrar la noche no es cosa que pueda tomarse a la ligera. Podían, tratando de abrigarse, echarse encima cuantas ropas poseyeran; pero contra lo que no hay abrigo es contra la fatiga, y muchos hombres, en la lucha contra la nieve, caían rendidos y se dormían sobre el suelo helado.

Si el camino resultaba tan pesado para los hombres, cualquiera puede imaginarse lo que suponía para las mujeres y los niños. Algunos montaban en los tranvías cuando éstos circulaban, pero cuando se gana solamente cinco centavos por hora, como le pasaba al pequeño Stanislovas, no está uno dispuesto a gastarse otro tanto en un viaje de dos millas. Por eso se veía llegar a los muchachos a

los mataderos envueltos completamente en mantones, de tal manera que no era posible reconocerlos. Y, además, siempre ocurrían accidentes. Una crudísima mañana de febrero, el muchachuelo que trabajaba con Stanislovas en la máquina de enlatar manteca llegó con una hora de retraso y llorando de dolor. Le quitaron el embozo y un hombre se dispuso a frotarle fuertemente las orejas, pero como éstas se hallaban completamente congeladas, a las dos o tres fricciones, se le cayeron de raíz. El joven se cayó al suelo y comenzó a dar vueltas en su agonía. El resultado fue que el pobre Stanislovas, horrorizado por el hecho, cogió un miedo al frío que casi rayaba en la locura. Todas las mañanas, cuando llegaba la hora de ponerse en camino a los mataderos, comenzaba a llorar y a protestar. Nadie conseguía hacerle reaccionar, porque las amenazas no le hacían efecto alguno. Nada podía vencer su terror y la familia temía algunas veces que le entrasen convulsiones. Por último, hubo que decidir que todos los días marcharía con Jurgis y que volvería también con él. Muchas veces, cuando la nieve estaba muy alta, Jurgis llevaba al muchacho a cuestas todo el camino. Otras veces, cuando Jurgis se quedaba trabajando hasta muy entrada la noche, la situación era horrible, porque el chico no tenía sitio donde esperar, como no fuese en los portales, o en algún rincón de las naves del matadero, donde, muerto de sueño, corría el riesgo de quedarse helado.

Las naves de los mataderos no estaban caldeadas y los obreros que trabajaban allí no se encontraban mejor que a la intemperie, durante todo el invierno. En realidad, no había calor en ninguna sección de la fábrica, excepto en las salas de cocción. Los empleados de los cocederos, sin embargo, eran los que estaban expuestos a mayores riesgos, pues con mucha frecuencia tenían que pasar de unas salas a otras por corredores fríos como el hielo, no llevando sobre el pecho más abrigo que una camiseta sin mangas. En verano las salas de congelación resultaban lugares mortales, por el reumatismo y esa clase de enfermedades, pero cuando llegaba el invierno los trabajadores envidiaban a quienes desempeñaban allí su tarea: al menos las salas de congelación mantenían una temperatura regular y allí uno se moría congelado. En el *killing floor* se corría un serio riesgo de congelación, si, por algún motivo, la cuadrilla tenía que parar un rato. Los obreros se veían con

frecuencia expuestos a que la sangre les empapase la cara, las manos, todo el cuerpo. Esta sangre se helaba en seguida. Si el individuo, con las manos embadurnadas por la sangre reciente, se apoyaba contra un muro, el líquido, al solidificarse, le dejaba la mano pegada a la pared. Si se tocaba la hoja de un cuchillo, se corría el riesgo de dejar allí adherido un trozo de piel. Para proteger los pies contra el frío los obreros se los envolvían en periódicos o en sacos viejos. Éstos se empapaban en sangre que se helaba y como la operación se estaba repitiendo constantemente durante toda la jornada, se iban acumulando, unas sobre otras, capas de sangre congelada, de forma que, por la tarde, los obreros se movían sobre enormes coágulos que parecían patas de elefante. De cuando en cuando, si los capataces no lo veían, los operarios metían los pies, hasta el tobillo, en los troncos humeantes de las reses recién sacrificadas o cruzaban la nave a la carrera para exponerse a los chorros de agua hirviendo empleada para lavar y escaldar las reses. Lo más cruel era que la mayor parte de ellos, sobre todo los que tenían que manejar cuchillos, no podían usar guantes; por lo cual, como es de imaginar, los antebrazos se les amorataban y las manos les quedaban yertas de frío, y eso daba lugar a un sinfín de accidentes. La atmósfera era tan opaca, debido a los vapores del agua y la sangre caliente, que a cinco pasos alrededor no se distinguían ya los objetos. Y con los operarios corriendo de un lado a otro con la febril actividad que los agitaba, provistos todos ellos de cuchillos de carnicero, cortantes como navajas de afeitar, era milagroso que no resultasen muertos tantos hombres como animales.

Sin embargo, aún hubieran podido soportar todos estos inconvenientes de haber disfrutado de algo tan sencillo como un lugar para comer al mediodía. No hacía mucho tiempo que uno de los señores de Packingtown había dicho en un banquete que no valía la pena pagar más dinero a los trabajadores de los mataderos, ya que todo iría a parar a los dueños de los bares. Este caballero y sus socios se habían construido un cenador privado y para sus directivos y empleados de oficina un gran comedor, donde se podía conseguir la mejor comida que había en la ciudad. En cambio a los cinco o seis mil hombres que trabajaban para ellos con sus manos ni siquiera les habían suministrado un banco para sentarse. Cuando,

por ejemplo, Jurgis había trabajado desde las siete a las doce para que este caballero retórico aumentara su capital, se le invitaba a despachar su almuerzo en el *killing floor*, en medio del insoportable hedor que le rodeaba. Otra posibilidad era salir y sentarse en las escaleras, donde el frío era más intenso. También podía salir a la calle, donde estaban a bajo cero y nevando. Por último, podía correr a la calle, como sus compañeros, a una de las centenares de tabernas que le recibirían con los brazos abiertos. Al oeste de los mataderos corre la avenida Ashland, y en ella se ve una hilera infinita de tabernas. «Avenida Whisky» era como llamaban a aquella vía en cuya parte norte se encuentra la calle 47, donde hay, por lo menos, seis tabernas en cada manzana. La esquina recibía el nombre de «Encrucijada del Whisky» y allí, en un espacio de quince a veinte acres, se daban, además de una fábrica de cola, más de doscientas tabernas. No se necesitaba andar muchos pasos para poder elegir: «Plato del día: Puré de guisantes y col cocida. Todo caliente», «Estofado de vaca», *«Sauerkraut* y salchichas de Frankfurt calientes. Le estamos esperando», «Sopa de judías y guiso de cordero. Bienvenido». Todo esto en muchos idiomas, así como el nombre de los establecimientos, cuya variedad y aspecto era infinita. Se podía encontrar, por ejemplo: *El círculo familiar*, *El rincón confortable*, *El fuego del hogar*, *El palacio del placer*, *El país de las maravillas*. Ningún lugar resultaba lejano: había una *Cabaña del tío Tom* y un *Tivoli*. Nada era demasiado maravilloso, allí estaba *El castillo del sueño*, *Las tierras de la música* y *Los encantos del amor*. Incluso había un garito llamado *La gloria* y otro *La visión*. Pero, cualquiera que fuese el nombre del establecimiento, todos ellos eran, además, locales de asociaciones obreras y su intención era dar una bienvenida a los trabajadores. En todos ellos había una estufa siempre encendida, una silla cerca de ella y amigos con quienes charlar y reír. No se exigía, para disfrutar de estas cosas, más que una sola condición: era preciso beber algo. Al individuo que entraba en cualquiera de estos sitios sin ánimo de beber se le expulsaba en el acto; y si, aun habiendo consumido, no se marchaba muy deprisa, corría el riesgo de que le abriesen la cabeza de un botellazo. Pero todos los obreros aceptaban esta convención y bebían. De esta manera, aún se consideraban beneficiados; pues al pagar una copa tenían derecho, no sólo al

calor de la estufa, sino a un plato gratis de comida caliente. Pero en la práctica, la cosa no solía funcionar así, ya que nunca faltaba un amigo que le ofreciese a uno una copa y a quien había que corresponder invitándole, luego, a otra. Llegaban después nuevos conocidos y… ¡qué diablos; un par de vasos es el mínimo que puede permitirse un hombre que trabaja como una fiera! Al volver a los talleres el obrero se encontraba más entonado, no tiritaba de frío como antes, ejecutaba su labor con más ardor y no le afligía tanto la terrible monotonía del trabajo; mientras desempeñaba su obligación, se le ocurrían ideas de modo que consideraba sus circunstancias de modo más favorable. Pero, al regresar a su casa, el frío volvía a caer sobre él y obligaba al obrero a detenerse dos o tres veces en su camino para echar un trago y defenderse de la helada. Como a aquellas horas encuentra también en la taberna un plato caliente, podía ser que el jornalero llegase tarde para cenar en casa o incluso que no apareciese por ella en toda la noche. Entonces, podía ocurrir que su mujer saliese a buscarlo y, aterida de frío, tuviese también que refugiarse en la taberna. Con frecuencia la mujer llevaría consigo a sus hijos… Y de esta forma toda una familia se ve arrastrada a la bebida como son arrastradas las aguas de un río curso abajo. Como para propiciar este estado de cosas, los fabricantes pagaban a sus obreros no en metálico, sino en cheques. Ahora bien, ¿en dónde se puede hacer efectivo un cheque en todo Packingtown con más comodidad que en la taberna? Pero luego hay que corresponder a este favor haciéndole otro al tabernero: un poco de consumo.

De todas estas tentaciones se libró Jurgis gracias a Ona. Nunca quiso tomar más de una copa a mediodía y eso le hizo adquirir fama de mal compañero. En las tabernas no le miraban demasiado bien y se veía obligado a cambiar de establecimiento con frecuencia. Por la noche siempre iba derecho a casa, no sin antes haber recogido a Ona y a Stanislovas; a ella para dejarla en el tranvía rumbo a casa. Una vez que llegaba al hogar, muchas veces se veía obligado a salir de nuevo, recorrer trabajosamente una distancia de varias manzanas y volver, a través de la nieve, con un saco de carbón a la espalda. La casa no ofrecía muchos atractivos, por lo menos durante aquel invierno. No habían podido comprar más que una estufa y era tan pequeña que no bastaba ni para

caldear la cocina los días más inclementes. Esto resultaba muy penoso para Teta Elzbieta durante todo el día y para los pequeños, cuando no podían ir a la escuela. Por la noche toda la familia se sentaba alrededor de la estufa, apretándose unos contra otros y tomaban la cena sobre las rodillas. Después, Jurgis y Jonas fumaban su pipa y, concluida ésta, todos se arrebujaban en la cama para entrar en calor. Antes, y a fin de economizar carbón, apagaban la estufa. El frío les hizo pasar muy malos ratos. Se acostaban vestidos y hasta con los abrigos puestos, echándose además encima todas las ropas de que podían disponer. Los niños dormían todos juntos en la misma cama y, aun así, no podían entrar en calor. Los que estaban en las orillas temblaban de frío, lloraban y procuraban saltar por encima de los otros para ponerse en medio. Esto originaba verdaderos altercados. Aquella vieja casa, armada con maderos rezumantes, era bien distinta de las cabañas de su país, en las que los muros eran muy gruesos y estaban protegidos con espesas capas de adobe tanto por fuera como por dentro. En cambio, en la casucha de Packingtown el frío entraba como un ente, como un demonio cuya presencia se hacía sentir en todas las habitaciones. Si se despertaban en medio de la noche, cuando todo estaba en tinieblas, les parecía oír al exterior los mugidos del frío, o bien se sentían rodeados de un silencio mortal y de una atmósfera completamente helada y esto aún era peor. Sentían el frío penetrar a través de las rendijas y de las grietas, tocarles con sus dedos helados, portadores de la muerte. Entonces temblaban, se encogían, se esforzaban por agazaparse entre las ropas. ¡Todo era en vano! El frío se aproximaba, se acercaba sin cesar, fantasma odioso, espectro horrible, nacido en las tenebrosas cavernas del terror; poder cósmico primitivo destinado a ocultar en las tinieblas los tormentos de las almas perdidas y arrojadas al caos y a la destrucción. Era una angustia terrible. Hora tras hora resistían y luchaban bajo aquella garra inexorable, pero solos, completamente solos. Nadie les escucharía si gritasen, nadie les socorrería ni se compadecería de ellos. Y esto duraba toda la larguísima noche, hasta el amanecer. Entonces se levantaban para comenzar otra jornada de trabajo, un poco más debilitados, un poco más cerca del momento en que no pudieran aguantar más sacudidas y terminaran por caer.

Capítulo VIII

A pesar de todo, durante la primera parte del invierno, nuestros amigos trabajaron duro y, si no hubiera sido por los gastos domésticos, hubieran podido hacerse con una pequeña suma de dinero. Siempre tenían algo que comprar, contingencias imprevistas. Una vez las cañerías se congelaron y reventaron y cuando, en su ignorancia, las calentaron para descongelarlas, se produjo una inundación en la casa. Esto sucedió cuando los hombres estaban fuera de casa y la pobre Teta Elzbieta salió corriendo a la calle en busca de ayuda, ya que no sabía siquiera si se podía detener la inundación o si ya estaban arruinados de por vida. Estaban más cerca de la segunda opción: al final, el fontanero les costó setenta y cinco centavos la hora y otros setenta y cinco para un ayudante que no hizo más que quedarse de pie mirándole. La factura, por supuesto, incluía todo el tiempo que habían estado entrando y saliendo y además se les cargaba con toda clase de materiales y extras. Además, cuando fueron a pagar la mensualidad de enero, entraron en un estado de pánico cuando el agente inmobiliario les preguntó si tenían la casa asegurada. En respuesta a su pregunta, les mostró una cláusula del contrato en la que tenían que asegurar la casa por cien dólares, tan pronto como la póliza que estaba vigente expirase, lo que sucedería en unos pocos días. El golpe cayó como un mazazo sobre la pobre Teta Elzbieta que preguntó entonces a cuánto ascendía el seguro. Siete dólares fue la respuesta. Por la noche apareció Jurgis, con el ceño fruncido y sin ambages, y le preguntó al agente que si era capaz de informarle, de una vez por todas, de todos los gastos que les iban a afectar. El

contrato ya estaba firmado, señaló Jurgis, con ese sarcasmo típico del nuevo estilo de vida que había aprendido; el contrato ya está firmado, de modo que el agente no ganaba nada con quedarse callado. Mientras hablaba, Jurgis le miraba fijamente a los ojos, de modo que el agente no perdió tiempo en protestas y le leyó el contrato. Ellos tendrían que renovar el seguro anualmente; tendrían que pagar los impuestos, diez dólares al año; tendrían que pagar el impuesto del agua, más o menos seis dólares anuales: Jurgis decidió en silencio cerrar la llave de paso. Esto, además de los intereses y de las cuotas mensuales serían todos los gastos, a menos que la ciudad decidiera abrir una alcantarilla o poner una acera en la calle. Así eran las cosas, dijo el agente: no importaba si las querían o no, era la ciudad quien decidía. La alcantarilla les costaría veinticinco dólares y la acera: quince si era de madera y veinticinco, si era de cemento.

Jurgis regresó a casa: al menos era un alivio saber qué era lo peor que podía pasar, así no habría sorpresas. Se dio cuenta de cómo les habían saqueado, pero ya estaban dentro y no había vuelta atrás. Sólo quedaba la posibilidad de continuar adelante, pelear y ganar, ya que la derrota era algo impensable.

Poco a poco estaban logrando devolver el préstamo a Jonas y a Marija, aunque la última, con su gran e irracional corazón, se gastaba buena parte del dinero en cosas que ella veía que necesitaban. Marija era la capitalista del grupo, ya que se había convertido en una experta pintora de etiquetas. Se sacaba catorce centavos por cada una de las ciento diez latas que pintaba: era capaz de pintar más de dos latas por minuto y ganaba una suma considerable todas las semanas. Marija sintió, por decirlo de algún modo, que estaba al mando y el vecindario resonaba con sus alegres canciones.

Aunque sus amigos sacudían las cabezas en señal de desaprobación y le aconsejaban que fuera más despacio, no podían con ella y, por tanto, cuando llegó el golpe, el estado de pena en que quedó Marija resultaba descorazonador. La conservera en la que trabajaba cerró, lo que para Marija era semejante a que el mismo sol hubiera echado el cierre: la gran fábrica era algo semejante a los planetas y las estaciones. Y ahora estaba cerrada. Ni siquiera les habían avisado el día antes, no les habían dado

explicación alguna: sólo un anuncio, un sábado, de que todos los trabajos hechos se pagarían ese sábado por la tarde y que no se retomaría el trabajo hasta, al menos, el mes siguiente. Eso era todo.

Era el fin de la temporada, le dijeron las compañeras, en respuesta a las preguntas de Marija. Siempre después había un parón. A veces se recomenzaba el trabajo a media jornada al poco, pero nunca se podía saber: una vez había estado cerrada hasta el verano. Las perspectivas no eran muy alentadoras, ya que los transportistas que trabajaban en los almacenes les habían contado que había cajas de latas apiladas hasta los techos, de modo que la compañía no había podido encontrar salida a una nueva producción semanal. Habían dejado sin tarea a tres cuartas partes de los trabajadores de los almacenes, lo que era signo de que la situación era grave, dado que eso significaba que no había órdenes que cumplir. Era todo un timo, lo de pintar latas, decían las muchachas: una se volvía loca porque se embolsaba doce o catorce dólares por semana y lograba ahorra la mitad, pero luego te lo gastabas todo en sobrevivir mientras que no había trabajo, de modo que realmente se estaba cobrando la mitad de dinero de lo que pensaba.

Marija volvió a casa y, dado que era una persona incapaz de descansar sin entrar en combustión espontánea, puso a todo el mundo a hacer limpieza y luego se pateó Packingtown en busca de un trabajo que rellenara el hueco. Como la mayor parte de las fábricas de conservas estaban cerradas y todas las chicas estarían buscando trabajo, era bastante comprensible que Marija no lo encontrara. Luego probó en tiendas y tabernas y, al no haber nada, fue más lejos, cerca del lago, hasta las regiones remotas en las que habitan los ricos en sus espléndidas mansiones y preguntó por algún trabajo que pudiera hacer alguien que no sabía inglés. A Marija le resultaba difícil entender cómo en una ciudad tan grande no había tarea que pudieran desempeñar sus robustos brazos.

También los hombres del matadero sintieron los efectos de la caída del mercado que había dejado a Marija en la calle, pero de otro modo, un modo que hizo que Jurgis comprendiera de una vez por todos la amargura de los trabajadores. Los grandes conserveros no cierran del modo en que lo hacen las pequeñas fábricas de latas, ellos empiezan a dar cada vez menos horas de trabajo. Si hubieran querido hacer saber al mundo que para ellos todos sus empleados

valían menos que uno solo de los animales que mataban, no hubieran podido hacerlo mejor.

Obligaban siempre a sus operarios a presentarse en los mataderos a las siete de la mañana, dispuestos a trabajar aunque casi nunca hubiera nada que hacer hasta que los compradores no comenzaban sus operaciones y parte del ganado había salido de los rediles en dirección a las naves. De este modo, en tiempo ordinario, los obreros del matadero tenían que esperar algunas veces hasta las diez o las once del día antes de empezar su labor, y esto era ya bastante penoso; pero, en la época de recesión productiva, los mismos obreros permanecían ociosos hasta muy avanzada la tarde: de todos modos tenían que estar en el *killing floor* a las siete de la mañana. Por esta causa se veían obligados a esperar cruzados de brazos y paseando de un lado a otro, pero sin poder abandonar el local, en aquellas naves abiertas por todas partes y a una temperatura que alcanzaba a veces veinte grados bajo cero. Al principio de la jornada se les veía correr de un extremo a otro, o jaraneando entre sí para entrar en calor; pero, hacia el final del día, el frío los había penetrado por completo y se hallaban entumecidos; de manera que, cuando por fin llegaba algún ganado, estaban tan ateridos que el menor movimiento les causaba terribles dolores. Y entonces, de repente, el establecimiento recobraba toda su actividad y comenzaba el implacable «dadle caña».

Había semanas en que Jurgis volvía a su casa sin otras ganancias que dos horas de trabajo, lo cual suponía un salario de unos treinta y cinco centavos; otros días no había trabajado más de media hora, y, al final, días en que el trabajo faltó por completo. El término medio era, en general, de seis horas por día, lo cual representaba seis dólares por semana. Para esas seis horas de trabajo había que esperar en el *killing floor* desde el amanecer hasta la una, y a veces hasta las dos y hasta las tres de la tarde. No era raro, tampoco, ver llegar al fin de la jornada una gran cantidad de ganado, que había que sacrificar y preparar antes de que los obreros se retirasen a sus casas, trabajando con frecuencia con luz eléctrica hasta las nueve o las diez, y a veces hasta pasada medianoche, sin un instante de descanso ni para tomar un bocado. Jurgis intentó enterarse de por qué sucedía todo esto, pero los trabajadores apenas tenían ideas vagas al respecto. Lo que sí sabían era que estaban a merced del

ganado. Los compradores esperaban hasta el último momento para obtener precios más ventajosos. Si lograban asustar a los vendedores y hacerles creer que aquel día no tenían intención de comprar, conseguían imponerles sus condiciones. El precio del forraje dentro de los mataderos era, no se sabe por qué razón, mucho más elevado que el corriente en el mercado y los ganaderos tenían prohibido llevar forraje de fuera. Además, muchos trenes llegaban con enormes retrasos por estar las vías colapsadas por la nieve y los patronos hacían sus operaciones de compra la misma tarde o noche en que llegaba el ganado para conseguirlo más barato. Entonces aplicaban su regla inflexible, según la cual todas las reses debían ser sacrificadas el mismo día en que se habían comprado. Era inútil protestar por esto. Los obreros habían enviado, una tras otra, comisiones a los patronos y éstos siempre respondían lo mismo: que aquello era una regla establecida y que no había la más remota probabilidad de que pudiera alterarse. Todos los que trabajaban para ellos tenían que quedarse y trabajar, fuera de horario o cuando fuese, no importaba la hora. Domingos y festivos, todos los días eran iguales: a Jurgis se le podía necesitar en cualquier momento. Así sucedió que, en Nochebuena, Jurgis estuvo trabajando hasta la una de la madrugada, y al día siguiente, Navidad, tuvo que presentarse en el *killing floor* a las siete de la mañana.

Todo esto era un infierno para los hombres, pero no era lo peor; porque, después de ejecutar un trabajo tan tremendo, los obreros sólo eran pagados por una parte de él. Jurgis había sido de los que se mofaban de la idea de que en tan vastos establecimientos se engañase y se explotase a los empleados; pero pudo, al fin y al cabo, convencerse de la amarga ironía del hecho. Precisamente su magnitud era lo que permitía a los patronos realizar sus abusos tan impunemente. Jurgis veía con sus propios ojos el engaño y que lo hacían constante y sistemáticamente, en todo momento y en cualquier lugar: cualquier cosa era susceptible de generar ganancias. Precisamente si habían hecho fortuna era porque se habían dado cuenta de que cualquier cosa podía ser una fuente de ingresos, por pequeña que fuera siempre se sacaba un millón más de otros lados. Una de las reglas en los mataderos establecía que por un minuto de retraso se rebajaba a un obrero una hora de salario.

Este método era muy rentable, porque no se permitía a los operarios permanecer con los brazos cruzados, sino que se les obligaba a trabajar el tiempo de la penalización. Se contaba que Charles Lamb, cuando le amonestaron por llegar tarde al trabajo, dijo que realmente había salido pronto. Por otra parte, si un obrero comenzaba a trabajar con anticipación, no recibía por ello suplemento alguno; y era corriente que los capataces dispusiesen las brigadas para el trabajo diez o quince minutos antes de sonar el silbato. El mismo sistema se seguía hasta el fin de la jornada. No se pagaban fracciones de hora. Un obrero podía, de este modo, trabajar otros cincuenta minutos sin ninguna retribución, si faltaba trabajo para completar una hora. De esta forma, al final de cada jornada se establecía una verdadera batalla entre los capataces y los obreros: éstos, haciendo toda clase de esfuerzos por alargar el trabajo y aquéllos apretando para acelerar la labor. Se podía contar esta historia a la mayoría de la gente y ellos lo verían como un invento de la imaginación, pero era una constante diaria en la vida de Jurgis y la amargura iba corroyendo su alma día tras día. Jurgis culpaba a los capataces, pero lo cierto es que ellos no eran siempre culpables, pues los patronos los tenían aterrorizados con la amenaza constante de perder su puesto. Y cuando alguno de ellos se veía en riesgo de no llegar al mínimo de trabajo exigido, nada más sencillo que forzar a los obreros para que trabajasen un poco «para la Iglesia». Ésta era una broma feroz, que tuvieron necesidad de explicar a Jurgis sus compañeros. Todos estos hombres leían los periódicos y mientras que sabían que Anderson, Smith y el resto de los empresarios alimentaban su dinero como si fuera un cerdo, también sabían que otros grandes industriales estaban haciendo picadillo a sus trabajadores según esta misma y horrible lógica sistemática, e incluso tenían tiempo para presentarse como filántropos y benefactores públicos, cubriendo los gastos que suponían bibliotecas, hospitales e iglesias. Por esta razón, siempre que los obreros hacían algún trabajo antes del horario o cuando se quedaban media hora más para terminar con un rebaño de vacas, se miraban unos a otros guiñando el ojo y decían: «Esto es para la biblioteca» o «Ahora estamos pagando la Iglesia».

Cabe señalar que en todo este asunto los empresarios estaban perfectamente en su derecho de hacerlo así. Mentir y engañar son

parte del privilegio fundamental del modo en que un hombre de negocios maneja sus negocios: la solución es dejarlo solo. Jurgis, por ejemplo, vive ahora en un país libre y comparte los privilegios que allí se dan. Si no le gusta el modo en que se hacen las cosas en Smith's, tiene toda la libertad de marcharse donde quiera. Podría irse a Anderson's y, cuando se diera cuenta de que tanto Smith como Anderson, como el resto de empresarios de la carne de Chicago, se habían puesto de acuerdo en las condiciones de trabajo de sus empleados, es su derecho coger a su familia, pagar cien o doscientos dólares por unos billetes de tren y marcharse a Nueva York, a San Luis, a Kansas City o a Omaha, donde encontraría otras empresas del ramo. Cuando se enterara de que estas empresas pertenecen también a Smith o a Anderson y que operan con la misma injusticia, podría también marcharse al campo, a las praderas cubiertas de nieve de la tierra de la libertad, echarse en ellas y morirse allí en paz, con la conciencia tranquila por no ser esclavo de nadie. Que no lo hiciera y siguiera trabajando en Smith's, aceptando el salario que allí quisieran darle, significaba que no era un americano, alguien nacido libre, sino un extranjero pobre e ignorante.

No obstante, el sentido de la justicia no estaba del todo muerto en su interior y su odio iba creciendo con los días. Una de las consecuencias de todo esto fue que Jurgis ya no manifestaba ninguna perplejidad cuando oía a sus compañeros hablar de la lucha por sus derechos. Ahora se sentía ya dispuesto a unirse a la lucha; y cuando el delegado irlandés de la Asociación de Ayuda a los Carniceros fue a verle por segunda vez, Jurgis lo recibió en una actitud muy diferente. Ahora a Jurgis le parecía una idea maravillosa que los obreros, uniéndose y entendiéndose, pudiesen llegar a resistir y vencer a sus patronos. A Jurgis le hubiese gustado saber quién había preconizado aquella idea. Cuando se le dijo que aquello era una cosa corriente en América, comenzó a entrever la significación de la frase «un país libre». El delegado irlandés le explicó que el éxito dependía de que todos los obreros se uniesen y tomasen parte en la organización; a lo cual Jurgis manifestó que

estaba dispuesto a contribuir con lo que le correspondiese. Antes de terminar el mes, cuatro de cada cinco individuos de la familia que trabajaban tenían sus tarjetas de asociados —excepto Stanislovas, porque la idea de un sindicato de jóvenes trabajadores de la manteca era aún un inviable— y lucían orgullosamente sus insignias. Durante una semana no cabían en sí de felicidad pensando que pertenecer a una asociación significaría el término de todas sus zozobras.

Pero no habían pasado diez días de esto, cuando se cerró la fábrica donde Marija trabajaba y el golpe los dejó estupefactos. No podían comprender cómo la asociación no lo había impedido, y la primera vez que Marija asistió a una reunión de los asociados se levantó e hizo un discurso sobre el asunto. La reunión, que se celebraba en inglés, no era más que una junta para despachar asuntos corrientes. De las chicas que pintaban latas y que estaban en el sindicato probablemente sólo una entre veinte entendió una palabra del lituano. Marija no puso atención en ello y dijo cuanto quiso en su idioma nativo, sin que los campanillazos del presidente ni el tumulto y la confusión que levantó entre la concurrencia la inmutasen. Dejando aparte lo que a ella personalmente le afectaba, se manifestó enfurecida por la injusticia general con que se procedía contra los obreros, y dijo cuanto pensaba acerca de los patronos y acerca de un mundo y una sociedad donde tales cosas podían ocurrir. Aún retumbaban en el salón los ecos de su extraordinaria voz, cuando, ya desahogada, tomó asiento y comenzó a abanicarse. La sesión, entonces, recobró su curso normal, y se procedió a la elección de un secretario de juntas.

Jurgis tuvo también una aventura la primera vez que asistió a una reunión de esta clase, si bien no fue porque él la buscara. Él había acudido con el propósito de permanecer en un rincón y observar, sencillamente, lo que ocurría, pero su actitud silenciosa, la marcada atención con que seguía todos los detalles, hicieron que un individuo se fijase en él y que lo eligiese como víctima. Tommy Finnegan era un irlandés pequeño, de ojos grandes y vivos, de aspecto algo salvaje, rebelde por naturaleza y completamente chiflado. Hacía mucho tiempo que Tommy Finnegan había sufrido cierta extraña aventura que le había marcado y desde entonces no pensaba en otra cosa sino en explicar a cuantos encontraba lo que le

había sucedido. Cuando hablaba, cogía a su víctima por la solapa y aproximaba su rostro al de su oyente hasta casi tocarlo, lo cual era muy desagradable, porque tenía los dientes podridos. Jurgis no reparó en este detalle, porque le daba miedo aquel sujeto tan extraño. Tommy Finnegan tenía por tema favorito, el del funcionamiento de las inteligencias superiores y deseaba saber si Jurgis había pensado alguna vez que la representación de las cosas en su forma actual podría ser absolutamente inteligible en una esfera más elevada, porque, seguramente, el desarrollo trascendental de los fenómenos presentaba misterios maravillosos. Después, adoptando un tono confidencial, comenzó a referir algunos de sus descubrimientos personales.

—¿Has tenido alguna vez algo que ver con los espíritus? —preguntaba, mirando a Jurgis con un aire inquisitorial.

Jurgis sacudía vigorosamente la cabeza en señal de negación.

—No importa —continuaba el irlandés—. Su influencia no dejará por eso de obrar en ti. Esto es tan seguro como que te estoy hablando. Los espíritus que se refieren a las cosas que inmediatamente nos rodean son siempre los más poderosos. En mi juventud me fue concedido entrar en relación con los espíritus…

Y así continuó Tommy Finnegan explicando todo un sistema de filosofía, en tanto que el sudor le bañaba a Jurgis la frente. ¡Tan grande era su perplejidad y su desasosiego! Al fin, un obrero, viéndole en aquel conflicto, acudió en su socorro y lo libró del maníaco. Explicar a Jurgis lo ocurrido fue, sin embargo, algo más arduo, pues su salvador tardó en encontrar intérprete. De todas formas, ante el temor de que le atrapase de nuevo el irlandés, Jurgis estuvo todo el resto de la noche andando de un lugar a otro del salón.

A pesar de ello, no faltó en lo sucesivo a ninguna de las reuniones. Por aquel tiempo ya había aprendido algunas palabras de inglés, y los amigos lituanos le ayudaban a comprender los discursos. Estos encuentros resultaban a veces muy turbulentos, con media docena de oradores perorando a un tiempo y empleando otros tantos distintos dialectos ingleses; pero los que hablaban lo hacían con una sinceridad feroz. También Jurgis era sincero, porque comprendía que se trataba de una lucha, la suya propia. Desde que abriera los ojos a la realidad de su vida, había jurado no confiar en

nadie, como no fuera en las personas de su familia. Pero allí, en aquellas reuniones de obreros, descubrió hermanos de infortunio y verdaderos aliados. Habían entrado en batalla y habían perdido, heridos y ensangrentados, abatidos y pisoteados, su única salvación era la unión de todos ellos, con todo el fervor que da la desesperación. «¡Unámonos! ¡Permanezcamos juntos!» era su grito: hablaban sobre ello, lo soltaban a los cuatro vientos con el fervor de creyentes devotos. Era su única oportunidad y la lucha se convirtió en una especie de cruzada. Jurgis había pertenecido siempre a la Iglesia Católica, porque así debía ser, pero la religión no alcanzaba a su fuero íntimo. Esto lo dejaba para las mujeres. Ahora, sin embargo, se le presentaba una nueva religión que le conmovía, que le tocaba en todas las fibras de su corazón y, con todo el celo y el ardor de un recién convertido, se lanzó a conquistar prosélitos como un misionero. Había entre los lituanos muchos que no formaban parte de sindicatos obreros y con éstos era con los que discutía y peleaba, afanándose por mostrarles cuáles eran sus derechos y cuál debía ser su norma de conducta. Algunas veces sus oyentes se obstinaban en no ver claro y Jurgis no siempre tenía paciencia. Olvidaba que él mismo había estado ciego también hasta hacía poco tiempo, como les pasa a todos los cruzados que, desde siempre, han ido a extender el evangelio de la fraternidad por la fuerza de las armas.

Se estaba librando una batalla entre los sindicatos y los empresarios, una batalla que no tenía treguas. Día y noche se enfrentaban para conseguir un mínimo de ventaja y cada semana, en las asambleas, había nuevas informaciones que transmitir, así como anuncios de guerra y rumores que flotaban por el aire. Los trabajadores querían que los empresarios les pagaran en metálico, de modo que no tuvieran que depositar los cheques en las tabernas. Querían evitar, por otra parte, que se contratara a gente nueva, ahora que no había trabajo suficiente para aquellos que ya estaban empleados. Exigían que se abandonara la ley que hacía depender al trabajador del ganado: que se impusiera un límite a las horas extras, así como que se fijara una hora límite para trabajar. Reivindicaban, además, media hora para cenar cuando tuvieran que trabajar de noche y, lo más importante, poner freno a lo de «meter caña».

Los editores de los periódicos, los políticos, los presidentes de las

asociaciones de empresarios, las universidades y otros pilares del estado de las cosas estaban muy ocupados para transmitir al público informaciones continuas sobre estas reivindicaciones. «Limitación de la producción», lo llaman, y es el principal de los ataques sindicales. ¡En realidad lo que son es un hatajo de vagos que presumen de unidad y pretenden decirles a sus jefes cuánto es el trabajo que tienen que hacer por sus sueldos! ¡Lo que quieren es restringir la capacidad productiva de las fábricas y sumir al país en la ruina! ¡Lo que conseguirán es maniatar a la industria alimentaria de Chicago y hacer que la gente tenga que pagar más dinero por su comida! Eran muchas las cosas que esta gente pretendía, según querían hacer creer estos hombres sabios y poderosos: mas si uno es medianamente piadoso no podrá dejar de pensar que lo que los sindicatos estaban intentando hacer realmente era poner fin a un asesinato. Un asesinato que se escenificaba cada día en el *killing floor*, un asesinato sistemático, deliberado y cruel: no había otra palabra para definirlo y no se podía contar de otro modo. Allí se sacrificaban hombres al igual que se sacrificaba ganado: cortaban sus cuerpos y sus almas en piezas y los convertían en dólares y centavos. Jurgis habló con varios de los que trabajaban en la sala de embutidos y le contaron cómo en todo momento había peligro de dejarse un dedo en las máquinas de cortar y cómo cuando así sucedía paraban la máquina pero sólo durante un minuto. Si no podían encontrar el dedo, lo dejaban ahí y lo llamaban salchicha. Eso sí que es convertir a la gente en picadillo, está bien claro, aunque lo que más los convertía en picadillo era el sistema de «meterle caña» a los trabajadores. Un millar de demonios con látigos y hierros candentes no hubieran podido infundir más terror entre seres humanos o aguijonearlos para rendir más hasta la agonía: la rutina diaria de los tajos era mucho peor que eso, con espías y capataces vigilando por todas partes, gruñendo y gritando a hombres, mujeres y niños, maldiciéndolos, golpeándolos, escupiéndolos a veces. Mientras fuera de allí miles de hambrientos se peleaban y luchaban por tener una oportunidad. Cuando no podían aguantar más la espera, no podían sino caer derrumbados y arrastrarse hasta sus casas para morir.

CAPÍTULO IX

Para Jurgis una de las primeras consecuencias de su descubrimiento de las asociaciones de obreros fue el deseo de aprender inglés. Quería saber lo que pasaba en las reuniones, poder tomar parte en ellas. Así pues, comenzó a escuchar con atención cuanto oía, esforzándose por retener en la memoria el mayor número posible de palabras. Los muchachos, que iban a la escuela y aprendían más de prisa, le enseñaban algunas voces y un amigo le prestó un pequeño manual que Ona le leía. Jurgis, entonces, sintió en el alma el hecho de no haber aprendido a leer de niño, de modo que, cuando más tarde, en el curso del invierno, alguien le dijo que había escuelas nocturnas y gratuitas, fue a una de ellas y se inscribió. Después de esto, todos los días, al volver del trabajo, iba a la escuela siempre que podía, aunque no dispusiese nada más que de media hora. Allí le enseñaban a leer y a hablar inglés y le hubieran enseñado otras cosas de haber dispuesto de un poco más de tiempo. Le hubiera gustado que Ona le acompañara y se prometió a sí mismo que llegaría el día en que ella no tuviera que trabajar hasta caer rendida, sino que tuviera aún energías para ir con él a la escuela.

Además, el sindicato ejerció sobre él gran influencia en otro sentido, haciéndole que empezase a prestar atención a los asuntos del país. Éste fue el principio de su educación democrática. La asociación a la que pertenecía representaba, en definitiva, un Estado pequeño, una república en miniatura. Sus asuntos eran los asuntos de todos los miembros y cada uno de éstos tenía el derecho de expresarse al respecto. Todo hombre tenía derechos y el resto

tenía que respetarlos: si así lo hacían, las leyes se cumplían. Tan pronto como Jurgis llegó a entender este punto y acostumbrarse a ello, tenía un patrón que le servía para juzgar el Estado, el país en el que vivía, en el que las leyes no se cumplían y en el que un hombre, en cuanto que hombre, no valía nada.

En otros términos, en la asociación, Jurgis aprendió a conocer y a hablar de política. En el país de donde procedía no había política. Lituania es la unión de cinco provincias que pertenecen a Rusia [11] y Jurgis consideraba que el Gobierno era una calamidad de la misma naturaleza que el rayo o el granizo. Algo que estaba ahí, que había estado siempre y que continuaría por los siglos de los siglos, de modo que los hombres no podían hacer nada más que apartarse de su camino. «Esquiva, hermano, esquiva; todo pasa» era lo que decían los sabios ancianos del campo. Cuando Jurgis llegó a América supuso que en ese país sucedería lo mismo. Él había oído decir que América era un país libre, pero ¿qué significaba esto? En realidad encontró las cosas exactamente igual que en Rusia; es decir, que los ricos lo poseían todo, de modo que sólo se podía ganar uno la vida sirviéndoles. Y si no se conseguía un trabajo a su servicio, el hambre que empezaba a sentir ¿no era la misma en todas partes? Además había policías para vigilar que uno no robara y evitar que molestara. Rusia era el único lugar donde los policías eran amables y le llamaban a uno «hermano» mientras le empujaban. En América, en cambio, los policías eran como los cosacos. En los mataderos la mayoría de los policías eran de origen irlandés y consideraban que un eslavo era lo más bajo que había. Los insultaban y pateaban, los buscaban por las calles o irrumpían en sus casas, si les apetecía, y si protestaban, les abrían la cabeza a golpes. Si no aguantaba en silencio, lo llevaban a la comisaría y lo encerraban allí dos o tres días sin avisar a nadie de la detención. A menudo ni siquiera apuntaban su nombre en el registro de detenidos, para burlar la ley. Peor aún era si la cosa llegaba a los tribunales. Entonces le acusaban de todo lo que se les pasaba por la cabeza: desde embriaguez a robo. Cuando el detenido contaba su versión al juez, el intérprete decía que estaba confesando y pidiendo clemencia.

Cuando Jurgis llevaba trabajando unas tres semanas en Smith's,

se acercó a él, a la hora del descanso del mediodía, un hombre que trabajaba allí también como guarda de noche y le preguntó si no le agradaría naturalizarse y llegar a ser ciudadano americano. Jurgis no comprendía lo que eso significaba, y entonces, el otro le explicó las ventajas de aquella gestión. En primer lugar, no le costaba nada; además, tendría para el trámite medio día de asueto pagado; y, por último, cuando llegasen las elecciones, tendría derecho a votar y eso también tenía su valor. Jurgis, naturalmente, aceptó con mucho gusto; entonces el vigilante nocturno habló un poco con el capataz y el lituano recibió permiso para dejar el trabajo por el resto del día. Cuando, más tarde, necesitó un día de permiso para casarse, no pudo conseguirlo. ¿Qué poder había hecho que en aquella otra circunstancia le concediesen tan fácilmente el medio día libre, y pagándoselo además? ¡Dios lo sabría! Lo cierto es que en esa primera ocasión Jurgis salió del matadero con el guarda, el cual reclutó del mismo modo a otros extranjeros recién llegados: polacos, lituanos y eslovacos, y con todos ellos salió del establecimiento a cuyas puertas esperaba un gran furgón, tirado por cuatro caballos, en el que ya había otros quince o veinte individuos. Fue aquélla una ocasión magnífica de ver la ciudad. Además se divirtieron en grande, porque en el propio furgón la cerveza corrió abundantemente. Así se les condujo al centro, donde el vehículo se detuvo ante un imponente edificio todo de granito, en el cual vieron un empleado del Gobierno que les esperaba ya con todos los documentos dispuestos, a falta, sólo, de inscribir en ellos los nombres de los nuevos ciudadanos. Cada individuo, por turno, prestó un juramento del cual no comprendía una palabra y recibió un magnífico titulo adornado con un gran sello rojo, en el que iba estampado el escudo de los Estados Unidos. A partir de aquel momento, según se les explicó, cada uno de ellos era ciudadano de la República e igual al mismo Presidente.

Un mes o dos después, Jurgis volvió a entrevistarse con el mismo guarda, quien le indicó dónde debía de inscribirse para figurar en las listas electorales. Por último, cuando llegó el día de las elecciones, los patronos fijaron carteles, en sitios bien visibles de sus establecimientos, anunciando que los obreros que deseasen ir a votar tenían permiso para ausentarse de los mataderos hasta las nueve de la mañana. El mismo vigilante nocturno condujo entonces

a Jurgis y al resto del grupo a la trasera de una taberna, donde les enseñó cómo debían marcar su voto; dio a cada uno de ellos dos dólares y los acompañó al colegio electoral, donde un policía, encargado especialmente de aquel servicio, cuidaba de que el acto se celebrase con toda normalidad. Jurgis se sintió muy orgulloso de su buena fortuna, hasta que, por la noche, volvió a casa y habló con Jonas, que había sido más inteligente que él. Jonas había estado haciendo sus pesquisas y había hablado en privado con un agente electoral, ofreciéndose a votar tres veces por cuatro dólares, cosa que el agente había aceptado.

Más tarde, ya en el sindicato, le explicaron a Jurgis aquel misterio. Supo, entonces, que América se diferenciaba de Rusia en que el gobierno tenía forma democrática. Era menester que todos los que desempeñaban puestos oficiales y disfrutaban de los beneficios consiguientes fuesen primeramente elegidos por el pueblo. Había dos grupos rivales de aspirantes a dichos beneficios; grupos a los que se conocía con el nombre de partidos políticos: el que compraba más votos era el que conseguía el poder. Las elecciones, a veces, se presentaban muy reñidas y en esas ocasiones era cuando se recurría a la compra de votos. En los mataderos sólo sucedía con motivo de las elecciones nacionales o las del Estado de Illinois, ya que en las elecciones locales o municipales, el partido demócrata siempre se llevaba todo por delante. Por consiguiente, el verdadero dueño y dictador de aquel distrito municipal era el jefe de los demócratas, un pequeño irlandés llamado Tom Cassidy. Este individuo tenía un empleo importante en el Estado y, según se decía, daba órdenes al propio alcalde de la ciudad. Cassidy se vanagloriaba de tener los mataderos en el bolsillo. Era inmensamente rico y participaba en todos los grandes monopolios y negocios lícitos e ilícitos de la localidad. El propietario de los vertederos que Jurgis y Ona habían visto el día de su llegada a Chicago, por ejemplo, no era otro que el propio Cassidy, que poseía no sólo los solares sino, además, las fábricas de ladrillos allí establecidas. Primero extraía la arcilla del terreno para fabricar ladrillos y después conseguía que la municipalidad rellenase con escombros las grandes hondonadas que él había producido para, luego, sobre aquel terreno, construir casas muy débiles de construcción que vendería luego a los menesterosos por el triple de

su valor. No paraba ahí la cosa, ya que, por último, vendía al municipio los ladrillos al precio que él mismo fijaba y hacía que la municipalidad los recogiese y transportara por sus propios medios. Cassidy era también dueño de aquellos agujeros en los que se estancaba el agua que, en invierno, se convertía en hielo y era él quien lo extraía y vendía en la ciudad; más aún, no pagaba contribución alguna por el agua y además había construido su fábrica de hielo con madera perteneciente a la ciudad, por la cual no había pagado un solo dólar. Los periódicos habían hecho público todo esto y se había armado un gran escándalo, pero Cassidy había comprado a un individuo que, tras confesarse culpable de todo, abandonó el país. Se decía también que Cassidy había construido los hornos de ladrillos siguiendo los mismos procedimientos y que los obreros de su fábrica estaban en la nómina del ayuntamiento. Sacar estas cosas a la luz no había sido fácil, sin embargo, ya que los colaboradores de Cassidy se inhibían, pensando, sin duda, que el asunto no era cosa suya y era una persona con la cual convenía estar a bien. Una nota firmada por él proporcionaba empleo seguro, en cualquier momento, en los establecimientos de Packingtown. Él mismo daba empleo a un gran número de obreros a quienes no exigía más que ocho horas de trabajo y a los que pagaba los salarios más altos. De esta manera había conseguido tener muchos amigos que reunía en una asociación llamada «Liga del Grito de Guerra», con edificio propio, situado junto a la salida de los mataderos. El inmueble era, indudablemente, el mayor y más espléndido de los que de su clase se pudiera encontrar en todo Chicago. En él la asociación celebraba sesiones de boxeo, peleas de gallos y luchas de perros. Todo esto estaba prohibido, pero Cassidy era la ley. Todos los agentes de policía del distrito pertenecían a la Liga, lo que era también ilegal y, en lugar de impedir aquellos espectáculos, vendían entradas para presenciarlos. El hombre que había inducido a Jurgis a naturalizarse ciudadano americano era uno de los «indios», que era como se llamaba a los miembros de la asociación. Cuando llegaban las elecciones se veían por las calles centenares de «indios», todos con grandes fajos de billetes en los bolsillos, ofreciendo bebida gratis en todas las tabernas del distrito. Se contaba, además, que todos los taberneros estaban obligados a ser «indios» y a subscribirse a la asociación, pues de otro modo no

hubieran podido hacer negocio en sus establecimientos los domingos, ni se les hubiera permitido el juego en ninguna circunstancia. Asimismo tenía controlados todos los puestos de bomberos y el resto de chanchullos públicos en el distrito de los mataderos. Eso explicaba, por ejemplo, que en aquel momento se estuviera construyendo una manzana de casas en la avenida Ashland y que el arquitecto que dirigía los trabajos recibiera su sueldo de la municipalidad, como inspector de las alcantarillas. El ingeniero de canalización municipal había muerto hacía más de un año, no obstante alguien seguía percibiendo su sueldo. El inspector de empedrados era un tabernero del café de la Liga. ¿Qué tendero de la ciudad, en vista de eso, hubiese osado ponerse en contra de Cassidy?

Hasta los grandes patronos le tenían miedo, según manifestaban los obreros. Y esto les producía a ellos gran satisfacción, porque Cassidy se ponía siempre de parte del pueblo como su más ardiente defensor y así lo proclamaba abiertamente; sobre todo cuando llegaban las elecciones. Los patronos habían estado pidiendo un puente sobre la avenida Ashland, que no se consiguió hasta que hablaron con Cassidy. Lo mismo ocurrió con el «Bubbley Creek»: **[12]** en son de amenaza, el municipio estaba exigiendo a los propietarios de los mataderos que lo cegaran, hasta que Cassidy acudió en ayuda de los propietarios. El «Bubbley Creek» es un brazo del río Chicago y es el límite meridional de los mataderos. Todas las alcantarillas del barrio, en una extensión de una milla cuadrada, se vierten en él; de forma que, en realidad, constituye un gran colector de aguas fecales al aire libre de trescientas a seiscientas yardas de anchura. Una de las derivaciones de este brazo del río no tiene salida alguna; de tal modo que el agua permanece estancada perpetuamente. La grasa y los productos químicos allí vertidos sufren toda suerte de extrañas transformaciones y reacciones que producen la constante efervescencia y desprendimientos de gases que da nombre a aquel depósito semilíquido. Esa masa está en constante movimiento, como si en su interior se alimentasen y movieran peces enormes o como si grandes leviatanes se agitasen en su fondo. El ácido carbónico se desprende en enormes burbujas que, al llegar a la superficie, estallan y forman anillos de seis y nueve yardas de diámetro. En algunos sitios, la grasa y la suciedad se

solidifican y forman masas compactas, con lo cual aquella porción del río parece un lecho de lava. Las gallinas pasean, entonces, por la superficie de estas costras sólidas, picoteando aquí y allá y, más de una vez, algún incauto forastero se ha hundido para no volver mientras trataba de cruzar aquello. Los propietarios de las grandes factorías del distrito dejaban que las cosas siguieran de esta manera, sin inquietarse para nada, salvo en aquellas ocasiones, no infrecuentes, en que la grasa líquida y las costras sólidas del «Bubbley Creek» acababan por inflamarse y arder furiosamente hasta que acudían los bomberos a sofocar el fuego. A todo esto, sin embargo, se presentó un ingenioso desconocido que, desde barcazas, halló la manera de recoger la basura del «Bubbley Creek», según iba apareciendo en la superficie y convertirla, luego, en jabón. Los conserveros se apresuraron a aprovechar la lección: consiguieron que el municipio prohibiese al inventor continuar con las extracciones que ellos mismos retomaron. Las dos orillas del «Bubbley Creek» aparecen recubiertas asimismo de cerda animal que las empresas recogen y limpian.

Pero no era sólo esto. Aún ocurrían —dando crédito a las murmuraciones de los obreros— cosas todavía más extrañas. Los patronos habían construido cañerías clandestinas, por medio de las cuales robaban al municipio enormes cantidades de agua, lo que significaba que se ahorraban cintos de miles de dólares: ¿hay alguien que crea que Cassidy no se llevaba su parte del pastel? Nuevo como era en Chicago, Jurgis no podía creerse lo que le estaban contando. Poco después, los periódicos publicaron toda clase de pormenores revelando el escándalo. El ayuntamiento se vio obligado a abrir una investigación. Se hallaron varias cañerías clandestinas, pero la noche anterior habían sido excavadas y se había cortado el paso del agua: los tubos habían sido tratados con productos químicos para que pareciera que llevaban allí desde siempre. Una vez que los impúdicos periódicos quedaron satisfechos, se conectaron de nuevo las cañerías y se volvieron a tapar. Desde entonces el asunto se durmió, hasta que la historia volvió a susurrarse en las bocas y oídos de la gente.

La gran ventaja de los industriales radicaba en que eran tan grandes que nadie podía pensar que fueran tan ladrones. Son una institución nacional y es absurdo suponer que sean tan miserables,

pero siempre sucede lo mismo: si son capaces de amasar tales fortunas es precisamente porque son tan miserables. El resto de la gente estúpida sigue diciendo que no puede ser y hablando de los riesgos que correrían con esas prácticas ilegales: en Chicago sólo los pobres corren riesgos si se ponen fuera de la ley. Mencionan también la pérdida de reputación y esa clase de cosas: como si los empresarios tuvieran más necesidad de reputación que un asaltador de caminos que te da un golpe y te roba. Los hombres se lo solían tomar a broma, ya que lo entendían perfectamente. No se podía poner fin a esto, mientras los visitantes se arremolinaban alrededor de ellos para hacerles preguntas. Por ejemplo, de la sala donde se sacrifica a los cerdos, en cada una de las diferentes factorías, salen un buen número de cerdos muertos con un sello rojo que pone: «U. S. Condemned». Estos cerdos tienen tuberculosis, lo que significa que la carne tiene bacterias. Estas bacterias son venenos mortales, no son gérmenes que desaparezcan con la cocción de la carne, sino venenos reales que permanecen en ella y matan, no importa cómo se trate la carne. El Gobierno exige que estos cerdos muertos sean arrojados juntos en un tanque, destruidos y que se conviertan sus restos en fertilizantes, con una regulación muy precisa sobre el procedimiento que se debe seguir. Ha de ser un funcionario público el que selle los tanques y está terminantemente prohibido quitar el sello y abrir el tanque hasta la destrucción de la carne. Con estas leyes delante, nadie es capaz de convencer de esto a quien le pregunta: abren los tanques y con la carne enferma que hay allí se fabrican salchichas. Jurgis conoció muchos hombres que habían visto esto con sus propios ojos y algunos incluso habían colaborado en el proceso. Cada día estaba más interesado y veía que también para el resto de hombres era algo importante. También les hacía reír contar cómo los periodistas y algunos visitantes les preguntaban si podían redactar una declaración jurada contando eso. Ellos contestaban: «Vale, si tú me juras que me encuentras un trabajo para el resto de mi vida».

De todos modos no tenían razón para desesperarse, había muchas cosas que podían ver con sus propios ojos, si eran lo suficientemente afortunados y lograban zafarse de los vigilantes que tenían distribuidos los patronos. Resultaba bastante sencillo, por ejemplo, ser testigo ocular de cómo se cumplía la ley sobre

envasado de carne para transporte. Cualquiera podía ir a Washington y hacerse con una copia escrita de esta ley en la Oficina de Industrias Animales: allí se especifica cuál es la labor de un inspector oficial y los asistentes que ha de tener a su cargo, en cualquier lugar donde haya carne para empaquetar y transportar. Ha de examinar cada paquete y luego poner un sello numerado que ha de cancelar además de una manera muy concreta: las líneas curvadas de la estampación han de sobresalir por ambos lados del sello. El objeto de esto es que se selle al embalar y no antes. Esto es lo que ve normalmente el visitante, pero hay miles de trabajadores de Packingtown que te pueden señalar una docena de departamentos en los que, si uno va, se encuentra con que el capataz del almacén de carga va a la oficina del inspector, agarra un montón de sellos cancelados, se vuelve a los embalajes y los va poniendo uno a uno en las cajas. Jurgis habló con trabajadores en las asambleas que habían trabajado en estos almacenes durante años y nunca habían visto que se cumpliera el procedimiento legal.

Una vez que salía del *killing floor*, la carne ya no pasaba por ninguna otra inspección, salvo la selección que hacía la propia empresa y sólo con la carne destinada a la exportación. Jurgis preguntó por la razón de esto y le respondieron que había países en el extranjero en los que se cumplían las leyes. Por ello la mejor carne salía toda para la exportación: no había posibilidad de encontrarla en el país, ni siquiera en los hoteles o clubs más selectos. La buena iba para Francia e Inglaterra y la mejor para Alemania que, en apariencia, era el único país en el que no se engañaba. Alemania había causado muchos problemas a los industriales, por lo cual, con su clásica ingeniosidad, ellos se habían vengado poniendo en el mercado local imitaciones de carne alemana. El servicio de imprenta de

Anderson's

elaboraba miles y miles de etiquetas en alemán, francés, italiano y demás idiomas. Uno de los hombres que trabajaba allí llevaba varias en su bolsillo y enseñó una colección entera de etiquetas de carne ahumada en lata: en una de ellas, en colores brillantes, se leía: «August Bauer, Frankfurt am Main».

Jurgis se fue enterando de todo esto poco a poco, oyendo los comentarios de aquellos que estaban obligados a perpetrarlo. Cada

vez que uno se encontraba con alguien de un departamento nuevo, se escuchaban nuevas estafas y nuevos delitos. Por ejemplo, en el establecimiento donde Marija había estado trabajando, había un carnicero lituano, encargado de sacrificar reses destinadas solamente a conservas. Hubiera merecido la pena que Dante o Zola hubieran oído a aquel hombre describir los animales que llegaban a sus manos. Según él, parecía que los patronos tuvieran agentes diseminados por todo el país para buscar y recoger todas las reses viejas, deformes o enfermas para destinarlas a la preparación de carne en conserva. En las praderas cercanas había multitud de granjas que suministraban leche a la ciudad: todas las vacas que en ellas desarrollaban «mandíbula abultada», que caían enfermas o estaban secas de puro viejas eran apartadas hasta que podían llenar un camión con ellas, alrededor de veinte, y luego las enviaban a envasar. Había reses que, cebadas con la malta de los desperdicios de las fábricas de whisky, tenían todo el cuerpo cubierto de tumores. Y era un trabajo verdaderamente asqueroso y repugnante matar estos animales, puesto que, al hundir el cuchillo en el cuerpo de la res, los tumores se reventaban y el pus hediondo salpicaba a la cara. En tal caso, con las manos y las mangas empapadas en sangre, ¿cómo podían limpiarse la cara y los ojos para ver lo que estaban haciendo? Ponía enfermo de sólo verlo: y pensar que la gente se tenía que comer eso… Y se lo estaban comiendo, porque las fábricas seguían produciendo año tras año. Tenía que haber aquí una importante comisión para los inspectores del Gobierno. Todo lo que se hacía era retirar la parte de la carne que estaba verde o amarilla y se dejaba pasar el resto. Con este material se fabricaba la llamada «carne embalsamada», que ocasionó más víctimas entre los soldados americanos durante la guerra de Cuba que las balas de los españoles. Además, esta carne en conserva, dedicada a la alimentación del Ejército, no era de fabricación reciente, sino material antiguo que había estado rodando por los almacenes durante años y años. El informador de Jurgis añadió que el anciano sinvergüenza que había sido secretario de Estado para la guerra y se había llevado la comisión correspondiente era ahora un venerable senador en Washington.

Un domingo por la noche estaba Jurgis fumando su pipa junto a la estufa de su cocina, hablando con un hombre de edad ya

avanzada, que Jonas había presentado a la familia y que trabajaba en el departamento de carnes enlatadas de Anderson's.

De este modo, Jurgis aprendió unas cuantas cosas acerca de los magníficos e incomparables artículos en conserva preparados por Anderson; conservas que habían llegado a ser una especie de institución nacional. Los directores de la casa Anderson eran verdaderos alquimistas. Se vendía, por ejemplo, una famosa salsa de setas y los obreros que la fabricaban no habían visto una seta en toda su vida. La sopa de pollo que habían lanzado al mercado hacía pensar en el caldo de las casas de huéspedes baratas, tal como se describe en las publicaciones festivas: sin más substancia que la que un pollo pudiera haber dejado al pasar por la cazuela calzado con botas de goma. Acaso en Anderson's tenían algún procedimiento secreto para hacer gallinas artificiales, ¿quién sabe? Así se expresaba el nuevo amigo de Jurgis. Pero, que él supiese, en la preparación de todas estas cosas, él no había visto más que una mezcla de tripas, grasa de puerco, sebo de buey, corazones de vaca, y, finalmente, desperdicios de ternera, cuando los había. Las ponían a la venta en distintas versiones, según la condensación, y también se vendían a precios distintos; pero el contenido procedía siempre de la misma masa. Así se fabricaba «guiso de caza», «guiso de gallina silvestre», «jamón cocido» y «jamón adobado» o *endemoniado,* [13] según los operarios lo llamaban. El jamón «adobado» se hacía con los desperdicios de carne de vaca ahumada, cuando eran tan menudos que podían cortarse a máquina. Entraban, además, en la preparación tripas teñidas con substancias químicas de modo que no pudiesen mostrar su matiz claro, retales de jamón y de cecina, patatas sin mondar y, finalmente, los cartílagos de las laringes de los bueyes después de haber separado la lengua. Una vez trituradas concienzudamente, todas estas ingeniosas mezclas eran condimentadas con especias en grado suficiente para darles sabor y aroma. Todo el que fuese capaz de inventar algo en este sentido podía tener la seguridad de que el viejo Anderson le daría por ello una fortuna. Así se expresaba el nuevo amigo de Jurgis, pero añadía que era muy difícil contarle nada nuevo a un hombre que incluso mandado salir a reunir

cargamentos de ceniza a lo largo de las vías del tren, las había llevado a la fábrica y las había utilizado para adulterar los fertilizantes orgánicos. Hacía un año o dos que se había comenzado a sacrificar caballos en los mataderos, la mayoría de las veces para hacer fertilizantes; pero después de generar bastante revuelo los periódicos habían publicado que los caballos, en realidad, estaban siendo enlatados como carne para consumo. Entonces estaba prohibido sacrificar caballos en Packingtown y se acataba la ley. Por otra parte cualquiera que se fijara podía ver mezcladas con las ovejas ciertas reses de cuernos puntiagudos y de pelo largo y liso; y, sin embargo, hubiese sido muy difícil convencer al público de que lo que compraba como carnero era, en realidad, carne de cabra.

En Packingtown se podía recoger otra interesante serie de datos estadísticos: los referentes a las enfermedades y accidentes a que están sujetos los hombres que allí trabajan. Cuando Jurgis visitó por primera vez aquellos inmensos establecimientos, guiado por Szadwilas, se había extasiado escuchando la interminable lista de productos que podían fabricarse con los canales de las reses y de las muchas industrias secundarias que vivían de aprovechar sus despojos. Ahora descubría que cada una de estas industrias secundarias era un infierno tan horrible como el *killing floor* y fuente de todo aquello. Los obreros de cada clase de trabajo tenían sus enfermedades particulares; el visitante que recorriese todas las fábricas, talleres y almacenes podría mostrarse escéptico acerca de las tretas y engaños que allí se practican pero, en cuanto a las afecciones y sufrimientos de los trabajadores, no hubiera sido posible desmentirlo; sus rastros estaban tan a la vista en los propios trabajadores que bastaba, para reconocerlos, con que enseñasen las manos.

Por ejemplo: en los departamentos donde se prepara la carne destinada a las conservas —como era el departamento donde el viejo Antanas había encontrado su muerte— difícilmente se hubiera hallado un solo operario que no mostrase alguna llaga o alguna otra horrible herida. Con que un hombre se arañe simplemente un dedo al empujar una vagoneta en aquellos antros, corre el riesgo de desarrollar una llaga con posibilidades de llevarle al otro mundo, a medida que las falanges del dedo van siendo corroídas, una tras otra, por los ácidos. Entre los cortadores, desolladores y en general

entre todos los obreros que manejan cuchillos, se encontrarán pocos que conserven el dedo pulgar. Este dedo sufre frecuentes cortaduras, de forma que, al cabo de poco tiempo en el trabajo, el obrero no tiene, en lugar del dedo, más que un muñón, del cual se sirve únicamente para asegurar el cuchillo en la mano. Ninguno de los obreros tiene uñas; las han perdido arrancando pellejos, y tienen los nudillos tan inflamados que los dedos se les separan, como las varillas de un abanico. Las manos aparecen tan acribilladas de cortaduras y pinchazos, que es imposible contar su número. Otros obreros trabajaban en los cocederos, en medio de una atmósfera llena de vapor de agua e infestada por repugnantes olores. En estos locales, siempre alumbrados por luz artificial, los gérmenes de la tuberculosis pueden vivir hasta dos años pero, en realidad, su número aumenta cada hora. Luego están los que se ocupan de transportar los cuartos de las vacas, que pesan, generalmente, unas doscientas libras, para cargarlos en los vagones frigoríficos. Este trabajo ingente, que suele empezar a las cuatro de la mañana, en unos pocos años acaba con los hombres más robustos. Los empleados en las cámaras frigoríficas se ven atacados especialmente de reumatismo. Se calcula que el período máximo que un hombre puede trabajar en dichas cámaras es de cinco años. En cuanto a los que arrancan la lana de las pieles de los carneros y ovejas, se destrozan las manos aún más pronto que los que preparan las conservas, porque las pieles del ganado lanar se tratan previamente con una solución ácida para que la lana se suelte con más facilidad y los obreros tienen que arrancarla con las manos desnudas, hasta que el ácido acaba por destruirles los dedos. Los que se ocupan de la fabricación de botes de hojalata llevan también las manos llenas de cortaduras, y cada una de éstas representa una probabilidad de contraer el tétanos o gangrena. Algunos hacen funcionar las máquinas de estampar, cuyo ritmo es tan vertiginoso que no pasa mucho tiempo antes de que algún aturdido se deje una mano en el mecanismo al primer descuido. Y no hay que olvidar a los que manejan las palancas que levantan las reses muertas. Estos obreros tienen que andar a lo largo de una viga, en medio de nubes de vapor, escudriñando el espacio que queda bajo sus pies y, como los arquitectos del viejo Anderson no construyeron los mataderos atendiendo a la comodidad de los operarios, los encargados del

servicio de las palancas, al correr por las vigas, tienen a cada momento que bajar la cabeza para no chocar con otra situada cuatro pies más arriba. Esta circunstancia hace que contraigan el hábito de andar encorvados; de forma que, a los pocos años, andan como chimpancés. Nadie que haya trabajado en esta área ha llegado a cumplir cincuenta años. Pero los más desgraciados de todos son los que trabajan en la elaboración de abonos y al servicio de los tanques de vapor. Los obreros destinados a las fábricas de abono no pueden, en realidad, presentarse al público, porque el olor que despiden tumba de espaldas al menos delicado a cien yardas de distancia. En cuanto a los que trabajan en las salas de calderas, que se encuentran abiertas al mismo nivel del suelo, su mala fortuna consiste en que, cegados por el vapor que inunda el ambiente caen con cierta frecuencia al interior de esos tanques y, cuando se les quiere sacar, es tan poca cosa lo que queda de ellos que no merece la pena mostrarse; pues la masa informe que se saca no tiene la menor semejanza con un ser humano. A veces no se echa en falta al obrero, y cuando, días más tarde, los demás se percatan, no hay nada que hacer, porque su carne y sus huesos han ido mezclados con los demás materiales de los tanques y se han vendido como Manteca Pura Anderson.

CAPÍTULO X

Durante la primera parte del invierno la familia tuvo fondos suficientes para vivir y aun para ir pagando sus deudas; pero, cuando las ganancias de Jurgis descendieron de nueve o diez dólares semanales hasta cinco o seis, no les quedó excedente alguno. Al concluir el invierno y apuntar la primavera, apenas tenían medios para vivir al día y con la mayor justeza. Un solo mes sin ingresos les hubiese conducido a la inanición. Marija estaba desesperada, pues no se sabía una palabra acerca de la reapertura de la fábrica donde había trabajado y sus ahorros estaban agotados casi por completo. La familia miraba con terror el hecho de que el dinero de Marija se terminara y que fuera preciso reintegrarle sus préstamos mediante la manutención. Marija siempre había estado dispuesta a dejar el tema del préstamo mientras le quedaba dinero, pero cuando no le quedara nada, evidentemente, no podían dejarla en la calle. Ante esta situación, Jurgis, Ona y Teta Elzbieta se pasaban en vela hasta altas horas de la noche haciendo cálculos de cómo se las arreglarían para no morirse de hambre.

A eso se veía reducida su existencia: una penuria tan despiadada que no había de permitirles ni un instante de tranquilidad, ni un momento en que no se viesen angustiados por la falta de recursos. Según salían milagrosamente de una dificultad, se les presentaba otra nueva. Así, a los rigores de su existencia material se unía la constante tensión de su ánimo, oprimido día y noche por la zozobra y por el miedo. En realidad, aquello no era vivir, apenas era existir y juzgaban que esto era muy poco costándoles tan caro. Estando dispuestos a trabajar duro todo el tiempo posible y no valía con eso:

cuando la gente ha hecho todo lo que ha podido, eso debe ser suficiente para que puedan seguir viviendo.

Cuando llegó la primavera se vieron libres, por lo menos, de un terrible enemigo: el frío. Y esto era un gran alivio; pero, aparte de que ya habían contado con el dinero que economizarían por la disminución de consumo de carbón, resultó que, justamente por entonces, Marija ya no pudo abonar la parte que le correspondía por hospedaje. Además, la primavera tenía también sus suplicios. Cada estación, según fueron viendo, conllevaba los suyos. En la primavera caen lluvias torrenciales que convierten aquellas calles sin pavimentar en verdaderos ríos y que llenan el resto de la barriada de charcas y lodazales. El lodo era, algunas veces, tan abundante que los carros se atascaban hasta los cubos de las ruedas, de forma que los caballos no bastaban para sacarlos del lodo. Además, era imposible llegar al trabajo con los pies secos, cosa lamentable, teniendo en cuenta que los obreros iban siempre muy malamente abrigados y calzados. Las mujeres y los niños, naturalmente, salían peor parados todavía. Después venía el verano con su calor sofocante, que convertía los destartalados mataderos de Anderson en un verdadero purgatorio. En un solo día habían llegado a caer muertos por insolación tres hombres. Durante toda la jornada corrían por el suelo arroyos de sangre caliente, hasta que, con el ardor del sol y la atmósfera confinada, al caer la tarde, se producía un hedor capaz de derribar a cualquier hombre. Aquel calor era, en efecto, suficiente para hacer revivir todos los malos olores almacenados o retenidos en los edificios a través de los años, pues allí nunca se limpiaba y las paredes y los pilares estaban cubiertos de una suciedad que se sumaba por generaciones. Los obreros que trabajaban en el *killing floor* desprendían un vaho de suciedad y podredumbre que bastaba para anunciar su presencia a cincuenta yardas de distancia. Era tan difícil mantenerse limpios y aseados que hasta el hombre más cuidadoso se daba por vencido y se abandonaba a la inmundicia. En
Anderson’s
no había siquiera un lugar donde lavarse las manos y a la hora del almuerzo los hombres ingerían tanta sangre cruda como comestibles llevasen dispuestos. Mientras estaban trabajando, no podían enjuagarse ni tan siquiera la cara, en esto se hallaban tan

desamparados como recién nacidos. Parecerá un detalle insignificante, pero cuando el sudor comienza a correr por la cara y cuello, o las moscas se posan, impertinentes, sobre la piel, la molestia llega a ser tan insufrible como el suplicio de las llamas. Fuese por la presencia de los mataderos, fuese por la humedad mantenida por las charcas vecinas, lo cierto es que, durante el verano, las moscas se abatían sobre Packingtown como sobre Egipto las plagas. Era indescriptible: las moscas cubrían de negro las fachadas de las casas. No había escape posible. Aunque se protegieran las puertas y ventanas con telas metálicas, uno no dejaba de oírlas zumbar en el exterior como un enjambre de abejas irritadas y, cada vez que se abría una puerta, se precipitaban al interior, como si las empujara un huracán.

Puede que los días hermosos de verano sugieran al lector ideas de la campiña, visiones de valles verdes, de montañas pintorescas y rutilantes lagos. Las gentes de los mataderos no asociaban el estío con ninguna de estas cosas. La gran máquina carnicera seguía laborando impenitente, sin cuidarse del verdor de las campiñas, y los hombres, mujeres y niños que formaban parte de la inmensa máquina tampoco estaban autorizados a hacerlo. Hace poco, uno de los numerosos millonarios que hay en Nueva York se tomó la molestia de escribir un artículo en el periódico sobre la injusticia del período vacacional y los periódicos cayeron sobre él sin piedad por su malicia, en defensa del trabajador y su derecho al descanso. Seguramente los periodistas actuaron con sinceridad, ya que los de arriba saben muy poco de la vida de los que trabajan. La mayoría de los editores de prensa creen realmente que los trabajadores tienen vacaciones, no sólo ese millón o dos de oficinistas, sino que también los diez o quince millones de trabajadores de la industria, mecánicos y mineros están, todos ellos, acostumbrados a descansar dos semanas por año y recibir sus sueldos de manos de sus generosos patrones mientras están de vacaciones.

Pero no había vacaciones en Packingtown y sus habitantes nunca salían al campo, ni veían una pradera verde ni una flor. A cuatro o cinco millas al este de donde habitaban se extienden las aguas azules del lago Michigan; pero, para ellos, resultaban tan remotas como las del océano Pacífico. Había parques, pero no para los pobres, que ni siquiera sabían dónde estaban. Su único asueto

era el de los domingos; pero entonces estaban demasiado cansados para pensar en paseos. Se hallaban atados a la inmensa máquina, atados para toda su vida. Tendrían que trabajar y trabajar, día y noche, como ya hacían, año tras año, hasta que murieran y nunca tendrían un descanso, ni un momento de libertad, ningún aumento de sueldo, ninguna oportunidad de mejorar, ni un trabajo más fácil, ni esperanza alguna. Los directores, los superintendentes y los altos empleados en Packingtown se reclutaban entre otros estamentos, nunca entre la clase obrera, a la que desprecian, en realidad, los empleados administrativos, al menos los más ruines. El más humilde de los oficinistas de Anderson's, que ha estado trabajando durante veinte años en la casa por seis dólares a la semana —y que puede trabajar otros veinte años más sin que su situación mejore en lo más mínimo— se considera un caballero, un verdadero antípoda del mejor o más hábil operario del *killing floor*. Se viste de distinto modo, vive en otra parte de la ciudad, va a su trabajo a diferente hora del día y cuida, por todos los medios, de no tener el menor contacto con el obrero manual. Acaso esto sea debido a lo repulsivo del trabajo de los mataderos. De todos modos, el obrero manual forma una casta aparte, y en todo momento y de todas maneras se le hace comprender así. Si se tiene la mala suerte de haber nacido en esa clase, vives y mueres en ella. Ningún condenado a galeras estuvo tan atado a su remo como un operario a su máquina. Jurgis y su familia pagaban doscientos o doscientos cincuenta dólares al año por la casa y, al final, en ocho o diez años, ya no tendrían que pagar ni un dólar más. Ésa era la única esperanza que albergaban en este mundo y la única mejora que experimentarían en su vidas.

Ya bien avanzada la primavera, la fábrica donde Marija trabajaba pintando latas volvió a abrirse, y otra vez se oyeron sus cantos. No fue por mucho tiempo, sin embargo, puesto que, un mes o dos después, cayó sobre Marija una gran calamidad. Justamente un año y tres días después de haber empezado su trabajo como pintora de latas perdió el empleo.

La historia es larga de contar. Marija porfiaba que la causa había sido su activa intervención en las asociaciones de obreros. Los patronos, por supuesto, tienen espías en los sindicatos y, además,

acostumbran a comprar a cuantos de sus miembros importantes juzgan conveniente. De este modo, todas las semanas reciben informes de lo que pasa y aun de lo que va a pasar, antes de que la mayoría de los miembros lo sepa. Todo aquél al que ellos consideran peligroso descubre pronto que no goza de las simpatías de su capataz. Y Marija había desplegado gran actividad entre los obreros extranjeros, a quienes aleccionaba. Cualquiera que fuese el motivo, el hecho es que, pocas semanas antes de que la factoría se cerrase, a Marija le habían escatimado de su salario el pago de trescientas latas. Las obreras trabajaban sentadas ante una larga mesa, y tras ellas se paseaba una mujer provista de un lápiz y un cuaderno donde tomaba nota del número de latas que cada una despachaba. Esta mujer era, al fin y al cabo, un ser humano y, como tal, sujeto a errores. Cuando esto sucedía, la cosa no tenía remedio; y si, al llegar el sábado, se recibía menos dinero del que en realidad se había ganado, no le quedaba a uno sino resignarse. Pero Marija no pasó por esto y organizó un escándalo. Las protestas de Marija, es decir, sus gritos y exclamaciones, no produjeron ningún efecto mientras sólo fue capaz de expresarse en lituano o en polaco. La gente se limitaba a reírse al oírla y así la hacían llorar. Pero ahora, Marija sabía el suficiente inglés para insultar en esa lengua, con lo que consiguió que la mujer que había cometido el error la aborreciese. Probablemente, según Marija sostenía, algunos de esos errores estaban hechos a propósito; de todos modos, lo cierto es que sucedían y, a la tercera vez que le ocurrió, Marija rompió las hostilidades y fue a exponer sus quejas, primero a la encargada y, más tarde, no habiendo encontrado satisfacción debida, al jefe del taller. Esto era una osadía inaudita, pero el jefe dijo que se enteraría del asunto y Marija consideró que esto significaba que al fin recibiría su dinero. Transcurridos tres días, volvió a ver al jefe del taller. Esta vez el alto empleado arrugó el entrecejo y contestó que no tenía tiempo de ocuparse del asunto y cuando Marija, contra el parecer y los consejos de todas sus compañeras, trató de hablar al individuo una vez más, éste, hecho una furia, le ordenó que volviese a su trabajo. Qué sucediera después, no lo supo Marija con seguridad, pero aquella misma tarde, la encargada le notificó que no necesitaban más de sus servicios. La pobre Marija no se hubiera quedado más estupefacta si la encargada le hubiera dado un

martillazo en la cabeza. Al principio no podía creer lo que oía y después, al aceptar la realidad, se enfureció, jurando que volvería al taller de todos modos, pues el puesto le pertenecía. Al fin se sentó en el suelo y comenzó a llorar y a lamentarse. Fue una lección muy cruel, pero Marija era testaruda; debió haber hecho caso de los que tenían más experiencia que ella. La próxima vez —como dijo la encargada— sabría cuál era su sitio. De esta manera, Marija abandonó la fábrica y su familia se encontró otra vez cara a cara con el problema de la subsistencia.

Además, aquella desventura ocurría en muy malas circunstancias. Ona estaba encinta, se acercaba el tiempo en que no podría trabajar y Jurgis procuraba, por cuantos medios podía, ahorrar todo cuanto pudiera para afrontar la situación. Había oído contar cosas terribles de las comadronas, que abundan en Packingtown casi tanto como las moscas, y tenía decidido que Ona fuese asistida por un médico. Jurgis era muy obstinado, cuando se proponía serlo, y lo fue en este caso, con gran desagrado de las mujeres de la familia, que consideraban impropia la asistencia de un médico, juzgando que el asunto era más bien cosa de mujeres. Además, el médico más barato que pudiesen encontrar les costaría quince dólares o más. Jurgis contestó que lo pagaría todo, aunque se quedase sin comer.

Cuando Marija se encontró sin trabajo, tenía solamente veinticinco dólares ahorrados. Día tras día recorrió los mataderos implorando trabajo, pero esta vez no tenía esperanzas de encontrarlo. Perfectamente capaz de realizar la labor de un obrero fuerte, el desaliento la abatía de tal forma que por la noche, al volver a casa, su agotamiento y desánimo daban lástima. La pobre criatura había aprendido una lección terrible y la familia la aprendió con ella: cuando alguien consigue una ocupación cualquiera en Packingtown, debe aferrarse a ella y conservarla suceda lo que suceda. Ha de aferrarse a ella, aunque reciba palos y patadas, todo el tiempo en que seas aún capaz de arrastrarte hasta el puesto de trabajo. A veces —es tan literal el modo en que la gente se aprende la lección— van moribundos y fallecen allí mismo.

Por cuatro semanas y la mitad de la quinta anduvo Marija a la caza de trabajo. Por supuesto, dejó de pagar sus cuotas del sindicato. Perdido todo el interés que sintiera por aquellas

asociaciones, ahora se maldecía a sí misma por haber sido tan tonta de meterse en ellas. Ya se creía completamente desahuciada en cuanto a encontrar trabajo, cuando alguien le mencionó la existencia de una vacante; acudió inmediatamente y consiguió un puesto como preparadora de desperdicios. Obtuvo la plaza porque el capataz vio que tenía la musculatura y la fuerza de un hombre; entonces, despidió al obrero que había y puso en su lugar a Marija, pagándole poco más de la mitad del salario que abonaba al hombre.

Recién llegada a Packingtown, Marija hubiera despreciado un trabajo de esa clase, que la obligaba a preparar la carne de las reses enfermas de las que tanto les había hablado Jurgis. Tenía que permanecer todo el día encerrada en una habitación a cuyo interior rara vez llegaba la luz del sol. Debajo de ella estaban las cámaras frigoríficas, donde la carne se conservaba helada y el departamento de encima lo ocupaban los cocederos, de modo que tenía los pies sobre un suelo helado como la nieve y la cabeza envuelta en tal sofoco que apenas podía respirar. Separar la carne de los huesos, por quintales, de pie, desde la mañana temprano hasta la noche, calzada con botas altas y duras; andando sobre un piso siempre húmedo y cubierto de charcos, con la amenaza constante de un paro repentino a causa de caídas imprevistas del mercado; sujeta, además, en temporada, a trabajar horas extraordinarias y siempre sin respiro, sin descanso, hasta que todos sus nervios se agotaran, exponiéndola a perder el dominio de sí misma y a producirse heridas ponzoñosas; ésa era la nueva vida que aguardaba a Marija. Pero con un alma como la suya y la resistencia de un caballo, Marija no sólo acogió riendo su nuevo destino, sino que se mostró, además, muy contenta porque le permitía satisfacer nuevamente su hospedaje a la familia y ayudar a ésta a sostenerse.

El escarmiento de Marija llegó justamente a tiempo para salvar a Ona de un infortunio semejante. Tampoco Ona estaba satisfecha con su puesto, y con más motivos que Marija. No contaba en su casa ni la mitad de lo que le pasaba, porque comprendía que sería un tormento para Jurgis y temía que éste hiciese alguna barbaridad. Hacía mucho tiempo que Ona había notado no ser del agrado de la encargada de su departamento. Al principio creyó que el motivo era que había pedido un día de permiso para la celebración de su boda. Después dedujo que la verdadera causa se debía a que no le había

hecho ningún regalo; pues, según vio Ona, la encargada gustaba de admitir presentes de sus obreras y prestaba toda clase de favores a aquellas que le hacían regalos. Pero, por último, descubrió que el poco afecto que aquella mujer le demostraba obedecía a razones todavía más abyectas. La encargada era relativamente nueva en el establecimiento y no tardaron en correr algunos rumores acerca de ella. Finalmente, se filtró que la mujer, una mantenida, que había sido amante del director de uno de los departamentos de aquella misma empresa, ostentaba su cargo por deferencia de su antiguo amigo que, de esa manera, creyó contentarla, aunque, al parecer, el hombre no había conseguido sus propósitos, pues más de una vez se les había oído discutir fuertemente. Ella tenía el carácter de una hiena y muy pronto el taller que dirigía se convirtió en un infierno. Algunas de las obreras que tenía a sus órdenes eran de su mismo linaje y condición, dispuestas siempre a adularla con obsequios y a intrigar con ella en contra de las demás empleadas, con lo que aquello se había convertido en un hervidero de odios, que se hubiera dicho a merced de las furias. Pero aún sucedía algo peor. La encargada vivía en una casa de mala nota, de la parte baja de la ciudad, y algunas de las chicas iban allí cuando los tiempos venían duros. De hecho se podía decir, sin exageración, que aquella mujer dirigía su departamento en

Smith’s

a la vez que la casa de citas. Por consiguiente, en muchas ocasiones, mujeres procedentes de la casa trabajaban en el taller al lado de las obreras decentes, todo ello previo despido de cuantas operarías honestas fuera necesario para dejar puestos vacantes a las otras. El resultado de todo esto era que en esa sección no dejaba de respirarse en ningún momento la atmósfera de aquella casa de la ciudad, porque en el taller nunca faltaba algo que la recordase, como ocurre en Packingtown con los olores nauseabundos que se desprenden por la noche de las fábricas, cuando surge bruscamente el viento. Corrían historias extrañas por todo el taller y no tardaban en llegar a oídos de cualquiera a través de los comentarios y los guiños de las propias operarías. Ona no hubiera permanecido un solo día en un sitio semejante, pero necesitaba el salario para ayudar al sustento de su familia. Aún así, nunca estaba segura de si tendría que marcharse al día siguiente. Llegó entonces a

comprender que la animadversión de la encargada procedía del hecho de que ella fuera una joven casada y decente y que ésa era también la causa del odio que le demostraban las que, dedicándose a hacer halagos e intrigar con la encargada, hacían cuanto era posible por atormentarla y amargarle la vida.

Pero en Packingtown no hay sitio alguno donde pueda trabajar una obrera demasiado escrupulosa en lo que a esas cuestiones se refiere; ningún establecimiento donde una prostituta no pueda hacer mejor carrera que una mujer decente. Es inevitable, como sabe todo aquel que esté familiarizado con la naturaleza humana. Existe allí una masa de población de clase baja y, en su mayor parte, extranjera, casi siempre sin recursos y cuya existencia depende, por lo tanto, del antojo de hombres tan brutales y desprovistos de conciencia como los negreros de antaño. Bajo tales circunstancias, la inmoralidad es tan inevitable y tan dominante como lo fuera bajo el sistema de la esclavitud. En los establecimientos de Packingtown ocurren muchas cosas absolutamente inenarrables que todo el mundo, sin embargo, acepta como normales. La única diferencia es que ahora esos hechos no resultan tan ostensibles como en los tiempos de la esclavitud, porque no hay diferencia de color entre el amo y el esclavo. Una vez sucedió un hecho terrible: fue en el departamento donde Marija había encontrado trabajo, como una o dos semanas después de que se incorporara. Una de las trabajadoras, soltera, que había estado acudiendo al trabajo días tras día cuando sus estado no lo recomendaba, se arrastró al interior de un pasillo oscuro y dio allí a luz a un bebé. No sabiendo qué hacer con él y por miedo a perder su puesto de trabajo, subió como pudo hasta el piso de arriba y lo arrojó a uno de las vagonetas cargadas de carne de vaca que esperaban allí a entrar en los tanques de cocción. Fue por la mínima por la que alguien escuchó el llanto del bebé y pudo sacarlo de allí antes de que toda la carga fuera arrojada al tanque. Se llevaron a la mujer al hospital y no se supo más de ella.

Quizá fue debido a este suceso, que causó una profunda conmoción en los mataderos, por lo que Ona no dudó en dejar el puesto de trabajo cuando le vino el momento. Un sábado por la mañana regresó a casa y Jurgis, según había ya determinado, llamó a un médico y, asistida por él, Ona dio a luz con toda felicidad un

hermoso niño. Era un muchacho enorme y, siendo Ona tan delicada y tan menuda, parecía imposible que hubiera dado a luz a tan espléndida criatura. Jurgis se pasaba las horas muertas contemplando a su hijo, incapaz de creer que aquello fuese realidad.

El nacimiento del niño fue un acontecimiento decisivo para la vida de Jurgis, a quien convirtió de un modo irrevocable en un hombre casero, matando en él hasta el último de los impulsos que pudieran haberle llevado a salir por las noches y sentarse a conversar con otros camaradas en la taberna. Nada le preocupaba ni le entretenía tanto como sentarse al lado de su hijo y contemplarlo horas enteras. Esto era muy curioso, porque Jurgis, hasta entonces, no había mostrado el menor interés por los niños. Pero el suyo era una cosa excepcional. Tenía los ojos negros más hermosos y más vivos que podía imaginarse, con lindos ricitos negros por toda la cabeza. Era, en fin, una imagen viva y perfecta de su padre. Todo el mundo lo decía, y Jurgis consideraba esto como una circunstancia verdaderamente extraordinaria y fascinante. Era para dejar perplejo a cualquiera que aquel ser hubiera venido al mundo como lo había hecho y verdaderamente misterioso que hubiese nacido con una imitación tan cómica de la nariz de su padre.

Este hecho lo interpretó Jurgis como una confirmación de que aquél era su hijo y que había de constituir el cuidado de toda su vida y de la de Ona. Jurgis nunca creyó llegar a poseer algo de tan absorbente interés. En efecto, si bien se piensa en ello, un niño constituye una propiedad maravillosa. Irá creciendo hasta convertirse en hombre, en un ser humano completo, con su personalidad y su voluntad propias. Todos estos pensamientos que no abandonaban a Jurgis, llenaban su ánimo de extrañas y casi dolorosas emociones. Estaba soberbiamente orgulloso de su pequeño Antanas, manifestaba la mayor curiosidad por cuantos detalles a él se referían. Lavarlo, vestirlo, alimentarlo y hasta acunarlo eran motivos para que el padre hiciese toda clase de preguntas a cual más absurda. Luego llegó, incluso, a obsesionarse con la idea de que el niño tenía demasiado cortas las piernecitas, y pasó tiempo antes de que rechazara esa aprensión.

Desgraciadamente, Jurgis gozaba de pocos asuetos que dedicar a su hijo. Nunca había sido consciente como entonces de las cadenas

que le sujetaban. Cuando volvía del trabajo, por la noche, el niño estaba dormido, y era una casualidad que se despertase antes de que el padre se acostara. Por la mañana tampoco tenía ni un minuto para ver al pequeño; de forma que el único tiempo que podía dedicar a su hijo era los domingos. La situación era aún más cruel para Ona, quien, según el consejo del médico, debía quedarse quieta en casa y amamantar a su hijo en beneficio de la salud de ambos; pero a eso se anteponía la necesidad de trabajar dejando que Teta Elzbieta cuidase del niño y que lo alimentara con el veneno blanco-azulado que llamaban leche en la tienda de la esquina. Así pues, Ona, con motivo de su parto, sólo perdió una semana de salario. Al lunes siguiente decidió interrumpir su ausencia y todo lo que Jurgis pudo obtener de ella fue que accediese a servirse del tranvía, mientras él, a pie, cubría el mismo trayecto para acompañarla luego, cuando se apease, hasta la casa Smith. Eso, según Ona, sería más que suficiente, pues, una vez en la factoría, coser fundas para jamones no le costaba el menor esfuerzo, aunque el trabajo se prolongase todo el día y, en cambio, si dejaba de asistir a su labor por más tiempo, podía suceder que su aborrecible encargada pusiera a otra en su puesto. Esto sería, en aquellas circunstancias, más calamitoso que nunca —seguía diciendo Ona—, a causa del niño al que todos debían proteger, trabajando más duro para que no creciera en las penosas condiciones que ellos habían conocido: era una gran responsabilidad. En rigor, esto fue también lo primero que pensó Jurgis tan pronto como su hijo vino al mundo: inmediatamente había apretado los puños para lanzarse a la lucha con más ardor que nunca, el alma puesta en aquella diminuta potencia de ser humano.

Así pues, Ona volvió a Smith's y conservó su puesto y aun comenzó a ingresar su salario una semana antes de lo previsto, pero a costa de su propia salud, pues pronto contraería una de esas innumerables afecciones que las mujeres agrupan bajo el nombre de «enfermedades de la matriz», de la que nunca, en el resto de su vida, lograría recuperarse. Es difícil explicar lo que esto significaba para Ona. El error cometido era, en todo caso, tan pequeño y el castigo que por ello recibía tan desproporcionado, que ni ella misma, ni nadie, podía relacionar uno con otro. Estar enferma de la

matriz no significaba para Ona precisamente el diagnóstico de un especialista y seguir un tratamiento apropiado y, acaso, someterse a una o dos operaciones. Significaba, tan sólo, jaquecas y dolores de espalda, depresiones, congojas y neuralgias cuando tenía que ir al trabajo en días de lluvia. Casi todas las mujeres empleadas en Packingtown sufren de lo mismo y por igual causa; de modo que nadie veía la necesidad de consultar por ello a un médico. Ona se limitó, pues, a ensayar una medicina tras otra, según sus amigas se las recomendaban. Y como todos estos específicos contienen alcohol o algún otro estimulante, siempre encontraba cierto alivio después de ingerirlos. Así perseguía ella el fantasma de la salud, pero éste se le escapaba continuamente por carecer de recursos para emprender un tratamiento. Todo esto es tan típico y familiar que uno ha de pedir perdón por referirlo, aunque lo que resulta realmente interesante y merece un análisis psicológico es por qué, cuando nos enteramos de que a alguien le ha sucedido algo terrible y cruel, nos deja de generar un conflicto en cuanto nos damos cuenta de que eso mismo les sucede a otros tantos millones. Quizá es porque sentimos que no hay esperanza alguna de resolverlo y preferimos dirigir nuestros pensamientos hacia lugares donde sabemos que podemos hacer algo bueno. ¿Hay alguien en sus cabales que no considere que problemas como los de Ona continuarán siendo habituales mientras esas mujeres a las que «Dios y su sabiduría infinita» ha condenado a trabajar en las máquinas pretendan tener niños como si fuesen mujeres normales?

CAPÍTULO XI

Con la llegada del verano, las fábricas recuperaron su plena actividad y Jurgis comenzó otra vez a ganar dinero, sin embargo, no tanto como en el verano anterior, porque los patronos habían incorporado más obreros. Todas las semanas se veían caras nuevas. Era su modo de acción: estos obreros adicionales se conservaban hasta que bajaba la producción, de modo que cada uno de los operarios alcanzaba menos jornal que nunca. Con este plan, más pronto o más tarde, los patronos conseguirían que no hubiese en Chicago, entre los que andaban a la caza de empleo, quien no conociese lo esencial del trabajo que se hacía en los mataderos. ¡Y qué astuta era esta treta! Por este medio, los operarios especializados iban enseñando a otros nuevos de los que, llegado el momento, los patronos echarían mano para desbaratar las huelgas y, al mismo tiempo, los trabajadores ganaban tan poco que no podían economizar nada para prepararlas.

Pero no se crea que esta superabundancia de empleados significaba que el trabajo resultase más fácil o más cómodo para nadie. Al contrario, el sistema de «meter caña a la gente» era cada día más salvaje. Continuamente se inventaban nuevos procedimientos para hacer el trabajo más activo. Aquello parecía el tormento de la cuerda de los tiempos medievales. Todos los días se presentaban en los mataderos nuevos individuos que, capaces de acelerar la marcha del trabajo, eran los únicos que recibían buena paga; todos los días entraba en funcionamiento alguna nueva máquina que aceleraba el ritmo de las tareas. Se decía, incluso, que en el matadero de cerdos la velocidad con que eran sacrificados los

animales estaba regulada por un reloj y que día a día se iba haciendo más deprisa. Para el destajo se había reducido el tiempo, exigiéndose la misma labor en menor plazo, pero a cambio de igual pago, y, cuando los trabajadores se habían acostumbrado al nuevo régimen, se les reducía el salario para cuadrarlo con la reducción de tiempo. En los talleres de enlatado se había llevado a cabo este mismo sistema con tanta frecuencia que las obreras estaban desesperadas. Los dos últimos años, sus jornales se habían visto reducidos en más de un tercio; el descontento estaba gestando una tormenta que podía estallar cuando menos se pensase. Hacía sólo un mes que Marija había entrado en el departamento de preparación de embutidos, cuando la fábrica de enlatado en donde trabajaba antes puso en vigor normas que reducían los salarios de las obreras casi a la mitad; la indignación que esto produjo fue tal que todas, sin acuerdo ni convenio, abandonaron el taller y se reunieron en la calle. Una de las muchachas había leído, no sabía dónde, que la bandera roja era el símbolo de los obreros oprimidos y se procuraron una bandeja roja. La enarbolaron y recorrieron el distrito, vociferantes y enfurecidas. El resultado de esta revuelta fue la aparición de un nuevo sindicato, mas aquella huelga, nacida de un modo tan espontáneo, fracasó antes de tres días a causa de la afluencia de otras obreras, ansiosas de ocupación. El fin de todo ello fue que la joven de la bandera roja tuvo que irse a otro distrito y contentarse con un puesto en unos grandes almacenes a cambio de un salario semanal de dos dólares y medio.

Jurgis y Ona escucharon estas noticias con desaliento porque temían que en cualquier instante pudiera llegarles a ellos el turno. Una o dos veces habían corrido rumores de que una de las grandes casas de Packingtown iba a reducir los jornales del peonaje a quince centavos por hora y Jurgis sabía que, de suceder eso, le afectaría pronto. Por entonces ya había descubierto que, lejos de representar un aglutinado de diversas empresas, Packingtown era, en realidad, una sola firma, el trust de la Carne. Todas las semanas, los directores de este organismo celebraban reuniones e intercambiaban información, de modo que las tablas de salarios y de rendimientos habían acabado por ser idénticas. También contaron a Jurgis que los directores del trust fijaban de igual manera el precio que debía pagarse por el ganado vivo y el que

alcanzaría, en cualquier lugar del país, la carne manufacturada. Esto último no lo comprendía con mucha claridad todavía o no le interesaba tanto aún.

La única que no temía una reducción de salario era Marija, quien, en su ingenuidad, se congratulaba de que aquélla se hubiera producido ya poco tiempo antes de su ingreso en la fábrica de embutidos. Por eso, y porque veía cercano el momento de convertirse en obrera especializada, pronto volvió a rebosar de entusiasmo y confianza. Durante el verano y el otoño, Jurgis y Ona acabaron de pagarle hasta el último centavo de lo que le debían y de esta forma Marija llegó a abrir una cuenta corriente en un banco. La posesión de algunas riquezas, aunque éstas sean muy limitadas, trae consigo cuidados y responsabilidades, según pudo apreciar en seguida la pobre Marija que, siguiendo el consejo de una amiga, había depositado sus ahorros en un banco de la avenida Ashland del que nada sabía, excepto que estaba en un edificio inmenso e imponente. ¿Y cómo una pobre trabajadora extranjera iba a comprender nada de los negocios bancarios y de cómo se llevaban en el país de la locura financiera? Marija vivía, pues, en continua zozobra, temiendo siempre que a su banco le pudiera ocurrir algo y eso la hacía desviarse por las mañanas, cuando se dirigía al trabajo, para pasar por delante del edificio y asegurarse de que el banco seguía allí. Su principal temor eran los incendios, porque ella había depositado su dinero en billetes y temía que, si se quemaba el banco, no le darían otros. Jurgis se mofaba de ella por estos temores y, muy ufano de los conocimientos superiores que le conferían su condición de hombre, le explicaba que los bancos disponían de sótanos construidos a prueba de fuego, donde depositaban, completamente a salvo, sus millones de dólares.

Sin embargo, una mañana, al hacer Marija su desvío habitual, vio con horror y desaliento una gran masa de gente que, apiñada delante del banco, abarrotaba media manzana. El terror demudó el semblante de Marija que, haciéndose hueco entre los grupos, comenzó a preguntar a derecha e izquierda qué ocurría, pero sin pararse a escuchar las contestaciones, hasta llegar a un sitio donde la gente se apiñaba de tal manera que no pudo dar un paso más. Supo, entonces, que se trataba de un «pánico bancario». Pero Marija no entendía qué significaba eso y preguntaba a unos y a otros, llena

de angustia y de miedo, pidiendo que alguien se lo explicara. ¿Había ocurrido algo malo en el banco? Nadie estaba seguro, pero todos pensaban que era algo grave. ¿Podría recobrar su dinero? Sobre esto nadie podía decirle nada. Aquéllos a quienes se dirigía temían que no, pero todos estaban allí con el propósito de ver si podían recoger sus depósitos. Era muy temprano todavía para poder asegurar nada. El banco tardaría lo menos tres horas en abrir. En la furia de su desesperación, Marija comenzó a abrirse camino hacia la puerta entre aquella multitud de hombres, mujeres y chiquillos, todos tan excitados como ella. Era una escena terrible de confusión salvaje: las mujeres gritaban, con las manos crispadas hacia lo alto o desmayándose, mientras los hombres luchaban a brazo partido, derribando cuanto se les ponía por delante. En medio de este tumulto, Marija recordó que no tenía en su poder el talonario de cheques y que, por lo tanto, no podría de ninguna manera recoger su dinero. Al percatarse de esto, recomenzó a abrirse paso entre la gente y corrió hacia su casa. Tuvo suerte en esto, porque, a los pocos minutos de marcharse, acudieron todas las reservas de policía del distrito: que Dios o el diablo se apiaden de una masa de gente a la que acuda a dispersar la policía de los mataderos.

Media hora después, Marija estaba de vuelta, en compañía de Teta Elzbieta, ambas sin aliento, a causa de la carrera, y muertas de miedo por lo que pudiera ocurrir. La multitud formaba ahora una cola que se extendía a lo largo de varias manzanas, vigilada por medio centenar de policías, lo cual no dejaba a las dos mujeres otra alternativa que tomar su puesto en la fila y esperar. A las nueve de la mañana se abrió el banco y empezó a pagar a la muchedumbre. Pero esto no tranquilizó a Marija, al ver que había delante de ella más de tres mil personas, suficientes para agotar los recursos, no sólo de su banco, sino de otra docena más. ¿Cómo en toda esa confusión iban a saber cuál era su dinero y cuál el de los demás?

Para empeorar las cosas, sobrevino una abundante lluvia que las caló hasta los huesos. Sin embargo, allí permanecieron toda la mañana, avanzando lenta y trabajosamente hacia la meta. Y llegó la tarde y allí siguieron, llenas de ansiedad, viendo que se acercaba la hora de cerrar, y que se iban a quedar en la calle. Marija decidió continuar allí, pasara lo que pasase, y conservar su puesto, pero como casi todos hicieron lo mismo, permaneciendo durante aquella

larga y fría noche, lo que avanzó en la cola fue bien poco. Ya de noche cerrada, llegó Jurgis. Al volver del trabajo, los muchachos le habían contado lo que ocurría y él se apresuró a llevar a las dos mujeres ropas secas y un poco de comida, con lo cual la espera se desarrolló con alguna comodidad.

A la mañana siguiente, antes de salir el sol, llegó aún más gente que el día anterior, y también más refuerzos de policía procedentes del centro. Marija defendió su puesto contra viento y marea y por fin, al llegar la tarde, pudo entrar en el banco y recoger su dinero. Se lo entregaron todo en dólares de plata, llenándole un pañuelo. Cuando vio el dinero en su poder, todos sus temores se desvanecieron, y quiso volver a depositarlo en el banco, pero el empleado que estaba a la ventanilla le dijo, hecho una furia, que el banco no admitía depósitos de aquellos que habían secundado el pánico. Por consiguiente, Marija se vio obligada a llevarse a casa el dinero. Por el camino, miraba recelosa a derecha e izquierda, esperando a cada momento que alguien la asaltara para robarla. Cuando llegó a su casa, tampoco recobró la calma. Hasta que encontrase otro banco, no halló más recurso que coserse el dinero a los forros del vestido, de modo que, durante una semana o más, anduvo cargada siempre con todo el metálico y temiendo cruzar su propia calle, pues Jurgis le había dicho que con todo ese peso se hundiría en el lodo. A pesar de todo, al día siguiente marchó con su carga al trabajo, también temblando por si había perdido el puesto después de haber faltado dos días; pero, afortunadamente para ella, se daba la circunstancia de que cerca de un veinte por ciento de la población obrera de Packingtown había depositado sus ahorros en el mismo banco y los patronos no encontraron conveniente despedir a tantos a la vez. Luego se supo que la causa del pánico había sido la siguiente: un policía había intentado arrestar a un borracho en una taberna inmediata al banco. Esto hizo que mucha gente de la que iba al trabajo se detuviese a ver lo que ocurría y que su aglomeración fuera relacionada por otros con algún percance ocurrido a la entidad bancaria.

Por este tiempo, Jurgis y Ona empezaron también a ahorrar. Además de haber devuelto a Jonas y a Marija el importe del préstamo, habían satisfecho casi todos los plazos de los muebles, por lo que podían empezar a contar con una pequeña suma.

Mientras cada uno de ellos pudiera llevar nueve o diez dólares por semana, podrían arreglárselas perfectamente. Además, con la llegada de las elecciones, Jurgis, ya más conocedor de las cosas, pudo sacar beneficios limpios que equivalían al jornal de media semana. Fue muy reñida la elección de aquel año y los ecos de la lucha llegaron hasta Packingtown. Los dos partidos, rivales en corrupciones, alquilaron locales, lanzaron fuegos artificiales y pronunciaron discursos, todo con el fin de granjearse a los interesados en la contienda. Aunque Jurgis no apreciaba bien el alcance de todas estas cosas, comprendía entonces lo suficiente para darse cuenta de que no era correcto ni moral vender el voto. Pero como todo el mundo lo hacía y el hecho de que un solo hombre no siguiera la corriente general no produciría la menor diferencia en los resultados, la idea de rechazar la venta hubiera parecido absurda y ni se le pasó por la cabeza.

Por entonces, los vientos fríos y los días más cortos empezaron a anunciarles que el invierno se les echaba encima de nuevo. Parecía que el respiro dado por la buena estación había sido tan corto que no habían tenido tiempo de disfrutarlo. Pero, en fin, venía inexorable y el horror al frío empezó a presentarse en los ojos del pobre Stanislovas. La proximidad de la mala estación también llenaba de miedo a Jurgis, porque Ona no estaba aquel año en condiciones de resistir el frío y las tempestades de nieve. Bien podía ocurrir que una de ellas los sorprendiese cualquier día, que el tráfico de tranvías quedase interrumpido y Ona no pudiese acudir a su taller. ¿No podría suceder que al día siguiente, al presentarse, se encontrara con que su plaza había sido ocupada por otra obrera que viviese más cerca y con cuya presencia y trabajo se pudiera contar de modo más seguro? Una semana antes de Navidad se presentó el primer temporal verdaderamente serio y, con él, un reto para Jurgis, que vio despertar su coraje como lo hace un león dormido. Durante cuatro días, los tranvías de la avenida Ashland estuvieron paralizados y por esto Jurgis conoció, por primera vez en su vida, lo que era una dificultad invencible. Ante esto, los obstáculos que previamente había conocido se le antojaban un juego de niños. Lo que ahora tenía planteado era un combate a muerte, en el que parecía que todas las furias se hubiesen desencadenado contra él. El primer día del temporal se levantaron dos horas antes de amanecer

y se dispusieron a marchar, Ona envuelta en mantas de pies a cabeza y echada como un saco sobre su espalda, mientras el pequeño Stanislovas, apenas visible entre el fárrago de ropas que llevaba encima, iba aferrado a los faldones de su chaqueta. Un viento crudísimo azotaba el rostro de Jurgis y el termómetro señalaba muchos grados bajo cero; al marchar sobre la nieve, se hundía siempre hasta más arriba de las rodillas y en muchos casos hasta la cintura. Tenía que luchar vigorosamente para poder continuar así su camino. En ocasiones, la misma nieve le inmovilizaba los pies o se erigía en muro para cortarle el paso y entonces Jurgis tiraba hacia adelante con violencia, como un toro herido que muge de rabia. De esta manera, paso tras paso, hacía su penosa caminata. Cuando, al fin, llegó a
Anderson's,
se encontraba exhausto de fatiga, casi ciego y estaba apoyado en un pilar, sin resuello, dando gracias a Dios porque el ganado hubiese llegado tarde aquel día. Por la noche volvía a repetirse la penosísima jornada y, como no podía determinar a qué hora iba a salir de su trabajo, concertó con el dueño de una casa de comidas que Ona esperase sentada en un rincón del establecimiento a que él llegara. Una vez les dieron las once de la noche en el camino, en medio de la más negra oscuridad, pero llegaron a casa, a pesar de todo.

Ese temporal acabó con muchos hombres despedidos, pero la muchedumbre de los que esperaban a las puertas de las fábricas y mataderos era mayor que nunca, y los patronos no esperaban por nadie. Cuando pasó el temporal, Jurgis no cabía en sí de gozo porque había afrontado al enemigo y lo había vencido, sintiéndose de este modo dueño de su destino. Así deben sentirse los reyes de las selvas, después de haber vencido en franca lucha a sus adversarios. Mas no pueden sospechar que después de la pelea noble vayan a caer, en la oscuridad de la noche, en medio de una cobarde trampa. Hay demasiadas trampas en la jungla y si se quiere escapar a ellas, hay que estar siempre alerta.

Una situación de peligro típica del *killing floor* era que se escapara un animal. En
Anderson's
a la hora de matar el ganado no importa, por supuesto, nada más

que la rapidez. En los mataderos de Europa, donde hay leyes, ponen sobre la cabeza del animal una capucha de cuero que tiene un clavo prendido. Luego, dado que se supone que el matarife tiene suficiente habilidad como para descargar un golpe en el clavo con su maza, no puede fallar en la tarea. En los mataderos de Chicago no se paraban a pensar en esas cosas: los matarifes tenían que alzarse sobre los establos y golpear al animal con un martillo terminado en punta. Si no lo mataban a la primera, no tenían más que intentarlo de nuevo. A veces podían pasarse un minuto entero dando golpes con el animal coceando y bramando en agonía y terror. Era lo normal. Sólo en algunas ocasiones, por la prisa, volcaban al animal en el suelo, pero, si no estaba completamente aturdido, podía levantarse y salir en estampida. En ese caso se soltaba un grito de alerta: los hombres dejaban todo y se refugiaban detrás de una columna, resbalándose por la viscosidad del suelo y tropezándose unos con otros. En verano era peligroso, pero se podía ver; en invierno, ponía los pelos de punta, ya que la sala estaba cubierta de humo y no se alcanzaba a ver más que un par de yardas delante. El ganado, por lo general, estaba medio cegado y muy excitado y sin demasiadas intenciones de atacar a nadie. No obstante, había cuchillos por todas partes y los obreros, a la carrera. Al final, el capataz venía corriendo con una escopeta y comenzaba a disparar. Jurgis había visto alguna que otra vez cómo se habían necesitado ocho disparos para darle muerte: ocho disparos en una sala en la que había cientos de hombres.

Fue en una de estas ocasiones en la que Jurgis cayó en su trampa. Trampa es la palabra con que mejor puede designarse la calamidad que le sobrevino a Jurgis, tan cruel fue y tan difícil de poderla prever. Al principio apenas notó lo que había sucedido, pues en realidad pareció un incidente insignificante: al escapar de un toro falló un salto y se torció un tobillo. Sintió entonces un ligero dolor, pero Jurgis estaba acostumbrado a los dolores y esto no le acobardó lo más mínimo. Sin embargo, cuando por la noche marchó a su casa, advirtió que el dolor persistía y se hacía cada vez más pronunciado. Por la mañana, la región del tobillo estaba tan hinchada que parecía duplicada de tamaño y no pudo calzarse la bota. Aun entonces no hizo más que jurar un poco, envolverse el pie en unos trapos viejos y tomar esta vez el tranvía para ir al trabajo.

Ocurrió que aquel día fue de mucha actividad en
Anderson’s
y toda la mañana se la pasó trajinando sobre el pie dolorido. A mediodía el dolor era tan insoportable que casi le hizo perder el sentido y hacia las dos de la tarde no pudo resistir más y tuvo que decírselo al capataz. Entonces se avisó al médico de la empresa, que examinó el pie y dispuso que Jurgis se fuese inmediatamente a su casa y se acostase, añadiendo que su imprudencia le costaría probablemente varios meses de postración. El accidente no era de la categoría de los que entraban bajo la responsabilidad de Anderson and Co. y, por lo tanto, la misión del médico terminaba allí.

Jurgis regresó a su casa sin saber cómo, pues apenas podía ver de dolor. Tenía el ánimo aterrado. Elzbieta le ayudó a acostarse y le puso en el pie unas compresas de agua fría. Hacía supremos esfuerzos para disimular a Jurgis la consternación que aquella desgracia le ocasionaba. Cuando el resto de la familia volvió del trabajo, Elzbieta los fue recibiendo en la puerta y contándoles a uno tras otro lo ocurrido. Todos, entonces, para animar a Jurgis, se mostraron muy animosos, al tiempo que le aseguraban que antes de una semana, a lo sumo dos, se habría restablecido y todos, entretanto, le ayudarían a salir del brete.

Sin embargo, cuando vieron que Jurgis se había quedado dormido, toda la familia se reunió en la cocina, y allí, hablando a media voz alrededor de la estufa, examinaron la situación. Veían claramente que aquel inopinado percance les dejaba a merced del hambre. Jurgis tenía solamente sesenta dólares en el banco y eso con la temporada de calma a punto de paralizar el trabajo. Tanto Jonas como Marija no ganarían sino lo suficiente para sufragar su hospedaje y, aparte de esto, no quedaban más ingresos que el jornal de Ona y lo que ganaba el pequeño Stanislovas. Había que pagar la renta de la casa y, aunque poco, lo que aún debían por los muebles. La póliza de seguros estaba también a punto de vencer y durante todo el invierno se hacía preciso comprar carbón. Corriendo el mes de enero, el invierno andaba apenas mediado y era una época terrible para afrontar privaciones. Vendrían todavía grandes nevadas y, entonces, ¿quién ayudaría a Ona a ir a su trabajo? Si esto ocurría, podría perder su puesto; en realidad, estaba segura de que lo perdería. El pequeño Stanislovas rompió también a llorar.

¿Quién cuidaría de él?

Era terrible que un accidente como aquél, al que cualquiera estaba expuesto, produjese sufrimientos tan grandes, sobre todo a Jurgis, que pasaba todas las horas del día amargado, ya que era inútil tratar de engañarle. Jurgis, que veía la situación tan claramente como los demás, se daba perfecta cuenta de que, sitiada por el hambre, no aguardaba a la familia otra cosa que la muerte por inanición. La zozobra le consumía y, al poco tiempo, se había tornado sombrío su aspecto y huraño su talante. Verdaderamente era para volverse loco el que un hombre tan fuerte, un luchador como él, tuviese que permanecer tendido en el lecho, postrado e inválido. Era la historia de Prometeo encadenado. Jurgis se sentía como un animal salvaje en una trampa: más aún porque era precisamente por el pie por donde estaba aprisionado, un pie que se había dañado y torcido al intentar escapar. Los naturalistas nos cuentan que en raras ocasiones las criaturas del bosque mueren de muerte natural. Día y noche están expuestos a la caza y viven agazapados y refugiándose aquí y allá, mirando aterrorizados en todas direcciones y en una inmensa soledad. Cuando uno resulta herido, por cualquier circunstancia, se arrastra hasta un escondrijo y se queda allí, oculto, hasta que el destino lo encuentra. Eso mismo le sucedía a Jurgis. Las largas horas de postración despertaron en él emociones que hasta entonces no había conocido. Antes había recibido la vida con alborozo; vivir tenía sus contratiempos, pero ninguno era tal que un hombre de energía no pudiese afrontarlos. Mas ahora, sobre todo durante las noches interminables, cuando se revolvía impaciente en el lecho, le parecía ver en la habitación un terrible fantasma cuya vista le hacía temblar de pies a cabeza y le erizaba el cabello. Le daba la impresión que el mundo entero desaparecía bajo sus pies sumergiéndose en abismos insondables, en las negras cavernas de la desesperación. Era verdad, después de todo, lo que otros le habían dicho acerca de la vida; esto es, que todo el poder de un hombre no es bastante para resistirla. Era verdad que, por más que luchase y se debatiera, podría caer y ser vencido y aniquilado. Y ante esa idea, sentía el corazón oprimido por lo que se hubiera dicho una garra de hielo; le aterraba el pensar que allí mismo, en aquel hogar desolado donde todo horror tenía su asiento, él y todos aquellos que le eran tan queridos podían caer

abatidos por el hambre y el frío, y perecer víctimas de ambos sin que hubiese oídos que escucharan sus lamentos ni mano que les ayudase. Era verdad que allí, en aquella ciudad inmensa y opulenta, criaturas humanas podían ser perseguidas, cazadas y destruidas por los poderes ciegos de la naturaleza, exactamente igual que en aquellos días prehistóricos en que el hombre vivía en las cavernas como uno de tantos animales.

Ona ganaba entonces unos cuarenta dólares al mes, y Stanislovas cerca de trece. Sumando a esto los hospedajes de Jonas y Marija, es decir, cuarenta y cinco dólares, apenas reunían noventa dólares al mes. Deduciendo la renta de la casa, los intereses y el pago de los muebles, quedaban unos sesenta dólares, y, quitando el gasto del carbón, quedaban unos cincuenta. La familia se privaba de cuanto un ser humano puede privarse: llevaban vestidos viejos y raídos que les dejaban a merced del frío; cuando el calzado de los pequeños se destrozaba, se lo aseguraban con cuerdas y Ona, a pesar de estar medio inválida, iba a pie al trabajo afrontando la lluvia y el frío por no pagar el tranvía. No compraban literalmente más que alimentos, y aun así no podían vivir con cincuenta dólares mensuales. Hubieran podido resistir con sólo tener alimentos puros y a precios razonables, o si hubieran sabido qué era lo que debían comprar; en una palabra, si no hubiesen sido tan lastimosamente ignorantes. Lo normal en América era que hombres y mujeres que trabajaban el día entero, así como los niños que estaban creciendo, se alimentaran básicamente de carne. No había nadie que les dijera que los nutrientes que había en esa carne los hubieran podido encontrar mucho más baratos en las gachas de avena, las judías y el pan negro. La carne, en Packingtown, era más barata que en cualquier otro sitio, pero lo que se vendía era lo peor de los restos de los mataderos, que terminaba en los mostradores de minoristas y en las tabernas del barrio, ya que, de otro modo, hubieran tenido que enlatarla. Ésa era la comida con la que la familia consideraba que debía alimentarse y era sorprendente la cantidad diaria que necesitaban once personas. Con dos dólares cada día no tenían, por más esfuerzos que hiciesen, bastante para alimentarse, de modo que cada semana iba menguando el reducido depósito que Ona había acumulado en el banco. Gracias a que este depósito estaba a su nombre, pudo Ona ir retirando sus fondos, sin que Jurgis lo supiera,

librándole así de una nueva pesadumbre.

En realidad, hubiera sido mejor para Jurgis estar verdaderamente enfermo, porque eso le habría ahorrado el tormento de pensar. Porque, a diferencia de otras personas obligadas a guardar cama, para él no había más recurso que permanecer tendido: no podía pasar el rato leyendo, ni tenía nada que leer, ni sabía. Todo lo que podía hacer era permanecer tumbado y dar vueltas en la cama. De vez en cuando rompía a jurar, sin reparar en nada y, de cuando en cuando, acabada la paciencia, pugnaba por levantarse. Entonces, la pobre Teta Elzbieta tenía que luchar con él a brazo partido. Elzbieta estaba con él casi todo el día. Sentada junto al lecho, se pasaba las horas acariciándole la frente, hablando con él y distrayéndole para que olvidase su triste situación. A veces hacía mucho frío para que los chicos fuesen a la escuela y se quedaban jugando en la cocina, que era donde Jurgis estaba, porque era la única habitación caliente de la casa. Entonces, Elzbieta pasaba muy malos ratos, porque Jurgis se incomodaba con los chicos y se ponía hecho una fiera. En rigor, había que disculparle, pues bastantes cosas le afligían para que se añadiese a ellas el ruido y las travesuras de los muchachos, que no le dejaban ni echar una cabezada.

En estas ocasiones, el único solaz de Elzbieta era el pequeño Antanas y, en realidad, si no hubiera sido por aquel ángel de Dios, no hubiera podido, muchas veces, solventar la situación. Poder contemplar al pequeño cuanto le placiera fue el único consuelo de Jurgis durante el largo período en que se encontró preso en su casa. Teta Elzbieta ponía la cestita, que servía de cuna al niño, al lado del colchón donde Jurgis estaba tendido y de esta manera el padre podía pasarse horas y horas contemplándole e imaginándose miles de cosas acerca de su hijo. El pequeño abría los ojos y miraba, ya iba fijándose en las cosas. Después sonreía ¡y cómo sonreía! Esto hacía olvidar a Jurgis todas sus penas y le hacía creerse dichoso; porque, al fin y al cabo, estaba en un mundo donde había una cosa tan linda, tan dulce como la sonrisa de su Antanas y porque ese mundo no tendría más remedio que ser bueno con un ser tan tierno y tan inocente como aquél. Antanas iba pareciéndose a su padre cada día más, así lo decía Elzbieta y lo repetía docenas de veces al cabo del día porque se daba cuenta de que esto agradaba mucho a

Jurgis. La pobre mujer, llena siempre de miedo, estaba constantemente discurriendo el modo de aplacar a aquel gigante prisionero que se le había confiado. Jurgis, que no sabía nada de la ancestral maestría de las mujeres en el arte de fingir, se dejaba engatusar como un chiquillo. A menudo, entonces, ponía el dedo índice frente a los ojos del niño, hasta que éste se fijaba en él, y después lo movía lentamente de un lado a otro, riéndose de todo corazón al ver cómo Antanas lo seguía con la vista. No hay en este mundo juguete tan fascinante como un niño pequeño. Algunas veces el chiquitín se quedaba mirando a Jurgis, cara a cara, con tan solemne seriedad, que el padre no podía menos de gritar dirigiéndose a Elzbieta: *Palauk!* ¡Mira, *Muma*! ¡Ya conoce a su papá! ¡Sí, sí, le conoce! *¡Tu mano szirdele!*, ¡Qué bribón!

CAPÍTULO XII

Durante tres semanas, Jurgis no pudo levantarse del lecho. El esguince era tan persistente que la hinchazón no bajaba y el dolor no disminuía. Al cabo de ese tiempo, sin embargo, ya no pudo contenerse más y empezó a levantarse y a andar un poco cada día, tratando de persuadirse de que estaba mejor. No escuchó razones ni consejos y, tres o cuatro días después, declaró que estaba en condiciones de volver al trabajo. Cojeando se arrastró hasta el tranvía y así llegó a
Smith's,
donde el capataz le había guardado el puesto; es decir, que estaba deseando echar otra vez a la nieve al pobre diablo que había tenido en lugar de Jurgis todo aquel tiempo. Jurgis se puso a trabajar, pero, de cuando en cuando, el dolor le obligaba a detenerse y, cerca de una hora antes de que terminase la jornada, ya no pudo sino reconocer que, si continuaba, acabaría desmayándose. Con el corazón destrozado por la pena, se apoyó entonces contra un poste y rompió a llorar como un chiquillo. Dos de sus compañeros le ayudaron a montar en el tranvía y al apearse en su destino tuvo que esperar echado en la nieve a que pasara alguien y le ayudara a llegar a casa.

Allí lo acostaron de nuevo y fueron a buscar un médico, que era lo que debían de haber hecho desde el principio. Resultó entonces que tenía una luxación de la que jamás se hubiese repuesto sin asistencia facultativa. Jurgis se agarró con manos crispadas a ambos lados del lecho, apretó los dientes y, lívido por el dolor, dejó que el médico manipulara, con lo que parecían garras de acero, su tobillo

inflamado. Cuando por fin se despidió el doctor, le dijo que tenía que guardar reposo absoluto durante dos meses; y que, si volvía a su trabajo un día antes del plazo señalado, era posible que quedara cojo para toda su vida.

Tres días después sobrevino otra furiosa tempestad de nieve, y Jonas, Marija, Ona y el pobre Stanislovas salieron juntos hacia los mataderos una hora antes del amanecer. Hacia el mediodía, Ona y el muchacho volvieron a la casa, el segundo llorando. Los dedos, al parecer, se le habían helado por completo. Tanto Ona como Stanislovas habían tenido que desistir de la marcha antes de alcanzar los mataderos y poco había faltado para que sucumbieran bajo la borrasca. Lo único que se les ocurrió fue mantener durante todo el día manos y pies cerca del fuego, y esto ocasionaba a Stanislovas tan vivos dolores, que el muchacho no cesaba de llorar y retorcerse, hasta que, perdida la paciencia, y en un ataque de cólera, Jurgis se incorporó en su colchón y jurando como un loco amenazó con matarle si no callaba. El temor de que Ona y el muchacho hubieran perdido sus puestos hizo que la familia viviera, hasta la mañana siguiente, horas de indecible angustia. De modo que de madrugada salieron para el trabajo una hora antes que de costumbre. Para que Stanislovas saliera de casa Jurgis tuvo que recurrir a los golpes. Pero no era posible, en la situación en que se encontraban, andar en contemplaciones; el caso era para ellos de vida o muerte. Sólo que el pequeño Stanislovas no llegaba a entender que fuese mejor el perecer helado entre la nieve que perder su puesto al lado de la máquina mantequera. Ona, que tenía la certidumbre de haber perdido su puesto, no cabía en sí de gozo cuando, habiendo llegado al taller, descubrió que tampoco la encargada había podido asistir el día anterior y tuvo, por lo tanto, que ser indulgente con sus operarias.

Una de las consecuencias de este episodio fue que las falanges de tres de los dedos del muchacho quedaron insensibles para siempre y otra fue que, de ahí en adelante, hubiera siempre que recurrir a los golpes, tan pronto como aparecían las primeras nieves, para conseguir que marchase al trabajo. Jurgis era quien tenía que cumplir tan penosa obligación y como esto le dañaba el pie y le producía agudos dolores, se ensañaba con el pobre muchacho. Al mismo tiempo, esta costumbre no contribuía en modo alguno a

endulzar su carácter. Suele decirse que el perro más manso llega a volverse una fiera si se le mantiene siempre encadenado. Lo mismo sucede con el hombre y Jurgis no podía hacer otra cosa sino estar sujeto al lecho día y noche, jurando y maldiciendo, con lo cual llegó un tiempo en que maldecía con cualquier pretexto y lo aborrecía todo. Sin embargo, había momentos en que tenía que contenerse, porque cuando Ona se echaba a llorar, Jurgis perdía toda su fiereza. Con la cara chupada y los largos mechones de su cabello negro cubriéndole casi todos los ojos, el pobre hombre parecía más bien un espectro que un ser humano. La verdad es que no tenía ánimos para arreglarse el pelo ni dedicar otros cuidados a su persona. Sus músculos habían desaparecido y lo que quedaba estaba blando y caído. No tenía apetito y la familia carecía de recursos para proporcionarle alimentos apetitosos. Después de todo, decía Jurgis, era mejor no comer, con eso gastarían menos. Hacia finales de marzo, y tras haber encontrado el talonario de Ona, se enteró de que, de todos sus ahorros, no les quedaban más que tres dólares.

Pero acaso lo peor de cuanto tuvieron que afrontar aquel largo invierno, fue la pérdida de otro miembro de la familia. El hermano Jonas desapareció sin dejar rastro. Un sábado por la noche no volvió a la casa y cuantos esfuerzos hicieron para averiguar su paradero fueron completamente en vano. Su capataz en Anderson's dijo que, después de cobrar su salario de la semana, había marchado, sin más. Esto podía no ser cierto, por supuesto, pues ocurría muchas veces que cuando un hombre sufría en el trabajo un accidente mortal, hacer tal declaración era lo más sencillo para eludir responsabilidades. Cuando, por ejemplo, por haber caído en uno de los tanques donde se extrae la grasa, un obrero quedaba convertido en manteca pura o en abono de primera clase, ¿de qué servía informar de ello a la familia y causarle semejante pena? Además la historia acabaría en los periódicos y agitaría a esa plaga que se llama a sí misma «reformadores». No obstante, era posible que Jonas hubiera sido robado y asesinado, algo que sucede a menudo en la jungla. Lo más probable, sin embargo, era que, harto de las penalidades de aquella casa, Jonas los hubiera abandonado. Ésta fue la conclusión a la que llegó la familia. Jonas se había puesto en camino hacia alguna parte, en busca de su felicidad.

Hacía mucho tiempo que se le veía disgustado y no sin motivo. Pagaba bastante y, sin embargo, se veía obligado a vivir en el seno de una familia donde nadie tenía lo suficiente para comer. Además, como Marija seguía dando al fondo común cuanto ganaba, Jonas no podía menos de sentirse obligado a hacer lo mismo. La casa, además, estaba llena de chiquillos, que no eran suyos, siempre gritando y molestando, y sumida en la más negra miseria. Requería heroísmo resistir todo aquello con paciencia y Jonas no era más que un hombre envejecido, si no por la edad, por el trabajo, y lo que anhelaba, después de su labor de todo el día, era disfrutar de una buena cena y sentarse al lado del fuego a fumar su pipa con sosiego antes de irse a dormir. Pero allí ni había sitio ni para acercarse a la lumbre y, durante el invierno, la cocina nunca estaba lo suficientemente caldeada para resultar acogedora. Por consiguiente, cercana ya la primavera, ¿no era lo más probable que hubiese resuelto escapar? Durante dos años había estado uncido como un buey a una de las pesadas vagonetas de los oscuros sótanos de Anderson's, sin más descanso que el de los domingos, ni otra vacación que los cuatro días festivos que traía el año, sin recibir una palabra de afecto o reconocimiento por su trabajo, sino tan sólo puntapiés, pescozones e insultos que ni un perro hubiera podido soportar. Ahora, cuando terminaba el invierno y los vientos anunciaban la proximidad de la primavera, cuando, con sólo una jornada de camino, podía un hombre dejar para siempre a su espalda los humos de Packingtown, ¿no era tentación irresistible marchar a sitios donde los campos son verdes y las flores tienen todos los matices del arco iris?

Todos los hombres lo saben y eran pocos los que no habían vagabundeado unas cuantas veces en sus vidas y no habían tenido el sueño de una libertad salvaje. Todos los días salían cientos de trenes de los mataderos y bastaba con esconderse en uno de ellos, o en los camiones, y al día siguiente se estaba en el campo al aire libre. Allí habría arroyos en los que quitarse toda la porquería de Packingtown; establos y montones de paja en los que dormir y gallineros en los que robar. En el peor de los casos con media hora de trabajo se sacaba lo suficiente para comer. Lo que echaba para atrás era la vuelta del invierno y habría que refugiarse entonces en

alguna ciudad, una de ésas en las que una maltrecha y pobre muchedumbre se arremolina en masa en la cola de los desempleados. El invierno, no obstante, estaba aún lejos: y con quedarse, Jonas iba a sacar poco más que un despido o un accidente mortal en alguno de los montacargas.

Lo primero en lo que pensó la familia, ese sábado por la noche en el que Jonas no apareció, fue en los montacargas. Cuando se dieron cuenta de que se había marchado, dijeron: «¡Tenía miedo de los montacargas!». En la planta en la que trabajaba habían encontrado la muerte dos compañeros suyos, en tan sólo dos meses, y eso llevó a Jonas a la desesperación. La ley indica que los montacargas de las fábricas han de tener puertas, pero seguramente los legisladores no se dieron cuenta del inconveniente que eso suponía para las fábricas. En Anderson's no había siempre puertas y, dado que el hombre que manejaba el montacargas ganaba un poco más que el que empujaba los carros, siempre había un aire de superioridad en el primero que le dotaba del derecho de insultar al pobre diablo que no hacía su trabajo con la suficiente rapidez. En cuanto las ruedas traseras del carro estaban dentro del montacargas, daba un portazo y que el operario se las arreglara como pudiera. Seguramente las botas de éste estaban llenas de restos y quizá llegara sin resuello y medio mareado después de empujar el carro desde una distancia considerable. Tenía todas las papeletas para ser víctima de un accidente. La primera vez que sucedió uno en la planta de Jonas, medio cuerpo de un hombre quedó aplastado, lo sacaron de allí y se restableció el ritmo habitual: tan sólo dos o tres minutos después del accidente, como Jonas vio, no quedaba más rastro de este que las manchas de sangre. La segunda vez que sucedió Jonas estaba detrás del tipo y eran además amigos: falló en el salto y el carro le amputó uno de sus pies. Daban escalofríos con sólo escuchar el relato de Jonas; el horror hacía que sus ojos se salieran de las cuencas. El accidentado, un eslovaco, no perdió el conocimiento, sino que comenzó a retorcerse en el suelo, gritando de dolor. Mandaron a llamar al médico de la empresa y también al abogado. Jonas no entendía qué estaba pasando. Pero vio cómo el abogado se acercaba al herido y escuchó cómo le preguntaba si no quería ir al hospital, que la

compañía pagaba los gastos médicos. El hombre, como pudo, respondió que sí y entonces el abogado sacó un papel, una pluma y le dijo que firmara. El hombre logró poner su nombre, aunque su mano temblaba como una hoja. A continuación, Jonas se enteró de que lo que había firmado ese hombre era una declaración en la que aceptaba diez dólares como toda indemnización por parte de Anderson and Co. El informante, además, le dijo que aquello era una mentira podrida: que el Gobierno de la ciudad era quien pagaba el hospital y que era donde recalaban todas las víctimas de Anderson and Co. Jonas se enteró de que este hombre tenía una mujer y ocho hijos y se preguntó si también la ciudad les pagaría el hospital a ellos.

Ahora los ingresos de la familia disminuían en más de un tercio, mientras que el consumo de alimentos sólo se había reducido en una undécima parte. La situación, por lo tanto, era peor que nunca. De nuevo tuvieron que recurrir a los adelantos de Marija, cuyos ahorros la familia consumía poco a poco. Para poner remedio a tan críticas circunstancias, se decidió que otros dos de los muchachos dejasen de ir a la escuela.

Inmediatamente después de Stanislovas, que ya tenía quince años, venía una muchacha, la pequeña Kotrina, que era dos años más joven, y luego dos chicos, Vilimui, que tenía once años, y Nikalojus, que había cumplido los diez. Estos dos últimos eran muy listos y no había razón para que su familia viviese sitiada por el hambre cuando miles y miles de muchachos de la misma edad estaban ya ganándose la vida. Así pues, una mañana dieron a cada uno veinticinco centavos y un pedazo de pan con un trozo de salchicha, les llenaron la cabeza de instrucciones y consejos y se les envió a la ciudad para que se iniciasen en la venta de periódicos. Los muchachos volvieron a altas horas de la noche, muertos de cansancio, después de haber andado cinco o seis millas, y explicaron, llorando, que un hombre que les habló en la calle se había ofrecido a guiarles a un sitio donde podrían adquirir los periódicos que habían de vender al público. Después de cogerles el dinero, el hombre había entrado a comprar los diarios en un almacén, pero no le volvieron a ver más. La familia propinó a ambos muchachos una azotaina y a la mañana siguiente los envió de nuevo a la ciudad. Esta vez localizaron ellos mismos el almacén

donde debían adquirir su mercancía pero, después de haber estado vagando por las calles hasta cerca del mediodía, ofreciendo los periódicos a todo aquel que encontraban, tuvieron la desgracia de dar con otro vendedor, un mocetón tremendo que les quitó los diarios que aún llevaban en la mano y dio, además, un fuerte pescozón a cada uno por haber invadido «su jurisdicción». Afortunadamente, ya habían vendido algunos ejemplares y pudieron volver a casa casi con el mismo dinero que habían recibido.

Al cabo de una semana de contratiempos y desventuras de ese estilo, los muchachos empezaron a conocer las triquiñuelas de su oficio: los nombres de los diferentes periódicos, cuántos ejemplares debían tomar de cada uno, a qué clase de gente debían ofrecerlos, qué sitios debían frecuentar y de qué lugares debían apartarse. Con todo esto, saliendo de casa a las cuatro de la madrugada, y después de correr todo el día por las calles, primero con los periódicos matutinos y después con los de la noche, al final de la jornada regresaban al hogar con una ganancia de veinte o treinta centavos cada uno y, algunas veces, un poco más. Al principio, de estas ganancias había que descontar el precio del tranvía, porque era enorme la distancia que tenían que recorrer hasta el centro, pero pronto hicieron amigos que les enseñaron a viajar gratis, entrando en los tranvías cuando el cobrador estaba distraído para, en seguida, disimularse entre el público. De este modo, la mayor parte de las veces pasaban inadvertidos y, si por ventura el cobrador les reclamaba el precio del billete, empezaban a rebuscar por los bolsillos y, luego, rompían a llorar, con lo cual alguna señora bondadosa les pagaba el billete; o bien, si esto fallaba, se apeaban del tranvía e intentaban en otro. Esto era jugar limpio en medio de la jungla. Al menos así lo sentían instintivamente, pero si hubiesen conocido los hechos, podrían haber respondido con argumentos: las propias compañías eran, como todo el mundo sabía, unas ladronas, que habían conseguido todos sus privilegios y franquicias merced a la ayuda de políticos corrompidos. ¿Qué culpa tenían ellos de que a las horas en que la gente va y vuelve del trabajo vayan los coches tan llenos de viajeros que el cobrador no acierte a vender billetes a todo el mundo? Los pasajeros de dentro iban apretados como ganado, las paradas estaban abarrotadas de gente y la gente iba

colgada de las ventanas, incluso en el techo, a pesar del crudo invierno.

Ahora las finanzas de la familia estaban, más o menos, como antes de la marcha de Jonas. Esto quería decir que tenían que seguir viviendo con Marija y fue por entonces que Teta Elzbieta aceptó con alegría una oportunidad que se le presentó. Siempre se había dado por supuesto que Teta Elzbieta tenía que hacerse cargo del cuidado de la casa, pero también se suponía que los niños tenían que ir a la escuela, aprender a leer en inglés, en lugar de adquirir todos los vicios de las calles. Se suponía, asimismo, que Ona tenía que quedarse en casa y cuidar de su hijo, en lugar de ir a Smith's a coser jamones. Todas estas buenas intenciones habían tenido que ser dejadas de lado, una tras otra, y ahora era el turno de la última. El hijo de la abuela Majauszkis pertenecía a un club en el que había un hombre que trabajaba de cochero en Hyde Park, el distrito junto al lago. Allí se necesitaba una cocinera que ganaría quince dólares por mes. Eso mejoraba las cosas, por otra parte, la pequeña Kotrina abandonó también la escuela y se quedó en casa para cuidar a los pequeños, mientras su madre salía a trabajar. Esto resultaba humillante para Teta Elzbieta, que se consideraba a sí misma una señorita y ahora se veía obligada a servir de pinche de cocina. Lo tomó como penitencia, para expiar la marcha de su hermano. Elzbieta lo llevó mal: significaba de nuevo una victoria de América sobre Lituania.

Kotrina era como el resto de hijos de los pobres: prematuramente madura, se había tenido que hacer cargo del cuidado de su hermano y de su hermana pequeños, del bebé y también de Jurgis. Cocinaba, lavaba los platos y limpiaba la casa y tenía que tener la cena lista para cuando los demás llegaran del trabajo. Tenía sólo trece años y era pequeña para esa edad, pero se aplicó a su tarea sin rechistar y lo hizo maravillosamente. Ella y Jurgis se llevaban de maravilla, ya que Kotrina había aprendido cosas en la escuela y su maestro le prestaba juegos y libros con imágenes.

Entretanto, el invierno iba tocando a su fin y, libres de la amenaza de la nieve, sin tener que comprar nuevas provisiones de carbón, con otra habitación disponible donde meter a los pequeños

cuando llorasen y reuniendo lo suficiente cada semana para llegar hasta la próxima, Jurgis comenzó a calmarse y a aceptar la forzada inacción a que se veía reducido. Ona tuvo mucho cuidado, habiendo advertido este cambio, en no alterar la paz de espíritu de su marido y le ocultó lo mucho que sufría. Era entonces la época de las lluvias de primavera, y la pobre se veía obligada, a pesar del gasto, a usar el tranvía para acudir a su trabajo. Día a día su palidez iba en aumento, y a veces, a pesar de su buen ánimo, le entristecía el que a Jurgis le pasara todo ello inadvertido. Ona temía que su marido no tuviese por ella el cariño de antes; recelaba que tanta miseria y privaciones hubiesen terminado por corroer el amor de Jurgis. Pasaba el día entero apartada de su marido, sufriendo, resignada, sus dolores y sus disgustos, mientras Jurgis soportaba los suyos, y, cuando volvía al hogar por la noche, se sentía tan extenuada que no tenía ni aliento para hablar. Además, sus únicas conversaciones giraban siempre en torno a lo mismo: sus penas y sus preocupaciones. Es realmente difícil que en condiciones semejantes subsista sentimiento alguno. Esta idea sublevaba a veces a Ona: en medio de la noche se refugiaba en los brazos de su marido y, rompiendo en llanto, le preguntaba apasionadamente si seguía amándola de veras. El pobre Jurgis, a quien la agobiante penuria que soportaba iba haciendo cada día menos idealista, no llegaba a comprender lo que estos arrebatos de su mujer significaban y solamente hacía esfuerzos para recordar la última vez que se había enfadado. A ella, por consiguiente, no le quedaba más recurso que perdonarle y seguir llorando a solas hasta quedarse dormida.

A final de abril, Jurgis fue a ver al médico, quien le preparó un nuevo vendaje para el pie y le dijo que ya podía volver a su trabajo. Pero esta vez necesitó algo más que el permiso del médico; pues, al presentarse de nuevo en el *killing floor* de Smith's, el capataz le dijo que no le había sido posible conservarle el puesto por tanto tiempo. Jurgis sabía que esto no significaba otra cosa sino que el capataz había encontrado alguien que podía ejecutar su labor tan bien como él y que no quería molestarse en hacer nuevos cambios. Jurgis, pues, se quedó a la puerta del matadero contemplando melancólicamente cómo sus compañeros seguían trabajando, y al verse en aquella situación, se sintió como un

proscrito. Luego salió a la calle y fue a ocupar su puesto en la masa de desempleados.

Pero esta vez Jurgis no tenía aquella espléndida confianza de los primeros días y tenía buenas razones para no tenerla. Ya no era aquel hombre robusto que destacaba entre cualquier grupo de hombres y los capataces no reparaban siquiera en él. Estaba delgado, macilento; sus vestidos deteriorados y su aspecto daban lástima. Ya era uno más de aquellos que, por meses y meses, andaban rondando Packingtown en demanda de trabajo. Fue un período crítico en la vida de Jurgis y, si hubiera sido un hombre de ánimo más débil, se hubiese abandonado al igual que los demás. Aquellos desgraciados sin trabajo permanecían esperando a las puertas de las fábricas todas las mañanas hasta que la policía acudía a dispersarlos, y entonces se refugiaban en las tabernas del distrito. Muy pocos, entre ellos, tenían coraje para afrontar la negativa que seguramente encontrarían al penetrar en los establecimientos y hablar con los capataces. Si no conseguían por la mañana que alguno de ellos buenamente los escogiese, ya no hacían otra cosa que merodear por las tabernas el resto del día y toda la noche. Jurgis se libró de todo esto, primeramente porque ya hacía buen tiempo y no era preciso buscar un abrigo contra la intemperie; pero, sobre todo, porque siempre llevaba fija en la mente la carita de su esposa. «¡Hay que encontrar trabajo!», se decía a sí mismo y continuaba con ardor sus esfuerzos durante todo el día. «¡Hay que encontrar trabajo, hay que hallar un puesto y ahorrar algún dinero antes de que venga el próximo invierno!»

Pero, a pesar de todo su empeño, el trabajo no aparecía. Jurgis habló con todos los miembros de su sindicato —pese a todo lo ocurrido, seguía afiliado— y les rogó que intercedieran en su favor. Luego se dirigió a todos sus conocidos pidiendo trabajo, fuese donde fuese. Pasaba el día entero visitando fábricas y talleres, y cuando, después de todo esto y al cabo de una o dos semanas, hubo recorrido todos los mataderos y penetrado en todos los establecimientos, tras hablar con todo el mundo y percatarse de que en ninguna parte había un puesto para él, se le ocurrió que por fuerza debía haberse producido entretanto algún cambio en los primeros establecimientos visitados, de modo que recomenzó su ronda por el principio, hasta que los guardias y vigilantes de las

compañías, que le conocían ya de vista, le despedían con amenazas en cuanto se presentaba. Entonces ya no le quedó más recurso que mezclarse todas las mañanas con la multitud de los que aguardaban a la puerta de las fábricas y mataderos: en primera fila, adoptando un aire de ánimo e impaciencia por trabajar; no valía para nada, de forma que se volvía a casa a entretenerse con la pequeña Kotrina y con su hijo.

Lo más amargo de todo esto era que Jurgis llegó a comprender y apreciar plenamente el significado de esto. Recién llegado a Packingtown, era un hombre fresco, robusto, y por ello encontró trabajo al primer día; pero ahora era un artículo usado —de desecho, por así decirlo— que nadie quería. Los patronos se habían aprovechado de él, lo habían destruido con sus ritmos de trabajo y su falta de consideración y ahora lo tiraban a la calle. Al trabar conocimiento con otros muchos de los que, como él, se hallaban en paro, Jurgis descubrió que habían pasado por las mismas circunstancias que había conocido él. Los empresarios los habían explotado, a todos. Había, por supuesto, algunos que procedían de otros lugares, que habían gastado su vigor en otros tajos; los había, también, que se hallaban sin trabajo por su propia culpa; por ejemplo, los que no podían resistir lo penoso de la labor sin abusar de la bebida. Pero la inmensa mayoría eran piezas averiadas de la inexorable máquina, gastadas ya por el uso, que habían estado allí, funcionando en su puesto a un ritmo terrible, algunos durante diez, quince o veinte años, hasta que, finalmente, llegó el tiempo en que ya no podían seguir la vertiginosa marcha de los demás. A algunos les habían dicho con toda crudeza que ya eran demasiado viejos, que se necesitaban hombres más jóvenes, más frescos; otros habían dado motivo para ser despedidos por algún acto negligente o incompetencia. La mayor parte, sin embargo, habían perdido sus puestos por causas semejantes a las que habían privado a Jurgis del suyo: faltos de alimentación suficiente y rendidos por el trabajo una jornada tras otra, habían acabado por contraer alguna enfermedad postradora, sufrido un envenenamiento de la sangre o algún otro accidente. Cuando, después de un percance semejante, un hombre regresaba a su lugar de trabajo dependía por entero, para recuperar su plaza, de la gentileza del capataz. En eso no había excepciones, salvo cuando la empresa era responsable del accidente. En este

caso, los patronos solían enviar a un abogado correoso para que se entrevistara con el obrero, quien procuraba convencerle de que renunciara a su demanda; si el obrero era listo y no se dejaba embaucar, se le prometía trabajo fijo para él y cualesquiera otros miembros de su familia con tal que suspendiera la presentación de su demanda. Esta promesa era cumplida con toda exactitud durante dos años, que es el límite fijado por la ley para las reclamaciones; pasado este tiempo, la víctima ya no podía llevar a los patronos ante los tribunales, y acababa en la calle.

Lo que sucediera después a un hombre que estaba en esta situación dependía enteramente de las circunstancias. Si era un obrero cualificado y de primera clase, probablemente había hecho algunos ahorros para poder resistir y tomar otros rumbos. Los mejores obreros ganaban un jornal de cinco a seis dólares por día en la temporada y de un dólar a dos fuera de ella. Con ese jornal un hombre podía vivir bien y economizar bastante, pero trabajadores de esa clase sólo se contaban seis u ocho en cada establecimiento y uno de ellos, a quien Jurgis conocía, tenía a su cargo una prole de veintidós hijos, y todos pensaban seguir el mismo oficio que su padre. Para los obreros comunes, que ganaban diez dólares por semana, cuando apretaba el trabajo, y no más de cinco cuando decrecía, todo estaba en función del número y la edad de las personas que de él dependían. Pero sólo podía ahorrar el que era soltero o el que bebía y actuaba con egoísmo, esto es, no hacía nada por sus ancianos padres o por sus hermanos menores o por otros parientes necesitados que pudiese tener, ni le importaba la suerte del vecino que se muere de hambre, la de sus colegas del sindicato o la del compañero víctima de una desgracia. Para un hombre con familia había períodos en los que un pequeño accidente podría ser casi irrelevante y otros en los que podría suponer una auténtica catástrofe. Se podrían representar en una tabla las subidas y bajadas de una familia. El primer año tanto el marido como la mujer tendrían trabajo y podrían ahorrar. Luego vendrían los niños, primero uno y a veces dos o tres en poco tiempo: las oportunidades de prosperidad de un hombre empezarían a reducirse y así seguirían hasta que los chicos llegaran a una edad en la que podrían vender periódicos o aparentar los dieciséis años necesarios para trabajar en los mataderos. A partir de entonces volvería a ascender la línea de

su suerte, hasta que los jóvenes se convirtieran en adultos, momento en que esa línea alcanzaría su cima. Por último, cuando se casaran y adquirieran sus propias responsabilidades, la línea se volvería a la baja, para no recuperarse ya nunca, y alcanzaría el punto más bajo de todo su trazado. Lo más sorprendente de Packingtown era el gran número de niños que había y lo segundo más sorprendente, el escaso número de ancianos. Esto se corresponde con dos leyes naturales: la primera, aquellas criaturas que viven en el orden más bajo y precario de la existencia son las que más crías arrojan al mundo; y la segunda, que ya se ha mencionado antes, las criaturas que viven en la jungla nunca tienen una muerte natural. Se hubiera podido determinar la edad en la que esta muerte no natural empezaba a aparecer en Packingtown a través de un simple censo de los desempleados que se amontonaban en los mataderos. El número de ellos, en una época de gran «prosperidad», era abrumador y realmente significaba una pequeña parte de aquellos que los empresarios arrojaban cada año al montón de chatarra. De aquellos que caían enfermos o sufrían un accidente pocos regresaban a buscar trabajo; de aquellos que sí lo hacían, la mayor parte abandonaban desesperados y vivían unos de otros o morían de hambre, frío o enfermedades. Otros pateaban las calles en busca de trabajo, suplicando a veces; otros marchaban directos al centro de la ciudad y se hacían mendigos, prostitutas o criminales; otros se iban al campo y se hacían vagabundos: todos morían a causa del mismo frío, el mismo hambre y las mismas enfermedades que hubieran padecido en sus casas. El lugar que llamamos la Jungla no es Packingtown, ni Chicago, ni Illinois, ni los Estados Unidos: es la propia Civilización.

Capítulo XIII

Durante el tiempo en que Jurgis estaba buscando trabajo, sucedió la muerte de Kristoforas, uno de los hijos pequeños de Teta Elzbieta. Tanto Kristoforas como su hermano Juozapas eran inválidos, pues el segundo había perdido una pierna atropellado por un carro y Kristoforas tenía una dislocación congénita de la cadera que le impedía andar. Era el último de los hijos de Teta Elzbieta y acaso la naturaleza quiso mostrar a la madre, con el infortunio de aquel desgraciado, que ya no debía tener más. De todos modos, el muchacho era enteco y enfermizo; afectado de raquitismo, a los tres años no abultaba más que uno de uno. Kristoforas se pasaba todo el día arrastrándose por el suelo, metido en un vestido sucio, llorando, gritando, tosiendo y estornudando, porque el piso estaba siempre frío y expuesto a las corrientes de aire helado que penetraba por debajo de las puertas. El pobre niño era, por tanto, una molestia y un motivo de preocupación para toda la familia. Pero por eso mismo, la madre lo quería más que a todos y lo mimaba constantemente, dejando que hiciese cuanto le venía en gana y se echaba a llorar cuando veía que Jurgis se acaloraba con las molestias que causaba el pequeño.

Al final, el pobre se murió. Acaso fue por la salchicha que había comido aquella mañana, fabricada tal vez con carne de algún cerdo tuberculoso rechazado para la exportación. Lo cierto es que, una hora después de haberla comido, el chico empezó a llorar, acometido de fuertes dolores y al cabo de otra hora rodaba por el suelo con violentas convulsiones. Su hermanita Kotrina, que estaba entonces sola con él, salió a la puerta para pedir socorro y al rato

llegó un médico, pero ya después que el infortunado Kristoforas exhalara su último suspiro. Nadie se afligió verdaderamente por esta desgracia, a excepción de la pobre madre, que estaba destrozada. Jurgis manifestó que el niño habría de recibir un entierro de caridad, puesto que ellos no tenían dinero para pagarlo. Poco faltó para que, al oír estas palabras, perdiera el sentido la pobre mujer que, retorciéndose las manos, rompió a gritar llena de desesperación. ¡Su hijo enterrado en la fosa común! ¡Y su hijastra estaba presente y lo oía sin rechistar! Aquello era bastante para hacer que el padre de Ona se levantara de su tumba y la maldijera. Si habían llegado a tal extremo, mejor era que todos se dieran por vencidos y que los enterraran juntos…

Por último, Marija se ofreció a contribuir con diez dólares para los gastos y, como Jurgis permaneciese impasible, Elzbieta, llorando a lágrima viva, pidió un mes de anticipo en el lugar donde trabajaba. De este modo el pobre Kristoforas tuvo su misa y un coche fúnebre con penachos de pluma blanca y una diminuta tumba en el cementerio con una cruz de madera para marcar el sitio en donde reposaría para siempre. La madre tardó muchos meses en recobrarse del golpe; sólo con ver el suelo por donde el pobre chiquillo se arrastraba, rompía a llorar. ¡Pobre niño! —exclamaba—, ¡siempre había sido desgraciado! ¡Desde que nació no había hecho más que sufrir! ¡Tenía tan buen corazón! ¡Si ella hubiera podido acudir a tiempo lo habría llevado a aquel famoso doctor para que le curase la cojera! Porque alguien había dicho a Elzbieta, tiempo atrás, que un multimillonario de Chicago, cuya ocupación no vamos a desvelar aquí y que respondía al nombre de Ogden Armour, había pagado una fortuna —el equivalente a los ingresos de toda la vida de varios trabajadores como Jurgis— a un gran cirujano europeo para que acudiese a sanar a una hija suya del mismo defecto que Kristoforas padecía. Y como el cirujano necesitó niños en quienes experimentar el procedimiento que había de seguir, anunció que trataría gratis a los niños de los pobres, muestra de magnanimidad que todos los periódicos ponderaron en términos encomiásticos. Pero la pobre Elzbieta no leía los periódicos, ni hubo quien la avisara a tiempo. Y acaso fue mejor, porque ellos no tenían recursos ni para pagarse a diario el tranvía hasta la consulta del cirujano, ni tampoco había nadie en la familia con el tiempo

disponible para acompañar al pequeño. Además, había diez veces más niños pobres que pedían pasar por las manos del cirujano que los que éste podía atender, de modo que la mayor parte se tuvo que quedar en casa y seguir tullida, ya que pertenecían a ese sector masivo de la población para el que no existen ni la medicina ni la cirugía. Es evidente que para los médicos este sector está desahuciado, ya que por sus modos de vida generan enfermedades diez veces más rápido de lo que ellos pueden curarlas. Además, no puede ser voluntad del Todopoderoso que la ciencia de la curación se aplique también a seres humanos que habitan casas sin ventilar y llenas de suciedad, cuyos trabajos son extenuantes y peligrosos, que comen mal y se abrigan peor: en otras palabras, que no son seres humanos, sino partes de una máquina que genera riqueza y bienestar.

Durante el tiempo que Jurgis estuvo buscando trabajo, una sombra negra se cernía sobre él, como si una fiera estuviese acechándole en el camino de su vida y él lo supiese y, sin embargo, no pudiera evitar el aproximarse al sitio de la emboscada. Hay gradaciones entre los que en Packingtown se encuentran sin trabajo y Jurgis temblaba ante la perspectiva de verse en el más bajo de los niveles. Porque sólo existe un destino al hombre que ha caído en lo más bajo: la fábrica de abonos.

Las gentes hablaban acerca de ella con horror y con misterio. En realidad, ni un diez por ciento de los obreros habían llegado a conocerla; el noventa por ciento restante se contentaba con escuchar lo que los demás decían acerca de aquel lugar espantoso o, a lo sumo, con echar una ojeada al interior desde sus puertas. Hay cosas que son todavía peores que morir de hambre. Sus compañeros de infortunio preguntaban a Jurgis si había llegado ya a trabajar en la fábrica de abonos o si pretendía hacerlo y él discutía el problema consigo mismo. Estando tan necesitados como estaban y haciendo la familia los sacrificios que hacía, ¿se iba a atrever a rehusar cualquier clase de trabajo que se le ofreciera, por horrible que fuese? ¿Podría ir a casa y comer el pan ganado por Ona, débil y enferma como estaba, sabiendo que, existiendo aún una posibilidad de encontrar trabajo, había carecido de valor para aprovecharla? Así discurría Jurgis, y así batallaba consigo mismo día y noche; y, sin embargo, una sola ojeada a la fábrica de abonos bastó para

hacerle retroceder espantado. Iba allí a diario, como un prisionero al paredón. No obstante, considerando que era un hombre y que debía cumplir su obligación, se presentó en la fábrica en busca de trabajo. Si bien en lo más íntimo de su ser no dejaba de anhelar que su solicitud fuese rechazada, sabía que la oportunidad de conseguir trabajo allí era mayor que en resto de los mataderos.

La fábrica de abonos de Anderson se hallaba al sur, apartada del resto de las dependencias de la compañía. Muy pocas personas la visitaban y las que se decidían a hacerlo salían de allí con el mismo aspecto que Dante, de quien los campesinos paisanos suyos decían que había estado en el infierno. En efecto, allí iban a parar todos los residuos, desperdicios y basuras de los mataderos; allí se desecaban los huesos, y en sótanos donde la luz del día nunca llegaba a penetrar, se encontraban hombres, mujeres y chiquillos en medio de una atmósfera sofocante, al lado de máquinas que giraban a una rapidez vertiginosa, serrando huesos para obtener fragmentos de todas formas y dimensiones. Los pulmones se impregnaban de un polvo finísimo, que condenaba a todos, sin excepción, a morir al cabo de un plazo tan breve como seguro. Allí se preparaba la albúmina extrayéndola de la sangre y productos malolientes se convertían en otros que olían peor todavía. En los sótanos y cavernas donde se llevaban a cabo estos trabajos un visitante podía extraviarse como en las inmensas grutas de Kentucky. En medio del polvo y del vapor que llenaba aquella atmósfera, las luces eléctricas brillaban como estrellas lejanas, lanzando destellos rojos o azules, verdes o violados, según el color de la neblina que flotaba en torno a las lámparas. Para los olores que se desprenden en estos lugares infernales podrá haber nombres en lituano, pero el inglés no los tiene. Antes de penetrar en un antro semejante, un hombre necesitaba el mismo coraje que para sumergirse de un salto en un baño de agua muy fría. Una vez dentro, el visitante marchaba como un hombre que nadara bajo el agua. Se cubriría con el pañuelo boca y narices, y empezaría a toser y a sofocarse; y si, a pesar de todo, se obstinaba en su propósito de recorrer todo el establecimiento, notaría que su cabeza empezaba a vacilar, que las arterias de las sienes latían con violencia, hasta que, al fin, acometido por una insoportable ventisca de humos amoniacales, no podía resistir más y tenía que precipitarse al exterior para salvar su vida.

Sobre los sótanos se encontraban las naves donde se desecaban los residuos de los cocederos: la masa parduzca y amorfa que quedaba después de haber extraído la grasa de todas las piltrafas y desperdicios que salían de la preparación de la carne. Todo este material, tras secarse, se convertía, por medio de máquinas apropiadas, en un polvo finísimo que se mezclaba íntimamente con el obtenido de una piedra misteriosa, pero inofensiva, también de color pardo, que se transportaba al establecimiento con centenares de carros. La mezcla resultante se ponía en sacos para su exportación, como un fosfato más. Luego el granjero de Maine, de California o de Texas, compra este producto a veinticinco dólares la tonelada, por ejemplo, y lo disemina sobre sus cereales; y ocurre entonces que, por varios días después de la operación, los campos así abonados desprenden un olor desagradable y fortísimo y el labrador, los carros, y hasta las caballerías que han servido para transportar el producto, hieden de la misma manera. La siguiente temporada de siembra, el labrador tendrá en cuenta este asunto y tratará de imaginarse cómo será el olor si, en lugar de echar fertilizante perfumado, echa natural; también si, en lugar de echar una tonelada en varias acres a cielo abierto, se encontrara con miles y miles de toneladas en una nave cerrada, apiladas en montones que se levantan varias pulgadas por encima del suelo y cubriendo el aire con un polvo que produce ahogo y que ciega en cuanto se levanta una mínima corriente de aire.

Ésta era la nave a la que se encaminaba Jurgis un día tras otro, como arrastrado por una mano invisible. Todo el mes de mayo había sido excepcionalmente fresco y Jurgis vio cumplidas sus secretas esperanzas de no hallar empleo en aquel lugar. Pero a principios de junio sobrevino un período de calor extremo a cuyo paso surgieron varias vacantes en la fábrica de abonos, de modo que «no había excusa para seguir en la inactividad», para usar una frase común en Packingtown. Había necesidad de mano de obra en la fábrica de fertilizantes.

El capataz de la nave ya conocía de vista a Jurgis por aquel tiempo y había reparado en él como posible candidato; de modo que, cuando se presentó ante las puertas de la fábrica hacia las dos de la tarde de uno de aquellos días de calor sofocante, un estremecimiento de angustia sacudió todo su cuerpo al ver que el

capataz le hacía una seña. A los diez minutos, Jurgis se había quitado ya chaqueta y camisa y, apretando los dientes, se enfrentó a lo que le aguardaba, resuelto a superar aquella nueva y dura prueba.

Su labor era, sin embargo, bien sencilla. No tardó más de un minuto en aprenderla. Delante de él se encontraba una de las puertas de vertido del establecimiento, a través de la cual el abono, ya preparado, caía al exterior, en pardos torrentes que levantaban, al fluir, densas nubes de un polvo superfino. La misión de Jurgis y otra media docena de obreros era, provistos todos de palas, recoger el material y llenar con él las vagonetas. Que junto a él había otros hombres ocupados en el mismo trabajo lo deducía por el ruido de sus palas o porque de vez en cuando se tropezaban unos con otros; de no ser por esto, se hubiera creído completamente solo, pues en medio de tales torbellinos de polvo, no podía distinguir a otro a dos pasos de distancia. Cuando una vagoneta se llenaba, tenían que buscar a tientas la siguiente o esperar, perdidos en la bruma, a que llegase. Por supuesto, a los cinco minutos Jurgis se encontró cubierto de fertilizante de pies a cabeza. Le habían dado una esponja para que, convenientemente atada, le cubriese la boca y pudiese respirar; pero la esponja no impedía que labios, párpados y oídos se le empastasen de una mezcla de abono y sudor. Cobró, al fin, el aspecto de un espectro marrón, puesto que, desde los zapatos hasta el pelo, todo él presentaba el mismo color que el edificio y todos los objetos circundantes en más de cien yardas a la redonda. La fábrica tenía que tener abiertas las puertas y ventanas durante todo el tiempo y por eso, cuando soplaba el viento, Anderson and Co. perdía gran cantidad de abono en polvo. Sin duda ya lo habían tenido en cuenta y también que iban a perder más dinero en pagas extra que el que iban a ganar con el fertilizante que se perdía, de modo que todo estaba ajustado. No obstante era muy difícil que los empleados aguantaran —no los trabajadores que de ésos había a puntapiés—, sino los capataces y encargados. En noviembre de 1900 durante una semana tuvieron empleados a ciento veintiséis trabajadores y al poco sólo quedaban seis hombres capaces de continuar.

Jurgis podía controlar el asco que le daba el olor del fertilizante, pero no podía evitar que su cuerpo se rebelara. Trabajando en

mangas de camisa, y con el termómetro a treinta y ocho grados, los fosfatos penetraban a través de todos los poros de su piel, de tal forma que a los cinco minutos le invadió un terrible dolor de cabeza y a los quince se encontraba casi desvanecido. La sangre le afluía al cerebro como el agua a los hervideros de una caldera; sentía un dolor intolerable en la parte superior del cráneo y apenas podía manejar sus manos. Sin embargo, acordándose de sus cuatro meses de asediado enclaustramiento, renovó con denuedo sus esfuerzos y siguió trabajando; pero, media hora más tarde, empezó a vomitar y lo hizo hasta que le pareció que estaba arrojando sus propias entrañas. El capataz le había dicho que un hombre podía habituarse al trabajo de la fábrica con sólo poner en ello verdadero empeño, pero pronto Jurgis se dio cuenta que el problema no era cuestión de voluntad, sino de estómago.

Al fin de aquel día horrible, apenas podía tenerse en pie. Obligado a sobreponerse a cada paso, no hubiera llegado a casa de no detenerse aquí y allá para apoyarse en las paredes de los edificios hasta recuperar la orientación. Al concluir la jornada, la mayor parte de los obreros que trabajaban en aquel infierno se iban derechos a la taberna, como si en el matarratas del aguardiente viesen el mejor antídoto contra el abono. Pero Jurgis, demasiado indispuesto para pensar en bebidas de ninguna clase, empleó las fuerzas que le quedaban en arrastrarse hasta la parada del tranvía. Jurgis tenía cierto sentido del humor y, con el tiempo, al ganar veteranía en su nuevo trabajo, encontraba cierto placer en abordar los tranvías por las reacciones que provocaba. Al principio, sin embargo, era demasiado su propio malestar para advertir el que suscitaba a su alrededor en el resto de los viajeros que comenzaban a sofocarse y a toser, a protegerse la nariz con el pañuelo y a lanzarle, todos, miradas furibundas. Lo único que notó Jurgis fue que un hombre, sentado enfrente de él, se levantó inmediatamente y le dejó su sitio; que, medio minuto después, las dos personas que iban sentadas a su lado se levantaron también y se marcharon; y que, en poco más de un minuto, el coche, que rebosaba gente, quedó casi vacío, pues los pasajeros que no hallaban sitio en la plataforma optaron por bajar y continuar a pie su camino.

Por supuesto, a los pocos minutos de entrar Jurgis en su casa, ésta quedó convertida a su vez en una pequeña fábrica fosfatera,

porque Jurgis llevaba sobre sí una capa de fertilizante de media pulgada de espesor que había impregnado no sólo su piel, sino hasta lo más profundo de su organismo de tal forma que una semana de raspado y lavado no hubiera sido suficiente para eliminarlo sin recurrir además a una tanda de vigoroso ejercicio. Tal como estaba, no podía compararse a ninguna cosa conocida de las gentes, como no fuese a esa substancia que constituye el más reciente descubrimiento científico, el radio, que emite energía indefinidamente sin que por eso se note en él disminución de masa ni de fuerza. Como Jurgis: él olía y hacía que oliese todo cuanto tocaba y hasta comunicaba el olor a los alimentos que se servían a la mesa, haciendo que la familia vomitase en cuanto se llevaba algo a la boca. Él mismo, durante tres días, no pudo soportar nada en su estómago. ¿De qué le servía lavarse las manos y la cara y usar tenedor y cuchillo para todo, si tenía la boca y la garganta impregnadas de veneno?

Mas, a pesar de todo, Jurgis resistió y se mantuvo firme. No obstante los terribles dolores de cabeza, volvió a la fábrica, ocupó su puesto y continuó trabajando con la pala en medio de las cegadoras nubes de polvo. De esta manera, al final de la semana ya se había convertido, para el resto de su vida, en uno más de los operarios de la fosfatera. Ya pudo comer y, aunque el dolor de cabeza no se le quitó nunca por completo, al menos no era intolerable y le permitía trabajar. Todos los hombres que trabajaban en la fábrica de fertilizantes estaban expuestos a una muerte lenta, pero en la medida en que el proceso era lento, no les preocupaba en exceso: afuera y sin trabajo se moría más deprisa.

Así transcurrió otro verano. Fue una temporada de prosperidad en todo el país; por todas partes se consumieron copiosamente los productos de Packingtown y, por consiguiente, hubo también trabajo en abundancia para toda la familia, a pesar de los esfuerzos de los patronos, que tenían exceso de mano de obra. De este modo, Jurgis y los suyos se encontraron en situación de pagar sus deudas y de empezar a ahorrar. Pero había algunos sacrificios que consideraban excesivos para prolongarlos por más tiempo: uno de ellos que la casa estuviera tan manga por hombro y que Teta Elzbieta tuviera que trabajar de cocinera; el otro, que los muchachos tuvieran que vender periódicos siendo todavía de tan

pequeños. Era absolutamente inútil aconsejarles o reprenderles. Insensiblemente y sin advertirlo ellos mismos, iban adquiriendo el tono y las costumbres del medio en que se encontraban, de modo que se estaban endureciendo y haciéndose menos obedientes. Aprendieron a insultar en inglés de mil maneras, a recoger del suelo colillas que luego se fumaban, a pasar las horas jugando a las chapas y a los dados; sabían dónde estaban las casas de mala nota del distrito de los muelles y los nombres de las mujeres que las dirigían y los días en que ellas se daban grandes banquetes, a los que asistían los jefes de la policía y los altos cargos políticos. Si un forastero les preguntaba, podían enseñarle cuál era la famosa taberna *Hinkydink* e incluso darle los nombres de los jugadores y maleantes de toda clase que tenían aquel garito por cuartel general. Y, peor que todo esto, los dos chicos empezaron a contraer el hábito de no volver a casa por la noche. ¿Para qué —solían preguntarse— perder tiempo, energías y, acaso, el importe del desplazamiento para ir todas las noches a su casa, cuando el tiempo estaba tan hermoso y podían dormir no menos bien debajo de un coche o en el quicio de una puerta? Siempre que llevaran dinero a casa, a razón de medio dólar por día, ¿qué importaba cuándo y cómo lo entregasen? Pero Jurgis declaró que de esto a no volver más al hogar no habría más que un paso. Por eso se decidió que, al llegar el otoño, Vilimui, Nikalojus y la pequeña Kotrina volvieran a la escuela y que Elzbieta regresara a las labores de casa.

En septiembre la familia estaba otra vez viviendo de los salarios de Jurgis y de Ona y de lo que pagaba Marija de renta, cuando, de repente, y sin media hora siquiera de cortesía, Ona perdió su puesto de trabajo en
Smith’s.

Es fácil de explicar, muy fácil realmente. Ona había estado trabajando en el empaquetado de jamones durante dos años y cada día había estado esperando que sucediera esto: que se presentara la encargada para decirle que ya no necesitaban más sus servicios. Ona se quedó callada, pálida, contuvo la respiración dos o tres veces y luego intentó balbucear una pregunta: qué había hecho.

—Nada en particular —fue la fría respuesta de la encargada—. No se te necesita más.

Le pagarían el tiempo que le debían. Ona recogió sus cosas, salió

a la calle y se sentó en las escaleras, llorando hasta romperse el corazón.

Al día siguiente, Jadwiga Marciukus le contó que la encargada había puesto en su lugar a una de las chicas del burdel. Eso pasaba tan a menudo que no suponía ninguna sorpresa; aunque era tremendamente injusto, no había nada que hacer. No había superior al que remitir protestas, el superintendente era cómplice y amante de la encargada y en el tiempo que había pasado en ese trabajo la voluntad de ambos se convertía en la ley que había que acatar: pedir o buscar una instancia superior sería visto como una impertinencia punible. En Packingtown la disciplina funciona al modo militar: cada oficial está al mando de su unidad y rinde cuentas solamente ante su superior inmediato, siendo, además, responsable de los resultados obtenidos. El departamento de empaquetado de jamones estaba compitiendo con el resto de departamentos de empaquetado de jamones de los mataderos. Cada semana se enviaban los resultados y los directivos los analizaban. Los ingenuos seguirán pensando que los atareados hombres de negocios se reúnen a discutir de qué modo pueden hacer que sus empleados trabajen con mayor motivación o cómo obrar de la manera más gentil con los que se han ganado su confianza tras mucho tiempo: no es así, de lo que tratan es acerca de quién es el que ha empaquetado más jamones.

Así las cosas, la familia se vio sometida a un nuevo asedio. Era más fácil que una mujer consiguiera trabajo en los mataderos a que lo hiciera un hombre: además, la introducción de nueva maquinaria y el perfeccionamiento de los procesos productivos hacía que los hombres tuvieran que dejar paso a las mujeres y a los niños. Ona, no obstante, no era una mujer corriente. No podía esperar el éxito del que había gozado Marija, por ejemplo, que era capaz de asumir el trabajo de un hombre e incluso un poco más. La ansiedad que flotaba en el ambiente dio paso a la maravillosa sorpresa el día en que una de las antiguas compañeras de Ona vino a contarle que quizá pudiera entrar en el departamento de salchichas. Era extraño, porque precisamente la que había venido a contárselo había sido una muy afín a la encargada, así como una visitante habitual de la «casa» del centro: la última persona de la que Ona hubiera esperado un favor. Al principio pensó que debía ser una broma cruel y esa

impresión se corroboró cuando entró en el departamento de salchichas y se encontró con el jefe, un macarra irlandés de rostro rubicundo al que había visto en compañía de la «encargada» en alguna ocasión. Mas el hombre, después de hacerle unas preguntas, le dijo que le podría dar una oportunidad y añadió que, si hacía bien el trabajo, podría incluso ganar algo más de dinero que en el departamento en el que había estado.

Ona se convirtió en la esclava de una máquina de hacer salchichas. Encontró muy duro el cambio a pesar de que ganara más dinero pues, mientras que envolviendo jamones podía sentarse, ahora tenía que estar de pie derecha desde las siete de la mañana hasta el mediodía y desde la una hasta las seis de la tarde. Durante los primeros días pensó que no podría resistirlo; en realidad, sufrió casi tanto como Jurgis antes de habituarse a la fábrica de abonos, y volvía todas las tardes a casa con la cabeza hendida de dolor. El trabajo, además, se desarrollaba en un local oscuro, iluminado todo el día con luz eléctrica y en medio de una humedad horrible, pues había charcos de agua por todas partes y, en el ambiente, un olor a carne enmohecida que trastornaba. Los que trabajaban allí se iban acomodando sin remedio a esa norma de la naturaleza, que hace que las hojas muertas en otoño aparezcan parduzcas, así como la nieve en el invierno, y que el camaleón sea negro, cuando reposa sobre el tronco de un árbol, y verde cuando se mueve sobre las hojas. Así, los hombres y mujeres que trabajaban en aquel departamento eran, precisamente, del color de los embutidos frescos camperos que allí se fabricaban.

La nave salchichera era un lugar digno de ser visitado; se entiende por dos o tres minutos y procurando no mirar a los que allí trabajan. Las máquinas eran acaso lo más maravilloso de todo el establecimiento. Seguramente, en un principio, todas las operaciones para la preparación de los embutidos se hacían a mano, de modo que hubiera sido interesante averiguar cuántos obreros se habían quedado sin trabajo por la introducción del nuevo invento. A un lado del local se encontraban las tolvas, en las cuales un equipo de operarios vertían a paletadas enormes masas de carne y volcaban especias por carretillas. En la parte inferior de estas grandes tolvas se encontraban unos depósitos provistos de cuchillas que giraban a dos mil revoluciones por minuto. Cuando la carne

había quedado bien picada y, una vez adulterada con harina de patata y mezclada con agua, pasaba automáticamente a las máquinas de embutir, que se encontraban al otro lado del local. Estas últimas eran atendidas por mujeres. Allí se veía una especie de boquilla semejante al extremo metálico de una manga de riego. Entonces una de las mujeres tomaba una tripa ya preparada y la adaptaba por su extremo abierto a la boquilla, que penetraba en la tripa como un dedo en un guante estrecho. La tripa que así se rellenaba, tenía de seis a nueve yardas de longitud, pero la obrera conseguía acomodarla en un santiamén y, cuando ya tenía varias dispuestas en otras tantas embocaduras, hacía funcionar una palanca y entonces una corriente de mezcla para embutidos brotaba de las boquillas e iba penetrando en la cubierta y empujándola hacia fuera. De este modo el visitante veía aparecer, como milagrosamente nacida de la máquina, una espiral de embutido de una longitud increíble. Enfrente había un recipiente metálico que recibía aquellas espirales y otras dos mujeres las iban recogiendo conforme aparecían, retorciéndolas de trecho en trecho, como si hicieran eslabones de una cadena. Este trabajo parecía muy sencillo al profano, que veía cómo las obreras lo realizaban con un simple movimiento de muñeca pero, en lugar de resultar de cada espiral una prolongada cadena de salchichas, quedaba una especie de manojo en el que las distintas porciones de embutidos, a modo de eslabones, pendían todas de un centro común. Era éste un trabajo semejante al de un prestidigitador porque, en realidad, las obreras maniobraban tan deprisa que la vista no podía seguir sus movimientos, de los que apenas percibía el espectro según, uno tras otro, iban apareciendo los manojos de embutidos. Sin embargo, a poco que el visitante se fijara, podría advertir la tensión que denotaban las caras de las obreras, con dos profundas arrugas siempre marcadas en la frente y una palidez extraordinaria en sus mejillas. Entonces el visitante reaccionaba y decidía que era tiempo de continuar su paseo. Las obreras, en cambio, no podían imitarle: ellas permanecían allí hora tras hora, día tras día, año tras año, retorciendo embutidos y echándole una carrera a la muerte. Esta labor se pagaba a destajo y las obreras que la realizaban solían tener toda una familia a su cargo; pero leyes duras e inflexibles habían determinado que no pudiera hacerse de otro modo más que

poniendo en ella todo el alma y sin permitirse un instante de distracción, ni aun para echar una mirada a las damas elegantes y a los distinguidos caballeros que acudían a verlas trabajar, mostrando la misma curiosidad que se dedica a un animal raro en un parque zoológico.

CAPÍTULO XIV

Con un miembro de la familia preparando carne de vaca para la fabricación de conservas y otro trabajando en la manufactura de salchichas, nuestra familia tuvo un conocimiento directo de la mayoría de las tretas y engaños de Packingtown. Así descubrieron, en efecto, que no había carne, por mal estado en que estuviese, que no pudiera emplearse, ya para enlatarla, ya para picarla y convertirla en salchichas. Con lo que les había referido Jonas cuando trabajaba en los establecimientos de salado y adobo de carnes, conocían ya en toda su extensión los misterios de la industria de la carne y apreciaban ya la triste y verdadera significación de aquella broma de Packingtown: «Aquí del cerdo se aprovecha todo, menos lo gruñidos».

Jonas les había contado también que, a veces, al sacarla de los tanques donde se adobaba, la carne estaba en estado de descomposición y les explicaba de qué manera, entonces, la frotaban con sosa para quitarle el mal olor y la vendían a esas mismas tabernas donde se da un plato gratis con sólo pagar la bebida. También les refirió todos los milagros que allí se realizaban merced a la química, dando a toda clase de carne, fresca o salada, en grandes trozos o picada, el color, sabor y aroma deseados. Para el adobo de los jamones se disponía de un ingenioso aparato, por medio del cual se economizaba mucho tiempo y se aumentaba la capacidad productiva. El aparato consistía en una aguja hueca comunicada con una bomba de aire. Se introducía la aguja dentro de la carne y se hacía funcionar la bomba con el pie: un obrero podía así impregnar un jamón con las materias necesarias para su

adobo en pocos segundos. A pesar de esto, se encontraban algunos jamones en tan mal estado y con un olor tan fétido, que era imposible permanecer en la nave. Para estos jamones, en concreto, la bomba estaba cargada de sustancias químicas muy fuertes que destruían en seguida el olor de la carne corrompida. El empleo de esta segunda bomba era conocido entre los obreros como «dar a los jamones un treinta por ciento». Algunos de los jamones ahumados también se echaban a perder. En un principio, estos jamones se vendían con la denominación de «Grado Tres»; pero, posteriormente, algún ingenio descubrió un nuevo procedimiento, consistente en extraer el hueso, alrededor del cual suele hallarse la parte más dañada, e introducir en el hueco un hierro candente. Después de esta invención, ya no hubo más Grados Uno, Dos y Tres, sino solamente «Grado Uno».

Cuando el jamón ya estaba tratado era cuando llegaba al departamento de Ona. Allí lo cortaban unas cuchillas que iban a dos mil revoluciones por minuto y lo mezclaban con media tonelada de una carne distinta, de modo que desaparecía el olor y cualquier particularidad que diferenciara esta carne. Si la gente comía esa salchicha y moría de tuberculosis, los empresarios no llegarían siquiera a enterarse. Nunca se atendía a la carne que se cortaba para salchichas. Las salchichas que se importaban de Europa y que habían sido rechazadas allí, ya mohosas y blancas, se las trataba con bórax y glicerina, se volcaban en las tolvas y se procesaban de nuevo para consumo alimenticio. También se aprovechaba la carne que andaba tirada por el suelo, en la suciedad y el serrín, donde los obreros pisaban y escupían millones de gérmenes. Había, también, carne apilada en montones, sobre la que goteaba el agua que rezumaba de los techos y corrían las ratas por millares. La oscuridad que reinaba en aquellos antros impedía ver a dos pasos de distancia, pero un obrero que pasase la mano por estos montones de carne encontraba siempre la masa cubierta de excrementos secos de los roedores. Las ratas, en efecto, constituían una verdadera plaga que los patronos intentaban exterminar dejando pan envenenado en los almacenes. Así, las ratas morían a centenares y, después, éstas, el pan, el veneno y la carne iba todo junto a las tolvas de trituración. Y esto no es broma. La carne se cargaba en vagonetas por paletadas y los obreros no se tomaban la molestia de

apartar una rata cuando veían el cadáver del animal revuelto con la carne. Después de todo, comparada con muchas de las cosas que entraban en los embutidos, una rata envenenada era un lujo. En el taller no había sitio alguno donde los trabajadores pudieran lavarse las manos antes de almorzar, de modo que los obreros habían tomado la costumbre de usar para ello el agua que se empleaba en la confección de los embutidos; eso sin hablar de las sobras y residuos de todas clases que, procedentes de cualquier rincón de los mataderos, se guardaban en los sótanos en viejos toneles esperando el momento de utilizarlos. Bajo el sistema de rígida economía que los patronos tenían establecido, algunos trabajos, como el de limpiar las cubas de los despojos, se realizaban sólo muy de tarde en tarde. Se solía hacer limpieza cada primavera y en las cubas se encontraba entonces toda clase de roña, óxido, agua corrompida y hasta clavos viejos. Pues bien; con todo esto se cargaban carretillas y más carretillas que se vaciaban en las tolvas, donde, mezclada con carne fresca, se convertía en embutidos que luego servirían de desayuno al público de la ciudad. Algunas veces, todo este material se destinaba a la preparación de embutidos «ahumados», pero como esto exigía tiempo y, además era costoso, se trasladaba el producto al departamento químico, donde se conservaba en bórax y se le oscurecía con gelatina. En rigor, todos los embutidos procedían de la misma pasta; pero, al hacer el empaquetado, algunos de ellos recibían una etiqueta con la mención «especial», y se vendían con un recargo de dos centavos por libra.

Así era el nuevo lugar en el que trabajaba Ona y la clase de tarea que estaba obligada a ejecutar. Era una labor penosa y embrutecedora. La mujer formaba parte de la máquina que atendía, y todas las facultades no necesarias para este trabajo quedaban condenadas a atrofiarse, a desaparecer. Una sola merced había que agradecer a esta cruel ocupación, y era que dotaba a Ona del don de la insensibilidad. Poco a poco se iba haciendo más callada, más indiferente a todo lo que la rodeaba. Ordinariamente, después del trabajo, iba a encontrarse con Jurgis y, a pie, los dos regresaban juntos a casa, por lo general sin decirse una palabra; también Ona fue cayendo en la costumbre de permanecer silenciosa, ella, que antes iba siempre de un lado a otro cantando como un pájaro. Ahora, enferma, triste y decaída, apenas podía reunir fuerzas para

llegar hasta la casa. Una vez allí, comían lo que no tenían más remedio que comer y, después, como no tenían sino pesares y desdichas que contarse, se arrojaban sobre el lecho y caían rendidos por la fatiga y el aturdimiento, no dando señales de vida hasta la hora de levantarse de nuevo para, después de vestirse y asearse a la luz de una vela, marchar al trabajo a formar parte de la máquina. Eran ya tan insensibles a todo, que ni sentían el hambre, solamente se quejaban los chicos cuando la comida escaseaba.

Sin embargo, sus espíritus no habían muerto, estaban solamente dormidos. De cuando en cuando despertaban y entonces pasaban ratos muy amargos. Las puertas de la memoria se abrían para ellos: antiguas alegrías les tendían los brazos, antiguas esperanzas e ilusiones los llamaban y entonces era cuando conocían en toda su extensión la carga que tenían encima y sentían su peso abrumador, tanto que, sin siquiera ánimos para quejarse, se veían presos de una angustia peor que la de la misma muerte. Era una sensación de la que difícilmente se podía hablar, una sensación de la que nunca habla el que no quiere reconocer su derrota.

Ellos habían sido vencidos: perdida la batalla, habían sido barridos. La derrota no era menos trágica por haber sido tan sórdida, por relacionarse con cosas tan prosaicas como sus pagos, las facturas del tendero y las mensualidades de la casa. Habían soñado con ser libres, con la ocasión de beneficiarse de su entorno y aprender algunas cosas; con poder estar limpios y disfrutar de un modesto bienestar; con ver a los pequeños crecer sanos y fuertes. Pero todas estas ilusiones quedaban muertas para siempre. Todo eso se había esfumado. Habían jugado y habían perdido. Seis años más de trabajo incesante, de fatiga y angustia continuas era lo que tenían por delante antes de que pudieran esperar el menor respiro; antes de ver satisfechos todos los pagos de la casa; y bien claro veían, con certeza cruel, que no podrían resistir seis años más de la vida que llevaban. Estaban vencidos, caídos cada vez más y no veían salida a su situación, ni esperanza que los alentase. Porque toda la ayuda que podían esperar de la ciudad inmensa donde vivían era la misma que la que puede encontrar un náufrago en medio del océano o un viajero en las soledades del desierto: una tumba. Muy a menudo acudían estos pensamientos a la mente de Ona cuando, por cualquier circunstancia, se despertaba en medio de

la noche. Entonces se arrebujaba en el lecho y permanecía completamente inmóvil, con miedo hasta de los latidos de su corazón y aterrada ante la sanguinaria mirada del espectro que amenazaba su vida. Dominada por esa angustia, una vez, al principio, Ona prorrumpió en sollozos que despertaron a Jurgis; él, rendido de fatiga, se enfadó y Ona aprendió a sufrir y llorar en silencio. Ya no sentían, como antes, al unísono. Era como si sus esperanzas hubieran quedado enterradas en fosas distintas.

Jurgis, como hombre, tenía también sus propias cuitas. También él se debatía ante otro espectro que le amenazaba. Nunca había hablado de ello ni hubiera consentido alusión alguna al respecto; en rigor, ni el mismo Jurgis quería darse cuenta de la existencia del terrible enemigo. Y, sin embargo, la lucha contra éste gastaba todas sus reservas de vigor y energía, y acaso más. Jurgis había caído víctima del alcohol. Había estado trabajando en las propias entrañas del infierno día tras día, semana tras semana, hasta que no hubo parte alguna de su cuerpo que funcionase sin sufrimiento, hasta que sus oídos comenzaron a zumbar día y noche, como un eterno oleaje, mientras que, al regresar del trabajo cotidiano, hasta los edificios bailaban ante su vista y parecían desplazarse a su paso. Y para todo este interminable horror había un alivio y una forma de evasión: la bebida. Así podía olvidar sus sufrimientos, librarse de su pesada carga; podía verse dueño de su cerebro, de sus pensamientos, de su voluntad: ver claro alrededor de sí. Su espíritu muerto revivía entonces, y podía reír y bromear con sus compañeros; volvía a ser hombre y dueño de su vida.

No era fácil para Jurgis beber más de dos o tres copas de una vez. Con la primera solía tomar gratis algo de comer, y juzgaba que esto era, después de todo, económico. Con el segundo vaso podía tomar una nueva ración de alimentos. Pero llegaba un momento en que, incapaz de comer más, pagar por la bebida representaba un derroche, un desafío a los instintos desdichados de una clase presa del hambre. Un día, sin embargo, no pudo contenerse y bebió hasta donde le alcanzó cuanto llevaba en el bolsillo, y volvió a su casa «medio cocido», como suele decirse. Se sintió, entonces, más dichoso que lo que había estado en todo el año pero, al mismo tiempo, sabiendo que aquella felicidad era pasajera, se llenó de furia contra todos los que buscaban disiparla, contra el mundo

entero y contra sí mismo. Bajo todo ello, subyacía, además, el disgusto y la vergüenza que él mismo se inspiraba. Después, cuando vio la pena inmensa de su familia y al reparar en el dinero que había derrochado, las lágrimas acudieron a sus ojos y comenzó la tremenda lucha con el fantasma.

Era ésta una lucha sin término y que uno no podía dominar, pero Jurgis no podía ver esto claramente, porque era poco el tiempo de que disponía para reflexionar, ya que vivía enteramente en el presente. Lo único que notaba era que siempre estaba batallando contra el enemigo. Sumido como estaba en la desesperación y en el abatimiento, el mero hecho de andar por la calle le abocaba a la tentación. Siempre había una taberna en la esquina; acaso cuatro en una encrucijada, algunas otras en medio de la manzana y cada una de ellas le tendía la mano; cada una de ellas tenía su propio carácter y un atractivo particular que la distinguía de las otras. Al ir al trabajo y al volver de él, antes de amanecer y después del ocaso, allí había una atmósfera cálida y acogedora, una luz espléndida, una comida caliente y acaso música; una cara amiga o una frase alegre y afectuosa que escuchar. Jurgis, ante ello, comenzó a buscar a la salida la compañía de Ona, cuyo brazo estrechaba con fuerza según avivaba el paso al cruzar ante aquellos lugares. Hubiera sido terrible —pensaba Jurgis— que Ona llegase a conocer su debilidad, sólo el hecho de pensarlo le enfurecía. Ella, que en su vida había probado las bebidas alcohólicas, no hubiera sabido comprender lo irresistible de la tentación. Algunas veces, sin embargo, en sus horas de desesperanza, Jurgis hubiera deseado que Ona conociese la bebida y, así, él no tendría que avergonzarse ante su mujer. Entonces podrían beber juntos y librarse de los horrores de la vida, aunque sólo fuera por cortos instantes, sucediera lo que sucediese.

De este modo llegó un tiempo en que casi toda la vida consciente de Jurgis se gastaba en su lucha contra la bebida. A veces, no podía ser peor su talante. En esas ocasiones llegaba a odiar a Ona y a toda la familia por interponerse en su camino. Entonces se persuadía de que había sido un tonto por casarse, porque de este modo se había atado de pies y manos, se había hecho esclavo. Si algo le obligaba a permanecer en los mataderos era, precisamente, su condición de casado; pues, si no hubiera sido por ello, habría buscado, imitando a Jonas, otros horizontes y

hubiera mandado al infierno a todos los empresarios. En la fábrica de abonos había, en efecto, muy pocos hombres solteros trabajando y esos pocos estaban allí temporalmente, acechando la primera oportunidad para largarse. Entretanto, ellos siempre tenían algo en qué pensar, aunque sólo fuera en la última vez que se habían emborrachado, mientras se recreaban en la esperanza de volver a emborracharse otra vez. De Jurgis, en cambio, se esperaba que llevara a su casa hasta el último centavo de lo que ganaba; no debía acompañar a sus camaradas durante el descanso del mediodía, sino sentarse en un rincón de la fábrica y despachar su almuerzo sobre un montón de polvo fertilizante.

Por supuesto, no siempre era éste su estado de ánimo; Jurgis continuaba amando a su familia. Pero en aquellos momentos estaba atravesando un período de crisis. El pobrecillo Antanas, por ejemplo, que nunca había dejado de conquistarle con sus sonrisas, ya no sonreía, cubierto todo él, como estaba, por granos rojos. El pobre niño, en su primer año, había sufrido todas las enfermedades que afectan a los pequeños, como escarlatina, anginas, fiebres y tos ferina. Ahora pasaba el sarampión. No tenía nadie que le cuidase, a excepción de Kotrina, ni habían llamado al médico, porque la familia andaba siempre falta de recursos; además, los niños no mueren de sarampión, por lo menos son pocos los casos. De cuando en cuando, Kotrina encontraba un poco de tiempo para atender a su llanto, pero la mayor parte del día había que dejarlo solo y sujeto en su camita, porque el suelo estaba tan frío y expuesto a las corrientes de aire que había que apartarlo, pues, en su estado, un catarro le hubiese costado la vida. También por la noche había que inmovilizarlo, para que no se destapase mientras los demás, rendidos por la fatiga, se abandonaban al sueño. De este modo el pequeño se pasaba horas y horas tendido y sin moverse, llorando sin cesar, casi convulso; y, luego, cuando el llanto acababa por agotarlo, se le oía gemir en silencio, torturado por la enfermedad. La fiebre le abrasaba, y tenía los ojos con llagas de tanto llorar. Cubierto de granos, bañado en sudor y lleno de rojeces, su aspecto no podía ser más lamentable.

Sin embargo, esta situación no era en realidad tan cruel como pueda parecer porque, enfermo y todo como estaba, Antanas era el menos desdichado de la familia. Tenía fuerza y naturaleza para

soportar las dolencias, como si todas esas dolencias físicas le hubiesen llovido para dar prueba de su prodigiosa constitución. Era el hijo de la juventud y de la alegría de sus padres; se había presentado con la lozanía y la frescura de una flor silvestre, y el mundo entero parecía ser tan sólo un marco a su figura. De ordinario, solía vérsele gateando todo el día por la cocina, siempre con cara de hambre, porque la porción de alimentos que la familia podía asignarle nunca era bastante y el pequeño no cesaba de reclamar más. Antanas tenía entonces poco más de un año y ya nadie, excepto su padre, podía dominarle.

Parecía como si se hubiese llevado consigo todas las fuerzas de su madre, no dejando absolutamente nada para los que pudieran venir tras él. Ona estaba embarazada por segunda vez y daba lástima verla; el mismo Jurgis, a pesar de su insensibilidad y su aturdimiento, no podía dejar de comprender las nuevas angustias que aquella circunstancia les reservaba; y, al pensar en ellas, se estremecía. Ona decaía por momentos. En primer lugar, había adquirido una tos semejante a la que había acabado con el abuelo, el viejo Diedas Antanas. Esta tos se le había iniciado en aquella mañana fatal en que la avidez de la compañía de tranvías la puso en la calle en medio de una copiosa lluvia; desde entonces la tos había ido creciendo en intensidad y ahora, a menudo, llegaba a despertarla por la noche. Aún peor que esto era el estado nervioso en que se hallaba. Sufría fuertes dolores de cabeza y ataques de llanto originados por las cosas más baladíes. Muchas veces volvía del trabajo a su casa con fuertes escalofríos y sin pensar en cenar, se dejaba caer en el lecho ahogada en lágrimas. También era frecuente que perdiese el dominio de sí misma, vencida por el histerismo, y entonces Jurgis experimentaba tanto miedo que creía perder la razón. Elzbieta trataba de explicarle que aquello no podía remediarse, que una mujer está sujeta a tales trastornos cuando se halla encinta, pero Jurgis se convencía con dificultad y pedía a todos que le explicasen lo que había sucedido. Ona nunca había estado en una condición semejante, decía Jurgis; aquello era monstruoso, inconcebible. Seguramente había que achacarlo a la vida que llevaba, a aquel maldito trabajo, que la estaba abrasando a fuego lento. Ona no estaba hecha para soportar una labor semejante; ninguna mujer lo estaba, en realidad, ni habría de

consentirse que mujer alguna trabajase de aquella manera; si el mundo no podía mantenerlas de otro modo, era preferible matarlas y acabar de una vez. No debían haberse casado ni tenido hijos; los obreros no deberían de crear vínculos. Si él hubiera sabido lo que era una mujer, su delicadeza y los sufrimientos a que estaban sujetas, se hubiera arrancado los ojos antes de fijarse en una. Y así seguía torturándose Jurgis, también medio histérico, lo cual resultaba un espectáculo lastimoso en un hombre de semejante constitución. Ona, entonces, procuraba rehacerse. Se arrojaba en los brazos de su marido y le suplicaba que se calmase, asegurándole que pronto se repondría, que todo marcharía bien. De este modo, Ona apoyaba la cabeza en el hombro de Jurgis y rompía a llorar, mientras él la miraba con expresión de total impotencia, como la fiera herida que no puede escapar y se convierte en blanco de cazadores invisibles cuyo acecho presiente.

Todo esto comenzó en septiembre: Ona le prometía, con voz trémula, que no volvería a suceder, mas era en vano. Cada crisis dejaba a Jurgis más aterrorizado y perplejo, más dispuesto a no confiar en las palabras de consuelo de Elzbieta y a creer que, en realidad, estaba sucediendo algo que no le dejaban saber. Una o dos veces, en esos arranques, miró a los ojos de Ona y le pareció que eran los de un animal cazado. Entre sollozos, decía frases sueltas de angustia y desesperación. La razón de que Jurgis no atendiera más a estas cosas era que estaba en un estado de insensibilidad y hundimiento que no le dejaba preocuparse por ello, excepto cuando se le venía encima. Vivía como una bestia de carga, sólo pendiente del presente.

Capítulo XV

Se avecinaba el invierno nuevamente, más amenazador y cruel que nunca. Era el mes de octubre y la proximidad de las fiestas imprimía un ritmo febril al trabajo. La máquina de preparar carne tenía que funcionar hasta altas horas de la noche para proveer de alimentos las mesas navideñas: Marija, Elzbieta y Ona, piezas de esa máquina, comenzaron a trabajar quince y dieciséis horas al día. En esto no había discusión; cualquiera que fuese su duración, no tenían más remedio que aceptar aquellas larguísimas jornadas si deseaban conservar sus puestos. Además, como esto suponía ingresos adicionales, se aplicaban a la labor con verdadero ahínco, indiferentes a la rudeza del esfuerzo. Empezaban a trabajar todas las mañanas a las siete, almorzaban a mediodía, y desde entonces seguían trabajando hasta las diez o las once de la noche sin volver a probar bocado. Jurgis propuso aguardar su salida para acompañarlas a casa por la noche; pero las mujeres no querían ni oír hablar de ello. La fábrica de abonos se cerraba al anochecer y no había sitio alguno donde Jurgis pudiera esperarlas entretanto, como no fuera una taberna. Así pues, concluido el trabajo, cada una abandonaba su taller y mal que bien, noche cerrada, emprendía la marcha hacia la esquina donde se habían dado cita. Si alguna se retrasaba y al llegar al punto de reunión encontraba que las otras dos se habían marchado ya, tomaba el tranvía, y, una vez en él, comenzaba una penosa lucha consigo misma para no dormirse. Un par de veces le pidió al conductor que gritara el nombre de su calle cuando llegaran y fue insultada por importunarle. Cuando llegaban a casa estaban tan rendidas que, sin ánimos ni para comer ni para

desnudarse, frecuentemente se metían en la cama vestidas y calzadas como iban, y el sueño las aturdía de inmediato. La cuestión era poderse levantar a la mañana siguiente en disposición de ir al trabajo. Si desfallecían, la batalla estaba perdida; si, por el contrario, conseguían resistir, habría carbón suficiente para enfrentarse al invierno.

Dos o tres días antes de Acción de Gracias, [14] sobrevino una tempestad de nieve que al anochecer ya cubría el suelo con una capa de más de dos pulgadas de espesor. Jurgis, que se proponía esperar a las mujeres, entró en una taberna huyendo del frío, pero como temiese, después de haber tomado dos copas, no poder sustraerse a la tentación, salió del lugar y echó a correr, como el que huye del demonio, sin detenerse hasta llegar a casa. Una vez allí, y con ánimo de esperar a las mujeres, se tendió vestido en el lecho. Un instante después, dormía profundamente. Cuando abrió los ojos estaba en medio de una pesadilla. Elzbieta le sacudía fuertemente para despertarlo, gritando al mismo tiempo.

Al principio Jurgis no captó el significado de sus palabras.

—¡Ona no ha venido! —clamaba Elzbieta.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Está amaneciendo. Es hora de levantarse.

Ona, pues, había pasado la noche fuera de casa con aquel frío horrible y las calles cubiertas por un palmo de nieve.

Jurgis se levantó de un salto. Marija lloraba de miedo y los chicos la imitaban, también el pequeño Stanislovas, siempre aterrado por la nieve. Jurgis no hizo más que ponerse las botas y el gabán, y en menos de un minuto estaba ya en la calle. Entonces, comprendió que no servía de nada apresurarse, cuando ni siquiera sabía adónde encaminar sus pasos, de modo que se detuvo junto a la puerta. Aún no era de día y continuaban cayendo copos espesísimos. Era tan profundo el silencio que incluso podía percibirse el tenue rumor de la nevada; era tan copiosa que, a los pocos segundos de haberse detenido para orientarse, Jurgis quedó cubierto de blanco.

No tardó en tomar una determinación, y echó a correr hacia los mataderos, preguntando en todas las tabernas que encontró abiertas a su paso. Ona podía haberse visto obligada, incapaz de afrontar la tormenta, a refugiarse en cualquier lugar, o bien haber sufrido

algún percance con las máquinas de la factoría. Cuando llegó al lugar donde Ona trabajaba, preguntó a uno de los vigilantes si tenía noticia de que hubiese ocurrido algún accidente. El guarda dijo que no había oído nada al respecto. Entonces Jurgis acudió al departamento donde se controlaba la llegada y salida de los obreros. Allí un empleado le informó de que la contraseña de Ona estaba en su sitio, lo cual quería decir que ella misma la había entregado por la noche, al concluir el trabajo.

Después de estas averiguaciones nada podía hacer, salvo esperar a la puerta del establecimiento caminando de un lado a otro para no helarse de frío. A aquellas horas, los mataderos ya estaban en plena actividad. Lejos, en los apartaderos del ferrocarril, estaban descargando ganado de los vagones y allí enfrente mozos del matadero acarreaban cuartos de buey de doscientas libras de peso para depositarlos en los vagones frigoríficos. Con las primeras luces del día llegó la oleada de los trabajadores, que avanzaban en nutridos grupos tiritando de frío, con las fiambreras del almuerzo balanceadas por la viveza del paso. Jurgis, entonces, se apostó junto a la ventana de la portería, único lugar con luz suficiente para distinguir los rostros de los que entraban. La nieve caía tan espesa que hubo de aguzar mucho la vista para convencerse de que Ona no había cruzado ante él inadvertida.

A todo esto dieron las siete, la hora en que la gran máquina conservera recobra su ritmo. Jurgis debía estar ya en su puesto de la fábrica de abonos pero, en lugar de ello, seguía allí, esperando a Ona con ansia indecible. Ya habían pasado más de quince minutos de la hora cuando, al ver surgir en mitad de la nieve una silueta conocida, profirió un grito y se precipitó hacia ella. Efectivamente era Ona, que llegaba corriendo y que, al distinguir a Jurgis, se lanzó a su encuentro para casi caer en sus brazos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Jurgis con impaciencia—. ¿Dónde has estado?

Pasaron algunos segundos antes que Ona pudiese tomar aliento para contestarle. Al fin, y haciendo un esfuerzo, exclamó:

—No pude llegar a casa. La nieve… los tranvías no circulaban…

—Pero, entonces ¿dónde has estado? —insistió Jurgis.

—En casa de Jadwiga, una compañera —dijo, todavía sofocada por la carrera—. Tuve que pasar allí la noche.

Pero en seguida notó que su mujer lloraba y estaba temblando como si fuese a acometerle una de aquellas crisis nerviosas que tanto temía.

—Pero ¿qué te ocurre? —exclamó Jurgis—. ¿Qué ha sucedido?

—¡Oh, Jurgis! ¡He pasado tanto miedo! —contestó ella abrazándose a él con todas sus fuerzas—. ¡Estaba tan preocupada!

Se encontraban entonces junto a la ventana de la portería y la gente empezaba a mirarles. Jurgis se llevó a Ona un poco más lejos al tiempo que, lleno de extrañeza, le preguntaba:

—¿Que has tenido miedo? ¿Qué quieres decir?

—Sí; he tenido miedo… Estaba asustada —dijo Ona gimiendo—. Me preocupaba qué irías a hacer, no sabiendo dónde estaba. Traté de ir a casa, ¡pero era tanto mi cansancio! ¡Oh, Jurgis, Jurgis!

Él se sentía tan dichoso de ver a Ona de regreso y a su lado que no acertó a discurrir nada más. No le pareció extraño que ella estuviese tan abatida y trastornada. Todo su miedo y todas sus protestas incoherentes no tenían importancia alguna al lado del hecho positivo de tenerla allí, junto a sí. La dejó llorar, hasta que se hubo desahogado y entonces, como eran cerca de las ocho, y los dos podían perder una nueva hora de salario si se entretenían, la dejó a la puerta del taller; la faz más blanca que la misma nieve y, en los ojos, aquella singular expresión de pánico.

Vino entonces otro breve intervalo de calma. Las Navidades estaban encima; y como seguían las nevadas y los fríos severos, todas las mañanas Jurgis acompañaba a su mujer al trabajo, llevándola en brazos en buena parte del camino, en medio de la oscuridad, y de traspiés en traspiés, hasta que una noche llegó el fin.

Faltaban sólo tres días para las fiestas. Hacia la medianoche, Marija y Elzbieta regresaron a casa y, al ver que Ona no había llegado todavía, no pudieron ocultar su preocupación. Las dos habían convenido en reunirse con Ona y, después de aguardarla infructuosamente, fueron al taller donde trabajaba, averiguando allí que todas las operarias habían marchado hacía más de una hora. Aquella noche no nevaba. El frío no era muy intenso y, sin embargo, Ona no aparecía. Algo más grave debía de ocurrir esta vez.

En vista de ello, despertaron a Jurgis, que se sentó en el lecho y

escuchó el relato con expresión ceñuda.

—Ona se habrá ido otra vez a casa de Jadwiga —les dijo—. Jadwiga vive a dos pasos de los mataderos y, probablemente, Ona estaría tan cansada, que se ha sentido sin fuerzas para regresar. Seguramente no le ha pasado nada y, aunque no fuera así, nada se puede hacer hasta que amanezca. Después de esto, Jurgis volvió a acostarse y, antes de que las dos mujeres hubiesen cerrado la puerta, ya estaba roncando de nuevo.

A la mañana siguiente, no obstante, se levantó una hora antes de lo ordinario y salió en busca de su mujer. Jadwiga Marciukus vivía al otro lado de los mataderos, detrás de Halsted street, con su madre y hermanas en una sola habitación situada en un sótano, porque su novio Mikolas había perdido recientemente una mano a causa de la gangrena, de modo que el matrimonio se había pospuesto indefinidamente. La puerta de la habitación estaba en la trasera de la casa y se llegaba a ella atravesando un patio muy estrecho. Al acercarse, Jurgis vio una luz en la ventana y le pareció oír ruidos de cocina, de manera que llamó a la puerta, casi esperando que Ona fuera quien contestase.

Pero, en lugar de su mujer, Jurgis vio a una de las hermanitas de Jadwiga que entreabrió la puerta y se le quedó mirando muy extrañada.

—¿Dónde está Ona? —preguntó él.

—¿Ona? —repitió la niña.

—Sí —dijo Jurgis—. ¿No está aquí?

—No —contestó la pequeña.

Jurgis hizo un brusco movimiento de sorpresa. En seguida apareció Jadwiga, asomando la cabeza por encima de la de su hermana. Al ver quién estaba a la puerta volvió a retirarse, porque estaba a medio vestir, y en voz alta pidió a Jurgis que la dispensara, pues su madre estaba muy enferma.

—Pero ¿no está Ona aquí? —preguntó Jurgis muy alarmado y sin dejarle concluir.

—No, aquí no está —contestó Jadwiga—. ¿Qué te ha hecho pensar eso? ¿Dijo Ona acaso que iba a venir?

—No —contestó Jurgis—. Pero no ha ido a casa esta noche y pensé que podría estar aquí, como la otra vez.

—¿Como la otra vez? —repitió Jadwiga con asombro.

—Sí —insistió Jurgis—. Aquella vez que tuvo que quedarse aquí.

—Sin duda te equivocas —respondió ella al momento—. Ona nunca ha pasado aquí la noche.

Jurgis parecía no entender aquellas palabras y porfió:

—No, Jadwiga, no estoy equivocado. Hace ahora precisamente dos semanas. Nevaba mucho. No pudo ir a casa y se vino aquí contigo.

—Repito que debe de haber alguna equivocación —insistió Jadwiga—. Ona no estuvo aquí ese día.

Entonces, Jurgis buscó apoyo en el marco de la puerta, como si le faltase el equilibrio. Jadwiga, llena de ansiedad, pues quería mucho a Ona, abrió la puerta de par en par, mientras con la otra mano se cerraba el cuello de la chaqueta.

—¿Estás seguro de haberla entendido bien? —exclamó—. Es posible que Ona se refiriese a otro sitio, a otra amiga. Ona…

—¡No! —la interrumpió Jurgis—. Fue aquí donde dijo que estuvo. Me habló de ti, de cómo eras y de lo que le dijiste. ¿Acaso no lo recuerdas? ¿No será que lo has olvidado? A lo mejor, estuviste fuera esa noche…

—¡No, no! —exclamó la joven, y al mismo tiempo se oyó una voz aguda desde el interior, que gritaba:

—¡Jadwiga! ¡Que el niño está cogiendo frío: cierra la puerta!

Durante otro minuto, o quizá menos, Jurgis estuvo diciendo cosas inconexas en dirección a la brevísima rendija que dejaba la puerta, y después, como realmente no había ya más que decir, musitó algunas excusas y se fue.

Aturdido, echó a andar, sin saber adonde. ¡Ona le había engañado! ¡Ona le había mentido! ¿Qué significaba esto? ¿Dónde había estado? ¿Dónde estaría entonces? Jurgis no comprendía nada, y menos aún podía resolver sus dudas; pero cien crueles sospechas le asaltaron y una vaga sensación de que alguna tremenda calamidad se cernía sobre él invadió todo su ser.

Como, en realidad, no podía hacer otra cosa, se dirigió al taller de Ona, resuelto a esperar en la portería. Aguardó cerca de una hora después de las siete y luego entró en el departamento donde Ona trabajaba y preguntó por la encargada. Ésta no había llegado todavía. Todas las líneas de tranvías procedentes del centro estaban paralizadas desde la víspera a causa de un accidente ocurrido en la

central eléctrica. Entretanto, y para no detener el trabajo, las máquinas de hacer salchichas estaban funcionando bajo la supervisión de otra persona. El hombre que informó a Jurgis de todo esto lo hacía sin detener su trabajo, como si temiese ser observado. A todo esto llegó un hombre que empujaba una carretilla de mano y que, sabiendo que Jurgis era el marido de Ona, se mostró muy intrigado al enterarse del suceso:

—Acaso la interrupción de los tranvías haya sido la causa —dijo como para tranquilizar a Jurgis—, puede ser que haya ido al centro…

—¡No, no! —exclamó Jurgis—. Mi mujer no ha ido nunca a la ciudad.

—Quizá no es así —respondió el hombre.

A Jurgis le pareció que el cargador había cambiado, según hablaba, una rápida mirada de complicidad con el operario de antes y se apresuró a preguntar:

—¿Qué sabes de todo esto?

A lo cual el otro, advirtiendo que el capataz le miraba, siguió su camino.

—Yo no sé absolutamente nada —exclamó vuelta la cara hacia Jurgis según se alejaba empujando la carretilla—, ¿qué quieres que sepa yo de los pasos de tu mujer?

Jurgis, entonces, salió del establecimiento y se puso a pasear ante la puerta. Allí permaneció toda la mañana sin dedicar el menor pensamiento a su trabajo de la fábrica de abonos. Hacia el mediodía se dirigió al puesto de policía para hacer averiguaciones, y luego volvió para de nuevo montar guardia a la puerta del taller de Ona. Finalmente, a media tarde, emprendió el camino de regreso hacia su casa.

En la avenida Ashland se había restablecido el tráfico y los tranvías circulaban atestados de viajeros. Al verlos pasar, Jurgis recordó involuntariamente la irónica observación que por la mañana le había hecho el de la carretilla y, sin darse cuenta de ello, comenzó a examinar con la vista, según los iba encontrando, coches y pasajeros. Pronto, sin embargo, se paró en seco y lanzó una exclamación para, finalmente, emprender veloz carrera tras uno de los tranvías cuyo avance siguió a lo largo de casi dos manzanas, siempre a corta distancia del vehículo. El sombrero negro con una

mustia flor roja, entrevisto fugazmente, podía no ser el de Ona, pero se le parecía demasiado. En todo caso, no tenía más que aguardar hasta la parada siguiente para despejar sus dudas, pues era allí donde debía apearse su mujer, si es que la dueña del sombrero lo era. Jurgis detuvo su carrera y dejó que el tranvía siguiera su marcha.

En efecto era Ona la mujer que había bajado del tranvía, y, tan pronto hubo doblado por la siguiente bocacalle, Jurgis echó a correr como antes. Asaltado por terribles sospechas, ahora no le avergonzaba espiarla. De esta forma la vio torcer la esquina próxima a su domicilio, y entonces, apurando de nuevo el paso, pudo avistarla en el momento en que subía los escalones del porche. Luego Jurgis se dio la vuelta y, por espacio de cinco minutos, se dedicó a andar y desandar un mismo trecho de calle. Tenía crispados los puños y prietos los labios. Cuando, por fin, se encaminó hacia la casa y entró en ella, su mente era una vorágine.

Al abrir la puerta vio a Elzbieta, que había estado también buscando a Ona y acababa de regresar. Al advertir la presencia de Jurgis, la mujer se puso a andar de puntillas y cruzando el índice sobre los labios, se llegó hasta él. Sin decir palabra, Jurgis dejó que la mujer se le acercara.

—¡Silencio! ¡No hagas ruido! —dijo Elzbieta con un rápido bisbiseo.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Ona está durmiendo —jadeó la mujer—. Está muy enferma, Jurgis, me temo que su razón desvaría. Anoche se extravió y no pudo dar con la casa. Hasta ahora no he podido conseguir que empezase a descansar.

—¿Cuándo volvió? —quiso saber.

—Esta mañana, apenas marcharte.

—¿Y ha vuelto a salir después?

—¡No, de ninguna manera! ¡Si está tan débil! Si…

Jurgis apretó fuerte los dientes.

—¡Todo eso es mentira! —exclamó.

Elzbieta tuvo un sobresalto. Había palidecido.

—¡Cómo! —exclamó, sofocando un grito—. ¿Qué significa eso?

En lugar de responder, Jurgis hizo a Elzbieta a un lado, se plantó de dos zancadas ante la puerta del dormitorio y la abrió.

Ona estaba sentada en la cama. Al ver entrar a su marido, los ojos se le llenaron de miedo. Jurgis cerró la puerta en la misma cara de Elzbieta y se acercó a su mujer.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

Ona tenía las manos prietamente cruzadas sobre el regazo. Junto a una intensa lividez, Jurgis advirtió en su rostro una expresión de dolor que lo demudaba. Dos o tres veces abrió ella la boca con ánimo de contestarle, pero apenas pudo articular sonido. Cuando por fin, rompió a hablar, lo hizo con voz apenas perceptible y atropelladamente.

—Jurgis, creo… creo que he estado sin sentido. Salí del trabajo anoche y me extravié en el camino. He estado andando, andando toda la noche, yo creo, y… no conseguí llegar a casa… hasta esta mañana.

—Estarías fatigada, necesitabas descanso, ¿por qué, pues, volviste a salir? —observó Jurgis en tono duro.

Estaba mirando a Ona de hito en hito y no se le escapó, por eso, la expresión de miedo y angustia que había asomado a sus ojos.

—He tenido que salir… a la tienda —balbuceó Ona con voz imperceptible—. Tuve que salir a…

—¡Me estás mintiendo! —dijo Jurgis.

Y, crispando las manos, avanzó un paso hacia ella.

—Pero ¿por qué mientes? —la increpó furibundo—. ¿Qué has hecho que te obliga a mentir?

—¡Oh, Jurgis! —exclamó ella con sobresalto—. ¿Cómo puedes creer…?

—¡Estás mintiendo, digo! —gritó él de nuevo—. Me dijiste que habías estado en casa de Jadwiga la otra noche y no es verdad. Esa noche estuviste en el mismo sitio donde has pasado ésta, en algún lugar del centro, porque te he visto bajar del tranvía. ¿De dónde venías?

Fue como si le hubiera asestado una puñalada y, herida de muerte, hubiese de desplomarse allí mismo. Primero, por un instante, se quedó extática mirando fijamente a Jurgis con expresión de terror; después, con un grito de angustia, se inclinó hacia adelante abriendo los brazos a su marido.

Mas él se apartó deliberadamente y la dejó caer. Ona se agarró al borde del lecho y, ocultando la cara entre las manos, hincó las

rodillas en tierra y rompió a llorar con grito herido.

A eso siguió una de aquellas crisis histéricas que tanto desmoralizaban a Jurgis. Ona gemía y lloraba presa de una angustia y un miedo que iban creciendo hacia el paroxismo. Fuertes estremecimientos sacudían todo su cuerpo, como el vendaval agita y sacude los árboles en las colinas. Parecía como si fuera a troncharse bajo la fuerza del embate, como si algo horrible, surgido de su interior, tomara posesión de ella, la torturara y desgarrase. Jurgis, que en crisis semejantes solía ponerse también fuera de sí, permaneció esta vez inmóvil, prietos los labios y agarrotados los puños por la tensión. Ona podía llorar hasta matarse, sin que esto le conmoviera ni le hiciese avanzar hacia ella una sola pulgada. Porque los llantos de su mujer sólo conseguían enfriarle la sangre y transmitir a su boca un temblor que no lograba dominar. Se alegró cuando Teta Elzbieta, pálida de espanto, abrió la puerta y se precipitó en la alcoba. Ello, sin embargo, no impidió que se volviese hacia la intrusa y profiriese un juramento.

—¡Fuera, fuera de aquí! —gritó.

Al ver que la mujer vacilaba y parecía dispuesta a decirle algo, la sujetó por un brazo y la expulsó de la habitación, cerrando en seguida la puerta, que atrancó colocando una mesa detrás. Luego se volvió otra vez hacia Ona y, encarándose con ella, gritó:

—¡Ahora, contéstame!

Pero Ona, todavía en poder de aquella fuerza maléfica, no le oyó. Jurgis acertó entonces a fijarse en sus manos, que se retorcían y agitaban saltando de un lado a otro del lecho como seres vivos. Pudo ver cómo fuertes convulsiones nacidas en su seno recorrían sus miembros sacudiéndolos violentamente. Lloraba y se sofocaba como si se acumulasen demasiados sonidos en su garganta empujándose y atropellándose unos a otros, como las olas del mar. Luego, su voz empezó a alzarse en gritos cada vez más fuertes, hasta que rompió en horribles y salvajes risotadas. Jurgis resistió todo esto hasta que no pudo más, y entonces, abalanzándose sobre ella y sujetándola por los hombros, la sacudió con fuerza al tiempo que le gritaba al oído:

—¡Para de una vez! ¡Para!

Ona le dirigió una mirada angustiosa y luego se arrojó a sus pies, agarrándolos fuertemente con ambas manos, sin que Jurgis

pudiera hacer nada por zafarse. Ella, entretanto, se revolcaba sobre el suelo, ocultando el rostro. Verla en esta actitud, puso a Jurgis un nudo en la garganta y le hizo gritar con más furia que antes:

—¡Para, te digo!

Esta vez Ona atendió a la orden y, conteniendo el aliento, permaneció tendida, sin que nada, salvo los ahogados sollozos que todavía la dominaban, quebrase su silencio. Por más de un minuto siguió así, perfectamente inmóvil, hasta que un terror frío invadió a Jurgis, que la creyó en trance de muerte. Y en ese momento oyó, muy tenue, su voz.

—¡Jurgis! ¡Jurgis!

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Tan débil estaba Ona que él no tuvo más remedio que arrodillarse a su lado para escuchar sus entrecortadas súplicas, que brotaban con gran esfuerzo.

—¡Ten fe en mí! ¡Créeme!

—¿Qué es lo que he de creer?

—¡Cree en mí! Cree que te amo; y no me preguntes… no me interrogues como antes lo has hecho… te lo ruego, Jurgis, te lo ruego. Es lo mejor; es…

Él trató de hablar, pero Ona le interrumpió en seguida, para prorrumpir en nuevas protestas.

—¡Si lo hicieses! ¡Si te contentases con creerme! No ha sido culpa mía. No pude evitarlo… Pero no pasará nada… No es nada… No te preocupes. ¡Por favor, Jurgis, te lo ruego!

A todo esto, Ona se había aferrado fuertemente a él y trataba de incorporarse para ver su rostro. Jurgis pudo percibir el temblor de las manos que le tendía y la fatigada respiración del pecho que trataba de estrechar contra él. Ona consiguió al fin apoderarse de una de las manos de Jurgis, y, asiéndola convulsivamente, se la llevó a la cara para bañarla en llanto según gemía:

—¡Créeme! ¡Créeme!

Pero, él, lleno de furia, replicó:

—¡No! ¡No voy a hacerlo!

Ona continuaba asida a él, gimiendo con desesperación:

—¡Oh, Jurgis! ¡Piensa en lo que estás haciendo! Esto nos arruinará, nos perderá para siempre. ¡No puedes, no debes hacerlo! Me volvería loca, me mataría. ¡Por Dios, Jurgis, no! Ahora no sé lo

que hago, ni lo que me digo. Pero esto no tiene importancia. Realmente tú no necesitas saber nada. Podemos ser felices. Podemos amarnos uno a otro como antes. ¡Por favor, por favor! ¡Créeme!

Pero estas palabras, en lugar de calmar a Jurgis, le enfurecían más. Con un brusco movimiento se desasió de Ona, la apartó de sí, y gritó:

—¡Contéstame, maldita sea! ¡Contéstame de una vez!

Ella se desplomó en el suelo y de nuevo rompió a llorar. Era como escuchar los lamentos de un alma en pena y Jurgis no pudo resistirlo. Descargando un puñetazo sobre la mesa, volvió a gritar:

—¡Contéstame!

Ona empezó entonces a emitir aullidos como los de un animal salvaje.

—¡No puedo! ¡No puedo! —chillaba.

—¿Por qué no puedes? —rugió él.

—Porque no sé cómo decirlo.

Entonces él se abalanzó sobre ella, la asió por los brazos, la alzó en el aire y, devorándola con la mirada, le dijo con un jadeo:

—Dime dónde estuviste anoche. ¡Acaba de una vez!

Ona, entonces, empezó a balbucear, deteniéndose en cada palabra:

—He estado… en una casa… en la ciudad…

—¿En qué casa? ¿Qué quieres decir?

Ona trató de sustraer su mirada a la de Jurgis, pero él se lo impedía.

—En casa de la señorita Henderson —dijo Ona jadeando, como si le faltara el aire.

Al principio, Jurgis pareció no comprender.

—En casa de la señorita Henderson —repitió sin entonación alguna.

Luego, de repente, como una explosión, la terrible verdad apareció ante él. Aturdido por ella, retrocedió unos pasos y profirió un grito. Luego, buscando apoyo en el muro, se llevó una mano a la frente, volvió los ojos en torno y dijo con ahogo:

—¡Dios! ¡Dios!

Pero en un instante se rehízo, y cayendo sobre Ona, que se arrastraba a sus pies, la aferró por el cuello y, ronco de ira, vociferó:

—¡Dime! ¿Quién te llevó a ese sitio?

Ona trató de desasirse y esto enfureció más a Jurgis. Creyó que era miedo lo que Ona sentía o que, lastimándola con la férrea presión de sus dedos, ella pretendía zafarse. No se daba cuenta de que era la angustia que le causaba su vergüenza.

Ona, sin embargo, contestó al fin:

—Mi jefe.

Jurgis había apretado aún más la mano y, sólo al ver que Ona cerraba los ojos, comprendió que la estaba asfixiando. Entonces aflojó los dedos y, agachándose sobre ella, aguardó a ver animados sus párpados. El aliento de Jurgis abrasaba la cara de su mujer.

—¡Dime! —mascculló por fin—. ¡Cuéntamelo todo!

Ella permanecía inmóvil por completo y cuando acertó, por último, a hablar, fue menester que Jurgis contuviera el aliento para no perder sus palabras.

—Yo no quería —murmuró Ona—, no quería hacerlo. Procuré… intenté resistir… Sólo fui por salvarnos… era el único medio.

Otra vez, después de estas palabras, siguió un silencio interrumpido por el jadear de Jurgis. Ona cerró los ojos y, cuando por fin volvió a hablar, lo hizo sin abrirlos.

—Él me dijo… que haría que me echasen, que nos despidiesen a todos. Dijo que nunca volveríamos a encontrar trabajo aquí… Hablaba en serio… Sé que nos hubiera arruinado.

Los brazos de Jurgis temblaban de tal modo que apenas conseguía mantenerse erguido. Varias veces, según escuchaba la confesión, osciló como si fuera a caer.

—¿Y cuándo… cuándo empezó esto?

—Desde el primer día que empecé a trabajar en el taller —contestó ella como en trance—. Todo fue una estratagema entre él y la señorita Henderson. Esa mujer me odia. Y él… él me deseaba. Solía abordarme en el muelle de carga y descarga, y luego empezó a insinuárseme. Me ofreció dinero. Me rogó, me suplicó, diciéndome que me quería. Después vinieron las amenazas. Sabía todo lo relativo a nuestra situación y que podía reducirnos a la miseria. Conoce a tu capataz y al de Marija también. Podía acosarnos, destruir nuestras vidas, y afirmó que lo haría, pero que, si yo… que, si le aceptaba, nunca habría de faltarnos el trabajo.

—¿Dónde fue eso?

—En el portal de la fábrica. Era de noche. Después de que todo

el mundo se había marchado. No pude hacer nada. Pensé en ti, en el niño, en mamá y en los chicos. Tuve miedo, miedo de Connor… y hasta miedo de gritar.

Pocos momentos antes, el rostro de Ona mostraba una palidez cenicienta, pero ahora se veía rojo como la grana. Su respiración se había hecho, de nuevo, fatigosa. Jurgis, entretanto, no articulaba un sonido. Ona continuó:

—Esto fue hace dos meses. Entonces quiso que fuese… a casa de la señorita Henderson. Quería que me quedase. Dijo que, si me quedaba, ninguno de nosotros necesitaría trabajar. Me obligó a ir a la ciudad al anochecer, cuando me creíais aún en la fábrica. Luego, una noche, nevó mucho y no pude volver. Anoche, también, los tranvías se paralizaron. Una cosa tan simple, y sin embargo, nos perdía… Traté de venir andando, pero no pude. Yo quería ocultártelo todo, ¡que no supieras nada! Las cosas hubieran seguido igual sin necesidad de que te enterases. Connor estaba ya cansado de mí y me hubiera dejado pronto en paz. Voy a tener un hijo y eso me ha afeado. Connor me lo dijo dos veces. Anoche mismo. Me pegó… también anoche… y ahora tú le matarás… Sí, tú le matarás y todos moriremos…

Ona dijo todo esto sin el menor estremecimiento. Seguía en el suelo, inerte, como muerta y ni siquiera pestañeó. Jurgis no había pronunciado una sola palabra. Se incorporó haciendo un esfuerzo y, puesto de pie, permaneció unos instantes inmóvil junto a la cama. Luego, sin dirigirle una mirada, se volvió hacia la puerta, abrió y salió sin reparar siquiera en Elzbieta, que se agazapaba en un rincón, muda de espanto. Sin detenerse, descubierta la cabeza, salió a la calle, dejando la puerta abierta tras de sí. En el instante en que puso los pies en la acera, echó a correr como un loco.

Su carrera fue furiosa, desesperada, ciega. Se encontró en la avenida Ashland antes que la falta de respiración le obligase a acortar el paso y entonces, viendo un tranvía, se lanzó tras de él y lo tomó en marcha. Los ojos le fulgían como ascuas, flotaba su cabello al viento y jadeaba como un potro cansado, como un toro herido. La gente en el tranvía, no reparó, sin embargo, en nada de todo ello. Acaso juzgaban natural que un hombre que olía como Jurgis presentara un aspecto tan salvaje. Todo el mundo empezó a apartarse de él, como de costumbre. El propio cobrador tomó con

repugnancia los cinco centavos del billete sin tocar la moneda más que con la punta de los dedos y luego se quedó solo. Jurgis no se dio ni cuenta de esto. Sus pensamientos estaban muy lejos y su interior ardía como un horno. Estaba contenido como un resorte, presto a dispararse en cuanto llegara el momento.

Había recobrado en parte el aliento cuando el tranvía llegó a la entrada de los mataderos, de modo que pudo, sin aguardar a que el vehículo se detuviese, saltar a tierra y reemprender la marcha a todo correr. Las gentes que encontraba a su paso se volvían a mirarle, pero él no reparaba en nada ni en nadie. Vio el establecimiento donde Ona trabajaba y allí se dirigió, atravesando sin detenerse el portal para enfilar el corredor que, partiendo de él, llevaba al departamento que buscaba. Jurgis conocía de vista a Connor, el capataz de los cargadores, y así llegó al lugar en donde esperaba encontrarle, se detuvo y miró a su alrededor.

Las máquinas estaban entonces en pleno trabajo, y los hombres y mujeres acarreaban cajas y barriles hacia los camiones dispuestos para transportarlos. Jurgis registró todo el muelle de carga de una rápida ojeada, pero el hombre que andaba buscando no estaba allí. Súbitamente, oyó una voz en la galería próxima, y hacia allí se dirigió de un salto. A los dos segundos tenía al capataz frente a él.

Era un irlandés corpulento, de rostro encendido y groseras facciones, que olía a whisky a veinte pasos. Al ver a Jurgis entrar en la galería, palideció. El hombre vaciló un momento, como si pensara huir, pero, un instante más tarde, su enemigo estaba encima. El irlandés alzó los brazos instintivamente, como para protegerse la cara; pero Jurgis, lanzándose hacia él con toda la fuerza de su cuerpo y de su brazo, le dio entre los ojos un golpe tremendo que le hizo caer redondo al suelo. Un segundo después estaba sobre él, clavándole los dedos en la garganta.

La sola presencia de aquel hombre daba cumplido testimonio del crimen cometido. El solo contacto con su cuerpo hizo que Jurgis se volviera como loco, sacudiendo todos sus nervios y despertando la bestia que llevaba dentro. Aquel hombre, mejor, aquella bestia inmunda, se había solazado con Ona a su antojo y ahora lo tenía allí, en sus manos. ¡Ahora llegaba su turno! Jurgis sintió como una ola de sangre que le nublaba la vista y, loco de rabia, gritando y aullando, alzó a su víctima y comenzó a golpearle la cabeza contra

el suelo.

En la nave, por supuesto, la confusión no podía ser mayor. Las mujeres se desmayaban o gritaban despavoridas y los hombres acudían a la carrera. Jurgis estaba tan ciego, descargando su rabia en su enemigo, que ni se dio cuenta de que la gente trataba de apartarle de su presa. Solamente cuando media docena de aquellos hombres le agarraron por brazos y piernas, procurando sujetarle y alejarlo, comprendió que trataban de arrancarle de su captura. Entonces, y más rápido que un relámpago, clavó sus dientes en la mejilla del irlandés; y cuando los cargadores consiguieron separarlos, la boca de Jurgis chorreaba sangre, y de sus dientes pendían tiras de la piel de su enemigo.

Los cargadores tumbaron a Jurgis en tierra y allí le agarraron por piernas y brazos, pero a duras penas podían sujetarlo. Luchaba como un tigre, debatiéndose con tal denuedo que poco faltó para que los derribara a todos y se abalanzase de nuevo sobre su oponente, que yacía en tierra sin sentido. Pero llegaron más obreros, hasta que se formó sobre Jurgis una verdadera montaña de cuerpos, brazos y piernas, luchando, moviéndose y forcejeando de uno a otro lado del local. Al fin, con el peso de todos, más que con la fuerza, consiguieron reducirlo y, falto ya de aliento, se lo llevaron al puesto de guardia de la fábrica, donde permaneció inmóvil hasta la llegada del coche patrulla de la policía que se lo llevó.

Capítulo XVI

Cuando lo pusieron en pie, exhausto y medio aturdido como estaba, y viendo también los uniformes azules de los policías, Jurgis no opuso más resistencia. Le metieron en un furgón celular, con media docena de agentes vigilándole a la mayor distancia posible, a causa del hedor de los fertilizantes. Después se encontró ante el pupitre del sargento de guardia, donde hubo de dar nombre y domicilio para enterarse, luego, de que le detenían acusado de asalto y agresión. En su marcha hacia el calabozo, un enorme policía le increpó duramente porque se equivocó de galería y después le dio un puntapié porque no iba bastante de prisa. Sin embargo, Jurgis ni levantó los ojos, habiendo vivido dos años y medio en Packingtown, sabía perfectamente cómo se las gastaba la policía. Oponerse a sus métodos allí, en sus propios dominios, era jugarse el físico. A la menor provocación se le echarían encima una docena de guardias que le destrozarían la cara a puñetazos. Y si de la zapatiesta, salía con el cráneo fracturado, cosa más que posible, el informe policial zanjaría el asunto atribuyéndolo a una caída por causa de la embriaguez. Nadie advertiría la diferencia ni iba a tomarse, tampoco, el trabajo de averiguar lo ocurrido.

Ya en el calabozo, se cerró tras él una puerta cargada de cerrojos y Jurgis quedó completamente solo. Se sentó, entonces, en un banco y ocultó el rostro entre las manos. Tenía el resto de la tarde y toda la noche para entregarse a sus pensamientos.

Se sentía, al principio, como la fiera que, tras el festín que le ha proporcionado su presa, queda sumida en el estupor de la satisfacción. Había dado a aquel canalla una buena paliza. Si le

hubiesen dejado un minuto más, el castigo hubiera sido mayor, pero, aun así, le pareció satisfactorio. Los dedos le hormigueaban aún por el contacto del cuello de su rival. Pero más tarde, poco a poco, conforme se iban restaurando sus energías y aclarándosele los sentidos, comenzó a ver las cosas de otro modo, más allá de esta momentánea satisfacción. El haber dejado medio muerto al capataz no remediaba en modo alguno todos los horrores que Ona había sufrido, ni podía borrar su recuerdo en el resto de sus días. No servía, tampoco, para mantenerla a ella y a su hijo, porque Ona seguramente perdería su puesto en la fábrica… y, en cuanto a él, sólo Dios sabía qué destino le aguardaba.

La mitad de la noche se la pasó dando pasos por el calabozo, debatiéndose con esta pesadilla; y cuando, ya rendido, se echó en el banco tratando de dormir, se encontró, por primera vez en su vida, con que no podía vencer la excitación de su cerebro. En el calabozo contiguo había un borracho recluido por apalear a su mujer y en la celda siguiente, un maníaco empeñado en proferir alaridos. A medianoche, la policía abría el puesto a los infelices sin hogar que, temblando de frío, se apelotonaban a la puerta a la espera de que se les permitiese hacinarse en la galería que corre delante de los calabozos al abrigo de las gélidas ventadas invernales. Algunos de estos indigentes se echaban en el desnudo suelo de losas y rompían, sin más, a roncar; pero otros continuaban en vela, hablando, riendo, jurando y disputando. El aire del local se había corrompido con el hálito de aquellas gentes, lo cual no impidió que algunos percibieran el olor que despedía Jurgis, con lo que empezaron a llamar para su castigo todas las penas del infierno; él, sentado en lo más hondo del calabozo, se dedicaba a contar los latidos que la sangre llevaba a sus sienes.

A la hora reglamentaria le sirvieron la cena, que consistía en una mezcla de rebanadas de pan seco, servidos en un plato de estaño, y un café al que los detenidos solían llamar «la droga» porque aseguraban que el café tenía tranquilizantes. Y a buen seguro que, de haberlo sabido, Jurgis hubiera apurado con ansia aquel brebaje para aplacar la pena y la ira que mantenían sus nervios en tensión. De madrugada, cuando el local quedó en silencio, Jurgis se levantó y comenzó de nuevo a recorrer la celda en todas direcciones, hasta que, surgido de lo más hondo de su ser, un espectro horrendo, un

cruel fantasma de rojas pupilas, se ensañó con su corazón, cuyas fibras comenzó a desgarrar una por una.

No era por él por quien sufría. A un hombre que trabaja en la fábrica de abonos de Anderson's, ¿qué le importa ya lo que pueda hacerle el mundo? ¿Qué era la tiranía de una prisión comparada con la tiranía de su pasado, con las desdichas sufridas cuya memoria nunca podría borrar? El horror de todo esto le volvía loco. Jurgis alzó sus brazos al cielo implorando que le ahorrase aquella tortura; pero tal merced era imposible, porque ni en los cielos hay poder para impedir lo que ya ha sucedido. Éste era el fantasma que no podía ahuyentar, que le seguía, que se apoderaba de él, que lo derribaba y golpeaba contra el suelo. ¡Ah, si lo hubiera podido prever! ¡Y pensar que, de no haber sido tan loco, todo se habría podido evitar! Discurriendo así, se golpeaba la cabeza con las manos y se maldecía a sí mismo por haber consentido que Ona fuese a trabajar a ningún establecimiento de Packingtown, por no haberse interpuesto entre su mujer y un destino tan frecuentemente repetido. Debía haber mantenido a Ona siempre apartada de aquel mundo, aunque fuese a costa de morir juntos de hambre en el arroyo, en medio de las calles de Chicago. Pero, ya nada tenía remedio y, sin embargo, lo sucedido se le antojaba demasiado terrible, demasiado monstruoso.

Aquélla era una prueba que excedía cuanto un hombre puede afrontar. Un nuevo estremecimiento sacudía todo su cuerpo cada vez que pensaba en ello. No. Era imposible soportar aquella carga. Era imposible vivir bajo aquel peso. Y lo mismo había de sucederle a Ona. Sabía que, aunque la perdonase, aunque se lo suplicara de hinojos, ella no podría volver a mirarle a la cara, ni podría ser su mujer de nuevo. La vergüenza la mataría. Sí: Ona no podía esperar más consuelo ni otro olvido que los de la muerte y era mejor que muriera.

Todo esto era evidente, clarísimo, y, sin embargo, por una cruel inconsecuencia, cada vez que salía de esta pesadilla era para sufrir aún más imaginando a Ona reducida a la inanición. A él lo habían metido en la cárcel, sabe Dios por cuánto tiempo, años tal vez. Ona, seguramente, no volvería a trabajar, hecha pedazos como estaba. Elzbieta y Marija también perderían sus puestos. Si Connor, aquel

engendro infernal, decidía arruinarlos, toda la familia se vería en la calle. Aun cuando esto no sucediera, tampoco podrían subsistir. Aunque los chicos dejasen de nuevo la escuela y volviesen a trabajar, sin el salario de Ona y sin el suyo era imposible soportar todos los gastos. Los recursos de la familia se reducían en aquel momento a unos pocos dólares. Acababan de pagar el alquiler de la casa hacía una semana; pero, como lo habían abonado con dos de retraso, dentro de ocho días les tocaría pagar otra vez. Y, sin dinero para afrontar el compromiso, perderían la casa después de una lucha tan larga y agotadora. Porque, por tercera vez ya, el agente les había notificado que no les tolerarían un nuevo retraso. Acaso era una mezquindad por parte de Jurgis pensar en la casa cuando aquella otra calamidad pesaba sobre su ánimo, pero ¡habían sufrido tanto por aquella casa, habían hecho por ella tantos sacrificios! No sólo constituía su única esperanza de alivio para el porvenir, sino que en aquel empeño habían puesto todos sus recursos y ellos eran gente trabajadora y pobre para la que el dinero representaba la misma sustancia de la vida, su cuerpo y su alma, la misma energía que les permitía alentar y cuya ausencia determinaba su muerte.

Ahora iban a perderlo todo. Se verían en la calle y obligados a buscar asilo en algún gélido sotabanco para vivir o morir como mejor supieran. Toda esa noche, y otras muchas, hubo Jurgis de entregarse a estas reflexiones y vivir en sus menores detalles, tan verazmente como si asistiera a él en persona, al cuadro que representaban. Vio a su familia vender los muebles; después, caer en deuda y perder el crédito en las tiendas; les vio pedir prestado al buen Szadwilas, cuya tienda de comestibles estaba también al borde de la ruina. Los vecinos les ayudarían un poco. La pobre Jadwiga, enferma y todo, les llevaría algunos centavos, como hacía siempre cuando veía gente conocida muy necesitada; y Tamoszius Kuszlejka les entregaría de vez en cuando lo que sacara de uno de aquellos conciertos que duraban toda una noche. De este modo, irían trampeando, hasta que él saliera de la cárcel. Pero ¿sabrían que había sido encarcelado? ¿Se podrían enterar de dónde estaba y cómo lo pasaba? ¿Les permitirían ir a verle? ¿O formaba parte de su castigo que no pudiera conocer la suerte de su familia?

Su pensamiento no vislumbraba sino el lado peor de las cosas. Veía a Ona atormentada y enferma; a Marija sin trabajo y sin

recursos; al pobre Stanislovas imposibilitado de ir al trabajo por causa de la nieve y, en fin, a toda la familia abandonada en mitad de la calle. ¡Dios Todopoderoso! ¿Los dejarían perecer en medio de la calle? ¿No habría para ellos ningún socorro? ¿Andarían errantes hasta que la nieve los helase? Jurgis nunca había visto muertos de hambre en las calles; pero sabía de gente que había desaparecido sin que llegara a saberse su paradero y, aunque el municipio tenía un departamento para el socorro de los necesitados y existía una asociación de caridad en el distrito de los mataderos, Jurgis nunca había oído hablar ni del uno ni de la otra. Porque ambos centros operaban sin anuncios, teniendo siempre muchas más demandas de las que pueden atender, silenciando sus actividades.

Así llegó la mañana. Le hicieron montar de nuevo en el furgón celular, esta vez en compañía del alcohólico que pegaba a su mujer, del maníaco, de varios borrachos sin otra calificación, de varios camorristas de taberna, de un ladrón y de otros dos hombres que habían sido detenidos por robar carne de las fábricas de conserva. Con todos ellos entró en una gran sala de paredes blancas, que olía a rancio y se hallaba atestada de gente. En el fondo de esta sala, sobre una plataforma protegida por una baranda, se encontraba sentado un individuo grueso, rozagante, un irlandés de cara animada y satisfecha y con la nariz cubierta de manchas rojas.

Jurgis comprendió entonces que no lo iban a juzgar pero, en realidad, no sabía por qué, pues ignoraba si su enemigo habría muerto o no, y, en caso afirmativo, qué castigo le aguardaba. Acaso lo hervirían vivo o le apalearían hasta matarlo. Nada hubiera sorprendido a Jurgis, que conocía muy poco de leyes. Sin embargo, y por lo que había oído a su alrededor, llegó a la conclusión de que el personaje que ocupaba la plataforma y que, por cierto, tenía una voz muy resonante, debía ser el famoso juez Callahan, acerca del cual la gente de Packingtown hablaba siempre con miedo.

Pat Callahan o «Pat el Gruñón», como se le llamaba antes de haber ascendido al sitial de juez, había empezado su vida como aprendiz de carnicero, convirtiéndose, después, en un púgil de reputación local. Se metió en política en cuanto aprendió a hablar un poco en público y, antes de tener edad para ejercer el voto, ostentaba ya dos destinos oficiales en régimen simultáneo. Si Cassidy era el pulgar, Pat Callahan era el dedo índice de la mano

invisible con que los patronos de Packingtown oprimían al pueblo del distrito. Ningún político en Chicago había llegado a conquistar en tan alto grado la confianza de los empresarios. Y la cosa venía de lejos. En realidad, Callahan había sido agente de negocios en el Ayuntamiento del Chicago del viejo Anderson, el hombre hecho a sí mismo, en los días en que la ciudad comenzaba a configurarse. «Pat el Gruñón» había despreciado en los primeros años de su carrera política toda clase de empleos municipales, aspirando sólo a ganar verdadera influencia en el partido y dedicando el resto de su tiempo a regentar los negocios ilícitos y los burdeles de los que era propietario. Al pasar los años, sin embargo, cuando sus hijos estaban ya crecidos, comenzó a apreciar el valor de la respetabilidad y se hizo designar magistrado, cargo, para el cual no podía ser más apto, en vista de sus fuertes ideas conservadoras.

Durante las dos horas que duró la espera, Jurgis se dedicó a inspeccionar visualmente la sala. Confiaba en que algún miembro de su familia estaría allí, entre el público, pero sus esperanzas resultaron fallidas. Finalmente, fue conducido al banquillo y un abogado de la compañía compareció como acusador. Tras referir, en breves palabras, que Connor estaba en tratamiento facultativo, el abogado solicitó del juez que suspendiese el caso por una semana, manteniendo, entretanto, en prisión al detenido.

—¡Trescientos dólares! —fue la contestación inmediata del juez.

Lleno de asombro, Jurgis miraba, alternativamente, al juez y al abogado acusador.

—¿Hay alguien que responda por usted? —preguntó el juez.

Como Jurgis no entendiera la pregunta, un oficial del juzgado, que estaba junto a él, le explicó su sentido. Jurgis, entonces, contestó negativamente con la cabeza y, antes de que pudiera percatarse de nada, se encontró con que los policías se lo llevaban. Le condujeron a otra sala donde aguardaban otros detenidos y allí permaneció hasta que concluyeron las vistas, tras lo cual y otra vez a bordo del furgón, hubo de soportar, helado de frío, la larga marcha hasta la cárcel provincial, sita en la parte norte de la ciudad, a nueve o diez millas de los mataderos.

Allí registraron minuciosamente a Jurgis, dejándole sólo el dinero que llevaba consigo y que sumaba quince centavos. Luego lo metieron en una habitación y le ordenaron que se desnudara para

bañarse. Después lo condujeron por la larga galería que flanqueaba las celdas de los presos. Para los huéspedes de la prisión, la revista diaria de los recién llegados, que pasaban por la galería completamente desnudos, constituía un gran acontecimiento con comentarios para todos los gustos. Con la vana esperanza de que dejara en él parte de los ácidos y fosfatos que impregnaban su cuerpo, a Jurgis le obligaron a permanecer en el baño más tiempo que los demás.

Las celdas, por lo general, eran compartidas por dos presos, pero aquel día había una vacía y allí encerraron a Jurgis. Las celdas se hallaban dispuestas en largas filas abiertas sobre un corredor. La de Jurgis tenía unos siete pies de largo por cinco de ancho con un piso de losas y un macizo banco de madera empotrado en el muro. La celda no tenía ventana, de modo que la única luz que recibía era la procedente de las troneras del centro de la nave, abiertas cerca del techo. En la celda había dos literas superpuestas, cada una con un jergón de paja y un par de mantas cenicientas, acartonadas por la suciedad y plagadas de pulgas, chinches y piojos. Cuando Jurgis levantó los jergones, descubrió bajo ellos una colonia de cucarachas que huyeron despavoridas como él, en todas direcciones.

La comida que le sirvieron incluía, además de la «droga», una escudilla de sopa. Muchos de los presos se hacían llevar su comida de un restaurante; pero Jurgis no tenía dinero para eso. Algunos disponían, también, de libros y naipes, y hasta de velas para alumbrarse por la noche pero, falto de todo esto y completamente solo, no le quedó a Jurgis más que la oscuridad y el silencio. Tampoco pudo dormir y eso hizo que se viese hostigado por los mismos pensamientos abrumadores de la noche anterior, auténticos trallazos sobre su espalda desnuda. La noche le encontró debatiéndose en su celda como una fiera enjaulada. De cuando en cuando la desesperación le llevaba a precipitarse contra los muros de su encierro, o a descargar sobre ellos furiosos puñetazos, no consiguiendo sino lacerarse pues las paredes eran duras y crueles, como los hombres que las habían construido.

A poca distancia de la cárcel había un campanario que desgranaba, una a una, las horas. Al llegar la medianoche, Jurgis estaba tendido en el suelo, con la cabeza reclinada en los brazos, escuchando. Al final, en vez de quedar en silencio, las campanas

rompieron en un agitado repique. Jurgis levantó la cabeza. ¿Qué podría significar aquello? ¿Sería fuego? ¡Santo Dios! ¡Si hubiera fuego en la cárcel! Al fijarse, le pareció percibir cierta melodía en los sonidos. Las campanas grandes sonaban en combinación con las pequeñas y había ritmo y medida en la producción de las notas, que parecían empeñadas en despertar a toda la ciudad. A aquéllas se unieron luego, más distantes y dispersas, muchas otras campanas, todas repicando como de alborozo. Pasó algún tiempo antes de que Jurgis, perplejo, entendiera el significado de aquel bullicio. Era Nochebuena.

Nochebuena. Lo había olvidado por completo. Pero, en aquel instante, las puertas de su imaginación se abrieron de par en par y un torrente de recuerdos y de melancolía se desbordó en su mente. Allá, en la lejana Lituania, ellos habían celebrado también la Nochebuena. Todo acudió a su memoria, como si hubiera sido anteayer: él era niño; entonces vivía su hermano y también su padre: habitaban todos la choza perdida en lo más profundo del bosque, donde la nieve, cayendo día y noche, los tenía apartados del mundo. Verdad que las tierras de Lituania eran demasiado remotas para que hasta ellas llegase el influjo del exótico Santa Claus, pero no estaban tan lejos que no pudiesen alcanzarles las bendiciones de paz y buena voluntad para los hombres, para que no llegase hasta allí la soberana visión y el glorioso resplandor del Niño Dios. Hasta en el mismo Packingtown, la familia lituana no había olvidado la celebración de la Nochebuena. Nunca había faltado algún resplandor de aquella festividad que rompiese las negruras de su vida. La última Nochebuena y todo el día de Navidad, Jurgis había estado trabajando en el *killing floor* y Ona embalando jamones, pero aún encontraron tiempo y fuerzas suficientes para llevar a los pequeños a dar un paseo por la avenida y contemplar los escaparates de las tiendas que aparecían todos, profusamente iluminados y adornados con árboles de Navidad. En un escaparate se veían gansos vivos; en otro, prodigios de azúcar, barras de caramelo, blancas y rosadas, de tamaño enorme, como concebidas para contentar gigantes, y tortas coronadas con querubines. Una tercera tienda mostraba filas de rollizos pavos amarillos, decorados con rosetas y conejos y ardillas colgados. Otro almacén presentaba un mundo de ensueño, poblado de juguetes

maravillosos: muñecas con preciosos vestidos color de rosa, borreguitos con su piel de lana, tambores y sombreros como los que lucen los soldados. Nunca la familia lituana pasó de largo sin llevar su parte de todas estas cosas. La última vez habían vuelto a casa con una gran cesta colmada de compras navideñas: cerdo asado, una col para aderezarlo y pan de centeno; un par de mitones para Ona; una muñeca de caucho que reía y lloraba: en fin, una cornucopia verde, llena de dulces, que colgaron del mechero de gas en la habitación principal de la casa y que los niños contemplaban con ojos asombrados.

Medio año de máquinas salchicheras y de fabricación de abonos no había bastado para destruir en ellos el espíritu de la Nochebuena. Jurgis tuvo ahora que ahogar un gemido al recordar que la noche de la primera ausencia de Ona, Teta Elzbieta le tomó del brazo y le mostró un regalo del día de san Valentín que había comprado por tres centavos en una papelería. Era una tarjeta algo deslucida por el almacenaje, pero llena de vivos colores y adornada con figuras de ángeles y de palomas. Ella, que había limpiado cuidadosamente las manchas que tenía la tarjeta, se proponía colocarla sobre la chimenea, donde los niños pudiesen alegrar sus ojos. Los sollozos ahogaban a Jurgis según revivía estos recuerdos y consideraba su situación actual. La familia pasaría esta Nochebuena sumida en la desesperación y la miseria: él en la cárcel, Ona enferma, y la casa completamente desolada. Era demasiado atroz. ¿Por qué, al menos, no le habían dejado en paz? ¿Por qué, después de encerrarle en un calabozo, le llenaban los oídos con el campaneo de Navidad?

Pero aquellas campanas no sonaban para él ni le estaba destinada la Nochebuena que proclamaban: él estaba al margen de todo ello. Él no era nadie. Había sido arrojado a un lado, como un trapo viejo, como los despojos de un animal. Aquello era realmente horrible. Acaso su mujer estuviera agonizando, su hijo muriéndose de hambre, toda la familia pereciendo de frío, mientras sonaba el alegre repique de Nochebuena. Y lo más amargo de esta burla era que todo esto se suponía un castigo para él solo. Le habían encerrado en un sitio donde la nieve no podía azotarlo, donde el frío no podía calarle los huesos; le habían dado alimento y bebida. ¿Por qué, santo cielo, si el castigado era él, no habían encarcelado a

su familia, abandonándole a él en la calle? ¿No habían encontrado otro medio de castigarle que dejar a tres débiles mujeres y seis inocentes niños a merced del hambre y del frío?

Ésta era la ley de los hombres, ésta su justicia. Jurgis se puso en pie, temblando de rabia, apretados los puños, alzados los brazos, y todo su espíritu vibraba de odio y desafío. ¡Malditos mil veces los hombres y malditas sus leyes! ¿Su justicia…? Era mentira, una odiosa y brutal mentira; algo demasiado negro y odioso para un mundo que no fuera el de las pesadillas: era una burla vergonzosa y sangrienta. Aquello no era justicia; aquello no era derecho ni nada parecido: era sólo violencia, tiranía; el prurito del poder, ejercido sin freno y sin medida. La sociedad le había pisoteado, había agotado todas sus energías, asesinado a su anciano padre, aniquilado a su mujer, aplastado y deshecho a toda su familia; y ahora, habiéndole convertido en un objeto inservible, lo desechaba; y porque él había tratado de intervenir, porque se había interpuesto en el camino de la sociedad, ésta lo trataba de aquel modo. Los hombres lo encerraban tras barrotes de hierro, como si fuera una bestia feroz o un ser irracional, sin derechos, sin afectos, sin sentimientos. ¡No! ¡Ni a una bestia la hubieran tratado los hombres como lo trataban a él! ¿Acaso un hombre cabal que caza un animal salvaje en su cubil abandona la prole para que muera de hambre?

Aquellas horas de medianoche fueron horribles para Jurgis. En ellas comenzó su rebeldía, su descreimiento, su odio a la ley. Jurgis carecía de las luces suficientes para seguir la pista a aquel crimen social hasta sus orígenes. Jurgis no sabía que lo que a él le aplastaba era lo que los hombres llamaban el «sistema», que eran los patronos, sus amos, los que habían comprado la ley y los que habían lanzado contra él su brutal voluntad desde el sitio que debía ocupar la justicia. Jurgis no veía más que a él, desde el principio hasta el fin, le habían tratado de un modo que no merecía, que no correspondía a la rectitud de sus intenciones; que la ley, la sociedad con todo su poder, lo habían declarado su víctima. Y, a medida que pasaban las horas, su espíritu se ennegrecía más; a cada momento sentía más deseos de venganza, de desafío, de odio rabioso y frenético.

Así escribió un poeta a quien la sociedad había aplicado su justicia:

CAPÍTULO XVII

A las siete de la mañana siguiente dejaron a Jurgis salir de la celda para procurarse agua con que limpiarla, operación que hizo a conciencia, pero que la mayor parte de los presos acostumbraban a descuidar, hasta que sus calabozos estaban tan sucios que los guardianes tenían que intervenir. Después, obtuvo como desayuno los consabidos mendrugos y el famoso café y, por último, un recreo de tres horas en un largo patio de paredes de cemento y techo de cristal. El patio era el punto de reunión de todos los reclusos que lo ocupaban formando nutridos grupos. A un lado había una zona destinada a visitantes, protegida por una recia alambrada doble con un foso intermedio de un pie de anchura, concebido para que los presos no pudieran recibir objetos del exterior. Jurgis estuvo mirando con ansiedad en aquella dirección durante el tiempo del recreo, más para él no hubo visita.

Luego, a poco de haber regresado a su celda, el guardián abrió la puerta para introducir un nuevo preso. Era éste un joven de apuesta figura, de bigote trigueño, ojos azules y facciones muy agraciadas. El recién llegado saludó a Jurgis con un movimiento de cabeza y, una vez que el guardián hubo cerrado de nuevo la puerta, comenzó a examinar con aspecto crítico el contorno. Cuando, en una de esas ojeadas, se encontró con la mirada de Jurgis le dijo:

—¡Bien, compañero! ¡Buenos días!

—Buenos días —contestó Jurgis.

—Bonita manera de pasar la Navidad, ¿eh? —añadió el otro.

Jurgis asintió con la cabeza.

El nuevo huésped se dirigió entonces hacia las literas y

reconoció las mantas. Después levantó los jergones, pero los soltó en seguida:

—¡Dios santo! Esto va de mal en peor —y, después de haber dedicado a Jurgis una nueva mirada, añadió—. Parece que no ha dormido aquí esta noche. Insoportable, ¿no?

—Anoche no tenía ganas de dormir —dijo Jurgis.

—¿Cuándo has ingresado?

—Ayer.

El recién llegado dirigió una nueva mirada alrededor de la celda y frunciendo la nariz declaró.

—Hay aquí una peste del demonio. ¿De dónde viene?

—De mí —contestó Jurgis.

—¿De ti?

—Sí, de mí.

—Pero ¿no te obligaron a bañarte?

—Sí, pero el baño no lo quita.

—¿Qué es?

—Abono.

—¡Ah! ¡Abono! ¡Caray! Pero ¿en qué trabajas?

—Trabajo en los mataderos; o, por lo menos, trabajaba hasta hace dos días. El olor es de mi ropa.

—¡Hombre! Esto es nuevo para mí —exclamó el compañero de Jurgis—. Y yo que pensaba que había ya pasado por todo… ¿Y a qué se debe que te hayan encerrado?

—Golpeé a mi capataz.

—¡Ah! ¡Eso está bien! ¿Qué te había hecho?

—Me trató mal.

—¡Ya comprendo! Tú eres lo que se llama un obrero honrado.

—Y usted, ¿qué es? —preguntó entonces Jurgis.

—¿Yo? —rió el otro—. Yo soy un ganzúa o, al menos, eso dicen.

—¿Y qué es eso?

—Cajas fuertes y cosas semejantes.

—¡Ah! —exclamó Jurgis con expresión de asombro, al tiempo que dirigía a su interlocutor una mirada de respeto—. ¿Quieres decir que las descerrajas, que las abres, para…?

—¡Sí, sí! ¡Eso dicen! —continuó el otro, siempre riendo.

El nuevo preso parecía no tener más de veintidós o veintitrés años, aunque, según Jurgis supo después, había cumplido ya los

treinta. Hablaba como un hombre con educación, como los que la sociedad llama caballeros.

—¿De modo que estás aquí por eso? —inquirió Jurgis.

—No —respondió el otro—. Me han detenido por escándalo público. Están furiosos porque no tienen pruebas —declaró para, después de una ligera pausa, indagar—: ¿Cómo te llamas? Yo, Duane, Jack Duane. Tengo más de una docena de nombres; pero éste es el que utilizo con mis amigos.

Dicho esto, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas. Luego continuó hablando con gran volubilidad. No tardó en tratar a Jurgis como a un antiguo amigo. Evidentemente era un hombre de mundo, acostumbrado a todo y que se avenía perfectamente a conversar mano a mano con un simple trabajador. Esto hizo que Jurgis se sincerase también y le refiriese toda su historia; toda, menos la verdadera causa de su encarcelamiento, aquel estigma que no osaba mencionar. A continuación Duane relató muchas cosas acerca de su vida. Era, aunque algunas de sus explicaciones no fuesen muy edificantes, un narrador privilegiado. El estar en la cárcel no parecía haber alterado su buen humor. Al parecer ya había estado preso en otras dos ocasiones y se lo tomaba con cierta sorna. Con las mujeres, el vino y las emociones de su oficio, no venía mal, de vez en cuando, un período de descanso.

Naturalmente, la reclusión de Jurgis se vio considerablemente alterada por el hecho de compartirla. Con la llegada de su compañero de celda, ya no podía volver la cara a la pared y abandonarse a su congoja; tenía, por el contrario, que mantener cierta compostura, y contestar cuando le hablaban. La conversación de Duane, por lo demás, no podía menos de interesarle: era el primer hombre educado con quien había hablado. ¡Y cómo no prestar maravillado oído a las aventuras que el otro le refería, con sus peripecias de medianoche, sus escapadas milagrosas, los festines, las orgías y los relatos de fortunas disipadas en una noche! El joven Duane, con una mezcla entre desdén y entretenimiento, consideraba a Jurgis una especie de mula de carga. También Duane había sentido la injusticia del mundo pero, en lugar de sufrirla con paciencia, había contestado al golpe con el golpe procurando, por su parte, dar bien fuerte. Su vida era una lucha continua, puesto

que había una guerra declarada entre él y la sociedad, pero su genio le permitía vivir a costa de su enemigo, sin temor ni vergüenza. En la lucha no siempre salía victorioso pero, como la derrota no significaba el aniquilamiento, su ánimo no se abatía ni menguaba su coraje.

A pesar de todo, era un hombre de buen corazón; demasiado bueno, al parecer. Duane no refirió a Jurgis su historia el primer día ni el segundo; su vida fue saliendo a la luz más tarde, en el curso de las largas horas de reclusión, en las que no podían hacer otra cosa más que hablar, ni hablar de otra cosa que no fueran ellos mismos. Jack Duane procedía de uno de los Estados del Este, donde había recibido educación superior e iniciado la carrera de ingeniería eléctrica, pero un revés de fortuna había empujado a su padre al suicidio y Duane quedó al frente de la familia, compuesta por su madre, su hermana y otro hermano más joven. Su hermana era hermosa. Jurgis no estaba muy seguro, ya que se había hecho ya de noche, pero le dio la sensación de que a Duane le vinieron lágrimas a los ojos al hablar de ella. No la había visto en seis años: prefería que le rompieran un brazo a que ella supiera qué había sido de su hermano.

Había, además, algo relativo a un invento de Duane, algo que Jurgis no comprendió bien, pero que tenía que ver con la telegrafía y era de gran importancia. Aquel invento suponía una fortuna, millones y millones de dólares. El problema era que eran pobres y había que patentarlo con todo detalle. Duane se había gastado todo en abogados y al final había llevado su invento a una importante compañía que, entendiendo su posición, le había ofrecido por sus derechos una miseria. Él había rechazado la oferta y unas semanas más tarde se había encontrado con que habían infringido la patente. Había intentado detenerlos y se vio envuelto en juicios: le hubiera costado una fortuna y la mitad de su vida conseguir que se hiciera justicia. Mientras ellos se aprovechaban de su invento y él estaba arruinado. Luego, por ciertas informaciones que prometían ganancias seguras en las carreras de caballos, había tratado de recobrar su fortuna, valiéndose del capital de otra persona. Al final tuvo que escapar y éste había sido el origen de sus posteriores andanzas. Jurgis le preguntó, entonces, qué le había hecho elegir por profesión la de forzar cajas fuertes, que a él se le antojaba de lo

más salvaje y descabellado. A esto contestó Duane que un compañero de prisión le había iniciado en ello. Unas cosas conducen inevitablemente a otras. Jurgis le preguntó entonces si había pensado alguna vez en su familia, y el otro le contestó que lo hacía algunas veces, pero con poca frecuencia, porque lo evitaba deliberadamente. Pensar en la familia no remedia los males. Además, el mundo en que vivían no era el más adecuado para las relaciones familiares. El mismo Jurgis habría de descubrir esa realidad y a partir de ese momento, dejaría de debatirse y pensaría sólo en sí mismo.

Era tan manifiesta la buena fe de Jurgis que su compañero de celda le mostraba la misma franqueza que se dedica a un niño. Por otra parte, era muy agradable para Duane referirle sus aventuras, tanto era el asombro y la admiración que le causaban, y tanta la novedad que tenían para él los usos y costumbres del país. Duane no se tomaba ni siquiera la molestia de ocultar ni disfrazar en sus relatos nombres ni lugares; contó todos sus triunfos y todos sus fracasos, sus amores y sus desdichas. Además, presentó a Jurgis a otros muchos reclusos a la mitad de los cuales conocía por su nombre. Éstos ya habían puesto mote a Jurgis y le llamaban «el Apestoso». Esto era un poco cruel pero, como no lo hacían con intención de hacerle daño, Jurgis lo aceptó con una sonrisa bonachona.

Por mucho que de cuando en cuando hubiere percibido las fétidas emanaciones de la cloaca social que bullía bajo sus pies, las charcas y estanques de la jungla, ésta era la primera vez que Jurgis se veía salpicado por su podredumbre. Aquella cárcel era una verdadera Arca de Noé donde todos los crímenes de la ciudad tenían su representación. Allí había asesinos, atracadores, ladrones, estafadores, falsificadores, bígamos, descuideros, soplones, rateros, carteristas, jugadores, mendigos, golfos, borrachos, alcahuetes y camorristas; los había blancos y negros, viejos y jóvenes, americanos y procedentes de todos los países de la tierra. Allí había criminales empedernidos y hombres inocentes, demasiado pobres para obtener la libertad provisional bajo fianza; se veían hombres viejos junto a muchachos que aún no llegaban a adolescentes. Entre todos formaban el pus de la gran úlcera de la sociedad; daba rechazo verlos y más todavía hablar con ellos. La vida entera se

había vuelto en ellos mancha o perdición. Para ellos, el amor era bestialidad; la alegría, trampa y engaño; Dios, una imprecación. Durante el recreo, vagaban de un lado a otro del patio y Jurgis no podía menos de oírles. Él era un ignorante y ellos eran sabios; él apenas conocía el mundo y ellos habían estado en todas partes y lo habían probado todo. Aquella gente podía referir la odiosa historia y poner al descubierto el espíritu intimo de una ciudad en la cual la justicia y el honor, las almas de los hombres y los cuerpos de las mujeres, todo se compraba y vendía como en un mercado; donde los seres humanos luchaban y reñían y se arrojaban unos sobre otros como lobos atrapados en un foso; de una ciudad en la cual los deseos eran fuegos destructores, los hombres su combustible y la humanidad se cocía y encenagaba en su propia corrupción. Todos aquellos hombres habían nacido, sin su consentimiento, en medio de aquella confusión salvaje, en medio de aquel infierno y habían tomado parte en él y habían vivido en él sin poderlo remediar. Estar en la cárcel no era deshonroso para ellos, porque el juego nunca había sido leal: las cartas estaban marcadas. Ellos eran timadores y ladrones de calderilla y habían sido atrapados y quitados de en medio por los timadores y ladrones de millones de dólares.

Jurgis procuraba no oír, no enterarse de la mayor parte de estas cosas. Le asustaban aquellos hombres y sus burlas salvajes; constantemente, su corazón y su pensamiento estaban muy lejos, adonde lo llamaban sus seres queridos. De cuando en cuando, en medio de aquel hormiguero de pasiones, su imaginación volaba a otros ámbitos y, entonces, las lágrimas acudían a sus ojos; después eran las carcajadas de sus compañeros de prisión las que le devolvían a la realidad.

En esas compañías pasó una semana y durante todo aquel tiempo no supo ni una palabra de los suyos. Gastó uno de sus quince centavos en una tarjeta postal y su compañero, Duane, escribió en ella una nota a la familia diciendo dónde estaba y cuándo se celebraría el juicio. No recibió contestación alguna y, por último, la víspera de Año Nuevo Jurgis se despidió de Jack Duane. Éste le dio, al separarse, las señas de su domicilio, o más bien del domicilio de su amante e hizo que Jurgis le prometiera ir a verle cuando saliera de la cárcel.

—Acaso te pueda ayudar algún día a salir de algún apuro —le

dijo y añadió que sentía que se marchase.

Jurgis fue conducido en el coche celular al tribunal del juez Callahan para ser juzgado.

Lo primero que vio, al entrar en el mismo salón donde estuvo la primera vez, fue a Teta Elzbieta y a la pequeña Kotrina que, pálidas y asustadas, ocupaban asientos entre las últimas filas del público. El corazón de Jurgis latía con violencia, pero no osó hacerles señal alguna y lo mismo le pasó a Elzbieta. Jurgis tomó asiento en el recinto reservado a los acusados y allí permaneció, mirándolas lleno de angustia. Viendo que Ona no estaba con ellas, se entregó, para explicar su ausencia, a las hipótesis más fantásticas. En eso consumió más de media hora, hasta que, de repente, sintió dentro de sí una violenta sacudida a medida que la sangre se le subía a la cabeza. Un hombre acababa de entrar en la sala, y aunque Jurgis no pudo verle las facciones, a causa de los vendajes que cubrían su rostro, lo reconoció en seguida por su corpulenta figura. ¡Era Connor! Un estremecimiento se apoderó de Jurgis e involuntariamente se levantó como movido por un resorte. Pero en seguida sintió una mano que le sujetaba por el cuello, y una voz bronca, tras de sí, que le decía:

—¡A sentarse, hijo de…!

Cedió a la advertencia, pero ya no separó los ojos de su enemigo. Vio que éste estaba vivo y esto, en cierto sentido, le contrarió; pero, en fin, no dejaba de complacerle el verlo lleno de parches y hecho una lástima. Connor y el abogado de la compañía, que iba con él, tomaron asiento tras la baranda que protegía la tarima del juez y un minuto más tarde el oficial llamó a Jurgis. El policía que lo custodiaba le puso en pie de un empellón y lo condujo hasta el banquillo, sujetándolo fuertemente por el brazo como si temiese que fuera a lanzarse de nuevo sobre el capataz.

Jurgis siguió atento al irlandés según éste pasaba a ocupar el puesto de los testigos, prestaba juramento y hacía su declaración. Manifestó Connor que la mujer del acusado había estado empleada en un departamento próximo al suyo y la habían despedido por incompetente. Media hora después había sido violentamente atacado por el marido, derribado y golpeado hasta dejarlo medio muerto. Podía presentar testigos…

—Probablemente no serán necesarios —observó el juez; luego,

volviéndose hacia Jurgis, le preguntó.

—¿Confiesa usted haber atacado al demandante?

—¿A ése? —preguntó Jurgis, señalando al capataz—. Le he pegado; sí, señor —dijo.

—Se dice su señoría —apuntó el policía al oído de Jurgis, soltándole, al mismo tiempo, con toda su fuerza un pellizco en el brazo.

—Su señoría —dijo Jurgis obediente.

—¿Trató usted de ahogarle?

—Sí, señor… su señoría.

—¿Qué tiene usted que decir en su defensa?

Jurgis vaciló. ¿Qué iba a decir? En los dos años y medio que llevaba en Chicago había aprendido el inglés puramente necesario para manejarse en las cosas más elementales de la vida y entre éstas no estaba el explicar cómo un individuo había amedrentado y acosado a su mujer. Trató, sin embargo, por dos o tres veces de comenzar una explicación, balbuceando y tartamudeando, con gran enojo del juez, a quien el olor del fertilizante tenía medio sofocado. Por último, el acusado pudo dar a entender que su vocabulario inglés era insuficiente para expresarse como lo deseaba; y a estas indicaciones un apuesto joven que exhibía un bigote lleno de cosmético se acercó a Jurgis y le invitó a explicarse en el idioma que quisiese.

Jurgis, entonces, habló. Creyendo que le darían tiempo para contarlo todo, comenzó por decir que el capataz se había aprovechado de las ventajas de su posición y de las circunstancias de su mujer para hacer proposiciones a ésta, amenazándola con la pérdida de su puesto en el taller. Cuando el intérprete tradujo todo esto al juez, que tenía una agenda harto apretada y el automóvil citado a una hora fija, interrumpió el relato diciendo:

—¡Ah! ¡Ya veo! Pero si el capataz acosó a su mujer, ¿por qué no se quejó ella al jefe del taller o buscó empleo en otro sitio?

Jurgis vaciló, desconcertado por la observación del juez y comenzó a explicar que eran muy pobres, que era muy difícil encontrar trabajo.

—Ya veo —le interrumpió el juez Callahan—. Y por eso creyó usted más conveniente liarse a golpes con el capataz.

Después se volvió hacia el demandante y le preguntó:

—¿Hay algo de verdad en este relato, señor Connor?

—Ni una palabra, su señoría —respondió el capataz—. Es muy desagradable, pero estas gentes siempre dicen lo mismo en cuanto se despide a una mujer.

—Sí, ya lo sé —dijo el juez—. He oído esto muy a menudo. Y parece que el amigo le ha tratado a usted con bastante dureza. Treinta días y las costas. ¡El siguiente caso!

Jurgis había escuchado todo esto con gran perplejidad. Únicamente cuando el policía que le tenía sujeto por el brazo se dio vuelta, con ánimo de conducirlo a la salida, comprendió que se había dictado la sentencia. Lanzó, entonces, en torno a sí una mirada llena de violencia, y exclamó:

—¡Treinta días! —luego, volviéndose con rapidez hacia el juez, gritó frenéticamente—. ¡Señor! Tengo una esposa y un hijo que no tienen dinero. ¡Dios mío! ¡Se morirán de hambre!

—Eso debió usted pensarlo antes de los golpes —contestó el juez secamente y se volvió hacia el siguiente acusado.

Jurgis trató de hablar de nuevo, pero el policía le había agarrado por el cuello de la chaqueta, de forma que le inmovilizaba y, entretanto, un segundo agente se dirigía hacia él con intenciones visiblemente hostiles. Comprendió, entonces, que no tenía más remedio que callarse y seguirles. Al mismo tiempo vio, en el fondo de la sala, a Elzbieta y Kotrina que le miraban aterradas, según abandonaban sus asientos. Jurgis hizo un esfuerzo por acercarse a ellas, pero un segundo aviso del guardián en su garganta le hizo bajar la cabeza y abandonar la lucha. Los policías lo llevaron al calabozo de los detenidos, donde aguardaban otros acusados y, tan pronto el tribunal suspendió la vista, los metieron a todos en el furgón celular, al que los presos llamaban *Black Maria* y se los llevaron.

Esta vez Jurgis fue conducido a la prisión de Bridewell, un establecimiento penal de segunda categoría destinado a los reclusos del Condado de Cook. El hacinamiento y la suciedad eran allí todavía mayores que en la prisión provincial donde había estado antes. Todos los presos de menor importancia que había en la primera fueron trasladados a esta segunda cárcel. Bridewell era el receptáculo de toda la delincuencia que, procedente del primer establecimiento, purgaba delitos de menor importancia; su clientela

eran rateros, timadores, vagabundos y camorristas. El compañero de celda de Jurgis era un italiano que tenía un puesto de frutas, que, por negarse a pagar una cuota de «protección» al policía de su zona, se vio arrestado por llevar encima una navaja de ciertas proporciones. Como el italiano no comprendía una palabra de inglés, Jurgis celebró verlo partir para ser sustituido por un marinero noruego que había perdido media oreja en una riña de borrachos y que resultó un pendenciero que se dedicaba a maldecir a Jurgis por el simple hecho de que, al revolverse en la litera, le echaba encima las cucarachas que se encontraban bajo el jergón. Hubiera sido completamente intolerable permanecer todo el día en una celda con aquel animal; pero, afortunadamente, los presos pasaban fuera toda la jornada, dedicados a picar piedra.

Así pasó Jurgis diez de los treinta días de su condena sin recibir la menor noticia de los suyos. Pero, al undécimo, un guardián le notificó que tenía visita. Esto hizo que Jurgis palideciera y hasta le temblasen las piernas, que parecían no querer llevarle fuera de la celda. El guardián lo condujo a través de un pasillo al fondo del cual había un tramo de escaleras que daba acceso al cuarto de las visitas, una sala con rejas como las de un calabozo. A través de los barrotes Jurgis advirtió una persona que ocupaba una silla. Al acercarse, el visitante se puso en pie y entonces Jurgis reconoció al pequeño Stanislovas. A la vista de un miembro de su familia, el gigantesco Jurgis se sintió desfallecer. Tuvo que apoyarse en una silla, al mismo tiempo que se llevó la mano libre a la frente, como si algo le nublase la vista y quisiera disiparlo. Por fin, con voz débil, preguntó:

—¿Qué hay?

El pobre Stanislovas estaba también temblando, y el miedo le impedía hablar. Por fin, tartamudeando, dijo:

—Me envían para decirte…

—¿Qué? —exclamó Jurgis, viendo que el muchacho se detenía.

Stanislovas señaló con la mirada al guardián, que los vigilaba de cerca.

—No hagas caso de ése —exclamó Jurgis con desenfado—. ¿Cómo están todos?

—Ona está muy enferma —dijo Stanislovas—. Estamos pasando un hambre de muerte. No conseguimos salir adelante. Y pensamos

que tú, a lo mejor, podrías ayudarnos.

Jurgis, al oír esto, cerró el puño sobre la silla. La frente se le había humedecido de sudor y le temblaban las manos.

—No… no puedo hacer nada por vosotros —balbuceó.

—Ona se pasa el día en su habitación, sin moverse de la cama —prosiguió el muchacho, que parecía falto de aliento—. No quiere comer nada y no cesa de llorar. No quiere decir una palabra de lo que le pasa, y tampoco acude al trabajo. Hace días el agente vino a cobrar el alquiler y se enfadó mucho al ver que no le pagábamos. La semana pasada volvió otra vez y dijo que nos echaría de la casa. Además, la pobre Marija…

Un sollozo forzó a Stanislovas a interrumpir su relato.

—¿Qué le sucede a Marija? —alzó Jurgis la voz.

—Se ha hecho un corte en una mano —contestó el muchacho—. Y la herida es mala esta vez, peor que la anterior. No puede trabajar y la herida ha tomado un color verde muy extraño. El médico de la compañía dice que tal vez… que tal vez sea necesario cortársela. Marija grita todo el día; se ha quedado casi sin dinero y no podemos pagar el alquiler de la casa ni los intereses; y no tenemos carbón, ni nada que comer, y el tendero dice…

El pobre chico se detuvo de nuevo, echándose a llorar.

—¡Sigue! ¡Sigue! —le apuró Jurgis jadeando de ira—. ¡Dímelo todo!

—Ya… ya lo hago —contestó Stanislovas entre sollozos—. Pasamos un frío terrible. El domingo nevó mucho mucho, y no pude ir al trabajo solo…

—¡Santo Dios! —gritó Jurgis, y dio un paso hacia el muchacho.

Había una cierta hostilidad entre ambos a causa de la nieve desde aquella horrible mañana en que a Stanislovas se le helaron los dedos y Jurgis tuvo que pegarle para que fuese a trabajar. Ahora, al oír sus palabras, Jurgis apretó los puños con todo el aire de querer derribar las rejas.

—¡Lo mucho que te esforzarías tú en intentarlo, canalla! —gritó.

—Sí que me esforcé, sí que me esforcé —balbuceó Stanislovas, apartándose, aterrorizado, de donde Jurgis pudiera alcanzarlo. Lo intenté muchas veces durante dos días. Elzbieta estaba conmigo y tampoco ella pudo ir. No conseguíamos dar un paso. ¡Había tanta nieve! No teníamos nada que comer y ¡hacía tanto frío! Volví a

probar y el tercer día Ona salió conmigo.

—¡Ona!

—Sí, Ona trató también de ir a trabajar. No había más remedio, si no queríamos morir de hambre. Pero se encontró con que había perdido el puesto.

Las últimas palabras de Stanislovas, hicieron que Jurgis se tambalease y jadeara sin resuello.

—Pero ¿ha vuelto Ona a su trabajo? —gritó.

—Lo intentó —dijo Stanislovas, mirando a Jurgis lleno de perplejidad—. ¿Por qué no?

Antes de hablar, Jurgis respiró hondo tres o cuatro veces.

—Continúa —dijo por fin.

—Yo fui con ella, pero el capataz no quiso readmitirla: la cubrió de maldiciones, al verla. Todavía va vendado de arriba abajo. ¿Por qué le pegaste, Jurgis?

El muchacho se había dado cuenta de que un gran misterio rodeaba aquel suceso, algo que todo el mundo trataba de ocultarle.

Jurgis no podía hablar. Sólo miraba, y lo hacía con tal fijeza que los ojos parecían salírsele de las órbitas.

—Ona ha estado buscando trabajo en otras partes; pero está tan débil que ha tenido que dejarlo. Mi capataz también me ha despedido. Ona dice que es porque conoce a Connor y se ha puesto de su parte. Todos ellos están ahora en contra de nosotros. De manera que no he tenido más remedio que ir a la ciudad a vender periódicos con los pequeños y con Kotrina…

—¡Con Kotrina!

—Sí, también está vendiendo periódicos y es la que mejor se defiende, por ser muchacha. Lo malo es que hace un frío atroz. Es terrible tener que volver a casa por la noche. Algunas veces, los pequeños no pueden. Ahora voy a ver si los encuentro y dormiré con ellos esta noche. Es tan tarde y la casa está tan lejos, que es imposible volver a pie hasta allí. He venido andando hasta aquí y ni siquiera sé el camino ni cómo hay que volver. Pero mamá dijo que era preciso venir a contártelo todo, porque tú querrías saber lo que pasa y acaso alguien deba ayudar a tu familia, puesto que estás en la cárcel y no puedes trabajar. Llegar a pie hasta aquí me ha llevado todo el día y sólo he comido un pedazo de pan esta mañana, Jurgis. Teta Elzbieta tampoco tiene trabajo porque ya no la necesitan y

ahora va con un cesto, pidiendo limosna por las casas. De esta manera conseguimos un poco de comida; pero ayer apenas consiguió nada. Hacía mucho frío. Los dedos se le helaban, y esta mañana estaba llorando…

Y así continuó Stanislovas sollozando al mismo tiempo que hablaba. Jurgis seguía en pie, inmóvil, la mano aferrada a la mesa del locutorio, mudo, pero sintiendo que la cabeza le estallaba. Parecía como si fueran colocando encima de él pesas y más pesas con el propósito de hacerle sucumbir, de aplastarle bajo una carga insoportable. Luchaba y peleaba consigo mismo, como sumido en una de esas horribles pesadillas, en las que atormentado hasta la agonía, no puede uno, sin embargo, ni mover una mano, ni gritar y, entretanto, siente que va a enloquecer de dolor, que el cerebro le abrasa por dentro…

Cuando creía que una nueva vuelta de la tuerca bastaría para matarle, el muchacho se detuvo y preguntó, casi sin voz:

—¿Y tú no nos puedes ayudar?

Jurgis sacudió la cabeza.

—¿De modo que aquí no te dan nada?

Nuevo gesto negativo.

—¿Cuándo saldrás de la cárcel?

—Dentro de tres semanas.

Entonces el muchacho miró a su alrededor como si no supiera adonde volver los ojos y dijo:

—Entonces, lo mejor será que me vaya.

Jurgis asintió con la cabeza; pero, entonces, recordando algo repentinamente, se metió la mano en el bolsillo y la volvió a sacar temblando.

—¡Toma! —dijo, sacando el brazo por los barrotes y mostrando a Stanislovas los catorce centavos que le quedaban—. Lleva esto a casa.

Stanislovas tomó el dinero, después de vacilar un poco, y se dirigió, por fin, hacia la puerta.

—Adiós, Jurgis —fueron sus últimas palabras.

Y, mientras se alejaba hasta perderse de vista, Jurgis advirtió que el paso del muchacho era inseguro.

Durante más de un minuto el preso permaneció apoyado en la silla, balanceándose. Entonces el guardián le tocó en el brazo, él se

volvió y regresó a picar piedra.

CAPÍTULO XVIII

Jurgis no salió de Bridewell tan pronto como esperaba. A los treinta días de condena había que añadir las costas, un dólar y medio —pues se le suponía obligado a pagar por la molestia de meterle en la cárcel— y, no teniendo con qué satisfacer esa cantidad, hubo de redimirlo mediante otros tres días de trabajo. Nadie se había preocupado de informarle sobre ese particular y el descubrimiento se produjo al cabo de esos treinta días de mortificada espera, esas treinta jornadas contadas una a una, al término de las cuales, cuando esperaba verse libre, fue, una vez más, conducido a la cantera. Elevó una tímida protesta, pero se rieron de él. Creyó, entonces, que se había equivocado en la cuenta pero, cuando llegó el día siguiente y sucedió lo mismo, perdió ya toda esperanza y se sumió en la más negra desesperación, hasta que al cuarto día, después del desayuno, llegó un guardián a notificarle que había concluido su condena y estaba libre. Luego devolvió el uniforme de la prisión, se vistió nuevamente su traje de obrero de la fábrica de abonos y atravesó, sin más, la puerta, que se cerró a sus espaldas con un sonido metálico.

Se detuvo entonces en la escalinata de acceso y allí permaneció un instante, sin saber qué hacer. Le parecía casi imposible que aquello fuese verdad: que el cielo se extendiese sobre él en todas direcciones, que el camino estuviera abierto ante su vista y que fuera libre de nuevo. Pero el frío comenzó a traspasarle y hubo de ponerse en marcha rápidamente.

Había caído una abundante nevada, que ahora comenzaba a derretirse bajo una lluvia fina que, empujada por un gélido

ventarrón, calaba hasta los huesos. Jurgis no se había cuidado de coger el abrigo cuando salió en busca de Connor; de modo que sus viajes en el coche celular habían sido de lo más crueles a causa del frío, ya que de puro viejas sus ropas apenas le abrigaban. Al salir de la cárcel, la llovizna no tardó en impregnarlas, y con medio pie de lodo y nieve derretida en el piso, pronto, aunque no hubiera tenido agujeros y grietas en las botas, se le calarían también sus pies.

Durante su estancia en la cárcel, no le había faltado alimentación y el trabajo de la prisión resultó ser el menos fatigoso de cuantos había tenido desde su llegada a Chicago. Pero a pesar de ello, no sólo no era mejor su aspecto sino que, asaltado constantemente por el temor y la pesadumbre, se había consumido. Iba, pues, temblando de frío, con las manos en los bolsillos, altos los hombros y hundida la cabeza entre ellos. La cárcel de Bridewell se hallaba a las afueras de la ciudad, entre descampados y solares vacíos. A un lado corría el gran colector donde desembocaban las alcantarillas de la ciudad y, del otro, un laberinto de vías férreas que proporcionaban al viento un corredor sin obstáculos. Después de una buena caminata a la ventura, Jurgis encontró a un muchacho con todo el aspecto de un macarrilla, al cual gritó desde lejos:

—¡Eh, chaval!

El muchacho, al verlo, guiñó un ojo, como para dar a entender que conocía la procedencia de Jurgis y, al mismo tiempo, le gritó a su vez:

—¿Qué quieres?

—¿Cómo vas desde aquí a los mataderos?

—Yo no voy —respondió el chico.

Jurgis vaciló un momento, pasmado por la contestación y, después de una pausa, insistió:

—Quiero decir, ¿cuál es el camino para ir allí?

—Haber empezado por ahí —argumentó el muchacho y, señalando hacia el noroeste, al otro lado de las vías férreas, añadió—: Por allá.

—¿A qué distancia? —preguntó Jurgis.

—No sé —replicó el pilluelo—. Puede que haya dieciocho millas o cosa así.

—¡Dieciocho millas! —coreó Jurgis.

Y el alma se le cayó a los pies al considerar la enorme distancia y el hecho de que, habiendo salido de la cárcel sin un centavo en el bolsillo, no tendría más remedio que recorrerla a pie.

Rendido a la evidencia echó a andar con toda decisión, y cuando, por efecto de la marcha, comenzó a entrar en calor, olvidó todas las dificultades presentes y se dejó llevar por la fiebre de su pensamiento. Todas las visiones de terror que le habían asaltado en la cárcel acudieron súbitamente y en tropel a su imaginación. Su angustia casi había terminado, pensaba, y muy pronto todas las incógnitas se verían despejadas. Ante esta idea, apretaba los puños dentro de los bolsillos y seguía marchando rápidamente, casi corriendo y anhelando tener alas para volar. Ona, el niño, la familia, la casa; pronto sabría qué suerte habían corrido. Allá iba en su auxilio, libre de nuevo, con las manos dispuestas al trabajo para ayudarlos y luchar por ellos contra el mundo.

De este modo anduvo durante una hora y entonces comenzó a mirar de nuevo a su alrededor. Le parecía que se alejaba más de Chicago en vez de acercarse, puesto que la calle por donde caminaba iba tomando el aspecto de una carretera de campo, surcando, a un lado y a otro, campos cubiertos de nieve. Siguió, sin embargo, su camino hasta que, al poco rato, encontró a un campesino en un carro de dos caballos cargado con paja. Dirigiéndose resueltamente a él, preguntó:

—¿Es éste el camino para los mataderos?

El campesino se rascó la cabeza con gesto de duda y dijo:

—No lo sé seguro, pero deben estar en algún sitio de la ciudad y vas en dirección completamente opuesta.

A Jurgis le surgió una expresión de asombro y exclamó:

—Pues me han dicho que éste era el camino.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un muchacho.

—Puede que se haya querido divertir a tu costa. Lo mejor que puedes hacer es volver sobre tus pasos hasta llegar a la ciudad y entonces preguntar a un guardia. Yo le llevaría, pero vengo de muy lejos y llevo mucha carga. ¡Arre!

Jurgis siguió el consejo y, andando sin cesar, hacia el mediodía avistó los primeros suburbios de Chicago. Atravesó, luego, interminables barriadas formadas por humildes casas de dos pisos,

caminando por aceras de tablas y atravesando encrucijadas sin empedrar y llenas de traidoras hondonadas cubiertas de lodo. A cada poco iba encontrando pasos de nivel de distintas vías férreas que, discurriendo a ras de las aceras, resultaban trampas mortales para peatones distraídos; por allí cruzaban largos trenes de mercancías, con el choque y golpes de los vagones, a cuyo paso Jurgis había de detenerse o iniciar, consumido por la impaciencia, paseos sin sentido. En ocasiones los trenes se detenían por espacio de varios minutos y, entonces, vagones y tranvías se apiñaban unos contra otros a ambos lados de la calle; mientras los conductores se insultaban o buscaban refugio de la lluvia bajo sus paraguas. En tales casos, Jurgis traspasaba las barreras y atravesaba las vías corriendo entre los coches, jugándose la vida.

Siguiendo su camino, pasó por un gran puente, tendido sobre un río helado y cubierto de fango. Ni aun en las márgenes de este río se veía blanca la nieve, pues el humo que impregnaba la atmósfera lo ennegrecía todo y el propio Jurgis tenía ya la cara y las manos moteadas de negro. Luego alcanzó el sector comercial de la ciudad, donde las calles asemejaban canales negros, como de tinta. Allí se veían caballos que se resbalaban y derrumbaban y mujeres y chiquillos que cruzaban de una acera a otra en manadas, asustados. Eran estas vías inmensos desfiladeros flanqueados a ambos lados por edificios, también negros, de colosal altura, que retumbaban con los ecos de las bocina y los gritos de los cocheros. Parecía un hormiguero: la gente tan atareada, corriendo de un lado a otro, siempre anhelantes, sin pararse y sin mirar a nada, ni siquiera entre sí. El solitario extranjero, con su aspecto de golfo, con sus vestidos calados por la humedad, con la fatiga y la pena retratadas en el rostro, con los ojos asombrados ante aquel espectáculo, quedaba tan solo en medio de aquellas multitudes, tan inadvertido y aislado como si recorriese un país desértico, perdido a miles de leguas de distancia.

Un policía le indicó la dirección que debía tomar y le explicó que le quedaban aún unas cinco millas de camino. Luego Jurgis se internó nuevamente en barrios pobres, después por avenidas donde abundaban las tabernas y las tiendas baratas, alternando con edificios de ladrillo destinados a fábricas y talleres; más adelante encontró carboneros y tendidos del ferrocarril; hasta que, por

último, levantando la cabeza cual animal alertado, pareció percibir ya en la atmósfera el aire del territorio que le daba morada. La tarde iba ya avanzada, y Jurgis se sentía hambriento. Pero las comidas gratis con que las tabernas invitaban al que pagaba por la bebida no eran para él.

De esta manera llegó, por fin, a los mataderos, con sus volcanes de humo negro, su atmósfera hedionda y su aire poblado de los lejanos mugidos de las reses. Entonces, viendo pasar un tranvía abarrotado de gente, no pudo contener su impaciencia y saltó a la plataforma trasera, ocultándose tras otro pasajero para que el cobrador no lo notase. De este modo, en diez minutos más llegó a su calle y a su casa.

Casi corriendo atravesó la última bocacalle y dio vuelta a la esquina. Por fin llegaba a su hogar; pero de repente, al alzar la vista, se paró y miró asombrado: ¿qué había sucedido en su casa?

Jurgis miró dos veces completamente atónito y luego dirigió la vista primero a las casas contiguas y, más tarde, a la taberna del chaflán. No había duda, no se había equivocado. Estaba en el sitio correcto. Pero su casa estaba pintada de distinto color.

Dio dos pasos más y se convenció de que lo que veía no era una ilusión de sus sentidos; la fachada, antes de color gris, ahora era amarilla; y los embellecedores que bordeaban las ventanas, antaño rojos, ahora eran verdes. ¡La casa había sido pintada de nuevo! ¡Qué extraño le pareció aquello!

Jurgis se aproximó más, pero siempre marchando por la acera opuesta. Una sensación de ansiedad, de miedo horrible, le sobrecogió de repente. Las piernas se le doblaban y la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo compaginar los apremios del agente y el hallarse la casa recién pintada y ver canalones nuevos en lugar de los antiguos, que ya habían empezado a pudrirse? También notó en seguida que unas tejas nuevas cubrían una gotera del tejado; la misma que, durante seis meses, había sido un tormento, porque no tenía dinero para mandarla reparar, ni tiempo para hacerlo él mismo; por allí había estado rezumando constantemente el agua, hasta desbordar las latas y recipientes con que intentaba contenerla, sin poder impedir que se derramase por el piso de la buhardilla, estropeando los techos de las habitaciones inferiores. Y, ahora, veía todo aquello reparado: además un cristal de las ventanas, roto hacía

mucho tiempo, había sido reemplazado por otro nuevo, y las cortinillas de las ventanas estaban blancas y planchadas. Entonces, de pronto, se abrió la puerta de la casa. Jurgis se detuvo conteniendo el aliento. A la puerta se asomó un muchacho completamente desconocido para él: un muchachote gordo, colorado y sano, como nunca habían estado los de su casa.

Jurgis miró al muchacho, fascinado en su contemplación. El chico bajó los escalones silbando, apartando con el pie la nieve allí acumulada. Se detuvo al pie de la escalinata, amontonó un poco de nieve y comenzó a formar con ella una bola. Un momento después levantó la cara, tendió la vista en derredor, vio a Jurgis y sus ojos se encontraron. La mirada del muchacho era hostil, sin duda convencido de que el otro sospechaba de dónde iría a parar la bola de nieve. Cuando Jurgis se decidió a cruzar lentamente la calle, dirigiéndose hacia el chico, éste volvió rápidamente la cabeza hacia la casa, como considerando la retirada, pero optó por permanecer en su sitio.

Al llegar junto a él, Jurgis se apoyó en la balaustrada porque se sentía desfallecer y venciendo el jadeo, preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Largo! ¡Vete! —exclamó el muchacho.

—Tú… —preguntó Jurgis—, ¿qué tienes que ver con esta casa?

—¡Cómo! —contestó el chico con enfado—. Yo vivo aquí. Ésta es mi casa.

—¿Que tú vives aquí? —exclamó Jurgis, palideciendo y apoyándose con más fuerza en la balaustrada—. ¿Que tú vives aquí? Entonces, ¿dónde está mi familia?

El muchacho le miró sorprendido, y repitió:

—¡Tu familia!

Jurgis, entonces, se aproximó más a él, voceando:

—Ésta… ésta es mi casa.

—¡Quita! —dijo el chico.

A todo esto, se había abierto la puerta de la casa, y el muchacho, al advertirlo, alzó la voz en dirección a ella.

—¡Eh, mamá! ¡Aquí hay un hombre que dice que esta casa es suya!

Una irlandesa robusta apareció en lo alto de los peldaños y exclamó:

—¿Qué?

Jurgis se volvió hacia ella y gritó con expresión salvaje:

—¿Dónde está mi familia? ¡Yo la dejé aquí! ¡Ésta es mi casa! ¿Qué hacen ustedes aquí?

La mujer se quedó mirando a Jurgis entre asombrada y asustada, pensando, sin duda, que tenía un loco delante, pues, verdaderamente, era el aspecto que Jurgis presentaba. Por fin, la irlandesa abrió la boca para decir:

—¡Su casa!

—Sí, mi casa —afirmó Jurgis, casi chillando—. Yo vivía aquí.

—Debe ser un error —respondió la mujer—. Aquí no ha vivido nadie. Ésta es una casa nueva. Así nos lo han dicho ellos. Ellos…

—Pero ¿qué han hecho con mi familia? —gritó Jurgis fuera de sí.

Pareció, entonces, como si la mujer hubiera vislumbrado repentinamente una luz. Acaso abrigaba ya sus dudas acerca de lo que le habían dicho «ellos».

—Yo no sé dónde está tu familia —dijo al fin—. Yo he comprado esta casa hace solamente tres días. Aquí no había nadie y me dijeron que la casa era completamente nueva. ¿Dices que la tenías alquilada?

—¡Alquilada! —exclamó Jurgis—. ¡Comprada! ¡He pagado por ella! ¡Es mía! ¿Y dices que…? ¡Dios mío! ¿No puedes indicarme adónde ha ido mi gente?

La irlandesa pudo, por fin, hacer que Jurgis entendiera que ella no sabía nada de lo que le preguntaba. Jurgis sufría tal confusión de ideas, que no alcanzaba a percatarse de todo aquello. Le parecía como si su familia hubiese sido borrada de la faz de la tierra; más todavía, como si fuesen seres fantásticos que nunca hubieran existido. No sabía verdaderamente qué hacer ni qué decir, cuando de repente pensó en la abuela Majauszkis, que vivía en la manzana inmediata. ¡Ella lo sabría todo! Dio entonces media vuelta y echó a correr.

Fue la propia abuela Majauszkis quien salió a abrir. Al verle profirió un grito, se puso a temblar y alzó hacia Jurgis unos ojos despavoridos. ¡Sí, sí!, exclamó al verlo, ella podía explicárselo todo. La familia se había marchado. No habían podido pagar el alquiler y los habían echado a la calle, sin importarles que nevara; a la

semana siguiente habían repintado la casa y la volvieron a vender. No, ella no sabía lo que había sido de ellos, pero le constaba que habían vuelto a casa de Aniele Juknos, donde habían estado nada más llegar a Chicago. A esto invitó a Jurgis a que entrase y descansara. Lo sucedido era una desdicha, prosiguió la vieja. ¡Si Jurgis no hubiera estado preso!

Pero Jurgis, que había oído ya bastante, se volvió y se alejó trastabillando. No llegó, sin embargo, muy lejos; al volver la esquina se rindió por completo, y, sentándose en el umbral de una taberna, con el rostro escondido entre las manos, prorrumpió en roncos sollozos sin llanto que sacudían todo su cuerpo.

¡Su casa! ¡Su casa! ¡Perdida para siempre! El dolor, la desesperación, la rabia, le abrumaban. Sus peores sueños nada eran comparados con la terrible realidad de ver su hogar invadido por extraños que encortinaban ventanas que no eran suyas y le rechazaban con miradas hostiles. Todo esto era monstruoso, increíble. ¡No podía ser! ¿Con qué derecho le despojaban así? ¡Y pensar en lo que habían sufrido por aquella casa, las miserias y privaciones que habían soportado, lo que habían pagado por ella!

Todas las angustias pasadas acudieron entonces a su mente. El sacrificio inmenso que hicieron al principio; aquellos trescientos dólares, reunidos entre todos, que constituían su único patrimonio y su sola defensa contra la indigencia. Luego, sus apuros, mes tras mes, para reunir los doce dólares y los intereses, y de cuando en cuando las contribuciones, los seguros, las reparaciones, y tantos y tantos desembolsos olvidados. Sí, ellos habían puesto su alma entera en la compra de aquella casa. Habían pagado por ella con su sudor y con sus lágrimas; más aún, con su propia sangre. Diedas Antanas había muerto en la lucha por ganar el dinero necesario; de otra manera, si no hubiese tenido que trabajar en los húmedos y oscuros sótanos de

Anderson's

para contribuir a los gastos; el pobre viejo viviría aún lleno de salud. También Ona había sacrificado la suya, y dado su propia vida en el pago; y él mismo, Jurgis, que tres años atrás fuera un hombre fuerte y robusto, se veía ahora rendido, destrozado, acobardado y llorando como un chiquillo. ¡Ah, todos ellos habían sido arrastrados a la lucha para no conocer más que la derrota! Todo lo habían

perdido, hasta el último centavo. La casa había desaparecido y, desposeídos de todo, se encontraban como al principio, pero ahora a merced del frío y el hambre.

Jurgis veía de pronto la cruda realidad. Se veía a sí mismo, a través de todo el largo curso de acontecimientos: víctima de buitres hambrientos que se habían cebado en sus entrañas, de demonios que le habían atormentado y hostigado, mofándose de él, riéndose de sus desdichas. ¡Dios Todopoderoso! ¡Qué horrible, qué atroz, qué satánica burla! Él y su familia, pobres mujeres y chiquillos luchando por la vida, ignorantes, indefensos y desamparados, frente a enemigos que siempre estaban al acecho, que les seguían los pasos y los acosaban, ávidos de su sangre. Primero, aquel anuncio, lleno de mentiras, y la taimada locuacidad del agente. Luego, el lazo de los pagos adicionales, los intereses y otras cargas que no tenían medios de afrontar, ni nunca hubiesen aceptado, de haberlo sabido a tiempo. Después, las artimañas de los empresarios, su amos, los tiranos que lo dirigían y lo dominaban todo: manejando los cierres, reduciendo jornadas, implantando horarios irregulares, acelerando abrumadora e inhumanamente la labor, rebajando los salarios y aumentando los precios, todo ello a su libre arbitrio. Y, además de todo esto, la inclemencia de la naturaleza, del calor y el frío, de la lluvia y la nieve; la inclemencia de la ciudad y del país entero, cuyas leyes y costumbres no comprendían. Todas estas cosas habían operado en conjunto en favor de la compañía inmobiliaria que, tras atraparlos en sus redes, no hacía sino aguardar su momento. Y éste había llegado con aquella última y odiosa injusticia, echándolos sin contemplaciones a la calle para apoderarse de la casa y venderla otra vez. Entretanto, ellos nada podían hacer: estaban atados de pies y manos, porque tenían la ley en contra y todo el mecanismo de la sociedad al servicio de sus opresores. Apenas alzase una mano contra ellos, Jurgis se vería nuevamente preso, como una fiera, en el calabozo de donde acababa de salir.

Levantarse y marcharse del sitio en donde se encontraba era rendirse, reconocer la derrota, dejar aquella familia extraña en posesión de la casa. Y a buen seguro Jurgis hubiera permanecido horas y horas sentado junto a la acera, sufriendo la nieve o la lluvia, de no ser porque pensaba al mismo tiempo en su familia. Acaso tuviese todavía que descubrir cosas peores. Movido por esa idea se

puso en pie y echó a andar de nuevo, vacilante y medio aturdido, como en sueños.

Hasta la casa de Panei Aniele, que se encontraba en *Back of the yards*, había más de dos millas. Nunca esta distancia le había parecido a Jurgis tan larga; cuando distinguió el pobre edificio, tan conocido, sucio y ceniciento, el corazón comenzó a latirle con violencia. Subidos los tres o cuatro escalones que conducían a la entrada, comenzó a aporrear la puerta.

Fue la propia Aniele quien acudió a abrir, consumida por el reumatismo desde la última vez que Jurgis la había visto. La pobre vieja se asomó al umbral, con el rostro amarillento y apergaminado; apenas sobrepasaba la altura del picaporte. Al ver a Jurgis la mujer se sobresaltó.

—¿Está Ona aquí? —preguntó él sin resuello.

—Sí —contestó la vieja—. Aquí está.

—¿Cómo…? —empezó Jurgis, pero se detuvo de repente, apoyándose en el quicio y agarrándose, convulso, a la puerta.

Del interior de la casa había salido un grito desgarrador, horrible, angustioso. Era Ona quien lo había emitido. Aquélla era su voz. Por un instante Jurgis quedó paralizado por el miedo. Después apartando a la vieja Aniele ganó, de un salto, el interior.

Se encontró en la cocina de la casa, donde media docena de mujeres pálidas y aterradas se apretujaban en torno a la estufa. Una de ellas, un brazo envuelto en vendajes, huraño y extraordinariamente demacrado el rostro, dio un respingo al ver a Jurgis y se levantó del asiento. Jurgis, que ni siquiera se había dado cuenta de que aquélla era Marija, comenzó a buscar a Ona con la mirada y, al no verla entre las demás mujeres, fijó en ellas sus ojos aguardando sus palabras. Pero ellas permanecieron inmóviles, mudas, mirándole de soslayo y temblando de miedo. Un segundo después se oyó otro grito desgarrador. El grito venía de la parte trasera de la casa, de algún lugar del piso superior. Jurgis cruzó entonces de dos zancadas la cocina y abrió de un empellón la puerta que había al otro lado. Allí, una escalera de mano apoyada en una trampilla daba acceso al sotabanco. Ya al pie de la escalera, oyó una voz tras de sí y vio a Marija a su lado. Ella le sujetaba el brazo con la mano sana y, jadeante, desaforada, gritó:

—¡Jurgis! ¡No! ¡Detente!

A él se le cortó la respiración.
—¿Qué quieres decir?
—¡Que no subas! —exclamó Marija.
El terror y el azoramiento habían puesto a Jurgis fuera de sí.
—Pero ¿qué pasa? —voceó—. ¿Qué ocurre?
Marija se aferró a él con toda su fuerza. Pero, oyendo a Ona, que seguía sollozando y quejándose allá arriba, Jurgis trató de desasirse y subir, sin aguardar la respuesta de Marija.
—¡No, no, Jurgis! —le atajó ella—. ¡No subas! ¡Es el niño!
—¿El niño? —repitió él lleno de confusión—. ¿Antanas?
Marija le contestó en voz muy baja:
—No, el nuevo.
Como si todas sus fuerzas le hubiesen abandonado de golpe, Jurgis hubo de buscar apoyo en la escalera y se quedó mirando a Marija como si fuese un espectro lo que veía.
—¿El nuevo? —repitió sin aliento para, en seguida, añadir bruscamente—: ¡Pero si no es tiempo todavía!
Marija asintió con la cabeza, y dijo:
—Ya lo sé, pero ha venido.
En ese momento se oyó otro grito de Ona, que fue para Jurgis como un golpe en plena cara. Tuvo, primero, una mueca de dolor y luego palideció intensamente. La voz de Ona, que se había ahogado en un gemido, renació entonces entre sollozos:
—¡Dios mío! ¡Dejadme, dejadme morir!
Marija le echó los brazos en torno como para cerrarle el paso, y su voz sonó aguda:
—¡Sal de aquí! ¡Vete!
Medio arrastrándolo, porque parecía completamente aniquilado, como si las columnas de su espíritu se hubiesen venido abajo, se lo llevó a la cocina y allí, abrumado por el terror, trémulo como una hoja en el árbol, sujeto todavía por Marija, se desplomó en una silla ante la mirada de las mujeres, que le contemplaban mudas y llenas de miedo.
Otra vez sonaron los gritos angustiosos de Ona, tan audibles como antes. Entonces Jurgis se puso en pie, y preguntó, anhelante:
—¿Cuánto tiempo lleva así?
—No mucho —contestó Marija. Y, en seguida, a una señal de Aniele, añadió—: Vete ahora, Jurgis. No nos puedes ayudar en

nada. Vete y vuelve más tarde. Está todo bien…

—¿Quién está con ella? —le interrumpió Jurgis. Y, viendo que Marija vacilaba, volvió a gritar con más fuerza—: ¿Quién está con ella?

—Ona está atendida —contestó Marija—. Elzbieta está con ella.

—Pero ¿y el médico? ¡Alguien que entienda!

Había asido a Marija por el brazo; ella se puso a temblar y, al responder, su voz no era ni un susurro.

—No tenemos… no tenemos dinero —y, asustada por la expresión de Jurgis, añadió—: Pero todo va bien, Jurgis. Tú no sabes de estas cosas. ¡Vete, vete! ¡Por qué no habrás venido un poco más tarde!

Pero silenciando estas protestas volvieron a oírse los chillidos de Ona, que hacían perder a Jurgis la razón. Todo esto era nuevo para él, crudo, horrible, era como la descarga de un rayo. Cuando nació Antanas, Jurgis estaba en el trabajo y no supo nada de lo sucedido hasta que volvió a su casa, cuando ya todo había terminado. Pero ahora no sería fácil apaciguarlo.

Asustadas, sin saber a qué recurrir, las mujeres trataron, una tras otra, de argumentar con él y convencerle de que aquello no era sino el resultado de una ley natural. Así consiguieron, por último, poco menos que arrastrarlo hasta la calle, donde seguía lloviendo. Allí, delante de la casa, con la cabeza descubierta, comenzó a pasear arriba y abajo sin poder dominar su agitación. Como desde la calle continuaba oyendo los gritos de Ona, trató, primero, de alejarse para no tener que soportar aquella angustia y luego, incapaz de sufrir el distanciamiento, volvió otra vez sobre sus pasos. Al cabo de un cuarto de hora, subió de nuevo la escalinata y golpeó la puerta. Por miedo a que la derribara, las mujeres abrieron y le dejaron entrar.

Y ya no hubo manera de aplacarle. Convencerle de que el parto se desarrollaba con normalidad fue inútil. ¿Qué sabían ellas?, gritó. Ona se estaba muriendo, la estaban destrozando. ¡Oídla!, gemía; ¡prestad atención a sus gritos! Ah, aquello era monstruoso, intolerable. Por fuerza debía haber algún remedio para ello. ¿Habían intentado llamar a un médico? Se le podría pagar más adelante; podían prometerle.

—No podemos prometer nada, Jurgis —intervino Marija—. No

tenemos dinero. Subsistimos de milagro.

—Pero yo puedo trabajar —gritó Jurgis—. Yo puedo ganar lo que haga falta.

—Sí —respondió Marija—. Pero creímos que seguías en la cárcel. ¿Cómo podíamos saber cuándo te verías libre? Y los médicos, como todo el mundo, no trabajan de balde.

Marija continuó explicando a Jurgis que habían tratado de que la asistiera una comadrona, y que todas ellas habían pedido diez, quince y hasta veinticinco dólares, y pagados por adelantado; y añadió:

—Y yo no tengo más que veinticinco centavos. He gastado cuanto tenía en casa y en el banco. Debo dinero al doctor que me ha estado curando: ha dejado de venir porque cree que no pienso pagarle. A Aniele le debemos dos semanas de renta y la pobre no tiene qué comer y está temiendo que la echen de la casa. Hemos pedido prestado, hemos mendigado para poder vivir; ya no nos queda más que hacer…

—¿Y los muchachos? —preguntó Jurgis.

—Hace tres días que no vienen a casa. El tiempo ha sido pésimo. No saben nada de lo que ocurre. Esto ha venido de repente; dos meses antes de lo que pensábamos.

Jurgis, que estaba de pie junto a una mesa, se agarró a ella. Trémulos los brazos, agachó la cabeza como si fuera a desplomarse. Entonces Aniele se levantó repentinamente y se llegó hasta él renqueando al tiempo que rebuscaba en el bolsillo de su falda, de donde extrajo un pedazo de trapo muy sucio, en una de cuyas esquinas había algo atado.

—¡Toma, Jurgis! —exclamó—. Aún me queda algún dinero. *Palauk!* ¡Mira!

Desató el saquillo y vació su contenido: treinta y cuatro centavos.

—¡Cógelo todo! —dijo a Jurgis—, y sal, a ver si puedes traer a alguien. Quizá las demás quieran también ayudarte. Sí, amigas mías —dijo volviéndose a las otras mujeres—, dadle lo que tengáis. Él os lo devolverá todo. Necesita ocuparse en algo. Eso le hará bien, aunque nada logre. Y, cuando vuelva, quizá todo haya concluido.

A estas palabras, las demás mujeres vaciaron sus bolsillos. La mayor parte de ellas sólo tenían monedas de diez y veinticinco

centavos, pero se las entregaron todas. La señora Oiszewski, que vivía en la casa de al lado, y cuyo marido era un carnicero muy cualificado, y muy borracho, pudo dar cerca de medio dólar, con lo cual llegó a reunir un dólar y veinticinco centavos. Jurgis recogió el dinero, se lo metió en el bolsillo sin abrir la mano y salió corriendo de la casa.

Capítulo XIX

«Madame Haupt, *Hebamme*»[15] decía un rótulo colocado en la ventana de un segundo piso sobre una taberna de la avenida. Junto a la puerta de la casa se veía, además, la misma inscripción y, debajo, una mano pintada que señalaba una escalera angosta y oscura. Jurgis subió los peldaños de tres en tres.

Madame Haupt estaba en su cuarto, friendo torreznos y cebollas y había dejado la puerta entornada, para dejar salir el humo. Cuando Jurgis apoyó en ella la mano, para llamar, la puerta se abrió de par en par y mostró a la comadrona en el crítico momento en que se llevaba una botella a la boca. Jurgis llamó entonces con fuerza y, sobresaltada por el ruido, la mujer dejó a un lado la botella y volvió la cabeza. La comadrona era una holandesa extraordinariamente gorda, tanto que, al andar, se bamboleaba como una barquilla en el océano y los platos colocados en la alacena entrechocaban unos contra otros. Llevaba puesta una bata sucia de color azul y tenía los dientes negros.

—¿Qué querer? —preguntó al ver a Jurgis.

Éste había corrido de tal modo, que le faltaba aliento para hablar, y desaliñado, con la mirada extraviada, parecía salido de una tumba.

—¡Mi mujer! —exclamó él todavía sin resuello—. ¡Ven en seguida!

Madame Haupt separó la sartén del fuego, se limpió las manos en la bata y dijo con fuerte acento holandés:

—¿Es que llamar para un parto?

—Sí —jadeó Jurgis.

—Acabo de venir de otro sin haber tenido tiempo todavía de comer. Pero, si es muy grave…

—Sí, lo es.

—Entonces, acaso… ¿Qué va usted a pagar?

—Yo… yo… ¿cuánto quieres? —balbuceó Jurgis.

—Veinticinco dólares.

Jurgis se desmoronó.

—No puedo pagar eso —dijo.

La holandesa, que le miraba con mucha atención, indagó:

—¿Cuánto puede pagarme?

—¿Ha de ser ahora mismo?

—La costumbre. Todos mis clientes los hacen.

—Yo… ahora… tengo poco dinero —tartajeó Jurgis en agonía—. He estado… he tenido contratiempos y… me encuentro sin dinero. Pero te pagaré hasta el último centavo en cuanto pueda. Y puedo trabajar.

—¿En qué trabaja?

—Ahora en nada. Debo encontrarlo. Pero…

—¿De cuánto disponer ahora usted?

Jurgis no se atrevía a responder. Cuando dijo que tenía un dólar y veinticinco centavos, la comadrona se echó a reír y dijo con rudeza:

—Yo ni pongo sombrero por dólar y veinticinco centavos.

—Es todo lo que tengo —exclamó Jurgis casi sollozando—. Y es preciso que consiga ayuda o morirá mi mujer. ¡Qué más quisiera yo que…!

Madame Haupt puso otra vez la sartén sobre la hornilla y, volviéndose hacia Jurgis, entre el humo y el chisporroteo, le dijo:

—Deme diez dólares, contado, y resto lo pagará usted mes que viene.

—¡No puedo, no lo tengo! —arguyó Jurgis—. Ya he dicho que no tengo más que un dólar y veinticinco centavos.

La mujer volvió a su guiso.

—No creo a usted —dijo—. Todo eso es tratar de obligarme. No es posible: ¿hombrón como usted, sólo un dólar y veinticinco centavos?

—Acabo de salir de la cárcel —gritó Jurgis, dispuesto a ponerse de rodillas ante la comadrona—. Yo no tenía dinero y mi familia ha

estado a punto de morir de hambre.

—Pero amigos ¿no ayudarle?

—Todos son muy pobres. Ellos me han dado esto. He hecho cuanto podía…

—¿Tiene usted nada que vender?

—Nada, ya te lo he dicho. ¡No tengo nada! —gritó Jurgis enloquecido.

—¿Y pedir prestado? Los tenderos donde usted compra ¿no confianza en ustedes? —insistió la comadrona; y, viendo que Jurgis hacía signos negativos con la cabeza, prosiguió—: ¡Óigame! Si atiendo a su mujer, usted contento. Salvaré a ella y a la criatura, y todo le parecerá a usted poco al final. En cambio, pierde a su mujer y al niño, ¿cómo cree sentirse después? Y yo soy una persona que conoce su oficio; en el barrio me conoce mucha gente que puede decirlo.

Mientras pronunciaba su discurso, Madame Haupt, como para dar más fuerza a sus palabras, blandía un tenedor ante Jurgis. Incapaz de aguantar la retahíla, desesperado, éste echó los brazos al aire y, volviéndose para ponerse en marcha, exclamó:

—No te molestes.

Pero repentinamente oyó la voz de la holandesa, que gritaba a su espalda:

—¡Oiga! Siendo usted, cinco dólares.

—Y, como Jurgis siguiera alejándose, siguió tras él, diciendo:

—Usted, loco si no aprovecha mi oferta. No encontrar usted a nadie por menos en un día frío y lluvioso como éste. ¡Qué! No he asistido a un parto por tan poco dinero. Yo tengo mis gastos: pagar esta habitación…

Jurgis, entonces, la interrumpió con un juramento y dijo lleno de rabia:

—Pero si no tengo los cinco dólares, ¿cómo te los voy a dar? ¡Maldita sea! Yo te pagaría si pudiese; pero ya te he dicho que no tengo ese dinero. ¿Me oyes? ¡No lo tengo!

Dicho esto, partió escaleras abajo. Llegaba como a la mitad del tramo, cuando Madame Haupt, desde lo alto gritó de nuevo:

—¡Espere! ¡Ir con usted! Venga.

Jurgis volvió a subir las escaleras y entró en el cuarto.

—No soporto saber que alguien sufriendo —dijo la mujer con

tono melancólico—. De hecho, voy sin cobrar, por esto tan poco que ofrece. Pero, de todos modos, trato de ayudarle. ¿Es lejos?

—Tres o cuatro manzanas de aquí.

—¡Tres o cuatro! ¡Me pongo poner perdida! *Gott in Himmel!*, [16] ¡una miseria! ¡Dólar y veinticinco centavos por ir lejos en un día así! Pero aclaremos una cosa: ¿me pagará pronto el resto del dinero?

—Tan pronto como pueda.

—¿En este mes?

—Sí, dentro de un mes —respondió el pobre Jurgis—, lo que quieras; ¡pero date prisa!

—¿Dónde el dólar y los veinticinco centavos? —persistió Madame Haupt, inexorable.

Jurgis puso el dinero sobre la mesa, y la mujer lo contó y lo guardó. Después se volvió a limpiar las manos grasientas y sin dejar de quejarse un momento, inició sus preparativos. Estaba tan gorda que se movía con verdadera dificultad, rezongando y sofocándose a cada paso. Sin siquiera tomarse el cuidado de volverse de espaldas a Jurgis, Madame Haupt se quitó la bata primero, se puso un corsé, el vestido y luego un sombrero negro que se colocó con mucho cuidado; después, trató de localizar un paraguas que no estaba en su sitio; a continuación, quiso recoger un maletín y su instrumental, diseminado por toda la habitación. Jurgis, entretanto, se desesperaba de impaciencia. Ya en la calle, Jurgis iba siempre como cuatro pasos delante de la comadrona, volviendo la cabeza a cada momento como si quisiera acelerarla con la fuerza de su deseo. Pero Madame Haupt no podía andar más que pasito a paso y, aun así, necesitaba de cuando en cuando detenerse para tomar aliento.

Al fin llegaron a la casa y encontraron en la cocina el mismo grupo de mujeres angustiadas que Jurgis había dejado allí. El parto aún no había concluido, dijeron a Jurgis, que volvió a oír los gritos de Ona. Madame Haupt se quitó el sombrero y lo dejó en la repisa de la chimenea; después, sacó del maletín un vestido viejo y un bote de grasa de ganso, con la cual procedió a frotarse las manos. Cuantas más veces se use la misma grasa, se supone que más suerte tiene la comadrona en el ejercicio de su profesión y, por este motivo, las parteras conservan el bote en su cocina o en un armario, entre la ropa sucia, durante meses y aun años enteros.

Cuando la holandesa estuvo lista, la acompañaron todos hasta el pie de la escalera de mano y entonces Jurgis la oyó lanzar una exclamación de desaliento.

—*Gott in Himmel!*, ¿por qué ha traído usted a un sitio éste? Yo no puedo por esa escalera, ni por esa trampilla del techo. No intento siquiera. ¡Vaya! ¡Me mato, seguro! ¿Qué sitio éste para dar a luz un niño? ¡Un desván, al que subir por una escalera así! Debían a ustedes tener vergüenza.

Jurgis permanecía en pie a la puerta de la habitación escuchando los regaños de la mujer, que casi cubrían los horribles lamentos y chillidos de Ona.

Aniele consiguió, por fin, calmar un poco a la comadrona y que se decidiera a intentar la escalada. Pero luego, a mitad de camino la detuvo otra vez para que tuviese cuidado en el desván, porque no estaba enladrillado ni entarimado. En el rincón que habitaba la familia habían dispuesto unas tablas a modo de suelo y por allí se podía andar sin cuidado, pero en el resto del desván no había entre las vigas más que los listones y el yeso que formaban el cielo raso de la habitación inferior y caminar por ahí sería causa de una catástrofe. Como, además, el desván estaba muy oscuro sería mejor, propuso Aniele, que uno de la casa subiese delante con una vela, abriendo camino. Esto produjo un nuevo estallido de exclamaciones y amenazas, hasta que, por fin, Jurgis vio un par de patas de elefante que desaparecían a través de la trampilla del techo y sintió la casa crujir y estremecerse según Madame Haupt se adentraba en el desván. Entonces, avanzando inesperadamente hacia él, Aniele le cogió por un brazo y le dijo:

—Y ahora, vete. Haz lo que te digo. Has hecho ya cuanto podías hacer y aquí estorbas. Vete y quédate por ahí.

—Pero ¿dónde voy? —preguntó Jurgis con aire desvalido.

—¡Qué sé yo! —contestó Aniele—. A la calle, si no tienes otro sitio. Y no aparezcas por aquí en toda la noche.

Por último, entre Aniele y Marija consiguieron empujarle hasta la puerta, ponerlo fuera de la casa y cerrar. Estaba anocheciendo y el frío era más intenso. La lluvia se había convertido en nieve y el barrillo de la última nevada, que empezaba a derretirse en el suelo, se estaba helando otra vez. Mal abrigado como iba, Jurgis había comenzado a temblar; pero, hundiendo las manos en los bolsillos,

echó a andar a la ventura. No había probado bocado desde la mañana y se sentía débil y enfermo. Como un rayo de esperanza, recordó entonces que, a no mucha distancia de allí, había una taberna a la que había ido a comer con frecuencia. Tal vez se apiadasen de él o acaso encontrara algún amigo en el local. Con esta idea se encaminó en aquella dirección lo más deprisa que pudo.

—¡Hola, Jack! —dijo el tabernero en cuanto le vio entrar. En Packingtown, a todos los extranjeros y en general al peonaje se les llama Jack—. ¿Dónde has estado?

Jurgis marchó derecho al mostrador y contestó en voz baja:

—En la cárcel. Acabo de salir ahora. He tenido que venir a pie todo el camino; no tengo ni un centavo, ni he comido nada desde esta mañana. Me han quitado la casa, mi mujer está enferma y no puedo más.

El tabernero se quedó mirando con fijeza su pálido semblante y aquellos labios amoratados que no cesaban de temblar. Entonces le acercó una botella de licor y dijo:

—¡Bebe!

Jurgis casi no pudo coger la botella, tanto le temblaban las manos.

—No tengas miedo —insistió el tabernero—; ¡bebe!

Jurgis bebió un gran vaso de whisky y después, haciendo caso a la otra recomendación, se dirigió al otro mostrador, donde había comida. Comió cuanto quiso y con la rapidez de un perro hambriento y, tras haber intentado manifestar su gratitud al dueño, se sentó junto a la estufa encendida que ocupaba el centro del local.

Pero aquello era demasiado bueno para que durase mucho, como sucede siempre en este mundo. Los vestidos de Jurgis, empapados de agua, comenzaron, con el calor de la estufa, a desprender vahos de vapor y, al mismo tiempo, el horrible olor del fertilizante se fue esparciendo por todo el local. En una hora poco más o menos, concluía la jornada para la mayor parte de las fábricas y talleres de Packingtown y, de vuelta de su trabajo, no era fácil que los obreros se detuvieran en un sitio que apestara de aquel modo. Además, era sábado noche: dentro de un par de horas llegarían un violín y un cornetín y, en la parte de atrás de la taberna, las familias de la vecindad pasarían la velada atracándose de salchichas vienesas y cerveza de barril hasta las dos o las tres de

la mañana. El tabernero tosió un par de veces y, por último, dijo a Jurgis:

—¡Oye, Jack! Lo siento mucho, pero me parece que te vas a tener que marchar.

Estaba acostumbrado a ver naufragios humanos. Todas las noches ponía en la calle a docenas de ellos, tan ateridos, tan hambrientos, tan destrozados como Jurgis. Pero todos eran hombres vencidos por la vida, gente desahuciada, mientras que Jurgis seguía en la pelea y conservaba ciertos rasgos de dignidad y de vergüenza. Al verle levantarse sumiso, el tabernero reflexionó que aquel hombre había sido siempre un buen trabajador y que acaso muy pronto pudiera volver a ser un buen parroquiano.

—Ya veo que te han zumbado bien —le dijo—. Ven por aquí.

En la parte trasera de la taberna había una escalera que conducía a la bodega, cerrada, a uno y a otro extremo, por puertas de recios candados. El espacio intermedio no podía resultar más a propósito para dar cobijo a un parroquiano en desgracia o a cualquier sujeto que por razones políticas no conviniera echar a la calle de un puntapié.

Fue allí donde Jurgis pasó la noche. El whisky no le había calentado más que a medias y, aun fatigado como estaba, no consiguió dormir; yerto de frío, volvía a caer en sus pensamientos. Así pasaron, una tras otra, las horas, hasta que, a no ser por los ecos de la música, las risas y los cánticos que le llegaban de la taberna, hubiese asegurado que amanecía. Cuando, por último, todos los ruidos cesaron, creyó que le sacarían de su confinamiento y le pondrían en la calle. Pero, como el tiempo pasaba y nada sucedía, empezó a pensar si el tabernero se habría olvidado de él.

Al fin, no pudiendo resistir más el silencio ni su impaciencia, llegó hasta la puerta y comenzó a aporrearla. Entonces acudió el tabernero bostezando y frotándose los ojos. El cafetín permanecía abierto toda la noche y él no conocía otro descanso que el que le daban sus parroquianos.

—Quiero irme a mi casa —dijo Jurgis cuando el hombre abrió—. Estoy muy intranquilo por mi mujer. No puedo esperar más.

—¡Mil demonios! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Yo creía que no tenías dónde ir.

Jurgis salió a la calle. Eran las cuatro de la madrugada y estaba tan oscuro como a medianoche. Una nueva capa de nieve de tres o cuatro pulgadas de espesor cubría el suelo y los copos seguían cayendo espesos y apretados. Jurgis echó a correr hacia casa de Aniele.

A través de la ventana de la cocina, y aunque las cortinas estaban echadas, se distinguía el resplandor de una luz. La puerta no estaba candada y Jurgis se abalanzó al interior.

Panei Aniele, Marija y el resto de las mujeres estaban acurrucadas alrededor de la estufa, exactamente como las había dejado, pero Jurgis notó que había caras nuevas y que en la casa reinaba un profundo silencio.

—¿Qué ha pasado? —indagó.

Pero no obtuvo respuesta. Todos le miraban con semblantes demudados.

Entonces volvió a gritar:

—¿Qué ha pasado?

A la luz humeante de la lámpara, distinguió a Marija, próxima a él, que, moviendo lentamente la cabeza, le contestó en voz baja:

—Todavía no.

Jurgis, al oírla, exclamó desalentado:

—¿Todavía no?

Marija volvió a mover la cabeza. Él se quedó sin habla. Luego acertó a murmurar:

—Pues no oigo nada.

—Lleva tranquila mucho rato —replicó Marija.

Siguió después otra larga pausa, interrumpida por una voz que gritó desde el desván:

—¡Eh! ¿Están ahí?

Algunas de las mujeres se levantaron precipitadamente y corrieron a la habitación inmediata, donde estaba la escalera que conducía al desván. Marija se colocó delante de Jurgis y dijo:

—¡Aguarda!

Los dos se quedaron mirándose uno a otro; pálidos, sin moverse, sólo escuchaban. A los pocos momentos se hizo evidente que Madame Haupt trataba de bajar la escalera, renegando y maldiciendo mientras, a su vez, los peldaños manifestaban su protesta. Al fin consiguió poner el pie en tierra firme, rabiando y sin

aliento, y se la oyó avanzar hacia la cocina. Con sólo mirarla, Jurgis se quedó lívido y conmovido. La comadrona se había quitado la chaqueta y, como los operarios del *killing floor*, llevaba las manos y los brazos cubiertos de sangre que había salpicado sus vestidos y su rostro.

Al entrar en la cocina se detuvo, respirando profundamente y mirando a su alrededor. Ninguno de los presentes rompió el silencio.

—Hecho cuanto he podido —rompió a hablar de pronto Madame Haupt—. No puedo más. Inútil.

Nadie contestó.

—No es mi culpa. Debían haber llamado a un médico y no esperar tanto tiempo. Ya era muy tarde.

Otra vez volvió a reinar un silencio angustioso. Marija apretaba a Jurgis con toda la fuerza de su brazo sano.

En esto, Madame Haupt, volviéndose bruscamente hacia Aniele, le dijo:

—¿Tiene usted algo de beber? ¿Brandy?

Aniele sacudió la cabeza negativamente.

—*Herr Gott!* —gritó la comadrona—. ¡Vaya una gente! Entonces, por lo menos, dará usted de comer. No he probado bocado desde la mañana de ayer y esta noche trabajado hasta matarme. Si sé qué me aguarda, no vengo por el dinero que me habéis dado.

En aquel momento, al mirar a su alrededor, vio a Jurgis, y, apuntándole con el dedo, le dijo a voces:

—¡Entiéndame usted! Me pagas lo prometido. Yo no he tenido culpa de venir tan tarde para socorrer a su mujer. Tampoco tengo culpa de que la criatura haya venido con un brazo lo primero y que, por eso, no he podido salvarla. He trabajado toda la noche en un sitio que ni para parir perros y sin más que comer que lo que hay en mis bolsillos.

Dicho esto, Madame Haupt hizo una pausa para tomar aliento y Marija, viendo las gotas de sudor que perlaban la frente de Jurgis, y percibiendo el temblor que agitaba todo su cuerpo, preguntó con voz apagada:

—¿Y Ona, cómo está?

—¿Que cómo está? —repitió la comadrona—. ¿Cómo quieren

que esté, después de dejarla matarse a ella misma? Ya lo dije cuando pedí un sacerdote. Es mujer joven: podía resistir y restablecerse, con un buen trato. Ha peleado bien la pobre. Todavía no está muerta.

Jurgis, entonces, lanzó un grito frenético:

—¿Muerta?

—Morirá, por supuesto —dijo la comadrona llena de enojo—. La criatura ya murió.

Iluminaba el desván una vela pegada a una tabla. Estaba ya casi agotada y la llama oscilante y humeante amenazaba con extinguirse en cuanto Jurgis penetró en el desván. A duras penas pudo distinguir, en un rincón, un montón de mantas viejas y de trapos tendidos en el suelo. Al lado se hallaba un crucifijo y un sacerdote que murmuraba una plegaria. En la esquina opuesta, acurrucada en el suelo, gemía Elzbieta. Sobre el jergón yacía Ona.

La cubría una manta; pero Jurgis pudo ver los hombros y uno de los brazos completamente desnudos. Estaba tan demacrada, que ni el mismo Jurgis hubiera podido reconocerla. No era más que un esqueleto y estaba amarilla como la cera. Tenía cerrados los ojos y la inmovilidad de la muerte. Jurgis corrió hacia ella y cayó de rodillas a su lado, gritando con angustia:

—¡Ona! ¡Ona!

Ella no se movió. Jurgis tomó entre las suyas la mano que Ona tenía al descubierto y, estrechándola frenéticamente, siguió diciendo:

—¡Ona! ¡Mírame! ¡Contéstame! ¡Soy yo, Jurgis, he vuelto! ¿No me oyes?

Percibiendo entonces un ligerísimo movimiento de sus párpados, Jurgis gritó con frenesí:

—¡Ona! ¡Ona!

Entonces, y repentinamente, la joven abrió los ojos. Pero sólo un instante. Un instante en que ella le miró, y en el que hubo como un relámpago de reconocimiento entre ambos. A Jurgis le pareció verla en una estampa olvidada y evanescente. La estrechó entre sus brazos y comenzó a llamarla con una desesperación salvaje. Sintió que en su ser surgía, junto al miedo, un ansia por ella que era agonía, un deseo por su vida que era una nueva vida que brotaba en él, algo que nunca había experimentado y que le desgarraba hasta

las últimas fibras del corazón. Pero todo fue en vano. Ona se le iba: inclinó la cabeza hacia atrás y se fue. Jurgis, entonces, lanzó un gemido angustioso; terribles estremecimientos sacudieron todo su cuerpo y ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron sobre la muerta. Como un loco, se apoderó de las manos de Ona y las estrechó con fuerza contra su pecho; después la sacudió, la tomó entre sus brazos, la oprimió contra sí; pero Ona seguía fría y rígida: ¡estaba muerta, estaba muerta! Estas palabras, que Jurgis repetía, resonaban dentro de él como el eco de una campana, vibrando hasta las últimas profundidades de su espíritu y haciendo que sonaran las cuerdas más olvidadas de su ser, que despertaran antiguos y sombríos temores: temor a las tinieblas, temor al vacío, temor a la destrucción. ¡Ona estaba muerta! ¡Ya no la vería más! ¡Ya no la oiría más! Se apoderó de él un terrible sentimiento de soledad que lo helaba. Se vio solo, aparte del resto del mundo y que éste se disipaba ante él como si fuese una quimera, un engaño. En medio de su espanto y de su dolor se sentía como un niño desamparado. Llamó a Ona una y otra vez, sin obtener respuesta alguna y sus gritos de desesperación retumbaron en toda la casa, haciendo que, abajo, las mujeres se apretaran unas contra otras, muertas de miedo. No había modo de consolar a Jurgis. Cuando el sacerdote se acercó a él, le puso una mano en el hombro y musitó unas palabras, no oyó ni el menor sonido. Él también se había ido; se escapaba a través de las sombras y galopaba tras el alma que se había marchado.

Ella yacía. Un amanecer gris fue penetrando poco a poco en el desván. Se marchó el sacerdote, también Elzbieta y se quedó solo con aquella figura blanca y rígida, más calmado ya, pero sollozando, gimiendo y luchando con los espantosos espectros que le acosaban. De cuando en cuando se ponía de pie y fijaba la vista en el cadáver y luego cerraba los ojos, porque no podía resistir aquel espectáculo. ¡Muerta! ¡Muerta! —repetía—. ¡Y era una niña todavía, recién cumplidos los dieciocho años! ¡Su vida apenas había comenzado, y allí yacía asesinada, mutilada, torturada hasta la muerte!

Ya era bien entrada la mañana cuando Jurgis bajó a la cocina, pálido y ceniciento el rostro, vacilante el paso, descompuesto todo su ser. Habían llegado más vecinos y todos le contemplaban en

silencio, mientras él, derribado en una silla cercana a la mesa, ocultaba la cara entre las manos. Pocos minutos después se abrió la puerta y, tras una bocanada de frío y nieve, apareció Kotrina, exhausta y amoratada.

—¡Al fin estoy en casa! —exclamó—. Creí que no podría…

Pero, al ver a Jurgis, se detuvo con una exclamación. Mirando a un lado y a otro, comprendió que algo extraño había ocurrido y preguntó:

—¿Qué pasa?

Antes que nadie contestase, Jurgis se levantó y dirigiéndose hacia ella con paso incierto, le dijo:

—¿Dónde has estado?

—Vendiendo periódicos con los chicos —contestó la muchacha—. Pero la nieve…

—¿Traes dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cerca de tres dólares, Jurgis.

—Dámelos.

Kotrina, atemorizada por el tono, miró a los demás.

—¡Dámelos! —gritó Jurgis de nuevo.

Entonces la muchacha se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas atadas en un trapo. Jurgis cogió el dinero sin decir una palabra, se dirigió hacia la puerta y de un salto se plantó en la calle.

Tres puertas más abajo había una taberna y allí entró.

—¡Whisky! —dijo; y mientras el tabernero le alargaba el vaso, rasgó con los dientes el trapo que envolvía el dinero y, sacando medio dólar, añadió:

—¿Cuánto es la botella entera? Necesito emborracharme.

Capítulo XX

Un hombrón como Jurgis no podía emborracharse durante mucho tiempo con tres dólares. Esto ocurría en la mañana del domingo y el lunes por la noche volvía Jurgis a casa sobrio ya, pero enfermo de remordimiento por haber derrochado, hasta el último céntimo, los recursos de la familia, sin haber recibido a cambio un solo instante de olvido.

Ona no había sido enterrada todavía, pero se había dado aviso a la municipalidad: la mañana siguiente, recogerían el cadáver y se lo llevarían en un ataúd de pino a la fosa común. Elzbieta había salido a pedir limosna, unos cuantos centavos de cada uno de los vecinos, para pagar una misa de funeral. Los muchachos estaban en el desván, muriéndose de hambre y de frío, mientras el haragán, el canalla de él, se gastaba en alcohol el dinero de la familia. Así hablaba Panei Aniele, llena de rabia y desprecio; cuando Jurgis se dirigió a la estufa de la cocina, le hizo saber, además, que aquel sitio no estaba para que él lo infestase con el olor a fosfato que despedía. Que ella hubiese amontonado a todos sus huéspedes en una sola habitación era a causa de Ona, pero Jurgis podía subir al desván, que era su sitio, y eso no por mucho tiempo, como no le pagara algo de renta.

Jurgis se levantó sin decir una palabra y, saltando sobre media docena de huéspedes que dormían en el suelo en la habitación inmediata, subió por la escalera. El desván estaba a oscuras porque no había dinero para velas y el frío era tan intenso como en la calle. En un rincón, sentada cuan lejos era posible del cadáver, Marija acunaba en el brazo hábil a Antanas tratando de dormirle. En otro

rincón Juozapas, el otro pequeñuelo, lloraba porque en todo el día no le habían dado de comer. Marija no dijo una palabra a Jurgis; éste cruzó el desván con el aire de un chucho apaleado y fue a sentarse junto a la muerta.

Acaso debiera haber pensado entonces en el hambre de los pequeños y en su propia vileza; pero no pensó en ello, sino en Ona solamente, entregándose de nuevo a la embriaguez del dolor. No lloró, porque no osaba hacer el menor ruido. Permaneció sentado sin moverse, trémulo de dolor. Jamás hubiera imaginado que amaba tanto a Ona; había sido necesario, para comprenderlo, que la viese muerta, que sentado, como ahora, junto a su cuerpo, se diese cuenta de que a la mañana siguiente iban a llevársela para siempre y que nunca jamás volvería a verla, nunca, en todos los días de su vida. El viejo amor, que la vida había matado de hambre, golpeado hasta la muerte, renacía ahora en su interior. Abiertas de par en par, las compuertas de su memoria le mostraron toda su vida al lado de Ona; la volvió a ver como la había visto en Lituania el primer día, en la feria, hermosa como las flores y cantando como un pájaro; la volvió a ver como el día de su boda, con toda su ternura y el corazón rebosante de ilusión. Resonaban en sus oídos las mismas palabras que Ona había dicho y también sus lágrimas parecían humedecerle las mejillas. La prolongada y cruel batalla con el hambre y la miseria lo había endurecido y amargado, pero no había logrado cambiarla a ella. Ona había permanecido idéntica hasta el fin: un alma hambrienta de cariño, que no había cesado de tenderle los brazos como implorando su amor y su ternura para sólo obtener semejantes sufrimientos, penas e infamias que su mero recuerdo le abrumaba intolerablemente. ¡Santo Dios, qué monstruo de maldad, qué poco corazón había tenido! Todas las palabras duras que había dirigido a Ona, se reproducían ahora en su mente y le cortaban como un cuchillo. Todos sus actos de egoísmo eran ahora tormentos que le hacían pagar bien cara su vileza; y toda la devoción y el respeto que en estos momentos profesaba por ella, habría de silenciarlos para siempre y llegaban demasiado tarde. Todo esto hacía que su seno ardiese, que pareciera a punto de estallar; tendía los brazos hacia Ona y no encontraba sino el vacío, porque ella se había ido para siempre. De buena gana hubiera gritado con todas sus fuerzas, dando rienda suelta a su horror y a su desesperación.

Un sudor de agonía le bañaba la frente y, sin embargo, no se atrevía a producir el más leve sonido. Casi no se atrevía a respirar a causa de la vergüenza y repugnancia que sentía de sí mismo.

A altas horas de la noche llegó Elzbieta que, habiendo reunido lo suficiente para la misa, la había pagado de antemano antes de volver a casa, para no caer allí en la tentación de darle otro destino al dinero. Llevó, en cambio, unos mendrugos de pan de centeno que alguien le había dado de limosna y con ellos calmaron a los más pequeños y lograron que se durmieran. Entonces se acercó hacia donde estaba Jurgis y se sentó a su lado.

No le dijo ni una sola palabra de reproche. Tanto ella como Marija lo habían convenido mucho antes. Se limitó a velar junto a él, el cadáver de Ona. Ya Elzbieta había ahogado sus lágrimas, porque en su espíritu el dolor y la angustia habían dado paso al instinto de conservación. Iba a enterrar a una hija, pero esto no era nuevo para ella. Tres veces había pasado Elzbieta por la misma prueba y, tras afrontarla, había vuelto a la brecha para luchar y defender a los que quedaban vivos. Elzbieta era un ser muy primitivo, en cierto modo comparable a esas lombrices que siguen viviendo aunque las partan por la mitad; semejante, también, a la gallina que, privada uno a uno de sus polluelos, concentra su afán de madre en el último que le queda. Y todo esto lo hacía por naturaleza, sin preguntar acerca de la justicia o injusticia de todo ello, ni indagar si merecía la pena de ser vivida una vida tan colmada de destrucción y de muerte.

Era este primitivo buen sentido, esta sabiduría de lo inmemorial, lo que, sentada a su lado, preñados los ojos de lágrimas, trataba Elzbieta de imbuir en el ánimo de Jurgis. Ona había muerto, pero otros vivían y había que salvarlos. Elzbieta no solicitaba nada para sus propios hijos. Ella y Marija cuidarían de ellos de algún modo, pero quedaba Antanas, el hijo de Jurgis. Ona le había dejado a Antanas, que era el único recuerdo que de ella le quedaba. Jurgis tenía que cuidarlo y protegerlo; debía demostrar que era un hombre capaz de ello. Él sabía que Ona no hubiera esperado de él otra cosa, que era eso lo que le pediría en aquel momento si pudiera hablar. Era terrible que Ona hubiese muerto de aquel modo, pero la vida había sido muy cruel con ella y hubo de abandonarla. También era horrible no poder enterrarla decentemente, ni honrar su cuerpo

siquiera un día; pero las cosas habían venido así y había que conformarse. Su situación no podía ser más angustiosa; no tenían un céntimo y los niños estaban amenazados de muerte. No había más remedio que conseguir algún dinero. Por la memoria misma de Ona, ¿no debía él portarse como un hombre y sacar fuerzas de flaqueza? En poco tiempo se verían fuera del trance; ahora, sin el atadero de la casa, podían vivir con mucho menos, y con los chicos trabajando, conseguirían salir adelante, si él no se rompía en pedazos. Así prosiguió Elzbieta, con febril vehemencia, acaso porque sabía que la lucha era a muerte. No temía entonces que Jurgis volviese a emborracharse, pues no tenía dinero para ello; pero le aterraba el pensamiento de que los abandonase, como Jonas había hecho.

Mas, con el cadáver de Ona ante sus ojos, Jurgis no podía ni pensar siquiera en traicionar a su hijo. Y así lo prometió: por amor a Antanas lo intentaría. No le negaría al pequeño su oportunidad: buscaría trabajo en seguida, en cuanto amaneciese, sin esperar a que Ona fuese enterrada. Podían tener confianza en él, que cumpliría su palabra a costa de lo que fuera.

Y, efectivamente, antes de romper el día, con la cabeza ardiendo, con el corazón destrozado, salió a la calle a continuar la lucha por la vida. Se encaminó primero a la fábrica de abonos, para ver si podía recuperar su antiguo puesto; pero el capataz movió la cabeza negativamente en cuanto le vio. Su sitio había sido ocupado hacía mucho tiempo y allí no había lugar para él.

—Pero ¿crees que lo habrá más adelante? —preguntó Jurgis—. Esperaré.

—No —contestó el capataz—. Es inútil que esperes. Aquí no habrá nada para ti.

Jurgis se quedó mirándole perplejo y volvió a preguntar:

—Pues ¿qué pasa? ¿Acaso no cumplía yo con mi trabajo?

El capataz sostuvo con fría indiferencia la mirada de Jurgis y le respondió:

—Ya te he dicho que aquí nunca habrá nada para ti.

Mil sospechas asaltaron a Jurgis acerca de este incidente, mientras se alejaba con el desaliento en el corazón. Fue entonces a mezclarse con el grupo de hambrientos que, en medio de la nieve, a las puertas de las fábricas, esperaban una remota probabilidad de ocupación. Allí permaneció dos horas con el estómago vacío, hasta

que la policía dispersó a los grupos porra en ristre. Aquel día no hubo trabajo para él.

Jurgis había trabado muchas amistades durante el largo período que había trabajado en los mataderos. Había taberneros que le fiarían un trago y un bocadillo y antiguos compañeros de sindicato que no le negarían diez centavos en aquel aprieto. No era cuestión de vida o muerte emplearse de inmediato. Podía seguir buscando trabajo durante todo el día, y, si no lo encontraba, volver al siguiente y continuar así semanas enteras, como hacían cientos y miles de otros hombres. Entretanto, Teta Elzbieta podía pedir limosna en el distrito de Hyde Park, y los muchachos, vendiendo periódicos, llevar a casa dinero suficiente para apaciguar a Aniele y mantenerlos vivos.

Al cabo de una semana de esperar así, a los fríos vientos del invierno o vagando en las tabernas, obtuvo Jurgis su oportunidad, en los sótanos de la gran fábrica Morton's, cuando un capataz que pasaba por la puerta de entrada atendió a sus señas.

—¿Aceptarías una plaza de carretillero? —inquirió el capataz.

—¡Ya lo creo! —respondió Jurgis sin darle tiempo de concluir.

—¿Cómo te llamas?

—Jurgis Rudkos.

—¿Has trabajado antes en los mataderos?

—Sí.

—¿Dónde?

—En dos sitios. En los mataderos de Smith's y en la fábrica de abonos de Anderson's.

—¿Por qué los dejaste?

—La primera, a causa de un accidente que tuve; la segunda porque estuve preso un mes.

—¡Ya! En fin. Probaremos. Ven mañana temprano y pregunta por Mr. Thomas.

Jurgis corrió a casa con la buena noticia. El terrible asedio había terminado. Esa noche fue casi una fiesta para la menguada familia y, a la mañana siguiente, Jurgis acudió al lugar de la cita media hora antes de que abriese el establecimiento. Poco tiempo después

apareció el capataz que, al ver a Jurgis, frunció el ceño.

—¡Ah! —exclamó—. Te prometí un trabajo ayer, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Jurgis.

—Pues lo siento mucho, pero me equivoqué. No puedo darte trabajo.

Jurgis se quedó mirándole, enmudecido de sorpresa. Por fin, acertó a murmurar:

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada —dijo el otro—. Que no puedo darte trabajo.

Pronunció esas palabras con la misma fría y hostil mirada que había en los ojos del encargado de la fábrica de abonos cuando aquél le manifestó su rechazo. Dándose cuenta de que era inútil decir una palabra más, Jurgis dio media vuelta y se alejó del lugar.

Después, en las tabernas, los amigos se lo explicaron todo. Cuando contó lo que le había sucedido, le miraron con ojos compasivos y exclamando: «¡Pobre hombre! ¡Lo han puesto en la lista negra…!».

—¿Qué es lo que ha hecho? —se preguntaban.

—Pegar a un capataz.

—¡Pegar a un capataz! ¡Santo cielo! Entonces debió imaginar lo que le aguardaba.

Tenía las mismas probabilidades de encontrar trabajo en Packingtown como de ser elegido alcalde de Chicago. ¿Para qué había perdido el tiempo buscando ocupación? En los departamentos de personal de todos los establecimientos de Packingtown, grandes o pequeños, tenían su nombre inscrito en una lista secreta y lo mismo sucedía ya en Saint Louis y en Nueva York, en Omaha y en Boston, en Kansas City y en Saint Joseph. Estaba condenado y sentenciado sin proceso y sin apelación. Jamás podría trabajar para la industria de la carne, en ningún lugar adonde alcanzase su influencia, ni siquiera limpiando establos o conduciendo un camión. Podía hacer la prueba, como centenares en su caso la habían hecho, y convencerse por sí mismo. Nunca se le diría la razón, ni le darían más explicaciones de las que ahora había recibido; pero siempre, a la hora de la verdad, encontraría una negativa. Ni aunque intentara utilizar un nombre falso conseguiría nada. Los patronos tenían para estos casos espías y sabuesos por todas partes. No conservaría ningún puesto ni aun por tres días. Para los patronos, el sistema de

las listas negras constituía un arma muy eficaz: eran un aviso y una amenaza para los obreros, así como un medio insustituible para poner freno al activismo sindical y al descontento político.

Jurgis volvió a su casa llevando estas fatales noticias al consejo de familia. Era lo más cruel que podía haberles sucedido. Allí, en aquel distrito, tenían su hogar, fuese éste lo que fuera; allí estaban, también, su ambiente y sus amigos, los únicos que conocían. Y ahora se le negaba toda posibilidad de empleo, todo medio de vida. En Packingtown no hay más industria que la cárnica y todas sus fábricas estaban ahora cerradas para Jurgis. Era exactamente lo mismo que si le hubieran proscrito de su patria.

Ese día y parte de la noche Jurgis y las dos mujeres estuvieron cavilando. El centro de la ciudad resultaba más ventajoso para el trabajo de los muchachos, pero no así para Marija que, ya casi restablecida, alentaba la esperanza de encontrar empleo en los mataderos. A Elzbieta, por otra parte, le habían hablado de la posibilidad de encontrar trabajo de limpieza en las oficinas de Anderson's y se pasaba los días a la espera de noticias. En vista de todo ello se decidió que Jurgis partiría solo al centro en busca de empleo y el resto lo resolverían cuando lo consiguiera. Jurgis no conocía allí a nadie a quien recurrir en caso de necesidad y no atreviéndose, por miedo a que lo arrestasen, a pedir limosna, se convino que saldría cada día al encuentro de uno de los niños para recibir quince centavos de sus ganancias: lo suficiente para subsistir. A partir de ese momento su jornada consistiría en recorrer las calles, en compañía de cientos, de miles de otros desdichados sin hogar, a la busca de una ocupación de tienda en tienda, de almacén en almacén y de una fábrica a otra. Luego, al caer la noche, buscaría refugio en algún portal o se deslizaría bajo un camión para esperar, así escondido, la madrugada y, con ella, la oportunidad de introducirse en alguna estación, tender unos periódicos en el suelo y buscar allí el sueño en medio de una muchedumbre de vagos y mendigos, al hedor del alcohol, el tabaco y los cuerpos sucios, rodeado de miasmas y a merced de los parásitos.

Así pues, durante dos nuevas semanas Jurgis estuvo peleándose contra el fantasma de la desesperación. Durante ese tiempo se le ofreció la oportunidad, primero, de trabajar durante medio día

cargando un camión y, más tarde, de acarrear la maleta de una anciana que le gratificó con veinticinco centavos. Estos ingresos le permitieron pasar en una pensión noches en las que, sin ese cobijo, hubiera muerto de frío. También pudo, gracias a ese dinero, comprar, de vez en cuando, un diario e iniciar de mañana, a través de los anuncios, la caza de un trabajo que sus rivales habían de postergar a la espera de que algún transeúnte desechara un periódico. Esto, sin embargo, no resultaba tan ventajoso como pueda parecer, pues los anuncios de la prensa suponían a menudo una pérdida de tiempo y un sinfín de viajes extenuantes. Más de la mitad de los reclamos eran meros «ganchos» tendidos por una pléyade de agencias que vivían de la desesperada ignorancia de los desempleados. Si Jurgis perdía su tiempo, era porque no podía perder nada más. Así, cuando, meloso, un agente le explicaba lo magnífico de las colocaciones que tenía en cartera, él se limitaba a menear la cabeza con aire apesadumbrado y decirle que no disponía del dólar exigido como depósito; o bien, nada más informarle de las «cuantiosas ganancias» que podían obtener él y su familia iluminando fotografías, contestaba prometiendo regresar tan pronto contase con los dos dólares que el negocio requería como inversión.

La primera oportunidad real de empleo que se le presentó a Jurgis la consiguió a través de un encuentro casual con un antiguo conocido de sus días del sindicato. Cuando se tropezó con él, el hombre, que se dirigía a su trabajo en las gigantescas factorías del Harvester Trust, le propuso que le acompañara y prometió recomendarle al capataz, al que conocía bien. Tras caminar en compañía de su amigo no menos de seis millas, llegaron a la fábrica, a cuya puerta se arremolinaba una muralla de hombres en busca de empleo. Jurgis franqueó el cerco escoltado por su amigo, y a punto estuvo de perder el equilibrio cuando, después de examinarle con la mirada y hacerle unas preguntas, el capataz dijo que tenía sitio para él.

A Jurgis le llevó tiempo el darse cuenta de lo providencial que había resultado el encuentro. Al principio no podía saber que los establecimientos del Harvester Trust constituían una de esas instituciones que filántropos y reformistas señalan con orgullo. La empresa mostraba interés por sus empleados: sus vastas instalaciones incluían espaciosos talleres, una cantina donde los

operarios podían comprar buena comida a precio de coste, una sala de lectura e incluso, para la mano de obra femenina, lavabos bien acondicionados. Y no sólo para esto; el trabajo, además, estaba exento de todos los rasgos de suciedad y repugnancia que caracterizaban el de los mataderos. Todas estas cosas —jamás imaginadas, y ni soñadas tan siquiera— las fue descubriendo Jurgis gradualmente, con el paso de los días, hasta convencerse, por último, de que en su nuevo trabajo tenía algo parecido al paraíso.

La enorme fábrica cubría una superficie de casi cuatrocientos acres y daba empleo a más de cinco mil personas para obtener, al cabo del año, una producción de trescientas mil unidades de maquinaria agrícola, lo cual representaba buena parte de toda la utilizada en el país. Jurgis, como es natural, no había visto más que una parte de todo ello. Como ocurriera también en los mataderos, todas las labores se realizaban por especialización. De los centenares de piezas que integran una segadora mecánica, cada una procedía de un lugar diferente y, en muchos casos, había pasado por las manos de cien hombres. En el taller donde Jurgis trabajaba había una máquina de la cual brotaban, ya cortadas y estampadas, piezas de acero, de unas dos pulgadas de superficie, que iban a parar a unas bandejas, con lo cual la labor de la mano humana se reducía a amontonar regularmente unas y reemplazar, a determinados intervalos, otras. Este trabajo corría a cargo de un solo operario, un muchacho, que permanecía frente a la máquina, con la mirada y el pensamiento fijos en ella, y movía los dedos con tal rapidez que, al entrechocar, los fragmentos de acero producían un sonido musical, semejante al tintineo que el viajero de un tren nocturno percibe desde su coche-cama. El trabajo, por supuesto, se realizaba a destajo pero, además, y para que el muchacho no holgase demasiado, la máquina había sido ajustada en su producción al máximo ritmo que pueden atender las manos humanas. De esta forma, eran treinta mil piezas las que manipulaba al cabo del día, y de nueve a diez millones de ellas en el transcurso del año: el número de piezas que el chico habría de apilar en toda su vida era una cifra que sólo Dios podría determinar. No lejos del joven operario se agrupaban otros que, inclinados sobre muelas mecánicas, ponían a punto el vaciado de las cuchillas segadoras. Tomaban con la mano derecha las hojas de un cesto y, tras apoyar

primero un canto y luego el otro en la muela, las dejaban con la izquierda en otro cesto idéntico. Uno de estos obreros dijo a Jurgis que llevaba quince años afilando cuchillas de acero a razón de tres mil unidades diarias. En la nave contigua unas máquinas portentosas devoraban por tramos largas varas de acero deteniéndose unas veces para seccionarlas, otras para medir las porciones resultantes, marcarlas y pulirlas y, finalmente, una vez fileteadas, lanzarlas a una canasta, listas ya para ensamblarlas en una cosechadora. Una tercera máquina vomitaba por decenas de millares tuercas de acero destinadas a asegurar las piezas producidas por la anterior. Luego, en otro lugar de la nave, otras piezas eran sumergidas en tinas de barniz, puestas a secar y, por último, transportadas en vagonetas a un nuevo local, donde otros operarios las pintaban a bandas rojas y amarillas a fin de que las máquinas diesen colorido a los campos de labranza.

El amigo de Jurgis trabajaba en la planta de encima, en las naves de fundición, encargado de hacer los moldes de determinada pieza. Armado de una pala, colmaba receptáculos de hierro con arena negra que luego apisonaba. El contenido, una vez duro, era extraído de la matriz y en él vertían, más tarde, hierro fundido. Este operario cobraba, también, conforme al número de piezas manipuladas, con la diferencia que en su caso sólo se contabilizaban los moldes perfectos, de manera que casi la mitad de su labor resultaba baldía. Junto a docenas de otros operarios, se le podía ver afanándose, como poseído por una legión de demonios, los brazos disparados cual bielas de locomotora, sus largos cabellos negros flotando locos al viento, los ojos próximos a desorbitarse, el sudor bañándole la cara. Una vez colmado de arena el molde y ya apisonado el material con el instrumento que para ello utilizaba, el hombre adquiría todo el aire de un conductor de canoa que, empeñado en una competición sobre las aguas de un rápido, se aferra a su pértiga al advertir una roca sumergida. Así se le pasaba la jornada a ese hombre: entregado con todo su ser al propósito de sacarle veintitrés centavos, en lugar de veintidós y medio, a la hora, tras lo cual su trabajo sería registrado por los oficiales del censo, permitiendo, así, que en el curso de sus banquetes algunos jubilosos magnates de la industria alardeasen a cuenta de la eficiencia del obrero americano, que doblaba la de los trabajadores de cualquier

otro país. Si la nación americana es la más grande de cuantas existen bajo el sol, ello debe de obedecer al talento de los que han conseguido arrastrar al pueblo obrero a semejantes cotas de frenesí. Claro está que hay algunas cosas igualmente grandes en el seno del país, como, por ejemplo, el volumen de las ventas de alcohol, que excede los mil doscientos cincuenta millones de dólares-año y se duplica con el paso de cada nueva década.

Una de las máquinas estampaba las planchas de hierro y otra, merced a un golpe formidable, les imprimía la forma que suelen tener las nalgas de un granjero americano. A continuación eran amontonadas en una carretilla, tras lo cual la misión de Jurgis era transportarlas a la nave donde tenía lugar el «ensamblaje» de las máquinas. Esto, que para Jurgis era un juego de niños, le reportaba un jornal de un dólar con setenta y cinco centavos por día. Aquel sábado pagó a Panei Aniele los setenta y cinco centavos a que ascendía el alquiler semanal de la buhardilla y sacó de la casa de empeño el abrigo que Elzbieta había pignorado durante su estancia en la cárcel.

Muy pronto aparecieron los beneficios de esta última iniciativa, ya que es imposible, a riesgo de comprometer la propia salud, transitar por Chicago sin abrigo en pleno invierno y Jurgis tenía que recorrer diariamente unas seis millas en los desplazamientos que le llevaban a su trabajo y le traían de vuelta. El trayecto se efectuaba en direcciones opuestas, a base de correspondencias entre varias líneas y, si bien la ley estipulaba que los enlaces habían de ser gratuitos en cualquier intersección, la compañía de los ferrocarriles había ingeniado, para rehuir el precepto, atribuir las líneas a propietarios diferentes. De este modo, los desplazamientos en cada sentido le costaban a Jurgis diez centavos o, dicho de otra manera, algo más del diez por ciento de su salario como tributo a esos piratas que habían obtenido sus permisos de explotación muchos años atrás a base de sobornos del consistorio: y todo ello en medio de protestas públicas que habían rayado en el amotinamiento. Por eso, y a pesar de todo el cansancio que hacía presa en él por la noche, y a pesar, también, de la negrura y el frío de las mañanas, Jurgis optaba por hacer el trayecto a pie. Se daba, además, la circunstancia de que a esas horas del día en que es mayor la afluencia de viajeros, el monopolio veía conveniente reducir de tal

manera el servicio que los pocos tranvías que circulaban lo hacían abarrotados, con sus estribos, topes y traseras cubiertos por racimos de hombres que, a menudo, llegaban a instalarse en el propio techo, sobre la nieve que lo tapizaba. De esta manera, claro está, las puertas de los coches jamás se podían cerrar y en su interior la temperatura era la misma que en la calle. Jurgis y, como él, otros muchos preferían gastar el importe del billete en uno de aquellos figones donde por el precio de una copa podía uno almorzar gratis y acumular energías para la caminata.

Todas estas cosas, sin embargo, constituían dificultades de muy poca monta para un hombre como Jurgis, que había conseguido escapar de la fábrica de abonos Anderson's. Pronto el joven comenzó a armarse de nuevas fuerzas y a concebir proyectos. Por mucho que hubiera perdido su hogar, también era cierto que ya no había de soportar sobre las espaldas la carga agobiadora del alquiler y los intereses, con lo cual, tan pronto Marija se restableciera, podrían ahorrar y comenzarían de nuevo. En el taller donde Jurgis trabajaba había otro lituano, un hombre del que sus compañeros, admirados por las proezas que llevaba a cabo, hablaban a media voz. Este héroe, que se pasaba el día ante un torno fabricando pernos, corría a la escuela pública, concluida su jornada, a estudiar inglés y aprender a leer. No contento con esto, y dado que el jornal no le alcanzaba para mantener a los ocho hijos que formaban su prole, el sábado y el domingo trabajaba como guarda privado. Su misión consistía en pulsar, cada cinco minutos, botones instalados en extremos opuestos del edificio; ya que el paseo le llevaba dos minutos, le quedaban tres para estudiar. Jurgis sentía envidia de ese hombre que no hacía sino lo que, dos o tres años atrás, hubiera sido su sueño. E incluso ahora, pensó, podría emprender una vida semejante, si la suerte le sonriese un poco otorgándole la oportunidad de destacar y convertirse en obrero cualificado o en capataz, como más de uno había conseguido ya en el Trust. También podría ocurrir que Marija obtuviese colocación en aquella gran fábrica de cordelería. Eso les permitiría trasladarse a un barrio cercano y, de esa forma, él tendría opciones reales. Con esas esperanzas, la vida tenía algún sentido: trabajar en un lugar donde el obrero era tratado como un ser humano, ¡y él sabría

demostrar que era digno de las consideraciones que recibía! Luego, pensando en todo lo que iba a emprender a fin de conservar su empleo, rompió a reír.

Pero he aquí que una tarde, cuando completaba su noveno día de trabajo, Jurgis advirtió, al ir a recoger su abrigo, que había un grupo de hombres apiñados ante una puerta sobre la cual campaba un cartel. Cuando se acercó para preguntar de qué se trataba, le informaron de que National Harvester Works quedaba clausurado a partir de la mañana siguiente y hasta nuevo aviso.

Capítulo XXI

¡Así funcionaban las empresas! Lo anunciaban así, lo que se dice en el último minuto: la fábrica cierra. Aquello, decían los hombres, había ocurrido ya en otras ocasiones y se repetiría, sin duda, muchas veces más, siempre de la misma manera. Habían montado el suficiente número de cosechadoras para abastecer al mundo entero y ahora no quedaba sino esperar a que algunas de ellas quedasen inservibles. Y a nadie cabía culpar de una situación engendrada por el orden natural de las cosas. Sólo que, con ella, hombres y mujeres por millares se veían arrojados a la calle en invierno, forzados, quien los tuviera, a echar mano de sus ahorros, y a perecer, quien careciese de ellos. A las miríadas de indigentes que recorrían la ciudad mendigando un empleo se unirían ahora otros cinco mil parados.

Anonadado, con el corazón partido, Jurgis se encaminó a casa con su exigua paga en el bolsillo. Una vez más le habían quitado la venda de los ojos para revelarle, cuando ya era demasiado tarde, los peligros de la jungla. ¿De qué servían la generosidad y las consideraciones de los patronos si éstos eran incapaces de asegurarle el trabajo por haber producido más maquinaria agrícola de la que el mundo entero puede comprar? ¿Y qué broma macabra hacía posible que, tras haberse reventado trabajando en la construcción de cosechadoras, los obreros se viesen en la calle sin otra razón que haber hecho su trabajo demasiado bien?

El disgusto le tuvo completamente abatido por espacio de dos días. En ese tiempo no probó el alcohol porque Elzbieta no sólo había puesto la paga a buen recaudo sino también, conociéndole, no

se dejó intimidar por sus airadas protestas. Jurgis, sin embargo, se confinó en la buhardilla y allí dio suelta a sus negros pensamientos. ¿Qué propósito tenía partirse el alma por encontrar un empleo, si éste le era arrebatado a uno antes de haber aprendido el oficio? Lo cierto, con todo, era que los recursos de la familia estaban próximos a agotarse. El pequeño Antanas no comía lo suficiente y lloraba a causa del frío, vivísimo en el sotabanco. Por otra parte, Madame Haupt, la comadrona, no le dejaba en paz con sus reclamaciones de dinero. Así pues, una vez más, Jurgis se lanzó de nuevo a la calle.

Diez días anduvo vagando, enfermo y hambriento, por las calles y los callejones de aquella ciudad desmesurada, en busca de un trabajo. Sus tentativas le llevaron de los almacenes a las oficinas y de los restaurantes a los hoteles; probó, también, en la zona portuaria y en las instalaciones del ferrocarril, en los comercios, en los talleres, en las fábricas que elaboraban productos para vender en todo el mundo. A veces se ofrecían plazas: una, dos; pero para cada vacante había más de cien candidatos y él nunca era elegido. Las noches las pasaba en cobertizos, en sótanos, en portales donde se introducía subrepticiamente. Luego, el invierno, que se alargaba, trajo un período de recrudecimiento. Soplaba un furioso viento huracanado y el termómetro, que a la puesta del sol marcaba cinco grados bajo cero, seguía descendiendo durante toda la noche. A Jurgis no le quedó entonces sino debatirse como una fiera para hacerse sitio en el interior de la espaciosa comisaría de Harrison Street, tan atestada que en los corredores había de dormir compartiendo con otros dos hombres el espacio de un escalón.

Durante esos días se hicieron frecuentes las peleas: para conseguir sitio a la puerta de las fábricas y también en la calle con las pandillas. El trabajo de mozo en las estaciones de ferrocarril, por ejemplo, constituía, pronto pudo comprobarlo, una especie de feudo infranqueable. Cuantas veces lo había intentado, se había encontrado con ocho o diez hombres y muchachos que habían caído sobre él y se había visto obligado a correr para salvar el pellejo. Además estas cuadrillas tenían comprada la pasividad de la policía. Correr hacia ellos en busca de protección era inútil.

Que Jurgis no muriera entonces de hambre se debió exclusivamente a la mísera ayuda que los niños le aportaban. Pero tampoco con ésta podía contar seguro porque, por una parte, el frío

era más de lo que los pequeños podían soportar y, por otra, también ellos estaban expuestos a la incesante amenaza que representaban sus rivales, muchachos como ellos, prestos a desvalijarlos y a pegarlos. Por si esto fuera poco, estaban las prohibiciones impuestas por la ley. Al pequeño Vilimui que, a pesar de sus once años, no parecía tener más de ocho, lo había parado en mitad de la calle una dama de edad avanzada, con gafas y aspecto muy severo, para decirle que no tenía edad suficiente para trabajar y que, si continuaba vendiendo diarios, le denunciaría a la Protección de Menores. Una noche, un hombre muy extraño agarró a Kotrina del brazo e intentó convencerla para entrar al interior de un oscuro sótano. El incidente aterrorizó de tal manera a la muchacha que no resultaba fácil lograr que siguiese con su trabajo.

Por fin, un domingo, ante la inutilidad de buscar trabajo ese día, Jurgis consiguió llegar a casa a fuerza de cambiar muchas veces de tranvía sin pagar billete. Entonces se enteró de que llevaban tres días esperándole. Había un posible trabajo esperándole.

La historia era larga de contar. El pequeño Juozapas, casi trastornado por el hambre en los últimos tiempos, se había echado a la calle para mendigar por su cuenta. El niño, que de pequeño había sido atropellado por un carro, no tenía más que una pierna, pero se servía de una muleta construida por él mismo con el palo de una escoba. Había trabado amistad con un grupo de otros chicuelos que le habían llevado hasta el vertedero de Tom Cassidy, que distaba unas cuatro manzanas de la casa. A ese lugar llegaban a diario centenares de carros cargados de basuras y desechos procedentes de las casas cercanas al lago, donde vivían los ricos. Hurgando entre los desperdicios, los niños encontraban pedazos de pan, mondaduras de patata, corazones de manzana y huesos, todo ello medio congelado y aprovechable. El pequeño Juozapas, que había comido de eso hasta hartarse, llevó consigo, de regreso a casa, tantos desperdicios como pudo envolver en un papel de diario y con ellos alimentaba a Antanas en el momento en que llegó su madre. Elzbieta, a quien nunca se le hubiera ocurrido que el contenido de los vertederos pudiera utilizarse como alimento, quedó muda de horror. Al día siguiente, sin embargo, cuando Juozapas comenzó a llorar de hambre y comprobando que nadie estaba en contra, transigió por fin y dio al niño permiso para repetir la excursión. Esa

tarde, al regresar, Juozapas les contó que, hallándose en el vertedero y según se dedicaba a hurgar con un bastón, una señora le había llamado desde la calle. Se trataba —explicó el muchacho— de una auténtica dama, una mujer muy hermosa que quiso saber todo lo concerniente a él: si era comida para las gallinas lo que estaba recogiendo, por qué usaba aquel palo por muleta, cómo había sido que Ona muriera, qué había hecho Jurgis para ir a la cárcel, qué le sucedía a Marija y todo lo demás. Por último, la señora le había preguntado dónde vivía y luego prometió ir a verle y llevar una muleta nueva que le permitiría andar. La dama —concluyó Juozapas— lucía un sombrero con un pájaro de adorno, y una larga estola de piel en torno al cuello.

Y no había faltado aquella señora a su promesa de venir. Lo hizo a la mañana siguiente. Salvó la escalerilla de mano que conducía a la buhardilla y, una vez allí, se quedó inmóvil, mirando en torno y palideciendo al descubrir en el suelo las manchas de sangre que Ona había dejado al morir. Luego se identificó ante Elzbieta diciendo que trabajaba para el Auxilio social y que tenía su domicilio en los alrededores de la avenida Ashland. Elzbieta sabía de qué lugar estaba hablando: un piso situado encima de una tienda de ultramarinos. Alguien la había invitado a visitar la casa, pero ella, pensando que aquello tenía que ver con cuestiones de religión, había rehusado. Su sacerdote no aprobaba los contactos con otras religiones y, refiriéndose a aquella casa en concreto, había dicho que se trataba de gente rica que habitaba esa parte de la ciudad con el propósito de conocer las condiciones de vida de los pobres, sin que nadie supiese qué beneficio podía reportarles ese propósito. Así se lo expuso la ingenua Elzbieta a su joven visitante, la cual rompió a reír para luego, durante un instante, adoptar un aire indeciso según, siempre en pie, escudriñaba el sotabanco y traía a la memoria las cínicas palabras de alguien que, hablando de ella, decía que vivía asomada a la boca del infierno, echando bolas de nieve al interior con el empeño de bajar su temperatura.

Feliz de tener quien la escuchara, Elzbieta relató a la joven todos sus infortunios. Le habló de lo sucedido a Ona, del episodio de la cárcel, de cómo habían perdido su casa, del accidente de Marija, de cómo, por fin, su hija había muerto y de la situación de Jurgis, sin trabajo como estaba. Mientras escuchaba a Elzbieta, los ojos de la

hermosa joven se habían llenado de lágrimas. Luego, rompió en sollozos y, sin importarle que la habitación estuviese llena de pulgas, ni tampoco la sucia y vieja bata que cubría el cuerpo de Elzbieta, fue a ocultar el rostro en el hombro de la anciana. La buena de Elzbieta sentía vergüenza de sí misma por haber contado un relato tan triste y su visitante hubo de recurrir a la súplica para que continuara. La historia concluía con el hecho de que la joven les hiciera llegar una canasta con víveres y dejase, para Jurgis, una carta que debía presentar a cierto caballero, director de uno de los talleres de las grandes fábricas de acero que ocupaban la parte sur de Chicago.

—Él le encontrará algún trabajo —había explicado la joven dama sonriendo entre lágrimas—. Porque, en caso contrario, no será conmigo con quien se case.

Las acerías se encontraban a quince millas de distancia y el trayecto en tranvía, como de costumbre, exigía la compra de dos billetes. Hasta donde alcanzaba la vista, a lo ancho y largo, el cielo aparecía inflamado por un fulgor rojo enviado por multitud de gigantescas chimeneas dispuestas en largas baterías. Por lo demás, era noche cerrada cuando Jurgis llegó a su destino. Los vastos talleres, que formaban por sí mismos una ciudad, se levantaban tras un recinto de vallas y había ya más de cien hombres congregados ante la puerta donde se efectuaba la admisión de nuevo personal. Nada más rayar el día comenzaron a sonar las sirenas y a la llamada aparecieron de repente miles de hombres surgidos del interior de las tabernas, las casas de hospedaje cercanas y de los tranvías en tránsito, que parecían haber emanado del propio suelo bajo la pálida luz de la aurora. Concentrados en un río humano, una multitud de ellos franqueó las cancelas para, luego, dispersarse de nuevo al otro lado hasta que, una vez desaparecidos los últimos, que corrían para no rezagarse, no quedó más que el guarda, ocupado arriba y abajo en su ronda, y la masa hambrienta de los que aguardaban, trémulos, pateando el suelo.

El portero a quien entregó Jurgis su preciosa carta de recomendación era un hombre arisco que estuvo asaeteándole a preguntas. Él, sin embargo, se limitó a insistir en que nada sabía y, ya que había tenido el buen tino de cerrar el sobre, su interrogador no pudo hacer otra cosa que cursarlo a su destinatario. Un

mensajero regresó con el encargo de pedir a Jurgis que esperara y eso le llevó al otro lado de la verja con, tal vez, menos conmiseración de la debida hacia los que, menos afortunados, le miraban pasar con ojos llenos de envidia.

La gran factoría estaba despertando a su actividad cotidiana. De ello daba prueba un dilatado estruendo en el que al rodar de las máquinas se unía el runrún de los motores y el estrépito de los martinetes. Luego el panorama fue cobrando lentamente relieve: por doquier salpicado de construcciones negras, mastodónticas, y largas hileras de cobertizos y talleres, aparecía surcado por pequeños trenes de infinitas ramificaciones. El pavimento era un campo de cenizas y el cielo un océano surcado por enormes ondas de humo negro. Limitaban la explanada, de un lado, un tendido ferroviario con doce pares de carriles y, del otro, la extensión del lago Michigan, donde atracaban los cargueros.

No le faltó a Jurgis tiempo para contemplarlo todo y admirarse, pues transcurrieron dos horas hasta que lo recibieron. Llamado a las oficinas, un celador de la empresa salió a su encuentro para informarle de que, si bien el director se hallaba ocupado en ese momento, él vería cómo proporcionarle un puesto de trabajo. Luego, en el curso de la entrevista, le preguntó si había trabajado con anterioridad en la industria del acero y, caso contrario, si estaba dispuesto a aceptar cualquier tipo de tarea. Ante la afirmación de Jurgis, el hombre dijo que saldrían a dar una vuelta para ver qué encontraban.

El paseo les ofreció espectáculos que dejaron a Jurgis boquiabierto. Se preguntó si llegaría a acostumbrarse a trabajar en un lugar donde el ruido ensordecedor hacía vibrar el propio aire y las sirenas lanzaban por todas partes y al mismo tiempo alaridos de advertencia, donde locomotoras en miniatura se le echaban a uno encima a cada paso y masas de metal al rojo vivo, palpitantes y sonoras, cruzaban su camino entre explosiones ígneas y cascadas de ascuas cegadoras que chamuscaban el rostro. Todos los trabajadores de los talleres aparecían cubiertos de hollín, tenían hundidos los ojos y macilento el semblante. Su labor se desarrollaba a un ritmo furioso, entre carreras constantes y sin levantar para nada la mirada, fija siempre en el trabajo. Jurgis se aferraba a su guía como un pequeñuelo asustado a su niñera y, mientras el celador iba de un

encargado a otro en busca de ocupación para un nuevo peón sin especializar, él iba mirándolo todo con ojos asombrados.

Juntos llegaron hasta el horno Bessemer —una estructura abovedada de las dimensiones de un gran teatro— donde laminaban el acero. Situado a la altura de un palco de ese teatro ideal, Jurgis advirtió, en el lugar que hubiese ocupado su escenario, tres gigantescas calderas con capacidad suficiente para atender los trabajos de todos los demonios del averno, donde una masa de un blanco incandescente borbotaba con salpicones y se agitaba como si guardara en sus entrañas un volcán en erupción, todo en medio de un fragor tal que la voz no era audible sino al nivel del grito. El ígneo líquido escapaba de las calderas para, en contacto con el suelo, producir estallidos como bombas. Al ver que los hombres seguían trabajando alrededor, indiferentes a todo ello, Jurgis se quedó sin aliento de puro espanto. Se hizo audible entonces el corto silbato de una sirena y, a continuación, una pequeña locomotora se abrió paso a través del telón de esta especie de teatro, arrastrando tras de sí una carga de materiales desconocidos que pasarían a nutrir los formidables recipientes; y, luego, tras un nuevo silbo, un segundo tren, que había emergido del fondo del escenario, se aproximó hacia las calderas hasta que, inopinadamente, sin previo aviso, una de éstas, decantándose, vertió en él, chisporroteante, atronador, un largo chorro de llamas líquidas. Convencido de que acababa de producirse un accidente, Jurgis retrocedió sobrecogido y, en ese momento, una columna flamígera, deslumbrante como el sol, se desplomó con el contenido ímpetu de un gran árbol cayendo a plomo en un bosque. Un torrente de ascuas barrió entonces todo el ámbito de la nave sustrayéndola a la vista, eclipsando todos los demás objetos. Jurgis, que se había llevado las manos al rostro, entreabrió los dedos y pudo discernir una catarata de fuego palpitante, vivo, que, brotando de la caldera, irradiaba una luz ajena a las de este mundo, un fulgor que escocía el globo de los ojos. Más arriba, el espacio se irisaba de incandescencias y alrededor, el azul, el rojo y los tonos dorados flotaban en una especie de danza. El propio torrente, sin embargo, no tenía más matiz ni coloración que el blanco, un blanco inefable: flujo emanado de las regiones de lo portentoso; un río que se hubiera dicho el propio origen de la vida. Contemplándolo, el alma se

estremecía de emoción y se hubiese creído pronta a sumirse en él, deseosa de emprender hacia él una veloz y dócil carrera que la devolviese a los remotos territorios donde moran lo bello y lo sublime. Luego, ya vacía, la colosal caldera recuperó su posición primitiva y, viendo Jurgis que nadie, para su gran alivio, había recibido daño alguno, se dio vuelta y se encaminó, en pos de su guía, al exterior bañado, ahora, por el sol.

Posteriormente atravesaron los altos hornos y las forjas rotativas donde, volteadas en el aire, las barras de hierro eran reducidas a menudos pedazos como si de queso se tratase. Mientras, por todas partes, en derredor y en lo alto, máquinas formidables hacían volar sus brazos, caían gigantescos martillos y ruedas colosales no cesaban de girar. Arriba, las grúas-puente, trepidantes, avanzaban rechinando y alargaban hacia el suelo manos metálicas en busca de presas férreas. Era como asistir, en el propio centro de la tierra, a las evoluciones de la maquinaria que rige el tiempo.

Por último, Jurgis y su acompañante alcanzaron el lugar donde se fabricaban los rieles de acero. Jurgis, que había percibido un bocinazo a su espalda, dio un salto para esquivar una vagoneta que transportaba un lingote de hierro al rojo, tan grande como el cuerpo de un hombre. El vehículo, de pronto, se detuvo con un audible respingo y su candente carga salió proyectada sobre una plataforma móvil. Allí, brazos y zarpas de acero se apoderaron del descomunal lingote, a golpes y empellones lo situaron en un lugar conveniente y lo impulsaron hasta donde unos enormes rodillos habrían de apresarlo. Más allá, la masa metálica siguió avanzando entre renovados choques y trepidaciones para ser, luego, volteada como una tortilla en una sartén y de nuevo prendida e impulsada, marcha atrás, en dirección al espectador, a través de nuevos cingladores. De esta forma, en medio de un estrépito ensordecedor, saltaba adelante y atrás y se tornaba más delgada y más plana según adquiría mayor longitud. Se hubiera dicho que aquel lingote tenía alma, animado y reacio a partir en aquella loca trayectoria, pero, presa del destino, volteaba sin cesar entre rechinos y chasquidos de protesta. Por último, convertido en una larga serpiente roja evadida del purgatorio, según resbalaba sobre el lecho de rodillos, se hubiese jurado que estaba vivo: tal era su manera de retorcerse y serpear, tales los estertores de su cola que, próxima a desprenderse, se

contraía en espiral. No hubo descanso alguno para aquel cuerpo hasta que, frío ya, ennegrecido, quedó listo, a falta de que lo seccionasen y enderezaran, para su uso en el tendido de un ferrocarril. Allí donde el periplo del riel concluía fue, precisamente, donde Jurgis encontró colocación. Una vez forjados, los carriles debían ser movidos con palancas y al capataz no le venía mal un nuevo par de brazos. Jurgis, pues, se quitó la chaqueta y se puso a trabajar en el acto.

El desplazamiento hasta las acerías le llevaba dos horas diarias y un desembolso semanal de un dólar y veinte centavos. Ante lo absurdo del caso, Jurgis hizo un hatillo con su ropa de cama, se lo echó al hombro y se trasladó a una casa de hospedaje regentada por polacos que le había presentado un compañero de trabajo. Allí, por diez centavos, obtendría el privilegio de pasar la noche sobre el entarimado. Las comidas las hacía en las tabernas donde, por el precio de un trago, le daban a uno un almuerzo, y los sábados por la noche se volvía a casa con el hatillo a cuestas y entregaba a Elzbieta la mayor parte de su semanal. Elzbieta no veía el arreglo con buenos ojos, porque temía que esta situación abocase a un paulatino distanciamiento, y aducía que ver al niño una sola vez por semana no era suficiente. Pero la cosa no tenía otro remedio ya que, aun cuando Marija estaba ya en condiciones de trabajar, las acerías no empleaban mano de obra femenina. Eso no dejaba a la muchacha más que la esperanza, alentada día a día, de encontrar de nuevo empleo en los mataderos.

Al cabo de una semana en la factoría, Jurgis había ya superado aquella sensación de impotencia que le anonadara al principio. Pronto aprendió a desenvolverse y a aceptar como cosas normales todos aquellos terroríficos portentos y trabajar ajeno al estrépito y la violencia de los golpes. De un extremo había pasado al otro: presa, antes, de un temor pánico, procedía, ahora, con un arrojo imprudente que hacía pensar en la indiferencia. En esto no se diferenciaba de sus compañeros que, absortos en su tarea, se olvidaban, o poco menos, de sí mismos. Era prodigioso, a poco que se reflexionara, que aquellos hombres hubiesen llegado a tal concentración en su trabajo, teniendo en cuenta que se les pagaba por horas y que el celo no aumentaba el salario. Estos trabajadores sabían que, en caso de accidente, prescindirían de ellos y se verían

relegados al olvido, mas no por ello dejaban de correr hacia su tarea, utilizando atajos peligrosos, ni vacilaban ante el empleo de métodos más rápidos y efectivos por mucho que esto aumentase el riesgo. Así Jurgis, durante su cuarta jornada en el trabajo, había presenciado cómo una vagoneta hacía puré el pie de un hombre que, corriendo ante ella, había perdido el equilibrio. Más adelante, antes de cumplir su tercera semana en el puesto, fue testigo de un accidente todavía más atroz. Había una fila de hornos que, construidos con ladrillos, fulgían por todas sus rendijas con el brillo cegador del acero líquido que contenían. Alguno de estos hornos presentaba deformidades peligrosas mas, a pesar de ello, los operarios seguían trabajando enfrente, protegiéndose los ojos con lentes azules cuando tenían que abrir las portillas. Una mañana, cuando Jurgis cruzaba la nave, uno de los hornos reventó y roció de su candente líquido a dos de los obreros. Jurgis corrió en ayuda de los hombres, que se revolcaban en tierra profiriendo alaridos desgarradores. El socorro le costó perder buena parte de la piel de la palma de una mano y, si bien el médico de la empresa le vendó la herida, no hubo quien le mostrara el menor agradecimiento: él, en cambio, se pasó ocho días sin trabajo y sin jornal.

El accidente, por fortuna, coincidió con la tan esperada admisión de Elzbieta en los trabajos de limpieza de las oficinas de una cárnica, que comenzaban todos los días a las cinco de la mañana. Jurgis, de vuelta a casa, se envolvía en mantas, para no enfriarse, y empleaba una parte del día en dormir y la otra, en jugar con el pequeño Antanas. Juozapas pasaba un buen número de horas hurgando por los vertederos y Elzbieta y Marija, por su parte, salían en busca de nuevo trabajo.

Antanas, que había cumplido ya un año y medio de edad, era un parlanchín infatigable. Tan rápidamente aprendía que, con el transcurso de cada semana, Jurgis, al volver a casa, tenía la impresión de estar ante un niño distinto. Sentado cerca de él, se extasiaba escuchando y mirándole, y luego daba suelta a sus alborozadas exclamaciones: *¡Palauk! ¡Mumal! ¡Tu mano szirdele!* Aquella personita era, en verdad, la única alegría que a Jurgis le restaba en este mundo: el niño representaba su única esperanza y su solo triunfo. Daba gracias a Dios de que Antanas fuera varón y que a su reciedumbre de roble uniese el apetito de un lobo. Nada había

hecho mella en él y nada podía hacerla. De todos los sufrimientos y privaciones había salido incólume, sin otras marcas que una voz acaso más aguda de lo normal y unas ansias de vida que, de otra manera, quizá no hubiera tenido. El hecho, por lo demás, de que el niño fuera rebelde no preocupaba en lo más mínimo a su padre que, al mirarle, se sonreía para sus adentros. Nunca sería demasiado combativo su carácter, pensaba Jurgis no sin satisfacción, dado que la vida le exigiría mucha lucha.

Jurgis había adquirido el hábito de comprar, siempre que dispusiera de dinero, el diario del domingo. Por sólo cinco centavos podía uno adquirir la más fantástica de las publicaciones, todo un manojo de páginas impresas que ponían de relieve, en grandes titulares, noticias del mundo entero. Auxiliado por los niños cuando las palabras eran demasiado largas, lentamente, letra por letra, desentrañaba su contenido. El diario hablaba de guerras, de asesinatos, de muertes repentinas. Era inconcebible que sus redactores pudieran enterarse de tanto sucesos amenos y apasionantes. Las historias no tenían más remedio que ser ciertas, pues cosas como aquéllas no podían haber sido creadas por la imaginación de ningún hombre. Venían, además, ilustradas con fotos tan veraces como la propia realidad de las cosas. El diario dominical resultaba tan emocionante como una visita al circo y casi tan divertido como irse de jarana; era, sin duda, una buena recompensa para el obrero que, agotado y embrutecido por su trabajo —aquel reventadero que se repetía jornada tras jornada, año tras año sin una hora de esparcimiento y, aún menos, la oportunidad de solazarse contemplando alguna vez una campiña—, no disponía, para avivar su imaginación, de otro recurso que el alcohol. Además de otras cosas, el diario traía páginas repletas de viñetas cómicas, que procuraban al pequeño Antanas mayor gozo que cualquier otra cosa de la vida. El niño se extasiaba en ellas y, tan pronto se las había agenciado, obligaba a su padre a explicárselas. Había en las ilustraciones animales de todas clases, cuyos nombres el pequeño conocía sin excepción e invocaba, sentado en el suelo, durante horas enteras señalando con sus deditos gordezuelos los personajes de aquel mundo animal. Cuando, por su sencillez, Jurgis conseguía desentrañar el texto de la historieta, el niño se la hacía repetir hasta retenerla en la memoria

y, luego, la relataba a su manera, con su media lengua, mezclándola, a veces, con otros temas y haciendo que sus relatos resultasen una pura delicia. También encandilaba su manera de pronunciar las palabras y su habilidad para captar, y repetir más tarde, frases de los mayores. ¡Qué extravagantes, qué absurdamente divertidas eran las cosas que decía! La primera vez que el granuja saltó con un «¡Maldita sea!» faltó poco para que el padre se muriera de risa. Luego, sin embargo, Jurgis se arrepintió, pues Antanas no tardó en extender sus maldiciones a todas las cosas.

Jurgis tuvo dos visitantes durante su reposo: la hermosa joven del Auxilio social y la señorita Wheeler. Los Wheeler eran una de las familias que, desde hacía uno o dos meses, habían alquilado una habitación en el sótano de Panei Aniele. Nadie los conocía en el barrio y eran bastante introvertidos. No quedaba muy claro por qué estaban allí, ya que parecían provenir de una clase social muy diferente de la que se estila en Packingtown. Eran una madre, inválida total, la hija y un hijo de unos veinticinco años. Una vez por semana la hija iba al centro de la ciudad para recoger su labor de costura, fuera de esto, nunca salía de casa. El hijo, por su parte, trabajaba en una de las fábricas de uno de los empresarios de carne «independientes», pero, dado que nadie más del vecindario trabajaba allí, nadie sabía nada más, excepto que tocaba el violín por las tardes, y lo hacía de un modo que nadie allí había escuchado nunca: una música salvaje, hermosa, que les ponía los pelos de punta y los dejaba perplejos y maravillados. Ellos se daban cuenta de que esa música siempre hería sus corazones de pena, que nunca salían más que una docena de notas alegres de ese sótano con las cortinas echadas.

Fue casualmente el accidente de Jurgis el que terminó por resolver el misterio. La señorita Wheeler se había enterado de algún modo del percance y preguntó a Elzbieta si podía hacerle una visita. Vino al final de la tarde, cuando todos estaban ya en casa. Se sentó en la oscura buhardilla y estuvieron conversando. Había escuchado que Jurgis se había herido en la mano y ella entendía lo que significaba, ya que también su hermano Harry había pasado por una desgracia terrible. Era músico, como ya sabían todos, y su puesto de trabajo era una máquina de enlatado que le había amputado dos dedos de la mano izquierda. Eso hizo que no pudiera dedicarse ya al

violín profesionalmente, lo que le había vuelto una persona desgraciada e infeliz. La joven hablaba con una voz baja y dulce que sonaba como un violín. Era la primera vez que Jurgis hablaba con alguien de esa clase, de modo que se quedó abrumado y en silencio cuando ella le dijo que sabía todo el dolor por el que había pasado y que, si le agradaba, ella estaría encantada de que bajara a hablar con ellos: ver a su madre y hablar juntos mientras ella cosía. Elzbieta tuvo que darle una patada a Jurgis, en la oscuridad, para que respondiera y luego pedir disculpas en su nombre por ser tan patoso.

Jurgis devolvió el favor, por supuesto. Aunque se sintió como un pez fuera del agua, pronto se encontró en casa de la señorita Wheeler viendo cómo volaban sus dedos y escuchando su dulce voz. Era una mujer encantadora, pálida y delgada. Tenía los ojos rojos de tanto coser: nunca paraba, excepto cuando tenía que atender a su madre, una anciana de pelo blanco que estaba siempre recostada en un sofá y que podía estarse así, en silencio, como un cadáver, durante más de una hora.

La hija tenía cierto interés por este corpulento extranjero que tanto había sufrido y tan callado permanecía. Ella logró que se abriera un poco y que le contara cosas sobre su vida y sobre Lituania. Ella nunca contaba nada de su propia vida, pero Jurgis se daba cuenta de que eran tan pobres como ellos, aunque todo lo que había en su casa fuera ajeno a lo que se encontraba en Packingtown. La mujer tenía una cortina alrededor de su cama y el hermano se había apañado un cuartito con un biombo. Había cuadros y objetos decorativos que remitían a otra vida. Pasó un tiempo antes de que Jurgis escuchara la historia de los Wheeler. Su padre había sido un comerciante en un pueblo cerca de Connecticut: se había arruinado y se había volado la cabeza. El hijo, que estudiaba música y que tenía mucho talento, se había encargado de mantener a la familia tocando en un teatro. Escuchó que había más oportunidades en Chicago y decidieron ir allí. Anduvo enfermo y ellos errantes de un lugar para otro: al final encontró empleo como cajero en una sastrería, a seis dólares por semana. Pero él quería trabajar con sus manos y se empleó después en una imprenta y luego como maquinista de tranvía; al final, como no podía aguantar la exposición a la intemperie y las jornadas

eternas de trabajo, buscó en los mataderos y aprendió a manejar una máquina de enlatar. Antes de que pasaran dos semanas en el puesto había contraído una infección en la sangre y, al mes, ya había perdido los dos dedos. Ello no le impedía trabajar, pero había destrozado su corazón. Se estaba muriendo poco a poco: la mitad de la noche la pasaba sentado, llorando de angustia, por los intermitentes fragmentos de música que aún lograba tocar.

Recuperado ya el uso de las manos, Jurgis cargó de nuevo con su ropa de cama y se reincorporó a su trabajo de trasegar raíles. Corría el mes de abril y las nieves habían cedido el paso a lluvias frías y copiosas que, por carecer de pavimento, convertían en un auténtico canal la calle donde habitaba Aniele. Para alcanzar la casa, Jurgis se veía obligado a vadearlo y, a veces, si la hora era avanzada y había mucho lodo, podía ocurrir que quedara empantanado hasta la cintura. Esto, sin embargo, no le preocupaba en exceso, pues la proximidad del verano constituía una gozosa certidumbre. Marija había conseguido por fin trabajo en una pequeña fábrica conservera como preparadora de restos de carne de vacuno. Jurgis, aleccionado por su parte, se había prometido rehuir en adelante cualquier ocasión de accidente y, con todo ello, en el horizonte parecía perfilarse ya el fin de todas sus cuitas, presentes y pasadas. Jurgis comenzó a soñar de nuevo y a hacer planes. Ahora podrían volver a ahorrar y procurarse, para el nuevo invierno, un alojamiento acogedor. Podrían sacar a los niños de la calle y llevarlos a la escuela. Así, a fuerza de trabajo, verían reavivados el decoro y la amabilidad que antaño constituyeran sus hábitos de existencia. Jurgis comenzaba a fraguar planes y alentar sueños de nuevo.

Tal era su estado de ánimo al apearse, al atardecer de cierto sábado, del tranvía. El sol declinaba fulgurante bajo un techo de nubes que habían traído una verdadera inundación a las calles en las que abundaba el barro. Había un arco iris en el cielo y otro en el corazón de Jurgis, que tenía ante sí treinta y seis horas libres que pasar junto a su familia. Mas, al llegar frente a la casa, advirtió de pronto que había una multitud congregada a la puerta. De un salto salvó los escalones que conducían al porche y, abriéndose paso entre la gente, irrumpió en la cocina de Panei Aniele, atestada por una muchedumbre de mujeres agitadas. La escena trajo a su

memoria con terrible nitidez el día que, al regresar a casa de la cárcel, descubrió que Ona estaba muriéndose. Tan viva fue la evocación que su corazón pareció paralizarse.

—¿Qué sucede? —exclamó.

Un silencio sepulcral había invadido la pieza y Jurgis advirtió que todas las miradas estaban fijas en él.

—¿Qué sucede? —repitió.

Fue en ese momento cuando le llegó del sotabanco la voz de Marija, sofocada por los sollozos. Ya se precipitaba Jurgis hacia la escalera cuando, sujetándole por el brazo, Aniele le detuvo.

—¡No, no! —exclamaba la vieja—. ¡No subas!

—Pero ¿qué sucede? —gritó él.

Entonces la anciana, casi inaudible la voz, respondió:

—Es Antanas. Está muerto. ¡Se ha ahogado en la calle!

Capítulo XXII

La noticia suscitó en Jurgis una singular reacción. Mortalmente lívido al principio, se dominó al punto y, luego, crispadas las manos, prietos los dientes, permaneció inmóvil en el centro de la habitación por espacio de medio minuto. Luego, y tras apartar a Panei Aniele, ganó de dos zancadas la habitación vecina y escaló los peldaños que llevaban al desván.

En un rincón, sus formas insinuadas por la manta que lo cubría, había un cuerpo y, tendida junto a él, llorando acaso desvanecida —no era posible precisarlo—, estaba Elzbieta. Marija iba y venía por todo el espacio del sotabanco dando voces y retorciéndose las manos. Jurgis comprimió más las suyas y la interpeló, la voz llena de dureza:

—¿Cómo ha sucedido?

Era tal la desesperación de Marija que apenas oyó la pregunta. Entonces él la repitió más alto y con mayor aspereza todavía.

—¡Se cayó de la acera! —gimió ella.

Al hablar de la acera se refería a un entarimado hecho de leños podridos que bordeaba la casa a unos cinco pies sobre la depresión de la calle.

—¿Y cómo había llegado el niño hasta allí? —quiso saber Jurgis.

—Salió… salió a jugar —explicó Marija entre sollozos que la ahogaban—. No habíamos conseguido retenerle en casa. ¡Debió de quedar atrapado en el lodo!

—¿Es seguro que está muerto?

—¡Sí, ay, sí! —clamó ella—. El médico vino a verle.

Luego, durante unos segundos, Jurgis estuvo balanceándose,

como inseguro de su equilibrio. Pero no vertió una sola lágrima. Por fin, tras echar una última ojeada a la manta y el bulto que ocultaba, se dio la vuelta, bajó la escalera y desapareció en el piso bajo donde, al llegar, se hizo un nuevo silencio. Jurgis se encaminó directamente a la puerta, traspuso el umbral y se lanzó calle abajo.

Cuando murió su mujer se había echado a la calle para meterse en el bar más cercano. Esta vez, sin embargo, y a pesar de que llevaba en el bolsillo el dinero de su semanal, no fue eso lo que hizo. Esta vez anduvo incesantemente, ciego a todas las cosas, a través del barro y el agua, hasta que, por último, buscó asiento en un escalón, hundió el rostro en las manos y se quedó, por lo menos media hora completamente inmóvil. De tarde en tarde, para sus adentros, musitaba: «¡Muerto! ¡Muerto!».

Al cabo de un rato se alzó otra vez y reemprendió su caminata. El crepúsculo andaba ya avanzado y Jurgis estuvo caminando hasta que, caída ya la noche, encontró cerrado el camino por la barrera de una vía férrea que estaba tendida al paso de un tren de mercancías que avanzaba lenta pero estruendosamente. Jurgis se detuvo a mirar y, en ese momento, de la manera más inopinada, un loco impulso que, callado, latente, desconocido, había estado germinando en su interior, cobró súbita vida y se apoderó de él. Había reemprendido la marcha, esta vez a lo largo de la vía y, cuando hubo dejado atrás la caseta del guardabarrera, dio un salto al frente y se aupó a uno de los vagones.

El tren se detuvo casi en seguida. Jurgis se apeó entonces y corrió a esconderse bajo el vagón, donde el espacio era suficiente para permanecer sentado. Luego, cuando el tren se puso nuevamente en marcha, Jurgis hubo de librar una batalla con su alma. Cerrados los puños, prietos los dientes, había resuelto no verter una sola lágrima, ¡ni una sola! Lo sucedido era ya parte del pasado y, como tal, lo rechazaba: no tendría poder sobre él por más tiempo. Era una carga que, con todo lo demás, aquella misma noche se sacudiría de los hombros para ser libre. A partir de ese momento se disiparía, como una pesadilla negra y odiosa, y, a la mañana siguiente, él sería un hombre nuevo. Y, así, cada vez que un pensamiento, un recuerdo enternecido o el rastro de una lágrima parecían atacarle, se alzaba enfurecido y, profiriendo juramentos, los sofocaba.

La lucha que libraba era por su propia vida y le llevaba a rechinar los dientes de desesperación. ¡Qué necio, qué necio había sido! Por su condenada debilidad había malogrado su vida y arruinado su persona. Pero todo eso tocaba ahora a su fin. Arrancaría el mal de raíz y no habría ya ni lágrimas ni vestigios de ternura. Unas y otras le habían reducido a la esclavitud. A partir de ahora sería libre. Rotos los grilletes, se alzaría para luchar. Se alegraba de que el fin hubiera llegado tan pronto. Llamado a producirse un día u otro, mejor era así. Ni mujeres ni niños tenían cabida en aquel mundo; cuanto antes lo abandonaran, mejor para ellos. Sufriese Antanas lo que sufriera en el lugar donde se encontraba ahora, sus padecimientos nunca excederían los que la tierra le reservaba. Este pensamiento era el último que su padre estaba dispuesto a dedicarle. De ahora en adelante, ese hombre iba a vivir para sí y luchar por sí mismo contra un mundo que se había ensañado con él sin regatearle frustraciones ni torturas.

Así continuó Jurgis arrasando el jardín de su alma, pisoteando y machacando cuanto antes le diera belleza. Tras una ensordecedora tronada de la locomotora, una oleada de polvo le barrió el rostro. Mas, aunque el tren se había detenido, y lo haría otras veces, espaciadamente, a lo largo de la noche, Jurgis no se movió de su escondrijo, dispuesto tercamente a permanecer allí hasta verse lejos, muy lejos de Packingtown, pues según aumentaba la distancia, con cada milla, sentía disminuir la carga que agobiaba su espíritu.

Cada vez que el convoy hacía una parada sentía bañado el rostro por una brisa con perfume a campiñas, a madreselva y a trébol. Jurgis aspiraba ávidamente esos aromas, que hacían batir su corazón a un ritmo loco. ¡El campo! ¡Otra vez estaba en el campo! El alba le sorprendió escudriñando con ansia los retazos de prados, de bosques y riberas, que alcanzaban sus ojos. Por último, incapaz de soportarlo más, saltó de su escondrijo, tan pronto el tren hizo su siguiente parada. Había en el techo del vagón un guardafrenos que, al verle, blandió el puño y profirió un juramento. Jurgis le respondió con un ademán burlesco y se alejó campo a través.

¡Y pensar que, campesino desde su nacimiento, hubiera pasado tres años sin ver un solo paisaje, sin oír un solo sonido campestre! Excepto el corto paseo que le ofreciera su salida de la cárcel, cuando de puro atribulado nada percibía, y de las horas pasadas en

los parques urbanos durante aquel invierno sin trabajo, podía asegurar, con todo rigor, no haber visto un árbol. Así, ahora se sentía como el pájaro que, habiendo alzado el vuelo, se ve llevado en alas de un ventarrón. A cada paso se detenía para contemplar arrobado alguna portentosa estampa: un rebaño de vacas, una pradera colmada de margaritas, un seto rebosante de rosas o un árbol de pajarillos cantores. Sólo era un pobre y sucio vagabundo y no sabía nada de poesía, pero entendía todas estas cosas y sabía que se alegraban de verlo y no sentían vergüenza de él.

Al avistar finalmente una granja, se procuró un palo y, así protegido, se encaminó hacia ella. El dueño se encontraba engrasando las ruedas de un carro. Jurgis se aproximó a él.

—Quisiera desayunar, si tiene usted la bondad —le dijo.

—¿Está dispuesto a trabajar? —averiguó el granjero.

—No —dijo Jurgis—. No pensaba hacerlo.

—Entonces no será aquí donde saque usted nada —le replicó el otro con brusquedad.

—Tengo intención de pagar —adujo Jurgis.

—¡Mira tú! —exclamó el granjero para, luego, permitirse un sarcasmo—: No tenemos servicio de desayuno después de las siete.

—Tengo mucha hambre —insistió Jurgis en tono grave—. Quisiera comprar un poco de comida.

—Pregúntele a la mujer —dijo el granjero, indicando con un movimiento de cabeza un lugar situado a su espalda.

La «mujer» se reveló más accesible. Por diez centavos le vendió dos gruesos emparedados, un pedazo de tarta y dos manzanas. Jurgis se alejó dando cuenta de la tarta por parecerle el más perecedero de los víveres comprados. Al cabo de unos pocos minutos llegó a un curso de agua y allí, tras saltar una valla, siguió la ribera por un boscoso sendero. Hallando, por fin, un lugar propicio, hizo honor al almuerzo y, luego, sació la sed en las aguas del arroyo. A esto siguieron horas muertas, sin otro afán que solazarse en las vistas y embriagarse de gozo, hasta que, vencido por la fatiga, se tendió a la sombra de un arbusto.

Al despertar tenía la cara ardiendo de sol. Al incorporarse y estirar los brazos su mirada quedó prendida en el quieto curso de las aguas. Advirtiendo, no lejos de donde se encontraba, un remanso profundo, abrigado, lleno de silencio, concibió una idea

maravillosa: ¡podía bañarse! El agua era de todos y nadie le impedía disfrutar de ella a su antojo. ¡Aquélla sería la primera vez, desde que dejó Lituania, que disfrutase de un verdadero baño!

A su llegada a los mataderos, Jurgis era tan aseado como pueda esperarse de un obrero. Los sábados por la noche siempre tapaba la pila de la cocina y se daba un baño. Pero, más adelante, al conjuro de la debilidad, del frío, del hambre y del desánimo, por no decir nada de las inmundas condiciones en que se desarrollaba su trabajo ni de toda la fauna de parásitos que invadía la casa, había renunciado a lavarse en invierno y, en verano, limitaba su aseo al que pudiera atender en las dimensiones de una palangana. Durante su estancia en la cárcel se había dado una ducha, la última que conociera su cuerpo. ¡Pero ahora iba a poder nadar!

El agua estaba templada y en ella estuvo chapoteando con el abandono de un niño. Luego, sin salir de ella, se sentó junto a la orilla y lenta, metódicamente, comenzó a frotar con arena, pulgada a pulgada, todo su cuerpo. Una vez emprendido el trabajo, quería que fuese concienzudo, que le permitiese conocer la sensación de estar limpio. Con arena también se frotó la cabeza, deslizando los dedos entre sus largos cabellos negros a fin de desprender lo que sus compañeros de trabajo llamaban «huéspedes» y luego hundió la cabeza en el agua pensando que, si permanecía así el tiempo suficiente, era posible que acabase con todos los parásitos. Finalmente, y al advertir que el sol calentaba todavía, fue en busca de su ropa, abandonada en la ribera, y se puso a lavarla prenda por prenda. Según el agua se llevaba la grasa corriente abajo, él rezongaba de satisfacción y refregaba la ropa con redoblado ahínco, dando ahora por verosímil el propio sueño de alejar para siempre hasta el hedor del fertilizante.

Luego, con la colada tendida y mientras aguardaba a que se secase, se tumbó al sol y de nuevo se abandonó a un largo sueño. Al despertar, encontró las prendas tiesas, rígidas como palos en la parte alta, y un poco húmedas en los bajos, pero, como volvía a sentir hambre, se vistió y reemprendió su camino. No disponía de cuchillo pero, a fuerza de paciencia, acabó por conseguir una estaca recia y de buenas proporciones y, armado de esa forma, regresó al camino.

Divisó, al poco, un caserío grande hacia donde encaminó sus

pasos enfilando la senda que le daba acceso. Era justamente la hora de la cena y el granjero estaba lavándose las manos a la puerta de la cocina.

—Por favor —dijo Jurgis—, ¿no podrían darme algo de cenar? Tengo con que pagarlo.

A esto, el dueño de la casa se apresuró a responder:

—Nosotros no alimentamos vagabundos. ¡Largo!

Jurgis se alejó sin pronunciar palabra, mas, al rodear el granero e internarse en un campo recién cavado donde el dueño del caserío había plantado albérchigos jóvenes, fue tirando de ellos según avanzaba y, antes de alcanzar el otro extremo del campo, había dejado tras de sí, arrancados de cuajo, más de un centenar de árboles. Ésa era su respuesta, fiel reflejo de su actual disposición. Había decidido batallar y, en adelante, cualquier hombre que arremetiera contra él recibiría cumplidamente su merecido.

Al salir del huerto Jurgis encontró ante sí un sotillo y, más allá, un campo de mieses de otoño. Franqueados ambos, alcanzó, por fin, un nuevo camino que al poco le condujo hasta las cercanías de otra granja. Como el cielo comenzara a encapotarse, Jurgis se acercó al lugar y solicitó al granjero alojamiento y comida.

—Me daría por satisfecho con que me dejaras dormir en el pajar —añadió al advertir que el hombre sentía desconfianza.

—Pues no sé qué decirte… —titubeó el campesino—. ¿Fumas?

—A veces, pero cuidaré de hacerlo fuera —respondió. Y, cuando el hombre hubo dado su consentimiento, averiguó a su vez—: ¿Cuánto me cobrarás? No ando sobrado de dinero.

—Unos veinte centavos por la cena —contestó el hombre—. El granero va gratis.

Así pues, Jurgis entró en la casa y tomó asiento a la mesa en compañía del campesino, su mujer y la media docena de chiquillos que formaban su prole. La cena fue copiosa: judías estofadas, puré de patatas, un guiso de espárragos troceados, un plato de fresas y grandes rebanadas de pan, muy gruesas, con un jarro de leche por bebida. Desde el día de su boda Jurgis no había asistido a un festín semejante. Dar cuenta de esos veinte centavos de alimentos le costó un esfuerzo supremo.

Todos estaban demasiado hambrientos para charlar. Pero, al concluir la cena, se instalaron en el porche y, mientras fumaban, el

granjero estuvo interrogando a su huésped. Luego, cuando Jurgis le hubo explicado que procedía de Chicago, donde trabajaba como peón, y que andaba sin rumbo fijo, el hombre le preguntó:

—¿Por qué no te quedas y trabajas para mí?

—En este momento no busco empleo —fue la respuesta de Jurgis.

—Te pagaré bien —dijo el otro según apreciaba con la vista su poderosa constitución—. Estoy dispuesto a darle un dólar, alojamiento y comida por mi cuenta. Por aquí no hay donde encontrar mano de obra…

—¿Su oferta alcanza también al invierno? —se apresuró a averiguar Jurgis.

—No, no… La granja es pequeña. Pasado el mes de noviembre no tendría trabajo para ti —contestó el dueño.

—Sí —dijo Jurgis—, ya me lo imaginaba. Y, dime, este otoño, cuando tus caballos dejen de prestarte servicio, ¿los abandonarás a su suerte en la nieve? (En los últimos tiempos Jurgis comenzaba a tener ideas propias).

—No es lo mismo —replicó el granjero percatándose de la intención de su pregunta—. Un caballo no es un hombre. Un tipo fuerte como tú, puede encontrar trabajo sin dificultad en invierno, bien en la ciudad, bien en otra parte.

—Sí, lo mismo piensa todo el mundo —respondió Jurgis— y, por eso, caen como moscas sobre las ciudades. Una vez allí, cuando la necesidad les obliga a pedir limosna, o a robar, para subsistir, la gente les pregunta por qué no van al campo, donde faltan brazos por todas partes.

El granjero se quedó pensativo un instante.

—Y cuando se te acabe el dinero, ¿qué me dices? ¿Tendrás, o no, que trabajar entonces?

—Cuando llegue ese momento —dijo Jurgis—, ya veré lo que hago.

Tras un sueño reparador en el pajar, Jurgis disfrutó de un abundante desayuno a base de café, gachas de avena, pan y confitura de cerezas, por todo lo cual el granjero, acaso influido por sus razonamientos de la víspera, le cobró sólo quince centavos. Y, con eso, Jurgis se despidió y reemprendió la marcha. Así comenzó su vida de vagabundo. Trato como el dispensado por el último

granjero pocas veces lo obtuvo. Eso le enseñó, según pasaban los días, a esquivar las casas en favor de los bosques, cuando de dormir se trataba. En tiempo de lluvia, buscaba cobijo en construcciones deshabitadas y, cuando no las había, aguardaba la caída de la noche y, entonces, bastón en ristre, se introducía subrepticiamente en pajares. De ordinario, se escondía antes de que los perros advirtiesen su presencia y, una vez en el interior y oculto entre la paja, nada tenía que temer hasta el alba. Cuando, por el contrario, los perros le atacaban, retrocedía en perfecto orden de ataque y, aunque no era ya el hombre fuerte que había sido, rara vez necesitaba más de un único golpe para despachar a un perro.

Pronto la estación trajo frambuesas y, luego, arándanos con que economizar sus recursos. Los huertos y los sembrados ofrecían, también, manzanas y patatas, que Jurgis se avezó a cosechar abundantemente tan pronto anochecía. En dos ocasiones pudo, incluso, hacerse con pollos que le procuraron un festín, la primera vez en un caserío abandonado y, la segunda, en un rincón tranquilo, cerca de un río. Cuando, falto de todas estas cosas, se veía obligado a echar mano de su dinero, lo hacía con cautela pero sin resquemor, sabiendo que podía ganar más en cuanto quisiera. Con media hora de partir leña a su velocidad bastaba para obtener una comida e incluso presiones del granjero para retenerlo, en vista de su forma de trabajar.

Nada, sin embargo, podía atar a Jurgis que, hombre libre ya, bucanero a su modo, había despertado al viejo *Wanderlust*[17] y llevaba en la sangre el gozo de una vida sin ligazones, el júbilo de la búsqueda y la esperanza infinitas. Tal vida, abundante, sin duda, en contratiempos y penalidades, siempre traía consigo, en revancha, alguna novedad, por no decir nada de la recompensa que por sí misma representaba para un hombre que había pasado largos años recluido en un espacio siempre idéntico, sin más horizontes que una desolada perspectiva de fábricas y casuchas, y que, de pronto, abierta la puerta de su jaula, se había encontrado dueño de su albedrío bajo un cielo sin fronteras, con nuevos paisajes y lugares que admirar, encontrando a cada hora gente nueva. ¿Qué no significaría todo esto para una criatura humana cuya vida entera había consistido en realizar una sola y misma función todo el día, hasta que sus fuerzas quedaban tan exhaustas que sólo le permitían

tenderse y dormir a la espera de una nueva jornada? ¿Cómo imaginar el alborozo de ese ser al verse súbitamente dueño de sí mismo, libre de trabajar como y cuando le apeteciera y enfrentado a cada paso a una aventura diferente?

Hasta la salud le había sido devuelta y, con ella, todo el vigor juvenil y todas las gozosas potencias cuya pérdida tanto había lamentado. Todo ello le fue restituido de un súbito embate que le dejó aturdido, lleno de sobresalto. Era como si su niñez, muerta tiempo ha, regresara a él risueña y concitadora. Para un hombre harto de alimentos, ebrio de aire puro y voluntario ejercicio suponía una bendición despertar de un sueño cumplido y partir, pleno de energías que no sabe en qué emplear, estirando los brazos, riendo y entonando viejas canciones devueltas por el recuerdo. En ocasiones, como es natural, no podía menos de pensar en el pequeño Antanas, a quien no había de volver a ver, cuya vocecita no escucharía ya jamás. Estas evocaciones le suscitaban batallas interiores. A veces, por la noche, despertaba tras haber visto en sueños a Ona y tendía los brazos hacia ella para, luego, bañar en llanto el suelo. Pero, llegada la mañana, todo quedaba al margen con una mera sacudida y, de nuevo, se echaba al camino para luchar contra el mundo.

Nunca se detuvo a preguntar dónde se encontraba o adónde le conducía un camino. Era muy vasto aquel país, le constaba, y no había, pues, peligro de que se le acabara. En cuanto a compañías, éstas, de desearlas, a buen seguro que no le hubieran faltado. Por todas partes adonde iba encontraba hombres entregados a una vida como la suya, en cuya sociedad hubiera sido bien recibido con sólo pedirlo. Entre estas gentes no prevalecía el espíritu de clan y, bisoño como era Jurgis en el oficio, no rehusaron enseñarle sus trucos y sus tretas. De ellos aprendió qué aldeas y qué pueblos convenía evitar, cómo conocer una casa por los rasgos distintivos de un seto, cuándo robar era preferible a pedir limosna, y cuándo lo aconsejable era practicar ambas cosas a la vez. Ellos rechazaban con risotadas algunos principios de Jurgis como el de pagar cualquier cosa por medio del dinero o a base del trabajo. Aquellos hombres conseguían cuanto necesitaban por otros medios. Jurgis acampaba a veces con alguna de estas cuadrillas en lo profundo del bosque y con ellas salía en batidas de aprovisionamiento con el beneficio de la oscuridad. Ocurría a menudo que un miembro de estas partidas

«hiciera migas» con él. Entonces marchaban juntos y, por espacio de una semana, viajaban codo con codo hablando de sus vidas.

Buena parte de los que se dedicaban a este vagabundeo profesional habían sido toda su vida, a buen seguro, holgazanes recalcitrantes. La inmensa mayoría, sin embargo, no eran sino obreros que, como Jurgis, habían luchado, perdido y desistido, al fin, de su empeño. Más adelante Jurgis topó con una tercera categoría de hombres, que eran el núcleo de donde emanaba el vagabundo corriente: hombres errantes y desarraigados que no por eso dejaban de buscar trabajo. Su objetivo solían ser los campos durante la cosecha. Sus filas formaban un verdadero ejército: el de los excluidos del mecanismo laboral de la sociedad. Éstos habían venido a la vida, conforme a una implacable ley de la naturaleza, con el solo propósito de desempeñar todos los trabajos ocasionales de este mundo, todas las tareas que no por transitorias e irregulares dejan de ser indispensables. Estos hombres, por supuesto, no sabían qué era lo que les unía: sabían solamente que necesitaban trabajar y que las oportunidades de hacerlo eran fugaces. Instalados en Texas al comenzar el estío, iban derivando hacia el norte con la estación, al mismo ritmo que siegas y recolecciones tocaban a su fin. El otoño les encontraba en Manitoba y allí algunos se enrolaban en las explotaciones madereras, donde era abundante el trabajo invernal; los que no lo conseguían, se encaminaban hacia las ciudades para vivir allí de lo que hubieran podido ahorrar, ayudándose con los trabajos temporeros que el lugar permitiese: el trasiego de cargas en los puertos, el de descarga al pie de los camiones, la abertura de zanjas o el paleo de la nieve. Cuando el número de los que se ofrecían sobrepasaba al de los solicitados, los más débiles, también en eso obedientes a otra ley inmutable de la naturaleza, eran eliminados por el hambre y el frío.

Los trabajos de la recolección, que vienen con los últimos días de julio, encontraron a Jurgis en Missouri, donde cosechas que habían costado tres y hasta cuatro meses de labor se perderían, a menos que los granjeros pudiesen contratar brazos por un par de semanas. Esto hacía que todo el territorio se viese recorrido por un clamoreo de voces que solicitaban hombres. Ávidas de ganancias, las agencias habían abierto oficinas que sangraban a las ciudades de su contingente obrero, echando mano, incluso, de muchachos

todavía en edad escolar, que llegaban por carretadas, mientras hordas de granjeros enloquecidos detenían los convoyes de ferrocarril y a viva fuerza se llevaban consigo cuantos braceros pudieran cargar en un carro. No eran los salarios lo que se escatimaba: por una jornada de trabajo cualquier hombre podía conseguir dos dólares y la manutención, y, para los mejores, la oferta alcanzaba los dos dólares y medio, e incluso tres. La fiebre de la cosecha embargaba el propio aire; sólo un hombre por completo exento de espíritu hubiese podido hollar aquel suelo sin percibirla. Jurgis se unió a una cuadrilla y durante dos semanas trabajó de sol a sol, dieciocho horas diarias sin una sola pausa. Al concluir los trabajos había reunido una suma de dinero que en los lejanos días de escasez hubiese supuesto una fortuna. Mas ¿qué empleo podía dar ahora al dinero? Hubiese podido, a buen seguro, depositarlo en un banco —con suerte de que no fuera uno de esos envueltos en la insania de Wall Street— para recurrir a él cuando le hiciese falta. Pero Jurgis era ahora un desarraigado, un hombre que erraba a través de un continente; ¿qué podía saber él de operaciones bancarias, de giros, de cartas de crédito? Viajar, por otra parte, con ese dinero encima le valdría, a la larga, que le desvalijaran. Así pues ¿qué otra alternativa le quedaba salvo gastarlo cuando todavía era tiempo de ello?

Un sábado por la noche él y algunos compañeros aparecieron en una ciudad pequeña. Llovía y no había mejor lugar donde guarecerse que una taberna. Allí encontró parroquianos que le invitaron a beber y a los cuales él correspondió. Todos reían, la gente cantaba al fondo del salón, una chica alegre, de sonrosadas mejillas, sonrió a Jurgis y él, súbitamente, sintió que el corazón se le subía a la garganta. Hizo a la chica una indicación de cabeza y la muchacha se acercó y tomó asiento a su lado. Juntos bebieron varias rondas y, luego, él la acompañó a una de las habitaciones de arriba. Allí, la bestia que llevaba en sus adentros se despertó y comenzó a ulular como ha venido haciéndolo en el fondo de la selva desde la noche de los tiempos. Después de eso, porque sus recuerdos le hacían sentirse avergonzado, celebró que otros, hombres y mujeres, se les unieran. Hubo nuevas rondas de bebida y, juntos todos, la noche se fue en relajamiento y alboroto.

Al contingente de los que la sociedad había aventado de sus filas

obreras se sumaba otro, de mujeres, empeñadas, también ellas, en una lucha regida por leyes naturales estrictas. La existencia de hombres ricos y libidinosos les había procurado, mientras fueron jóvenes y hermosas, bienestar y abundancia. Pero, con la llegada de nuevas generaciones que las superaban en belleza y juventud, su sino las había llevado a seguir la ruta de los jornaleros. Algunas lo hacían por propia iniciativa, partiendo sus ganancias con los que regentaban los salones. Otras llegaban por el intermedio de las agencias, al igual que los hombres. Durante la recolección frecuentaban las ciudades y, en el invierno, las explotaciones madereras. Estaban, también, en las ciudades a la espera de la llegada de los hombres, y en cualquier sitio donde hubiera una concentración de obreros; si se construía un ferrocarril o un canal o se preparaba una festividad, las mujeres acudían y se instalaban en improvisados pabellones, en las tabernas o en habitaciones de alquiler que a menudo compartían entre ocho o diez, de acuerdo con el severo sistema natural.

A la mañana siguiente Jurgis no tenía un céntimo en el bolsillo y, una vez más, se echó al camino. Le invadía el malestar y sentía repugnancia, pero, atendiendo a sus nuevas normas de vida, sofocó esos sentimientos. Tenía conciencia de haberse comportado como un necio, mas nada arreglaba con lamentarlo. Sólo podía tratar de que lo sucedido no se repitiese. Resuelto a eso, prosiguió la marcha hasta que el ejercicio y el aire fresco disiparon su jaqueca, restituyéndole gozo y energías. Así habría de ocurrirle muchas veces porque, criatura impulsiva, el placer no había cobrado para él carta de naturaleza. Habría de pasar mucho tiempo antes de que comenzara a comportarse como la mayoría de los trotamundos que iban errantes hasta que el ansia de mujeres y bebida se apoderaba de ellos y les impulsaba a trabajar sin otra meta que la de realizar su propósito, abandonándolo todo tan pronto como conseguían lo suficiente para costearse una juerga.

A Jurgis, por el contrario, le atormentaba la conciencia y, por más que lo intentase, no conseguía ahuyentar aquel fantasma que le hostigaba sin descanso. Surgido en los lugares más inopinados, con frecuencia su acoso le conducía a la bebida.

Una noche, sorprendido por una tormenta, buscó abrigo en una pequeña casa que se levantaba a las afueras de una población. Era

el hogar de un obrero, un hombre de su propia raza, recién emigrado de Bielorrusia. El propietario dio a Jurgis la bienvenida en la lengua de su lejano país y le invitó a pasar a la cocina y secarse junto al fuego. No tenía cama que ofrecerle, dijo, pero sí la buhardilla, donde podría hacerse un lecho de paja. La esposa se afanaba con la cena y los hijos, entretanto, jugaban en el suelo. Jurgis tomó asiento y ambos hombres cambiaron impresiones acerca de su patria, los lugares que conocían y los oficios que habían practicado. Luego cenaron y, a continuación, durante la sobremesa, siguieron hablando, mientras fumaban. Esta vez la conversación giró en torno a América y la opinión que el país les merecía. En eso se ocupaban cuando, en mitad de una frase, Jurgis se detuvo al advertir que la esposa de su anfitrión había sacado una gran jofaina colmada de agua y se disponía a desnudar al chiquillo más pequeño. Los demás se habían retirado ya al cuartito donde dormían, pero el pequeño, según explicó el dueño de la casa, tenía que tomar un baño antes de acostarse. Las noches habían comenzado a ser frescas, y la madre, que nada sabía del clima de América y creía inminente la llegada del invierno, había envuelto al niño en mantas, asegurándolas después, al uso de su país, con hilo y aguja. A todo esto un brusco regreso del calor había cubierto el cuerpo del niño de un salpullido que el médico aconsejó curar con baños que debían repetirse todas las noches y su mujer, la muy necia, le creía.

Jurgis apenas había prestado oídos al relato; era el niño el que reclamaba su atención. No tendría más de un año de edad, pero su cuerpo, de piernas bien torneadas y rechonchas que remataba un estómago de redondez perfecta, hacía pensar en una robusta personita casi adulta. Tenía el pequeño los ojos negros como el azabache y las ronchas no parecían mortificarle en exceso, a juzgar por el júbilo con que se anticipaba al baño, largando pataditas entre rezongos y alborozadas risas que unas veces le llevaban a lanzarse contra el cuello de la madre y, otras, a concentrar la atención en los dedos de sus menudos pies. Cuando la mujer lo metió en el baño, el pequeño se sentó sonriente en mitad de la jofaina y comenzó a rociarse de agua según profería grititos de lechoncito. Hablaba en ruso, lengua que a Jurgis le era familiar, dando a las palabras esas maravillosas inflexiones que sólo un niño puede prestarles y

despertando en el alma de Jurgis, con cada una de ellas, el recuerdo de otras palabras pronunciadas por su propio hijo, cuando aún vivía. Y, cada vez que eso ocurría, era como si le hincasen un cuchillo en el corazón. Jurgis se quedó mudo y absolutamente inmóvil en su asiento, crispadas las manos mientras una tempestad iba cobrando forma en su seno y algo, semejante a una crecida, se le agolpaba en los ojos. Hasta que, incapaz de soportarlo por más tiempo, hundió la cara en las manos y prorrumpió en un llanto que dejó tan perplejos como alarmados a sus anfitriones. Avergonzado y ahogado por la pena, llegó un momento en que, no pudiendo sobrellevarlo, se levantó y corrió al exterior, a perderse en la lluvia.

Camino abajo anduvo sin detenerse hasta alcanzar un bosque tenebroso donde se ocultó y estuvo llorando como si su corazón fuera a quebrarse. ¡Qué dolor y desazón los suyos, cuando el sepulcro de la memoria alzaba su lápida y dejaba a los espectros de su vida de antaño en libertad para acosarle! ¡Qué espanto contemplar el pasado que ya nunca podría repetir: ver a Ona, y al hijo de ambos, y su propio ser de entonces, tendiéndole los brazos, llamándole a través de un abismo insondable! ¡Qué terror comprender que todo aquello le había abandonado para siempre y que ahora no le restaba sino retorcerse hasta la sofocación en la ciénaga de su propia vileza!

Capítulo XXIII

Al comienzo del otoño, Jurgis, por fin, encaminó sus pasos hacia Chicago, porque la vida del vagabundo perdía todas sus alegrías tan pronto como el heno de los pajares cesaba de ofrecer abrigo suficiente. Por otra parte, y al igual que muchos otros, se engañaba pensando que anticipar la partida le valdría una ventaja sobre el tropel de los competidores más tardíos. Llevaba consigo, guardados en un zapato, quince dólares que había sustraído a los crápulas de las tabernas, no tanto por conciencia como por el temor de enfrentarse en la ciudad a una invernada sin trabajo.

El viaje lo realizó a bordo de trenes de mercancías, en cuyos vagones él y otra porción de hombres buscaban acomodo aprovechando la noche, expuestos a ser arrojados del convoy en cualquier instante, sin tener en cuenta la velocidad de la marcha. De estos compañeros de viaje se separó en cuanto llegaron a la ciudad porque, disponiendo él de algún dinero y no así los otros, seguía resuelto a luchar sólo para sí mismo. Dispuesto a echar mano de todas las habilidades adquiridas de la experiencia, tenía el firme propósito de ganar la batalla sin preocuparse para nada de los que tuviesen peor fortuna. Las noches de bonanza las pasaba en los parques o buscaba, para dormir, acomodo en algún camión o, a falta de otra cosa, en el interior de un viejo tonel o en el de un cajón de embalaje. Cuando, por el contrario, el tiempo era lluvioso o apretaba el frío, se agazapaba, por diez centavos, en la litera de una casa de hospedaje o pagaba tres por una «plaza» en un dormitorio público. Sus comidas las despachaba en aquellos lugares donde había almuerzo gratis con pagar un trago: cinco centavos, ni

uno más, con lo cual creía posible sobrevivir dos meses, o aún más tiempo, y en ese plazo, sin duda conseguiría alguna colocación. Este régimen de vida le obligaba, por supuesto, a despedirse de su aseo estival, pues una sola noche de pensión dejaría sus ropas plagadas de parásitos. Por otra parte y exceptuado el lago, cuyas orillas pronto se verían cubiertas de hielo, no había en la ciudad un solo lugar donde uno pudiera lavarse ni tan siquiera la cara.

Lo primero que hizo fue presentarse en la acería y en la fábrica de maquinaria agrícola. En uno y otro sitio le dijeron que su plaza ya había sido cubierta tiempo atrás. En el barrio de los mataderos no quiso ni poner los pies, repitiéndose que ahora era un hombre libre y que así debía seguir: no tenía que compartir su salario con nadie cuando encontrara trabajo. Así inició, una vez más, la larga y fatigosa ronda de los almacenes y las fábricas, recorriendo a pie la ciudad de una a otra punta durante toda la jornada. Adondequiera que fuese, siempre encontraba un grupo de hombres, de diez a un centenar, que habían llegado antes. También recurría a los periódicos, aunque ahora a sabiendas de que no iba a ser presa de ningún agente de lengua refinado; sus compañeros durante sus días de vagabundeo, le habían enseñado todas estas tretas.

Consiguió finalmente un empleo por medio de un anuncio en un periódico, después de haberlo buscado por espacio de casi un mes. El anuncio solicitaba un centenar de obreros y, al principio, Jurgis lo tomó como un mero «gancho», a pesar de lo cual, y porque eran cercanas, acudió a las señas que indicaba. Al llegar encontró una cola de una manzana de largo, pero, como advirtiese un carro que, al salir de una calleja, había interrumpido la fila, Jurgis aprovechó la oportunidad para intercalarse, de un salto, entre los que aguardaban al otro lado. Sus competidores le amenazaron e hicieron lo posible por echarle, a lo cual Jurgis prorrumpió en juramentos e inició un escándalo con ánimo de atraer algún policía y, ante esto, dándose cuenta de que si el guardia intervenía sería para desalojar a todo el mundo, los hombres optaron por callar.

Unas dos horas más tarde le hicieron pasar a una habitación donde se encontró ante un corpulento irlandés parapetado tras un escritorio.

—¿Ha trabajado antes en Chicago? —le preguntó el hombre.

Ya fuera por inspiración de su agudo instinto, ya porque un

ángel velaba en ese momento por él, Jurgis creyó mejor contestar:

—No, señor.

—¿De dónde procedes?

—De Kansas City, señor.

—¿Tienes referencias?

—No, señor. Yo soy un simple peón, pero tengo buenos brazos.

—Estoy buscando hombres para un trabajo duro. Se trata de excavar túneles para los cables del teléfono, todo bajo tierra. Es posible que no sea lo que andas buscando.

—No hay inconveniente, señor. Cualquier trabajo es bueno para mí. ¿Cuánto es la paga?

—Quince centavos por hora.

—De acuerdo, señor.

—Perfectamente. Vuelve a la entrada y que apunten tu nombre.

Y así, antes de que transcurriera media hora Jurgis se encontraba ya trabajando a buena profundidad bajo las calles de Chicago. Para tratarse de un conducto destinado a conexiones telefónicas, el túnel, con sus tres yardas de anchura y un alto casi equivalente, no podía ser más singular: una verdadera tela de araña con brazos y bifurcaciones que se extendían en todos sentidos. Jurgis caminó más de una milla con el resto del equipo hasta llegar al lugar donde tenían que trabajar. El túnel, cosa todavía más extraña, estaba dotado de luz eléctrica y tenía un doble tendido de raíles para ferrocarril de vía estrecha.

Jurgis no estaba allí para hacer preguntas, de modo que hizo caso omiso de aquello y ni siquiera volvió a reparar en lo observado. Hubo de pasar un año antes de que se enterara de lo que ocultaba aquel tinglado. Discretamente y casi con sigilo, el Consistorio municipal había aprobado un pequeño e inocuo proyecto por el que se autorizaba a cierta compañía la construcción de una red de conductos subterráneos destinada a la instalación de cables telefónicos. Amparándose en dicha autorización, un gran grupo de empresas había perforado todo el subsuelo urbano creando un trazado de líneas subterráneas para trenes de mercancías con el que los más importantes empresarios de la ciudad —cuya fuerza conjunta representaba un capital de cientos de millones de dólares— se proponía escapar al azote del sindicato de transportes, que era, de todos, el que más les hostigaba. Cuando

quedase terminada la red de túneles, que comunicaba todas las grandes fábricas y almacenes con los depósitos ferroviarios, los patronos tendrían al enojoso sindicato en el puño. Los rumores y las especulaciones que habían llegado alguna que otra vez al Consejo lograron que se instruyesen investigaciones al respecto, pero, a cada intento del comité investigador, la aparición de sumas de dinero había echado tierra sobre el asunto y, cuando la ciudad quiso darse cuenta de ello, se encontró ante un hecho consumado. El hecho, a buen seguro, dio lugar a un escándalo formidable que puso al descubierto una serie de delitos, entre ellos la falsificación de las actas municipales, lo cual puso en la picota —en sentido figurado, naturalmente— a varios capitostes de Chicago. Y, a pesar de que las obras tenían su acceso principal en las traseras de una taberna propiedad de uno de los miembros del Consistorio, éstos alegaron no haber tenido conocimiento de lo que estaba ocurriendo.

Jurgis tenía su lugar de trabajo en una de las perforaciones de reciente apertura, lo cual le garantizaba ocupación para todo el invierno. Tanto fue su júbilo al descubrirlo que aquella noche se fue de juerga. Luego, con el dinero que le había sobrado, se aseguró hospedaje en una casa de huéspedes donde podía, por un dólar semanal, compartir con otros tres hombres un gran colchón de paja de hechura casera. Otros cuatro dólares le proporcionaron pensión alimenticia para toda la semana en una casa vecina a su trabajo. Esto le dejaba un remanente semanal de cuatro dólares, una cantidad nunca soñada por Jurgis, si bien al principio hubo de costearse las herramientas y un par de botas recias, por cuanto las suyas, de puro viejas, se le caían de los pies. Algo parecido ocurría con su única camisa, que un verano de uso había convertido en un harapo, por lo cual hubo de sustituirla por otra de franela. Y, finalmente, estaba el abrigo. Toda una semana se pasó Jurgis reflexionando si debía o no adquirir el que su patrona ofrecía de ocasión, propiedad de un buhonero judío que no había dejado, a su muerte, otra cosa con que liquidarle los atrasos. Jurgis, sin embargo, acabó por desestimar la compra en vista de que las horas del día las pasaba bajo tierra y, las de la noche, en la cama.

Nunca pudo errar más que tomando aquella decisión, la más propicia para empujarle a las tabernas. Su horario de trabajo, que le ocupaba desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, no

le concedía más asueto que la media hora destinada al almuerzo, con lo cual los días laborables no llegaba Jurgis a ver la luz del sol. Y, luego, caída la noche, no tenía adonde ir, como no fuesen las tabernas: único lugar que, además de luz y calor, podía proporcionarle la oportunidad de escuchar un poco de música o de charlar un rato en compañía de algún compañero. Sin un hogar donde cobijarse, huérfano de todo afecto en este mundo, no le restaba en verdad otro amparo que el que procede de lo que, burlescamente, ha dado en llamarse la *camaradería* del vicio. Cierto que los domingos podía uno acudir a la iglesia, mas ¿dónde encontrar una en la que un obrero apestoso, cubierto de parásitos que se le asomaban al cuello, pudiese sentarse en un banco sin advertir cómo la gente se apartaba de él con aire de disgusto? Cierto, también, que le quedaba su cuarto de la casa de hospedaje o, al menos, una esquina de él: un espacio cerrado y sin caldear, con un ventanuco abierto sobre una tapia desnuda que se levantaba a dos pies de distancia; y, cómo no, estaban, por último, las calles desiertas, barridas por el viento huracanado del invierno. Aparte de estas cosas, sin embargo, Jurgis no tenía más que las tabernas y, para permanecer en ellas, se veía, claro está, obligado a beber. Un trago de vez en cuando le daba derecho a acomodarse a su antojo, a jugar a los dados o echar, con una baraja grasienta, sentado a una mesa con un tapete raído, una partida de cartas; también podía hojear las páginas color de rosa de un periódico «deportivo», donde abundaban las manchas de cerveza y las fotografías de asesinos y de mujeres medio desnudas. En tales diversiones gastaba Jurgis su dinero y así transcurrió su vida a lo largo de las seis semanas y media que estuvo a sueldo de los magnates de Chicago, trabajando con denuedo a fin de que aquéllos pudieran salirse de las garras de su sindicato de transportes.

En un trabajo que se desarrollaba entre tantas conspiraciones criminales no se podía prestar excesiva atención a la seguridad personal de los operarios, de ahí que la excavación de los túneles viniese costando, por término medio, la pérdida diaria de una vida humana y una serie de tullimientos y mutilaciones. Y, sin embargo, estos accidentes rara vez llegaban a oídos de los demás obreros; la noticia solía quedar entre los compañeros de la víctima: una decena, una veintena de hombres a lo sumo. Las obras se

efectuaban mediante moderna maquinaria perforadora, lo que reducía las voladuras estrictamente al mínimo. No obstante, los desprendimientos, las explosiones espontáneas y el corrimiento de galerías eran frecuentes, eso sin contar con las desgracias que ocasionaba el ferrocarril subterráneo, el mismo que una noche, cuando los equipos se retiraban del tajo, alcanzó a Jurgis. Era una unidad compuesta por la máquina y un vagón que, al precipitarse a la galería principal procedente de uno de los numerosos túneles que desembocaban en ángulo recto, se le vino encima y le lanzó, tras golpearle en un hombro, contra un muro de cemento. Cuando cayó al suelo, Jurgis estaba sin sentido.

Le despertó la campana de la ambulancia que le transportaba hacia el hospital del condado. Le habían cubierto con una manta y el vehículo se abría paso con dificultad entre la muchedumbre que recorría las calles haciendo compras para las fiestas. Al llegar a su destino, un cirujano joven le puso el brazo en su sitio. Luego, una vez lavado, le dieron una cama en un pabellón que compartía con una veintena de otros hombres, de los cuales unos sufrían mutilaciones y otros fracturas.

Aquellas Navidades, que pasó en el hospital, fueron las mejores que Jurgis conociera en América. La institución donde estaba asilado había sido frecuente blanco de investigaciones escandalosas y de articulistas de la prensa, que le acusaban de permitir que sus médicos realizasen con los pacientes experimentos horribles, pero Jurgis, ciertamente, no sabía nada de esto. Su única queja se refería a la alimentación, que tenía por base carne enlatada y de un tipo que nadie, habiendo trabajado en Packingtown, aceptaría echar en la escudilla de su perro. A menudo Jurgis se había preguntado adónde iba a parar la cecina de buey, el *roastbeef* y el jamón en lata que se fabricaba en los mataderos. Ahora comenzaba a comprenderlo. Aquellos productos fraudulentos —nunca mejor empleado el término— eran destinados a los organismos oficiales, cuyos mandos y agentes de compra los adquirían para la alimentación de soldados, marinos y reclusos, o para distribuirlos entre los internos de las instituciones benéficas, las brigadas del ferrocarril y, por último, los indigentes.

Transcurridas dos semanas, dieron a Jurgis de alta del hospital. Ello no significaba que su brazo estuviese sano ni él en condiciones

de regresar al trabajo, sino, sencillamente, que podía pasar sin atención médica y que su plaza era necesaria para alguno en una situación peor que la suya. El hecho de que Jurgis quedara por completo indefenso y sin ningún recurso con que salir adelante no preocupaba en lo más mínimo ni a las autoridades del hospital ni a cualquier otra persona en todo Chicago.

Quiso la casualidad que, habiendo sufrido su accidente el lunes, acabase de satisfacer el alquiler de la habitación y la pensión alimenticia de la última semana, y, como el sábado había gastado casi todo el dinero sobrante, sus recursos se limitaban a los setenta y cinco centavos que llevaba en el bolsillo y el dólar y medio que le adeudaban por el trabajo realizado antes del percance. De haber demandado a la compañía habría obtenido, tal vez, una pequeña indemnización, cosa que él ignoraba y que sus jefes no tenían interés en señalarle. Así pues, se contentó con retirar su paga y las herramientas. Luego, tras dejar las últimas en una casa de empeño a cambio de medio dólar, se dirigió primero a la casa de huéspedes, cuya dueña le hizo saber que había alquilado su plaza y no contaba con ninguna otra disponible; a continuación, fue a ver a su patrona que, después de examinarle de arriba abajo, le asaeteó a preguntas. Jurgis no llevaba más que seis semanas en su casa y tenía ante sí dos buenos meses de forzosa inactividad, así es que la mujer no tardó en decidir que alimentarle a crédito era un riesgo que no valía la pena.

De esta manera se vio en la calle, abandonado a la peor de las situaciones. El frío era crudísimo y nevaba. Los copos helados le azotaban la cara. No tenía abrigo ni lugar donde cobijarse. Llevaba en el bolsillo dos dólares con sesenta y cinco centavos y en el ánimo la certidumbre de no poder ganar un solo centavo por espacio de varios meses. Ni siquiera la nieve arreglaba las cosas: mientras otros, vigorosos y activos, la limpiaban por encargo, armados de palas, él, con el brazo izquierdo en cabestrillo, debía contentarse con mirar y seguir su camino. La esperanza de seguir adelante por medio de trabajos ocasionales debía ser, también, desechada. Incapaz de cargar un camión, no le quedaba ni tan siquiera, a merced como estaba de sus rivales, la posibilidad de vender periódicos o de acarrear equipaje de mano en las estaciones. No hay palabras para describir el terror que se apoderó de él al darse plena

cuenta de cuanto significaba esto. Semejante a un animal herido, se veía obligado a competir en desigualdad con una jungla de adversarios. Su inferioridad no daba lugar a la clemencia, porque nadie ganaba nada ayudándole o haciendo que la lucha le resultase más llevadera ni por un ápice. Ni aun recurriendo a la mendicidad, habría de menguar su desventaja, como al tiempo pudo descubrir.

Al principio su única preocupación fue sustraerse al espantoso castigo del frío. Buscó, pues, refugio en una taberna de las que antes había frecuentado y, tras pedir una copa, se quedó en pie junto al fuego, aguardando a que le echaran. Una ley no escrita estipulaba en un tiempo equis el derecho de permanecer en aquellos locales a cambio de una consumición. Transcurrido el plazo, el cliente podía optar entre repetir la consumición o retirarse. Su calidad de viejo parroquiano hacía que el plazo convenido fuese un tanto más largo para Jurgis que, sin embargo, tenía en contra el hecho de haberse ausentado por espacio de dos semanas y de encontrarse, como era evidente, en situación de paro. Claro que podía suplicar, explicando la historia de sus desventuras, mas eso hubiera servido de bien poco. De doblegarse a tales argumentos, un propietario de taberna hubiera visto su local atestado de mendigos en noches como aquélla.

No le quedó a Jurgis, pues, otro camino que buscar un nuevo local y gastar en él otros cinco centavos. Era tanta su hambre que esta vez no pudo sustraerse al estofado caliente de buey, iniciativa que reducía drásticamente el tiempo de acogida. Cuando también en este lugar le pidieron que se marchara, encaminó sus pasos hacia cierta taberna del distrito de los muelles, un lugar rufianesco al que en otros tiempos había acudido en compañía de un hombre de nacionalidad bohemia que tenía ojos de rata y que andaba tras los pasos de determinada mujer. Animaba a Jurgis la vaga esperanza de que el propietario le permitiese permanecer en el local en calidad de *sentado*. Porque, con lo más frío del invierno, los dueños de establecimientos de baja clase solían dar cobijo a uno o dos sujetos de aspecto desvalido que, cubiertos de nieve o calados por la lluvia, se instalaban junto al fuego y, en cierta forma, atraían clientela, pues ocurría a menudo que el parroquiano que regresaba a su casa lleno de ánimos después de una jornada de trabajo se resistiese a dar cuenta de su copa con tan triste espectáculo a la vista, de

manera que no tardaba en exclamar: «¡Eh, tío! ¿Qué pasa? ¡Parece como si fueras de culo!». A lo cual el interpelado desgranaría un rosario de desventuras, que haría que el cliente respondiera: «Anda, tómate un trago, a ver si eso te levanta los ánimos». Ambos hombres beberían juntos y, si el aspecto del infeliz era lo bastante conmovedor, o bien suficiente su experiencia en esos casos, a la primera copa seguiría una segunda, o incluso podía ocurrir, cuando los hombres en cuestión compartían la misma nacionalidad, o habían vivido en un mismo lugar o profesado idéntico oficio, que se sentaran a una mesa y pasaran charlando un par de horas, con lo cual el propietario de la taberna se vería compensado por unas ganancias adicionales. Esta maniobra podrá parecer de una astucia diabólica, pero el propietario del tugurio no es el mayor culpable de ella, pues su situación no difiere del fabricante que se ve obligado a adulterar y presentar fraudulentamente sus productos. Si un tabernero no recurre a esos métodos, otro lo hará, y si el primero no forma parte de ninguna concejalía, pronto se verá endeudado con las grandes destilerías y en trance de perder su negocio.

Pero no quedaban plazas de *sentado* en la taberna cuando llegó Jurgis, y eso aumentó a treinta centavos lo que ese día terrible hubo de gastar para procurarse cobijo. Por si eso fuera poco, la noche no había hecho sino comenzar y las comisarías de policía no abrían sus puertas a las gentes sin hogar antes de las doce. El último de los locales que visitó, por fortuna, estaba atendido por un camarero que le conocía y apreciaba, y por ello le permitió, mientras no llegara el patrón, echar una cabezada apoyado en una mesa. Su amigo fue más lejos: antes de que Jurgis abandonara el local le informó que una manzana más abajo se celebraba una velada religiosa, con cánticos y oraciones, a la que acudirían centenares de desamparados en busca de techo y abrigo.

Jurgis se encaminó derecho al lugar indicado, donde una pancarta anunciaba el comienzo del acto para las siete y media. En vista de ello no le quedó más que seguir caminando —o, más exactamente, corriendo— hasta que, cien yardas más abajo, pudo guarecerse durante un rato en un portal. Luego vino una segunda carrera y así sucesivamente hasta que llegó la hora. Cuando alcanzó la entrada se encontraba en un estado próximo a la congelación y era tal la muchedumbre congregada que abrirse paso hasta el

interior y, luego, encontrar un sitio cercano a la estufa, estuvo a punto de costarle una nueva fractura del brazo.

A las ocho era tanta la concurrencia que los oradores debieron sentirse halagados en su vanidad. Los pasillos que conducían a la sala estaban atestados y el espacio interior del recinto tan prieto de gente que hubiese sido fácil caminar sobre las cabezas. Sobre el estrado había tres caballeros de edad avanzada y, al otro extremo, una joven sentada ante un piano. El acto se inició con un cántico, concluido el cual uno de los tres vetustos caballeros —un hombre de elevada estatura, muy afeitado, delgadísimo, que lucía gafas ahumadas— acometió su plática, de la cual Jurgis no alcanzó oír sino fragmentos, aterrorizado como estaba por la posibilidad de dormirse y, como consecuencia de sus ronquidos —que él sabía abominables—, verse puesto en la calle, lo cual, en esos momentos, hubiera equivalido a una sentencia de muerte.

La homilía del evangelista se refería al pecado y su redención gracias a la bondad infinita de Dios y Su Divina clemencia ante las flaquezas humanas. Sus palabras rebosaban sinceridad y buena intención, pero Jurgis no pudo evitar que el rencor inundase sus adentros al escucharle. ¿Qué podía saber de pecados y penalidades aquel hombre? ¿Cómo osaba, vestido con su levita de buen paño negro, el cuello almidonado e impecable, caliente el cuerpo, lleno el vientre y provisto de dinero el bolsillo, alzar la voz ante una horda de desdichados que se debatían por sobrevivir, que bordeaban, hostigados por los poderes demoníacos del frío y del hambre, las fronteras de la muerte? Él se las había arreglado para obtener las cosas buenas de la vida, pero ¿por qué no las disfrutaba y se dejaba de azotar a los pobres por sus desgracias? La actitud de Jurgis distaba, por supuesto, de ser piadosa, mas eso no hacía menguar su convencimiento de que los predicadores, faltos de contacto con la vida que enjuiciaban, no estaban en condiciones de resolver sus problemas porque, lo que era más, aquellos hombres formaban parte del problema mismo y eran, a su vez, representantes de un orden establecido a favor del cual otros seres resultaban abatidos y apaleados. Pertenecían, también ellos, a la raza triunfadora e insolente de los amos que, provistos de hogar y fuego con que calentarlo, abastecidos de alimentos y ropas y gozando de dinero, emprendían ante los hambrientos prédicas que aquéllos debían

escuchar con humildad. Trataban, además, de salvar sus almas, mas ¿quién, sino un necio, hubiese dejado de ver que el único defecto de esas almas era el no haber podido conseguir una existencia decente para sus cuerpos? Predicaban sobre el vicio: ¿por qué un trabajador tenía que relacionarse con mujeres de clase baja? ¿Acaso podría casarse alguna vez con una muchacha decente? Predicaban sobre el alcohol: ¿qué es lo que llevaba a beber a los trabajadores, sino el hecho de vivir en casas abominables, el frío, el hambre, la explotación y el trabajo en tales condiciones de precariedad? En una palabra: si su vida era un infierno, mejor vivirla borracho que sobrio.

La velada concluyó al sonar las once y el desvalido auditorio regresó a la nieve murmurando maldiciones contra el pequeño número de traidores descastados que, tras alegar arrepentimiento, habían subido a la tarima y obtendrían algo de comida a cambio. Faltaba todavía una hora para que la comisaría abriese sus puertas y, en el transcurso de ese tiempo, falto de abrigo, minadas las fuerzas por una larga enfermedad, Jurgis estuvo a punto de perecer. No tuvo otro recurso, para mantener la sangre en circulación, que emprender continuas y desaforadas carreras; por último, al ganar la puerta de la comisaría la encontró bloqueada por un alud de gente. Esto ocurría en el mes de enero de 1904, cuando el país estaba al borde de una época de «vacas flacas». Los diarios daban cuenta diariamente de la clausura de más y más fábricas y se estimaba en millón y medio el número de los que quedarían sin trabajo antes de la primavera; lo cual explicaba que no quedase en la ciudad un cobijo practicable y que los hombres luchasen como fieras a la puerta de las comisarías. Cuando la que había de acoger a Jurgis estuvo atestada, las puertas se cerraron sobre el contingente de los que aún aguardaban en la calle. Jurgis, con el brazo inválido, se había quedado fuera; no tenía más remedio que buscar acomodo en una pensión previo pago de otros diez centavos. Esa perspectiva le desgarraba el corazón, tras haber pasado la mitad de la noche entre la calle y la velada religiosa. Eran las doce y media en ese momento y sabía que a las siete en punto le arrojarían del dormitorio, dotado de literas abatibles que enviaban al suelo a los que, sonada la hora, desoían las órdenes.

Así transcurrió el primero de los catorce días que duró la ola de

frío. Al concluir el sexto, Jurgis, apurados por completo sus recursos, se echó a la calle determinado a mendigar para subsistir.

Comenzando tan pronto como la ciudad se ponía en movimiento, abandonado el cobijo de la taberna, se hacía a la calle y, tras cerciorarse de que no hubiera ningún guardia a la vista, abordaba a cuantos viandantes de aspecto plausible se cruzaban en su camino y les refería la historia de sus infortunios, implorando una pieza de diez, de cinco centavos. Luego, conseguida la limosna, rodeaba la esquina a toda prisa para precipitarse de nuevo hacia el calor de la taberna, con lo cual la víctima, al advertir la dirección de sus pasos, se daba vuelta y juraba no volver a dar en su vida un solo centavo a ningún mendigo, ya que se lo gastaban todo en bebida. El viandante nunca se detenía a considerar qué otro asilo podía conseguir un hombre en las circunstancias de Jurgis ni, tampoco, cómo hubiese procedido él en la misma situación. En la taberna Jurgis podía procurarse más comida y de mejor calidad de la que ningún restaurante le hubiese ofrecido por el mismo dinero y, además de eso, un trago, incluido también en el precio, con que confortarse. No paraba ahí la cosa: la taberna proporcionaba a Jurgis un lugar junto al fuego, donde podía sentarse y conversar con algún camarada hasta tostarse de calor; además, le hacía sentirse acogido. En buena parte, los propietarios de las tabernas tenían por cometido el acoger a los mendigos y, a cambio de sus ganancias, procurarles calor y alimento. ¿Quién, en toda la ciudad, hubiera hecho otro tanto? ¿Se hubiese avenido a ello el viandante de las quejas?

Del pobre Jurgis se hubiera podido esperar el mayor éxito en su papel de mendigo: recién salido del hospital, tullido el brazo y terriblemente demudado el semblante, carecía de abrigo y tiritaba que daba pena. Mas en eso, ¡ay!, se repetía la historia del tendero honesto que descubre, arrinconada junto a la pared, la mercancía legítima y no adulterada, que un producto de hábil falsificación ha desplazado. Comparado con sus competidores, maestros de la profesión, que la dominaban con rigor científico, Jurgis no era más que un chapucero abocado al fracaso. Cierto que acababa de abandonar el hospital —un argumento, por lo demás, manido hasta el desgaste—, mas ¿cómo probarlo? ¿Con su brazo en cabestrillo? Ése era un recurso tan burdo que hubiera provocado el escarnio no

ya de los mendigos profesionales, sino del menor de sus hijos. Y, en cuanto a su palidez, sus estremecimientos, los pedigüeños de oficio los compensaban ampliamente con sus cosméticos y su habilidad para castañetear los dientes, aprendida a conciencia. El hecho de que caminase sin abrigo tampoco le concedía ventaja. Entre los pordioseros existían hombres que, cualquiera lo hubiese jurado, no llevaban encima más que un delgado guardapolvo y unos pantalones de algodón: tal era su destreza en disimular las numerosas prendas de pura lana que escondían debajo. Muchos de estos mendicantes profesionales gozaban no sólo de hogar y familia, sino incluso de cuentas bancarias con buenos saldos. Buen número de ellos, retirados ya merced a sus ganancias, se dedicaban ahora al negocio de adiestrar y procurar rudimentos a los principiantes o de adiestrar a los niños. Mendigos había que, privados de ambos brazos mediante el recurso de atárselos prietamente al cuerpo, llenaban sus mangas con muñones de algodón y salían a limosnear en compañía de un chiquillo contratado que les llevaba el cuenco. Los había, también, que, desprovistos de piernas, se arrastraban a bordo de pequeñas plataformas rodantes; otros, que habían conseguido el don de la ceguera, se paseaban conducidos por pequeños y encantadores perros; unos terceros, menos afortunados, habían tenido que conformarse con mutilaciones o con espantosas llagas obtenidas mediante productos químicos. En cualquier calle podía uno encontrar un indigente que le paraba para mostrarle un dedo podrido al que la gangrena había robado su color, o a otro desharrapado haciendo alarde de heridas cuya roja lividez no conseguían paliar unos vendajes inmundos. Estos últimos constituían la hez de los propios sumideros de Chicago, desechos humanos que por la noche corrían a esconderse en los sótanos anegados de los más deleznables dormitorios públicos o en fumaderos de opio y horrendos antros, donde el olor a cerveza agria había corrompido el aire, buscaban cobijo junto a mujeres perdidas, antiguas pupilas de proxenetas chinos, que éstos habían abandonado a su suerte y conocían ahora las postrimerías de la vida de ramera. Diariamente centenares de estas mujeres callejeras caían en las redes policiales y eran conducidas al Hospital de Internamiento donde, hacinadas en un minúsculo infierno, deformes, repugnantes, maculados los rostros por la enfermedad y

las úlceras, reían o gritaban y, conforme a su grado de embriaguez, proferían alaridos bestiales, ladraban como perros, farfullaban cosas simiescas o rabiaban y se herían a sí mismas, víctimas del delirio.

Capítulo XXIV

Era un hecho que todo aquello que debería haberle servido de ayuda a Jurgis se convertía finalmente en una traba, dada la competición que había con los mendigos profesionales. Era una traba que estuviera aterido de frío y muerto de hambre, mientras que el resto se encontraba bien de fuerzas y resistía. Era una traba que su historia fuera cierta, mientras que los otros manejaban diferentes relatos y se servían de uno u otro en función de lo que intuían finamente sobre el carácter de la víctima. El resto tenían lugares donde refugiarse y gente que les ayudaba; también tenían sus apaños con la policía. En cambio, Jurgis se veía obligado a estar siempre alerta y de un lado para otro: si le veían pidiendo, le darían una propina al policía de turno para que le metiera una paliza.

Confrontado por tales impedimentos, Jurgis se veía en la imperiosa necesidad de obtener lo suficiente para costearse el alojamiento y, a intervalos de una o dos horas, un poco de alcohol. Lo contrario hubiese determinado su muerte por congelación. Un día tras otro, el frío glacial que azotaba la ciudad le sorprendía errante por las calles, el alma henchida de amargura y desesperanza. Nunca se le había representado con la nitidez de entonces la imagen de la jungla, un mundo en el que sólo contaba la fuerza bruta y que se regía conforme a un orden creado por los que detentaban esa fuerza con el fin de someter a los que no lo poseían. Él formaba en las filas de estos últimos, y todo lo externo, la vida entera, se había convertido para él en una prisión colosal, donde se debatía como un tigre enjaulado que recorre su encierro probando todos los barrotes para descubrir que no hay uno solo que

ceda. En la encarnizada batalla de la avidez y la voracidad había resultado vencido y su derrota le condenaba al exterminio, mientras la sociedad al completo cuidaba de que no escapase a su sentencia. Adondequiera que volviese los ojos, lo que veía eran barrotes carcelarios; eso y miradas hostiles que no se apartaban de él: las de los policías que, lustrosos y bien cebados, parecían asir más fuertemente la porra cuando le avistaban; las de los taberneros, que no cesaban de vigilarle mientras permanecía en sus locales y que, tan pronto había terminado su consumición, comenzaban a regatearle la estancia; las de los viandantes afanados, que se mostraban sordos a sus súplicas y ni siquiera advertían su existencia, como no fuese para reaccionar con desdén o brutalidad al menor asomo de apremio. Esas gentes tenían sus propios quehaceres y no había entre ellas el menor lugar para él. Para él no había ningún lugar en parte alguna y así lo confirmaba cuanto se le venía a los ojos. Todo parecía construido para repetirle la misma verdad: las mansiones, con sus espesos muros, sus puertas aherrojadas y sus sótanos, de ventanas protegidas por rejas de hierro; los grandes almacenes, atestados de productos procedentes de las cuatro esquinas del mundo, pero guardados por persianas metálicas y pesadas verjas; y los bancos, con su caudal de incontables millones en cajas fuertes y bóvedas acorazadas.

Y no sólo era que todos esos tesoros estuvieran ahí delante sin que él pudiera disfrutar de ellos: además, los dueños los hacían desfilar delante de sus narices. Jurgis siempre había sabido que había mucha riqueza en Chicago pero, habiendo dedicado su vida a trabajar en las fábricas y talleres, y vivido en los barrios pobres, no había tenido oportunidad de verla. Ahora, en cambio, andaba libremente por las zonas comerciales, mirando los miles y miles de escaparates que la luz eléctrica hacía refulgir por las noches en los que se amontonaba todo el esplendor de la ciudad: deslumbrante, blasfemo, angustiante. Estaba muerto de frío y ahí delante había montañas de ropa, escaparates llenos de zapatos, de guantes, otros de batas de toda clase con pieles caras y maravillosas, otros resplandecían con diamantes y rubíes, con adornos de plata, perlas y oro. Tras el largo tiempo que llevaba sin alimentarse decentemente parecía un cadáver: ahí, delante, le tentaban viandas venidas de todos los rincones del mundo, clubs, hoteles, salas de

fiestas brillantes y radiantes con sus flores y palmeras, en los que se daba perfecta cuenta del modo en que los ricos se regocijan de su poder: hombres acicalados, inmaculados; bellas mujeres en prendas de lujo. Ellos eran los vencedores de la pelea, los que tenían el poder, los amos. Suyas eran las fábricas, los talleres y los almacenes. Jurgis había trabajado para ellos y eran ellos los que le habían dejado en la miseria: los que ahora le estaban pisando. Eran ellos los que hacían las leyes y las aplicaban. El mundo se movía a su arbitrio. Antes la amargura de Jurgis era abstracta: era el modo de ser de las cosas lo que le generaba frustración, la vida, que era tan cruel y dura. Ahora tenía delante a gente para la que la vida no suponía dureza alguna y su odio se volvió concreto y personal: odiaba a los ricos. Él podía deambular por los fastuosos bulevares y calles donde ellos construían sus palacios, donde vivían en su magnificencia altiva, alardeando de su grandeza ante el mundo. Él los veía pasar en sus automóviles y trineos; veía a sus hijos, desfilando junto a sus niñeras; veía a sus mujeres, de esplendor enjoyado y desdeñoso, salir de las joyerías y floristerías con sus carruajes, con los sirvientes ataviados con pieles de oso, con sus rostros llenos de desprecio e insolencia. Tiritando, hambriento y agonizante, daba vueltas entre esta clase de visiones: con un brazo en cabestrillo y el otro estirado, mendigando un poco de dinero o un mendrugo de pan, con una rabia que era ya casi locura y que se le subía por las espaldas: un deseo de vomitarlos, de pisotearlos y aplastarlos, de arrojar una bomba en medio de todos ellos y mandarlo todo al infierno.

Mas he aquí que un día, inopinadamente, a Jurgis le sucedió la mayor aventura de su vida. La noche andaba ya avanzada, pero él no había conseguido todavía lo necesario para pagar su alojamiento. Estaba nevando y llevaba tanto tiempo en la calle que, blanco de copos, el frío le había helado los tuétanos. Aplicado a la clientela de los teatros, pasaba rápidamente de uno a otro grupo, expuesto en cualquier momento a que le detuviese la policía, eventualidad que no dejaba de contemplar en su desesperación. Lo cierto, sin embargo, es que, al ver un guardia de uniforme que se abría paso hacia él, el corazón le dio un vuelco y, tras volver la esquina como alma que lleva el diablo, puso de por medio, a la carrera, la distancia de dos manzanas. Cuando, por fin, se detuvo,

distinguió a un hombre que se le acercaba en dirección opuesta. Jurgis le cerró el paso.

—Por favor, caballero —comenzó, echando mano de su fórmula habitual—, ¿no me daría usted para el hospedaje? Me rompí un brazo y no puedo trabajar ni tengo un centavo en el bolsillo. Soy un hombre honrado, señor, y es la primera vez que pido limosna. Yo no tengo la culpa.

De ordinario Jurgis solía continuar hasta que le interrumpían, pero el hombre que tenía delante se guardó de hacerlo, obligándole a detenerse, por fin, falto de aliento. El desconocido se había parado y en ese momento Jurgis se dio cuenta de que no guardaba bien el equilibrio.

—¿Qué es lo que has dicho? —le preguntó, de pronto, con voz espesa.

Jurgis inició de nuevo la retahíla, esta vez esforzándose en hablar despacio y pronunciar claramente las palabras, pero antes de que consiguiera recitar la mitad de lo que se proponía, el otro le dejó caer la mano en un hombro.

—¡Pobre muchacho! —exclamó—. Tienes la suerte… ¡hip!… de espalda, ¿no es eso?

Y, pronunciadas estas palabras, la pérdida del equilibrio hizo que lo que antes había sido una mano en el hombro de Jurgis se convirtiese en un brazo tendido en torno a su cuello.

—Yo ando en las mismas —continuó—. ¡Qué perro mundo éste!

La luz de un farol cercano permitió a Jurgis entrever las facciones de su interlocutor, un muchacho que no andaría arriba de los dieciocho años, con un hermoso rostro de adolescente. Vestía un abrigo de paño rico y suave y llevaba al cuello una bufanda de seda asomando bajo la piel que guarnecía el abrigo.

—Yo también me encuentro en aprietos, mi buen amigo —dijo a Jurgis, sonriendo con benévola simpatía—. Si no fuera por la crueldad de mis padres, yo arreglaría tus penas. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Acabo de salir del hospital.

—¡El hospital! —exclamó el joven manteniendo su dulce sonrisa—. ¡Eso es terrible! Mi tía Polly también… ¡hip!… también está en el hospital. La buena de la tía Polly ha tenido gemelos. Y lo tuyo ¿qué ha sido?

—Me rompí un brazo y… —comenzó a explicar Jurgis.

—¡Vaya! —le interrumpió, compasivo, su interlocutor—. Aunque eso no es grave; hay cosas peores. ¡Ojalá me rompiese a mí alguien un brazo! Lo digo en serio, viejo. ¡Así me tratarían mejor! ¡Vaya si lo harían…! Pero ¿qué es lo que me habías pedido?

—Tengo hambre, señor.

—¡Hambre! ¿Y por qué no cenas un poco?

—Estoy sin dinero.

—¡Sin dinero! ¡Ja, ja! ¡Ésa sí que es buena! Lo mismito que yo, muchacho… Eso nos hace amigos… También yo estoy en bancarrota, como quien dice. ¿Por qué, pues, no pones rumbo a casa, como yo?

—Yo no tengo casa —respondió Jurgis.

—¿No tienes casa? Forastero en esta ciudad, ¿no? ¡Santo cielo, eso es una cosa mala! Lo que tienes que hacer es acompañarme a mí. Exactamente, ¡qué diantre! ¿Cómo no se me habrá ocurrido? Te vienes a casa… ¡hip!… y juntos tomamos un poco de cena. ¡Mi soledad es terrible! La casa está vacía. Bobby, de luna de miel; Polly, en el hospital, con los gemelos… ¡Todos se han marchado! Lo que yo digo: razones so… ¡hip!… sobradas para que cualquiera se eche a la botella. Solo y sin otra compañía que el viejo Ham, plantado delante, pasándote bandejas… ¿Es que alguien, ¡maldita sea!, puede comer así? Lo mío es el club, y nada más que el club, muchacho. Pero ¡mira por dónde!, ahora resulta que no puedo dormir en mi club. ¡Ordenes del viejo, qué coño! Sí, señor: en casita todas las noches. ¿Habías oído alguna vez una cosa semejante? Yo le pregunté: ¿con las mañanas no basta? «No, señor, todas las noches», me respondió él, «o despídete de tu asignación». ¡Así es mi viejo, caray, un hueso duro! Y, no contento con eso, va y le encarga al bueno de Ham que no me pierda de vista. ¡Espiado por mi propia servidumbre! ¿Qué te parece eso, amigo? Un muchacho como yo, co… ¡hip!… correcto, pacífico y bondadoso, ¡pero su viejo no puede marcharse a Europa dejándole en paz! ¡No me negarás que es un escándalo! Obligado a meterme en casa todas las noches apenas comienza el jolgorio, ¡vaya faena! Eso es lo que ocurre y la razón de que esté aquí en este momento. Hube de dejar a mi Kitty y volverme a casa. Llorando se quedó. ¿Qué me dices de eso, viejo? «Hemos de separarnos, mi gatita», le dije. «Ven a mí tan pronto

puedas». Yo acu… ¡hip!… acudo adonde el deber me llama. Adiós, adiós, amor querido; adiós, adiós, querido amor.

Esto último era parte de una canción que el joven caballero atacó con voz grave y entristecida según se balanceaba agarrado al cuello de Jurgis, quien, entretanto, echaba nerviosas miradas a derecha e izquierda, no fuera que se acercase alguien. Pero continuaban solos.

—Pero yo me he vuelto, ¡vaya si me he vuelto! —continuó el joven, esta vez en tono agresivo—. Yo sé sa… ¡hip!… salirme con la mía cuando quiero, ¡qué coño! Cuando Freddie Jones se pone serio, es duro de manejar. ¡Nada de eso!, le dije. ¡Que me aspen, si necesito yo que me lleven a casa! ¿Por quién me has tomado? ¿O es que piensas que estoy borracho? ¡Ésa sí que es buena! ¡Si tú lo estás tanto como yo, gatita!, le dije. «De acuerdo, querido Freddie», va y me dice ella, que se sabe lista, la Kitty, «pero la diferencia está en que yo me quedo en el piso, mientras que tú intentas salir al frío horrible de la noche». Pues, si no te gusta así, mi encantadora Kitty, le añades café, dije yo. «No hagas bromas, Freddie, mi niño», me respondió ella, «y déjame, al menos, que te busque un taxi. Anda, pórtate bien». Yo no necesito que nadie me busque taxis, le dije; sé cómo hacerlo y también sé cuidar de mí mismo, en contra de lo que tú crees. Y bien, amigo mío, ¿qué me dices? ¿Vendrás a mi casa, a cenar conmigo? Anda, sé buen chico y acompáñame, ¡no te hagas de rogar! Tú, que también tienes la suerte en contra, puedes comprenderme porque te sobra corazón, ¡qué coño! ¡Vamos a montar la de Dios! ¡Pumba! Mi propio viejo lo ha dicho: en tanto no salgas de casa, puedes hacer lo que te apetezca. ¡Hip, hip!

Habían comenzado a caminar abajo, el joven, casi aturdido, tirando de Jurgis, cuyo brazo había enlazado. Jurgis, entretanto, trataba de pensar lo que debía hacer. Si atravesaba zonas concurridas con su acompañante corría el riesgo de que le detuvieran. Si hasta aquel momento no habían llamado la atención de nadie era a causa, únicamente, de la espesa nevada. Llegado a esta conclusión, Jurgis se detuvo bruscamente.

—¿Está lejos la casa? —averiguó.

—No demasiado —dijo el otro—. Pero seguro que estás cansado. Bueno, pues ¡que nos lleven! ¿Qué dices a eso? ¡Magnífico! ¡Para un coche!

Y, sin dejar de agarrarse fuertemente a Jurgis con un brazo, el joven comenzó a palparse los bolsillos sirviéndose de la mano libre.

—Tú avisas al coche y yo lo pagaré —propuso—. ¿Te hace eso, muchacho?

Y, acto seguido, sacó de alguna parte un abultado fajo de billetes. Había allí más dinero del que en toda su vida viera junto Jurgis, que se quedó mirándolo como pasmado.

—Parece una fortuna, ¿verdad? —dijo el señorito Freddie al tiempo que revolvía el dinero—. Pues te equivocas, muchacho, porque son, todos, billetes pequeños. Dentro de una semana, estoy en bancarrota, palabra. Y, hasta principios de mes, ni un centavo más, órdenes del viejo, ¡ni uno solo, maldita sea! Vamos, como para volverse loco. Esta tarde le cablegrafié, otra de las razones de que haya decidido volver a casa. «Próximo a morir de inanición», le decía. «Por honor familiar, envía pan. Hambre me obligará a reunirme con vosotros. Firmado: Freddie.» Eso es lo que le dije en el cable, maldita sea, y no retiro ni una palabra. Si no me envía fondos, me escaparé de la escuela, ¡como que vivo!

Mientras el joven caballero seguía parloteando de esta suerte, Jurgis no dejaba de estremecerse, presa de la excitación. ¡Qué fácil hubiera sido arrancarle de las manos aquel fajo de billetes y perderse de vista antes de que el otro tuviese tiempo de reaccionar! ¿Por qué no hacerlo? ¿Qué mejor provecho podía sacar prolongando la situación? Pero Jurgis, que no había cometido en su vida un solo delito, ahora había vacilado por una fracción de segundo en sus consideraciones. El señorito Freddie separó un billete del fajo y guardó el resto en un bolsillo del pantalón.

—Ahí tienes, viejo —dijo, tendiéndole un billete que el aire movió entre sus dedos—. Guárdatelo.

Estaban ante la ventana de una taberna y, a su luz, Jurgis se dio cuenta de que el billete que le había dado era de cien dólares.

—Guárdatelo —repitió el muchacho—. Paga el coche y quédate con el cambio. Yo, en cosas de cuentas, soy un desastre. Al menos, eso es lo que dice mi viejo, y él debe de saberlo, porque, de eso puedes estar seguro, para los negocios no hay otra cabeza como la suya. Por eso le dije una vez: de acuerdo, jefe, monte usted la función que ya me encargaré yo de la taquilla. Entonces encargó a la tía Polly que me vigilase. Pero Polly está ahora en el hospital, con

sus gemelos, y yo, en la calle, ¡sembrando discordia! ¡Eh, ahí va uno! ¡Hazle una seña!

En efecto, un coche de punto avanzaba calle abajo. Jurgis corrió hacia él agitando la mano y el carruaje se desvió para arrimarse al bordillo. No sin dificultad, el señorito Freddie subió a él y, cuando Jurgis se disponía a imitarle, el conductor le detuvo con un grito:

—Eh, tú, ¿adónde vas? ¡Venga abajo!

Jurgis tuvo un momento de vacilación y ya se disponía a obedecer cuando intervino su compañero:

—¿Qué le pasa a usted? ¿Qué es lo que ha dicho?

El cochero optó por callar y Jurgis montó, por fin, en el vehículo. Luego Freddie dio unas señas que correspondían al lujoso Lake Shore Drive y el carruaje se puso en movimiento. El joven, que se había acurrucado junto a Jurgis, se arrellanó en el asiento, balbuceó algo que denotaba satisfacción y se quedó, apenas un minuto más tarde, profundamente dormido. En su rincón del coche, Jurgis, trémulo, seguía especulando con la posibilidad de apoderarse del fajo de billetes. Por una parte, no se atrevía a registrar los bolsillos de su acompañante y temía, por otra, que el cochero pudiera estar vigilándole. Sin duda, lo mejor sería conformarse con los cien dólares que tenía ya a buen recaudo.

Transcurrida una media hora, el coche de alquiler se detuvo por fin. Estaban en la ribera del lago, de cuyo horizonte de hielos, desde el Este, soplaba un viento glacial y huracanado.

—Ya hemos llegado —dijo el cochero.

Jurgis despertó a su acompañante que, sobresaltado, se incorporó con un respingo.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Quién eres tú? ¡Oh, claro! Casi me había olvidado de ti, amigo. Hemos llegado a casa, ¿no es eso? Veamos… ¡Brrrr… qué frío! Sí, vamos, ésta es mi ca… ¡hip!… cabaña. ¡Humildísima, como ves!

Se encontraban delante de un gigantesco edificio de granito cuya mole se levantaba a buena distancia de la calle ocupando la superficie de una manzana de casas. La luz de las farolas que orillaban el camino de acceso dejó entrever a Jurgis la fachada, que tenía torres y enormes gabletes, como un castillo medieval. Pensó, entonces, que su joven compañero debía de haberse equivocado. Él, al menos, no podía concebir que persona alguna habitase en un

lugar que más parecía, por sus proporciones, un hotel o la sede del Ayuntamiento. A pesar de ello, siguió en silencio y juntos, unidos por el brazo, remontaron una larga escalinata que conducía hasta la puerta.

—Ahora, viejo, no queda sino localizar el timbre. Sé que está por alguna parte y, si me sujetas un poco, no tardaré en dar con él. ¡Sí, señor: ya lo tengo! ¡Estamos salvados!

Al sonido de la campanilla, se abrió, un instante más tarde, la puerta. Tras de ella, sujetándola, apareció un hombre de librea azul que, inmóvil como una estatua, mantenía fija la mirada.

Deslumbrados por la luz, se detuvieron un momento en el umbral. Luego, notando que su compañero tiraba de él, Jurgis entró en la casa y el autómata del uniforme azul cerró la puerta tras ellos. A Jurgis el corazón le latía desenfrenadamente a causa de lo que consideraba una gran temeridad por su parte. ¿En qué extraño y asombroso lugar se estaba aventurando? Lo ignoraba, pero su agitación era mayor que la que, entrando en su cueva, hubiese podido experimentar Aladino.

A pesar de que la luz era tenue pudo, desde donde se encontraba, vislumbrar un vestíbulo inmenso cuyas columnas se perdían en la sombra del techo y, al fondo, el nacimiento de una gran escalera. El suelo era de baldosas de mármol que rutilaban como el cristal y, junto a las paredes, se adivinaban, entre ricos cortinajes de colores espléndidos y armoniosos, extrañas siluetas e imágenes que, asomando de pinturas soberbias, adquirían un misterioso aspecto en aquella penumbra cuajada de reflejos purpúreos, rojos y dorados, que hacían pensar en los destellos del sol poniente reverberando en un bosque umbrío.

El hombre de la librea se les había acercado con pasos inaudibles. Tras descubrirse y entregarle el sombrero, el señorito Freddie, que por vez primera había soltado el brazo de Jurgis, empezó a debatirse con el abrigo del que, asistido por el criado, logró liberarse, por fin, al segundo o tercer intento. Entretanto había hecho su aparición un segundo personaje —un hombre de elevada estatura y buen porte— que, con toda la circunspección de un verdugo, se encaminó derechamente hacia Jurgis y, asiéndolo por un brazo, lo arrastró, sin pronunciar palabra, hasta la puerta. En ese momento sonó la voz del señorito Freddie.

—Mi amigo se queda, Hamilton.

El hombre que sujetaba a Jurgis se paró en seco, haciendo menos ruda la presión de sus manos.

—¡Adelante, mi buen amigo! —exclamó el joven amo.

Jurgis avanzó hacia él.

—¡Señorito Frederik! —exclamó el hombre.

—Encárguese de que pag… ¡hip!… paguen al cochero —se limitó a responder el joven según enlazaba a Jurgis por el brazo.

Poco le faltó a Jurgis para decir: «Yo tengo el dinero de la carrera», pero se contuvo. El más robusto de los dos criados hizo, entonces, una seña a su compañero, el cual salió en busca del coche, mientras él marchaba detrás de Jurgis y de su joven amo.

Tras cruzar el enorme vestíbulo, viraron a un lado. Dos puertas descomunales se alzaban frente a ellos.

—¿Hamilton? —sonó la voz del señorito Freddie.

—¿Sí, señor? —respondió el otro.

—¿Qué les ocurre a las puertas del comedor?

—Nada, señor.

—Entonces, ¿por qué no las abre?

El hombre descorrió ambas hojas revelando un nuevo panorama sumido en la penumbra.

—¡Luces! —ordenó el señorito Freddie.

El mayordomo pulsó entonces un botón y una oleada de fulgente claridad inundó la estancia desde lo alto, causando a Jurgis una ceguera momentánea. Luego, recuperada poco a poco la visión, pudo discernir una gran estancia de cuyo techo, en forma de cúpula, descendía la luz a raudales. Los muros constituían un enorme retablo con ninfas y dríadas que danzaban dejando tras de sí guirnaldas suspendidas en el aire, mientras una diana ecuestre cruzaba al galope un arroyo de montaña, escoltada por mastines y rodeada de caballos. En otra parte, un grupo de doncellas se bañaban en el estanque de un bosque. Todas las imágenes eran de tamaño natural y tan vívidas que Jurgis se creyó, como por obra de magia, en un palacio de ensueño. Su mirada, a continuación, se detuvo en la mesa que ocupaba el centro de la estancia, un mueble enorme sobre cuya negrura de ébano rutilaban el oro y la plata repujados. Campaba en mitad de la mesa un descomunal cuenco de cristal tallado, púrpura y rojo, con pámpanos y exóticas orquídeas,

a las que una luz instalada debajo arrancaba destellos opalescentes.

—Éste es el comedor —informó el señorito Freddie—. Ya me dirás qué te parece, campeón.

Y como siempre insistía en obtener respuesta a sus observaciones, Jurgis, al ver que se inclinaba sobre él y le sonreía a la cara, dijo que el lugar le gustaba mucho.

—Demasiado grande, en todo caso, para dos personas solas. Ni el propio infierno debe de ser más grande —comentó Freddie al cabo—. ¿No piensas tú lo mismo? —Y, en ese momento, impulsado por una nueva ocurrencia, prosiguió sin transición—: A lo mejor no habías visto nun… ¡hip!… nunca una cosa así, ¿eh, colega?

—Nunca —contestó Jurgis.

—Debe de ser que eres de provincias, ¿no?

—Sí —dijo Jurgis.

—¡Claro! ¡Ya me lo imaginaba! En provincias hay mucha gente que no ha visto un lugar semejante. Mi viejo la trae aquí y les ofrece gratis su gran espectáculo. ¡Mejor que el circo! Luego, al volver a casa, los visitantes lo cuentan todo: «¡Menuda casa la del viejo Jones! Jones, el de las conservas, claro está. ¡Y pensar que el viejo bribón ha conseguido todo eso con los cerdos! ¡Bien se ve adonde va a parar nuestro dinero! Claro que el sitio merece la pena, ¡es cosa de verse…!». ¿Has oído hablar alguna vez de Jones, el de la carne, colega?

A pesar suyo, Jurgis experimentó una sacudida que el otro, dotado de aguda visión, advirtió al punto.

—¿Qué pasa? ¿Le conoces acaso?

A eso, Jurgis acertó a responder con un balbuceo:

—He trabajado para él. En los mataderos.

—¡Cómo! —exclamó Master Freddie emitiendo, al mismo tiempo, un grito—. ¿Que tú has trabajado en los mataderos? ¡Ja, ja, ésa sí que es buena! ¡Chócala ya, tío! A mi viejo, si estuviera aquí, le daría gusto conocerte. El viejo es un gran amigo de los obreros. La comunidad de intereses entre el capital y la mano de obra, y todas esas zaran… ¡hip!… zarandajas. No me dirás, campeón, que no ocurren cosas divertidas en el mundo. Hamilton, déjeme que le presente a un amigo de la familia, un viejo amigo del jefe, que trabaja en los mataderos. Ha venido a pasar conmigo la noche, ¡por todo lo alto, Hamilton! El señor… ¿cómo dijiste que te llamabas,

amiguete? Dinos tu nombre.

—Me llamo Rudkos, Jurgis Rudkos.

—Mi amigo el señor Brutus, Hamilton. Dense la mano.

El mayordomo, todo dignidad, inclinó la cabeza sin articular, sin embargo, el menor sonido, con lo cual el señorito Freddie, inopinadamente, blandió en dirección a él un dedo amenazador.

—Ya sé lo que le pasa a usted, Hamilton, ¡un dólar a que lo sé! Usted pien… ¡hip!… piensa que estoy borracho. ¿Es cierto o no?

El mayordomo inclinó nuevamente la cabeza.

—Es cierto, señor.

A eso, el señorito Freddie se aferró prietamente al cuello de Jurgis y se abandonó a un ataque de risa.

—¡Maldito bribón! —bramó—. ¡Haré que le despidan por descarado, Hamilton! ¡Verá si lo hago! ¡Ja, ja, ja! ¡Decir que estoy borracho! ¡Ja, ja!

Tanto Jurgis como el mayordomo aguardaron a que el ataque se disipase para ver qué nuevo capricho se apoderaba de él.

—¿Qué te apetece hacer? —inquirió Freddie de pronto—. ¿Quieres ver la casa? ¿Quieres que te haga los honores, al estilo de mi viejo? Hay espléndidos salones, todo Lui-Quens y Lui-Ses, con sillas de a tres mil dólares la pieza. El salón de té es Maryantuañeta, con un Ruysdael, pastores bailando, de veintitrés mil. La sala de baile tiene columnas que fueron importadas a bordo de un barco especial, por sesenta y ocho mil dólares. Los frescos del techo fueron pintados en Roma. ¿Cómo se llama el tipo que lo hizo, Hamilton? ¿Mattatoni, Macaroni? Y, en cuanto a este lugar, el centro que hay sobre la mesa es una talla de Benvenuto Cellini, un italiano un poco chiflado. Y el órgano costó treinta mil dólares, amigo. Póngalo en marcha, Hamilton, para que lo escuche el señor Brutus. No… para. Mi amigo, Hamilton, casi lo había olvidado, dice que tiene hambre. Sírvanos un poco de cena. Pero… ¡hip!… que no sea aquí. Subiremos a mi guarida, campeón. Ya verás qué acogedora y agradable. Por aquí. Cuidado con el suelo… no vayas a resbalar. Sírvanos un tentempié frío, Hamilton, y un poco de champán. Sobre todo, maldita sea, ¡no se le ocurra olvidar el champán! Y tráiganos un poco de ese Madeira mil ochocientos treinta. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí, señor —asintió el mayordomo—, si bien su padre, señorito Frederick, dejó instrucciones…

Adoptando un aire de inusitada arrogancia, el señorito Frederick replicó:

—Las instrucciones que mi padre dejara iban destinadas a mí, ¡hip!, no a usted.

Tras lo cual, aferrándose con fuerza al hombro de Jurgis, salió, vacilante, de la sala para, apenas emprendida la marcha, inspirado por una nueva idea, indagar:

—¿Ha llegado… ¡hip!… algún cable para mí, Hamilton?

—No, señor —respondió el mayordomo.

—El jefe debe de encontrarse en ruta. Y de los gemelos, Hamilton, ¿qué sabemos?

—Se encuentran bien, señor.

—¡Espléndido! —exclamó el señorito Freddie para, en seguida, añadir fervientemente—: ¡Dios bendiga a esos corderillos!

Remontaron la gran escalera deteniéndose en cada peldaño. En su extremo superior, la oscuridad se tornaba penumbra donde una ninfa de mármol, una figura de gracia exquisita, de carne que se hubiera dicho viva y cálida a causa de la pureza de la piedra, se reclinaba junto a una fuente. Luego llegaron a un atrio de techo abovedado, a cuyo espacio se abrían las puertas de diversas habitaciones. El mayordomo, que se había detenido un instante en la planta inferior con ánimo de dar instrucciones, no tardó en regresar. En seguida pulsó un botón y la gran sala se llenó de luces. Luego, tras abrir una de las puertas y accionar un segundo botón, dejó franco el paso a su amo que, acompañado por Jurgis, se introdujo en la sala dando tumbos.

La disposición de ésta sugería un estudio. En mitad de la pieza había una mesa de caoba, cubierta de libros y salpicada de utensilios de fumador. Las paredes mostraban trofeos y distintivos universitarios, tales como banderas, pasquines, fotografías y diversos objetos decorativos, desde raquetas y remos de canoa hasta palos de golf y bastones del juego del polo. Una enorme cabeza de alce, cuya cornamenta no mediría menos de una yarda y media de una a otra punta, daba frente a una testa de búfalo que pendía del muro contrario, mientras que el entarimado aparecía cubierto por pieles de oso y de tigre. Había sofás y otomanas por todas partes y

el alféizar de los ventanales, también convertido en asiento, tenía blandos cojines de fantástico diseño. Una de las esquinas del apartamento había sido decorada al gusto persa, con un dosel descomunal y, bajo éste, una lámpara de cuentas iridiscentes. Al fondo, una puerta comunicaba con la alcoba y dejaba ver, tras ésta, una piscina de purísimo mármol que le había costado cerca de cuarenta mil dólares al dueño de la casa.

El señorito Freddie se detuvo un instante para examinar el contorno. En ese momento, procedente de la pieza contigua, apareció un bulldog monstruoso, la más repugnante de las criaturas que Jurgis había visto en su vida. El animal bostezó, abriendo una boca que no podía diferir de la de un dragón, y seguidamente, meneando el rabo, se acercó al joven.

—¡Hola, Dewey! —exclamó su amo—. Conque un sueñecito, ¿eh? Vaya, vaya… ¡Hola, qué es eso! ¿Qué haces? —El bulldog estaba gruñendo a Jurgis—. Bueno, está, Dewey. Es un amigo, el señor Burdus, gran amigo, también, del jefe. Señor Burdus, el almirante Dewey; estré… ¡hip!… ¡estréchense la mano! No me dirás que no es una joya, ¿eh? ¡Cinta Azul de la exposición de Nueva York! Ocho mil quinientos y casi nos ganan la delantera. ¿Qué te parece eso?

El joven se dejó caer sobre una amplia butaca bajo la cual fue a agazaparse el almirante Dewey que, si bien no volvió a enseñar los dientes al invitado, tampoco le perdió de vista ni por un instante. A diferencia de su amo, el almirante estaba perfectamente sobrio.

Durante un instante el joven se quedó mirando fijamente un maletín de cuero en la que había una chapa dorada.

—Vaya —exclamó—. Ya está aquí, ¿no?

De un salto se lanzó hacia ella.

—¿No es una joya? —gritó—. Mira, viejo amigo, ¿has visto alguna vez algo así? Un regalo de Navidad… del viejo… Es por eso que soy tan bueno… Acércate. No muerde: mírala.

El maletín contenía un set de afeitado e higiene personal con medio centenar de objetos útiles para otros tantos cometidos inimaginables. Cada uno de ellos estaba repujado de una manera diferente y todos eran de oro.

El mayordomo, que había cerrado la puerta y permanecía de pie junto a ella, también vigilaba a Jurgis de cerca. Un momento más

tarde se escuchó un ruido de pasos. Hamilton volvió a abrir para franquear la entrada a un criado de librea que llevaba una mesa plegable, al que seguían otros dos hombres cargados con bandejas cubiertas y que adoptaron una inmovilidad de estatuas mientras el primero extendía la mesa y presentaba sobre ella el contenido de las bandejas: patés fríos, delgadas lonchas de carne, diminutos emparedados de mantequilla a base de pan sin corteza, un cuenco con melocotones —¡eso en enero!— bañados en nata y, junto a una bandeja de pastelillos de fantasía, verdes, amarillos, blancos y color de rosa, media docena de botellas de vino helado.

—¡Ahí tienes! —exclamó, jubiloso, el señorito Freddie más atento, por su parte, a la bebida—. Adelante, campeón. Acércate una silla.

El joven amo se instaló ante la mesa. El mayordomo descorchó una botella, que él se apropió sirviéndose y apurando, en rápida sucesión, tres copas de vino. Exhaló, entonces, un largo y profundo suspiro y finalmente, siempre expansivo, volvió a pedir a Jurgis que ocupara su asiento.

Jurgis no lo había hecho antes porque, viendo que el mayordomo retiraba ligeramente la silla, creyó ver en esa maniobra el propósito de negársela; pero al comprender, por último, que la intención del sirviente era acomodarle, aceptó, aunque no sin cierto cauteloso recelo, la plaza que le destinaban. Entonces, advirtiendo que la presencia de la servidumbre cohibía a su invitado, el señorito Freddie hizo con la cabeza un signo de aprobación y dijo:

—Podéis retiraros.

Todos, salvo el mayordomo, le obedecieron.

—Usted también, Hamilton —dijo el joven.

El aludido inició, entonces, una protesta:

—Señorito Frederick…

—¡Márchese! —gritó, enojado ahora, el muchacho—. ¿Es usted sordo acaso, maldita sea?

El hombre se retiró, cerrando tras de sí la puerta, pero Jurgis, que no le iba a la zaga en agudeza, se dio cuenta de que, al salir, sin duda con ánimo de continuar la vigilancia a través de la cerradura, había retirado la llave de la puerta.

Enderezándose otra vez ante la mesa, el señorito Freddie animó a Jurgis.

—Bueno, venga, ¡adelante…!

Jurgis lo miró, vacilante.

—¡Vamos, campeón! ¡Empieza!

—¿No vas a comer nada? —indagó Jurgis.

—No tengo hambre —respondió su anfitrión—. Estuvimos comiendo dulces con Kitty. Lo único que tengo es sed. Tú dale.

En vista de eso, Jurgis no se hizo más de rogar y atacó con tal ansia las viandas que, más que de un tenedor y un cuchillo, se le hubiera dicho armado de dos palas. Abandonado a su apetito de lobo, nada pudo ya detenerle hasta que hubo dado cuenta de todo.

—¡Je… sús! —exclamó por fin el joven Jones, que había estado observándole con admirada perplejidad.

Y, en seguida, tendiendo a Jurgis la botella, añadió:

—Veamos, ahora, qué tal te portas bebiendo.

Jurgis aceptó el reto y, aplicado el gollete a los labios, invirtió la botella hasta apurar la última gota de aquel néctar maravilloso que animaba todas sus fibras, embriagando de gozo sus sentidos.

—Está bueno ¿verdad? —preguntó Freddie, de pura condescendencia, hundido en la silla, con el brazo tras la nuca, y mirando a su huésped.

A esa atención Jurgis correspondió con la suya propia. El heredero Jones era, con sus cabellos de oro fino y la testa de un Antinoo, un muchacho de gran belleza, cuyo atractivo resaltaba aún más su traje de etiqueta, impecable. Tras esbozar una sonrisa que infundía confianza, el joven recomenzó su discurso adoptando de nuevo aquel aire suyo, de feliz despreocupación. Esta vez habló a Jurgis por espacio de diez minutos y sin observar una sola pausa, de todo lo concerniente a su familia. El mayor de sus hermanos, Charlie, estaba enamorado de la cándida criatura que hacía el papel de la «Pequeña Ojos de Lucero» en *El Califa de Kamchatka*. Charlie había estado a punto de casarse con ella y lo hubiera hecho a no ser por «el viejo», que juró, primero, desheredarlo y le ofreció, después, una suma capaz de excitar la imaginación y que se tambaleara, de paso, la virtud de «Pequeña Ojos de Lucero». Ahora Charlie, que había obtenido un permiso de la universidad, se encontraba viajando en su automóvil, disfrutando de un soberbio sustituto de la luna de miel. Gwendolen, la hermana del señorito Freddie, había recibido las mismas amenazas del «viejo» cuando contrajo

matrimonio con un marqués italiano, tan ilustre por sus títulos como por el historial de sus duelos. La pareja habitaba el castillo que era propiedad del marqués, o eso habían hecho, hasta que éste comenzó a probar su puntería utilizando a su esposa por blanco y por proyectiles los platos y tazas del desayuno. La joven, ante esto, había corrido al telégrafo solicitando ayuda del viejo Jones, quien había puesto rumbo a Europa para entrar en negociaciones con Su Excelencia. De ahí que Freddie se encontrara en aquel momento solo y con menos de dos mil dólares en el bolsillo, lo cual le tenía en pie de guerra y dispuesto a todo, como no tardarían en comprobar sus padres cuando su «Kittens» les telegrafiase —si no le dejaban otro camino— diciendo que iban a casarse. Y, luego, que viniera lo que Dios quisiera.

Así continuó el mozalbete hasta que, vencido por el cansancio y tras obsequiar a Jurgis con la más radiante de sus sonrisas, entornó unos ojos cargados de sueño. Luego volvió a abrirlos y sonreír pero, al cerrarlos por segunda vez, se olvidó por completo de que debía mantenerse despierto.

Por espacio de varios minutos Jurgis se mantuvo totalmente inmóvil. Fijos los ojos en su anfitrión, se regodeaba en las extrañas sensaciones producidas por el champán. Cuando, por fin, acertó a moverse en el asiento, el perro emitió un gruñido y, a partir de ese momento, apenas osó respirar. Así continuó hasta que, un rato después, la puerta se abrió sigilosamente para dar paso al mayordomo.

El sirviente se acercó de puntillas hasta donde estaba Jurgis. Intimidado por la gravedad de su semblante, Jurgis se puso en pie y, asumiendo él mismo un aspecto contrariado, siguió al hombre hasta que ambos estuvieron junto a la puerta. En ese momento el mayordomo se inclinó hacia él y, señalando la salida, bisbiseó:

—¡Fuera de aquí!

Jurgis tuvo un momento de vacilación y volvió los ojos hacia Freddie, que roncaba de manera casi inaudible.

—¡Como se te ocurra despertarle, hijo de… —intervino el mayordomo—, te parto la cara!

Jurgis vaciló un instante todavía, mas viendo al almirante Dewey, que había salido al encuentro del sirviente con nuevos gruñidos, acabó por sucumbir y se dirigió hacia la puerta.

Sin el menor ruido descendieron por la amplia escalinata, llena de ecos, y de igual manera atravesaron el zaguán ahora oscuro. Al llegar junto a la puerta principal, Jurgis se detuvo un instante y el mayordomo, de una gran zancada, se colocó junto a él.

—¡Las manos en alto! —le espetó.

Jurgis retrocedió un paso cerrando con fuerza el puño de su mano sana.

—¿A qué viene eso? —Y entonces, al comprender que el otro se proponía registrarle, agregó—: ¡Antes tendrás que matarme!

—¿Quieres acabar en la cárcel? —inquirió el mayordomo en tono de amenaza—. Voy a llamar a la policía y…

—¡Llámala! —bramó Jurgis con rabia—. ¡Pero, entretanto, no serás tú quien me ponga las manos encima! ¡Yo no he cogido nada de esta condenada casa y no permitiré que me registren!

A esto el mayordomo, sin duda aterrado por la posibilidad de que su joven amo despertase entretanto, se lanzó inesperadamente hacia la puerta y, abriéndola, gritó:

—¡Fuera de aquí!

Y ya trasponía Jurgis el umbral cuando una formidable patada del hombre le envió, sin tocar siquiera los anchos peldaños de piedra, al fondo de la escalinata, donde fue a dar de bruces sobre la nieve.

CAPÍTULO XXV

Jurgis se levantó enfurecido, pero la puerta se había cerrado entretanto y, sumido ahora en la oscuridad, el gran castillo se veía inexpugnable. A esa impresión se sumó el dolor frío del golpe, y entonces Jurgis se dio vuelta y salió corriendo, sin detenerse ya hasta alcanzar las primeras calles concurridas, donde su ir a la carrera podía llamar la atención. A pesar de la última humillación sufrida, la idea del triunfo hacía que su corazón latiese con demasiada fuerza. Por una vez, la suerte había estado de su lado y, para convencerse de ello, a cada paso deslizaba la mano en el bolsillo y palpaba el precioso billete de cien dólares.

No tardó, sin embargo, en darse cuenta de que se encontraba en un aprieto, incluso un aprieto grave, pues no disponía, aparte de aquella fortuna, de un solo centavo y eso le obligaba, por cuanto era preciso hallar cobijo donde pasar la noche, a cambiar el billete.

Ese problema le tuvo dando patadas y devanándose los sesos por espacio de media hora. No teniendo a quién recurrir, debía resolver él mismo la cuestión. Intentar el cambio en una casa de huéspedes equivaldría a poner la vida en juego, porque era seguro que intentarían robarle —incluso matarle, además— durante la noche. Podía, desde luego, probar en un hotel o en el despacho de billetes del ferrocarril, pero, en uno y otro sitio, se arriesgaba a que le detuvieran. Un billete de cien dólares en manos de un «pordiosero» despertaría sospechas. ¿Cómo explicar su procedencia? Por otra parte, a la mañana siguiente, cuando Freddie Jones advirtiese la desaparición del dinero, le buscarían por todas partes y él acabaría perdiendo su dinero. Su única alternativa, pues, era probar suerte

en una taberna. El cambio, en el peor de los casos, podía ser propiciado mediante una gratificación.

Así comenzó a examinar, según avanzaba, distintos locales. Un buen número de ellos los rechazó por demasiado concurridos, hasta que, al descubrir finalmente uno que, a excepción del encargado de la barra, aparecía desierto por completo, se armó de improvisado coraje y entró.

—¿Puedes cambiarme cien dólares? —preguntó.

El que atendía el mostrador era un tipo fornido, de aspecto hosco, cuyas mandíbulas de púgil ensombrecía una barba rala, de acaso tres semanas.

—¿Qué has dicho? —preguntó a Jurgis.

—Que si podrías cambiarme un billete de cien dólares…

—¿De dónde lo has sacado? —quiso saber el otro, incrédulo.

—Eso no importa —respondió Jurgis—. Lo tengo y necesito cambiarlo. Le daré una gratificación.

El tabernero le dedicó una mirada ruda.

—Déjame verlo.

Jurgis apretó fuertemente el billete, con la mano en el bolsillo.

—¿Vas a cambiármelo, o no?

—¿Y cómo sé yo si es bueno o falso? —replicó el del mostrador—. ¿Me tomas acaso por tonto?

A eso Jurgis se le aproximó con despaciosa cautela y, extrayendo el billete, le dio varias vueltas entre los dedos mientras el otro, parapetado tras la barra, seguía observándole con aire hostil. Luego, por fin, se lo entregó.

El tabernero tomó el billete y comenzó a inspeccionarlo, primero alisándolo entre índices y pulgares, mirándolo, después, a contraluz y dándole vuelta por una y otra cara, por último. Era nuevo y la rigidez del papel lo hacía sospechoso. Jurgis, entretanto, seguía con atención felina los movimientos del hombre.

—¡Hum…! —exclamó finalmente el de la barra según sometía a Jurgis a un crítico examen—. Un vagabundo maloliente, deshecho de ropa, sin abrigo siquiera, el brazo en cabestrillo, y ahí lo tienes, ¡con cien dólares! ¿Vas a tomar algo?

—Si —dijo Jurgis—. Una cerveza.

—De acuerdo —dijo el tabernero—, te lo cambiaré.

El hombre se metió el dinero en el bolsillo, sirvió la cerveza y

puso el vaso delante de Jurgis, sobre el mostrador. Luego se situó ante la caja registradora, marcó los cinco centavos de la consumición y saco del cajón unas monedas que recontó antes de entregárselas a Jurgis. Era una pieza de medio dólar, otra de un cuarto y dos más, de a diez centavos cada una.

—Ahí va —dijo.

Jurgis se quedó esperando un momento, seguro de que el hombre regresaría a la caja.

—Mis noventa y nueve dólares —reclamó al cabo.

—¿Qué noventa y nueve dólares? —preguntó el tabernero.

—¡Mi cambio! —exclamó Jurgis—. ¡Lo que falta hasta los cien!

—¡Quita allá! —dijo el del mostrador—. ¡Tú estás chiflado!

Jurgis se lo quedó mirando con ojos furibundos. Primero, durante un instante, se sintió dominado por un terror ciego, un terror indescriptible, que le agarrotaba, como si fuera a paralizarle el corazón; luego, sin embargo, se impuso la cólera con una fuerza arrebatadora, incontrolable, que le hizo emitir un aullido salvaje y agarrar el vaso para enviarlo, con todas sus fuerzas, contra la cabeza del tabernero. El hombre se agachó a tiempo de esquivar el impacto justo por una pulgada y, luego, enderezándose, se enfrentó a Jurgis, que en ese momento se disponía a saltar el mostrador apoyándose en su brazo sano, y le descargó en plena cara un golpe brutal que le hizo caer de espaldas al suelo. Luego, al ver que Jurgis se ponía otra vez en pie y rodeaba, dispuesto a darle caza, la esquina del mostrador, prorrumpió en grandes gritos de «¡Socorro! ¡Socorro!».

Sin detenerse en su carrera, Jurgis se hizo con una botella que campaba sobre la barra y, aprovechando un salto del hombre, le lanzó el proyectil con todas sus fuerzas. La botella, que rozó apenas la cabeza del tabernero, fue a dar en el mismo dintel de la puerta, donde se hizo añicos. De nuevo echó a correr Jurgis en pos del hombre, esta vez en dirección opuesta, hacia el medio de la sala, pero olvidando, en su exasperación, armarse como antes. Mejor oportunidad no podía esperar su adversario, el cual salió a su encuentro y le asestó en mitad de la frente, con el puño cerrado, un golpe seco que abatió a Jurgis. No había transcurrido un segundo de eso cuando, a punto Jurgis de levantarse por tercera vez, los batientes de la puerta de doble hoja retrocedieron al paso de dos

hombres que entraban muy apresurados en la taberna. Jurgis, presa de la rabia, tenía espumarajos en la boca y trataba, a tirones, de librar su brazo enfermo del cabestrillo.

—¡Cuidado! —gritó el tabernero—. ¡Tiene una navaja!

Y, advirtiendo que los recién llegados parecían dispuestos a secundarle, se precipitó de nuevo sobre Jurgis y, tras desviar su débil guardia, consiguió derribarle de otro buen golpe. Al verlo rodar por el suelo, los tres hombres a un tiempo se arrojaron sobre Jurgis y, ya en tierra, comenzaron, todos, a darle golpes y patadas.

Un instante más tarde irrumpió en la taberna un policía y el tabernero volvió a gritar.

—¡Cuidado con la navaja!

Jurgis, que continuaba debatiéndose, había conseguido ya ponerse de rodillas cuando, abalanzándose de un salto sobre él, el guardia le propinó, con la porra, un contundente golpe en mitad de la cara. Aunque el impacto le hizo tambalearse, era tanta la furia que Jurgis llevaba dentro que aún encontró fuerzas para ponerse en pie, saltar y embestir a sus atacantes, momento en que la porra volvió a abatirse sobre su cabeza y, derribado, cayó al suelo como un saco.

El policía se acuclilló junto a Jurgis porra en ristre como a la espera de una nueva acometida. El tabernero, que entretanto se había puesto en pie, se llevó la mano a la cabeza y dijo:

—¡Cristo! ¡Creía que no salía de ésta! ¿Tengo algún corte?

—Yo no te veo nada, Jake —contestó el guardia—. ¿Qué le ocurre a ese fulano?

—Que se ha vuelto loco de lo borracho que iba —explicó el tabernero—. Lisiado y todo, por poco me da un disgusto. Creo, Billy, que no estaría de más avisar a la patrulla.

—No hará falta —dijo el policía—. Me parece que no va a darnos ya más guerra y, por otra parte, la comisaría está a un paso —continuó mientras sujetaba a Jurgis por el cuello de la chaqueta y, haciendo una especie de torniquete con la ropa, comenzaba a zarandearle—. ¡Eh, tú, arriba! —ordenó.

Pero Jurgis no se movía. El tabernero se fue entonces detrás del mostrador y, tras poner el billete de cien dólares a buen recaudo, llenó un vaso de agua y, ya de regreso, se lo echó a Jurgis por encima. Luego, como Jurgis profiriera un tenue gemido, el policía le

forzó a ponerse en pie y se lo llevó, a rastras, del local. La comisaría estaba, en efecto, a la vuelta de la esquina y, de este modo, unos minutos más tarde Jurgis ingresaba en un calabozo.

Una mitad de la noche la pasó tendido, inconsciente, en un catre; la otra derivó entre una jaqueca lacerante y las torturas de la sed. Varias veces gritó pidiendo agua, pero nadie le oía. Había, en ese mismo puesto de policía, muchos otros detenidos con fracturas de cráneo y aquejados de fiebre; los había por cientos en la gran ciudad y por decenas de miles en el ancho país, pero nadie les oía.

Por la mañana dieron a Jurgis una taza de agua y una porción de pan, y luego le metieron a empellones en un furgón de la comisaría y le condujeron al tribunal más próximo donde, en compañía de otra veintena de hombres que ocupaban, como él, los bancos de la jaula, esperó su turno.

En las declaraciones le precedió el tabernero —un púgil de renombre, según pudo saberse— quien expuso, tras el juramento de rigor, su versión de los hechos. El acusado había acudido a su local pasada la medianoche en estado de manifiesta embriaguez, había pedido una cerveza y entregado, para pagar la consumición, un billete de un dólar. Al recibir los noventa y cinco centavos del cambio había exigido otros noventa y nueve dólares, pasando en seguida, y sin dar lugar siquiera a que el demandante le respondiese, a proyectar contra él la jarra que tenía en la mano para, luego, atacarle con una botella de bitter. El local había sufrido serios destrozos.

A continuación prestó juramento el demandando, un pobre diablo harapiento, hirsuto, con un brazo suspendido por una mugrienta banda de tela, la frente y los pómulos cubiertos de cortes no cicatrizados y un hematoma violáceo cerrándole, casi por completo, un ojo.

—¿Qué tiene usted que decir en su defensa? —inquirió el magistrado.

—Su señoría —dijo Jurgis—, yo entré en el local de este hombre y le pregunté si podía darme cambio de cien dólares. Él dijo que lo haría, a cambio de una consumición. Entonces yo le entregué el billete, pero él se quedó con el cambio.

El magistrado se le quedó mirando perplejo.

—¿Que usted le dio un billete de cien dólares? —exclamó.

—Así es, señoría.
—¿Y de dónde sacó ese billete?
—Me lo dio un hombre, señoría.
—¿Un hombre? ¿Qué hombre, y por qué razón?
—Fue un joven que me encontré en la calle cuando pedía limosna.
Un rumor de risas contenidas recorrió la sala. El propio oficial que tenía sujeto a Jurgis alzó una mano para que no se le viera reírse. El magistrado sonrió sin disimulo.
—¡Lo que digo es la verdad, señoría! —exclamó Jurgis con vehemencia.
—Si no me equivoco, además de pedir limosna la noche pasada estuvo usted bebiendo, ¿no es así? —indagó el magistrado.
—No, señoría —protestó Jurgis—. Yo…
—¿Va usted a decirme que no bebió nada?
—No, señoría. Lo cierto es que tomé…
—¿Qué tomó usted?
—Una botella de… no sé qué era. Algo que quemaba.
De nuevo cundieron las risas en la sala del tribunal para extinguirse bruscamente en el momento en que, muy ceñudo, el magistrado se encaró a Jurgis.
—¿Le han detenido con anterioridad? —le preguntó a bocajarro.
Eso cogió a Jurgis por sorpresa.
—Yo… —balbuceó—, yo…
—Dígame la verdad, ¿quiere? —le apuró severamente el magistrado.
—Sí, señoría, me han detenido.
—¿Cuántas veces?
—Una sola, señoría.
—¿Por qué razón?
—Por golpear a un capataz, señoría. Por entonces yo trabajaba en los mataderos y él…
—Entiendo —le interrumpió su señoría—. No hace falta que prosiga. Le recomiendo que, si no es capaz de controlarse, deje de beber. Diez días y las costas. Siguiente causa.
Jurgis no pudo reprimir, en su desaliento, un grito que el policía cortó en seco, agarrándolo del cogote. Lo sacaron a empellones de la sala y empujado al interior de un compartimiento donde

aguardaban los demás convictos. Allí la rabia contenida le hizo caer en un banco y romper a llorar como un chiquillo. Que policías y jueces desoyeran sus alegatos para dar crédito a los del tabernero le parecía monstruoso. ¿Cómo podía saber el pobre Jurgis que el dueño del sitio pagaba al policía cinco dólares semanales en concepto de «atenciones varias», amén del privilegio de servir alcohol los festivos? ¿Cómo imaginar que el mismo tabernero, y púgil por lo demás, se encontraba entre los acólitos más cercanos del líder del Partido Demócrata en el distrito? ¿Podía él sospechar, por último, que pocos meses antes había testificado en favor del juez que acababa de condenarle, cometiendo perjurio en una acusación de lenidad presentada contra él por ciertos caballeros con odiosas ideas reformistas?

Por segunda vez, Jurgis fue conducido a la prisión de Bridewell. Durante la pelea se había lastimado nuevamente el brazo, de modo que, incapaz de afrontar trabajos, le pusieron en manos del médico. Éste hubo de curarle, además, el ojo y vendarle la frente, con todo lo cual su aspecto era verdaderamente seductor cuando, transcurridos dos días después de su ingreso, fue a topar en el patio, durante el recreo, con Jack Duane.

Fue tal la alegría que al ver a Jurgis experimentó el joven, que estuvo a punto de besarle.

—¡Que me cuelguen si no es mi «Apestoso» quien tengo delante! —exclamó—. Pero… ¿qué tienes? ¿Te has caído en una máquina de hacer salchichas?

—No tanto —respondió Jurgis—. Lo que ves son reliquias del atropello de un tren aderezadas, luego, por una pelea.

Y a continuación, según algunos de los reclusos iban congregándose en torno, le relató sus peripecias de las últimas horas. La mayor parte de los que escuchaban achacaron la historia a la fantasía de su autor; Duane, sin embargo, sabía que Jurgis era incapaz de llevar tan lejos una invención.

—Qué perra suerte, muchacho —le dijo cuando estuvieron solos—. Aunque es posible que te sirva de lección.

—He aprendido unas cuantas desde que nos separamos —le confesó con gesto sombrío Jurgis, para, seguidamente, narrarle sus andanzas de aquel verano, vivido «a la ventura», como suele decirse—. ¿Y tú? —le interrogó al cabo—. ¿Continúas aquí desde

entonces?

—¡Quiá! —exclamose Duane—. Entré justamente anteayer. Es la segunda vez que me enchironan bajo cargos ficticios. No pude conseguir la libertad porque las cosas no se me han dado bien y no tenía para pagarles. ¿Por qué no nos marchamos juntos de Chicago, Jurgis?

—Es que no tengo adónde ir —respondió entristecido Jurgis.

—A mí me sucede lo mismo —replicó su amigo con un amago de risa—. Pero, una vez en la calle, podemos ver qué hacemos…

Pocos de los reclusos con quienes trabó Jurgis relación en la prisión de Bridewell pertenecían al grupo de los que conociera en su anterior estancia, pero los había, en cambio, por docenas y docenas, jóvenes y viejos, de características idénticas a las de aquéllos. Al igual que ocurre con los rompientes de las playas, el agua puede ser nueva, mas las olas se antojan siempre iguales. Jurgis se paseaba entre ellos y se detenía a conversar. Así observó cómo los que gozaban de primacía se regalaban contando sus proezas en tanto los otros, más jóvenes o inexpertos, formaban corros para escucharles en embelesado silencio. En el curso de su anterior encierro, Jurgis había consagrado casi todos los pensamientos a su familia; ahora, sin embargo, nada le impedía prestar oídos a las palabras de aquellos hombres y, bebiendo en ellas, percatarse de que era de su misma raza, que sus puntos de vista eran los que él sustentaba y que los métodos que les habían asegurado la subsistencia respondían en todo a los que pensaba adoptar en el futuro.

Así dispuesto su ánimo, al verse fuera de la prisión y sin un céntimo en el bolsillo, lo primero que hizo fue recurrir a Jack Duane. Acudió a él rebosante de humildad y agradecimiento por el hecho de que, siendo Duane un caballero, un hombre de profesión, no tuviese reparos en correr suerte con él, un obrero de la más modesta condición, que había llegado a mendigar y vagabundear. Eso hacía que no acertase a ver cómo podía serle útil a Duane. Y era porque no comprendía que un hombre de su condición, capaz de todas las lealtades y dispuesto a partirse el alma por cualquiera que le mostrase amabilidad, resultaba en el mundo del hampa no menos singular que entre el resto de los humanos.

Las señas que Jurgis guardaba correspondían a un sotabanco del gueto de Chicago donde se había instalado una linda francesita —la

amiga de Duane— que se pasaba el día haciendo trabajo de aguja aunque, para salir adelante, hubiese de recurrir a la prostitución. La muchacha le informó de que Duane, acosado por la policía, se había mudado de alojamiento. Él amenazaba con largarse para siempre y dejarla: los ojos de la joven estaban enrojecidos de tanto llorar. La habían arrestado por «pasearse por la calle» y tenía miedo de acabar en un burdel: la policía pedía mucho dinero a las prostitutas independientes.

La nueva dirección de Duane era un sótano habilitado como tienda, cuyo propietario aseguró no haber oído el nombre de Duane en toda su vida. Luego, sin embargo, y tras haber sometido a Jurgis a un cuestionario minucioso, le franqueó el paso, a través de una escalera situada en la trastienda y una falsa cerca, hasta el patio trasero del local de un prestamista y, de allí, a las dependencias de una casa de citas en una de cuyas habitaciones tenía Duane su escondrijo.

Duane iba a abandonar la ciudad esa misma noche. Le contó a Jurgis que la policía iba detrás de él. No tenía un céntimo y tenía que comprar el billete. Jurgis le sugirió que podían probar en un tren de mercancías, pero Duane no viajaba de ese modo, menos aún en pleno invierno. Él conseguiría el dinero, estaba claro; Jurgis sólo tenía que ayudarle a conseguirlo y lo compartirían. Entonces le expuso su plan —era la primera clase de Jurgis y quizá la última—, aunque lo cierto es que consagró el resto del día en poner a su amigo al corriente de todos los resortes del mundo del hampa, señalándole aquellos que podían procurarle una forma de subsistencia. El invierno no se le presentaría propicio, a causa del estado de su brazo y, también, de un imprevisto recrudecimiento de la actividad policial. No obstante, nada tenía que temer, en tanto extremara la prudencia y evitase convertirse en sospechoso. Allí, en casa de «Papá Hanson» (ése era el nombre que daban al propietario del sótano convertido en tienda), podría descansar sin sobresaltos, pues el viejo «jugaba limpio» y no le haría ninguna faena, siempre y cuando fuese puntual en el pago y, en caso de un registro de la policía, cuidaría de avisarle con una hora de antelación. Por otra lado, Rosensteg, el prestamista, le compraría por un tercio de su valor cualquier objeto que le ofreciese, comprometiéndose, además, a no sacarlo a la luz hasta transcurrido un año.

En el armario de una de las habitaciones había un fogón de petróleo sobre el cual prepararon una improvisada cena. Luego, al filo de las once, abandonaron su escondite —Duane armado de una cadena— utilizando una puerta trasera. Ya en la calle, dirigieron sus pasos a un barrio residencial. Llegados a determinado lugar, Duane se encaramó a una farola, la apagó de un soplo y luego fue a esconderse junto a Jurgis bajo una escalera, ambos en completo silencio.

Un instante más tarde un primer viandante acertó a cruzar ante ellos. Reconociéndolo como un trabajador, le dejaron pasar. Después, bastante más tarde, fue audible el paso grávido de un policía y los dos amigos se agazaparon, conteniendo el resuello, hasta que el agente hubo pasado de largo. Medio ateridos de frío, aguardaron todavía un buen cuarto de hora: al cabo escucharon pasos, ahora un hombre que caminaba rápido. Duane largó a Jurgis un breve codazo en el costado y, apenas el desconocido hubo rebasado su escondite, los dos se pusieron en pie. Duane avanzó con el sigilo de una sombra y, un segundo más tarde, Jurgis oyó un golpe seco seguido de un grito sofocado. Situado dos pasos detrás del viandante, Jurgis se apresuró a callarle la boca mientras Duane, según lo convenido, le inmovilizaba los brazos. Al descubrir, sin embargo, que el hombre estaba inerte y ni siquiera podía mantenerse en pie, Jurgis se limitó a sujetarlo por el cuello del abrigo mientras su compañero recorría uno a uno, con dedos expertos, los bolsillos, empezando por los del abrigo para registrarle, a continuación, chaqueta y chaleco y traspasar cuanto contenían a los suyos propios. Por último, y tras haber palpado las manos y la corbata de su víctima, Duane susurró:

—¡Listo!

Arrastraron al hombre hasta debajo de la escalera y, al momento, Duane partió en una dirección y Jurgis en otra, apretando ambos el paso.

Duane fue el primero en llegar. Jurgis lo encontró examinando el «botín»: un reloj con su cadena y un guardapelo unido a ella, todo de oro; además, una pluma de plata, una cerillera, un puñado de calderilla y, por último, una billetera que Duane desplegó con aire ansioso. Había en ella cartas y cheques, dos entradas para el teatro y, finalmente, oculto en su parte posterior, un fajo de billetes

de varias denominaciones. Duane los contó: uno de veinte dólares, cinco de a diez, cuatro de a cinco y tres billetes de un dólar. El examen le hizo exhalar un hondo suspiro.

—¡Esto nos saca de apuros! —exclamó.

Luego, tras una segunda inspección, quemaron la cartera y cuanto contenía, a excepción de los billetes de banco y la foto que contenía el guardapelo de una niña de corta edad. Luego Duane corrió con el reloj y el resto de cachivaches a la tienda del prestamista, de donde regresó poco después con dieciséis dólares en la mano.

—El viejo granuja me ha salido con que la caja del reloj no tenía de oro más que el chapado. Mentira, claro; pero sabía que necesitaba el dinero.

Dividido el botín, Jurgis recibió cincuenta y cinco dólares y algunas monedas. Y como esto le pareciese demasiado y protestara, Duane le recordó que el trato había sido ir a partes iguales. Sin embargo, reconoció que el golpe había resultado muy bueno; de ordinario no solían serlo tanto. Era suficiente para viajar a Nueva York, así que esperaría hasta la noche siguiente: tenía miedo de salir de día y allí estaba seguro.

Cuando se levantaron, a la mañana siguiente, Duane le encargó que comprara el periódico. Una de las satisfacciones de cometer un delito era, según él, verlo reflejado, luego, en la prensa.

—Yo tenía un amigo —evocó Duane comenzando a reír— que siempre lo hacía. ¡Hasta que cierto día se enteró de que había pasado por alto tres mil dólares que una de sus víctimas llevaba en un bolsillo oculto en el chaleco!

El diario dedicaba al robo una media columna en la cual achacaba el asalto —tercero de una serie ocurrida en el transcurso de una semana— a las actividades de una banda de delincuentes que se había hecho fuerte en aquel distrito de la ciudad sin que, a todas luces, consiguiese la policía remediarlo. Refiriéndose a la víctima, añadía que se trataba de un agente de seguros cuya identificación hubiera sido más trabajosa de no darse la circunstancia de que llevaba su nombre bordado en la camisa. El agresor, que le había despojado de los ciento diez dólares que llevaba encima, pero que no eran de su propiedad, le había producido, a causa de un golpe demasiado rudo, una conmoción

cerebral. Las lesiones afectaban, además, la mano derecha de la víctima, tres de cuyos dedos habrían de ser amputados como consecuencia de la grave congelación sobrevenida durante las horas que precedieron al rescate. El activo cronista daba cuenta, por último, de haber visitado a la familia con el fin de comunicarles lo anterior y detallaba el efecto que habían tenido entre sus miembros las malas nuevas.

Al ser su primera experiencia, Jurgis no pudo menos de sentir aflicción, como es natural, al conocer sus resultados. Duane, sin embargo, lo tomó muy a la ligera: riendo. Dijo que eran las reglas del juego y que había que admitirlas. Pronto Jurgis no daría a eso más importancia que la que se da al sacrificio de una res en los mataderos.

—Se trata de elegir entre nuestra supervivencia y la de otro. Y yo he optado siempre por lo primero —razonó.

—De acuerdo —dijo Jurgis en tono reflexivo—. Pero lo cierto es que ese hombre no nos había hecho ningún daño.

—Pero se lo hacía a algún otro con todas sus fuerzas. De eso puedes estar seguro —concluyó su amigo.

Jurgis quedó en silencio durante un instante. Luego se animó a seguir hablando.

—Ha perdido tres dedos. Quedará peor que el pobre de Harry Wheeler —y tras ese comentario, hecho sin querer, se quedó asombrado al ver cómo su compañero palidecía y daba la impresión de haber recibido un golpe en plena cara.

—¿Qué sucede? —preguntó Jurgis sobresaltado.

—¡Harry Wheeler! —balbuceó Duane.

—Sí, ¿qué sucede? —replicó Jurgis.

—Tenía un amigo —apenas podía mantener la respiración—. ¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Era un chico que conocí en los mataderos. Tenían una habitación en la casa en la que vivía. Ellos… —dijo Jurgis.

—¿Ellos? ¿Quiénes eran «ellos»? —gritó Duane.

—Su madre y su hermana… Venían de Connecticut.

Duane se fue hacia él, con las manos temblorosas, como una hoja.

—Son ellos —suspiró casi sin aliento—. ¿Qué le pasaba a su mano?

—Trabajaba en una fábrica de enlatado en los mataderos. Perdió allí dos dedos de la mano izquierda. No podía tocar el violín: era terrible… —respondió Jurgis.

Su compañero perdió el control: enterró su cara en sus manos y rompió a llorar. A Jurgis le entró un frío de muerte.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Quiénes son?

Duane lloraba desconsoladamente.

—Dios, Dios, ¿por qué me lo has tenido que decir? ¿Por qué me lo has tenido que decir precisamente ahora? ¿Por qué no me has dejado marchar en paz? Es terrible.

—¿Quiénes son? —gritó de nuevo Jurgis.

—Es mi hermano. Son mi hermana y mi madre: a los que abandoné. Es mi hermano Harry.

—¿Tu hermano? —murmuró Jurgis horrorizado.

—Sí. Mi apellido es Wheeler… ¿Por qué has tenido que decírmelo?

—No lo sabía —balbuceó Jurgis.

—Háblame acerca de ellos. ¿Cómo viven? ¿Cuándo les conociste? —rompió Duane.

—Fue después de la anterior vez que nos vimos —y comenzó a relatarle todo cuanto sabía: que la señora Wheeler estaba impedida, su hermana cosía y estaba tan pálida; el hermano se sentaba en mitad de la noche y tocaba el violín con dos dedos. Su amigo estaba sentado a su lado cubierto de lágrimas.

—Trabajando en los mataderos, sacrificándose para esos carniceros. Dios, van a acabar con todos nosotros…

Jurgis no entendió esta última frase y al poco, mientras Duane la repetía, le preguntó qué quería decir.

—No te contaron —gritó Duane— que fueron los que arruinaron a mi padre.

—No, no me lo dijeron —contestó Jurgis.

Duane comenzó entonces a contarle que su padre era el presidente de un banco en su ciudad natal. La principal industria que había allí era un matadero, sobre el que el banco tenía pendiente una hipoteca y algunas acciones. Un día llegó un hombre que, en nombre de los grandes empresarios de la carne, ofreció comprar el matadero por un cuarto de lo que realmente valía y aduciendo que, si se negaban a vender, los llevarían a la ruina. La

compañía se negó a vender y, para poder competir con los grandes, se vio obligada a pedir un préstamo al banco, sin dar información alguna acerca de las amenazas. Entretanto, los grandes comenzaron a subir el precio del ganado y se abrió un enorme mercado al por mayor en una población cercana, en la que vendían casi a precio de coste todos sus productos cárnicos. Cuando la compañía pequeña intentó llevar sus productos a Nueva York y a Boston, subieron de repente las tarifas de transporte ferroviario; asimismo los camiones frigoríficos que solían emplear, que pertenecían a los peces gordos, comenzaron a darles problemas y las tarifas subieron tanto que, al final, se vieron obligados a cerrar la fábrica. El banco se arruinó con ellos y el padre de Duane se suicidó.

—¡Fue el trust de la carne! —gritó con rabia—. ¡Y ahora mi hermano se mete allí, queda inválido para siempre y eso lo va a matar!

Se le quedó mirando, de frente, nervioso, retorciéndose los dedos.

—Tengo que quedarme —exclamó de repente—. Tengo que pagar a la policía y quedarme. Tengo que ayudarles. ¿Cómo he podido dejarlos en tal estado? Fue hace seis meses cuando los viste, sólo Dios sabe qué habrá pasado desde entonces. Jurgis —irrumpió Duane—, podrías encontrarlos por mí. No temo exponerme, además sé que no quieres ver a tu familia…

—Iré por ti —respondió sin dudarlo Jurgis—. ¿Qué quieres que haga?

—Que los encuentres y les lleves algo de dinero.

—¿Les digo que es de tu parte?

—No, aún no. Si lo haces, tendré que buscarme un trabajo legal. Lo rechazarán si saben de dónde viene.

—¿Y lo van a aceptar de mí? —objetó Jurgis.

—Prueba a ver —replicó abruptamente Duane—. Date prisa.

Capítulo XXVI

Jurgis se puso en camino hacia los mataderos y entró a la carrera en la calle en la que había vivido la familia. La casa de Panei Aniele estaba recién pintada y supo lo que eso significaba sin que nadie le dijera nada. Subió las escaleras y llamó a la puerta. Le atendió una mujer alemana. Toda la gente que vivía allí antes se había marchado y no sabía nada de ellos. Jurgis llamó a la puerta de la señora Oiszewski, la mujer del carnicero. Sí, Oiszewski podía contarle algo: la pobre Aniele debía tres meses de alquiler y la habían puesto de patitas en la calle con todos los muebles. Había estado de un lado para otro hasta que se la encontraron una mañana muerta por congelación, en la calle. Los periódicos dieron la noticia y había habido cierta polémica. Llegó una gente y se llevó a sus tres hijos a una institución de beneficencia. Lo que hizo que el escándalo fuera mayor fue el hecho de que la casa entera, un lugar inseguro y con problemas serios de construcción, era propiedad de la gran Standard Oil, que tenía también edificios cerca del lago y era una de las empresas que más explotaban a los pobres. Los Wheeler se habían tenido que mudar incluso un tiempo antes. La señora Oiszewski no sabía qué había sido de ellos después: tampoco es que hablaran de sus cosas con nadie.

Jurgis preguntó que había sido de los suyos: con la intuición de que le contarían algo que no le iba a gustar, pero con la esperanza de que no fuera así. La mujer sólo pudo decirle que Elzbieta y los muchachos se habían ido y que la fábrica de enlatado en la que trabajaba Marija había cerrado: quizá los Szadwilas sabrían algo más, añadió.

Pero Jurgis no acudió a los Szadwilas, sino a la fábrica en la que había trabajado Harry Wheeler. Había bastante ajetreo en el taller, en horas extras y el encargado estaba poco dispuesto a conversar. Wheeler se había marchado hacía ya un tiempo: estaba muy enfermo y no podía trabajar. No tenía la menor idea de lo que había pasado con él. Le indicó a Jurgis un par de personas a quien podía preguntar, pero ninguno de ellos pudo aportar más información, de modo que volvió con Duane.

La cara de Duane no mostraba ninguna señal de alegría: parecía avejentado y demacrado. Escuchó a Jurgis y le replicó que no podía irse en ese momento: tenía que quedarse y buscarlos.

Duane ya le había explicado a Jurgis que todo hombre que hiciera carrera en aquel oficio tenía que pagar a la policía, lo que permitía que a uno lo dejaran actuar por su cuenta, al menos mientras no le pillaran con las manos en la masa. Él no había pagado más que a un par de peces gordos, ya que, una vez entrado en la rueda, uno se veía obligado a trabajar continuamente para satisfacer sus demandas. Por eso había aconsejado a Jurgis que pasara en su escondrijo cuanto tiempo le fuera posible, y que cuidara de no dejarse ver en compañía de su camarada.

Mas Jurgis no tardó en hastiarse de su enclaustramiento. No era divertido comer y beber solo, además pagando por ello más de lo que estaba acostumbrado a pagar en otros lugares que le ofrecían compañía y diversión. Transcurridas dos semanas, al recuperar las fuerzas y, en parte, también el uso del brazo lastimado, no podía ya tolerar la reclusión. Duane, que a raíz de un trabajo emprendido por cuenta propia había negociado una especie de tregua con las autoridades, hizo acudir a Marie, la francesita, para que compartiera con él sus favores. Tampoco eso fue una solución duradera, y Duane, por último, tuvo que capitular y avenirse a que Jurgis saliera a la calle y conociese, por su mediación, a las figuras prominentes del mundillo rufianesco, cuyo cuartel general solían ser las tabernas y las llamadas «casas de recreo».

De esta manera Jurgis pudo acceder a los que en Chicago representaban la aristocracia del hampa. En una ciudad como aquélla, nominalmente democrática, pero, en verdad, sometida al poder de una oligarquía de grandes comerciantes, los relevos en el mando exigían la movilización de un verdadero ejército de

chanchulleros capaces de dirigir o comprar las voluntades. A este ejército eran transferidos dos veces por año, con ocasión de las elecciones de primavera y las de otoño, millones y millones de dólares que, desembolsados por los empresarios ricos, servían para organizar reuniones, contratar oradores profesionales, alquilar bandas de música y sufragar fuegos de artificio, distribuciones de propaganda y de bebidas alcohólicas por cisternas, sin olvidar la compra de votos, cuyas papeletas eran adquiridas, dinero en mano, por decenas de millares. Ahora bien, durante todo el año había que mantener en nómina, a buen seguro, a este ejército de la corrupción. Sus dirigentes y organizadores eran atendidos en forma directa por los patronos; los concejales y los miembros del poder legislativo recibían sus estipendios en forma de sobornos; los altos cargos del partido se nutrían de los fondos recaudados para la campaña; los de los *lobbies* y los abogados tenían sueldos fijos; los contratistas actuaban a cambio de encargos, los dirigentes de sindicatos mediante subsidios, y los propietarios y directores de periódicos por los espacios publicitarios. Quedaban, por último, los del montón, que recibían su salario bien de las arcas municipales, bien de la contribución directa de los ciudadanos. ¿No existía acaso un cuerpo de policía, un servicio de bomberos, una sociedad de aguas donde enrolarlos? Eso sin contar con los innumerables puestos creados por la burocracia del municipio, desde el más humilde, de ujier, hasta el cargo de alcalde. Y para el resto, para las hordas que no podían hallar cabida en ninguno de estos estamentos, quedaba el mundo del vicio, del crimen. Había carta blanca para corromper, estafar y rapiñar. Las esposas de los corruptos y los predicadores habían promovido una ley para la prohibición legal de expender bebidas alcohólicas en domingo, lo que había puesto en manos de la policía a los taberneros de la ciudad, obligándoles a negociar los términos de su alianza. Las esposas de los corruptos y los predicadores querían acabar con la prostitución, de modo que las amiguitas y concubinas de los empresarios se habían visto, también ellas, obligadas a entrar en el trato. Lo mismo ocurría con los que regentaban garitos de apuestas y con los dueños de las cantinas donde se practicaba el juego. Y en esta lista había que incluir a cuantos de una forma u otra obtenían beneficios de amaños, o por vías ilegales, con la consiguiente necesidad de ceder

parte de sus ganancias: los falsificadores, los bandoleros, los carteristas, los peristas, los cacos y, a partir de ahí, un amplio grupo compuesto por todos aquellos que practicaban distintas formas de comercio ilegal: vendedores de leche adulterada, de fruta en malas condiciones y de carne no apta para el consumo, caseros que alquilaban casas inhabitables, médicos sin título, usureros, mendigos e, incluso, vendedores ambulantes. Sometidos a este sistema se encontraban también los púgiles y los que habían hecho una profesión de sus puños, los vendedores de apuestas, los alcahuetes, los tratantes de blancas y los que vivían de corromper a jovencitas sin experiencia. Todos estos órganos de corrupción se hallaban en connivencia con la policía y las fuerzas políticas, aglutinados por una alianza económica y hermanados por el crimen y la sangre. Harto frecuentemente, un solo individuo tenía intereses en uno y otro bando a la vez. Así, el jefe de policía resultaba ser el propietario de la casa de lenocinio que simulaba intervenir, mientras que el político de turno establecía su cuartel general en una taberna que le pertenecía. Personajes que se habían hecho famosos en la ciudad bajo motes como el de «Hinky Dink» y «John Retretes», propietarios de lupanares celebérrimos en Chicago, ocupaban puestos en el consejo municipal y abandonaban la ciudad a la rapacidad de los hombres de negocios. Los clientes de sus locales eran púgiles o tahúres habituados a fijar su propia ley, amén de los ladrones y macarras de toda especie que mantenían aterrorizada a la ciudad. Al acercarse las elecciones, todas estas jerarquías del vicio y el crimen se aliaban para formar una sola fuerza que no sólo conocía de antemano, y con un margen de error no superior al uno por ciento, cuál iba a ser el resultado de los votos en su distrito, sino que podía alterarlo efectivamente con tal que se le concediese una hora de tiempo para hacerlo.

Jurgis, que apenas hacía un mes había estado a punto de morir de hambre, entraba ahora, de repente y como por ensalmo, en un mundo donde el dinero y todas las cosas buenas de la vida cundían y se prodigaban. Su amigo le presentó a cierto irlandés que respondía al nombre de Buck Halloran, el cual actuaba como «asistente» político y conocía bien los entresijos del negocio electoral. Después de mantener con Jurgis una breve conversación, Halloran le dijo que tenía a la vista ciertos planes que podían

proporcionar fáciles ganancias a un hombre que tuviese aspecto de obrero. El asunto requería, por su naturaleza, a una persona discreta. Jurgis le aseguró que podía contar con él en ese sentido, y éste le condujo aquella misma tarde —era sábado— a una oficina donde se liquidaban los pagos de los trabajadores municipales. El cajero ocupaba una pequeña garita custodiada por dos policías en cuyo mostrador había una gran cantidad de sobres apilados. Siguiendo las instrucciones recibidas, Jurgis se acercó a la ventanilla y dio el nombre de «Michael O'Flaherty», recibiendo, entonces, un sobre que unos momentos más tarde, tras dar la vuelta a la esquina, entregó a Halloran, que le aguardaba en una taberna. Luego volvió a presentarse allí, esta vez con el nombre de «Johann Schmidt», y, posteriormente, hizo una tercera incursión bajo la identidad de «Serge Ostrinski». Halloran disponía de toda una lista de obreros imaginarios, a cambio de cuyos nombres Jurgis iba recibiendo un sobre tras otro. Halloran le remuneró con cinco dólares y dijo que podía contar con igual cantidad todas las semanas en tanto mantuviese callada la boca. Y dado que Jurgis se distinguía por su discreción, no tardó en ganar la confianza de Buck Halloran, quien le presentó a varios conocidos, recomendándole como «persona de confianza».

El trato con el irlandés le fue de utilidad a Jurgis no sólo en ese sentido, sino en otros. Antes de que pasara mucho tiempo había descubierto ya el significado de la palabra «influencia», a cuyo poder debía el que su antiguo capataz, Connor, y también el tabernero pugilista, hubiesen conseguido meterle en la cárcel. Se celebró una de aquellas noches un baile público en «homenaje» a un tal «Larry el Tuerto», un tullido que actuaba de violinista en cierto refinado prostíbulo de Clark Street, un bromista que gozaba de muchas simpatías en todo el distrito de los muelles. El baile, que se celebraba en una sala de enormes proporciones, constituyó una de aquellas veladas en cuyo curso la gente disipada de la ciudad se entregaba al desenfreno. Jurgis, que asistía al homenaje, se embriagó hasta perder casi el sentido y se enzarzó, por una cuestión de faldas, en una pelea. Habiendo recobrado por entonces, casi por completo, el dominio de su brazo herido, se consagró a la tarea de despejar la sala y acabó en un calabozo de la comisaría. Como el

local se encontraba atestado de vagabundos cuyo hedor enrarecía la atmósfera, Jurgis, que no contemplaba con entusiasmo la perspectiva de dormir allí la borrachera, mandó avisar a Halloran quien, a su vez, habló con el líder político del distrito y obtuvo, a las cuatro de la mañana y por teléfono, su libertad bajo fianza. Luego, más avanzado el día y antes de que Jurgis compareciese ante el juez para responder de los cargos, el líder del distrito se entrevistó con el secretario del juzgado para explicarle que Jurgis Rudkos era una persona de bien cuya conducta de la víspera sólo podía atribuirse a una imprudencia. Jurgis, en vista de ello, fue sancionado con una multa de diez dólares cuyo pago, sin embargo, se consideraba «diferido», es decir, que Jurgis no hubo de satisfacerlo, ni nunca lo satisfaría, tampoco, a menos que alguien decidiera, en el futuro, desenterrar el expediente.

En la sociedad que ahora frecuentaba Jurgis el dinero era objeto de juicios de valor que nada tenían que ver con los que rigieran entre la masa obrera de Packingtown, lo cual no impedía, por extraño que parezca, que en el nuevo ambiente Jurgis consumiese, por ejemplo, mucho menos alcohol que cuando trabajaba en los mataderos. Esto, sin duda, obedecía al hecho de que no existieran, en su actual forma de vida, ni el antiguo agotamiento ni la anterior desesperanza —alicientes para buscar consuelo en la bebida— y, también, al estímulo de ver abierto ante sí un horizonte por cuyas promesas valía la pena luchar y esforzarse. Porque, en efecto, no había tardado en persuadirse de que, a poco que ejerciera su buen sentido, pronto se le ofrecerían nuevas oportunidades y, emprendedor como era por naturaleza, se consagró no sólo a moderar su vida sino a introducir un poco de orden en la de su amigo Duane, un auténtico entusiasta del vino y las mujeres.

Luego, como suele ser, unas cosas llevaban a otras. Cierta noche Jurgis y Duane se encontraban, a hora ya avanzada, en la misma taberna donde Jurgis había celebrado su primer encuentro con Buck Halloran, cuando apareció en el local, bastante ebrio por cierto, un «cliente de provincias», hombre que se dedicaba a realizar compras en Chicago por cuenta de un comerciante de fuera. Exceptuando al encargado del mostrador, no había nadie más en el establecimiento y, al ver marchar al forastero, Jurgis y Duane salieron tras él para seguirle hasta un paraje sombrío rodeado de un edificio sin

inquilinos y un puente del ferrocarril elevado. Entonces Jurgis se plantó de un salto frente al hombre y le metió un revólver por la boca mientras Duane, con el sombrero encasquetado hasta los ojos y prestísimos dedos, registraba, sin olvidar un rincón, los bolsillos del forastero. Apenas pudo éste dar un grito que ya la pareja le había despojado del reloj y el dinero, y habían desaparecido tras la esquina para refugiarse de nuevo en el interior de la taberna. El de la barra, a quien habían prevenido con un guiño, ya les tenía abierta la puerta de la bodega, por donde llegaron, a través de un acceso secreto, a un burdel instalado en la casa de al lado. Desde el tejado del edificio se accedía a otros tres establecimientos de similar naturaleza, de manera que la clientela de cualquiera de ellos podía ser puesta a salvo, ante la eventualidad de una incursión policial por causa de desavenencias, utilizando los pasadizos. Éstos constituían, además, un recurso conveniente frente al apuro de tener que sacar a escondidas a alguna de las muchachas que, llegadas a Chicago para ocupar puestos de «sirvientas» o «auxiliares de fabricación» ofrecidos por anuncios de la prensa, caían en las redes de falsas agencias de colocación y, de ahí, pasaban a lupanares donde eran secuestradas. Generalmente bastaba con despojar a las muchachas de todas sus ropas, si bien, en algunos casos, las víctimas habían de ser reducidas mediante el uso de drogas y sometidas a reclusiones que duraban semanas. Sus familiares cursarían telegramas a la policía, o incluso se pondrían en camino hasta Chicago para averiguar por qué no se hacía nada con respecto a sus denuncias. Lo único que podía hacerse para satisfacerlos era conducirlos hasta el lugar donde las jóvenes habían sido localizadas.

Veinte de los ciento treinta y tantos dólares que se habían agenciado los dos amigos fueron a parar a los bolsillos del mozo de la taberna en pago a sus servicios. Esto, como es natural, les granjeó sus simpatías y sirvió para que les presentase, pasados unos días, a un judío que actuaba de agente para la «casa recreativa» donde Jurgis y Duane habían buscado refugio después de su asalto. Apuradas unas cuantas copas, el hombre, que se llamaba Goldberg, comenzó a explicar, con algunos ambages al principio, la reyerta que había sostenido con cierto tahúr por causa de una de las mejores chicas del establecimiento. El tipo en cuestión, al que

Goldberg acusaba de haberle largado un puñetazo en la mandíbula, era forastero en la ciudad y, según aseguró el judío, nadie lo echaría en falta si una de aquellas noches lo encontraban por ahí, con la cabeza rota. Bien dispuesto, como estaba a esas alturas, a partirles la crisma a todos los tahúres de Chicago, Jurgis quiso saber qué iba a recibir por el trabajo, a lo cual, y adoptando un tono todavía más reservado, el judío dijo disponer de ciertas informaciones relativas a las carreras que se celebraban en el hipódromo de Nueva Orleans. Los soplos, al parecer, venían de un capitán de policía del distrito, hombre relacionado con el gremio de criadores de caballos, a quien Goldberg había sacado en cierta ocasión de un aprieto. Duane se percató del asunto en el acto; pero a Jurgis hubo que explicarle en detalle, antes de que se hiciese cargo de lo excepcional del ofrecimiento, cómo funcionaba el mundo de las carreras hípicas y su aparato de apuestas.

Estaba, en primer lugar, el formidable Trust Hípico, que tenía comprados en pleno los cuerpos legislativos de todos aquellos Estados de la Unión donde desarrollaba actividades. El trust poseía, incluso, varios rotativos de importancia, lo cual le daba acceso a la opinión pública; y no había en el país fuerza capaz de oponérsele, como no fuese, quizás, otro consorcio: el que controlaba los salones de apuestas. El Trust había construido por todo el territorio de la nación hipódromos magníficos a los que atraía, mediante la creación de premios espectaculares, a grandes masas de espectadores de las que más tarde, y merced a una modalidad de juego que en nada se diferenciaba de la estafa, extraía anualmente centenares de millones de dólares. Las carreras de caballos, que en épocas habían constituido un deporte, no eran más que un negocio. Los animales podían ser controlados por medio de los más diversos trucos: algunos sometidos al efecto de las drogas, otros eran viciados por distintos procedimientos, como, por ejemplo, adiestrándolos más, o bien menos, de lo necesario, o, incluso, provocándoles una caída en plena competición y en el momento que más conviniese, para lo cual bastaba con que el jinete les trabase la marcha con la fusta, una maniobra que, vista de lejos, los espectadores interpretaban como un supremo esfuerzo por conservar la delantera. Había infinitas tretas de esa clase a las que unas veces recurrían los propios criadores, obteniendo, de ese

modo, auténticas fortunas, o bien eran empleadas por *jockeys* y domadores, o, finalmente, por personas ajenas al medio hípico, que ocasionalmente intervenían con sobornos; pero, en la mayoría de los casos, era el Trust quien amañaba las carreras. En aquel momento, sin ir más lejos, estaba celebrándose en Nueva Orleans la temporada hípica de invierno: uno de los del gremio anticipaba diariamente a sus agentes de las ciudades norteñas el programa y resultados, con el fin de que decantasen de la forma más propicia el juego de los salones de apuestas. Los avisos se recibían por teléfono, y en cifra, momentos antes de que se celebrase la carrera dada, y cualquiera que tuviese acceso a esas informaciones podía dar por hecha su fortuna.

El judío dijo a Jurgis que, en caso de desconfiar, podía hacerle una demostración. Propuso, entonces, que se encontraran a la mañana siguiente en un determinado salón de juego donde podían llevar a cabo el ensayo. Tanto Jurgis como Duane se mostraron de acuerdo y, a la hora convenida, hicieron su aparición en un local de categoría frecuentado por promotores y comerciantes —amén de no pocas damas de la alta sociedad, éstas instaladas en un reservado— que llevaban a cabo sus apuestas. Jurgis y Duane compraron sendos billetes de diez dólares a favor de un caballo llamado «Black Beldame». El premio era seis veces el valor de la apuesta y lo ganaron. Por una fórmula semejante valía la pena propinar cuantas palizas hiciera falta. Pero, al día siguiente, Goldberg les hizo saber que su tahúr, enterado de lo que se le avecinaba, había abandonado la ciudad.

El negocio, desde luego, tenía sus altibajos, y hasta en la cárcel permitía vivir a los que no habían conseguido mejor suerte fuera de ella. Por otra parte, se habían convocado elecciones para comienzos de abril, lo que significaba un período de prosperidad para cuantos regentaban el mundo del crimen. En su deambular por toda clase de antros, garitos y burdeles, Jurgis había trabado relación con lugartenientes de los políticos de ambos partidos y sus conversaciones le instruyeron acerca de los entresijos del combate electoral, proporcionándole, al mismo tiempo, una serie de ideas en cuanto a las múltiples posibilidades de emplearse con aquella gente tan pronto se avecinasen las elecciones. Como Buck Halloran pertenecía al Partido Demócrata, Jurgis adoptó su filiación política.

La actitud del irlandés, sin embargo, distaba mucho de ser revanchista. Los republicanos eran, para él, gente hecha de buena pasta que, sin duda alguna, se saldrían con un buen montón de dólares de la próxima campaña. Por Halloran supo Jurgis que en las últimas elecciones los republicanos habían pagado cuatro dólares contra los tres que ofrecían los demócratas por un voto. Y por un amigo del irlandés se enteró, en el curso de una timba a la que Jurgis había sido invitado, que una vez Halloran había recibido el encargo de conseguir el voto de una «partida» de treinta y siete italianos recién llegados al país. El que contaba la historia se había encontrado con él representante republicano —ansioso, a su vez, de conseguir el lote—; finalmente, entre los tres habían convenido repartirse equitativamente los votos de los italianos —que compraron a razón de una caña de cerveza por barba— y embolsarse el saldo de la operación.

No mucho tiempo después de esta conversación, algo cansado de los riesgos y vicisitudes del oficio, Jurgis decidió meterse en política. En esa época la atmósfera ciudadana bullía a causa de un escándalo que, aireado por los reformadores, estaba alcanzando proporciones gigantescas: el pacto de connivencia existente entre la policía y el mundo del hampa. Habían sacado a la luz pública algunos documentos y habían logrado que los peces gordos se vieran obligados a intervenir. Era lo que se llama «un canal paralelo» y, al estar sus réditos enteramente en manos de la policía, las actividades delictivas en nada beneficiaban a los magnates empresariales que, si bien veían con buenos ojos —porque esto presenta a la ciudad una imagen atractiva— que Chicago practicase el juego y se entregara sin recato al libertinaje, no aprobaban de la misma manera los atracos y los robos. Así las cosas, quiso la suerte que cierta noche, cuando se dedicaba a forzar la caja fuerte de una tienda de prendas de vestir, Jack Duane fuese sorprendido in fraganti por el vigilante del establecimiento, quien lo puso en manos de la policía. Ocurrió entonces que el agente, que resultaba conocer bien a Duane, le permitió escapar, asumiendo él todas las responsabilidades. El hecho provocó inmediatamente tal arremetida por parte de la prensa que no hubo más remedio que decretar la caza y captura de Duane, quien tuvo el tiempo justo para abandonar la ciudad.

Coincidiendo con estos hechos, a Jurgis le presentaron a un individuo apellidado Harper en quien reconoció al guarda nocturno que había velado por su naturalización como americano cuando, en su primer año de estancia en el país, trabajaba en el matadero Smith's.

A pesar de despertar su interés, el hombre no recordaba a Jurgis y alegó, en su descargo, que eran muchos los «principiantes» a quienes había tenido que atender en aquella época. La charla, que tenía lugar en una sala de baile, se prolongó hasta la madrugada, y en su transcurso Harper, Halloran y Jurgis evocaron peripecias e intercambiaron impresiones. Luego su invitado les refirió una larga historia acerca de una reyerta que había con el encargado de su departamento, a resultas de la cual había descendido a simple peón, además, de buen sindicalista. Sólo al cabo de algunos meses llegó Jurgis a darse cuenta de que la pelea a que Harper se había referido no era sino un truco previamente amañado por la dirección de la fábrica, a partir del cual el antiguo guarda recibía ahora un salario de veinte dólares semanales por procurar a los conserveros información concerniente a las sesiones secretas que celebraba el sindicato. Los mataderos, manifestaba Harper asumiendo su falsa identidad de sindicalista, eran un hervidero de actividades reivindicativas. La población obrera de Packingtown había agotado su capacidad de sufrimiento y era muy probable que en las próximas semanas se decretase una huelga.

A resultas de este encuentro, Harper hizo indagaciones acerca de Jurgis y, al cabo de un par de días, volvió con una oferta interesante. El hombre creía —aunque no tenía de ello certeza absoluta— estar en condiciones de procurarle salario fijo y un puesto de trabajo en Packingtown siempre y cuando estuviera dispuesto a hacer lo que se le mandara y supiese tener callada la boca. Harper, al que todos conocían por el sobrenombre de «Bush», era uno de los hombres de confianza de Tom Cassidy, el cacique demócrata del distrito de los mataderos, a quien la proximidad de las elecciones había creado una singular disyuntiva. Le habían propuesto a Cassidy designar para la candidatura del distrito al acaudalado propietario de unas destilerías, un judío domiciliado en una elegante avenida que bordeaba la zona. El individuo en cuestión, que suspiraba por la placa de concejal y el título de

«honorable» a que el cargo da derecho, carecía por completo de talento, pero era inofensivo y estaba dispuesto a financiar la campaña con inusitada generosidad. Tras aceptar la propuesta, Cassidy había salido al encuentro de los republicanos para formularles, a su vez, un ofrecimiento. Poco seguro de poder manejar a su antojo al judío y menos dispuesto todavía a correr riesgos en su demarcación, propuso a los republicanos que designasen por su parte a cierto amigo de Cassidy, que a la sazón trabajaba en un boliche instalado en los sótanos de una taberna de la avenida Ashland donde disponía los bolos para las partidas. Utilizando el dinero del judío, Cassidy conseguiría que el hombre saliera elegido y los republicanos podrían apuntarse el triunfo, que era más de lo que iban a obtener por otros medios. Los republicanos se habían avenido inmediatamente al trato, pero lo malo del caso era, según Harper, que ese partido estaba integrado por necios —había que serlo, y mucho, para formar parte de él en un distrito como el de los mataderos, donde Cassidy era el rey— que lo ignoraban todo acerca del trabajo electoral. Por otra parte, y como era de imaginar, no se les podía pedir a los trabajadores demócratas, los nobles miembros de la Liga del Grito de Guerra, que prestasen su apoyo a los republicanos. El obstáculo que todo ello planteaba no hubiese parecido tan insalvable a no ser por una contingencia surgida en el curso de los últimos dos años en el horizonte político de los mataderos: la aparición de un nuevo partido, el Socialista, con lo cual se había organizado, según palabras de «Bush» Harper, un lío de todos los demonios. La mención de la palabra «socialista» no despertaba en la mente de Jurgis otra imagen que la del infeliz de Tamoszius Kuszlejka que, invocando esa filiación política, y acompañado de un par de correligionarios, solía, las noches de los sábados, plantar en cualquier esquina un cajón de madera, encaramado en el cual peroraba hasta quedar afónico. Tamoszius había intentado explicar a Jurgis la esencia del socialismo, pero Jurgis, acaso por carecer de imaginación suficiente, nunca había llegado a asimilarlo del todo, por que aceptó ahora como válida la explicación de Harper, conforme a la cual los socialistas eran los enemigos de las instituciones americanas y, aparte de eso, no se les podía ni amedrentar ni comprar, tampoco se acomodaban a componendas o

pactos de ninguna clase. Cada vez que se intentaba algo de esa clase, ellos contestaban con un comunicado insolente, lo imprimían y lo hacían circular entre los trabajadores. Tom Cassidy sentía una honda preocupación ante las oportunidades que su pacto secreto con los republicanos ofrecía a los socialistas. Por una parte, la sola idea de verse representado por un candidato capitalista y enriquecido soliviantaba al electorado demócrata de los mataderos y, por otra, se temía que, forzados a elegir entre un agitador socialista y un republicano holgazán, se decantasen por el primero. Ese estado de cosas —explicó Harper— era precisamente el que podía dar a Jurgis la ocasión de situarse. Con su pasado de obrero en los mataderos, le explicó «Bush» Harper, y habiendo sido, también, miembro de un sindicato, por fuerza había de contar con centenares de conocidos ante los cuales, por no haber intervenido anteriormente en política, podía ahora presentarse como defensor de la causa republicana sin que ello suscitara la menor sospecha. Una persona capaz de desempeñar satisfactoriamente ese cometido tendría a su disposición enormes cantidades de dinero y, además, el apoyo de Tom Cassidy, de quien jamás se podría decir que hubiese dejado a un amigo en la estacada.

Cuando Jurgis, todavía algo desconcertado, quiso saber en qué consistiría su labor, Harper pasó a los detalles. En primer lugar, habría de emplearse en los mataderos, cosa que, por poco que le sedujera, no dejaría de proporcionarle un salario que añadir a lo que ganase por otras vías. A continuación, volvería a desarrollar su activo papel de antaño en el seno del sindicato, tratando, a poco que resultase posible, obtener, como el propio Harper lo había hecho, un cargo en la organización. Entretanto, aleccionaría a sus compañeros de trabajo acerca de las virtudes de Doyle, el candidato republicano, y de los defectos del judío de las destilerías. Con posterioridad, y en los locales que Cassidy aportaría al efecto, Jurgis iniciaría un movimiento que tanto podía llamarse «Asociación de Jóvenes Republicanos» como cualquier otra cosa similar, al que no habían de faltar abundantes provisiones de la excelente cerveza del judío ni, tampoco, fuegos de artificio y oradores como los que exhibía la Liga del Grito de Guerra. Jurgis, a buen seguro, contaba con cientos de amigos y conocidos que correrían encantados a disfrutar de semejantes diversiones. Tampoco había que olvidar la

ayuda procedente de los líderes y los obreros que regularmente participaban en el Partido Republicano, con todo lo cual el día de las elecciones la victoria quedaría asegurada por un margen suficientemente amplio.

Tras escuchar las directrices de Harper, Jurgis le preguntó:

—Pero ¿cómo conseguir empleo en Packingtown estando, como estoy, en la lista negra?

A esto, «Bush» Harper rompió a reír.

—Deja eso de mi cuenta, que no te defraudaré.

Con lo cual Jurgis replicó:

—En tal caso, trato hecho. Soy su hombre.

Así es como se produjo el regreso de Jurgis a los mataderos y su subsiguiente presentación al rector político del distrito, el hombre que dictaba órdenes al propio alcalde de Chicago: Tom Cassidy, propietario —por mucho que Jurgis ignorase ese extremo— de las ladrillerías de Packingtown, de su vertedero, y hasta de las ciénagas de donde obtenía hielo en invierno; de donde habían surgido los gérmenes que habían acabado con la vida del pequeño Sebastijonas. Cassidy era el responsable de que la calle donde el hijo de Jurgis había muerto ahogado no estuviese pavimentada; era quien había puesto sobre el estrado al juez que dictó su primera sentencia de cárcel; y quien poseía la mayor parte de las acciones de la sociedad que, tras vender a la familia una casa inhabitable, se la había arrebatado. Pero Jurgis ignoraba todo esto, como ignoraba el hecho de que Cassidy no fuese sino un instrumento, una marioneta manejada a voluntad por los empresarios. No: para él Cassidy era una potencia, el más poderoso de los hombres que había conocido.

Cuando lo tuvo delante se encontró con un irlandés de manos temblorosas, pequeño y consumido: él se había convertido a sí mismo en un capitoste de la política de Chicago, así como en un millonario, pero su salud se había resentido durante ese tiempo. Después de cambiar con él algunas palabras, comenzó a estudiarle con ojos que recordaban los de una rata. Al cabo, cuando se hubo formado una opinión de Jurgis, le entregó un escrito dirigido a un tal Mr. Harmon, que ocupaba un alto cargo directivo de Anderson's.

La nota rezaba como sigue:

El portador de la presente, Jurgis Rudkos, es persona cuya

> amistad me honra y a la que, por razones de peso, me gustaría encontrara una buena ocupación. El señor Rudkos cometió en cierta ocasión un acto irreflexivo que espero que no tenga en cuenta.

Al leer esas últimas palabras, Mr. Harmon alzó una mirada inquisitiva:

—¿Qué quiere decir con lo de «un acto irreflexivo»?

—Es que estoy en la lista negra —le respondió Jurgis.

Harmon arrugó la frente.

—¿En la lista negra? —dijo—. ¿A qué te refieres?

Jurgis se sonrojó de pura confusión. Había olvidado que no existían listas negras.

—Bien… verá… —comenzó con un balbuceo—, quiero decir que no me ha sido fácil encontrar trabajo.

—Y eso ¿por qué?

—Tuve una reyerta con un encargado que, por cierto, no era mi capataz, y le golpeé.

—Entiendo —dijo el otro, iniciando una breve reflexión—. ¿Qué clase de trabajo le gustaría hacer? —preguntó luego.

—Cualquiera —respondió Jurgis—, pero el pasado invierno me rompí un brazo y debo andar con cuidado.

—¿Qué me dice un puesto de guarda de noche?

—No es el puesto que ando buscando. Por la noche tengo que estar entre mis compañeros.

—Ya veo: actividad política. En fin, ¿le interesaría trabajar preparando canales de cerdo?

—Sí, señor, me interesaría.

A lo cual Mr. Harmon llamó a un vigilante y le dijo:

—Acompañe a este hombre al departamento de Pat Murphy y dígale que lo acomode como sea.

Y así fue como hizo Jurgis su entrada, vivo y airoso el paso, en la nave destinada al sacrificio del ganado porcino, lugar que en días ya lejanos había frecuentado para implorar trabajo. Y hasta sonrió para sus adentros, al ver la expresión ceñuda del capataz cuando le dijo el guarda:

—Mr. Harmon quiere que metas a este hombre en tu equipo.

La orden significaba saturar de gente el departamento y dar al traste con los planes de producción que pudiera contemplar el

capataz, el cual, sin embargo, se limitó a responder:

—Está bien.

Y, a partir de ese momento, convertido, una vez más, en operario de los mataderos, Jurgis salió al encuentro de sus amigos de antaño, se reincorporó al sindicato y se puso manos a la obra a popularizar a «Scotty» Doyle, el futuro candidato republicano, del que dijo para empezar, que le había tendido la mano en un momento de apuro y que era un tipo fantástico. Más adelante añadió que Doyle era un trabajador como todos ellos y que sabría defender la causa obrera. ¿Por qué iban a votar a un judío cargado de millones? ¿Y qué demonios había hecho Cassidy en toda su vida por ellos para que andasen respaldando continuamente a sus candidatos? A todo ello, Jurgis se presentó ante el líder republicano del distrito con una nota firmada por Cassidy y conoció al equipo con el cual iba a colaborar. Gracias al dinero del judío, los republicanos habían alquilado ya un espacioso salón de actos que se convirtió en sede de la «Asociación Republicana Doyle», a la que noche tras noche Jurgis atraía un nuevo grupo de simpatizantes, nunca menos de una docena.

Poco tiempo después, la asociación celebraba su sesión inaugural, un acto que se vio aderezado por la intervención de una charanga, que recorrió las calles con su música, y por la quema de cohetes y otros fuegos de artificio ante la fachada del salón de actos, que aparecía engalanada con linternas rojas. Los dos mítines concertados atrajeron a una enorme multitud ante la cual, por haberse fusionado de hecho las dos convocatorias, el trémulo candidato hubo de repetir tres veces, demudado el semblante, un breve discurso, apañado por uno de los satélites de Cassidy, que el candidato había tardado un mes en aprender de memoria. Lo mejor de la velada, sin embargo, fue la arenga del celebrado y elocuente senador Spareshanks, candidato a la presidencia de la nación, que llegó en su automóvil para disertar acerca de las prerrogativas inestimables que el obrero americano había de ver en su ciudadanía, en su prosperidad y en sus derechos. Sus inspiradas palabras merecieron, en todos los diarios matutinos, menciones de hasta media columna donde, además, se ponía de manifiesto que la inesperada popularidad conseguida por Doyle, el candidato que los republicanos presentaban para la concejalía, estaba causando, según

se había sabido en medios dignos de todo crédito, una profunda inquietud a Mr. Cassidy, actual presidente del Comité Democrático Municipal.

La preocupación del presidente se había visto redoblada ante la descomunal procesión en que, tocados con gorras y sombreros rojos y portando antorchas encendidas, participó la concurrencia para poner fin a un acto en el que la cerveza —la mejor que se hubiera ofrecido nunca con motivo de una convención cívica, según unánime reconocimiento del electorado— había corrido en abundancia y gratis para todo el mundo. Tanto en esa ocasión como en las incontables reuniones que se celebraron al aire libre, Jurgis mostró una actividad infatigable. Su trabajo no consistió en pronunciar discursos —para eso contaban con jurisprudentes y otras personas de experiencia—, sino en organizar los actos con distintas iniciativas: distribuyendo anuncios, fijando pasquines en las paredes y estimulando al público para que asistiera; luego, iniciados ya los actos, se encargaba de los fuegos de artificio y atendía al abastecimiento de cerveza. Esto hizo que por sus manos pasaran durante la campaña muchos cientos de dólares sacados al judío de las destilerías, fondos que Jurgis administraba con un candor y una honradez que llegaban al alma. Con todo, y cuando la operación tocaba ya a su fin, se enteró de que el resto de sus colegas alentaban hacia él sentimientos adversos porque, con su probidad, Jurgis les forzaba a elegir entre restar lucimiento a los actos que ellos protagonizaban o renunciar, como él, a una parte de la tarta. Al tener noticia de ello, Jurgis hizo cuanto estuvo en su mano para contentar a los «muchachos» y, al mismo tiempo, resarcirse del tiempo que había perdido hasta comprender que con los fondos de la campaña podía adoptarse una actitud más liberal.

Si todos quedaron satisfechos, Tom Cassidy no quedó a la zaga, porque el día de las elecciones Jurgis se puso en brega a las cuatro de la mañana, listo para «reclutar votos». Al pescante de un coche tirado por dos caballos recorrió, uno por uno, los domicilios de sus amigos para escoltarlos hasta el colegio electoral. Tras haber votado seis veces por su parte, consiguió otro tanto de muchas de sus amistades. Luego corrió a embarcar en el carruaje a numerosos contingentes de lituanos, polacos, bohemios y eslovacos que figuraban entre las últimas hornadas de la inmigración extranjera.

Después de empujarlos hasta las urnas, Jurgis los ponía en manos de un segundo agente, encargado de repetir la operación, y continuaba la marcha. Cuando Jurgis hubo terminado su trabajo, el presidente del colegio le dio cien dólares, provisión que Jurgis renovó tres veces en el transcurso del día, pero no pudo conservar en sus bolsillos más de veinticinco en cada ocasión. La suma restante la aplicó íntegramente a la compra de votos. Ese día se produjeron importantes cambios de opinión en el que los demócratas salieron perdiendo, ya que presenciaron la elección de «Scotty» Doyle por una mayoría relativa de casi mil puntos. El resto de la jornada, desde las cinco de la tarde hasta las tres de la madrugada siguiente, Jurgis no se dedicó a otra cosa que a beber sórdidamente y sin tino, hasta pescar una cogorza de las que hacen historia. Ese impulso, sin embargo, fue compartido por la casi totalidad de los habitantes de Packingtown, incapaces de contener su gozo por el hecho de que la voluntad popular hubiese triunfado arrolladoramente: un plutócrata jactancioso había sido derrotado por el pueblo llano.

CAPÍTULO XXVII

Después de las elecciones Jurgis permaneció en Packingtown y mantuvo su puesto de trabajo. Persistiendo el clamor que había despertado la connivencia policial con el mundo del hampa, le pareció lo más prudente moderar, de momento, sus ambiciones. Los casi trescientos dólares que había acumulado en el banco, le daban, sin duda, derecho a un descanso; pero, siendo el suyo un empleo muy llevadero, el propio hábito le mantuvo en él, tal vez influido por el consejo de Tom Cassidy que, cuando Jurgis le consultó al respecto, le había advertido que en breve podían surgir «acontecimientos».

Buscó, alojamiento en una casa de huéspedes que habitaba un grupo de amigos de su agrado. Las pesquisas daban cuenta de que Elzbieta se había trasladado con los suyos al centro de la ciudad y eso bastó para que Jurgis no volviese a acordarse de la familia. Sus nuevos amigos eran hombres jóvenes, solteros, amantes de la vida disipada. Él había desechado hace tiempo sus ropas de la fábrica de abonos y llevaba, desde su ingreso en la política, cuello blanco que cerraba con una grasienta corbata roja. Ahora daba más importancia a su vestido, cosa perfectamente factible con los once dólares semanales que obtenía de su trabajo, dos tercios de los cuales podía dedicar a sus gustos manteniendo sus ahorros siempre intactos.

Algunas veces se trasladaba a la ciudad en compañía de un grupo de amigos y juntos recorrían teatros de atracciones, *music-halls* y otros locales de parecida índole que formaban parte de su itinerario habitual. En Packingtown, por otra parte, había muchas

tabernas donde se jugaba y algunas boleras, alicientes para pasar la velada por poco dinero. Los dados y las cartas tenían, sin embargo, sus reveses. Cierto sábado Jurgis se enzarzó, ya de noche, en una partida que le produjo ganancias prodigiosas y que no dejó, por ser hombre de temperamento, hasta muy avanzada la tarde del domingo; para entonces llevaba perdidos cerca de veinte dólares.

Las veladas del sábado también solían dar lugar en Packingtown a una serie de bailes públicos adonde los hombres acudían cada uno con su pareja y pagaban medio dólar por la entrada y varios más, en concepto de consumiciones, a lo largo de la fiesta, que se prolongaba hasta la madrugada si ninguna pelea la interrumpía. Y durante todo ese tiempo, aturdidas por la sensualidad y el alcohol, las parejas no cesaban de bailar, el mismo hombre siempre con la misma mujer. Lo que sucedía en cuanto salían es mejor dejarlo a la imaginación que describirlo.

Jurgis no tardó en descubrir a qué se refería Cassidy al hablar de «acontecimientos». El convenio existente entre los empresarios y los sindicatos expiraba en mayo y en ese momento habrían de suscribir uno nuevo. Y, con el inicio de las negociaciones, en los mataderos no se hablaba más que de huelga. Los baremos anteriormente aprobados sólo beneficiaban a los obreros con categoría de oficial, mientras que los afiliados al Sindicato de Carniceros eran, en sus casi dos terceras partes, peones sin especialización. En Chicago, la mayoría del peonaje venía percibiendo dieciocho centavos y medio por hora de trabajo, y los sindicatos aspiraban a fijar en esa cifra el patrón salarial del año venidero. El salario resultante no era, ni mucho menos, lo espléndido que parecía. Con motivo de las negociaciones, el cuerpo administrativo del sindicato había estudiado la distribución de una nómina de diez mil dólares que mostraba, como más alto, un salario semanal de catorce dólares; como mínimo, otro de dos dólares con cinco centavos y; como media, seis dólares con sesenta y cinco centavos. Eso significaba que cada hombre estaba cobrando realmente por seis horas de trabajo diario. No obstante seis dólares con sesenta y cinco no era una cantidad que se pudiera considerar generosa, menos aún aplicada a la manutención de una familia. Los patronos podían pagar eso holgadamente, teniendo en cuenta que en el curso de los últimos cinco años el precio de la carne manipulada se había

incrementado en casi el cincuenta por ciento, mientras que el de los canales había descendido otro tanto. Pero los empresarios se mostraban contrarios a la mejora y rehusaban satisfacer las exigencias sindicales, en prueba de lo cual redujeron unánimemente a dieciséis centavos y medio por hora, cuando el convenio llevaba una o dos semanas expirado, el salario de no menos de mil obreros; mientras se aseguraba haber oído decir al viejo Morton, puñetazo en la mesa mediante y jurando por Dios, que no cejaría hasta verlo situado en quince centavos. En esa época había en el país un millón y medio de parados, de ellos cien mil sólo en la ciudad de Chicago; cada mañana había miles de hombres aguardando en las puertas de las fábricas y con sólo poner un anuncio en el periódico acudirían cien mil al día siguiente: todos ellos estarían encantados de trabajar por quince centavos la hora. Ante semejante estado de cosas, ¿iban los empresarios a consentir que los siervos del sindicato les dictasen órdenes y les impusieran un contrato que les ocasionaba la pérdida de varios miles de dólares diarios durante el transcurso de un año? ¡Ni en broma!

Jurgis había escuchado una y otra vez el punto de vista de los trabajadores en los mítines a los que había acudido. Varios de esos hombres habían trabajado en Packingtown durante treinta años: ellos habían levantado el negocio, afirmaban, y tenían derecho a que se les tuviera en cuenta y a poder vivir decentemente con su trabajo. Dado que, por el momento, los empresarios no estaban dispuestos a concedérselo, era el momento de conseguirlo por sus propios medios. Habían peleado y se habían sacrificado durante cuatro años para formar los sindicatos, acosados por el odio y perseguidos. Ahora había que ponerlos a funcionar, que para eso estaban. Sus enemigos no descansaban en su labor de destrucción de los trabajadores: mantenían salarios de hambre porque empleaban a demasiados trabajadores en un mismo puesto, echando a la calle a los viejos y tomando jóvenes para enseñarles el oficio. Un sindicato en esas condiciones era como un cubo con un agujero en el fondo: no podía ser que cada uno fuera a lo suyo. Si no podían mejorar sus condiciones: los trabajadores cualificados irían a la huelga junto a los no cualificados, todos juntos.

Todo esto ocurría en junio y, poco tiempo después, el tema fue sometido a referéndum en los sindicatos. El resultado fue la

decisión de ir a la huelga, respaldada en todas las ciudades del país en donde la actividad conservera revestía alguna importancia. La prensa, y con ella la opinión pública, no tardaron en reaccionar ante las perspectivas de una carestía de la carne. Aquello fue una tempestad y todo el mundo se puso a hablar de «los derechos supremos de la población». Cada año la gente de Packingtown se había matado a trabajar y esa población jamás les había dedicado un minuto ni un pensamiento, ni a sus derechos ni a sus quebrantos. Sólo ahora, cuando estaban furiosos y peleando por sus derechos, la población descubría su existencia y lo único que hacía era clamar contra ellos y denunciar su carácter rebelde y su osadía.

Las llamadas al buen sentido se multiplicaron por doquier, pero los empresarios no se mostraban dispuestos a claudicar y no cesaban, entretanto, de reducir salarios y cancelar compras de reses mientras se aprovisionaban de colchones y catres que llevaban en camiones a sus establecimientos. La fiebre iba así en aumento, hasta que una noche la sede central de los sindicatos emitió telegramas a todos los grandes centros conserveros, desde Saint Paul hasta South Omaha y desde Sioux City a Saint Joseph, pasando por Saint Louis y Kansas City hasta llegar a Nueva York, y al día siguiente, al filo de las doce, un contingente de obreros, cuyo número estaba entre cincuenta y sesenta mil, abandonó, tras retirar sus equipos de trabajo, las fábricas. La temida huelga de carniceros había comenzado.

Después de despachar su cena, Jurgis se fue a visitar a Tom Cassidy, que habitaba una casa de espléndida construcción en una calle de pavimento e iluminación impecables, uno y otra realizados en su solo y exclusivo beneficio. Cassidy, que vivía ahora en régimen de retiro parcial, daba la impresión de estar nervioso y preocupado.

—¿Qué quieres? —preguntó abruptamente al ver a Jurgis.

—He pensado que tal vez podría usted conseguirme alguna ocupación para el tiempo que dure la huelga —respondió él.

Cassidy frunció el ceño y dedicó a Jurgis una larga mirada escrutadora. En los diarios de la mañana Jurgis había leído la denuncia que hacía Cassidy de los conserveros, a los que atacaba diciendo que, a menos que diesen mejor trato a los obreros, verían sus fábricas clausuradas por el municipio. No fue poca, pues, la

sorpresa que experimentó al oírle decir de pronto:

—Y, vamos a ver, Rudkos, ¿por qué no continúas con tu trabajo de ahora?

—¿Que trabaje como esquirol? —exclamó el otro—. ¿Es eso lo que me propone?

—¿Y por qué no? —persistió Cassidy—. ¿Qué te va a ti en todo eso?

—Pero es que… pero… —balbució Jurgis que, por algún motivo, se creía obligado a respaldar la iniciativa del sindicato.

—Los empresarios necesitan hombres capaces —continuó Cassidy—, y los necesitan con apremio, de modo que se mostraran generosos con quienes cierren filas a su lado. Así pues, ¿por qué no aprovechar una oportunidad que puede situarte para siempre?

—Pero —objetó Jurgis— ¿dónde deja eso mi colaboración en el terreno… político?

—En cualquier caso, en ese terreno, no me ibas a servir de nada —fue la brutal respuesta de Cassidy.

—¿Por qué? —quiso saber Jurgis.

—¡Joder con el chico! —exclamó el otro—. ¿Acaso has olvidado tu filiación republicana? ¿O es que crees que me voy a pasar la vida eligiendo candidatos de la oposición? El judío destilero ha descubierto el uso que hicimos de su patrocinio y pide cabezas.

Jurgis se había quedado mudo de asombro. Era la primera vez que consideraba ese aspecto de la cuestión.

—Podría hacerme demócrata, sin embargo —dijo, por fin.

—Claro que sí —respondió Cassidy—, pero no de la noche a la mañana. No es posible cambiar de tendencias políticas cada veinticuatro horas y, por otra parte, tampoco te necesito; no sabría en qué emplearte. Las próximas elecciones están aún muy lejanas; ¿qué ibas a hacer tú entretanto?

—Yo pensaba que podía contar contigo… —comenzó Jurgis.

—Por supuesto —le interrumpió el otro—. Yo nunca he dejado a un amigo en la estacada. Pero ¿consideras justo plantar el trabajo que te proporcioné y venir a solicitar uno nuevo? Más de cien tíos han llamado a mi puerta, sólo en el día de hoy. ¿Qué puedo hacer yo ante eso? En lo que llevamos de semana he metido a diecisiete, como barrenderos, en la nómina del municipio. Pero ¿crees que puedo hacer lo mismo indefinidamente? A otro no podría hablarle

como te hablo a ti, que conoces ciertas interioridades lo suficiente como para darte cuenta de las cosas. Mi sinceridad no sería… bien vista. A ti, sin embargo, puedo preguntarte: ¿en qué te beneficia esta huelga?

—No me he detenido a pensarlo —respondió Jurgis.

—Eso es, exactamente, lo que ocurre —continuó Cassidy—. Pero no estaría de más que reflexionaras. La huelga, puedes creerme, fracasará dentro de muy pocos días y los obreros se verán derrotados; pero a ti nadie podrá quitarte lo que hayas ganado entretanto. ¿Me explico?

Y se explicaba, en efecto. Convencido de ello, Jurgis regresó a los mataderos y se dirigió a su lugar de trabajo donde, asesorados por un capataz, un equipo de escribientes y taquígrafos que sumaban alrededor de la veintena, trataban torpemente de descuartizar y dejar lista para las cámaras frigoríficas la hilera de cerdos que los huelguistas habían abandonado a media labor.

Encaminándose resueltamente hacia el capataz, Jurgis le dijo:

—Yo me incorporo al trabajo, Mr. Murphy.

A éste se le iluminó el semblante.

—¡Bravo muchacho! —exclamó—. ¡La faena te espera!

—Un momento —dijo Jurgis antes de que el otro se entusiasmara excesivamente—. Creo que tengo derecho a un poco más de salario.

—Sí, claro está —admitió el capataz—. ¿Cuánto pides?

Jurgis, que había estado haciendo cábalas al respecto por el camino, cerró fuerte los puños y, espantado por lo que iba a decir, declaró:

—Creo que tres dólares diarios sería lo justo.

—Conforme —se apresuró a responder Mr. Murphy.

Y cuando descubrió, antes de concluir la jornada, que los taquígrafos y el restante personal de oficina estaban obteniendo por su colaboración cinco dólares por día, Jurgis sintió ganas de abofetearse a sí mismo.

He ahí cómo accedió Jurgis a la categoría de «héroe americano» del rector Eliot,[18] comparable, por sus virtudes cívicas, a los mártires de Lexington y de Valley Forge. El paralelismo, por supuesto, no llegaba a tanto, pero lo cierto es que, aparte de un generoso salario, Jurgis se vio gratificado con tres comidas diarias y

buena ropa, y recibió, además, un catre de muelles y un jergón donde pasar la noche. Su sosiego y seguridad personal estaban, también, garantizadas contra todo riesgo salvo, tal vez, los que pudiera buscar él mismo abandonando, inducido por el deseo de solazarse en la cerveza, el recinto de los mataderos. Pero ni aun en esas aventuras se veía privado de protección, pues un buen número de los turbios policías de Chicago habían recibido orden de abandonar la caza de criminales para consagrarse a la protección de los esquiroles. También los líderes sindicales habían alquilado caballos y carruajes, que apenas podían pagar, y se daban vueltas para constatar que se cumplían sus proclamas de «no violencia». Habían costeado, además, una pega de carteles por todo el distrito, en cinco idiomas, en los que advertían a los hombres que «no molestaran a las personas ni a las propiedades y de acatar las leyes del país. *Tu organización no te asistirá si te metes en problemas con la ley*».

Tanto la policía como los huelguistas alentaban el firme propósito de evitar la violencia. Ésta, sin embargo, atraía poderosamente la atención a un tercero en discordia: la prensa. Los periódicos de Chicago se dividían en dos bandos: aquellos que dependían de los peniques de la gente que los compraba, y cuyas ganancias dependían de las noticias sensacionalistas que pudieran inventarse, y aquellos que vivían de los millones de dólares que aportaban tanto la publicidad de los empresarios de la carne como de las asociaciones de empresarios de la ciudad, cuya meta era acabar con los sindicatos. Cuando a esto se añade que los editores de los periódicos no acudían a los lugares donde se producían las huelgas, sino que mandaban a los aprendices a cubrir las noticias, y les pagaban conforme a las páginas que fueran capaces de rellenar, no es difícil concluir que los habitantes de la ciudad, y de todo el país, iban a estar muy bien informados de los relatos de violencia que sucedían en los mataderos. Al término de su primera jornada de esquirol —sin precedente en su vida de obrero—, Jurgis salió temprano del trabajo y por pura chulería desafió a tres de sus compañeros a acompañarle y tomar con él un trago fuera del recinto. El reto fue aceptado y los cuatro salieron de los mataderos por la puerta de Halsted street, donde montaban guardia cierto número de policías y también algunos piquetes de huelguistas, éstos

bien atentos a cuantos franqueaban la verja en uno y otro sentido. Jurgis y sus compañeros habían ya avanzado por Halsted street hasta más allá del hotel cuando, cruzando inopinadamente la calle, se les enfrentó un grupo compuesto por media docena de hombres que comenzaron a increparles. Y, dado que sus razonamientos no fueron interpretados como ellos esperaban, se pasó de las palabras a las amenazas y, en esto, uno de los huelguistas hizo volar por el aire un sombrero perteneciente a alguno de los esquiroles, y la prenda cayó tras una tapia. El propietario del sombrero, entonces, echó a correr con ánimo de recuperarlo, y ahí, a un grito de «¡A por el esquirol!», de varias tabernas y portales salió como una docena de hombres, todos corriendo hacia el grupo, y así fue que otro de sus acompañantes, fallándole el coraje, emprendió también la huida. Jurgis y el último de sus compañeros se quedaron lo bastante para cambiar, muy a su gusto, unos cuantos golpes y, luego, como los otros dos, apretaron los talones hasta dejar atrás el hotel y ganar nuevamente la seguridad de los mataderos. A todo esto los policías comenzaban a acudir a la carrera, y uno de ellos, viendo que se espesaba la muchedumbre, mandó aviso a la fuerza contra disturbios. Jurgis, que permanecía ajeno a todo esto, había encaminado sus pasos a la calzada interior que, por atravesar el recinto de los mataderos, recibe el nombre de Packer's Avenues, y allí, frente a la Portería Central, encontró a uno de sus camaradas que, apurado casi el aliento y presa de una agitación extraordinaria, se dedicaba a explicar a una muchedumbre cada vez más nutrida, cómo él y tres de sus amigos se habían visto acorralados y atacados por una horda de gente enfurecida que por poco los despedaza: los ladrillos volaban y aparecían las navajas y los revólveres. El que hablaba había logrado escapar gracias a sus puños, pero sus compañeros habían caído y habían sido asesinados. La policía había cargado con sus porras y etcétera. Jurgis escuchaba todo eso con una sonrisa cínica en los labios al tiempo que varios de los espectadores, todos jóvenes y bien vestidos, empezaban a tomar notas en unas libretas, y no habían transcurrido dos horas de esto cuando vio correr por los alrededores chiquillos cargados con brazadas de periódicos en cuyas primeras páginas podía leerse, con enormes titulares en rojo y negro, con letras de seis pulgadas de

altura:

> ¡VIOLENCIA EN LOS MATADEROS! ¡ESQUIROLES ACORRALADOS POR UNA MUCHEDUMBRE ENLOQUECIDA!

De haber tenido acceso a todos los rotativos del país, a la mañana siguiente Jurgis hubiera descubierto que sus peripecias de libador de cerveza servían de lectura a no menos de cuarenta millones de ciudadanos y motivaban editoriales en la mitad de los diarios financieros de la nación, conocidos por su sobriedad informativa y su templanza, en los que advertían a los líderes sindicales que, mediante esa clase de estrategias, estaban perdiendo la credibilidad que la «opinión pública» les había concedido hasta entonces.

Y no sería ésta, por lo demás, la última vez que Jurgis viera fenómenos semejantes. Pero aquel día, concluida ya su jornada, era libre de despedirla en el centro de la ciudad, adonde podía trasladarse a bordo de los trenes que cubrían el trayecto desde los mataderos sin detenerse en las estaciones intermedias, o bien de pasar la noche en una nave del recinto donde se habían dispuesto largas filas de catres. Optó Jurgis por la segunda alternativa, pero muy a su pesar, pues durante la noche no cesaron de llegar al dormitorio nuevos contingentes de esquiroles, especímenes del nuevo héroe americano entre los que predominaban, ante la imposibilidad de contratar en gran número auténticos profesionales, delincuentes y proscritos de las más variadas condiciones, todos gente del propio Chicago, y también abundaban los negros y lo más bajo de la inmigración extranjera: griegos, rumanos, sicilianos y eslovacos. Por la mañana Jurgis se encontró con varios que había conocido en Bridewell y en los tugurios y burdeles que había frecuentado junto a Jack Duane. Acudían atraídos, más que por los altos salarios, por las promesas de desorden. Con sus cantos y su alboroto hicieron de la noche una pesadilla, no accediendo a acostarse hasta que era ya hora de levantarse a trabajar.

A la mañana siguiente, y antes de que hubiera podido dar cuenta de su almuerzo, el capataz «Pat» Murphy, pidió a Jurgis que se entrevistase con uno de los directores de departamento y, cuando el hombre empezó a indagar acerca de su experiencia en el *killing floor*, a Jurgis le dio un vuelco el corazón al comprender, de pronto,

que su hora había llegado y que iban a convertirle en capataz.

Buen número de los capataces eran miembros del sindicato, y otros, sin serlo, se habían solidarizado con los obreros. Los empresarios habían hecho esfuerzos extraordinarios para mantenerlos: a un hombre, incluso, le habían ofrecido un extra de quinientos dólares y un contrato de cincuenta dólares por semana durante cinco años. Las naves de sacrificio eran, por ello, las que planteaban a los patronos el mayor problema. El adobo, el ahumado y el envasado de la carne podían ser pospuestos, y hasta cabía renunciar al aprovechamiento de los productos secundarios; sólo la provisión de carne fresca no admitía espera. Faltos de ella, hoteles, restaurantes y cantinas se verían en serios apuros, y eso desencadenaría imprevisiblemente las furias de «la opinión pública».

Era ésta una de aquellas oportunidades que no se presentan dos veces, y Jurgis la tomó al vuelo. Claro que conocía el trabajo, se apresuró a decir; lo conocía a la perfección y podía, además, enseñarlo a otros. Pero, en el supuesto que asumiese esa responsabilidad, lo haría con la certeza de conservar el puesto si su trabajo había sido satisfactorio. Y, finalizada la huelga, ¿no corría el riesgo de verse en la calle? A esto, el director del departamento le dio plenas seguridades de que Anderson's no defraudaría su confianza, tanto más así cuanto era intención de la empresa escarmentar a los sindicatos y, particularmente, a todos los capataces que habían secundado su iniciativa. Mientras durase la huelga, Jurgis percibiría un jornal de cinco dólares y, una vez concluido el conflicto, el sueldo sería de veinticinco dólares por semana.

En seguida, Jurgis fue provisto de un equipo de matarife —botas especiales y unos pantalones tejanos— y emprendió afanoso la tarea. No podía ser más deplorable el espectáculo que encontró en el *killing floor*, medio desvanecidos por el tórrido calor y el tufo de la sangre fresca, un hatajo de negros estúpidos y de extranjeros absolutamente incapaces de comprender lo que se les decía, se debatían, codo a codo con archiveros y oficinistas descoloridos y de pecho plano, entre un par de docenas de reses que trataban de aviar en el mismo sitio en que veinticuatro horas antes los antiguos

matarifes, trabajando con precisión maravillosa y a un ritmo de vértigo, habían despachado cuatrocientos canales cada sesenta minutos.

Los negros, y también los macarras de los muelles, se negaban a trabajar. A cada pocos minutos, so pretexto de tomar un respiro que los rehiciera, se retiraban de las naves y abandonaban la tarea. Dos días más tarde, Anderson and Co. instalaba en las naves ventiladores eléctricos que las refrescasen e incluso jergones destinados al descanso de los operarios que, mientras, pasaban a algún rincón umbrío donde echar un sueñecito. Y, como nadie tenía asignados puestos específicos, ni regía sistema de ninguna especie, pasaban horas antes de que los capataces se dieran cuenta de su ausencia. En cuanto a los empleados de oficina, los infelices hacían cuanto estaba en su mano por sacar adelante la labor. Lo cierto, sin embargo, es que actuaban por pura compulsión, ya que treinta de ellos, junto con una porción de mecanógrafas y auxiliares femeninos, se habían visto en la calle, ellos por negarse a realizar trabajos manuales y, las mujeres, por rehusar el puesto de ayudantes de carnicero.

Tal era el personal cuya organización habían confiado a Jurgis, el cual, no obstante, se esforzaba en la medida de sus posibilidades, recorriendo a la carrera los distintos departamentos, donde hacía formar en fila a los operarios para enseñarles los trucos del oficio. Era la primera vez que daba órdenes en su vida pero, como había obedecido tantas, no tardó en aprender el oficio de mandar e, imbuido de sus atributos, gritaba tanto y tan bien como cualquiera de los capataces veteranos. Sus discípulos, sin embargo, sabían poco de docilidad. «Mire usted, patrón, —le dijo un negro—, si mi trabajo no le gusta, ¿por qué no se busca a otro que se lo pinte más bonito? Es que yo no estoy aquí para aceptar órdenes de nadie». Y eso bastó para convocar en torno un grupo maledicente que, escuchando, mascullaba amenazas. Despachado el primer almuerzo, no quedó apenas un cuchillo en la cantina. Se los habían quedado los negros que, después de afilarlos y aguzarles la punta, se paseaban con ellos encima, escondidos en las botas.

Pronto descubrió Jurgis que era enteramente inútil buscar remedio a un caos semejante y se rindió a la evidencia. Desgañitarse a gritos no le conduciría a nada, como tampoco buscar

culpables si la piel o los intestinos de un animal eran desgraciados de una cuchillada. Tampoco resultaba práctico salir en busca de un operario que había olvidado reincorporarse a la labor, cuando sabía que compañeros iban a aprovechar su ausencia para quitarse de en medio. Al socaire de la huelga, todo pasaba, y los patronos, entretanto, iban pagando. Poco tiempo después advirtió Jurgis que a más de un espabilado la costumbre de las pausas para descansar le había hecho descubrir la posibilidad de inscribirse en otras empresas y ver multiplicados, de esa forma, los cinco dólares del jornal. La primera vez que sorprendió a uno de sus operarios haciéndolo, su reacción fue despedirle. Pero, dado que la cosa había ocurrido en un rincón apartado y el hombre le había tendido, con un guiño, un billete de diez dólares, Jurgis se limitó a aceptar el dinero. Bien pronto, como es de imaginar, cundió la idea entre los operarios y, con ella, los ingresos de Jurgis aumentaron sustancialmente.

Enfrentados a tal estado de cosas, los conserveros se daban por satisfechos con poder sacrificar las reses que se habían lisiado durante el transporte y los cerdos que habían contraído enfermedades. En el tránsito hacia los mataderos, que solía durar entre dos y tres días, no era extraño que, privados de agua y expuestos al calor, algunos cerdos muriesen víctimas del cólera. Esto no impedía que, tan pronto caía al suelo el animal apestado, y antes de que cesara de debatirse, ya que el cerdo es el animal más caníbal que existe, el resto se lanzaba a él, de modo que cuando, llegado a su destino, el vagón era abierto, de los animales enfermos no quedaba más que la osamenta. En tales casos no quedaba otro remedio que sacrificar inmediatamente al resto de la carga antes de que cundiese la infección y su carne se convirtiese en un reto inabordable incluso para los químicos de Packingtown. Lo mismo ocurría con las reses que, habiendo sido corneadas, llegaban agonizantes y con las que habían sufrido fracturas, y al desembarque mostraban huesos al desnudo después de haberse perforado la piel. El sacrificio, aunque fuera a costa de que tratantes, compradores y jefes de departamento se quitasen las chaquetas y lo emprendieran por cuenta propia, debía ser inmediato. Y, entretanto, los agentes de los conserveros se dedicaban a contratar, en los distantes estados sureños, cuadrillas

de negros a los que prometían jornales de cinco dólares amén de alojamiento y alimentación, pero sin mencionar para nada la existencia de una huelga. Sus contingentes empezaban ya a llegar a Chicago a bordo de trenes atestados a los que las compañías ferroviarias habían concedido tarifas especiales y prioridad de tránsito. Muchas ciudades pequeñas y grandes estaban aprovechando la oportunidad para aligerar de reclusos sus cárceles y presidios. En Detroit, por ejemplo, los magistrados concedían la libertad a cuantos presos prometieran abandonar el municipio antes de veinticuatro horas, responsabilidad que asumían eficientemente los agentes de los empresarios de la carne. También llegaban a la ciudad en ese mismo período vagones colmados de suministros con que acomodar a aquella gente. Hasta en la cerveza y en el whisky se había pensado, a fin de que no sintiesen la tentación de abandonar los mataderos ni por un instante. En Cincinnati contrataron a treinta muchachas, supuestamente requeridas para el embalaje de fruta, y, a su llegada, las pusieron a envasar carne en conserva y, luego, para dormir, les instalaron catres en un pasillo por donde los hombres transitaban libremente. A todo esto, y como el personal seguía afluyendo día y noche, escoltado incluso por la policía, hubo que habilitar, para su alojamiento, viejos almacenes, naves abandonadas y hasta antiguas cocheras, donde el hacinamiento era tan grande que los catres tocaban uno con otro. En ocasiones, un mismo local era utilizado indistintamente como comedor y dormitorio, y, entonces, los hombres tendían sus jergones sobre las mesas para escapar a las hordas de ratas.

Los patronos, a pesar de todos sus esfuerzos y de todas sus fanfarronadas en los periódicos, estaban desmoralizados. La huelga había llegado antes de lo que esperaban y no habían previsto en ningún momento el despliegue de fuerza que habían desarrollado los sindicatos. Algunos de ellos habían pensado que no habría huelga y que todo era un farol de los obreros. Con el noventa por ciento de sus plantillas en huelga, se enfrentaban al compromiso de rehacerlas por entero con dos adversarios en contra: el precio de la carne, que había experimentado un aumento del treinta por ciento, y el clamor público, que exigía una solución a la crisis.

Tan sólo seis horas después de comenzar la huelga habían hecho una propuesta de someter a laudo las cuestiones en liza. Sabían que

ya era demasiado tarde y que no aceptarían las condiciones que planteaban, pero esto les dio a los periódicos la oportunidad de publicar que los huelguistas habían rechazado esa oferta. Habían continuado con esto un día o dos, pero los sindicatos no aceptaban la reducción de salario para los obreros no cualificados, de modo que las negociaciones se habían roto de nuevo. Más adelante, la amenaza de diecinueve organizaciones sindicales que aún no habían entrado en huelga les había convencido de retomar la oferta de arbitraje. Obtuvieron, transcurridos diez días, el beneplácito de los sindicatos, con lo cual la huelga quedaba suspendida. En ese momento se convino que todos los obreros serían readmitidos en el plazo de cuarenta y cinco días, y que no se ejercerían medidas discriminatorias en contra del personal afiliado a sindicato.

Esto sucedió el 21 de julio y por la tarde algunos dueños de los mataderos comenzaron a entregar las liquidaciones a los esquiroles, muchos de los cuales estaban encantados de largarse de allí a la primera insinuación de los patronos. Se hizo un intento de llevar a trescientos negros en los tranvías de Halsted street, escoltados por otros tantos policías, y cuando los huelguistas se dieron cuenta de la maniobra, se concentraron más de cuatro mil. Los conductores se negaron a parar la marcha, hasta que finalmente la policía puso un tren patrulla en las vías. Juntaron media docena de vagones y los negros se metieron dentro aterrorizados. La mayor parte de ellos se tiraban directos al suelo y se apilaban unos encima de otros. Cuando arrancaron cayó una lluvia de proyectiles sobre el convoy, y dos millas a lo largo, la calle estaba repleta de una masa que gritaba y los insultaba.

Para Jurgis éste fue un período de vivas tensiones. Si los antiguos empleados eran readmitidos «sin discriminación», él, por el mismo hecho, se vería en la calle. Y, cuando acudió al director del departamento, éste, con una lúgubre sonrisa, no supo sino aconsejarle que «esperase acontecimientos». En los mataderos Anderson's los esquiroles se quedaban.

Difícil sería afirmar si el recurso del «laudo» fue, o no, una maniobra de los conserveros para ganar tiempo, o si en verdad se proponían con ella desbaratar los sindicatos. Lo cierto, sin embargo, es que aquella misma noche de las oficinas de Anderson and Co.

salió, dirigido a todos los grandes centros carniceros del país, un telegrama con el siguiente texto: «Absténganse de emplear dirigentes sindicales». Y, a la mañana siguiente, cuando veinte mil obreros se congregaron, con sus fiambres y ropas de trabajo, en los patios de los mataderos, Jurgis se quedó a la puerta de la nave donde se sacrificaban los cerdos, la misma donde había trabajado antes de declararse la huelga, y desde allí vio a los hombres, una muchedumbre deseosa, vigilada de cerca por un par de docenas de policías; vio también aparecer a uno de los jefes de departamento que, paseándose a lo largo de las filas, iba entresacando de ellas a los obreros que le complacían. A ese jefe siguieron otros varios, que procedieron de idéntica manera; pero quedaban siempre, en cabeza de las filas, hombres que elegía: todos ellos eran dirigentes o representantes sindicales, gente a la que Jurgis había oído hablar ante las asambleas de la asociación. Semejante procedimiento selectivo hizo, como es de imaginar, que los murmullos fueran subiendo de tono y que los semblantes se ensombreciesen más y más. Lo que sucedía en Anderson's sucedía también en Smith's: en los talleres mecánicos de quinientos hombres sólo admitieron a seis. Oyendo vocerío entre las filas de los matarifes, y al advertir que se formaba allí un tropel, Jurgis se acercó apresuradamente al lugar. Viendo ser rechazado por cinco veces a un matarife de constitución colosal que era presidente del Consejo Sindical del Ramo Conservero, los hombres estaban soliviantados de ira; el comité de tres representantes que habían designado para conversar con el jefe del departamento no había conseguido su propósito ni aun después de tres tentativas, viéndose, en cada ocasión, alejados de la puerta por las porras de los agentes que la custodiaban. A esto siguió un estallido de voces y silbidos que no cesaron hasta que el jefe del departamento salió a la puerta, y, entonces, cien voces gritaron al unísono: «¡O todos, o ninguno!».

Y el director, blandiendo el puño ante los congregados, gritó a su vez: «¡Salisteis de aquí como ganado, y como ganado habéis de volver!».

En este momento, e inesperadamente, el gigantesco carnicero se

plantó de un salto encima de un montón de adoquines y proclamó: «¡Esto ha terminado, muchachos! ¡Todos a la calle otra vez!». Y así los matarifes declararon una segunda huelga allí mismo. Luego corrieron a reunirse con el resto de sus colegas, que estaban siendo objeto de engaños similares en las demás factorías. Luego, todos juntos, desfilaron por la calzada central de Packer's Avenue, donde otros obreros, congregados por millares, los vitorearon estruendosamente. Otros, los que se habían incorporado ya a su trabajo en los mataderos, corrieron, dejando caer sus herramientas, a unirse a ellos. Algunos corrían por las instalaciones, anunciando lo que estaba pasando. Y, media hora más tarde, todo Packingtown, esta vez preso de furia, volvía a estar en huelga.

Capítulo XXVIII

Anderson and Co., que mantenía a la mayor parte de los esquiroles en sus puestos pudo mantener la producción en la segunda huelga, pero la mayoría de las demás fábricas quedaron en una situación desesperada, con la carne preparada a medias, tirada por los suelos y pudriéndose bajo el sofocante calor estival. Se mandó traer de vuelta a los negros y se pusieron mensajes para conseguir nueva mano de obra. A la vez, los sindicatos llamaban a una huelga del sector de la carne en todo el país y se repetían los mítines masivos en los que se denunciaba la traición de los empresarios.

En Packingtown, los ánimos eran ahora muy distintos, ya que se había convertido en un foco de pasiones encendidas en el que ningún esquirol hubiera podido aventurarse sin quebranto. Cada día se producían uno o dos incidentes de este tipo; los periódicos daban detalles acerca de ellos y siempre culpaban a los sindicatos. Lo cierto, sin embargo, era que diez años antes, cuando en Packingtown aún no existían asociaciones de obreros, se había producido ya una huelga en la que tuvieron que intervenir las tropas nacionales y que dio lugar a auténticos combates nocturnos que se libraban al resplandor de los trenes incendiados. Packingtown había sido siempre un polvorín a punto de estallar. En la «Encrucijada del Whisky», donde se alzaban cien tabernas en torno a una sola fábrica de cola, las reyertas eran continuas, tanto más frecuentes y virulentas cuanto más arreciaba el calor. Cualquiera que se hubiese tomado la molestia de consultar el registro de la comisaría local habría descubierto que los actos de

violencia habían disminuido aquel verano, eso con veinte mil hombres en paro, sin más ocupación que cavilar todo el día acerca de las amargas injusticias de que habían sido víctimas. Pero a todo el mundo le pasaba inadvertido el papel que jugaban los dirigentes sindicales, cuya labor era difícil de imaginar en su aspecto práctico: dirigir aquel enorme ejército, impedir los enfrentamientos y los actos de pillaje, alentar, dirigir, encauzar a lo largo de seis interminables semanas de hambre, de desengaño y desolación, a un contingente humano que excedía las cien mil almas y hablaba doce idiomas distintos.

Cuando los líderes sindicales no estaban en sus cuarteles generales, ocupándose de sus asuntos, atendiendo a la distribución de alimentos básicos, salían a patear el distrito, animando y argumentando con los trabajadores. Pusieron enlaces en los diferentes distritos y, siempre que surgían problemas, se les llamaba por teléfono y corrían allí para mediar. Intentaban convencer a los hombres de que trabajaran en casa, que se fueran a pescar al lago, hacer cualquier cosa excepto quedarse apostados en las esquinas de las calles. Como sólo una minoría de los huelguistas estaba afiliada a los sindicatos, los jefes no conseguían convencerlos, mas con la ayuda de los tres mil miembros del sindicato femenino, lograron poner fin a la típica escena de hombres dando patadas a una lata o metidos en el bar. Ellas cubrieron el barrio de carteles. A comienzos de agosto, en las fiestas, en las que participaron cuarenta mil personas, las chicas aparecieron con unos cestos llenos de pasquines en los que se leía:

VAMOS A VENCER

¡Los ojos del país están puestos en nosotros!

¡La causa del sindicalismo está en auge!

¡Hemos logrado que los jornales suban un 25 %, pero que la valentía suba un 50 %!

¡Permanezcamos firmes en la defensa de la ley y el orden!

¡Tenemos que ganar limpiamente!

Quizá ninguno de estos pasquines llegó a las redacciones de los periódicos, pero lo cierto es que ninguno de éstos se hizo eco de sus

proclamas. Más aún, para entender hasta qué punto los empresarios apreciaron esa clase de esfuerzos por la paz, cabe añadir que ninguna de estas chicas, que tanto se esforzaban en el reparto de los pasquines, logró encontrar trabajo en Packingtown una vez terminada la huelga.

Había violencia promovida por los sindicatos, otra surgida por los intereses de la prensa y, claro está, la que organizaba la policía. La de la prensa consistía en cosas como publicar que los empresarios estaban construyendo un muro de protección, cuando lo que estaban levantando era una valla publicitaria; o como convertir cualquier pelea de bar o de calle en una batalla con los huelguistas. Por parte de la policía, cada vez que se generaba una pelea: se metían en medio de la muchedumbre de curiosos y ociosos y golpeaban con sus porras todo lo que se movía, hombres, mujeres y niños, llevando a la muchedumbre a golpes por las calles, como si fueran ganado. Su violencia consistía además en detener al primero que se les ponía delante, hasta que lograban llenar los coches patrulla. El alcalde de la ciudad también ejercía su violencia, llamando a su despacho a un magistrado que no había condenado a estos detenidos a las penas que querían los empresarios. Era violencia detener al presidente del sindicato de camioneros y meterlo en prisión por el delito de llamar por la ventana a un miembro de su sindicato y darle una orden. Era por todo esto, y sólo por todo esto, por lo que surgían enfrentamientos «desafortunados». Una vez que la policía cargó contra unos sindicalistas que estaban intentando separar a dos borrachos que se estaban peleando, la gente de Packingtown salió de sus casas como un enjambre y comenzó una batalla campal, que duró una hora, entre tres mil hombres y mujeres encolerizados y un centenar de policías, en la cual varios de los primeros terminaron heridos de gravedad y varios de estos últimos se libraron de ser despedazados por la intervención de los dirigentes sindicales.

Los patronos, entretanto, habían acometido en serio la tarea de formar una nueva fuerza laboral. Noche tras noche llegaban a los mataderos expediciones de trabajadores contratados para sabotear la huelga que, en número de mil a dos mil, eran distribuidos a proporción entre las distintas empresas del consorcio. Entre los así reclutados había profesionales expertos —carniceros, dependientes

y encargados que procedían de los almacenes de las sucursales—; pero la mayoría eran negros inexpertos, salidos de las plantaciones algodoneras del sur del país y que llegaban en prietos rebaños, igual que borregos, a nutrir las factorías conserveras. La ley prohibía utilizar como dormitorio público cualquier local que careciese de licencia oficial para ello y no dispusiera, por tanto, de instalaciones adecuadas —esto hacía referencia a la ventilación, las escaleras de acceso y las salidas de emergencia, que habían de ser aptas y suficientes—, lo cual no impidió que en una nave de los mataderos, antaño utilizada como taller de pintura, en la que existía tan sólo una puerta, y ninguna ventana, se alojase a setecientos hombres que, en estado de total hacinamiento, habían de dormir sobre el desnudo armazón de muelles de los catres y ceder éstos, durante el día, a los hombres de su relevo. Alertada la opinión pública acerca de estas circunstancias, y cuando el alcalde se vio forzado a ordenar el cumplimiento de los preceptos de habitabilidad, los empresarios consiguieron que un juez dictase un interdicto que invalidaba la normativa municipal.

Y esto era sólo una pequeña parte de la violencia de los empresarios. Los saneamientos en los mataderos eran más que inadecuados y ahora cada esquina de las naves donde se preparaba la carne estaba llena de orines y heces humanas. Alrededor de esas mismas fechas, el alcalde se ufanaba de haber erradicado de la ciudad el juego y los combates con apuestas; ello, sin embargo, no impedía que, aliados con la policía, un ejército de tahúres profesionales desplumase cotidianamente a los obreros contratados para hacer fracasar la huelga y que, una noche tras otra, desnudos de cintura para arriba, fornidos negros se enzarzaran por dinero en combates que tenían por escenario la explanada existente ante la factoría Smith's, y por público a una turba de tres o cuatro mil espectadores, hombres y mujeres, entre los cuales era posible ver jóvenes campesinas blancas codo con codo con aquellos negros rufianescos de navaja en las botas, y docenas de lanudas cabezas admirando el espectáculo desde todas las ventanas de los talleres circundantes. Era la primera vez que aquellos negros, cuyos antepasados habían sido salvajes en las tierras del África y, más tarde, esclavos sujetos a

libre comercio, o vasallos sometidos a una sociedad de tradiciones esclavistas, veían abierta ante sí aquella forma de libertad: la de dar rienda suelta a sus pasiones y dejarse llevar hasta la perdición. Habían sido llamados para aplastar una huelga y, cuando ésta concluyese, los que eran sus amos no volverían a verlos; de ahí que el whisky y las mujeres llegasen a carretadas para serles ofrecidos a cambio de dinero, y que los mataderos se vieran convertidos en una dependencia del infierno. Todas las noches había tiroteos y duelos a cuchillo, violaciones y asesinatos, y se llegó a decir que los patronos gozaban de licencias especiales que les permitían sacar cadáveres de la ciudad sin importunar a las autoridades. En una misma planta se daba hospedaje a hombres y mujeres, lo que suscitaba, tan pronto caía la noche, auténticas saturnales y escenas de desenfreno como América jamás había conocido y el mundo no había visto desde los días de Baal y Moloch. No se podía pasar a lo largo de los andenes de carga de los ferrocarriles por la cantidad de cuerpos que dormían allí: hombres y mujeres, blancos y negros. Y, como las mujeres eran la hez de los burdeles de Chicago y los hombres, en su mayoría, campesinos negros ignorantes, no tardaron en cundir y hacer su labor las enfermedades venéreas de peor nombre. Un médico de la compañía afirmaba haber tenido bajo tratamiento a doscientas personas por semana. Todo ello en un lugar donde se preparaban alimentos que habían de ser expedidos a todos los rincones del orbe: latas que infectarían la mano de cualquiera que se hiciera un corte con ellas, carne que acabaría en manos de millones de personas: todos ellos corrían el riesgo de que les saliera una llaga en las manos que les convertiría en víctimas de una enfermedad terrible que haría que se les gangrenaran los dedos y se les cayeran.

Los mataderos de Chicago no habían sido nunca un lugar agradable; pero convertidos en campamento de un ejército de veinte mil bestias humanas, excedían cuantos horrores se les pudiera atribuir. El implacable sol estival azotaba todo el día aquella milla cuadrada, sede de todas las aberraciones, donde las cabezas de ganado se apiñaban, por decenas de millares, en rediles cuyo suelo de tablas era un hediondo cultivo de bacterias; batía ese sol de justicia sobre tendidos ferroviarios con entrevías sembradas de cenizas y cemento, y sobre los bloques mastodónticos de destartaladas factorías cárnicas en cuyos laberínticos pasadizos

ningún soplo de aire conseguía penetrar jamás; y no eran sólo ríos de sangre humeante, carretadas de carne viscosa, tanques para derretir manteca, cocederos de jabón, fábricas de cola y depósitos para fertilizantes, cuyas emanaciones hacían pensar en los cráteres del infierno, lo que se ofrecía a la radiación solar y soportaba su castigo. No, el sol de justicia caía también sobre toneladas de basura amontonadas a la intemperie, sobre las grasientas coladas de los obreros, tendidas a secar. En las salas en las que se cocía el pan y se preparaba la comida había montones de colchones hediondos y mantas grisáceas de roña; en la habitación de al lado había un retrete sin ventana que era una alcantarilla, tal cual. Detrás había un almacén de carne en el que había un basurero de cajas y barriles: con escaleras viejas y vagonetas tiradas en una parte y, junto a éstas, una improvisada mesa hecha con una docena de tablas alargadas cubiertas por un hule que era negro por la cantidad de moscas que había. El suelo resbalaba a causa de los escupitajos de tabaco de mascar y los restos de comida: las ratas correteaban a su antojo a plena luz del día. No había ventanas, sólo quemadores de gas que daban una luz turbia que se unía a la nube del humo de tabaco: era ahí adonde cuatrocientos hombres se arrastraban a comer, una tarde de agosto, vestidos con tejanos y en camisetas de ropa interior, con los rostros bañados en sudor y las manos en sangre.

Y, luego, al caer la noche, cuando aquella turba se hacía a la calle en busca de recreo, ¡allí se daban las luchas, el juego, las borracheras y las broncas, los juramentos y las voces, las risotadas y los cánticos, las melopeas de los banjos y el baile! Todo ello se repetía en los mataderos los siete días de la semana, sin perjuicio de que, los domingos por la noche, se celebrasen, además, veladas de lucha y partidas de dados; pero, al mismo tiempo, en cualquier rincón, no faltaría la vieja negra de cabeza cana y cuerpo escuálido, una hechicera por su aspecto, profiriendo, entre cánticos y alaridos, suelta al viento la melena y los ojos inflamados, vaticinios que hablaban del fuego de la perdición y de la sangre del «Cordero» ante hombres y mujeres que, tendidos en la tierra, gemían y se revolcaban convulsos de terror y remordimiento.

Tal era la situación en los mataderos durante la huelga, mientras los sindicatos se mantenían en actitud de hosca expectativa, el país

reclamaba a gritos su alimento como un niño desfallecido, y los patronos proseguían, inexorables, la ruta emprendida, «trayendo orden al caos y quebrando a sus oponentes». A cada nuevo día, según se multiplicaba el número de reclutamientos, podían mostrarse más inflexibles hacia los obreros que habían desertado y hacia los que aún conservaban, estos últimos sometidos a la producción a destajo, y despedidos, cuando el ritmo de aquélla no era satisfactorio. Jurgis, ahora convertido en agente de los conserveros y su reforma, advertía el cambio día a día, como se advierte, después de arrancado un gigantesco motor, la alteración de su régimen de revoluciones. Había adquirido ya la costumbre del mando, pero movido por el calor y la hediondez sofocantes, y también por su condición de esquirol y la repugnancia que de sí mismo sentía por el hecho de conocerla, había comenzado a beber y su humor era abominable. Ahora insultaba a los obreros y arremetía contra ellos, hostigándolos hasta que los veía rendidos de fatiga.

Cierto día, uno de los últimos del mes de agosto, uno de los jefes irrumpió en el departamento donde trabajaban Jurgis y su equipo, y les ordenó a voces que dejasen lo que tuvieran entre manos y le siguieran. Una vez en la calle, corrieron tras él hacia un lugar donde se podía distinguir, en medio de una nutrida muchedumbre, una serie de carros tirados por dos caballos y, junto a ellos, contingentes de policías llegados a bordo de tres furgones repletos. Jurgis y sus hombres montaron de un salto en uno de los carros. El conductor dio un grito de advertencia a la multitud y en seguida partieron a galope tendido. Fue entonces cuando se enteraron de lo que ocurría. Algunos terneros, tras escapar del recinto de los mataderos, habían caído en manos de los huelguistas y los furgones policiales estaban allí para recuperarlos: todo parecía presagiar que habría pelea.

Después de franquear la puerta de la Ashland Avenue, cruzaron ésta en dirección al vertedero. Tan pronto avistada, la expedición provocó un estallido de voces, hombres y mujeres surgían presurosos de casas y tabernas al paso raudo de los caballos. Pero, como en el carro viajaba, además, un pelotón de policías, no hubo contratiempos hasta que la comitiva alcanzó cierto punto de la calle, donde la multitud obstruía el paso. A una voz de advertencia partida del carro que iba en cabeza, la gente se dispersó en tropel exponiendo a la vista uno de los cabestros, que yacía en el suelo en

medio de un charco de sangre. Y, dado que en los alrededores había más de un carnicero sin gran cosa en que ocuparse, como no fuera de los niños que había dejado hambrientos en casa, al animal, abatido por una mano anónima, le faltaban ya un buen número de los mejores pedazos, sustraídos por cualquiera de aquellos hombres que no necesitaban más allá de dos minutos para aviar a un buey. Lo ocurrido suponía, por supuesto, un delito que debía ser castigado. Y, saltando de los carros, la policía procedió a ello descargando las porras sobre cuantas cabezas encontraban a su alcance. Se produjeron entonces alaridos de furia y de dolor, mientras la gente corría aterrorizada a refugiarse en el interior de viviendas y almacenes, o bien se dispersaba a la carrera, como podían, calle abajo. Jurgis y su cuadrilla se sumaron al deporte del castigo, cada hombre atento a elegir una víctima y acosarla hasta que cayese en sus manos. Cuando el perseguido buscaba cobijo en alguna casa, su perseguidor no vacilaba en derribar la puerta, siempre endeble, y correr tras de él escaleras arriba, golpeando a cualquiera que encontrase en su camino, hasta que, por fin, se hacía con el fugitivo, por lo regular recuperado debajo una cama o del interior de un armario.

Jurgis y algunos policías se precipitaron tras un grupo de hombres que se habían refugiado en un bar. Uno de los que huían se había parapetado tras el mostrador y allí lo acorraló uno de los agentes, que comenzó a golpearle en los hombros y la espalda hasta que el otro tuvo que bajar la guardia y exponer la cabeza a los golpes. El resto de los fugitivos habían saltado un seto que cerraba por detrás el establecimiento, burlando a un segundo policía, entrado en carnes, que hubo de volver sobre sus pasos profiriendo furiosas maldiciones. Una fornida polaca, propietaria del local, que entretanto había irrumpido en la sala dando grandes voces, recibió en pleno estómago un puñetazo que le hizo caer al suelo doblada en dos. A todo esto, Jurgis, siempre práctico por temperamento, atendía en el mostrador a su apetito de alcohol, conducta que imitó el primer policía después de renunciar a su presa. No contento con lo que bebía, el agente sacó botellas al exterior y guardó otras en sus bolsillos y, como remate, cuando ya se disponía a marchar, despejó con la porra el mostrador de cuanto lo cubría. El ruido de los vidrios rotos hizo que la polaca se levantase del suelo; pero, a

eso, acercándosele por la espalda, un tercer policía la inmovilizó clavándole la rodilla en la espalda al tiempo que le tapaba los ojos con las manos. Hecho esto, dio una voz a su compañero y éste, volviendo sobre sus pasos, hizo saltar la cerradura de la caja y se llenó los bolsillos con su contenido. Jurgis y los dos policías salieron corriendo a continuación, imitados, en último lugar, por el agente que sujetaba a la tabernera, quien, después de alejarla de un empellón, también dejó el local a la carrera.

Recuperado el ternero, que ya había sido cargado en el carro, la cuadrilla emprendió el regreso al trote, despedida entre gritos y maldiciones, y bajo una lluvia de piedras y adoquines disparados por un enemigo invisible. La granizada de proyectiles habría de figurar en el informe que, antes de transcurridas dos horas, se facilitaría a un millar de periódicos interesados en la noticia de los disturbios. El incidente del bar y su caja desvalijada no volvería, en cambio, a ser mencionado. Como no fuese en aquellas leyendas de Packingtown, que quebraban el corazón. Como es natural, Jurgis ni lo volvió a mencionar, ya que, en el viaje de regreso, un policía le deslizó un par de dólares de plata que provenían de la caja del bar.

Cuando regresó la cuadrilla, la tarde estaba ya muy avanzada, y los hombres se limitaron a concluir el trabajo iniciado, añadiendo a la tarea un par de terneros sacrificados durante su ausencia. Hecho esto, dieron la jornada por concluida. Jurgis se trasladó al centro para cenar en compañía de tres colegas suyos que también habían formado parte de la expedición matinal, a bordo de otros carros. Durante el trayecto cambiaron impresiones acerca del suceso y, ultimada la cena, se dejaron caer por un salón de ruleta donde Jurgis, que nunca había tenido suerte en el juego, perdió cosa de quince dólares. Reponerse del golpe le costó unos cuantos tragos y cuando, de regreso de esta lamentable escapada, puso de nuevo pie en Packingtown, eran más de las dos y él, dicho sea en honor a la verdad, traía más que merecida la calamidad que le aguardaba. De camino hacia el lugar donde dormía encontró a una mujer de cara pintarrajeada que iba envuelta en un grasiento quimono. El paso de Jurgis no debía de ser firme, pues ella le enlazó por la cintura como para prestarle apoyo, y de este modo se adentraron, mudando de rumbo, en un departamento oscuro que encontraron a su paso: apenas habían avanzado un par de yardas cuando se abrió

bruscamente una puerta y entró en la estancia un individuo que llevaba una linterna en la mano. «¿Quién está ahí?», vibró, aguda, la voz del hombre. Y ya se disponía Jurgis a farfullar su respuesta cuando, alzando el farol a la altura de la cara, el intruso hizo perfectamente reconocibles sus rasgos. Jurgis se quedó paralizado de asombro y el corazón le saltó en el pecho como dislocado. ¡Aquel hombre era Connor!

¡Connor, el capataz de los cargadores! ¡El mismo que se había aprovechado de su esposa; el hombre que había hecho que le encarcelaran, que había arruinado su hogar y su vida! Y ahora estaba allí, enfrente de él, el rostro bañado por la luz del farol. A raíz de su regreso a Packingtown, el recuerdo de Connor había vuelto varias veces a la mente de Jurgis, pero siempre como una evocación lejana, como una imagen que hubiese perdido toda relación con él. Pero he aquí que, al verlo ahora ante sí, vivo y palpitante, criatura de carne y hueso, la vieja reacción se reprodujo fielmente en sus adentros; de nuevo se apoderó de él el mismo ciego frenesí y otra vez se sintió inundado por un río de furia ardiente. Volando de un salto sobre su enemigo, le descargó el puño entre los ojos y, luego, cuando lo tuvo en tierra, cayó sobre él, lo agarró por el cuello y comenzó a golpearle la cabeza contra las losas.

A los gritos de la mujer empezó a llegar, presurosa, la gente. Al caer al suelo, la linterna se había apagado, de modo que nada podía verse. El jadeo de Jurgis, y el ruido que producía la cabeza de su víctima al encontrar una y otra vez el suelo, eran, en cambio, perfectamente audibles, y en tal dirección se precipitaron los ciegos testigos con ánimo de arrancar a Jurgis de su presa. Entonces, fidedigna repetición del pasado, se alzó con un jirón de carne de su adversario entre los dientes y arremetió contra aquellos que trataban de interponerse, hasta que, abatido por un policía que había acudido al lugar, quedó sin conocimiento.

El resto de la noche lo pasó Jurgis en el puesto de guardia de los mataderos. A diferencia de lo ocurrido antaño, esta vez llevaba dinero en el bolsillo y pudo conseguir algo de beber y, también, que un mensajero advirtiese a «Bush» Harper del trance en que se encontraba. A pesar de ello, Harper no compareció hasta después de que Jurgis, indispuesto y muy débil, fuese conducido ante el juez del distrito quien, a la espera de conocer la importancia de las

lesiones de su víctima, dictó una fianza de quinientos dólares. Jurgis estaba soliviantado de ira porque, siendo un magistrado distinto el que estaba sentado en la silla del juez y después de declarar que aquélla era la primera vez que le detenían y que el ataque lo había iniciado Connor, hubieran bastado unas cuantas palabras dichas en su favor por un testigo para que le concedieran la libertad al momento.

Ante estas protestas arguyó Harper que él se encontraba en el centro de la ciudad cuando llegó el aviso, y que por esa razón lo había recibido con retraso.

—¿Qué ha ocurrido? —averiguó entonces.

—Le di una paliza a un tipo —explicó Jurgis— y me han pedido quinientos dólares de fianza.

—Eso es cosa que puede arreglarse —contestó Harper—, si bien te costará algún dinero, naturalmente. Pero ¿cuál es el problema?

—Una perrada que me hizo tiempo atrás ese fulano —fue la respuesta de Jurgis.

—¿Quién es él?

—Un capataz de la fábrica de salchichas Smith's. O, al menos, ése era entonces su puesto. Se llama Connor.

Harper reaccionó con un respingo.

—¡Connor! —exclamó—. ¡No será Phil Connor!

—Sí, así es como se llama. ¿A qué viene…?

—¡Santo Dios! —le interrumpió con viveza el otro—. Si es así, te has metido en un buen lío, muchacho. Y lo peor es que no puedo sacarte de él.

—¿Que no puedes? ¿Por qué no?

—Porque ese tío es uno de los hombres favoritos de Tom Cassidy; está metido en la Liga del Grito de Guerra y el viejo tenía pensado meterlo en el cuerpo legislativo. ¡Cielo santo, Phil Connor!

Jurgis se quedó inmóvil en su asiento. Estaba desmoralizado por completo. Harper siguió hablando.

—¿Te das cuenta de que, si se le antoja, el viejo puede mandarte al mismísimo Joliet?

—¿Y no podríamos hacer —propuso Jurgis después de haber meditado— que Cassidy me sacase de aquí antes de que se enterara de lo ocurrido?

—Pero si ni siquiera sé dónde encontrarle. Se marchó de la ciudad para quitarse de en medio mientras durara la huelga (el jefe de los mataderos se había metido en su escondite, al darse cuenta de que no es posible servir a dos señores cuando ambos han entrado en una guerra abierta).

Su situación no podía ser, en efecto, más comprometida. Sus buenas influencias habían entrado en conflicto con otras de mayor magnitud y ahora se enfrentaba a un salto al vacío.

—¿Y qué hago ahora? —acertó a decir por último con voz desfallecida.

—¿A mí me lo preguntas? —le contestó Harper—. ¡Si ni siquiera me atrevo a sacarte bajo fianza, al pensar que podría costarme la carrera!

A esto siguió un nuevo silencio.

—¿No podrías hacer eso por mí —indagó Jurgis— y fingir, luego, que ignorabas quién era mi víctima?

—¿Y de qué te serviría eso a la hora del juicio? —replicó Harper para sumirse, en seguida, en una larga reflexión—. No hay más que una salida —declaró por fin—, y es que yo trate de reducir la fianza. Si consigues el dinero para la fianza, podrías pagarla y quitarte, después, de en medio.

—¿Cuánto haría falta? —preguntó Jurgis una vez conocidos los detalles de la proposición.

—No tengo idea —respondió Harper—. ¿De cuánto dispones?

—Alrededor de trescientos dólares —declaró Jurgis.

—En fin —dijo Harper—, no estoy seguro de conseguirlo, pero intentaré sacarte por esa suma. Asumo el riesgo por amistad y porque no me gustaría nada que te cayesen un par de años en la prisión del Estado.

En vista de eso, Jurgis echó mano de su talonario de cheques, que llevaba cosido a los pantalones, y puso su firma en el que extendió Harper por la totalidad del saldo. Luego su protector corrió en busca del dinero y regresó rápidamente al juzgado para comparecer ante Su Señoría y explicar que Jurgis era una persona de bien, a la que Tom Cassidy distinguía con su amistad, y que lo ocurrido se debía al ataque de que le había hecho víctima un esquirol. Esto bastó para que la fianza fuese reducida a trescientos dólares, de cuyo pago salió garante el propio Harper, circunstancia

que éste, sin embargo, no mencionó a Jurgis. Como tampoco el hecho de que, llegada la fecha del juicio, no sería difícil componérselas para eludir el pago, con lo cual los trescientos dólares pasarían a su bolsillo como recompensa por el riesgo de ofender a Tom Cassidy. A Jurgis se limitó a decirle que ya era libre y que lo mejor que podía hacer era despejar el lugar lo antes posible. Jurgis, entonces, tomó el dólar y catorce centavos, que era cuanto había sobrado de sus depósitos del banco después de abonada la fianza, y, uniendo esa cantidad a los dos dólares y veinticinco que habían sobrevivido a la juerga de la víspera, montó en un tranvía del que no se apeó hasta haber alcanzado el otro extremo de la ciudad. De nuevo un vagabundo y un mendigo.

CAPÍTULO XXIX

Jurgis había entrado en conflicto con una criatura de la jungla cuyo poder era superior al suyo. Había quedado mermado después del combate, abatido y pisoteado, lo habían dejado herido y tullido, de modo que sólo le quedaba arrastrarse. Estaba literalmente tullido: como una criatura que hubiera perdido sus garras o le hubieran quitado su caparazón. De un solo golpe se veía desposeído de todas aquellas armas misteriosas a cuya tenencia debía no solamente la vida fácil que había disfrutado, sino también la impunidad de los actos que se lo procuraran. En adelante no podría conseguir empleo con sólo pedirlo, ni expoliar a otros, una vez conseguido, sin temor a las consecuencias. No, en lo sucesivo habría de correr la suerte común a los de su especie; o ni siquiera eso, sin coraje, como se sentía, para mezclarse con la gente de su propio medio, y obligado como estaba por la amenaza de destrucción que pesaba sobre él, a esconderse y salvarse prescindiendo de ayuda ajena. Sus antiguos camaradas no vacilarían en traicionarle, pensando en los méritos que les valdría la delación y él habría de pagar no sólo por el delito cometido, sino por los que quisieran imputarle a pesar de su inocencia, como le había ocurrido al infeliz que prendieron acusado de asaltar al «cliente de provincias», un crimen cuyos autores eran él y Duane.

Otro elemento que Jurgis tenía ahora en su contra eran sus nuevos hábitos de vida, nada fáciles de cambiar. La última vez que se había visto sin empleo se había dado por satisfecho con pasar la noche en un portal, o bajo un carro, al abrigo de la lluvia y, cuando a eso podía añadir una comida de quince centavos en una taberna,

su dicha era completa. Ahora, en cambio, sus necesidades eran muchas más, y muy distintas, y el no poder atenderlas le causaba verdadero sufrimiento. No podía prescindir ya, por ejemplo, de la copa tomada entre horas por el mero gusto de hacerlo y sin que ello tuviese que ver nada con la ingestión de una comida. La sola fuerza de ese anhelo bastaba para aplastar cualquier otra consideración, hasta el extremo de que no vacilaría, por complacerlo, en gastar su última moneda aunque su acto le abocase a la total inanición.

Y una vez más Jurgis se vio rondando las puertas de las fábricas. Pero nunca, desde su llegada a Chicago, habían sido más remotas sus probabilidades de obtener un empleo. A la crisis económica, que mantenía en la calle a buena parte del millón y medio o dos millones de parados de los últimos seis meses, había que añadir la huelga general de la carne, que había creado un total de setenta mil huelguistas en todo el país, de los cuales veinte mil vivían en Chicago y llevaban cerca de dos meses en esa situación. En nada remediaba las cosas el hecho de que los trabajadores cediesen, unos días más tarde, y retornaran, casi la mitad de ellos, a sus puestos de trabajo pues, según iban siendo cubiertas las antiguas plazas, los esquiroles abandonaban las suyas y huían. Un contingente de negros sin preparación, extranjeros y delincuentes cuyo total oscilaba entre los diez y quince mil hombres estaban siendo despedidos en esas mismas fechas y abandonados a su suerte. Adondequiera que Jurgis encaminase sus pasos encontraba hombres de aquella procedencia y el temor a que alguno de ellos supiese que era un fugitivo de la ley le causaba un desasosiego indecible. Gustosamente hubiese salido de Chicago a no ser porque sus recursos, cuando se dio cuenta del peligro que corría, casi se habían extinguido. El frío invierno caería pronto y los vagabundos estaban comenzando a refugiarse en la ciudad. Además era preferible acabar en la cárcel que verse enfrentado a un invierno de indigencia en el campo.

Transcurridos diez días, apenas le quedaban a Jurgis unos cuantos centavos en el bolsillo. Y, en todo ese tiempo, no había podido conseguir ocupación alguna, ni siquiera por una jornada, echando una mano donde la requiriesen, o por un rato, acarreando algún equipaje en una estación. Una vez más, como a su salida del hospital, se veía atado de pies y manos y encarando el fantasma del

hambre. Se apoderó de él un miedo cerval, un terror desnudo que anulaba sus sentidos y tenía efectos más devastadores que la propia falta de alimentos. ¡Iba —gritaba la voz— a morirse de hambre! El temido espectro alzaba ya hacia él sus brazos escamosos; ya le rozaba; ya percibía su aliento en el rostro. Y el horror que esto le infundía le hacía gritar; le hacía, por las noches, despertarse sobresaltado, estremecido, bañado en sudor. Entonces se levantaba de un salto y echaba a correr. Implorando trabajo hasta quedar exhausto, incapaz de detenerse, de permanecer quieto, seguía avanzando a toda costa, ojeroso y famélico, errática, inquieta la mirada. La ciudad, adondequiera que fuese, en todos sus confines, rebosaba de infelices en su mismo predicamento. Y, junto a ese espectáculo, se ofrecía por doquier el de la abundancia, siempre protegida por la mano de la autoridad que despedía, implacable, a los hambrientos. Porque hay dos clases de prisiones: unas, donde el individuo está en el interior, alejado por barrotes de las cosas que desea; y otras, donde él está afuera, y son las cosas deseadas las que quedan tras las rejas.

Cuando no le quedaba ya en el bolsillo más que una última moneda de veinticinco centavos Jurgis se enteró de que, por la noche, antes de cerrar, las panaderías liquidaban sus existencias a mitad de precio. Entonces pudo conseguir, por cinco centavos, un par de hogazas endurecidas que desmenuzaba y se distribuía por los bolsillos para, luego, ir consumiendo el pan según el hambre se lo pedía. En nada, aparte de estas compras, gastaba ni un cuarto y, pasados dos o tres días, por no gastar del todo ese pan, comenzó a hurgar en los cubos de basura que hallaba a su paso en las calles, donde encontraba, alguna que otra vez, algo aprovechable que, después de sacudido, se llevaba a la boca considerando que así se alejaba unos cuantos minutos del fin.

De esta forma vagó por espacio de varios días, siempre famélico y cada vez más y más débil, hasta que algo que ocurrió cierta mañana estuvo a punto de desgarrarle el corazón. Descendía Jurgis por una calle bordeada de almacenes y tiendas. Había varios camiones aparcados en línea, cargados de hombres bajo las órdenes de un enorme irlandés. Jurgis se iba a ofrecer cuando el irlandés le gritó: «Eh, tú, ¿quieres trabajar?». Jurgis respondió afirmativamente.

—A trabajar entonces —dijo el hombre.

Jurgis se quitó el abrigo y se puso manos a la obra. Antes de que tuviera tiempo de levantar una de las cajas, escuchó de nuevo la voz del capataz: «Eh, ven aquí».

Jurgis se giró y se dirigió hacia el hombre, que lo miraba escudriñándolo: mejillas hundidas, piel macilenta… «Enséñame los brazos», le dijo. Jurgis alzó uno, perplejo. El irlandés lo cogió por debajo del codo y lo apretó. Lo dejó caer con una expresión de disgusto. «Joder, no es más que pellejo. Con eso no puedes levantar nada».

El corazón de Jurgis dio un vuelco: «Sí puedo, señor, déjeme intentarlo».

—Lárgate de aquí —dijo el capataz dándole la espalda. Jurgis le siguió suplicándole y él se giró y le amenazó con el puño.

—Que te largues de aquí de una puta vez —gritó. Jurgis se tambaleó, anduvo medio desmayado medio minuto, justo lo suficiente para ver que otros dos hombres intentaban tomar su puesto y cómo finalmente uno de ellos se quedaba con él. Recuperó su abrigo y se alejó sin prorrumpir en sollozos como un niño. ¡Estaba perdido! ¡Perdido y condenado! Ya no había esperanza. Entonces, inopinadamente, su desaliento dio paso a la ira y se deshizo en juramentos. ¡Aquella tarde, tan pronto oscureciese, volvería al almacén y demostraría al canalla aquel que sus brazos no eran sólo pellejo!

Farfullaba todavía estas cosas cuando, al llegar a la esquina, encontró una verdulería que mostraba, ante la puerta, una cubeta llena de repollos. Echando, entonces, una rápida mirada en torno, Jurgis se agachó y, tras apoderarse de la pieza más hermosa, echó a correr por la primera travesía. Pronto se oyeron gritos de «¡al ladrón!» y un grupo compuesto por una docena de hombres y muchachos se precipitaron en pos de Jurgis, el cual, sin embargo, habiendo encontrado un pasaje, lo enfiló para, luego, torcer por otro que le permitió alcanzar una calle distinta donde, tras esconder el repollo bajo la chaqueta, continuó alejándose, ahora a paso normal, sin que la muchedumbre reparase en él tan siquiera. Cuando, por fin, hubo puesto bastante tierra de por medio, se sentó en un rincón y, crudo como estaba, devoró la mitad del repollo, reservando el resto, que guardó en los bolsillos, para el día

siguiente.

Coincidiendo con estas fechas, uno de los diarios de la ciudad, gran defensor del «pueblo llano», había abierto, en beneficio de los parados, una cantina donde se servía sopa gratis. Un sector del público calificó la iniciativa de artimaña publicitaria, mientras que otra parte de la opinión la atribuía al temor que albergaba el periódico de que la totalidad de sus lectores pereciesen de hambre. La sopa, sin embargo, y cualesquiera fueran los motivos que entrañara su distribución, era espesa y caliente, y se servía durante toda la noche a razón de una escudilla por persona. Al enterarse de la noticia por un camarada de vagabundeo, Jurgis hizo voto de conseguir no menos de seis raciones antes de que apuntara el día; pero, en la práctica, tuvo suerte de conseguir una, porque había una fila de dos manzanas de largo cuando llegó al puesto y la cola no había menguado en absoluto a la hora de cerrar.

La filantrópica cantina se encontraba situada en una zona peligrosa para Jurgis —el barrio de los muelles—, donde mucha gente le conocía. Pero, a pesar de ello, desesperado como estaba —había, incluso, considerado la prisión de Bridewell como una posibilidad de refugio—, acudió al lugar. Hasta ese momento el tiempo se había mostrado apacible, lo cual le permitía pasar las noches en un solar, al raso; pero, de pronto, un viento frío del norte, al que había sucedido una tormenta, parecía preconizar la llegada del temido invierno. Aquel día Jurgis hizo dos consumiciones en otras tantas tabernas sólo por el cobijo a que le daban derecho y luego, al caer la noche, gastó sus últimos centavos en uno de aquellos sótanos que llamaban «antros de cerveza rancia», cuyo propietario, en efecto, salía a recoger las sobras de cerveza que las tabernas dejaban a sus puertas en el fondo de viejos barriles y, después de manipularla para que tuviese espuma y burbujas, la servía a razón de dos centavos la caña, consumición que daba a sus parroquianos el derecho de pasar la noche tumbados en el suelo de la bodega entre una cohorte de proscritos y degenerados de ambos sexos.

La mañana siguiente Jurgis salió de nuevo a pedir para poder comer algo. Llovía y la gente no se paraba por nada del mundo a escucharle. Tras de haber mendigado toda la jornada, de puro deseo de supervivencia, advirtió Jurgis, caída ya la tarde, a una anciana

señora que trataba de apearse de un tranvía cargada de bultos y paraguas. Bajo la atenta mirada de un policía, corrió en su ayuda y, luego de haberla puesto en tierra, le contó las amarguras de su vida.

La anciana, que llevaba anteojos y un vestido negro, le miró como un halcón le sometió entonces a una serie de preguntas que denotaban extrema desconfianza. Él no había bebido nada y la lluvia le había limpiado el olor del tugurio donde había dormido. Jurgis no contó la verdad, ya había aprendido a contar una narración de un modo casi científico y tenía aspecto de estar pasando mucha hambre.

—Siempre que doy dinero, se lo gastan en bebida —dijo la señora.

—Yo no bebo, ni una gota, señora. Palabra de honor. Soy un trabajador honrado —respondió Jurgis.

—¿Vas a la iglesia? ¿A cuál? —preguntó severa la anciana.

—Sí, señora —respondió Jurgis con una desesperada seriedad, pensando en alguna de las diferentes confesiones—. Voy a la iglesia metodista y a la presbiteriana.

—¿Cómo es posible que pertenezcas a dos iglesias? —espetó la anciana extrañada.

—No lo sé, señora, pero es así. He estado en lugares en donde sólo había una. Cuando vivía en Missouri, antes de que se quemara mi casa.

—¿En qué pueblo? —seguía la anciana.

Jurgis nombró uno de los lugares en donde había estado trabajando de agricultor y se dio cuenta de que había acertado de pleno.

—Yo también soy de Missouri —dijo ella—, del oeste.

—Qué bien, señora. No he comido nada en todo el día. Nadie me ayuda —dijo Jurgis.

—¿Me acompañas a un lugar en donde comer?

—Por supuesto —respondió Jurgis sin dudarlo.

Ella lo condujo a un restaurante donde abonó veinticinco centavos para que le sirvieran una cena. Eso le proporcionó una sopa acompañada de pan, un guiso de buey con patatas y habichuelas. La señora se fue antes de que acabara y el propietario del sitio le dijo a Jurgis que se largara de allí, pero él había sido lo suficientemente espabilado para mirar la comanda y decir que aún

le quedaba por recibir la ternera asada, el repollo y un postre de tarta seguido de café. Cuando el propietario intentó enfrentarse con él, Jurgis apoyó la espalda en la pared y gritó que destrozaría el local antes de irse sin comer lo que le correspondía. Como varias personas habían visto que la señora había pagado la cuenta, el propietario lo dejó tranquilo, de modo que Jurgis salió con el estómago más prieto que una pelota de fútbol.

Mas las fortunas no llegan solas. Se hizo a la calle y allá lejos, en medio de la oscuridad y la lluvia, distinguió un brillo de fanales rojos y el latido sincopado de un tambor. Conociendo inequívocamente que se trataba de una reunión política, el corazón le dio un vuelco y se precipitó hacia el lugar.

Aunque una campaña electoral no significaba ya para Jurgis lo que había sido antaño, él sabía que se podía sacar tajada. En cinco o seis semanas los votantes elegirían un presidente y eso significaba que, al menos, habría un día de prosperidad para los mendigos y vagabundos de la ciudad. Ellos se referían a ese momento con anhelo y expectación y estaban debidamente contentos de vivir en una república.

Aquella campaña se había visto caracterizada por lo que la prensa llamaba «apatía». Por alguna razón desconocida el público rehusaba excitarse con el combate electoral y era virtualmente imposible atraerlo a los mítines o apasionarlo en forma alguna, en aquellos casos en que una convocatoria conseguía despertar cierta expectación. Las reuniones políticas que hasta la fecha se habían celebrado en Chicago concluyeron en fiascos más o menos deprimentes, y aquella noche, ya que presentaban a un orador tan desprovisto de fama como de posibilidades de acceder a la vicepresidencia del país, los organizadores se mostraban trémulos de ansiedad. La providencia, sin embargo, siempre misericordiosa, les había deparado aquella racha de temporales, con lo cual sus cuitas se reducían a preparar unos cuantos fuegos de artificio, plantar en la puerta un tambor que repicase un rato y esperar a que todos los náufragos de la marea de la vida acudiesen de todos los puntos de una milla a la redonda e invadieran el local. Con esto, a la mañana siguiente los periódicos encontrarían oportunidad de referirse a «clamorosas ovaciones», y al hecho de que el público congregado «no iba exactamente de chaqué», lo cual era prueba de

que los encumbrados objetivos del candidato merecían también la aprobación de las masas obreras del país.

Y he ahí a Jurgis en una sala de vastas proporciones, profusamente decorada con banderas y colgaduras, y cuál no sería su sorpresa al descubrir, tras el pequeño discurso de presentación pronunciado por el presidente, y el estallido metálico con que la banda acogió al orador, que el que les iba a dirigir la palabra no era otro que el muy famoso y elocuente senador Spareshanks, quien ya se había dirigido a la Asociación Republicana Wendel en los mataderos para facilitar la elección del peón de bolera que Tom Cassidy había designado para el Concejo Municipal.

Lo cierto, sin embargo, es que la aparición del senador estuvo a punto de hacerle saltar a Jurgis las lágrimas. ¡Qué angustia la suya al pensar en el dorado ayer, cuando también él tenía su puesto a la mesa del festín! ¡Horas doradas aquéllas, cuando había figurado entre el grupo de elegidos que hace entrar y salir gobiernos, cuando sabía suya una parte de los caudales que la campaña movilizaba! Y, entretanto, ahora, otras elecciones en las que todo el dinero estaba en manos republicanas y él, a no ser por aquel malvado accidente, hubiera podido participar de su abundancia en lugar de encontrarse donde y como estaba.

El elocuente senador estaba refiriéndose al proteccionismo, un ingenioso sistema económico a tenor del cual el obrero autorizaba a los fabricantes a cobrarle precios más altos a fin de que él pudiese percibir un salario también mayor, con lo cual parte del dinero que le quitaban de un bolsillo con una mano le era restituido por la otra. En opinión del senador, este singular dispositivo se acomodaba, en su funcionamiento, a muchas de las grandes verdades rectoras del universo. Él era el que había convertido a América en gema del océano; y todos sus triunfos, su poder y su prestigio internacional en lo porvenir habrían de depender del celo y la fidelidad con que cada uno de sus ciudadanos apoyase a los hombres que estaban luchando por la realización de esos logros. Esos heroicos hombres se hallaban agrupados en una asociación política que había merecido el título de «el Gran y Viejo Partido», el Partido Republicano.

A estas últimas palabras la banda atacó una interpretación musical haciendo que Jurgis se enderezara en su asiento con un

vivo respingo. Por increíble que parezca, Jurgis estaba tratando con denuedo de comprender el discurso del senador, de imaginar el alcance de la expansión americana, la magnitud de su prosperidad y el formidable progreso de su comercio; se esforzaba por entrever el porvenir de la Unión en el Pacífico, en Sudamérica y en cuantos lugares se alzase, lastimera, la voz de los oprimidos. La causa de su inusitado interés estaba en el deseo de mantenerse despierto, porque sabía que, si se relajaba y caía dormido, pronto rompería a roncar en forma intolerable. Era, pues, indispensable que se mantuviese atento, que escuchara… ¡Pero había comido tan bien, y era tanto su cansancio, y tan agradable la temperatura de la sala, y tan cómodo su asiento…! La esbelta figura del senador comenzó a oscilar y tornarse borrosa ante sus ojos, a alargarse y decrecer bailando al ritmo de los datos alusivos a importaciones y exportaciones, de la producción de algodón en China y Asia, hasta que la banda atacó «Hail Columbia» y él se sentó erguido de nuevo.

Pero duró poco despierto. A los diez minutos ya estaba roncando de nuevo. A un rudo codazo de su vecino de asiento, se incorporó sobresaltado y compuso una expresión de inocencia; pero, al poco tiempo, volvió a cabecear, y pronto comenzaron a dirigirle miradas de disgusto a las que se unían destempladas interjecciones. Por último, uno de los espectadores llamó a un policía que se acercó a Jurgis, lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo arrancó del asiento zarandeándolo de tal forma que el durmiente tuvo un terrible sobresalto. Parte de los concurrentes se volvieron, atraídos por el revuelo, y el senador Spareshanks tuvo un lapsus en su alocución; pero, en seguida, una voz gritó en son de aliento: «¡No ocurre nada! ¡Un simple advenedizo que hemos expulsado! ¡Sigue con lo tuyo, campeón!». La jaculatoria hizo que los reunidos prorrumpiesen en vítores suscitando una amplia sonrisa del senador, que reemprendió su discurso. En cuanto a Jurgis, unos segundos más tarde se veía arrojado a la lluvia bajo una cascada de improperios.

Buscando abrigo en un portal, trató de recobrarse. No tenía nada roto ni le habían detenido: bastante más de lo que cabía esperar. Después de maldecir su suerte y su persona durante algunos segundos, volvió a enfocar el lado práctico de las cosas. Sin dinero y sin alojamiento donde pasar la noche, no le quedaba más remedio

que volver a mendigar. Y, con tal propósito, la cabeza escondida entre los hombros y, temblando al gélido contacto de la lluvia, echó a caminar calle adelante. Viendo que en dirección opuesta se aproximaba hacia él una dama muy bien vestida que se protegía bajo un paraguas, esperó a cruzarse con ella y, luego, girando sobre los talones, se puso a caminar a su lado.

—Por favor, señora —rompió a hablar—, ¿no podría usted prestarme para el alojamiento? Soy un trabajador en desgracia que…

No dijo más porque, súbitamente, al llegar a la zona iluminada por un farol, acertó a ver el rostro de la dama y se dio cuenta de que la conocía.

¡Era Alena Jasaitis, la belleza que todos se disputaban en la fiesta de su boda! La que, radiante, con aquel aire de reina, había pasado la noche bailando con Juozas Raczius, el que trabajaba de camionero. Después de la boda, Jurgis la había visto en un par de ocasiones, a lo sumo, porque Juozas la había dejado por otra y entonces ella desapareció de Packingtown sin que nadie supiese su paradero. ¡Y encontrarla ahora aquí!

La sorpresa de Alena era tan grande como la suya.

—¡Jurgis Rudkos! —exclamó abriendo mucho la boca—. Pero… ¿qué demonios te ha ocurrido?

—He… he tenido un revés de fortuna —tartajeó él—. He perdido mi trabajo y estoy sin casa y sin dinero. ¿Y tú, Alena? ¿Qué es de tu vida? ¿Te has casado?

—No —respondió ella—. No me he casado, pero estoy en buena posición.

Entonces, durante un nuevo instante, se miraron el uno al otro hasta que, por fin, Alena volvió a hablar:

—Yo te ayudaría si pudiese, Jurgis. Palabra que lo haría. Pero da la casualidad que he salido sin el portamonedas y no llevo encima ni lo que se dice un centavo. Sin embargo, puedo hacer algo mejor por ti: puedo decirte dónde encontrar a Marija. Ella está en condiciones de ayudarte.

Jurgis experimentó una sacudida.

—¿Marija? —exclamó, sin aliento.

—Sí —continuó Alena—. Ella te echará una mano. Está bien situada y le va bien. Se alegrará mucho de verte.

Poco más de un año había transcurrido desde el día que escapó Jurgis de Packingtown, con la misma sensación del hombre que se fuga de la cárcel: y eran Marija y Elzbieta la prisión de donde él huía. Y ahora, sin embargo, a la sola mención de uno de aquellos nombres, sentía alborozado de gozo todo su ser. ¡Sí, sí, deseaba verlas, anhelaba correr al hogar! Ellas le ayudarían y se mostrarían generosas con él. Un segundo le bastó para ponderar mentalmente la situación. En la muerte de su hijo tenía una buena excusa para justificar su huida y el hecho de que ellas hubiesen abandonado Packingtown explicaba también satisfactoriamente su posterior ausencia.

—Está bien —dijo Jurgis por fin—; iré a verla.

Alena, entonces, mencionó unas señas que correspondían a Clark street y agregó:

—No hace falta que te diga dónde vivo yo, pues Marija conoce mi paradero.

Y, como no había más que decir, Jurgis se alejó en la dirección indicada. Llegó a un edificio de piedra, de aspecto señorial. Había una puerta, que correspondía al sótano, y Jurgis tiró de la campanilla. Atendió la llamada una muchacha de color, casi una niña, que entreabrió la puerta no más de una pulgada y examinó a Jurgis con desconfianza.

—¿Qué quieres? —averiguó.

—¿Vive aquí Marija Biarczynskas? —dijo Jurgis.

—No lo sé —respondió la muchacha—. ¿Qué quieres de ella?

—Deseo verla —replicó él—. Soy pariente suyo.

Tras un instante de vacilación, la muchacha abrió la puerta y dijo:

—Pasa. Iré a ver. ¿A quién debo anunciar?

—Dígale que se trata de Jurgis.

La muchacha desapareció escaleras arriba para regresar transcurridos un par de minutos.

—No hay nadie aquí que responda a ese nombre —declaró al llegar.

A Jurgis le dio un vuelco el corazón.

—Me han asegurado que eran éstas las señas —exclamó entonces.

Pero la chica se limitó a sacudir la cabeza.

—Mi señora dice que aquí no hay nadie que responda a ese nombre —insistió.

Jurgis se detuvo un instante, indeciso, anonadado. Luego se volvió, dispuesto a marcharse. Mas alguien, en ese preciso momento, llamó a la puerta con los nudillos y la muchacha corrió a abrir. En seguida se oyó ruido de pasos y, luego, un grito de la chica que, un segundo más tarde, llegó corriendo, lívida de espanto, y, sorteando a Jurgis, se precipitó escaleras arriba al tiempo que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: «¡La policía! ¡La policía! ¡Está aquí la policía!».

CAPÍTULO XXX

Aturdido, Jurgis no supo qué hacer en ese momento. Pero, luego, al ver hombres de uniforme azul que avanzaban presurosos hacia él, se abalanzó hacia la escalera para seguir los pasos de la muchacha. Las voces de la criada habían hecho cundir el pánico en la planta superior. La casa estaba llena de gente que empezó a correr, tan pronto irrumpió la muchacha en el pasillo del piso alto, en todas direcciones gritando y dando voces de alarma. En esa actitud vio Jurgis hombres y mujeres; ellos, en su mayor parte, vestían batines, y las mujeres sólo tenían puestas prendas interiores; unas más y, otras, menos. A un lado del pasillo Jurgis entrevió una sala grande, con sillas tapizadas de felpa y mesas cubiertas de vasos y bandejas. Había naipes esparcidos por el suelo y también botellas que rodaban sobre la alfombra, derramando su contenido, luego que una mesa fuese derribada. Dos hombres trataban de auxiliar a una joven que se había desmayado y otros, acaso una docena, se agolpaban en dirección a la puerta principal.

En seguida, sin embargo, resonó ésta bajo una tanda de fuertes golpes, por lo que el tropel de los que huían reculó. En ese mismo instante apareció, corriendo escaleras abajo, una mujer robusta, con pintura en las mejillas y brillantes en las orejas.

—¡Por atrás! ¡Deprisa! —exclamó jadeante.

Y, seguida por Jurgis, salió mostrando el camino que conducía a la cocina a través de una escalera posterior. Al llegar allí, la mujer accionó un resorte. Una alacena que se despegó de la pared dejó al descubierto un pasadizo oscuro.

—¡Por ahí! —indicó la mujer a los fugitivos, que ahora se

acercaban a la treintena.

Todos se internaron en el pasaje, mas, apenas el último había desaparecido en su interior, se oyó un clamor y el aterrado tropel comenzó, otra vez, a retroceder gritando: «¡También llegan por ahí!», «¡Estamos atrapados!».

—¡Por la escalera! —voceó entonces la mujer.

De nuevo se agolpó, precipitada, la muchedumbre, hombres y mujeres jurando, chillando y batiéndose por ganar la delantera. Así salvaron uno, dos, tres tramos de escaleras hasta alcanzar el último descansillo, donde había una escala de mano, a cuyo pie se apiñaron los fugitivos mientras uno de los hombres trataba, encaramado en el último peldaño, de alzar la trampilla. Era en vano el intento, y entonces, al pedirle la mujer que soltase el gancho del cierre, el otro contestó:

—¡Y bien suelto que está! Pero hay alguien sentado encima de la puerta.

Un instante más tarde, una voz surgida del piso bajo anunciaba:

—Señores, en su lugar yo me dejaría de artimañas. No estamos aquí para jugar.

Eso hizo que los huéspedes de la casa desistieran de su empeño. Poco después, varios agentes ganaban la parte alta de las escaleras y comenzaban a inspeccionar el contorno y, también, con miradas de soslayo, a sus presas. De éstas, los hombres, en su mayoría, parecían asustados y corridos de vergüenza. Las mujeres, en cambio, tomaban la cosa a broma, como si no les viniera de nuevas; aunque, de haber palidecido, nadie lo hubiera notado tampoco, cargadas de maquillaje como llevaban las mejillas. Una de las chicas, de ojos negros, se encaramó en lo más alto del barandal y, calzada con chinelas como iba, comenzó a largar puntapiés contra los cascos de los policías, hasta que uno de ellos, agarrándola por el tobillo, la apeó de su emplazamiento. En el piso inferior, cuatro o cinco chicas que habían buscado asiento encima de baúles sacados al pasillo se burlaban de la procesión que discurría por aquel lado de la casa. Su hilaridad y su bullicio eran clara prueba de que habían estado bebiendo. Una de ellas, que lucía un quimono de un rojo brillante, lanzó una voz que ahogó todos los demás ruidos del corredor. Jurgis volvió la mirada hacia ella y tuvo un estremecimiento.

—¡Marija! —exclamó.

Ella se dio vuelta al oírle, y pareció contraerse y retroceder. Luego, saltando al suelo, no pudo disimular su asombro.

—¡Jurgis! —exclamó.

Durante un par de segundos quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué haces aquí? —habló ella por fin.

—He venido a verte —respondió Jurgis.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un minuto.

—Pero ¿cómo sabías? ¿Quién te dijo dónde encontrarme?

—Alena Jasaitis. Me la encontré en la calle.

A esto siguió un nuevo silencio que ambos dedicaron a examinarse mutuamente. Pero, como la gente empezaba a mirarles, Marija avanzó más hacia él.

—Pero ¿y tú? —continuó Jurgis—. ¿Vives aquí?

—Sí —respondió Marija—, aquí vivo.

A esto, bruscamente, una voz gritó desde el piso bajo:

—¡Esas chicas! ¡A ver si se visten un poco y se ponen en marcha! Mejor será que no os demoréis o nos enfadaremos, porque afuera está lloviendo.

Alguien soltó un «¡Brrrr!». Las chicas que permanecían sentadas encima de los baúles echaron pie a tierra y desaparecieron en seguida tras las distintas puertas que flanqueaban el pasillo.

—Ven —dijo Marija.

Y llevó a Jurgis a su habitación, un reducido espacio, de como mucho siete yardas cuadradas, donde, además de un catre y una silla, podía verse un pequeño tocador. Había, también, unos cuantos vestidos colgados detrás de la puerta y varias prendas, diseminadas por el suelo. El desorden era total. Había tarros de colorete y frascos de perfume encima del tocador mezclados con sombreros y platos sucios, y la única silla de la habitación daba soporte a un par de chinelas, un reloj y una botella de whisky.

Marija no llevaba encima más que el quimono y un par de medias, pero eso no le impidió proceder a vestirse enfrente de Jurgis sin tomarse siquiera la molestia de cerrar la puerta. Él, por supuesto, había tenido suficiente para comprender en qué clase de lugar se encontraba y, habiendo visto ya tanto mundo, eran pocas las cosas que podían causarle espanto. Y, sin embargo, ver a Marija entregada a una vida semejante no pudo menos de causarle un

estremecimiento de dolor. En su casa habían sido siempre gente decente y el solo recuerdo de otros tiempos debía haberle servido a Marija de guía y de freno. Pero, luego, se rió de sí mismo. ¿Quién era él para invocar la decencia?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó entonces.

—Cosa de un año —respondió ella.

—¿Por qué te metiste en esto?

—Tenía que vivir —fue su respuesta—. Y no podía ver a los niños morirse de hambre.

Jurgis hizo una pausa y dedicó a Marija una larga mirada.

—¿Te habías quedado sin trabajo? —averiguó por último.

—Enfermé —contestó ella—, y eso hizo que me quedara sin dinero. Elzbieta enfermó también y, luego, al morir Stanislovas…

—¡Que ha muerto Stanislovas!

—Sí —respondió Marija—. Olvidé que tú no lo sabías.

—¿Cómo ocurrió?

—Se lo comieron las ratas —dijo Marija.

Jurgis contuvo el aliento.

—¿Comido… por las ratas?

—Así es —asintió Marija que atendía, en ese momento, a los cordones de sus botas, doblada de medio cuerpo—. Estaba trabajando en una fábrica de aceite, aunque el trabajo no consistiese en otra cosa que ir a buscar cervezas para los obreros. La transportaba en latas, que colgaba de una pértiga larga, y solía tomar un trago de cada recipiente. Pero un día se pasó de la medida y se quedó dormido en un rincón antes de que cerrasen el establecimiento, de manera que se quedó atrapado allí toda la noche. Cuando lo encontraron, las ratas no habían dejado gran cosa de su cuerpo.

Jurgis se había quedado paralizado de espanto en su asiento. Marija continuó con los cordones de sus botas. Se produjo, entonces, un largo silencio.

Cuando menos lo esperaban, un corpulento policía apareció junto a la puerta.

—¡A ver si nos damos prisa! —exclamó.

—Hago lo que puedo —respondió Marija al tiempo que comenzaba a ponerse con grandes prisas el corsé.

—Y los demás, ¿siguen vivos? —preguntó Jurgis.

—Sí —respondió ella.
—¿Dónde están?
—Viven cerca de aquí. Ahora están bien.
—¿Trabajan?
—Elzbieta lo hace —respondió Marija—, siempre que puede. Pero yo me ocupo de ellos. Ahora gano mucho.
Jurgis guardó un momento de silencio.
—¿Saben ellos dónde vives y… la clase de vida que llevas? —preguntó.
—Elzbieta, sí. A ella no hubiera podido mentirle —dijo Marija—. Y es posible, desde luego, que también los chicos lo sepan, a estas alturas. Pero no hay por qué avergonzarse, cuando no se puede evitar…
En ese momento Marija se abrochaba el vestido ante el espejo. Jurgis permanecía en su asiento, mirándola. Le costaba creer que fuese la misma mujer que había conocido en otros tiempos. ¡Había tanta indiferencia, tanta dureza en ella! Según la contemplaba, se sintió sobrecogido por la impresión. Entonces, inopinadamente, ella se volvió hacia él y lo midió con la mirada.
—Al parecer, tampoco a ti te han ido bien las cosas —dijo.
—Es verdad —confesó Jurgis—. Estoy sin un céntimo y tampoco tengo trabajo.
—¿Dónde has estado?
—Un poco por todas partes. Primero vagabundeé por ahí y, luego, volví a los mataderos, justo antes de que empezara la huelga —hizo una pausa, y después añadió indeciso—. Hice indagaciones y me enteré de que habíais marchado. Nadie sabía adónde. Seguramente pensaréis, Marija, que os jugué una mala pasada al quitarme de en medio como lo hice…
—No —respondió ella—. No te culpo de nada. Ninguno de nosotros lo hemos hecho. Tú diste de ti cuanto podías. Sólo que la tarea era superior a nuestras fuerzas.
Se detuvo entonces y, luego, añadió:
—Éramos excesivamente ignorantes. Eso nos perdió. No teníamos ninguna posibilidad de salir airosos. Si yo hubiera sabido entonces lo que ahora sé, las cosas habrían rodado de otra manera.
—¿Quieres decir que habrías adoptado esta vida? —intervino Jurgis.

—Sí —respondió ella—. Pero no me refiero a eso. Me refiero a ti y a tu conducta para con Ona. ¡Qué distinta podría haber sido!

Jurgis guardó silencio. Él nunca había mirado el problema desde ese punto de vista.

—Cuando la gente se está muriendo de inanición —prosiguió Marija—, y atesoran, sin embargo, cosas de valor, su obligación, me parece, es venderlas. Pero hay lecciones que no se aprenden hasta que es demasiado tarde. Cuando todo nos iba tan mal, Ona pudo haber sacado adelante a la familia.

Hablaba Marija con un acento falto de emoción, con todo el aire de la persona que ha acabado por ver tan sólo el lado mercantil de las cosas.

—Sí… supongo que llevas razón —contestó vacilante, sin referirse a los trescientos dólares y el puesto de encargado sacrificados por el placer de un segundo enfrentamiento con el capataz Connor.

En ese momento el policía se asomó de nuevo a la puerta.

—¡Vamos ya! —exclamó—. ¡Rapidito!

—En seguida —respondió Marija según echaba mano del sombrero, una cosa gigantesca, con plumas de avestruz por todas partes.

Salió entonces al pasillo, Jurgis caminando en pos de ella, mientras el policía entraba en el cuarto para cerciorarse de que no había quedado nadie bajo la cama ni detrás de la puerta.

—¿En qué terminará todo esto? —dijo Jurgis, según enfilaban las escaleras.

—¿Te refieres a lo de la policía? ¡Oh, no tiene importancia! Ocurre a cada dos por tres. La patrona está en conversaciones con la policía. Ignoro qué se traen entre manos, pero seguramente llegarán a un acuerdo antes de que termine la noche. A ti, de todas maneras, no te pasará nada. Nunca detienen a los hombres.

—A los demás, tal vez —intervino Jurgis—; pero yo no saldré tan bien parado.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy reclamado por la policía —explicó él bajando el tono, aunque la conversación era en lituano—. Mucho me temo que me puedan encerrar por un par de años.

—¡Joder! —exclamó Marija—. Aguarda. Tal vez consiga que te

suelten.

Al llegar al pie de las escaleras, donde se había congregado la mayor parte de los detenidos, Marija se abrió paso hacia la corpulenta mujer de los brillantes, a cuyo oído susurró unas palabras. La otra, entonces, se dirigió al sargento que dirigía la incursión.

—¡Eh, Billy! Ahí hay uno —dijo, señalando a Jurgis— que sólo trataba de visitar a su hermana. Acababa de llegar, cuando vosotros llamasteis a la puerta. No arrestáis vagabundos, ¿o no es así la cosa?

El sargento rompió a reír mientras se volvía hacia Jurgis.

—Lo siento —dijo—; pero las órdenes son de llevarse a todo el mundo, excepto a la servidumbre.

Así pues, Jurgis se sumó al grupo de los hombres, que aparecían, todos, empeñados en refugiarse detrás del vecino, a la manera de los corderos que han olido un lobo. Había, entre los detenidos, viejos y jóvenes; junto a muchachos que aún no habían acabado sus estudios, vetustos caballeros de barba blanca, con edad suficiente para ser sus abuelos. De éstos, muchos vestían traje de etiqueta y otras ropas de calle; pero ningún atuendo, a excepción del de Jurgis, denotaba pobreza.

Finalizado el registro se procedió a abrir las puertas y la comitiva salió a la calle. Tres furgones celulares aguardaban junto al bordillo. El barrio entero había acudido a presenciar el divertido espectáculo. Entre los detenidos, las mujeres gastaban chanzas o alzaban la cabeza con aire de reto en beneficio de los curiosos, que rumoreaban asomándose por todas partes; los hombres, en cambio, caminaban cabizbajos, los sombreros encasquetados para mejor protegerse el rostro. Luego subieron a los furgones, apretujándose, como el público de los tranvías. Finalmente, la expedición partió bajo una salva de aclamaciones. Al llegar a la comisaría, Jurgis, que al identificarse había dado un apellido polaco, fue conducido a un calabozo en compañía de cinco o seis de los otros detenidos; y mientras éstos, ya acomodados, se dedicaban a comentar en voz baja, él se retiró a un rincón y se entregó a sus pensamientos.

Tras haber sondeado la sima de la sociedad hasta sus más profundos estratos, Jurgis había acabado por habituarse a todos los espectáculos que aquélla ocultaba. Convencido de que no había sino vileza y podredumbre entre la humanidad, siempre, sin embargo,

había situado a su familia al margen de ese juicio, acaso movido a ello por la fuerza del afecto. Y ahora, de pronto, el espantoso descubrimiento: ¡Marija convertida en una puta y Elzbieta y los niños viviendo a expensas de su vergüenza! Y, por mucho que razonase consigo mismo hasta persuadirse de que más reprobable había sido su propia conducta, por mucho que se repitiese que sus escrúpulos eran ridículos, no conseguía sobreponerse a la terrible impresión de aquel inopinado hallazgo, ni podía impedir que le colmase de congoja. ¡Qué conmoción sentía en lo más íntimo de su ser! ¡Cuántos recuerdos olvidados al extremo de creerlos extintos cobraban ahora nueva vida! Todos los ecos del pasado se reproducían en su mente: ¡los viejos anhelos, las esperanzas y los sueños de una existencia digna, libre de toda servidumbre! De nuevo oyó la voz de Ona y percibió su imagen y sus súplicas. Volvió a su mente la estampa de Antanas, su pequeño, y todos sus planes de hacer de él un hombre. Vio a su anciano padre, cuyo amor incomparable les había colmado de bendiciones. Con verismo atroz revivió el aciago día en que le fuera revelada la deshonra de Ona. ¡Oh, Dios, cuánto, cuánto había sufrido! ¡Cuánta su locura! ¡Qué dolor indecible había experimentado entonces sin sospechar siquiera que un día, sentado junto a Marija, habría de darle la razón cuando ella le calificase de necio por no haber accedido a vender la honra de su esposa y vivir a sus expensas! También el recuerdo de Stanislovas y su espantoso fin acudió a hostigarle. ¡Y en qué forma lo había resumido todo Marija; qué fría, qué desapasionada narración, y cuánta indiferencia la suya! ¡Pobrecito chico, con sus dedos mutilados por la congelación, con su horror ante el frío! La voz lastimera del chaval acosaba a Jurgis de tal forma que aun allí, en el oscuro rincón del calabozo, acabó el sudor por perlarle la frente. Una y otra vez, todo su ser se estremecía de espanto al imaginar a Stanislovas atrapado en el desierto edificio, luchando contra las ratas que lo devoraban.

El alma de Jurgis había dejado de ser sensible a emociones semejantes; las torturas que le habían inferido quedaban tan lejanas que ni siquiera creía posible volver a experimentarlas. Indefenso, prendido como estaba en una trampa, ¿qué beneficio podía esperar de ellas, con qué objetivo permitir su regreso? Todos sus esfuerzos de los últimos tiempos los había consagrado a combatirlas y

extirparlas de su ser. Y nunca hubieran conseguido mortificarle otra vez de no haberle tomado, como ahora, por sorpresa, de no haber caído sobre él sin darle tiempo de defenderse. Pero, abatida la guardia, anonadado él por el golpe, las viejas voces, las antiguas imágenes reaparecían. Los olvidados fantasmas le llamaban y le tendían los brazos. La escena, sin embargo, era lejana y borrosa, y había en medio un negro foso insondable; los espectros acabarían por diluirse nuevamente en las brumas del pasado. Sus voces se extinguirían, jamás volvería a escucharlas. Y, así, el último vestigio de nobleza que subsistía en su alma dejaría de existir para siempre.

Capítulo XXXI

Después del desayuno, Jurgis fue conducido a la sala del tribunal, que aparecía repleta de gente. A los detenidos se habían sumado los curiosos, y a éstos los que acudían con la esperanza de reconocer a alguno de los hombres y utilizar el hecho como base para un chantaje. En primer lugar comparecieron los hombres, quienes, después de recibir una reprimenda colectiva, fueron puestos en libertad. Jurgis, en cambio, fue llamado separadamente, por considerarse su caso —qué alarma no sentiría él— un tanto sospechoso. El tribunal era el mismo donde había sido juzgado en aquella ocasión en que se vio «suspendida» su condena, y juez y secretario eran, también, los de entonces. Este último dirigió a Jurgis una mirada que sugería reconocimiento; pero el juez no pareció sospechar nada, cosa fácil de comprender, teniendo en cuenta que, en ese mismo instante, toda su atención estaba concentrada en cierto mensaje telefónico que debía recibir. La llamada iba a efectuarla un amigo del jefe de policía del barrio, para darle instrucciones en relación con el caso de «Poli» Simpson, que era como llamaban a la propietaria del burdel objeto de la incursión. El juez, entretanto, escuchaba lo referente a la visita que Jurgis hacía a su hermana en el momento en que apareció la policía y, después de recomendarle secamente que mantuviese a las mujeres de la familia en lugares más apropiados, lo puso finalmente en libertad y procedió a sancionar a las chicas con multas de cinco dólares, que fueron abonadas de un fajo que «Poli», la madame, se había sacado de la liga.

Aguardó en la calle a que saliera Marija y la acompañó hasta la

casa, que encontraron vacía de policías y visitada, en cambio, por los primeros clientes. Antes de caer la noche, el establecimiento funcionaría de nuevo con plena normalidad, como si nada hubiese sucedido. Marija le invitó entonces a subir a su cuarto, donde se acomodaron para charlar. A la luz del día, Jurgis pudo apreciar que el color que ahora mostraban sus mejillas no era el de antaño, producto de una robusta salud. Bien al contrario, su piel había tomado el tono amarillento de la cera y estaba ojerosa.

—¿Has estado enferma? —preguntó él.

—¿Enferma? —repitió Marija—. ¡La hostia! —ahora juraba como un carretero o un estibador—, ¿es que puede una gozar de salud con una vida semejante?

Hizo, entonces, una pausa al cabo de la cual, fija y sombría la mirada ante sí, declaró:

—Es la morfina. Cada día, por lo que parece, la necesito en mayor cantidad.

—¿Y por qué la tomas? —indagó Jurgis.

—No sabría decirlo. Será porque forma parte de esto. Y, si no fuera eso, sería la bebida. Si las chicas no bebiesen, no habría una que soportase esta vida ni un instante. Cuando llega una nueva, lo primero que hace la patrona es administrarle drogas y así es como contraen el hábito. Primero, por combatir jaquecas y cosas parecidas y, más tarde, porque tienen el hábito. Yo lo tengo, me consta. He intentado dejarla. Lo he probado con todas mis fuerzas, pero sé que, mientras continúe aquí, no lo conseguiré.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir con esto? —preguntó Jurgis.

—No lo sé —respondió ella—. No creo que lo deje nunca. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—¿No ahorras nada?

—¡Ahorrar, dices! —exclamó Marija—. ¡Dios mío, claro que no! Gano mucho, desde luego; pero todo desaparece. Voy a medias con la casa en los cinco dólares que paga el cliente. Hay noches que mis comisiones alcanzan veinticinco y hasta treinta dólares; ¡lo bastante para poder ahorrar, digo yo! Pero entonces aparecen los cargos en concepto de hospedaje y comida… ¡y a qué precios; no lo creerías! También tengo que pagar los extras, y las bebidas; cualquier cosa que encargue, e incluso muchas que ni siquiera veo. Nada más que por el lavado de mi ropa pago una factura de casi veinte dólares

semanales; ¿habías oído nunca una cosa semejante? Pero ¿qué puedo hacer yo? Hay que aceptarlo o marcharse, sin más alternativa. Y adondequiera que fuese las cosas serían iguales. No me queda otra opción, si quiero ahorrar los quince dólares que semanalmente le doy a Elzbieta para que los chicos puedan ir a la escuela.

Durante un minuto permaneció en silencio, como si reflexionara. Luego, advirtiendo que Jurgis la escuchaba con interés, prosiguió:

—De eso se valen para retener a las chicas. Primero hacen que contraigan deudas y, luego, no pudiendo cancelarlas, tienen que quedarse. Es el caso de tantas jóvenes extranjeras, que llegan sin experiencia, sin conocer una palabra de inglés y caen en cualquier lugar como éste. Cuando reaccionan y quieren marcharse, la dueña les enseña facturas a su cargo por un par de cientos de dólares, las despoja de toda su ropa y las amenaza con denunciarlas a la policía, si se niegan a permanecer en la casa y hacer lo que se les mande. Las chicas, pues, no tienen más remedio que quedarse y cuanto más prolongan la estancia tanto más aumentan sus deudas. A menudo, las que caen en la trampa son infelices que vienen engañadas con un contrato como sirvientas. ¿Te fijaste antes en la muchacha rubia que tenía a mi lado en el tribunal?

Jurgis asintió.

—Es una francesa que vino a América hace cosa de un año. Trabajaba como empleada de unos almacenes y, al llegar, aceptó el puesto que le dio un desconocido: obrera en una fábrica de Chicago. La chica viajaba con un grupo de otras cinco y todas vinieron a parar a una casa de esta misma calle. Allí la encerraron en una habitación, le pusieron un narcótico en la comida y, al despertarse, comprobó que la habían violado. Se deshizo, entonces, en lágrimas y gritos y, en su desesperación, se arrancaba los cabellos. Pero, como no le habían dejado más ropa que una bata, tuvo que quedarse en la casa, hasta que, a fuerza de drogas, consiguieron torcer su voluntad. Permaneció allí durante diez meses sin salir una sola vez a la calle y luego la echaron, alegando que no servía. No creo que dure mucho aquí, porque ha abusado de la absenta y le dan ataques de locura. De todas las chicas que la acompañaban, sólo una consiguió escapar y lo hizo arrojándose a la calle desde la ventana de un segundo piso. Hubo un gran escándalo a raíz de eso;

no sé si llegaste a enterarte…

—Sí —respondió Jurgis—; me enteré más tarde.

La cosa había sucedido en el local adonde él y Duane habían corrido a refugiarse después de asaltar al «cliente de provincias». Por suerte para la policía, la muchacha había perdido la razón.

—Yo también he visto cosas como éstas. Conocí a un hombre que sacaba cuarenta dólares por cabeza de cada una de las chicas que iba a buscar a Nueva York —añadió Jurgis.

—Hay mucho dinero mezclado en esto —continuó Marija—. Las traen de todas partes. De las diecisiete que hay aquí, nueve proceden de países distintos, y en algunos lugares la diversidad de nacionalidades es todavía mayor. Aquí tenemos seis francesas; supongo que eso se debe a que la dueña habla su idioma. De todas formas, son las peores compañeras, exceptuando a las japonesas. La casa de al lado está llena de japonesas. Yo no aceptaría vivir bajo el mismo techo ni con una sola.

Después de una breve pausa, Marija agregó:

—La mayoría de las mujeres que viven aquí son decentes en extremo. Si las conocieses, quedarías sorprendido. Yo pensaba que a esta clase de vida se llega por afición. ¡Qué error tan grande! ¿A quién se le ocurriría que una mujer obligada a entregarse al primer hombre que llega, viejo o joven, blanco o de color, puede, además, sentirse atraída por eso?

—Algunas afirman que así es —observó Jurgis.

—Me consta —replicó ella—, dicen lo que sea. Se saben atrapadas y sin posibilidad de escapar. Al principio, ninguna te lo negará, no soportan esta clase de vida. Nunca la habrían aceptado, de no empujarlas a ello la miseria. Conozco a una muchacha judía que trabaja aquí. Antes lo hacía, de recadera, en un taller de sombrerería; pero enfermó y perdió su empleo. A eso siguieron cuatro días de vagar por las calles sin un bocado que llevarse a la boca. Entonces se dirigió a una casa de la esquina y ofreció allí sus servicios. ¡Y no le dieron ni un pedazo de pan hasta que hubo entregado todas sus ropas!

Después de esto, y durante un par de minutos, Marija guardó silencio. Parecían embargarla sombríos pensamientos.

—¿Sabes algo acerca de Alena Jasaitis? —preguntó Marija después de un silencio.

—No —respondió Jurgis—, ella…

—Desde la semana pasada. Solía ser una mujer decente.

—Sólo cruce unas palabras con ella —siguió Jurgis—, parecía con prisa.

—Es muy infeliz —continuó Marija—. Lo lleva muy mal. Es muy orgullosa, ya sabes: tan hermosa. Pensaba que no era como el resto de las chicas. Supongo que la gente anda diciendo que se metió en esto porque es mala. Quizá. Ella se vendió por causa de sus dientes.

—¿Sus dientes?

—Sí, para no perderlos. Fue muy extraño. Después de que el joven Raczius la abandonara, comenzó a salir con Higgins, su encargado. Él no tenía intención de casarse con ella y ella lo sabía, pero le hacía regalos y la sacaba por ahí, de paseo. Pienso que ella consideraba que podía valérselas por sí misma. Un día le entró un terrible dolor de muelas y fue a un dentista. Él le dijo que sus dientes estaban en un estado lamentable y, si no cuidaba de ellos, los perdería. El tratamiento le costaría cincuenta dólares. Alena no ahorraba nada, porque se lo gastaba todo en ella: siempre vestida como una señora, ya sabes. Quizá pensó que le iba a ir bien y que ya saldría adelante cuando llegara el momento. Entonces su hermano enfermó y ella se tuvo que hacer cargo de la familia. Entonces va el dentista y le dice que tienen que quitarle la dentadura entera y ponerle una postiza: le iba a costar catorce dólares y él estaría encantado de que ella pusiera de su parte. A Alena casi se le salen los ojos de las órbitas: le dolían horriblemente los dientes, pero no se hacía a la idea: la habría desfigurado para toda su vida, ¿entiendes? Al final concertó una cita al dentista, pero no se pudo quedar callada y se lo contó a Higgins. Él, que era muy formal, le dio los cincuenta dólares. Esa noche se la llevó a un hotel y ella no pudo negarse. Poco después ella dejó Packingtown y se fue a vivir con él a su piso, pero hace un par de meses él llevó a otra chica a su piso: Alena no pudo aguantar esa situación y se largó. Luego se puso a buscar trabajo y, como no lo encontró, comenzó a hacer la calle por su cuenta. La policía la detuvo la primera semana: una mujer no puede hacer la calle por su cuenta en Chicago, ¿sabes?, porque tiene que pagarles a los policías más de lo que puede ganar, de modo que Alena terminó en una casa cerca de Custom-House Place y ahí acabarán con todo su orgullo.

Marija se sentó y durante un par de minutos se quedó pensativa y sombría.

—Háblame de ti, Jurgis —dijo de pronto—. ¿Qué ha sido de tu vida?

Y él comenzó a narrarle la larga historia de sus correrías a partir del momento en que abandonó el hogar. Le habló de sus peripecias de vagabundo, de su trabajo en los túneles del ferrocarril de mercancías y de su accidente. También se refirió a Jack Duane y a los Wheeler, a su carrera política en los mataderos; por último le habló de su tropiezo y de todas las amarguras que con él le habían sobrevenido. Marija escuchaba con interés y cercanía. El relato de miseria y hambre no requería pruebas. Su rostro daba cumplido testimonio de ello.

—Has dado conmigo lo que se dice en el momento crítico —apuntó Marija—. Estoy a tu lado. Yo te ayudaré hasta que consigas un trabajo u otro.

—Yo no puedo aceptar… —comenzó él.

—¿Por qué no? ¿Porque trabajo aquí?

—No, no se trata de eso —replicó Jurgis—. Es por… haberos abandonado como lo hice.

—¡Qué tontería! —exclamó Marija—. Ni lo pienses siquiera. Yo nunca te he culpado. —Y después de un breve silencio, prosiguió en otro tono—. Debes de tener hambre. Quédate a almorzar. Pediré que nos suban algo.

Pulsó, entonces, un timbre. Una mujer de color acudió a la llamada y tomó el encargo.

—Es muy agradable tener alguien que nos sirva —comentó ella con una risa según se reclinaba en la cama.

Como el desayuno de la comisaría no se había caracterizado por lo copioso, Jurgis hizo honor al almuerzo con excelente apetito. Fue una pequeña fiesta para los dos, animada por comentarios que se referían a Elzbieta, a los chicos y a los días de antaño. Poco después de haber dado cuenta de la comida, una segunda muchacha de color acudió con el recado de que Madame solicitaba a Marija, o «Mary, la lituana», como la llamaban allí.

—Eso significa que debes marcharte —dijo Marija volviéndose hacia él.

Jurgis se puso en pie, y ella, entonces, le dio las nuevas señas de

la familia: una casa de vecindad situada en el distrito del gueto.

—No dejes de ir —dijo ella—. Se alegrarán mucho de verte.

Jurgis, sin embargo, daba muestras de vacilar.

—No me atrevo, Marija. De veras. ¿Por qué no me prestas un poco de dinero y me das ocasión de que encuentre trabajo antes de ir?

—¿Para qué quieres el dinero? —replicó Marija—. Según yo lo veo, lo que tú necesitas es algo de comida y un sitio donde dormir, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas —contestó él—; pero me cuesta recurrir a la familia, después de mi abandono, y así sin trabajo, y encontrándote tú… estando tú…

—¡Lárgate ya! —exclamó Marija apartándolo de un empujón—. ¿Qué significa esa palabrería? No pienso darte dinero —agregó según le acompañaba a la puerta—. Te lo gastarías en beber y el favor no haría sino perjudicarte. Aquí tienes veinticinco centavos. Cógelos y ve a ver a la familia. Tendrán tanta alegría cuando te vean que no habrá ocasión de sentirse avergonzado. Y ahora ¡adiós!

Así abandonó Jurgis la casa y, una vez en la calle, según caminaba, comenzó a dar vueltas a la idea. Primero tenía intención de ir y encarar la situación, luego, no. Se acercaba, luego se alejaba. Le resultaba curioso mirar atrás, como sucedería más tarde, cuando se dio cuenta de la importancia de la cuestión que se estaba dirimiendo entonces. Finalmente decidió que, en primer lugar, debía encontrar trabajo. Y en ese propósito invirtió el resto del día, errando de una fábrica en otra y de almacén en almacén, sin obtener el menor resultado. Más tarde, próximo ya el anochecer, resolvió visitar a la familia; pero entonces, habiendo encontrado un restaurante en su camino, entró y gastó sus veinticinco centavos en una cena, y más tarde, al salir, cambió de parecer. La noche era apacible y le pareció mejor pasarla en cualquier parte y prolongar así, llegada la mañana, sus posibilidades de encontrar ocupación.

Emprendió, pues, la marcha sin detenerse hasta que, habiendo alzado casualmente la mirada, se dio cuenta de que había enfilado la misma calle y cruzado ante el mismo local donde asistiera, la víspera, al discurso político. Frente a la sala no había ahora rastro de linternas rojas, ni tampoco de ninguna banda de música, pero sí advirtió un cartel que anunciaba una reunión, y un río de gente que

afluía a la entrada. Un segundo le bastó para decidirse a entrar. Acomodado en la butaca podría, mientras descansaba, determinar qué acción emprender. No viendo a nadie que recogiese boletos, concluyó que, al igual que la noche anterior, la asistencia debía de ser gratuita.

Al entrar observó que esta vez no había adornos en la sala y que apenas quedaban butacas libres. Acomodado en una de las pocas localidades que permanecían desocupadas al fondo, se olvidó enteramente de lo que le rodeaba. ¿Pensaría Elzbieta que era vivir a sus expensas lo que se proponía con su regreso, o se daría cuenta de que su intención era trabajar y de nuevo contribuir al sostenimiento de la familia? ¿Le acogería bien, o le afearía su conducta? ¡Qué no daría por conseguir un empleo antes de presentarse! ¿Por qué no habría accedido el encargado de aquel almacén a darle una oportunidad?

Una súbita, tumultuosa ovación del público, le forzó en ese punto a alzar la cabeza. La sala aparecía abarrotada de gente. Hombres y mujeres, algunos en pie y apiñados junto a la misma salida, saludaban con pañuelos, voces y jubilosos gritos. El alboroto obedecía, sin duda, a la aparición del conferenciante; ¡qué manera de hacer el ridículo, aquella gente! ¿Qué esperaban obtener de todo aquello? ¿Qué podían importarles las elecciones, o el mismo gobierno del país? Jurgis sabía qué se ocultaba entre las bambalinas del teatro político.

Volvió a concentrarse en sus pensamientos, esta vez turbado por una nueva circunstancia: el hecho de que, atestada como estaba la sala, sería imposible abandonarla antes de que concluyese el acto y, para entonces, sería demasiado tarde para realizar la planeada visita. No le quedaría, pues, otro remedio que componérselas lo mejor posible para pasar la noche en la calle. Eso sería, tal vez, lo mejor. Si esperaba a la mañana siguiente, los chicos andarían en la escuela cuando él llegase y, de esta forma, Elzbieta y él podrían hablar con tranquilidad. Ella había hecho siempre gala de buen sentido y, ya que sus intenciones, en verdad, eran enteramente sinceras, no resultaría difícil conseguir que le aceptase. Además, Marija estaba de su lado y ella, al fin y al cabo, era quien les procuraba la subsistencia, cosa que no vacilaría en recordar a Elzbieta, si su acogida resultaba desconsiderada.

Cerca de dos horas llevaba Jurgis sumido en tales reflexiones cuando, por fin, advirtió los mismos síntomas de lo que había motivado, la víspera, el incidente de la expulsión, nada airoso, por cierto. La intervención del orador no se había interrumpido ni por un momento y, según el auditorio prorrumpía ahora en vítores y aplausos, se percató de que los ruidos de la sala empezaban a cobrar distinta sonoridad, al tiempo que las ideas iban espesándose en su cabeza, y ésta a vacilar y ladearse. Igual que la víspera, varias veces estuvo a punto de sucumbir a la somnolencia, a cuyos embates reaccionaba con tenacidad, resuelto a superarlos. Pero reinaba en la sala una temperatura muy agradable y la larga caminata, sumada a la cena, le causaba una fatiga invencible, hasta que por fin, hundida la cabeza hacia adelante, entornó, derrotado, los ojos.

También esta vez le despertó la presión de un codo en el costado. Presa del pánico, dio un salto en el asiento. También esta vez, sin duda, se había puesto a roncar. ¿Qué iría a ocurrir ahora? Un penosísimo esfuerzo le permitió fijar la vista al frente, hacia el lugar ocupado por el escenario, con todo el aire de no tener, ni poder concebir tampoco, ningún otro interés que el de lo que allí se desarrollaba. En su mente se representaban ya las exclamaciones de protesta y las miradas furibundas del público, seguidas por la aparición del policía que le agarraba sin contemplaciones por el cuello de la chaqueta. ¿O acaso disponía de una última oportunidad? ¿Irían, por ventura, a dejarle en paz esta vez? Así permaneció en su asiento, trémulo, en ansiosa expectativa.

Y, entonces, cuando menos lo esperaba, sonó en su oído, con amabilidad y dulzura, la voz de una mujer:

—Si prestases un poco de atención, camarada, es seguro que te interesaría —dijo.

Esta observación causó a Jurgis mayor sobresalto que ningún zarandeo de un policía. Como antes, siguió mirando fijamente ante sí; pero el corazón le había dado un vuelco. ¡Camarada! ¿Quién sería la que así le llamaba?

Después de una larga, larguísima espera, y sólo cuando estuvo seguro de no ser observado, lanzó con el rabillo del ojo una breve mirada a su vecina. La mujer era joven y sumamente hermosa. Iba muy bien vestida y todo su aspecto correspondía a lo que suele llamarse «una dama». ¡Y, sin embargo, le había tratado de

«camarada»!

Cautelosamente volvió un poco la cabeza a fin de poder verla mejor. Luego quedó fascinado, contemplándola. Su compañera parecía haberle olvidado por completo, fija ahora su mirada en la tribuna, desde la cual un orador dirigía al público la palabra. Jurgis percibía vagamente la alocución, pero todos sus sentidos continuaban atentos a la mujer que ocupaba la butaca vecina. Cuando, por fin, la miró directamente al rostro un sentimiento peculiar, casi de alarma, embargó su ánimo hasta que sus carnes se estremecieron. ¿A qué influjo, a qué emoción podía obedecer tal semblante? ¿Qué sucedería en la sala que justificase una actitud como la suya? Inmóvil, como petrificada en su asiento, las manos unidas en el regazo, pero crispadas al extremo de que sobresaliesen los tendones de sus muñecas, traslucía su cara la agitación y el desasosiego del que se debate contra algo o asiste, con el alma transida, a la lucha de otros. Un leve temblor hacía vibrar sus aletas nasales, y a intervalos se humedecía los labios con apasionada premura. Su pecho se alzaba, y retrocedía luego, por la fuerza de la respiración, mientras su excitación parecía subir y remontarse más y más alto para, después, semejante a una barquilla transportada por las ondas de un mar embravecido, descender nuevamente hasta el fondo. ¿A qué se debía aquello? ¿Qué estaba ocurriendo? Sin duda su conmoción estaba motivada por las palabras del hombre que ocupaba la tribuna. ¿Qué clase de individuo sería aquél y qué era, después de todo, lo que decía? Movido por esa curiosidad, se le ocurrió a Jurgis, por fin, dirigir su mirada al orador.

CAPÍTULO XXXII

Fue como encontrarse, de pronto, frente a algún soberbio espectáculo de la naturaleza; como asistir a los embates de una tempestad azotando un bosque profundo, o a la lucha de un navío zarandeado por la galerna. Jurgis se sintió invadido por una sensación rayana en el malestar, como de turbación, de desconcierto, de intenso azoramiento carente, sin embargo, de sentido. Era el orador un hombre flaco, de elevada estatura y semblante que corrían parejos, por lo macilento, con el del propio Jurgis. Una fina baba negra le cubría la mitad del rostro y dos cavidades, profundas y oscuras, parecían ocupar el lugar correspondiente a sus ojos. Hablaba velozmente y con gran vehemencia y determinación. Se movía, según fluía su palabra, de uno a otro lado del escenario, alzando los brazos hacia el público, como si quisiese alcanzar con ellos a cuantos componían su audiencia. Su voz era profunda, como la de los tonos graves de un órgano; pero pasó algún tiempo antes de que Jurgis, fascinado por la expresión de los ojos, reparase en ella o en lo que el orador decía. En un momento dado, sin embargo, tuvo la impresión de que el conferenciante se dirigía de forma personal a él, como si de entre todo el público hubiese elegido a Jurgis como depositario de sus declaraciones. Fue entonces cuando cobró súbita conciencia de esa voz que vibraba, trémula de emoción, afanosa, como si el dolor modulase sus acentos, como si el peso de las cosas inexpresables, las que están allende las palabras, la sofocara. Escuchándola, el ánimo quedaba paralizado, sujeto, transido.

—A mis palabras —decía el hombre en ese momento—

responderéis: «Sí, son ciertas esas cosas; pero hace tiempo que las conocemos»; u objetaréis otros: «Quizá llegue a realizarse todo eso; pero yo no lo veré, no alcanzaré sus beneficios». Y eso os basta para volver a la inercia del quehacer cotidiano, para entregaros de nuevo a la expoliación del poder económico, esa máquina gigantesca cuyos resortes alcanzan a todos los rincones de la tierra: la misma en que sois triturados para procurar provecho. Correréis a afanaros largas horas en beneficio ajeno. Y, mientras tanto, vivís en lugares miserables e inhóspitos, desempeñáis trabajos malsanos y peligrosos, os debatís contra el espectro del hambre y las privaciones, siempre acechados por los accidentes, por la enfermedad o la muerte. Y esa lucha se hace cada día más denodada, más cruel. Con cada nueva jornada crecen un poco las exigencias del trabajo y sentimos cerrarse un poco más sobre nosotros la mano férrea de las circunstancias. Transcurren meses, años acaso, y al final volvéis aquí y aquí me encontráis de nuevo apelando a vosotros, ávido de saber si las necesidades y la miseria han surtido por fin su efecto, si las injusticias y la opresión han conseguido abriros de una vez los ojos. Sigo y seguiré esperando, porque nada puedo hacer aparte de eso. No hay ningún desierto donde yo pueda esconderme para no ver esas cosas, ni puerto alguno que me ofrezca abrigo contra ellas. Aunque viajase a los mismos confines de la tierra, en ellos volvería a encontrar el mismo abominable sistema. Por todas partes, los gestos bellos y nobles de la humanidad, los sueños de los poetas al igual que los suplicios de los mártires, se verán siempre atados, siempre puestos al servicio de la Codicia rapaz y organizada. De ahí que haya renunciado a los regalos de la vida y a la felicidad, que haya vuelto la espalda a la salud y al prestigio para lanzarme al mundo y proclamar las heridas que llevo en mi espíritu. Por eso nada puede sellar mi boca: no lo pueden ni la pobreza ni la enfermedad, ni los odios ni los vilipendios, ni, tampoco, las amenazas o el escarnio; no hay prisión ni hostigamiento capaz de silenciarme, ni lo conseguirá poder alguno, de este mundo, o de otro entre cuantos han sido, son o pueden ser creados. Si esta noche fracaso, no me quedará sino probar mañana, sabiendo que la culpa ha de ser mía; porque si las visiones de mi alma llegasen a alcanzar expresión siquiera una vez, si las agonías que lo consumen pudieran ser vertidas al lenguaje

humano, ninguna barrera, ni aun las de los más ciegos prejuicios, podría oponérseles, ni habría una sola alma, entre las más indolentes, que no se alzase y emprendiera la acción. Esas visiones avergonzarían a los más cínicos y causarían espanto a los más egoístas; y, entonces, los que se complacen en la burla enmudecerían, y el fraude y la falsedad retrocederían a sus cavernas haciendo que la verdad saliese a la luz. Porque mi voz no es otra que la de los millones de seres que carecen de ella. Es la voz de los oprimidos que no tienen quien los consuele. Mi voz es la de los desheredados de la vida, los que no conocen tregua ni descanso; la de aquéllos para quienes la existencia es una prisión, un cuarto de tortura, una tumba. Mi voz reproduce la del niño que esta noche se afana en alguna plantación algodonera del sur rendido de fatiga, anonadado de angustia e incapaz de concebir otra esperanza que la de la fosa. Es mi voz la de la madre que está cosiendo a la luz de una bujía en el sotabanco de una casa de vecindad, húmedos de llanto los ojos, exhausto el cuerpo y con el espíritu atormentado por el hambre de sus pequeños. Yo invoco al hombre que, tendido sobre su miserable lecho de muerte, se debate contra la enfermedad hasta el último, agónico momento, sabiendo que los que deja tras de él, sus seres queridos, quedan abocados al exterminio. Hablo por la muchacha que en estos momentos recorre alguna calle de esta horrenda ciudad y, abatida, languideciendo de inanición, trata de optar entre el burdel y las aguas del lago. Hablo por boca de todos aquéllos, quienesquiera que sean y adondequiera que estén, que son arrollados por las ruedas asesinas del carro de la codicia. Clamo en favor del alma imperecedera del hombre que, surgido del polvo, trata de liberarse de sus prisiones, pugna por abatir el yugo de la opresión y la ignorancia y busca, a tientas, el camino que conduce a la luz.

El orador hizo una pausa. A ella siguió un breve silencio, no más largo que el tiempo que empleó el auditorio en recuperar el aliento para, en seguida, prorrumpir en un solo grito compuesto por mil voces. Jurgis permanecía en perfecto silencio. Inmóvil, rígido, la mirada fija en el orador, estaba trémulo y anonadado por el asombro.

De pronto, el hombre que ocupaba la tribuna alzó los brazos y de nuevo se hizo el silencio, con lo cual reemprendió su discurso:

—Esta noche apelo —dijo— a cuantos de vosotros, independientemente de vuestra condición, apreciáis la verdad; pero mi llamada va dirigida en particular a los obreros, a aquéllos para quienes los males que describo no representan un mero concepto sentimental con el que quepa entretenerse y jugar para, finalmente, ponerlo de lado y, tal vez, relegarlo al olvido, sino crudas e implacables realidades emparentadas con las fatigas cotidianas, con las cadenas que sujetan e inmovilizan sus miembros, con el látigo que se abate sobre sus lomos y con los hierros que les laceran el alma. ¡A vosotros me dirijo, obreros! A los trabajadores que, habiendo alzado este país, carecéis de voz en sus instituciones. A aquéllos cuyo destino es sembrar para que otros cosechen, trabajar y obedecer sin recibir más recompensa que la destinada a las bestias de carga, ni otro alimento y cobijo que el que os permita subsistir hasta la próxima jornada. Es a vosotros a quienes acudo con mi mensaje de salvación, a vosotros a quienes apelo. No desconozco la magnitud de lo que os pido, porque vuestra situación y vuestra vida han sido, en otro tiempo, las mías propias, y no hay hombre en esta sala que sepa más acerca de ellos. Yo he conocido la existencia del limpiabotas callejero que carece de hogar, se alimenta de mendrugos y pasa sus noches en la escalera de un sótano o bajo un carromato vacío. Sé lo que es esforzarse y anhelar y nutrir sueños esplendorosos para verlos, después, aniquilados; yo he visto las mejores galas de mi espíritu pisoteadas y envilecidas en el barro por las potencias bestiales que rigen el mundo. Sé, también, a qué precio adquiere un obrero los conocimientos; lo sé porque lo he pagado a costa del descanso y del alimento, del bienestar corporal y del sosiego del espíritu, a costa de la salud y casi de la vida misma. Por eso al comparecer ante vosotros para proclamar la esperanza y la libertad, para transmitiros imágenes que hablan de un nuevo mundo que aguarda ser creado, de nuevas tareas que piden ser emprendidas, no me sorprende encontraros avarientos y materialistas, indolentes e incrédulos. Que la desesperanza no haga mella en mí se debe a que también soy consciente de las fuerzas que operan detrás de esa actitud: a que sé lo que pueden el azote de la pobreza, el aguijonazo del desdén y el poderío de los amos, porque conozco la audacia de las dignidades y la altanería. No desfallezco porque siento la seguridad de que, entre los muchos que han

acudido a mí esta noche, y a despecho de toda la obcecación y la indiferencia que pueda encontrar mi llamada, por mucho que sean la simple curiosidad o el ánimo de criticar lo único que os ha hecho venir aquí, sé que entre vosotros ha de haber un hombre a quien el dolor y el sufrimiento han arrojado a la desesperanza, un hombre al que algún fortuito espectáculo de horror o de injusticia ha despertado con una brusca sacudida. Para él mis palabras tendrán el efecto del relámpago para el caminante que, avanzando en la oscuridad, ve iluminada la ruta y manifiestos sus peligros y obstáculos; de esa misma manera mis palabras resolverán sus problemas y arrojarán luz sobre sus dificultades. Y, caída la venda que cegaba sus ojos, libres sus miembros de los grilletes que los apresaban, ese hombre se alzará con un grito de gratitud y emprenderá la marcha, libre al fin. De él emergerá un hombre liberado de una esclavitud cuyas condiciones él mismo ha creado; un hombre que no volverá a caer en la trampa; un hombre invulnerable a los elogios e inaccesible a las amenazas; un hombre que, a partir de esta noche, avanzará en lugar de retroceder, que se aplicará a estudiar para comprender, que empuñará su espada para incorporarse a las filas de sus camaradas y hermanos; un hombre que llevará a los demás, como yo se la he llevado a él, la buena nueva y, con ella, el don precioso de la libertad y la luz, que no es propiedad mía ni suya, sino patrimonio del alma humana. ¡Obreros, trabajadores, camaradas, abrid los ojos y mirad en torno vuestro! Habéis vivido tanto tiempo en esclavitud que vuestros sentidos al presente están embotados y el alma se os ha quedado yerta; mas, aunque sólo sea una vez en vuestra vida, cobrad conciencia del mundo en que existís; arrancad los colgajos de sus costumbres y convencionalismos y contempladlo tal cual es, en su desnudez repugnante. ¡Cobrad conciencia de él, *cobradla*! Percataos del hecho de que esta misma noche, mientras nosotros estamos aquí, en las llanuras de Manchuria dos ejércitos hostiles se enfrentan el uno al otro; en este preciso instante, según vosotros escucháis y hablo yo, un millón de seres humanos atentan los unos contra los otros como locos, cada uno empeñado en destrozar a su contrario. ¡Y esto ocurre en el siglo veinte, mil novecientos años después que el Príncipe de la Paz naciera en el mundo! ¡Mil novecientos años lleva su palabra predicándose como divina cuando dos ejércitos se abaten

uno sobre otro para aniquilarse mutuamente a la manera de las fieras salvajes en la jungla! A despecho de todas las ideas de los filósofos, de las profecías, de los avatares, del llanto y las súplicas de los poetas, ese monstruo abominable anda suelto y destruye a su antojo. Hemos construido iglesias y universidades y disponemos de libros y periódicos; hemos sondeado los cielos y explorado las entrañas de la tierra; hemos sopesado, razonado y ensayado, hemos explotado el ingenio y… todo ha sido únicamente para procurar a los hombres instrumentos con que destruirse. A ese ejercicio le llamamos Guerra y lo dispensamos so pretexto de ese título; pero no tratéis de contentarme a mí con trivialidades y lugares comunes; venid, en cambio, conmigo, ¡venid y daos cuenta! ¡Ved los cuerpos de los hombres, atravesados por las balas, destrozados por la metralla; oíd el chasquido de las bayonetas según se hunden en la carne humana; prestad atención a los gemidos y a los gritos agónicos; contemplad los rostros contraídos por el dolor y desfigurados por la rabia y el odio! Colocad vuestra mano sobre ese despojo de carne: está tibio y aún palpita, y hace apenas un instante formaba parte del cuerpo de un hombre. ¡Y esa sangre que exhala vaho estaba movida e impulsada por un corazón humano. Y ese exterminio organizado, sistemático, premeditado! ¡Oh Dios Todopoderoso!, sigue y avanza. Y, conociéndolo, habiéndolo leído, nosotros, sin embargo, lo aceptamos como una cosa natural; nuestros periódicos dan cuenta de él, pero no detienen sus imprentas; nuestras iglesias lo conocen, pero no cierran sus puertas; la gente lo contempla, pero el horror no la mueve a alzarse sublevada.

»Tal vez Manchuria sea un lugar demasiado remoto para vosotros. Venid entonces conmigo aquí, a Chicago. En esta ciudad y esta misma noche diez mil mujeres se encuentran encerradas en inmundos rediles y el hambre les lleva a vender sus cuerpos para subsistir. Y este hecho, que nos consta, lo convertimos en bromas: esas mujeres están hechas a imagen de vuestras madres y podrían ser vuestras hermanas o vuestras hijas; a esa criatura que habéis dejado esta noche en casa, y cuya mirada risueña encontraréis con la mañana, le puede estar aguardando un destino idéntico. Esta misma noche en Chicago diez mil desdichados sin hogar que, aspirando sólo a trabajar, suplican una oportunidad de hacerlo,

están al borde de la inanición y se enfrentan aterrados a la perspectiva de un gélido invierno. Esta noche, en Chicago, para ganarse el pan, cien mil niños agotan sus fuerzas y malogran su vida. Y un número igual de madres luchan, sumidas en la miseria y la inmundicia, por defender un jornal con que alimentar a sus pequeñuelos. E igual cantidad de ancianos indigentes esperan, indefensos, a que la muerte los arranque a sus tormentos. Y hay un millón de seres, hombres, mujeres y niños, que comparten la suerte de los esclavos, que, por un salario que apenas alcanza a mantenerlos vivos, trabajan con denuedo tantas horas como su cuerpo aguanta y son sus ojos capaces de ver; un millón de seres condenados hasta el fin de sus días a no conocer otra cosa que la monotonía y la fatiga, el hambre y la desolación, el frío y el calor extremos, la suciedad y las enfermedades, la ignorancia, el alcohol y el vicio.

»Y, ahora, hay un millar de hombres, diez mil, tal vez, que son los amos de esos esclavos y se benefician de su trabajo. Nada hacen para ganar lo que reciben y ni aun tienen necesidad de pedirlo; todo ello acude a sus manos por propio impulso, y su único cuidado es gastarlo. Esos hombres habitan palacios en medio de un lujo y un despilfarro como no hay palabras para describirlos, capaces de anonadar la imaginación y trastornar el espíritu hasta la náusea. Por un par de zapatos, por un pañuelo, por una liga pagan cientos de dólares; miles de dólares en adornos, flores y perros. En caballos, coches y yates los gastan por millones; millones de dólares dilapidan en lujosas moradas, en banquetes y en pequeñas piedras brillantes con que adornar sus cuerpos. Su vida es una competición entre ellos mismos por ser los primeros en cuanto a ostentación y derroche, por aventajar a cualquier otro en destruir recursos naturales y cosas necesarias, en malgastar el trabajo y el producto de las vidas de sus semejantes, la labor y los afanes de países enteros, el sudor, las lágrimas y la sangre de la especie humana. Todo les pertenece y todo va a parar a ellos como van a parar los arroyos a los riachuelos, y éstos a ríos mayores que desembocan, a su vez, en los océanos. Así, de manera igualmente automática e inevitable, todas las riquezas de la sociedad discurren hacia ellos. El labriego rotura los campos, el minero excava las entrañas de la tierra, el tejedor manipula el telar, el cantero talla la piedra; el

hombre de ingenio inventa, el sagaz dirige, el sabio estudia, el inspirado canta y los resultados de todo ello, el producto del cerebro y el músculo se ven acumulados en una corriente única y colosal que va a verterse en sus regazos. El bosque ha sido despejado, la tierra civilizada. Sobre ella se tienden vías de tren, se levantan ciudades poderosas. Se diseñan máquinas, se organizan sistemas industriales: todo para ellos. La sociedad entera está a su merced, y todo el trabajo de la tierra en sus manos. Semejantes a lobos sanguinarios, asolan y destruyen: al igual que las aves rapaces, devoran y destrozan. Todas las potencias de la humanidad les pertenecen, sin posibilidad de rescate y para siempre; haga aquélla lo que haga, por más que luche y se debata, su vida les está supeditada hasta la extinción. Esos mil, o tal vez diez mil hombres, no sólo poseen y disponen del trabajo de la sociedad, sino que tienen, además, comprados sus gobiernos. En países como Estados Unidos, que antaño fueron democracias y en los que la voluntad del pueblo se opuso a ellos, han logrado llevar a cabo su golpe de Estado mediante sobornos. Sin freno, se han servido del poder de sus expoliaciones y sus robos para reafirmarse en sus privilegios y construir canales más hondos y caudalosos para que fluyan mejor sus beneficios. Pero ¿y vosotros, los obreros, los trabajadores? Vosotros seguís bregando cual bestias de carga, sin más conciencia que la del día que pasa y sus fatigas, porque os han habituado a eso y eso os han enseñado. Y, sin embargo, ¿hay aquí, entre vosotros, algún hombre capaz de creer que un sistema así pueda durar indefinidamente? ¿Hay, entre el auditorio de esta noche, un solo hombre tan endurecido y degradado que se atreva a ponerse en pie ante mí y declarar que lo cree posible; que crea posible que el producto del trabajo humano, lo que constituye los medios de subsistencia de la sociedad, pertenecerá eternamente a los ociosos y a los parásitos; que será dilapidado sin cesar para sufragar la vanidad y la concupiscencia; que quedará al servicio de cualquier arbitrio y al arbitrio de cualquier voluntad? ¿Habrá aquí algún hombre que afirme que no ha de llegar el tiempo de que el producto del quehacer humano pertenezca a la humanidad, sea empleado en su beneficio y administrado conforme a su voluntad?

»Y, si eso ha de ser así, si ha de realizarse, ¿cómo ocurrirá, cuál es el poder capaz de instaurar tal estado de cosas? ¿Creéis, acaso,

que ello sucederá por obra de vuestros amos; que serán ellos quienes redacten los estatutos de vuestras libertades; quienes os forjen la espada de vuestra liberación, quienes acaudillen y conduzcan vuestros ejércitos al combate? ¿Pensáis que gastarán sus caudales en financiaros esta empresa; que ellos construirán las universidades y las escuelas para que recibáis cultura; que imprimirán para vosotros periódicos que os hablen de vuestros logros; que organizarán partidos políticos para asesoraros y guiaros en la lucha? ¿Es que no os dais cuenta de que la tarea es vuestra enteramente, de que sois vosotros quienes debéis soñarla, posibilitarla, llevarla a su fin? ¿No comprendéis que si es llevada adelante lo será tan sólo a fuerza de combatir los obstáculos de todo género que han de oponeros la opulencia y el poderío de los amos; a fuerza de enfrentaros al escarnio, a la difamación, al odio, a los hostigamientos, a los golpes y a las condenas de prisión? ¿No veis que todo ha de ser ganado luchando a pecho descubierto contra la furia del opresor, a cambio de la triste, amarga enseñanza que trae la aflicción ciega e infinita? Vuestro triunfo ha de venir del doloroso avanzar a tientas de una mente que no ha sido instruida, del balbucear de una voz que no ha aprendido a hablar, del hambre triste y amarga del espíritu; de la búsqueda, la lucha y el anhelo; de la desesperanza y las torturas del corazón; del sufrimiento, el dolor, el sudor y la sangre. Vuestro despertar habréis de comprarlo con dinero sacado del hambre, con conocimientos adquiridos a costa de horas de sueño, de ideas comunicadas a la sombra de los patíbulos. Será una progresión que se inicie en lo más remoto del pasado. Al principio, un propósito desprovisto de brillantez y de honores, fácil de ser escarnecido y despreciado; un impulso sin el sello de lo amable y lo ameno, con el rostro del odio y la venganza; pero para vosotros, los trabajadores, estará dotado de una voz imperiosa y penetrante, de una voz a cuya llamada no podréis sustraeros dondequiera que os encontréis. ¡La voz de todas las injusticias que os han sido hechas; la voz de vuestros deseos, la de aquello que sabéis vuestro deber y vuestra esperanza, la de todo lo que en este mundo tiene valor para vosotros! ¡La voz de los pobres que claman por la desaparición de la pobreza; la de los oprimidos que advocan la supresión de los yugos! ¡La voz de la fuerza templada en el yunque del sufrimiento; la de la decisión arrancada a la flaqueza; la

del júbilo y el coraje surgidos de la sima insondable donde moran la angustia y el desaliento! ¡La voz del trabajo! ¡Este gigante que ultrajado, desdeñado, yace en postración, ignorante de su poderío; ese coloso descomunal, más grande que las montañas, que vive sujeto por cadenas y privado de visión! Pero he aquí que el coloso se ve visitado por un sueño de rebeldía: la esperanza se debate en sus adentros contra el miedo, hasta que, de pronto, se agita, cae un grillete, una sacudida anima su cuerpo formidable conmoviendo lo más apartado de sus extremidades y, entonces, con la viveza del relámpago el sueño se torna acción. El gigante se levanta, da un primer paso, saltan las cadenas y las cargas que lo agobiaban son rechazadas. Y, una vez en pie, titánico, imponente, grita su gozo de recién nacido.

La voz del orador se vio interrumpida por el énfasis de su sentimiento. Firme en la tribuna, con los brazos alzados ante sí, parecía que la fuerza de su sueño le había llevado a una especie de levitación. El público se alzó entre un estallido de voces, unos agitando los brazos, otros con una risa abierta a impulsos de la excitación que experimentaban. Y entre ellos estaba Jurgis, gritando hasta quedarse ronco; gritando porque no podía sustraerse a esa necesidad, porque la carga emocional que sobre él pesaba era superior a cuanto podía tolerar. No obedecía esto únicamente a las palabras del orador, al torrente de su elocuencia; era motivado, también, por su propio aspecto, por su voz: una voz cuyos extraños registros alcanzaban todos los compartimientos del alma, invadiéndolos como el tañido de una campana; una voz que hacía que quien la oyese sintiera su cuerpo aferrado por ella como por un puño poderoso, que conmovía y sobresaltaba, que infundía al ánimo el pavor de las cosas ajenas a este mundo, de los misterios nunca invocados, del hálito de lo sobrenatural. Con ella el oyente veía que ante sí se desplegaban perspectivas no imaginadas: sentía que la tierra cedía bajo sus pies y veía conmocionado, sacudido, trastornado el contorno. A su conjuro cesaba de sentirse un hombre ordinario para descubrir en su interior potencias jamás soñadas, fuerzas demoníacas en conflicto y portentos, viejos como la propia vida, pugnando por manifestarse. El que percibía esa voz se sentía sofocado de dolor y de gozo y embargado por una sensación de hormigueo que alcanzaba las mismas yemas de sus dedos, mientras

su respiración se volvía profunda y violenta.

Las palabras de aquel hombre habían tenido para Jurgis el impacto de un trueno que estalla en el alma, liberando un aluvión de emociones incontenibles y dando nueva vida a las viejas esperanzas y los viejos anhelos, a los antiguos pesares y a todas las iras y desazones que creía olvidadas. Cuantos sentimientos había experimentado a lo largo de su vida parecían regresar a él de golpe, ahora dotados de una intensidad que difícilmente lograrían transmitir las palabras. Que hubiese sido víctima de tal opresión e infamia era ya bastante castigo; pero el hecho de que aquellas cosas lo hubiesen aplastado y abatido al extremo de hacerle ceder, de forzarle a olvidar y a buscar el sosiego era algo incalificable, más de lo que cualquier criatura humana debía soportar, lo bastante para abandonar a un ser al terror y abocarlo a la locura. «¿Qué es el crimen del que mata el cuerpo —pregunta el profeta—, comparado con el de aquel que asesina el alma?» Y Jurgis era uno de esos hombres cuya alma había sido asesinada. Un hombre que había cesado de creer y de esperar, que había pactado con la degradación y el desaliento. Y ahora se le revelaba de pronto ese hecho sórdido y monstruoso. Todos los pilares de su alma se habían desmoronado, y el cielo parecía hendirse sobre su cabeza. Allí estaba: en pie, crispados y en alto los puños, inyectados los ojos en sangre, las venas del rostro purpúreas y congestionadas mientras él, frenético, fuera de sí, enajenado, profería aullidos de fiera salvaje.

Y, cuando se quedó sin gritos, continuó en la misma posición de antes, boqueando y apurando la voz para, con un ronco gemido, repetir una y otra vez:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

El orador se retiró entonces y fue a ocupar un asiento en el fondo del escenario, y con ello Jurgis comprendió que el discurso había concluido.

Los aplausos se prolongaron todavía por espacio de varios minutos. Luego, alguien comenzó a entonar un himno que, coreado al punto por la muchedumbre, hizo retemblar la sala con su sonido. ¡Era *La Marsellesa*! Jurgis no había escuchado nunca su música ni conseguía, tampoco, entender su letra, pero era tan portentoso el espíritu de la canción, y tanto su ardoroso ímpetu, que quedó subyugado por ella. Mientras las estrofas iban brotando una a una

en atronadora sucesión, él, trémulos de excitación los nervios, prietos, crispados los puños, volvió a su asiento. Jamás en su vida había sentido una emoción semejante; era un milagro lo que le había sucedido. De puro aturdido, no conseguía coordinar sus ideas; mas, a pesar de eso, se daba cuenta de que la formidable conmoción ocurrida en su alma había dado nacimiento a un hombre nuevo, un ser sustraído a las garras del anonadamiento, arrancado a la servidumbre de la desesperación. Toda su vida se veía renovada, cambiada, y ahora… ¡era libre!, ¡libre! Aunque en lo sucesivo hubiese de sufrir como hasta entonces, aunque hubiera de mendigar y desfallecer de hambre, las cosas serían enteramente distintas porque, comprendiendo ahora su sentido, no le faltarían fuerzas para cargar con ellas. Nunca más habría de ser juguete de las circunstancias, porque ahora era un hombre, un hombre dotado de voluntad propia y animado por un objetivo, un fin por el cual luchar y, si fuera necesario, morir por él. A su alrededor había hombres que le mostrarían el camino, amigos y aliados que le ayudarían a vivir a la luz de la justicia y a avanzar, cogidos del brazo.

Al extinguirse, por último, el clamor de la concurrencia, Jurgis se irguió en el asiento. Apareció, entonces, el presidente del acto quien, avanzando hacia el público, comenzó a hablar. Su voz, tras la intervención del orador, resultaba fútil y aflautada. Su irrupción Jurgis la veía como un auténtico sacrilegio. ¿Por qué usaba nadie la palabra después de haberla empleado aquel hombre portentoso? ¿Por qué no permanecían en sus asientos guardando, todos, silencio? El presidente comenzó a explicar que, a continuación, se iba a proceder a una colecta con el fin de sufragar los gastos de la velada y contribuir al fondo que el Partido tenía abierto para campañas sociales. Jurgis quedó enterado; pero, como no contaba con un solo centavo que aportar, se entregó otra vez a sus pensamientos.

Tenía fija la mirada en el orador que, apoyada la mano en la cabeza, ocupaba su butaca del escenario con aire de profunda fatiga. De pronto, sin embargo, se alzó de nuevo y Jurgis oyó decir al presidente que el orador, acto seguido, contestaría a las preguntas de los asistentes. Entonces el hombre avanzó hacia el público. Una mujer se puso en pie y le interrogó a propósito de algo

que, durante su conferencia, había dicho a propósito de Tolstoi. Jurgis nunca había oído hablar de Tolstoi y tampoco le importaba quién pudiera ser ese personaje. No podía comprender que, después de una arenga semejante, pudiera nadie sentir deseos de hacer tales preguntas. No se trataba allí de hablar, sino de actuar; de despertar a los que aún dormían, animarlos para la acción, organizarlos y prepararlos para el combate. Este Tolstoi parecía que no estaba de acuerdo del todo con el orador: peor para él y eso decía mucho sobre el tal Tolstoi.

Pero la conversación entre el conferenciante y su interrogadora proseguía, a pesar de todo, en los mismos términos prosaicos, y Jurgis se sintió devuelto al mundo de las realidades cotidianas. Unos minutos antes había sentido el impulso de tomar entre sus manos las de su hermosa vecina de asiento y besarla, o de lanzar el brazo en torno a los hombros del hombre que ocupaba la butaca opuesta. Pero ahora volvía a cobrar conciencia de lo que era: un vagabundo desastroso y sucio, que olía mal y no tenía dónde pasar la noche.

Por eso, cuando se levantó la sesión y el público comenzó a abandonar la sala, Jurgis se sintió zozobrar en un mar de confusión. Ni siquiera se había planteado la idea de marchar de allí; bien al contrario, estaba convencido de que aquel sueño iba a prolongarse indefinidamente, convencido de que había encontrado amigos y camaradas. Y, en lugar de eso, se encontraba con que tenía que partir. La visión se desvanecía y sus ojos jamás habrían de verla de nuevo. Asustado, sin saber qué hacer, permaneció inmóvil en su asiento, pero había en la misma fila otros que deseaban salir y entonces hubo de levantarse y seguir la corriente del público. Luego, según avanzaba por el pasillo central, comenzó a examinar con avidez los rostros que iba encontrando. Todo el mundo parecía excitado y cambiaba impresiones acerca de la conferencia; todos se mostraban apasionados por ella, pero nadie se ofrecía a discutirla con él. Cerca de la salida, allí donde el aire de la noche se hacía ya perceptible, la desesperación se apoderó de Jurgis. Nada sabía acerca del discurso que acababa de escuchar y ni siquiera conocía el nombre de quien lo había pronunciado. ¡No, no! Aquello resultaba absurdo. Era preciso que hablase con alguien; era preciso que diese con el propio orador y abriera su corazón ante él. Aunque su

aspecto fuera el de un vagabundo, aquel hombre no lo rechazaría.

Animado por ese propósito, se introdujo en una de las filas ya desalojadas y se mantuvo atento. Luego, según iba menguando la concurrencia, se encaminó hacia el escenario.

Capítulo XXXIII

El orador ya no se encontraba allí, pero Jurgis reparó en una puerta lateral, abierta y sin vigilancia, que la gente cruzaba en uno y otro sentido. Haciendo acopio de valor, la franqueó por fin y, tras un tramo de escaleras y un corredor, alcanzó la entrada de una sala atestada de gente. Nadie reparó en su presencia y Jurgis se abrió paso hacia el interior hasta distinguir, en un rincón, al hombre que buscaba. Estaba sentado en una silla, los hombros comprimidos y entornados los ojos. Uno de sus brazos colgaba inerte fuera del asiento y su rostro mostraba una palidez aterradora, de tonos oliváceos. Junto a él permanecía en pie un hombre corpulento con gafas y que en ese instante trataba de rechazar a los que invadían el cuarto.

—Apártense, apártense un poco, por favor —decía—. ¿Acaso no ven que el camarada está muy fatigado?

En vista de ello y por espacio de cinco o diez minutos, Jurgis se limitó a observar. A ciertos intervalos, el hombre alzaba la cabeza y contestaba con monosílabos a las personas que tenía a su lado. Hasta que, por fin, en uno de esos momentos de atención, sus ojos discernieron a Jurgis. Había en su mirada algo que sugería extrañeza o deseo de saber. Entonces, presa de un súbito impulso, Jurgis se adelantó hacia él.

—¡Permítame, señor, que le dé las gracias! —exclamó con una premura que le robaba el aliento—. No he querido marcharme sin decirle lo muy agradecido, lo muy dichoso que me siento de haberle escuchado. Yo… no tenía idea de ninguna de esas cosas…

El hombretón de las gafas, que se había alejado un momento,

acertó a volver en ese instante.

—El camarada está muy cansado para hablar con nadie —comenzó.

Pero el otro lo interrumpió sujetándole la mano.

—Aguarda —intervino—. Este hombre tiene algo que decirme. —Y, luego, fijando la mirada en el rostro de Jurgis, continuó—: ¿Quieres saber más del socialismo?

Jurgis experimentó una sacudida.

—Yo… verá… —tartajeó—. ¿Es del socialismo que has hablado? No lo sabía. No sabía que tuviera ese nombre. Pero quiero ayudar, porque yo… he pasado por todas esas cosas.

—¿Dónde vives? —preguntó el orador.

—En ninguna parte —respondió Jurgis—. Estoy sin trabajo.

—Eres extranjero, si no me equivoco.

—Lituano, señor.

Tras un instante de meditación, el hombre se dirigió a su compañero.

—Veamos, Walters, ¿de quién podemos echar mano? —indagó—. Tenemos a Ostrinski; pero es polaco…

—Ostrinski habla lituano —respondió Walters.

—En este caso, ¿te importaría averiguar si ha marchado ya?

El otro se alejó. El orador, entonces, volvió a mirar a Jurgis. Sus ojos eran negros y profundos y su rostro denotaba una gran ternura unida a un intenso sufrimiento.

—Te ruego que me perdones, camarada —dijo a Jurgis—. Estoy muy cansado… Este último mes he comparecido a diario ante el público. Pero te presentaré a alguien que te orientará tan bien como pudiera hacerlo yo mismo.

Walters, que no había tenido más que llegar hasta la puerta para cumplir su encargo, regresó seguido de un hombre que fue presentado a Jurgis como «Camarada Ostrinski». Era un hombrecillo menudo, cuya cabeza alcanzaba apenas el hombro de Jurgis, marchito y arrugado, algo cojo y extremadamente feo. Iba metido en una levita de largos faldones, con dobladillos y ojales como ennegrecidos por el uso. Su vista debía de ser débil, pues usaba unos anteojos de cristales verdes ahumados que le conferían un aspecto grotesco. Pero su forma de estrechar la mano era firme y efusiva, y eso, unido al hecho de que hablase lituano, predispuso a

Jurgis en su favor.

—¿Deseas información acerca del socialismo? —inquirió—. Cuenta conmigo. Podemos salir y caminar un poco. Eso nos permitirá hablar con tranquilidad.

Jurgis, ante ello, se despidió del maestro brujo y salió de la estancia. Ostrinski, que se había ofrecido a acompañarle a casa, quiso saber dónde vivía y eso obligó a Jurgis a explicar, una vez más, que carecía de hogar. Entonces, a petición de su acompañante, relató su historia: en qué circunstancias había llegado a América, su suerte en los mataderos, la disolución de su familia y los hechos que le habían convertido en un vagabundo. Ostrinski, tras haber escuchado la narración hasta el fin, estrechó con fuerza el brazo de Jurgis y dijo:

—¡La vida no te ha regateado amarguras, camarada! ¡Haremos de ti un luchador!

A continuación fue Ostrinski quien contó a Jurgis los pormenores de su existencia. Dijo que gustosamente le habría ofrecido cobijo en su casa, a no ser porque la vivienda constaba de dos únicas habitaciones y él no disponía de otro lecho que el suyo, que le hubiese cedido de no encontrarse enferma su mujer. Pero al comprender que, a menos que lo acogiera en su domicilio, Jurgis habría de pasar la noche en los pasillos del puesto de policía, propuso buscarle acomodo en el suelo de la cocina, cosa que Jurgis aceptó de muy buen grado.

—Quizá podamos encontrar mejor solución mañana —concluyó Ostrinski—. Hacemos lo posible por evitar que nuestros camaradas sufran penalidades.

Ostrinski vivía en el distrito de gueto, en una casa de vecindad en cuyos sótanos ocupaba un par de habitaciones. Al entrar escucharon el llanto de un niño de pecho. Ostrinski cerró la puerta que comunicaba con el dormitorio y a continuación explicó a Jurgis que tenían tres hijos de corta edad amén del que acababa de nacerles. Luego, y mientras acercaba un par de sillas a la estufa de la cocina, pidió a Jurgis que disculpase el desorden reinante, agregando que a esas horas todo andaba trastocado en la casa.

La mitad del espacio de la pieza destinada a cocina la ocupaba una mesa de taller que aparecía cubierta de prendas amontonadas. Ostrinski explicó que se ganaba la vida acabando pantalones. El

trabajo lo traía él mismo a casa en grandes fardos y lo despachaba, luego, con la ayuda de su mujer. Hasta ese momento habían conseguido salir adelante, pero la situación iba haciéndose más difícil a causa de su vista, que comenzaba a fallar, y ni siquiera sabía qué iba a ser de ellos cuando le faltase por completo. No tenían nada ahorrado ni había posibilidad de hacerlo, cuando jornadas de doce y catorce horas apenas alcanzaban a cubrir las necesidades más perentorias. Acabar pantalones era una tarea que no requería una particular destreza, por lo cual sobraba gente capaz de realizarla y, con ello, el precio del trabajo no cesaba de descender. Precisamente en eso radicaba el sistema de competencia salarial, dijo, y por ahí debían comenzar, si deseaba comprender Jurgis la esencia del socialismo, con lo que él llamaba «la ley de hierro de los salarios».

Los salarios tienden siempre a descender al mínimo. Para su subsistencia cotidiana —comenzó Ostrinski su explicación—, el obrero depende enteramente de su trabajo y éste nunca es retribuido más que con arreglo al salario que están dispuestos a aceptar los que están más abajo. El punto fundamental de análisis es siempre el lugar de los pobres. Organizándose, mediante sindicatos y huelgas, podían elevar un poco el nivel salarial, pero siempre había una masa de trabajadores no organizados y de desempleados que los barría como una riada, de modo que los salarios descendían de nuevo y, de esta forma, la mayoría de la clase obrera se veía siempre enfrentada a la pobreza en una lucha eterna y sin cuartel. Ese estado de cosas, que recibe el nombre de «competencia», reza tan sólo para el obrero, que no tiene otros medios de fortuna que la venta de su trabajo. Elevada al nivel de las altas esferas, donde se encuentran los explotadores, la idea de la «competencia» pierde, por supuesto, toda entidad, en cuanto el número de los que rigen es muy reducido y su función se presta, por ello, a los acuerdos de grupo, de donde emergerá la capacidad rectora, de solidez inquebrantable: pagan lo que quieren por el trabajo y venden los productos al precio que les da la gana. La llave para todos los problemas del mundo moderno era la combinación entre un índice de precios monopolístico y un índice salarial sometido a competencia. Ello había determinado la formación, a escala mundial, de dos únicas clases separadas por un abismo

infranqueable: los capitalistas, poseedores de enormes fortunas, y el proletariado, sometido a la esclavitud mediante cadenas invisibles. La relación numérica entre el primer grupo y el último era de uno a mil, pero los miembros de la clase obrera habían de acarrear con su ignorancia y su indefensión, un lastre que los mantendría a merced de los explotadores, en tanto no se organizaran y adquiriesen «conciencia de clase». Ésa era una máxima socialista: significaba que el trabajador tenía que darse cuenta de una vez y para siempre de que los intereses de su patrón y los suyos eran opuestos. Así se uniría al movimiento socialista y dedicaría todas sus energías a abrir los ojos al resto de trabajadores. Era un proceso lento y penoso, pero nada podría impedirlo. Cabía establecer un parangón con el desplazamiento de un glaciar: una vez iniciado, nada podía contenerlo. A esa labor se consagraban los socialistas sin jamás perder la fe en los «buenos tiempos que han de venir», cuando la clase obrera tome, a través de sus votos, las riendas del poder y arranque los medios de producción del control de la propiedad privada. Por más pobre que fuese un hombre, por muchos que fuesen sus sufrimientos, nunca, en tanto sustentase su fe en ese tiempo futuro, se podría sentir realmente desdichado. Sabía que, aunque él no alcanzase a conocer esa nueva época, su hijo sí la vería. Para un socialista la victoria de su clase era la suya propia. Siempre, además, podía encontrar aliento en los progresos de la lucha común. En Chicago, sin ir más lejos, el Partido estaba ganando terreno a pasos de gigante. Chicago era el centro industrial del país y sus trabajadores adelantaban al resto en lo que a conciencia de clase se refería. En ninguna parte tenían los sindicatos la fuerza de la que allí gozaban; pero de estas organizaciones los obreros sacaban escaso provecho, porque también los patronos tenían las suyas y eso hacía que las huelgas, por lo general, acabasen en el fracaso. Los sindicatos se venían abajo, pero los trabajadores comenzaban entonces a militar en el socialismo. Era una maravilla de ver: se podía sentir la excitación en el aire e incluso los papeles que publicaba el Partido Republicano se veían obligados a admitir que el Partido Socialista era el que estaba logrando un mayor éxito en esa campaña. Cada noche había media docena de mítines y los sábados por la noche, quince o veinte. Iba a haber un récord de votos que pondría una marca y rompería la

conspiración de silencio de la prensa capitalista: ello les forzaría a discutir acerca del socialismo y, aunque contaran mentiras acerca de él, cada vez más gente comenzaría a hacerse preguntas. Así el Partido lograría un enorme avance, ganando terreno, palmo a palmo.

Ostrinski pasó entonces a explicar la organización del Partido y cómo funcionaban los mecanismos de que el proletariado se servía para su autoeducación. Todo partía de la idea de los «locales», de los cuales existía uno por lo menos en todas las grandes urbes y, también, en las ciudades de segundo orden, mientras su organización iba extendiéndose rápidamente a los centros de población de menor importancia. Los locales, que podían tener un mínimo de cien y un máximo de mil socios, sumaban mil cuatrocientos en todo el país, con un total de veinticinco mil asociados que mantenían la organización mediante el pago de cuotas. El «Local del Condado de Cook», como se llamaba la organización central de Chicago, contaba con ocho filiales y en esos momentos estaba invirtiendo miles de dólares en su campaña. Se publicaban además semanarios en tres lenguas distintas —inglés, bohemio y alemán— y una revista mensual editada, también, en Chicago. A esto había que añadir la existencia de una editorial cooperativa que lanzaba actualmente un millón y medio de ejemplares entre libros y folletos de carácter socialista. Y todo ello había sido producto de los últimos años de labor, pues cuando Ostrinski llegó a Chicago ninguna de esas cosas existía.

Ostrinski, que era polaco-alemán y contaba alrededor de cincuenta años, procedía de Silesia. Miembro de una raza despreciada y perseguida, formaba parte del movimiento proletario cuando, en los primeros años de la década de 1870, y tras haber derrotado a Francia, Bismarck había vuelto sobre la Internacional Socialista su política de sangre y fuego. Ello había costado a Ostrinski dos condenas de cárcel que, siendo joven, había afrontado sin concederles mayor importancia. No paró en eso su lucha, pues, al convertirse el socialismo, tras haber franqueado todas las barreras, en la mayor fuerza política del imperio, él se había trasladado a América para volver a comenzar desde el principio. Sus ideas socialistas habían provocado allí estallidos de risa. «¡En América todo el mundo es libre!», solían decirle. Y, a eso, Ostrinski

replicaba: «¡Como si la libertad política hiciese más tolerable la esclavitud laboral!». Él había comprendido, por sí mismo, que el socialismo se materializaría más rápido en un país libre y, mientras que sus camaradas habían despreciado a los obreros norteamericanos, diciendo que lo único que sabían hacer nada más convertirse en jefes era dar la espalda a su clase, Ostrinski había siempre pensado que, una vez que el país estuviera completo y las líneas de separación entre las clases estuvieran perfectamente delimitadas, no volvería a ser posible que un trabajador se convirtiera en capitalista y entonces se daría cuenta de la importancia de la libertad de palabra y de asociación a favor del socialismo. Ahora había llegado el momento y el país estaba conmocionado, hasta el punto, decía Ostrinski, que Estados Unidos sería el primer testigo en todo el mundo de una revolución industrial.

Todo esto lo relataba el sastrecillo retrepado en su silla, de cuyas patas únicamente dos tocaban al suelo, los pies descansados encima del horno de la cocina, ahora vacío, y hablando en voz muy baja, a fin de no despertar a los que dormían en la habitación contigua. Jurgis veía en él un ser no menos portentoso que el orador de la asamblea. Pobre como era, humilde entre los humildes, desposeído de todo y reducido a una existencia miserable, ¡cuántos, sin embargo, eran sus conocimientos, cuántos sus logros y qué heroica su conducta! Y como él había muchos otros, millares de hombres de ese fuste, ¡y todos eran obreros! Que ellos fuesen los artífices de tan prodigiosos mecanismos de progreso le parecía a Jurgis una cosa increíble, demasiado buena para ser cierta.

Ostrinski dijo entonces que la reacción de Jurgis era típica de los que llegaban al socialismo por vez primera. Los nuevos conversos perdían el mundo de vista a fuerza de entusiasmo: incapaces de comprender que los demás permaneciesen ciegos ante lo que consideraban ellos tan evidente, se creían seguros de evangelizar al mundo entero en el transcurso de la primera semana. Pasado algún tiempo se percataría Jurgis de que la tarea era bastante más ardua y se sentiría satisfecho con ver llegar otros voluntarios que le librasen del marasmo. Añadió Ostrinski que la situación del momento, con la campaña presidencial en curso y todo el mundo hablando enfervorecidamente de política, no podía ser más propicia para dar

suelta a su fogosidad. Propuso entonces llevarle a la próxima asamblea de la filial donde podría, después de ser presentado, hacerse miembro del Partido. Todo lo que tenía que hacer era firmar una declaración en la que renunciaba a toda conexión con los partidos tradicionales y en la que afirmaba que la lucha de clases como eje fundamental de la sociedad moderna. La cuota era de cinco centavos semanales, pero aquellos que no podían costearla quedaban dispensados del pago. El Partido Socialista era una organización política de corte netamente democrático: regida por sus propios afiliados, mediante la iniciativa particular y el referéndum. Además de esto, Ostrinski le explicó cómo el Partido controlaba a los candidatos que habían llegado a ocupar cargos internos: cuando eran elegidos, ponían su dimisión en manos del Partido, para hacerla efectiva en cuanto se demostrara que no eran coherentes con los principios del socialismo.

Después de señalar estos puntos, Ostrinski pasó a exponer los principios del partido, cuyo enunciado básico podía titularse «ausencia de compromisos», que era el punto de apoyo del movimiento proletario mundial. Cuando accedían a cargos de representación gubernamental, los socialistas respaldaban con su voto cualquier medida que, emanada de los partidos tradicionales en el poder, fuese susceptible de beneficiar a la clase obrera, pero sin olvidar que estas concesiones eran insignificancias, comparadas con la magnitud de su verdadero objetivo, que era el de organizar a las masas obreras con miras a la revolución. Los socialistas nunca se aliaban con los partidos capitalistas y nunca hacían tratos con ellos. Ese principio era fundamental para el socialismo y era lo que ponía más nerviosos a los explotadores, quienes siempre intentaban sobornarlos, comprarlos para que dieran un viraje y, aunque siempre fracasaban en su intento, siempre estaban celebrando ciertos logros. Por ejemplo, era un hecho que en Alemania el Partido era incontestable y que su discurso de clase tenía una solidez que jamás antes había logrado, pero había cundido una mentira que se repetía una y otra vez en los escritos capitalistas europeos y americanos: los socialistas alemanes han abandonado los principios revolucionarios y se han convertido en un partido reformista. Esto había ayudado a mermar el prestigio que el Partido de los «tres millones» tenía entre los socialistas de los Estados

Unidos y hacía más fácil engatusar a los trabajadores norteamericanos con bagatelas como la propiedad municipal, la banca pública y la reforma.

Ése era, desde luego, sólo uno de los múltiples modos en que se difamaba el socialismo. Contra ello, el socialista sólo tenía una arma defensiva: salir a la calle y difundir la palabra a viva voz. En Estados Unidos la regla de oro era que un socialista lograba convertir a otro en socialista cada dos años. En 1888, en su primera aparición, había logrado dos mil votos; en 1896, treinta y dos mil, en 1900, ciento veintiséis mil: si esa relación se mantenía, este año sacarían medio millón; dos millones en 1908 y barrerían en las elecciones de 1912. Algunos de ellos, sin embargo, consideraban más lejano el triunfo.

Todas las naciones civilizadas —continuó Ostrinski— contaban con organizaciones socialistas. El Partido era de ámbito internacional, y con sus treinta millones de afiliados, de los cuales ocho millones tenían derecho a voto, ocupaba el primer lugar de todos los existentes en el mundo. El primer diario socialista había visto la luz en el Japón, y su primer diputado había sido nombrado en Argentina. En Francia gozaba de fuerza suficiente para componer gabinetes, y tanto en Italia como en Austria constituía el equilibrio del poder y hacía caer ministerios. En Alemania, donde contaba con más de un tercio del total de los votos del país, los restantes partidos habían formado a una coalición para combatirlo. Allí se encontraba el emperador, el señor de la guerra del guante de hierro, la nobleza medieval y los descendientes de la aristocracia militar, cuyos oficiales golpeaban y pateaban a sus soldados. Estaba la intolerante Iglesia protestante con sus repulsivos párrocos; estaban la Iglesia católica romana y los jesuitas; la burocracia, una prensa compuesta por reptiles y por encima de ellos, los capitalistas, los amos de todo. En todos los países de Europa uno se encontraba con que todas estas fuerzas estaban coaligadas entre sí, mientras que los trabajadores estaban apiñados en suburbios y encarcelados en fábricas, en rebaños como corderos que van al matadero: todo ello para ampliar mercados para que sus amos tengan nuevas oportunidades de enriquecimiento. Daba miedo caer en la cuenta de todo esto: era una especie de pesadilla. La gente caía bajo el peso de la pobreza y la ignorancia, por prejuicios raciales y por la

intolerancia religiosa, aplastados por estos poderes. Así era la vida: era en ese horno en el que se estaba forjando una nueva civilización, en esa agonía estaban surgiendo hombres que se unían y el sueño de la hermandad de la humanidad se estaba haciendo real. Ostrinski explicó entonces que no se podía pensar en el triunfo del movimiento proletario en un país en solitario, pues eso abocaría a la nación a ser aplastada por los poderes militares enemigos, razón por la cual el movimiento socialista era un movimiento internacional que abogaba por la reunión de toda la humanidad bajo los principios de la libertad y la fraternidad: todos eran iguales, blancos, negros, rojos o amarillos. Era la nueva religión del género humano o, dicho con más exactitud, la materialización de una religión ya existente, pues el socialismo resultaba una estricta aplicación de las enseñanzas de Cristo.

Bien pasada la medianoche, Jurgis continuaba absorbido en la charla. Las declaraciones de Ostrinski constituían para él una experiencia maravillosa, casi sobrenatural. Era como haber establecido contacto con un habitante de una dimensión sobrenatural, con un ser ajeno a todas las limitaciones humanas. Jurgis había pasado cuatro años vagando sin rumbo por lo más intrincado de una jungla abundante en trampas; y ahora, de pronto, una mano se tendía hacia él para sacarlo de ese lugar de perdición y elevarlo a las cimas de las montañas, desde donde le era revelado en plenitud un panorama en el que podía reconocer todas las sendas que había recorrido errabundo, todos los cenagales donde había quedado atrapado y todas las guaridas de los animales de presa que se habían abatido sobre él. Estaban, por mencionar algo, sus experiencias de Packingtown; pero ¿qué había en ellas que Ostrinski no pudiese explicar? Para Jurgis los empresarios de la carne habían representado una fuerza del destino; Ostrinski, en cambio, le demostró que no representaban sino el Trust Carnicero: una gigantesca alianza de capitales que había conseguido aplastar toda oposición, pisoteando las leyes del país y sacando ventaja del pueblo llano. Jurgis tenía aún presente la impresión de crueldad y salvajismo que había obtenido, durante su primera visita a los mataderos, del sacrificio de un cerdo. Tras presenciar tal crueldad, había abandonado el establecimiento dichoso de no pertenecer a aquella especie. Pero Ostrinski le demostró que los conserveros

habían sacado de él exactamente el mismo beneficio que obtenían de uno de sus puercos. En eso, obreros y animales se encontraban igualados, y de unos y otros obtenían los patronos idénticos beneficios. El negocio es el negocio. De la misma manera que ninguna reflexión se dedicaba a los sentimientos y el parecer de los cerdos, tampoco los obreros, ni los consumidores de la carne sacrificada, inspiraban el menor reparo. Esta ley, vigente en todos los lugares del mundo, hallaba en Packingtown su mejor confirmación. La propia ferocidad y crudeza del trabajo de matarife debía de guardar cierta relación con ello, y ésta no podía ser otra que el hecho de que para los conserveros cien vidas humanas no alcanzaban a compensar diez centavos de beneficios.

Señaló Ostrinski que, tan pronto se familiarizase con los textos socialistas —cosa que no tardaría en producirse—, Jurgis tendría acceso a una nueva visión que contemplaba el Trust Carnicero desde todos los ángulos posibles. Entonces comprendería que aquél no era sino una repetición del sistema que imperaba por doquier: el ciego e insensato código de la codicia, un monstruo dotado de cien bocas devoradoras y otras tantas garras aplicadas a la destrucción. En él cabía reconocer al Gran Carnicero, a la propia encarnación del capitalismo: era un barco pirata en las aguas del comercio que, tras alzar la bandera negra, había declarado la guerra a la civilización. La corrupción y el soborno, saltarse las leyes y desafiar a la constitución constituían sus métodos habituales de trabajo. El Ayuntamiento de Chicago no era sino una de sus sucursales. Sin pudor alguno robaban el agua a la ciudad por millones de galones; dictaban a los tribunales las sentencias que debían ser impuestas a los huelguistas rebeldes e impedían al propio alcalde que hiciese cumplir aquellas leyes de urbanismo que resultaban contrarias a sus intereses. Su influencia sobre la renta nacional les permitía escamotear sus negocios a la inspección y falsificar informes gubernamentales. Violadores de las leyes de compensación, cuando se sentían amenazados por alguna investigación estatal quemaban sus libros y mandaban a sus cómplices al extranjero. En el mundo de los negocios constituían una fuerza devastadora a cuyo paso sucumbían anualmente millares de empresas e infinidad de hombres eran abocados a la locura o al suicidio. La industria pecuaria, de cuya actividad dependía todo el país, había sido arruinada por los

paupérrimos precios de compra dictados por el trust que, además, había llevado a la ruina a millares de carniceros contrarios a comercializar sus productos. El trust había dividido al país en distritos donde fijaban a su arbitrio el precio de la carne. Aparte de ello, y como poseían la totalidad de los vagones refrigeradores existentes en la nación, imponían enormes cánones sobre todo el tráfico de aves, huevos y verduras. A favor de los millones de dólares que semanalmente ingresaban, sus apetencias de dominio estaban extendiéndose a otras demarcaciones, como los ferrocarriles, los tranvías eléctricos y los servicios de gas y electricidad, mientras que el cuero y todos los negocios de grano del país estaban ya en su poder. La gente mostraba una gran sensibilización en cuanto a las implicaciones de estas maniobras, pero nadie era capaz de proponer remedios efectivos.

Ostrinski se había enterado de todos estos abusos a través de un editor de Chicago que se había encontrado una vez y que lo estaba investigando. La población estaba tremendamente consternada ya que les afectaba directamente en su economía básica. Sobre los padecimientos a los que estaban sometidos los trabajadores de Packingtown, a los que se aplicaban los mismos métodos que a las reses de los mataderos, había un interés mucho menor: eran los periódicos capitalistas los que llegaban a los lectores y había prejuicios acerca de los obreros. Lo que terminaría por provocar un escándalo era el tercer ámbito de operaciones que estaba desarrollando el Gran Carnicero: cuando se supo que, de manera arbitraria, se estaba negociando con la muerte repentina y dolorosa de miles y miles de seres humanos con la venta de carne envenenada y enferma; cuando se dieron cuenta que meterse en el estómago un pedazo mínimo de esos productos cárnicos significaba una ruleta rusa. Con esa horrible y nauseabunda masa que enlataban habían matado a más soldados norteamericanos que las balas de los españoles en la última Guerra. [19] Con cada tren y camión cargado estaban diseminando una muerte segura entre los que estaban hospitalizados, entre los comedores de beneficencia o entre los presos: no sólo en Estados Unidos, sino en todo el mundo: en las cunetas de Panamá, en los campos de batalla de Manchuria y en las minas de diamantes de Sudamérica.

Como contraste acerca de esto, Ostrinski le contó a Jurgis que

había escuchado una vez en el Hull House [20] una conferencia de un inglés, experto en sanidad, que había sido enviado por una institución londinense para estudiar las horribles condiciones de Packingtown. Este hombre se había referido al matadero municipal de Berlín, donde el poder de la rancia aristocracia de siempre había impuesto trabas leves a los desmanes del capitalismo comercial. Este matadero mataba porque les hicieran llegar animales, ya que cargaban una gran cantidad de impuestos sobre cada res. Había sido construido de acuerdo a los últimos adelantos técnicos y científicos: luminoso y ventilado, con suelos de cemento y sin esquinas ni recovecos en los que pudiera acumularse suciedad. Todos los días se enjuagaban sus paredes con agua hirviendo que salía de una máquina a presión. De cada animal que era sacrificado, se sacaban doce muestras diferentes que pasaban al examen de doce microscopios distintos: si había el más leve síntoma de que la carne estuviera enferma, se destruía inmediatamente la carne de todo el animal. Como la pérdida repercutía en el propietario del ganado, él tenía cuidado de qué era lo que compraba, de modo que había desaparecido el negocio del engorde de ganado enfermo. La diferencia que había entre ese sistema y el que había en Chicago no era otra que la diferencia que había entre civilización y barbarie. De todos modos, no había esperanza de tener algún día mataderos municipales en todo Estados Unidos, mientras los empresarios del sector fueran los dueños de la ciudad y del país entero. Lo único que se podía hacer era educar y preparar al pueblo para el momento en que esa gran maquinaria llamada el Trust Carnicero cayese en sus manos, de forma que fuese utilizada no para amasar capitales en favor de un hatajo de asesinos y piratas, sino para producir alimentos destinados a los seres humanos.

A pesar de que era ya de madrugada cuando Jurgis se tendió en el suelo de la cocina de Ostrinski, todavía pasó una larga hora antes de que lograse conciliar el sueño. ¡No conseguía apartar de su mente la gozosa imagen que representaba a los trabajadores de Packingtown desfilando hacia los mataderos de la Unión para tomar posesión de ellos!

CAPÍTULO XXXIV

Jurgis desayunó con Ostrinski y su familia, y luego fue a ver a Elzbieta. La timidez con que antes contemplara el encuentro había desaparecido y, olvidando todas las cosas que había pensado decir, cuando entró en la casa empezó a hablar a Elzbieta de la revolución. La mujer creyó al principio que Jurgis había perdido el juicio y hubieron de pasar varias horas antes de que se convenciese de que no era así. Luego, convencida de que, excepto en cuestiones de política, gozaba de salud mental, no prestó más consideración al asunto. Más tarde Jurgis habría de descubrir que Elzbieta vivía bajo una especie de caparazón que la tornaba impenetrable al socialismo. Forjada a fuego lento sobre los yunques de la adversidad, había adquirido formas imposibles de alterar. Para ella la vida se reducía a la consecución del pan cotidiano y las ideas existían solamente como instrumentos que lo posibilitaban. Del apasionado delirio que parecía haberse adueñado de su yerno lo único que le interesaba era saber en qué grado favorecía los principios vitales de la sobriedad y el trabajo; luego, al percatarse de que Jurgis tenía el propósito de encontrar trabajo y contribuir al fondo familiar en lo que le correspondiese, su resistencia cesó por completo y aun alentó a Jurgis a que la convenciese de lo que quisiera.

Era Elzbieta una mujer de extraordinaria sabiduría. Capaz de discurrir con la rapidez de un conejo atrapado, media hora había de bastarle para adoptar respecto al socialismo la actitud que luego sustentaría durante toda su vida. Todo lo aceptó, excepto la necesidad de que Jurgis abonase cuota alguna e incluso se mostró

dispuesta a asistir de vez en cuando a alguna de las asambleas, donde aprovecharía el calor del debate para planear su menú del día siguiente.

Durante la semana que siguió a su conversión, Jurgis estuvo recorriendo las calles en busca de empleo, hasta que, por último, quiso la fortuna depararle una singular oportunidad. Cruzando ante uno de esos pequeños hoteles que en Chicago se cuentan por centenares, decidió, después de algunos titubeos, entrar en él y probar suerte. En el vestíbulo encontró de pie a un hombre que tenía aspecto de ser el propietario y, acercándose a él, le solicitó empleo.

—¿Qué sabes hacer? —indagó el otro.

—Me avendría a cualquier cosa, señor —dijo Jurgis con viveza—. Llevo mucho tiempo sin ocupación, pero soy un hombre honrado, fuerte y bien dispuesto.

El propietario le examinaba atentamente con la mirada.

—¿Bebes? —quiso saber.

—No, señor.

—Te lo digo porque he tenido empleado a un portero que sí lo hacía, y en exceso. Lo he despedido siete veces y siete veces lo he vuelto a readmitir, hasta que por fin he resuelto tomar una decisión. ¿Aceptarías esa plaza?

—Sí, señor.

—El trabajo es duro. Hay que fregar suelos, limpiar escupideras, poner petróleo a las lámparas, acarrear baúles…

—Lo haré de buen grado, señor.

—En ese caso, no hay más que hablar. Le ofrezco treinta dólares mensuales más manutención. Si le interesa, puede comenzar inmediatamente. No tiene más que vestirse el equipo que dejó el otro y empezar el trabajo.

De manera que Jurgis se aplicó a la tarea y hasta última hora de la tarde estuvo trabajando como un mulo. Al terminar la jornada se dirigió a casa de Elzbieta para ponerla al corriente y, a continuación, a pesar de que era ya muy tarde, quiso visitar a Ostrinski a fin de hacerle partícipe de su buena fortuna. Y eso hubo de procurarle una grata sorpresa pues, según le refería la situación del hotel, Ostrinski, de pronto, le interrumpió para exclamar:

—¡No irás a decirme que estás en casa de Hinds!

—Sí —respondió Jurgis—, así se llama el hotel.

A lo cual el otro se apresuró a decir:

—Entonces has ido a dar con el mejor patrón que pueda encontrarse en Chicago. Hinds es uno de los organizadores estatales del partido, amén de figurar entre nuestros mejores oradores.

En vista de ello, a la mañana siguiente Jurgis salió al encuentro de su jefe y se lo explicó todo. El hombre, entonces, se apoderó de su mano y la estrechó.

—¡Magnifico! ¡Qué peso me quita de encima! —exclamó—. ¡He pasado toda la noche en blanco por el remordimiento de haber puesto a un buen socialista en la calle!

A partir de ese momento Jurgis se convirtió para su «jefe» en «Camarada Jurgis» y se vio invitado a corresponder, llamando «Camarada Hinds» al hombre que le procuraba empleo. Billy Hinds, como le llamaban sus íntimos, era un hombrecillo rechoncho, de amplios hombros y rostro rebosante de salud adornado de unas amplias patillas grises. Era la más bondadosa de las criaturas humanas y también la más jovial. A eso había que unir su inagotable entusiasmo: para él el día y la noche no tenían horas suficientes que dedicar a la charla sobre temas socialistas. Hinds era un conductor de multitudes y sus intervenciones convertían cualquier asamblea en una tempestad. Su elocuencia, cuando aquel hombre se iluminaba, era un torrente que sólo cabía comparar a las cataratas del Niágara.

Aprendiz en una herrería en su primera mocedad, Billy Hinds había huido más tarde de su casa para unirse a los ejércitos de la Unión, en cuyas filas hubo de topar por primera vez con los chanchullos y la rapaz actividad del capital, cuyos especuladores suministraban a los soldados mosquetes que la herrumbre había dejado inservibles y mantas en cuya confección nunca intervino la lana. Al fallo de una de esas armas Hinds había atribuido siempre la muerte de su único hermano y a las mantas de material regenerado seguía achacando ahora cuantos males amargaban su vejez. Cuando, en tiempo lluvioso, sus articulaciones acusaban el reumatismo, siempre componía la misma mueca de disgusto y exclamaba: «¡El culpable es el capitalismo, muchacho! ¡Siempre el capitalismo! *Écrasez l'Infâme!*

». Contra todas las calamidades de este mundo esgrimía Hinds un remedio infalible cuyas bondades no dejaba de predicar a cuantos acudían a él afligidos por algún infortunio, ya fuese la dispepsia, el fracaso en los negocios o una suegra rencillosa. En esas ocasiones un destello animaba sus ojos y él decía en seguida: «Eso tiene una sencilla solución: apoye usted con su voto al Partido Socialista».

Los primeros enfrentamientos de Billy Hinds con el monstruo octópodo del capitalismo databan del mismo final de la Guerra. Cuando, a su regreso a la vida civil, había tratado de encauzarse en los negocios, pronto hubo de ver cortado su camino por la desleal competencia de los que, mediante el robo, habían amasado fortunas mientras él peleaba en el campo de batalla. Estos capitalistas controlaban el gobierno de la ciudad, tenían los ferrocarriles en sus manos y habían puesto al comercio honrado en trance de desaparición. En vista de ello, y tras invertir sus ahorros en valores inmobiliarios urbanos, había partido a combatir, sólo por propia iniciativa, todas las formas de corrupción y cuantas actividades ilícitas llevaba aparejadas. Eso hubo de conducirle, primero, al consistorio, luego al seno del Partido Independiente [21] y, de ahí, a movimientos como el sindical de la Labour Union, el del Partido Popular [22] y el *bryanista.* [23] Finalmente, y después de treinta años de lucha, en 1896 había terminado por convencerse de que el poder de los consorcios de capital nunca podría ser controlado, siendo su destrucción la única alternativa posible. En apoyo de su tesis hizo publicar un panfleto que la dilucidaba y, cuando iniciaba preparativos para formular un partido de su dirección que preconizase aquellos conceptos, un folleto del partido socialista, caído fortuitamente en sus manos, le reveló que otros se le habían adelantado en la iniciativa. Por aquel entonces, Hinds llevaba ocho años combatiendo en favor del socialismo. Llevaba su lucha a todos los ámbitos y ninguna ocasión —ya se tratase de una reunión del G. A. R., [24] una convención de propietarios de hotel, un banquete para comerciantes afroamericanos o un pícnic campestre de la Sociedad Bíblica— le parecía inadecuada para hacerse invitar y poner de relieve los puntos de contacto existentes entre el socialismo y el tema de que se tratase. Agotadas esas posibilidades, no vacilaba en organizar por cuenta propia giras políticas que, iniciadas en Chicago, podían concluir en cualquier punto geográfico

comprendido entre los Estados de Nueva York y Oregón. Cuando regresaba de ellas, era para recorrer el propio Michigan organizando nuevos locales para el comité estatal del partido y, cumplidas todas esas tareas, ponía, por fin, rumbo al hogar para, una vez en Chicago, descansar hablando de socialismo en su propia ciudad.

El hotel de Hinds era un auténtico centro de propaganda socialista. Todos los empleados de la casa pertenecían al partido y, si alguno no formaba parte de él al ingresar en el establecimiento era seguro que no lo abandonaría en las mismas condiciones. Tan pronto Hinds entablaba un debate con cualquiera en el vestíbulo del hotel —cosa que sucedía con mucha frecuencia—, el resto de la dotación iba acudiendo al mismo ritmo que se animaba la charla, hasta que toda la gente de la casa acababa reunida en el mismo lugar atendiendo a lo que se había convertido en un verdadero acto político. En ausencia de Hinds, estos mítines, que se repetían una noche tras otra, eran protagonizados por su ayudante, y cuando también éste se ausentaba con motivo de alguna campaña, los actos corrían a cargo de su auxiliar, mientras la señora Hinds, sentada al escritorio, cuidaba del trabajo administrativo. El ayudante, que se llamaba Amos Struver, antiguo e íntimo amigo de Hinds, un torpe gigantón lleno de huesos y magro de carnes, cuyo rostro alargado y también escuálido, dotado de patillas que le descendían por bajo de la misma mandíbula y una boca que llamaba la atención por lo ancha, respondía cabalmente, como el resto de su anatomía, a la imagen del típico ranchero de las llanuras, que era justamente lo que el hombre había sido a lo largo de toda su vida. Cincuenta de sus años los había dedicado a combatir los ferrocarriles de Kansas, primero como *granger*, [25] luego como miembro de la Alianza de Granjeros y, posteriormente, convertido en *populista* desarraigado hasta que, por último, Tommy Hinds le había revelado la fabulosa idea de servirse de los trusts en lugar de destruirlos, lo cual convenció a Struver de vender sus tierras y comprar algunas casas de alquiler en Chicago. Él recolectaba la renta en persona todos los meses y con cada recibo, hacía proselitismo socialista y afirmaba que, en la medida en que los pobres siguieran votando a partidos que defendían el pago del alquiler, él estaba en posición de utilizar ese dinero para usos más nobles que cualquiera de los capitalistas.

Eso en cuanto se refiere a Amos Struver. Luego venía Harry Adams, su auxiliar, un hombre descolorido, con aspecto de erudito, que procedía de Massachusetts, de una familia entroncada con los Padres Peregrinos. [26] Inicialmente trabajador algodonero en Fall River, Adams se había visto obligado, como consecuencia del creciente marasmo que acusaba aquella industria e incapaz de tolerar por más tiempo las penurias que ello les imponía, a emigrar con su familia a Carolina del Sur. Mientras que en el Estado de Massachusetts la proporción de analfabetos de raza blanca es de ochenta por mil, en el de Carolina del Sur alcanza una cota de ciento treinta y seis por cada millar de habitantes. En ese último Estado ocurre también que el derecho al voto exige que quien lo ejerza posea bienes de determinada cuantía y, por esa razón, amén de otras muchas más, el trabajo infantil estaba allí ampliamente generalizado, con lo cual las compañías textiles de Carolina del Sur estaban dando al traste con las de Massachusetts. Adams ignoraba todos estos pormenores y le constaba únicamente que las factorías algodoneras del Sur continuaban en funcionamiento. Pero al llegar allí, descubrió que su subsistencia sería posible sólo a cambio de emplear a toda su familia, y ello en turnos que funcionaban de las seis de la tarde a la misma hora de la mañana siguiente. Eso le llevó a tratar de organizar la mano de obra local conforme a los patrones que regían en Massachusetts y el empeño acabó con su despido. Consiguió entonces otro trabajo, a cuyo amparo perseveró en su antiguo propósito, consiguiendo, por último, llevar a los obreros a una huelga en demanda de una reducción de los horarios. Su pretensión de organizar, más tarde, un acto público en la calle le costó la ruina. En los Estados más meridionales del Sur, el trabajo de los convictos es cedido por licencia a los contratistas que las consiguen, y cuando el número de presos es demasiado bajo, es preciso incrementarlo recurriendo a cualquier recurso. Uno de sus favoritos era la caza del negro: encuentran a unos cuantos jugando a cualquier cosa en un vestíbulo o permitiéndose el lujo de una partida de póker un domingo por la noche y los mandan de tres a seis meses a un campo de trabajo acusados de juego ilegal, en donde se ven forzados a trabajar de sol a sol y, si se atreven a decir algo, son apaleados. Así se vio Harry Adams condenado por decisión de un juez que era primo del propietario del molino de

algodón que Adams había criticado. El cumplimiento de la pena estuvo a punto de costarle la vida; pero, hombre sobre todo prudente, Adams se guardó de alzar la voz en ningún momento y, una vez libre, abandonó en compañía de su familia el Estado de Carolina del Sur; la trasera del infierno, como él lo llamaba. Adams no podía costearse el transporte por ferrocarril, pero como la cosecha andaba en su apogeo, optaron por emplearse una jornada para continuar a pie el camino al día siguiente. De esa forma llegaron a Chicago y, una vez allí, Adams se afilió al Partido Socialista. Hombre principalmente estudioso y reservado, carecía por completo del fuste del orador, lo cual no impedía que en su escritorio del hotel se amontonaran indefectiblemente los textos de cariz político y que sus artículos comenzasen a atraer la atención de la prensa del Partido.

En contra de lo que cupiera imaginar, todo este radicalismo no perjudicaba la prosperidad del hotel: los radicales siempre acudían allí y los viajantes de comercio lo consideraban divertido. En los últimos tiempos, el establecimiento de Hinds se había convertido, además, en hospedaje predilecto de los ganaderos del Oeste. Desde que el Trust Carnicero había dado con la treta de alzar los precios de compra para, luego, hacerlos caer bruscamente y beneficiarse a mansalva de los enormes excedentes producidos por la maniobra en la expedición de ganado, ocurría con frecuencia que los criadores se encontraran en Chicago con dinero apenas suficiente para sufragar la factura del transporte de la mercancía, circunstancia que les obligaba a buscar alojamiento en hoteles económicos, sin que el hecho de encontrarse con un agitador en la recepción les molestara en lo más mínimo. Para Billy Hinds estos ganaderos del Oeste constituían su audiencia predilecta. ¡Qué poco le costaba agrupar a una docena de ellos en torno a sí para ganárselos mediante los pequeños bosquejos que hacía del Trust! En cuanto conoció los relatos de Jurgis, no le dejaba ni irse de allí.

—Sin ir más lejos —solía interrumpirse en mitad de una discusión—, ahí está uno de mis empleados que, por haberlo vivido personalmente, conoce todo eso en sus menores detalles.

A lo cual Jurgis abandonaba el trabajo que en ese momento pudiera ocuparle para acercarse al corrillo.

—Cuenta a estos caballeros, camarada Jurgis, las cosas que has

visto en los mataderos…

Estas invitaciones hacían, al principio, que Jurgis sufriera lo indecible. Sacarle las palabras de la boca era como arrancarle uno a uno los dientes. Pero, luego, de forma gradual, fue descubriendo lo que se esperaba de él, y al cabo de algún tiempo aprendió a asumir su papel con toda naturalidad, y lo desempeñaba con entusiasmo. En esas ocasiones, Hinds solía animarle desde su asiento con exclamaciones apropiadas y movimientos de cabeza, y, entonces, según Jurgis facilitaba al público la fórmula del «Jamón Enlatado», o refería lo concerniente a los cerdos «condenados» que eran enviados a otro Estado para hacer manteca con ellos, solía Hinds exclamar, al tiempo que soltaba un rodillazo:

—En fin, ya me diréis si hay hombre capaz de inventarse una historia semejante.

Y, a continuación, el propietario del hotel pasaba a explicar por qué la única solución a semejante estado de cosas se encontraba en manos de los socialistas, único partido que había adoptado «una actitud seria» respecto al Trust Carnicero. Y cuando, en respuesta a la alusión, la víctima acertaba a decir que toda la nación estaba removida por esas cuestiones, que la prensa las había denunciado, y que el Gobierno estaba tomando medidas en lo concerniente a ellas, Billy Hinds suministraba el golpe de gracia, que había estado reservando para el final.

—Sí —contestaba—, todo eso es cierto; pero ¿a qué atribuye usted esa reacción? Porque no será tan ingenuo como para suponer que es el bien público lo que la motiva: en el país existen muchos otros trusts, no menos ilegales y corruptos que el Trust Carnicero: ahí tiene usted el Trust del Carbón, que hace que los menesterosos se hielen en invierno; y el Trust del Acero, que le cobra a usted doble precio por cada uno de los clavos de sus botas; y el Trust del Petróleo, que le impide leer de noche. Pero ¿por qué cree usted que toda la furia de la prensa y el gobierno recae, precisamente, en el Trust Carnicero?

Y, cuando la víctima objetaba que el Trust del Petróleo había generado bastante ruido, Hinds le interrumpía para apuntar:

—Hace diez años, en su obra: *Riqueza contra bien común*, Henry D. Lloyd reveló todas las interioridades de la Standard Oil Company. Compraron la edición entera para hacerlo desaparecer.

Pero recientemente dos revistas han tenido el coraje de plantar cara otra vez a la Standard Oil, y ¿cuál es el resultado? La prensa hace mofa de los autores, las iglesias salen en defensa de los criminales y el Gobierno… el Gobierno observa una pasividad absoluta. Pero ¿por qué es tan distinta la reacción en lo que respecta al Trust Carnicero?

Y cuando, tomada por sorpresa por este planteamiento, la víctima confesaba su ignorancia, Billy Hinds se apresuraba a ilustrarle sobre el particular y ver la perplejidad de su escuchante convertida en regocijo.

—Si fuese usted socialista —comenzó el propietario del hotel—, sabría usted que la potencia que hoy en día regenta verdaderamente los Estados Unidos es el Trust Ferroviario. Es él quien gobierna el Estado al que usted pertenece, sea éste cual sea, y el que dirige el Senado de los Estados Unidos. Eso sin contar con que todos los trusts que he nombrado anteriormente son propiedad del Trust Ferroviario. ¡Todos, con excepción del Trust Carnicero! Éste ha desafiado a los ferrocarriles, cuyo feudo viene socavando día a día mediante el empleo del Vagón de Propiedad. ¡Ésa, y no otra, es la razón de que el público esté enfurecido, de que la prensa reclame a gritos una adopción de medidas y de que el Gobierno esté en pie de guerra en lo que respecta al Trust Carnicero! El Trust del Acero es quien decide las leyes tributarias en este país y nos está robando a manos llenas: ¿se hace algo al respecto? El Trust del Carbón viola las leyes de Pensilvania que prohíben conjunciones entre la industria ferroviaria y la minera, ¿se hace algo al respecto? Ese mismo Trust infringe la ley de bonificaciones de Colorado y es el mismo delincuente confeso el que se sienta en el despacho del presidente y le ayuda en su intento de meter a los empresarios de la carne en la cárcel. Y, entretanto, vosotros, el gran público, asistís a esa pantomima y aplaudís, sin duda convencidos de que toda esa lucha es en vuestro beneficio, y ni en sueños creeríais que lo que en realidad esconde es el apogeo de una contienda, vieja de cien años, en la que se dirime la supremacía o la extinción de una de las dos fuerzas encontradas en el combate: el Trust Carnicero y la Standard Oil, ambas empeñadas en la posesión y el control de los Estados Unidos de América. Y el que está ganando es el Trust Carnicero porque tiene la capacidad de sangrar a los ferrocarriles. Se está

intentando utilizar todo el poder del Gobierno de los Estados Unidos, de la prensa y de la opinión pública para dar la vuelta a la contienda.

Tal era el nuevo hogar donde Jurgis no sólo vivía y trabajaba, sino perfeccionaba, además, su educación. Él podría sentirse inclinado a pensar que la labor no exigía gran cosa de él, pero con ello cometería un grave error, porque para Jurgis, que hubiera dado gustoso una mano por Billy Hinds, mantener su hotel hecho un primor era la máxima aspiración de su existencia. El que una docena de distintos conceptos socialistas pudiera ocupar entretanto su pensamiento no perjudicaba en lo más mínimo la tarea. Bien al contrario, si Jurgis limpiaba escupideras y pulía barandas con tal vehemencia era porque al mismo tiempo creía, en sus adentros, estar luchando contra algún imaginario recalcitrante. A lo anterior sería grato poder añadir que Jurgis había abandonado definitivamente la bebida y, con ella, todos sus demás hábitos perniciosos; pero eso distaría de ser exacto, pues aquellos revolucionarios no eran ángeles, sino hombres de carne y hueso: hombres que procedían de los lodazales de la sociedad y aún no se habían desprendido por completo del cieno que los manchaba. Algunos de ellos abusaban del alcohol, otros juraban; los había que ni siquiera sabían sentarse con modales a una mesa. Entre ellos y el resto de la gente de su condición había una sola diferencia: el hecho de que a estos hombres les asistía la esperanza; de que, a diferencia de los demás, ellos tenían algo por lo que luchar y sufrir. En ocasiones, cuando la esplendorosa visión se le antojaba lejana y desprovista de sus colores de antes, Jurgis podía sentirse tentado de cambiarla por algo más inmediato y tangible, como, por ejemplo, una jarra de cerveza; pero, si a esa jarra seguía otra, y a esa otra muchas más, a él siempre le quedaba algo que a la mañana siguiente servía de acicate para el remordimiento y los buenos propósitos. Gastar el dinero en bebida era una acción cuyo carácter reprensible saltaba a la vista, en cuanto uno pensaba que la clase obrera andaba errabunda aguardando a que la rescatasen de sus tinieblas, y que el precio de una jarra de cerveza bastaba para financiar la edición de cincuenta folletos que, distribuidos entre los que esperaban la redención, serían motivo para embriagarse de veras, esta vez del gozo de saber cuánto bien se estaba difundiendo.

Era así como había sido creado el movimiento socialista, y así, únicamente, como podría prosperar; conocerlo sin luchar por él era como no hacer nada, porque su porvenir estaba en que llegase a la totalidad de los hombres, y no en permanecer al servicio de unos pocos. El corolario de todo ello era, por supuesto, que quienquiera que rehusase aceptar el nuevo evangelio incurría en la responsabilidad personal de privar a Jurgis del más caro sueño de su corazón, y esto, ¡ay!, le volvía un maestro impaciente y una amistad poco cómoda, como quedó demostrado muy pronto. Elzbieta le presentó algunos de los amigos adquiridos en el nuevo vecindario. Su resolución de convertirlos colectivamente en socialistas había estado a punto, en varias ocasiones, de concluir en una reyerta.

Las verdades de su credo eran para Jurgis tan evidentes que no alcanzaba a comprender el hecho de que los demás no las percibiesen de inmediato. Todas las riquezas y recursos del país, la propia tierra y cuanto en ella se asentaba, los edificios, los ferrocarriles, las minas, las fábricas y aun las tiendas y los almacenes, todo estaba en manos de unos cuantos particulares —los capitalistas— a quienes el pueblo debía servir con su trabajo a cambio de salarios. Luego todo el producto de la labor de esos obreros iba a engrosar las fortunas de los capitalistas para multiplicarlas una y otra vez, sin tasa ni medida, ello con independencia de que aquella gente, y cuantos se movían a su alrededor, viviesen rodeados de los lujos más exorbitantes. ¿No resultaba entonces evidente que, si el pueblo reducía el incesante flujo de beneficios de los que se limitaban a «poseer», aquéllas redundarían en los que las trabajaban? En ese principio, tan visible como el hecho de que dos y dos suman cuatro, estribaba todo, absolutamente todo el socialismo. Y, sin embargo, había gente que no alcanzaba a darse cuenta de ello y que, además, echaba mano de cualquier pretexto para no hacerlo. No faltaba, por ejemplo, quien afirmase que los gobiernos no podían atender a ciertas funciones de la economía, y que éstas debían ser asumidas por la iniciativa privada; y se hartaban de repetir lo mismo una y otra vez, convencidos de haber llegado al meollo de la cuestión. ¿Es que no se daban cuenta de que esa gestión económica por parte de los patronos significaba solamente que había que trabajar más, en

peores condiciones y cobrar menos? Ellos, los obreros, eran esclavos y sirvientes, eran los que no podían vender nada más que su trabajo, que no tenían esperanza alguna de vida y que llevaban una mera existencia, puestos a merced de explotadores cuyo único propósito estaba en sacarles el mayor provecho posible; y, entretanto, los explotados no hacían sino interesarse en el buen éxito del proceso, ¡como si les preocupase la posibilidad de que no se llevara a cabo con la eficiencia debida! Tener que escuchar argumentos semejantes, ¿no era, sinceramente, como para desesperarse? Pensar que había gente que no quería abrirse a la experiencia de vivir libres e iguales en una casa de la que ellos mismos eran, por lo que les correspondía, propietarios, sino que preferían seguir siendo siervos y lacayos en una casa que se administraba según «los principios de la economía».

Pero no era eso lo peor; había cosas aun más lamentables. Como, por ejemplo, ponerse a hablar con un pobre diablo que llevaba treinta años trabajando en el mismo taller, sin jamás haber conseguido ahorrar un solo céntimo; un infeliz que todas las mañanas salía de su casa a las seis en punto y no regresaba a ella hasta bien entrada la noche, después de haberse pasado la jornada atendiendo a una máquina, sin fuerzas para nada más que quitarse la ropa y meterse en la cama; un hombre que no había disfrutado una semana de descanso en toda su vida, que no había viajado a ninguna parte, ni aprendido nada, ni concebido esperanza alguna, y que, tan pronto alguien comenzaba a hablarle de socialismo, arrugaba la nariz y decía: «A mí esas ideas no me interesan: ¡yo soy un individualista!». Y, dicho eso, agregaba que la doctrina socialista era un «paternalismo», y que, si algún día llegaba a imponerse, el mundo cesaría de progresar, porque acabaría con la iniciativa individual. Escuchar estupideces de esa clase hubiera hecho reír hasta a una mula. Y, sin embargo, la cosa era para tomarla bien en serio, tan pronto se daba uno cuenta de que había en el mundo millones de pobres necios como él, a los que el capitalismo había encanijado su crecimiento interior hasta el extremo de que ni siquiera sabían en qué consistía la individualidad y que se contentaban con repetir una estupidez ideada en reuniones secretas de asociaciones de empresarios y que transmitían los políticos de turno, los editores de periódicos y los predicadores de altos vuelos.

Y estaban sinceramente convencidos de que ser «individualista» consistía en agruparse por miríadas para obedecer las órdenes de un magnate del acero, proporcionarle con su labor cientos de millones de dólares de beneficios y, luego, dejar que les donase bibliotecas; mientras que tomar la industria a su cargo y hacerla rendir conforme a sus necesidades y, finalmente, construirse ellos mismos las bibliotecas era, a su modo de ver, una forma de «paternalismo». «Individualismo» significaba estar en manos de amos corruptos e ignorantes a los que los grandes magnates controlaban a placer a base de dinero y que conducían al pueblo a las urnas como se lleva a los corderos al matadero. Cuando la gente se alzaba contra esto y formaba un partido político propio, costeaba sus gastos y pulía sus fundamentos conforme a un discurso político lo llamaban «paternalismo». Algunas veces estas constataciones procuraban a Jurgis sufrimientos imposibles de tolerar; y, sin embargo, no había escapatoria posible, ni otra cosa que hacer que tratar de abrir brechas en la base de esas montañas de ignorancia y prejuicio: «No, el socialismo no es paternalismo. Es el capitalismo el que es paternalista. El capitalismo se basa en que hagas lo que se te manda y no hagas preguntas, en mendigar trabajo y que cojas lo que se te ofrezca, en que sepas claramente qué lugar es el que tienes que ocupar. El socialismo es libertad e independencia: es ser dueño de tu propio trabajo y ser tu propio jefe, trabajar cuando quieras y del modo en que quieres, es abundancia y oportunidad: todo lo que quieres en el mundo y que tus amos evitan que accedas a ello».

Aún así Jurgis se encontraba aún al principio de sus tribulaciones. Todavía quedaba bucear en los periódicos y en el desprecio con que éstos les trataban. Más o menos una semana después de que encontrara trabajo, se produjo el gran debate entre Hinds y Winslow: cuando nuestro amigo leyó los relatos que se hacían en los periódicos, le entraron impulsos homicidas.

El Dr. Oliver Winslow era un clérigo baptista cuya iglesia estaba a unas pocas yardas del hotel. El reparto de pasquines socialistas durante la campaña electoral le había llevado a sermonear sobre la amenaza a la civilización que suponía el socialismo. Ante esto, y como no podía ser de otro modo, Billy Hinds y sus compañeros habían redactado una carta bastante amable, convocándole a un debate. La carta, en unos términos persuasivos, era una llamada al

juego limpio y a la libertad de opinión. Ésta llegó una mañana de sábado y el párroco contestó rechazando la oferta esa misma tarde. Mas el domingo por la mañana se enteró de que los socialistas habían impreso en un pasquín su invitación a una discusión y lo estaban repartiendo en la puerta de la iglesia, de modo que escribió una segunda carta, anunciando su participación en el debate, que tuvo lugar un mes más tarde y se convirtió en un evento de máximo interés. El barrio entero estaba cubierto de carteles: acudió la congregación de la parroquia y, por otra parte, todos los camaradas de Billy Hinds. Jurgis se sentó justo enfrente; era la primera vez que veía a su jefe en un estrado y estaba nervioso como un chiquillo. Billy Hinds tenía un peculiar modo de agitar el brazo según llegaba a sus clímax oratorios que levantaba a las masas hasta que comenzaban a dar saltos de alegría. Luego, enérgico, recogía los aplausos abriendo sus brazos: así ganaba tiempo, el público bajaba la intensidad y podía levantarlos de nuevo. Era un espectáculo lo que hizo con el clérigo: quizá algunos lo consideraron una falta de respeto, pero cuando un socialista está peleando por la vida de la clase obrera no puede andar en consideraciones sobre los sentimientos individuales de la gente.

El cura habló sobre el hombre que trabaja y logra ahorrar y acumular un pequeño capital y sobre el derecho que tiene a los intereses que le reporte éste. La respuesta de Billy Hinds convulsionó al auditorio: «El Dr. Winslow parece pensar que el primer dólar es macho y el siguiente hembra y que cuando un hombre los mete en el banco juntos se reproducen y dan a luz centavos y centavos que luego crecen hasta convertirse en dólares tan grandes como sus progenitores. No entiende que eso que llama interés es la riqueza que ha generado otro ser humano y que le ha sido arrebatada». Luego el dueño del hotel se puso a explicar cómo una persona que lograra acumular diez mil dólares, ya por ahorro o directamente por robo, ha de tener necesariamente por debajo a un hombre hecho y derecho que trabaja para él el resto de su vida, haga frío o calor, esté sano o enfermo: un esclavo ciego y desamparado del hombre de los diez mil dólares. Había miles y miles de esos propietarios de «diez mil dólares». Sin embargo, los esclavos que trabajaban para esos propietarios eran todos los asalariados del mundo.

El cura manejó, básicamente, dos argumentos: primero que el pueblo no estaba capacitado para dirigir las industrias del país, segundo, que el socialismo acabaría con la iniciativa individual. Billy Hinds contestó: «No hace ni falta contestar a esos argumentos: si se les atara por las colas y se les colgara en una percha, empezarían a pelearse entre ellos como fieras». Prosiguió entonces diciendo que el segundo argumento afirmaba que nos anquilosaríamos individualmente porque sería el Gobierno el que se encargara de dirigirlo todo, mientras que el primero significaba que, ante tamaña tarea, no seríamos capaces de asumirla y cumplirla correctamente. El primero ponía a las claras que el Dr. Winslow no había entendido ni una palabra de lo que significaba el socialismo, no sólo acerca de la propiedad común de la maquinaria industrial, sino también de su administración democrática. La idea de gobierno actual es la de la burocracia tiránica, el agente de la clase explotadora particular que tiene el poder en los tiempos que corren; bajo el socialismo, en cambio, las instancias de gobierno serían como la junta directiva de un club social; de hecho, el mundo sería como un gran club social del que todos los hombres y las mujeres serían miembros libres e iguales y en el que todos participarían en sus decisiones. El otro argumento, de ese modo, resultaría más fuerte: había mucho trabajo del que encargarse y no hay tanto espíritu público ni inteligencia suficiente, como decía el Dr. Winslow. Hinds exclamó: «¡Por supuesto que no la hay! ¿Quién sabe eso mejor que los socialistas? Si hubiera más, ya estaríamos en el socialismo y, ya que no la hay, nos vemos obligados a trabajar para conseguirlo. Tenemos que agitar y arengar, tenemos que reunir a la gente y organizarla, enseñarla, hacerles leer y estudiar, hacerles pensar por sí mismos. Tenemos que enseñar escribir y a editar, a hablar y a debatir, a organizarse y administrar sus asuntos. ¿Qué es todo esto sino lograr que la gente sea capaz de hacer aquello que el doctor dice que no son capaces de hacer ahora? ¿Por qué no nos ayuda él en esa tarea, por el amor de Dios? ¿Por qué no nos da sus bendiciones en lugar de llamarnos enemigos de la civilización? ¿Por qué afirma que el socialismo es un experimento aún sin demostración? ¡Claro que lo es! Lo primero que hace un recién nacido es intentar levantarse, ¿es eso motivo suficiente para tumbarlo y amarrarlo? ¿Por qué, siempre que un periódico hace una

crítica del socialismo, argumentan con dólares y centavos y no comprenden que el socialismo no trata sólo acerca de negocios, sino una cuestión de verdad y de mentira, de bien y mal? No se ha de analizar sólo desde el prisma de las finanzas, sino también desde el de la religión. El socialismo no es un experimento de ejercicio de poder, es un acto de voluntad. Forma parte del milagro eterno del espíritu, el llegar a ser de algo que aún no ha sido: algo creado por la soberanía del alma. Es la voluntad del hombre envilecido de hacer algo correcto, la voluntad del que perece por sobrevivir. La voluntad del trabajador por poner fin a la explotación, con todo su lujo y miseria, con su corrupción, crimen y guerra. No se puede condensar en un argumento ni representar en una ecuación: es un evangelio, una fe. Cuando ustedes, ministros de la Iglesia, invitan a sus reuniones a un hombre que bebe y que quiere liberarse del alcohol, no se sientan con él a calcular numéricamente las probabilidades, ni hacen estadísticas a ver si ha merecido la pena: lo alzan, lo exhortan, le imploran a que se levante y tenga valor, pues entienden que el poder se encuentra en la voluntad y que, sin voluntad, no puede haber poder. Por supuesto, el ser humano falla; también el socialismo: puede ser que la corrupción haya ya corroído las fibras más profundas de nuestra humanidad, puede ser que estemos demasiado muertos como para poder desear la libertad, que sucumbamos en el intento, que la lucha de los parias por la vida termine en caos y destrucción. Si así sucede, la culpa será nuestra, de los que hicimos lo mejor que pudimos: la opción quedará ante la puerta de aquellos que se burlan de nosotros, que nos desprecian, que mienten acerca de nosotros y tergiversan nuestras palabras, que se sientan ociosos, mientras nosotros trabajamos duro para liberar a la humanidad».

Ése fue el clímax del debate. No es difícil imaginar lo que le pasó a Jurgis al día siguiente, cuando abrió el único periódico que se hacía eco del debate y se encontró con un titular que decía: «El Dr. Winslow humilla al socialismo». Lo que contaba era una escena en la que el cura había actuado como un profesor de escuela ante un alumnado revoltoso y se hacía eco en toda una columna de sus argumentos, mientras que lo único que aparecía de los de Billy Hinds era esto: «Al argumento del clérigo de que un gobierno socialista no podría dirigir correctamente las industrias del país, su

oponente contestó que la propiedad municipal socialista no era una cuestión de finanzas, sino de fe».

Capítulo XXXV

Una de las primeras cosas que hizo Jurgis tras obtener su empleo fue visitar a Marija. Esta vez fue ella quien salió a su encuentro, y la entrevista se celebró en aquella parte de la casa que correspondía al sótano. Allí, plantado junto a la puerta con el sombrero en la mano, dijo Jurgis:

—He conseguido trabajo. Ahora puedes dejar este lugar.

Pero Marija acogió sus palabras con una muda negativa expresada por un movimiento de la cabeza. Nada podía hacer fuera de lo que ahora hacía, dijo, ni habría nadie que consintiese emplearla. No podía pretender que se olvidara su pasado. Algunas de sus compañeras habían hecho esa tentativa, pero todas, más tarde o más temprano, se habían visto descubiertas. El lugar donde ahora vivía era frecuentado por millares de hombres y alguno de ellos acabaría siempre por reconocerla. Cuando se entra aquí, ya no se sale.

—Y, aparte de eso —agregó—, tampoco estoy en condiciones de trabajar. No sirvo para nada. ¿Qué partido puede sacarse de una mujer que vive a fuerza de estupefacientes?

—¿No puedes dejarlos? —exclamo Jurgis.

—No —fue su respuesta—. Nunca lo conseguiré. Ni tiene sentido hablar de ello. Mi destino, supongo, es seguir aquí hasta que muera. Para otra cosa no sirvo.

Había adoptado esa postura, y de ahí era imposible sacarla. Y, cuando Jurgis le dijo que hablaría con Elzbieta para que no le aceptase más dinero, su reacción fue de completa indiferencia.

—Eso sólo servirá para que lo malgaste aquí —dijo.

Tenía enrojecido y congestionado el rostro, y sus párpados daban la impresión de ser pesadamente sólidos. Viendo, entonces, que la enojaba con su presencia y que ella no esperaba sino que se fuera, Jurgis marchó abatido y lleno de tristeza.

La vida familiar no procuraba al pobre Jurgis demasiadas alegrías. En los últimos tiempos Elzbieta caía enferma con mucha frecuencia y los muchachos, a quien la vida callejera había perjudicado no poco, se mostraban díscolos e ingobernables. Pero, a pesar de ello, continuaba aferrándose a la familia por lo que le recordaba de su felicidad de otros tiempos. Y, cuando eran muchos los sinsabores, corría a solazarse en el movimiento socialista. Desde que su vida se había sumido en el fluir de esa impetuosa corriente, muchas de las cosas que en otra época entrañaran para él el mismo sentido de la existencia habían empezado a representársele relativamente de poca importancia. Ahora sus intereses giraban en torno a otros motivos, emparentados, siempre, con el mundo de las ideas. Su vida externa era trivial y carecía de atractivos; simple portero de hotel, así esperaba continuar durante el resto de su vida. En las regiones del pensamiento, en cambio, su existencia era una perpetua aventura. ¡Había tanto que aprender… tantas maravillas por descubrir!

Nunca en su vida olvidaría Jurgis la víspera de las elecciones, cuando, en respuesta a un mensaje telefónico de un amigo de Harry Adams, que le había pedido que fuese aquella noche a verle acompañado de Jurgis, tuvo ocasión de conocer a uno de los cerebros del movimiento.

La invitación había partido de un hombre llamado Fisher, un joven millonario de Chicago que había abandonado sus actividades para consagrarse a las obras de carácter social, y ahora habitaba una pequeña vivienda en los barrios pobres del centro. Fisher, que sin estar afiliado al Partido alentaba hacia él marcadas simpatías, dijo que aquella noche iba a ser su invitado el editor de cierta renombrada revista con sede en la costa atlántica, hombre que atacaba el socialismo sin conocer, en realidad, su naturaleza. Se le había entonces ocurrido la idea de que acudiesen también a la cita algunos socialistas, y sugirió el nombre de Jurgis, con lo cual él se encargaría de traer a colación el tema de «los alimentos puros», por el que el editor mostraba interés.

La casa del millonario era un pequeño edificio de ladrillo, de dos plantas, cuyo exterior carecía de gracia y acusaba los efectos del duro clima, pero que resultaba, por dentro, acogedor y agradable. La habitación que vio Jurgis tenía la mitad de sus paredes cubiertas de libros y mostraba, en las restantes, multitud de cuadros apenas discernibles a la débil luz amarillenta que iluminaba la estancia. En la chimenea, en respuesta a la fría noche lluviosa, ardía un vivo fuego de leña y, alrededor de éste, se hallaban reunidas, cuando los dos amigos hicieron su aparición, siete u ocho personas entre las que advirtió Jurgis, casi con un vahído, la presencia de tres mujeres. A esos sentimientos se sumaba otro, de indecible turbación, al verse, por vez primera en su vida, entre personas de aquel rango. Plantado junto a la puerta con el sombrero prietamente agarrado entre las manos, se inclinó solemnemente ante cada una de las personas que le presentaron. Luego, en cuanto le invitaron a tomar asiento, lo hizo en la silla que ocupaba el rincón más oscuro, y aun así en el mismo borde, incluso a costa de enjugarse con la manga el sudor que le perlaba la frente. La sola idea de que pudiera verse obligado a hablar le llenaba de espanto.

Entre los reunidos figuraban, además del propio anfitrión —un hombre joven, de elevada estatura y aspecto atlético, que vestía de etiqueta—, el editor invitado, un caballero con aire de padecer dispepsia, que respondía al nombre de Maynard; la esposa del dueño de la casa, que era joven y de frágil aspecto; una dama de edad avanzada, la señora Miller que estaba al cargo del jardín de infancia patrocinado por Fisher; y una joven estudiante universitaria, la señorita Harkness, bella muchacha que poseía un rostro lleno de expresión y sensibilidad. Durante la estancia de Jurgis la joven no intervino más que un par de veces en la conversación; el resto del tiempo guardó silencio y, siempre en su asiento, próximo a la mesa que ocupaba el centro de la sala, cruzadas las manos bajo la barbilla, permaneció atenta a lo que se decía y dando la impresión de beberse las palabras. Los restantes contertulios eran dos hombres que el anfitrión había presentado a Jurgis como los señores Lucas y Schliemann y en los que, por el tratamiento de «camarada» que dieron a Adams, reconoció su condición de socialistas.

El que se apellidaba Lucas era un hombre de escasa corpulencia

y aspecto que por su mansedumbre y dulzura hacía pensar en un clérigo. La suya, según pudo colegir Jurgis, había sido una vida de nómada consagrado a predicar el evangelio, hasta que, iluminado por la gracia, se había convertido en profeta de la nueva revelación. En ese momento Lucas recorría el país de punta a punta, de San Francisco a Texas pasando por Maine, viviendo, a la manera de los antiguos apóstoles, de la hospitalidad ajena, y predicando en las calles cuando no encontraba otro lugar donde hacer oír su doctrina. El otro invitado, Schliemann, se encontraba enzarzado en un debate con el editor en el momento en que Adams y Jurgis habían entrado en la sala, debate que, a petición del dueño de la casa, reanudaron tan pronto fueron hechas las presentaciones. Poco más tarde, Jurgis, que permanecía como hechizado en su asiento, llegaba a la conclusión de que era ése el hombre más extraño de cuantos pisaran nunca la tierra.

Nicholas Schliemann, un sueco alto y extremadamente delgado, de manos vellosas e hirsuta barba rubia, era un hombre de formación universitaria que había sido catedrático de Filosofía hasta descubrir, según sus mismas palabras, que estaba dilapidando su tiempo y sus facultades. Era además un violinista de gran talento, pero no quería vender su arte. Tras llegar a estas conclusiones, había emigrado a América y ahora habitaba una buhardilla en el mismo barrio pobre donde Fisher tenía su casa, consagrado a convertir su fuego en energía volcánica. Habiendo estudiado la composición de las materias nutritivas, conocía con exactitud la cantidad de proteínas y carbohidratos que precisaba su cuerpo para funcionar normalmente y, poseía un método de masticación científica que le permitía multiplicar por tres el valor nutritivo de cuantos alimentos se llevaba a la boca, de modo que había conseguido subsistir con un coste de tan sólo once centavos diarios. Poco más o menos a comienzos del mes de julio emprendía todos los años, a pie, una excursión que no abandonaba hasta haber alcanzado tierras de cosecha para, una vez allí, emplearse como bracero, por un jornal de dos dólares y medio, y no regresar al hogar hasta conseguir los ciento veinticinco dólares que precisaba para atender sus necesidades de un año. A su modo de ver era ésa la máxima independencia a que, «sometido al capitalismo», podía aspirar un hombre. Y no pensaba casarse porque, según explicó,

ningún hombre en su sano juicio debía enamorarse mientras la revolución no hubiese sido culminada.

Schliemann se había instalado en un amplio sillón, cruzadas una sobre otra las piernas y tan sumida en la oscuridad la cabeza, que de su rostro apenas se distinguían los ojos, iluminados únicamente por el resplandor de la chimenea. Se expresaba con sencillez y en un tono singularmente exento de emoción, pronunciando, con la frialdad con que desarrolla un catedrático ante sus alumnos un axioma geométrico, declaraciones capaces de espeluznar a cualquier individuo corriente. Si su oyente alegaba no haber comprendido, procedía, entonces, a explicar lo anterior en términos que hacían la proposición aún más chocante. A ojos de Jurgis, el doctor Schliemann era como una formidable tormenta, o acaso un terremoto, a pesar de lo cual, y por extraño que parezca, pronto se estableció entre ambos una especie de nexo invisible que permitía a Jurgis seguir su argumentación sin apenas perder ningún concepto. Moderno Mazeppa a lomos de un corcel enfurecido sin otro nombre que el de Especulación, se sentía transportado a velocidad de vértigo a través de la charla sin notar el obstáculo de los pasajes más difíciles.

Nicholas Schliemann conocía todo el universo y, con él, su representante terreno: el hombre. Familiarizado con todas las instituciones humanas, las hacía desaparecer, semejantes a pompas de jabón, de un simple soplo. Era increíble que la mente de un solo hombre pudiera albergar tal capacidad de destrucción. ¿Que se hablaba de gobierno? El propósito de éste no era más que la defensa del derecho de propiedad, la perpetuación de esa antigua fuerza y ese moderno fraude. ¿Que se trataba del matrimonio? Éste y la prostitución, eran las dos caras de una misma moneda: una explotación que ese depredador que es el hombre hace del placer sexual. La diferencia entre matrimonio y prostitución era una diferencia de clase. El matrimonio era una prostitución que requería una cierta capacidad de ocio. Cuando una mujer tenía dinero, estaba en situación de imponer sus condiciones, a saber: la igualdad, el contrato de por vida y, en cuanto a los hijos, su legitimidad o, dicho de otro modo, su derecho hereditario. Si, por el contrario, la mujer carecía de fortuna, convertida en proletaria, debía venderse a sí misma para vivir. Desde una perspectiva ética,

el matrimonio era un acto de cobarde comodidad, al igual que otros convencionalismos, un intento por obviar la condición del alma. Después de la revolución, la mujer sería libre y no necesitaría venderse para vivir. Con la igualdad industrial, la propiedad perdería su significado. Con la abolición del trabajo esclavo, la familia desaparecería al momento: la maquinaria ocuparía el lugar de un siervo doméstico y la educación de los hijos se convertiría en una labor en común: todo ello significaría que la ciencia tendría algo que decir en el desarrollo de la humanidad. La mayor barrera que se oponía a la civilización era el modelo de hogar y la primera tarea que tenía que acometer la inteligencia moderna era la emancipación de la mujer.

Con lo cual el tema pasaba al ámbito de la religión, la más mortal de las armas de aquel supergenio del mal. Si el Gobierno oprimía el cuerpo de la clase obrera, la religión oprimía su mente, envenenando, con ello, las aguas del progreso en el mismo manantial. El obrero había de conformar sus esperanzas a una vida futura, mientras su bolsa era desvalijada en la terrena, y todavía se le enseñaba a ser frugal, humilde y obediente y responder, en breve, a todas las demás seudovirtudes del capitalismo. El destino de la civilización sería decidido en una última lucha a muerte entre la Internacional Roja y la Negra, es decir, entre el socialismo y la Iglesia Católica de Roma; pero las cosas no eran mucho mejores allí, en su país, debido a la medianoche estigia del evangelismo protestante norteamericano.

En ese punto intervino el ex predicador, lo cual dio lugar a una viva controversia. El «camarada» Lucas no era lo que se llama un hombre cultivado; sus únicos conocimientos se referían a la Biblia, pero una Biblia interpretada conforme a una experiencia inmediata y eso, según dijo, le autorizaba a preguntar cuál era el sentido de confundir la religión con las tergiversaciones que el hombre había hecho de ella. Que, en el presente, la Iglesia se encontraba en manos de mercaderes era un hecho indiscutible; pero ello no impedía que comenzasen a manifestarse indicios de rebelión; y, si el camarada Schliemann aceptaba dar un poco de tiempo al tiempo…

—¡Oh, claro está! —exclamó su oponente—. No me cabe la menor duda de que dentro de cien años el Vaticano negará que se haya opuesto al socialismo en momento alguno, como hoy niega

categóricamente haber sometido a Galileo al suplicio.

—Yo no defiendo al Vaticano —exclamó Lucas con vehemencia—. Lo que yo defiendo es la palabra divina, que es el largo clamor del espíritu humano por verse rescatado del poder de la opresión. Consulta el capítulo veinticuatro del Libro de Job, al que suelo llamar en mis pláticas «La Biblia aplicada al Trust Carnicero»; o lea las palabras de Isaías, o las del propio Maestro, que no es el príncipe de la elegancia de corona de oro y fino lino que representa nuestro arte vicioso y depravado, ni el alhajado ídolo que exhiben nuestras iglesias, sino el Cristo de la espantosa realidad, el hombre del abatimiento y el dolor infinitos, el proscrito, el desdeñado del mundo, que no tenía donde descansar su cuerpo…

—Mi disputa no alcanza a Cristo —le interrumpió el otro.

—¡Muy bien! —exclamó Lucas—. ¿Por qué, entonces, me niega la relación de Jesús con su Iglesia? ¿Por qué sus palabras y su vida habrían de carecer de toda autoridad entre los que declaran profesar su fe? Con él aparece el primer revolucionario del mundo, el verdadero fundador del movimiento socialista; un hombre que detestaba las riquezas con toda la fuerza de su ser, y abominaba de todo lo que las riquezas representaban: el orgullo, el lujo y la tiranía; un hombre que vivió como un mendigo y como un vagabundo, un hombre del pueblo que no rehusaba su trato a taberneros y mujeres públicas; el mismo que una y otra vez condenó, en el más explícito de los lenguajes, las riquezas y su posesión: «No acumuléis tesoros en la tierra», «Vended lo que poseáis y entregadlo a los pobres», «Bienaventurados los menesterosos, porque suyo es el reino de los cielos», «¡Ay de los ricos, pues ellos han alcanzado ya su recompensa!», «En verdad, en verdad os digo que ningún rico entrará en el reino de los cielos»; un hombre que denunció sin consideración a los explotadores de su tiempo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!», «Ay de vosotros hombres de leyes», «¡Ay de vosotros, serpientes, generación de víboras! ¿Cómo esperáis escapar al castigo del infierno?»; un hombre que, látigo en mano, arrojó del templo a los mercaderes y usureros que hacían allí sus negocios; un hombre, ¡imagina eso!, que fue crucificado por atentar contra el orden social de su época. Y ese hombre ha sido convertido en sumo sacerdote de la complicidad con todos los horrores y abominaciones de la

propiedad, la hipocresía social y de la moderna civilización comercial. De él se hacen imágenes enjoyadas; sacerdotes amantes del lujo queman incienso en su honor y los piratas de la industria aportan sus dólares, extraídos del trabajo de mujeres y niños indefensos, para construirle templos desde donde escuchar, arrellanados en sus asientos, sus enseñanzas invocadas por hombres doctorados en una teología de polvo y herrumbre…

—¡Bravo! —exclamó Schliemann rompiendo a reír.

Pero su oponente, que había invocado el mismo tema por espacio de cinco años sin que nadie hubiera conseguido jamás enmudecerle, corría ya a galope tendido:

—¡Tal era Jesús de Nazaret! —exclamó—. ¡Tal era ese obrero de suprema conciencia social! ¡Carpintero de gremio, agitador, transgresor de las leyes, incendiario y anarquista! ¡Tal era el señor y maestro soberano de un mundo que tritura los cuerpos y las almas humanas para convertirlas en dólares! Y si ese hombre volviese en el día de hoy a la tierra y contemplara las cosas que la humanidad ha hecho en su nombre, ¿no se estremecería de horror su alma? Él, príncipe de la Misericordia y el Amor, ¿no enloquecería ante semejante espectáculo? Aquella noche terrible en el huerto de Getsemaní en la que el dolor le estremecía hasta el punto de hacerle sudar sangre, ¿creéis acaso que contempló algo más espantoso que lo que esta noche podría ver en las llanuras de Manchuria, donde los hombres avanzan tras una enjoyada imagen de su persona para perpetrar asesinatos masivos en beneficio de unos monstruos de crueldad y depravación? ¿Sabéis que, si hoy se encontrara en San Petersburgo, empuñaría el látigo con que arrojó del templo a los usureros y…?

Ahí hizo Lucas, para cobrar aliento, una brevísima pausa que Schliemann aprovechó para interrumpirle:

—No, camarada —dijo con desapasionamiento—, no lo haría, porque era un hombre práctico. Seguramente preferiría echar mano de esos preciosos limoncitos de imitación que se están exportando actualmente a Rusia y que, aptos para ser llevados en el bolsillo, contienen explosivos suficientes para hacer volar cualquier templo por los aires.

Lucas aguardó a que se extinguiesen entre los reunidos las risas a que este inciso había dado lugar y, luego, con más

apasionamiento si cabe, reanudó su discurso:

—Considera entonces la cuestión, camarada, desde el punto de vista de la política práctica. Estamos ante una figura histórica a la que todos los hombres aman y reverencian; un hombre que fue de nuestra propia carne, que vivió nuestra misma vida y predicó nuestra doctrina. ¿Seremos capaces de abandonarle ahora en manos de sus enemigos? ¿Permitiremos que éstos supriman y degraden su ejemplo? Poseyendo sus palabras, que no pueden ser desmentidas, ¿caeremos en la injuria de no recordárselas al pueblo, de no demostrar a la gente, por su testimonio, quién fue, qué enseñó y qué hizo ese hombre? No, no, ¡mil veces no! ¡Tenemos que servirnos de su potestad para expeler de su ministerio a los bribones y haraganes que lo detentan! ¡Y no sólo eso; debemos, además, empujar al pueblo a la acción!

Lucas hizo una nueva pausa que sirvió a su interlocutor para alcanzar un diario que descansaba sobre la mesa.

—Aquí, camarada —dijo riendo—, encontrará usted un posible punto de partida para la acción que recomienda. Una noticia que hace referencia al robo de que ha sido víctima la esposa de un obispo. ¿El botín? ¡Diamantes valorados en cincuenta mil dólares! ¡El obispo más untuoso y grasiento que hay! Notable, también, por su eminencia y erudición. ¡Un obispo filántropo y defensor de la clase obrera! ¡Todo un señuelo de las ligas cívicas con quien cloroformizar a las masas obreras!

A este intercambio de armas los reunidos habían asistido en calidad de meros espectadores. Pero, al llegar a ese punto, el editor Maynard aprovechó la oportunidad para señalar, en forma un tanto ingenua, que él siempre había creído que los socialistas contaban, en lo concerniente al porvenir de la civilización, con una fórmula preparada tiempo atrás, embotellada y lista para su uso, por lo cual no era poca su sorpresa al tropezar allí, de pronto, con dos activos miembros del Partido quienes, a su juicio, no se firmaban recíprocamente compromisos de ninguna clase. En vista de ello, y para su gobierno, ¿sería mucho pedir de la bondad de los señores Lucas y Schliemann que le explicasen qué era exactamente lo que tenían en común y por qué formaban en las filas de un mismo partido? Esta petición se concretó, después de un largo debate, en el establecimiento de dos postulados de muy cautelosa terminología, a

saber: primero: que el ideal socialista contempla la colectivización de la propiedad y la dirección democrática de aquellos medios de producción que afectan a las necesidades humanas; segundo: que el criterio socialista para la consecución de lo anterior es la concienciación social y la organización política de los que trabajan a cambio de un salario. En la fase actual, ellos estaban completamente de acuerdo en esto, sin que su avenencia llegase a más. Para Lucas, un zelote religioso, la cooperativa de riqueza común se encontraba en el Nuevo Jerusalén, esto es, ese reino de los cielos que «está dentro de vosotros», el reino de la paz y de la buena voluntad. Lucas miraba con cierto rechazo las ideas de su contendiente para el que el socialismo no era sino un primer paso hacia una meta más lejana; una fase previa que debía ser sufrida «con impaciencia». Schliemann, que se definía a sí mismo como «anarquista filosófico», explicó que anarquista es el hombre que cree que el fin de la existencia humana está en el libre desenvolvimiento de toda personalidad individual, al margen de toda restricción y toda ley, salvo aquellas que son consubstanciales a su existencia. Puesto que la cerilla empleada en encender la lumbre de cualquier hombre es de idéntica calidad, como idéntica debe serlo la hogaza de pan que nutra su estómago, el someter la industria al control del voto mayoritario era una idea perfectamente sancionable por cuanto la disponibilidad de bienes materiales estaba limitada por el hecho de que todos provenían de un mismo y único planeta. Los bienes morales e intelectuales, en cambio, existían en cantidades ilimitadas, y nadie empobrecía a su prójimo por utilizarlos en mayor cuantía que él, por lo cual la expresión del moderno pensamiento proletario estaba en el principio de «Comunismo en la producción material y anarquismo en la intelectual». Tan pronto se superase la agonía del nacimiento de esta idea y se restañaran las heridas sociales, se implantaría en el mundo un sencillo sistema a tenor del cual en el haber de todo hombre se anotaría el producto de su labor, contrapesado por el importe de sus compras, que pasarían a la columna del debe; y, a partir de ese instante, los procesos del intercambio productivo y del consumo se desarrollarían de forma automática y sin que siquiera fuéramos conscientes de ello, como no lo somos, por ejemplo, del latir de nuestros corazones. A continuación —explicó entonces

Schliemann— la sociedad se disuelve para recomponerse en forma de comunidades, independientes y autogobernadas, de personas unidas por afinidades mutuas, de lo cual son actualmente ejemplo los clubs, las religiones y los partidos políticos. Después de la revolución, todas las actividades intelectuales, artísticas y espirituales de los hombres serían atendidas por «asociaciones libres» como las que he citado. Los novelistas románticos tendrían el apoyo de los que se deleitan en la literatura sentimental; los pintores impresionistas, el de los que se complacen en el impresionismo, y así, sucesivamente, ocurriría con los predicadores, los científicos, los editores, los actores y los músicos. Si alguien, deseando trabajar, pintar u orar, no encontrase quien le respaldara, podría sostenerse a sí mismo a base de dedicar parte de su tiempo a otro quehacer. Tal es, en efecto, el sistema que se ha venido practicando hasta el presente, con la diferencia de que la existencia de una competición salarial obliga al hombre a vender, para subsistir, la totalidad de su tiempo libre, mientras que, con la abolición de los privilegios y la explotación, cualquiera podría atender a sus necesidades con sólo trabajar una hora al día. Otra de las características del sistema actual es que, en lo que se refiere, por ejemplo, a un artista, su creatividad se ve limitada por la calidad de su público, degradado y vulgarizado en cualquier caso por el esfuerzo que ha tenido que dedicar a su lucha por la subsistencia; de lo cual resulta que no podamos siquiera formarnos un concepto aproximado del nivel que las actividades intelectuales y artísticas alcanzarían a partir del momento en que la humanidad se viese libre de la pesadilla de la competencia.

En ese punto quiso el editor Maynard saber sobre qué base apoyaba el doctor Schliemann el aserto de que una sociedad podría funcionar a cambio de tan solamente una hora diaria del trabajo de sus miembros.

—Nada podemos saber —respondió Schliemann— en cuanto a cuál sería exactamente la capacidad productiva de la sociedad, de aplicarse los recursos con que la ciencia cuenta en la actualidad; pero podemos tener la certeza de que esa producción excedería cuanto puedan estimar razonable los cerebros habituados a las feroces barbaridades del capitalismo. Tras el triunfo del proletariado internacional, la de la guerra sería, por supuesto, una

idea inconcebible. ¿Y quién puede estimar lo que las guerras cuestan a la humanidad, no sólo en términos de las vidas humanas y los materiales que destruye ni, tampoco, en los del desembolso que supone mantener ociosos, equipar y armar, tanto para las batallas como para los desfiles, a millones y millones de hombres, sino especialmente por lo que suponen en cuanto a la pérdida de energías vitales que acarrean a la sociedad los estados de guerra, con todo el terror, la brutalidad, la ignorancia, la ebriedad, la prostitución y los delitos que comportan y fomentan; ello por no mencionar la crisis productiva y la muerte moral que son sus secuelas? ¿Cree usted excesivo afirmar que cuando menos dos de las horas de la jornada laboral de cualquier miembro hábil de la sociedad actual van a nutrir el sangriento espectro de la guerra?

Dicho esto, Schliemann pasó a perfilar algunos de los despilfarros que engendraba el sistema de la competencia: el mantenimiento de una industria bélica; un incesante estado de fricción e inquietud de las comunidades; la aparición de vicios tales como el de la bebida, cuyo consumo se había duplicado, o poco menos, en el transcurso de veinte años como consecuencia del recrudecimiento de la lucha económica; la aparición de miembros ociosos o improductivos en el seno de las comunidades, como lo son los ricos con su frivolidad y los pobres con su penuria; el mantenimiento de la ley y de toda la maquinaria represiva; los dispendios de la ostentación social, cual sea el trabajo de los sombrereros, los sastres, los peluqueros, los profesores de danza, los *chefs* y los lacayos.

—¿Se da usted cuenta de que —agregó entonces— en una sociedad gobernada por el fenómeno de la competición comercial el dinero se convierte en inevitable prueba de aptitud, y el grado en que aquél se gaste es el canon por el que se determina el poder? Y, de esta manera, nos encontramos con una sociedad que, en el momento actual, emplea algo así como el treinta por ciento de su población en producir artículos superfluos, que un ulterior uno por ciento se dedica a destruir. Y no para ahí la cosa; pues nos encontramos, también, con que los servidores y agentes de los parásitos participan, a su vez, de esa condición, de modo que sombrereros, joyeros y lacayos gravitan, también, sobre los individuos útiles de la comunidad, que deben mantenerlos. Pero no

vaya usted a creer que esta enfermedad monstruosa afecta únicamente a los holgazanes y sus intermediarios; su veneno infesta, por el contrario, todo el organismo social. Por debajo de las cien mil mujeres que componen la *elite* se encuentra un millón de otras, de clase media, que sufren por no pertenecer a aquel medio y en público se esfuerzan por pretender lo contrario; y, por debajo de éstas, hay cinco millones de esposas de granjeros que leen revistas «de modas» y se aderezan sombreritos; y de empleadas de almacén y domésticas que se prostituyen por conseguir joyitas lamentables e imitaciones de piel de foca. Y a esa competencia en la ostentación añada usted otra, la de las ventas, que resulta la mejor manera de añadir leña al fuego. ¡Manufacturas enteras dedicadas a la confección de decenas de millares de baratijas que los almacenes exhiben en sus aparadores y diarios y revistas anuncian profusamente en sus páginas!

—Sin olvidar —apuntó el joven Fisher— los despilfarros que resultan del fraude…

—Cuando uno tropieza con la ultramoderna profesión de la publicidad —respondió Schliemann—, que es la ciencia de decidir a la gente a comprar lo que no necesita, ha dado uno con el mismo osario de la capacidad destructora capitalista, y ya no sabe cuál de la docena de horrores expuestos a sus ojos merece ser mencionado en primer lugar. De todas formas, consideren ustedes el derroche de tiempo y energías que representa fabricar diez mil variedades de un mismo artículo destinado a la ostentación y el esnobismo, ¡cuando una sola de ellas cumpliría sobradamente el propósito! Consideren el derroche que supone la producción de artículos de baja calidad, de géneros destinados a engañar a los ignorantes; el dispendio que engendra toda adulteración: las ropas de mezcla, las mantas de algodón, las viviendas baratas, los salvavidas de corcho aglomerado, la leche manipulada, el agua de soda a base de anilina, las salchichas de harina de patata…

—Y consideren también —intervino el ex predicador— las implicaciones morales de todo ello…

—Ni más ni menos —aprobó Schliemann—; la infame bribonería y la despiadada crueldad que engendra la adulteración: los amaños, los embustes, los sobornos, las bravatas y las chulerías, el egotismo delirante, el apresuramiento y la inquietud. La adulteración y la

imitación constituyen, por supuesto, la misma base de la competencia, y no son sino un nuevo ejemplo de la máxima: «comprar en el mercado más barato y vender en el más caro». Un funcionario del Gobierno ha declarado que la adulteración de alimentos le cuesta al país una pérdida anual de mil doscientos cincuenta millones de dólares; con lo cual, naturalmente, se refiere no tan sólo al desperdicio de substancias que hubieran podido ser provechosas sin alcanzar el estómago humano, sino también al empleo innecesario de recursos y facultativos médicos para tratar gente que en otras circunstancias no los hubieran necesitado, y a la pérdida de infinidad de vidas humanas diez o veinte años antes de lo justo. Y, a continuación, imaginen el desperdicio adicional de tiempo y energías que supone tener que vender todos estos artículos en una docena de distintos establecimientos, cuando con uno sólo hubiera bastado. Háganse una idea de las infinitas manipulaciones, cuentas, planificaciones, balances y, en definitiva, angustias generadas por ese proceso. Consideren la magnitud de los mecanismos legales que esa misma actividad requiere; las bibliotecas de abultados textos, los tribunales y jurados aplicados a interpretarlos, los abogados consagrados a encontrar formas de burlarlos, y todas las artimañas y trapacerías, los odios y los embustes anejos a ello. Estimen el derroche que supone la fabricación ciega y casual de bienes de consumo: las clausuras de fábricas, el paro obrero, el malogro de las mercancías almacenadas. Consideren las maniobras de los agentes de bolsa, que realizan industrias enteras y estimulan artificialmente el trabajo de otras, todo ello con fines especulativos; el hundimiento de valores y las quiebras bancarias, las crisis y los pánicos, la ruina de las ciudades y el hambre de sus poblaciones. Piensen en las energías dilapidadas en la búsqueda de mercados, y en las ocupaciones innecesarias, como la de viajante de comercio, procurador, colocador de anuncios o agente de publicidad. Figúrense el coste que supone sobrecargar las ciudades de población por causa de la competencia y como resultado del precio especulativo del transporte. Piensen en la proliferación de suburbios miserables, en el envenenamiento del aire, en las enfermedades y en el desperdicio de energías vitales que todo ello conlleva. Consideren los edificios dedicados a oficinas, con nuevo derroche de tiempo material, sin contar con las obras de

cimentación. Vuelvan, luego, los ojos hacia toda la industria del seguro, con la ingente cantidad de trabajo administrativo que absorbe y entraña, y el gigantesco dispendio…

—No alcanzo a entender eso —le interrumpió el editor.

—El socialismo, como sistema de riqueza común cooperativa, es por sí mismo una compañía de seguros y una caja de ahorros, ello de una manera universal y automática. Siendo el capital propiedad de todos, los daños que éste sufra son conllevados y compensados por toda la comunidad. La función bancaria la cumple el sistema universal y gubernamental de cuentas de crédito, donde existe para cada individuo una, en la que se asientan las partidas correspondientes a sus ingresos y gastos. Existe, igualmente, un boletín gubernamental universal, en el que aparecen relacionados y descritos con plena exactitud todos los artículos que la cooperativa tiene dispuestos para la venta. De ésta nadie se beneficia; cesa el estímulo al consumo innecesario y, también, el falseo de los productos; se suprimen el fraude, las adulteraciones, las imitaciones, y, con ello, el cohecho y la corrupción.

—¿Y cómo se determina el precio de un artículo?

—El precio, que es el del trabajo que ha costado producirlo y hacerlo llegar a su destinatario, se determina conforme a los principios básicos de la aritmética. Si el millón de obreros que trabajan en los trigales del país han trabajado un centenar de días cada uno para producir mil millones de *bushels*,[27] eso significa que el precio del *bushel* será la décima parte de una jornada de trabajo en la granja. Si, por emplear un símbolo convencional, decimos que ese trabajo se retribuye a razón de cinco dólares diarios, el precio del *bushel* de trigo queda establecido, por tanto, en cinco centavos de dólar.

—Habla usted de «trabajo de granja» —observó el señor Maynard—. ¿Es que no se retribuye por igual toda la labor?

—Por supuesto que no, ya que existen tareas fáciles y otras penosas. De otro modo nos encontraríamos con millones de carteros rurales y nadie que quisiera trabajar en una mina de carbón. Aunque, por supuesto, el ajuste puede venir de reglamentar el número de horas de trabajo dejando los salarios como factor común. Y uno u otro término tendrán que ser alterados de continuo según sea mayor o menor el número de obreros que una

determinada industria requiera. Es decir, exactamente el mismo sistema que se observa en la actualidad, con la excepción de que ahora la transmisión de obreros de una a otra actividad se realiza sin orden ni concierto, a base de rumores y anuncios, en lugar de proceder de forma instantánea y razonada, de acuerdo con los datos de un boletín universal y gubernamental.

—¿Y qué me dice de esas ocupaciones en que el tiempo empleado resulta un factor difícil de determinar? ¿Cuál es el coste laboral de un libro?

—Obviamente, el del papel, la impresión y el tiempo empleados en confeccionarlo. Seguramente una quinta parte de su precio actual.

—¿Y en cuanto al trabajo del autor?

—Con anterioridad he dicho que el Estado no podría controlar la producción intelectual. A la afirmación estatal de que la redacción de un libro había costado un año, el autor podría oponerse diciendo que el plazo había sido de treinta. Goethe dijo que cada uno de sus *bon mots* había costado una bolsa de oro. Lo que esbozo no es sino un sistema nacional, o, mejor dicho, internacional, para atender a las necesidades materiales de los hombres. En cuanto a las necesidades intelectuales, que también existen, es misión de cada hombre satisfacerlas a su gusto y acomodo, para lo cual habrá de realizar una mayor cantidad de trabajo que, a su vez, le produzca mayores ingresos. Yo habito el mismo planeta que el resto de la sociedad, uso la misma clase de zapatos y duermo en idéntica cama; pero difiero por mis pensamientos y rehúso mantener a los pensadores que apoya la mayoría. Deseo que esas cosas queden, como hasta el presente, sometidas a la libre voluntad. Si las gentes desean escuchar a determinado predicador, se asocian para ello, aportan lo que les acomoda, le construyen un templo y mantienen al predicador para poder escucharle, sin que todo ello me cueste nada a mí, que no comparto ese interés, de la misma manera que nada me cuestan las revistas que hoy se publican sobre numismática egipcia, santos católicos, máquinas voladoras y marcas atléticas. Por otra parte, si fuera abolida la esclavitud salarial y pudiese yo ganar algún dinero sin necesidad de pagar tributo a un capitalista explotador, existiría una revista consagrada a la interpretación y divulgación de las doctrinas de Friedrich Nietzsche, el profeta de la

evolución, y también a Horace Fletcher, inventor de la noble ciencia de la alimentación higiénica; y también es posible que se publicara algo en favor de la supresión de las faldas largas y en pro de la formación científica de hombres y mujeres y el establecimiento del divorcio por consentimiento mutuo.

El doctor Schliemann hizo una breve pausa.

—Acabo de darles toda una conferencia —dijo— ¡y, sin embargo, apenas he comenzado!

—¿Qué le queda a usted por decir? —preguntó Maynard.

—Hasta aquí he presentado algunos de los derroches que origina el sistema de competición —dijo Schliemann—; pero apenas me he referido a los rasgos económicamente positivos de la cooperación. Suponiendo que sean cinco los componentes de la familia media, resulta que hay quince millones de familias en el país, [28] de las cuales diez millones, por lo menos, viven de forma independiente. Las tareas del hogar corren a cargo ya del ama de casa, ya de una esclava asalariada. Pues bien, poniendo aparte los modernos sistemas que utilizan el aire para la limpieza moderna, y prescindiendo, también, de los beneficios y la economía que supone el cocinar colectivamente, subsiste el problema de lavar los platos. Seguramente no es exagerado afirmar que la limpieza de los platos utilizados por una familia de cinco personas requiere un mínimo de media hora diaria de trabajo; si atribuimos a la jornada laboral una duración media de diez horas, nos encontraremos con que medio millón de personas útiles —en su mayoría mujeres— son empleadas para la limpieza de los platos del país, una tarea, por lo demás, ingrata y desagradable de la que sólo efectos negativos se derivan: anemia, crisis nerviosas, enfados, mal carácter, prostitución, suicido, locura, maridos alcoholizados e hijos mal criados, cuyo coste, naturalmente, corre a cargo de la comunidad. En contraposición con esto, contemplen ustedes el hecho de que en cada una de mis pequeñas comunidades libres existiría una máquina capaz de lavar y secar los platos, y no «a bulto», sino científicamente, es decir, esterilizándolos, todo ello eliminando la ingratitud del trabajo y reduciendo éste a una décima parte del tiempo que actualmente absorbe. Acerca de estas cosas pueden ustedes encontrar información en los libros de la señora Gilman. Pueden, también, referirse a la obra de Kropotkin *Campos, fábricas*

y talleres, en la que se describen las nuevas técnicas agrarias descubiertas en el curso de los últimos diez años, las cuales permiten a un agricultor, tras un adecuado tratamiento del suelo, obtener diez, y hasta doce, cosechas en un año, y un rendimiento de doscientas toneladas de verduras de un huerto de menos de un acre de superficie. Atendiendo a métodos semejantes, toda la población de la tierra podría ser alimentada con sólo la superficie de terreno que hoy en día cultivamos en los Estados Unidos. Debido a la ignorancia y la pobreza de nuestra muy diseminada población agraria, es imposible adoptar actualmente tales procedimientos de explotación; ¡pero si se piensa en qué quedaría el problema de abastecer de alimentos a nuestra nación, una vez confiado a la sistematización y la racionalización de los científicos! Todos los terrenos pobres o pedregosos serían aislados y dedicados a reservas nacionales de madera donde jugarían nuestros niños, se esparcirían nuestros jóvenes y habitarían nuestros poetas. Para cada producto serían elegidos el clima y el terreno más adecuado. Conocidos con exactitud los requerimientos nutritivos de la comunidad, se destinaría a ellos el número preciso de acres, que serían explotados mediante el empleo de la maquinaria más avanzada y bajo la dirección de expertos peritos agrónomos. Yo me he criado en una granja y conozco bien las terribles fatigas que exige su mantenimiento. Y, entonces, me complazco en imaginar cómo sería todo eso después de que se implantase la revolución. Me gusta imaginar la poderosa máquina de plantar patatas, tirada por cuatro caballos o un motor eléctrico, según avanza roturando los surcos, cortando, depositando y cubriendo de tierra los frutos de la siembra, hasta fertilizar diariamente una superficie de diez acres. Me complazco en imaginar otra gran máquina, la de recolectar esas mismas patatas, impulsada, acaso, por electricidad, recorriendo un campo de mil acres para recoger juntamente tierra y patatas y depositar las últimas en sacos. ¡Y ver tratados de igual manera otras clases de frutos y legumbres: manzanas y naranjas recolectadas mecánicamente! ¡Ordeñar las vacas con electricidad! Cosas que, como tal vez no ignoren, se realizan ya hoy en día… Me deleito imaginando los campos cosecheros del futuro: hombres y mujeres acudiendo a ellos por centenares de miles, felices y contentos ante la perspectiva de una vacación estival a la que han llegado en trenes

especiales y en el número que se necesita. Y, en contraste con todo ello, acude a mi mente el agónico sistema contemporáneo de explotación agraria independiente: un hombre embrutecido, desastrado e ignorante, que comparte su suerte con un siervo pálido, encorvado, demudado, de ojos tristes, ambos trabajando como mulas desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche siguiente, y que son secundados por su prole tan pronto los más pequeños aprenden a caminar, todos empeñados en escarbar la tierra con sus primitivos aperos, todos privados de cualquier forma de conocimiento, de toda esperanza, de todos los beneficios y hallazgos de la ciencia, de todos los gozos del espíritu; uncidos, eso sí, a una estéril existencia de competición y fatiga, y jactanciosos de su libertad por el mero hecho de que están demasiado ciegos para advertir sus cadenas.

El doctor Schliemann guardó un instante de silencio.

—Y a este porvenir de ilimitados recursos de nutrición —añadió al cabo— unan el último descubrimiento de los fisiólogos, según el cual la mayoría de las afecciones que aquejan el organismo humano proceden de un exceso de alimentación. Y no sólo eso; también el Dr. Chittenden[29] ha demostrado que la carne es un elemento dietéticamente superfluo, siendo evidente que su producción es más trabajosa que la de los alimentos vegetales, amén de menos grata de preparar y manipular y, además, más propensa a las infecciones. Pero ¿qué importa eso —añadió sardónicamente— si es mayor la satisfacción que procura al paladar?

—¿Qué haría el socialismo para cambiar esas cosas? —indagó la universitaria en su primera intervención de la velada.

—En tanto persista el esclavismo salarial —respondió el doctor Schliemann—, siempre, por más degradante y repulsiva que sea una labor, se encontrará alguien dispuesto a realizarla. Pero la retribución concedida a ese tipo de tareas se verá incrementada tan pronto el trabajo sea libre. Poco a poco las viejas, destartaladas y malsanas factorías se irán viniendo abajo por el simple hecho de que resultará más económico construir otras nuevas. De la misma manera los vapores dispondrán de sistemas automáticos para la alimentación de sus calderas, y los trabajos peligrosos serán desprovistos de sus riesgos, o bien se hallarán sustitutos para los productos que se obtienen de ellos. De idéntica manera, y conforme

los miembros de nuestra sociedad industrial vayan refinando sus gustos, el coste de los productos de matadero se verá incrementado año a año, hasta que, por último, los que deseen comer carne se verán obligados a sacrificar ellos mismos la res; ¿y cuánto tiempo creen ustedes que sobreviviría ese hábito en tales condiciones? Luego, y por regresar al tiempo venidero, una de las inevitables compañías del capitalismo democrático es la corrupción política; y una de las consecuencias de la administración civil por parte de políticos viciosos e ignorantes es que la mitad de nuestra población perece víctima de enfermedades susceptibles de prevención: por ejemplo el tifus, que es plenamente prevenible, y que mata treinta y tres de cada mil habitantes del planeta año tras año. Los ciudadanos que quieren hacer el bien leen revistas y conjuran el peligro bebiendo agua pura del manantial, pero lo hacen en un vaso que ha sido enjuagado en el agua corriente de su ciudad. Además, está la tuberculosis, una enfermedad que podría ser erradicada en el plazo de una generación, si nos preocupáramos de ella, mediante el aislamiento de los enfermos y la educación del resto de la gente. Sin embargo, permitimos que los enfermos sigan a nuestro lado: que escupan en los tranvías y en las calles, sentenciando así a muerte a uno de cada diez. El rico se jacta de no montar en los tranvías, pero su esposa va a una tienda y compra un vestido que ha sido confeccionado en un taller a destajo: resulta que, en el curso de unas pocas semanas, su hijo muere de fiebre escarlata y el cura les dice que Dios lo ha querido así, como evidentemente es. Realmente es una lectura socialista, después de una consideración fría e impersonal de la madre naturaleza: una demostración de la igualdad entre los seres humanos hecha a alguien que la ridiculizaba y la negaba. En el momento actual, la mayoría de los seres humanos no lo son: son máquinas que se ocupan de generarles riqueza a otros. Hacinados en viviendas inmundas, sometidos al azote de la miseria, sus condiciones vitales crean más enfermedades de las que juntos podrían remediar todos los médicos del mundo, lo cual, claro está, los convierte en permanentes focos de infección de la vida de cada uno de nosotros y hace imposible la felicidad aun para los más egoístas. Por esa razón me atrevería a sostener seriamente que, una vez los desheredados de la tierra hayan adquirido el derecho a una existencia humana, todos los futuros

descubrimientos médicos y quirúrgicos de la ciencia no podrán compararse a la aplicación de los conocimientos que ya poseemos.

Tras estas últimas palabras, el doctor Schliemann guardó silencio.

Reparando en la atención con que escuchaba la hermosa joven que estaba sentada junto a la mesa de centro, Jurgis reconoció en su actitud algo de lo que caracterizara su propia reacción el día de su primer encuentro con el socialismo. ¡Cuánto le hubiera gustado hablarle, seguro, como estaba, de que ella le habría comprendido! Más tarde, y cuando ya se disolvía la reunión, oyó que, dirigiéndose a ella, la señora Fisher decía en voz baja:

—Después de esto, ¿volverá el señor Maynard a escribir las mismas cosas acerca del socialismo?

A lo cual ella respondió:

—Lo ignoro; pero, si lo hiciera, sabríamos que es un mentiroso.

CAPÍTULO XXXVI

La impresión más clara que se llevó Jurgis de sus primeras semanas de trato con el socialismo fue la de la inconmensurabilidad del tema, además de la de su propia y aplastante ignorancia. Él podía hacer juicios, al igual que cualquier otro hombre, acerca de su atractivo moral, pero en cuanto a su contenido doctrinario, cada vez que lograba entender un problema, se le aparecían doce nuevos. Sin embargo, no cabía otra posibilidad que emplearse a fondo en su estudio: si quería convertir a otros, no podía seguir en la ignorancia.

Eso llevó a Jurgis a adquirir el hábito de la lectura. En su bolsillo nunca faltaba algún folleto u otra publicación breve obtenidos en préstamo, a los que recurría cuando se le presentaba, en el curso de la jornada, un momento de ocio, y luego, al reanudar el trabajo, sometía lo leído a reflexión. También hojeaba los periódicos y hacía preguntas acerca de sus informaciones. Había, entre los demás porteros del hotel de Hinds, uno irlandés, hombre de pequeña talla y muy vivaracho, que estaba al corriente de todo aquello que le interesaba a Jurgis. Así, mientras trabajaban, su compañero le iba dando a conocer qué era América: su geografía e historia, su constitución, sus leyes y, también, las principales características de su comercio y sus vías de comunicación, pasando, luego, a referirse a sus grandes corporaciones, a sus propietarios y, asimismo, a los sindicatos, las huelgas más importantes ocurridas en el país y los nombres de quienes las habían promovido. Después, por la noche, al concluir su jornada, Jurgis asistía a las reuniones del Partido. Como sea que durante la campaña electoral no era posible esperar gran cosa de los actos políticos celebrados en la vía

pública, cuyo éxito dependía tanto de las condiciones climatológicas como de la calidad del orador, ahora, noche tras noche, se sucedían las conferencias que tenían por escenario salas de actos y auditorios, donde era posible escuchar a los más dotados disertadores del país. Éstos analizaban la situación política desde los más diversos puntos de vista, y el único pesar de Jurgis era poder hacer acopio de una parte tan mínima de los tesoros que se le ofrecían.

Recordaba Jurgis la disertación de un hombre que en el seno del Partido era conocido como «El Pequeño Gigante». [30] En la confección de su cabeza había empleado Dios tanto material que éste apenas había alcanzado para completar sus piernas, lo cual no era obstáculo para que en la palestra se desenvolviese como nadie, ni impedía, tampoco que, cuando agitaba aquella testa suya, de negras patillas lustrosas, el capitalismo temblara desde sus mismos pilares. El moderador de la noche, un hombre llamado Hinrichs, era bastante alto y encorvado, y el orador lo tomó como ejemplo de las maquinaciones del enemigo. «Os dicen —proclamó— que el socialismo pretende abolir la propiedad privada, que quieren poner todo en común. La verdad es que el problema no se trata sólo en el derecho a poseer cosas, sino que la objeción principal que ponen al sistema actual es que, en él, casi nadie puede realmente llegar a poseer nada. Aquí está el camarada Hinrichs y yo, que llevamos pantalones: imaginen que tuviéramos que poseer nuestros pantalones en común. ¿Piensan que Hinrichs pertenecería a un partido que le obligara a llevar mis pantalones? No se trata de la posesión colectiva de los pantalones, sino de la posesión colectiva de los medios que llevan a la producción de pantalones: ése es el objetivo del Partido Socialista.» Posteriormente intervino un joven escritor californiano, [31] hombre que había practicado la pesca del salmón y la piratería que tiene por objeto los criaderos ostríferos; que más tarde, estibador y marinero, había recorrido el país en toda su extensión a la manera de los vagabundos; que, tras conocer la cárcel, había vivido entre el hampa del Whitechapel londinense y llegado hasta el lejano Klondike como buscador de oro. De todos estos episodios daba cuenta en sus libros y, hombre de talento excepcional, no había dejado al mundo otro recurso que escucharle. Ahora gozaba de fama, pero no por ello dejaba de invocar,

adondequiera que fuese, el evangelio de los pobres. Un tercer orador, «El Millonario Socialista», como se le solía llamar, había hecho en los negocios una enorme fortuna cuya casi totalidad había gastado en la creación de una revista que, amenazada de clausura por el departamento de correos, tuvo que trasladar a Canadá. Era aquél un hombre reposado y de aspecto apacible, a quien cabía identificar con cualquier actividad imaginable, excepto la de agitador socialista. Había sido candidato del Partido en Inglaterra, en Australia, en la Columbia Británica, California y Nueva York.

En su discurso, que se había caracterizado por la sencillez y la ausencia de formalismos, dijo que le sorprendía que alguien se excitase a la vista de lo que no era más que un proceso de evolución económica, cuyos métodos y leyes de funcionamiento puso, más tarde, de manifiesto. La vida era una lucha por la subsistencia en la que los fuertes anulaban a los débiles para más tarde ser, a su vez, anulados por un tercer grupo, de fuerza superior a la suya. Los que fracasaban en el combate solían ser exterminados; pero, en ocasiones, algunas de las víctimas lograban salvarse mediante la alianza, que era una nueva y superior forma de fuerza. De esta manera habían conseguido los animales gregarios imponerse a los depredadores, al igual que, trasladando el símil a la historia humana, los pueblos habían avasallado a sus reyes. Los obreros no eran más que ciudadanos de la industria, y el movimiento socialista, la expresión de su voluntad de supervivencia. La inevitabilidad de la revolución estribaba precisamente en ese hecho: los obreros no tenían más alternativa que unirse o ser exterminados; y esa cruel e inexorable realidad no estaba en función de ninguna voluntad humana, sino que era una ley dictada por el proceso de evolución económica, cuyo mecanismo el editor analizó con una precisión portentosa. La irrefrenable tendencia a concentrarse de la riqueza de la sociedad conllevaba, poco a poco, la eliminación del trabajo asalariado. Su existencia dependía de la habilidad del trabajador para encontrar trabajo y el trabajo dependía de la habilidad del señor para sacar beneficio de éste, de modo que, con la concentración de la riqueza, los mercados, necesariamente, se volvían más escasos. Si los ricos se gastaban todos sus beneficios, el consumo y la producción irían a la par, pero eso no podía suceder nunca: la maquinaria moderna, a vapor y eléctrica, capacitaba a un

trabajador para producir cien veces más lo que se producía antes de modo artesanal. Por otra parte, cuando un hombre ganaba cincuenta millones de dólares al año, tenía que «guardarlos», lo hiciera o no, en lugar de reinvertirlos en construcción de nueva maquinaria para producir más riqueza que, a su vez, era reinvertida: así en una cadena infinita. Lo que no estaba tan claro era si este proceso de acumulación sucesiva podía continuar eternamente. Un día el capital estaría sobreproducido y tanto los intereses como los beneficios caerían. Habría más bienes de consumo que los que se pudieran consumir, de modo que las fábricas se verían abocadas al cierre y los trabajadores al hambre. De la inminencia de una crisis era claro síntoma la existencia del trust. El trust era necesario por el exceso de bienes de consumo y porque un mercado en competencia abierta no genera tantos beneficios. El trust monopolístico no era, por tanto, una invención diabólica, era una necesidad del modelo económico y no se podía permitir una posible restauración de la competencia: el siguiente cambio sería, exclusivamente, del monopolio privado al público. La maquinaria productiva quedaría abierta al uso de los trabajadores, así como la producción de bienes: ya nunca más para los amos, sino para los trabajadores, de modo que el consumo y la producción quedarían de nuevo en equilibrio.

Más adelante, con la celebración de la velada cumbre de la campaña, Jurgis tuvo ocasión de escuchar a dos de los portaestandartes de su Partido. Diez años antes se había producido en Chicago una huelga en la que habían intervenido más de cincuenta mil empleados de los ferrocarriles, cuya dirección contrató criminales que fomentasen actos de violencia. El presidente de los Estados Unidos envió entonces tropas que desmantelaron el movimiento huelguista por el método de encarcelar, sin juicio previo, a los representantes sindicales. El presidente del sindicato había abandonado su calabozo convertido en un socialista y, a partir de ese momento y por espacio de diez años, no había dejado de viajar por los cuatro puntos cardinales del país para enfrentarse cara a cara con el pueblo y llamarlo a la defensa de la justicia. En esos diez años apenas había un trabajador en el país que no lo hubiera escuchado hablar y esta noche, en Chicago, donde había sido apaleado y encarcelado, los

representantes de noventa y cinco sindicatos estaban sentados junto a él en el estrado y, de entre ellos, cuarenta portaban sus banderas e insignias. Había masas de colores sobre el escenario, detrás ondeaba la bandera común de la revolución: la bandera roja de la Hermandad. El auditorio estaba a rebosar con una masa de cuatro mil obreros que se pusieron en pie y comenzaron a gritar en cuanto sus líderes ocuparon el escenario.

El protagonista de estos hechos era un hombre de elevada estatura, sumamente delgado, con un rostro que habían consumido la lucha y los padecimientos. Su aspecto ejercía un influjo magnético, y algo había en él que hablaba de la indignación de una humanidad ultrajada, como parecía reflejar su voz el llanto y las angustias de los niños de esa raza. Se le representaba en los diarios como un hombre violento, pero tenía una delicadeza femenina. «Dios se tuvo que sentir realmente bien cuando lo hizo —escribió James Whitcomb Riley—, y seguramente no tenía nada más que hacer ese día.» «Si tú tienes una esperanza, él tiene diez —se leía en otro periódico—, si tú amas una cosa, él ama diez.» **[32]**

Según hablaba, se desplazaba por el escenario con todo su porte felino y la avidez de un tigre. Se le veía avanzar hacia su auditorio, inclinarse hacia él y apuntar a sus almas con el imperioso ademán de su enérgico índice. Su voz, enronquecida por un largo ejercicio, llegaba, sin embargo, a todos los rincones del vasto anfiteatro que permanecía sumido en un silencio sepulcral. Hablaba el lenguaje de los trabajadores y les señalaba el camino a seguir. Mostró cómo los dos partidos políticos mayoritarios eran las dos alas de la misma ave rapaz. El pueblo podía elegir entre los diferentes candidatos, pero todos ellos estaban bajo control y era un mismo poder el que elegía todas las nominaciones. Ambos partidos organizaban mítines políticos en los que los oradores estaban comprados por el mismo monedero. La Convención Republicana había nombrado para vicepresidente a un multimillonario que era el dueño de los trenes; la Demócrata a un capitalista que poseía la mitad del Estado de Virginia, dueño del carbón, que no permitía que se sindicaran los hombres que trabajaban para él. En su biografía se leía que había sido tratante de esclavos y que todavía lo era, sólo que actualmente había cambiado la mayoría negra por otra blanca. «Si hay alguien en el auditorio que pertenece a la clase social de ese hombre, que le

vote. Me contento con que todos los capitalistas voten a sus candidatos y con que todos los trabajadores voten a los suyos.»

El presidente de los Estados Unidos había publicado su versión de los acontecimientos de la huelga de Chicago en un periódico del Este y su víctima había escrito una réplica que ese mismo periódico se había negado a publicar. Había aparecido en una publicación semanal socialista de la que se habían vendido más de trescientos mil ejemplares. Esa misma noche la repartieron en el mitin. Alguien le puso a Jurgis en las manos una copia y él se la llevó a casa para su lectura. Ése fue su primer encuentro con el *Appeal to Reason*. **[33]**

Unos doce años antes, un especulador inmobiliario que desarrollaba sus actividades en Colorado, convencido de que no era justo traficar con las necesidades humanas, había abandonado sus negocios para iniciar la publicación de un semanario socialista. Llevar adelante su propósito le había costado, en cierto momento, tener que fabricar sus propios tipos de imprenta; pero ni ésa ni ninguna otra circunstancia había conseguido hacerle desistir de su empeño, y sus publicaciones constituían en la actualidad una verdadera institución. El editor empleaba semanalmente toneladas de papel para la tirada de su periódico, y para embarcar sus envíos los trenes hacían paradas de varias horas en el muelle de mercancías de la pequeña localidad de Kansas donde se efectuaba la publicación. **[34]** El periódico, que constaba de cuatro planas y llegaba al público a un precio inferior al medio centavo por ejemplar, tenía una lista de más de doscientos cincuenta mil suscriptores y llegaba a cualquier lugar de América donde existiese una oficina de correos. A veces un ejemplar del periódico era leído y releído por más de una docena de personas.

La *Llamada* era un periódico de los llamados «de propaganda», dotado de un carácter y estilo propios, profusamente salpimentado, al gusto del Oeste americano, y reflejaba su peculiar lenguaje y su típico dinamismo. La *Llamada* recogía de los diarios ecos emanados del mundo de los «plutócratas» que luego aderezaba para el consumo de «la mula de carga americana». Su tónica era la de los paralelismos detonantes: junto a columnas dedicadas a comentar la fabulosa colección de diamantes de determinada dama de la alta sociedad, o el albergue que alguna otra había creado para acoger

perritos de compañía, insertaba noticias como la referente a cierta señora Murphy, de San Francisco, que había caído muerta de inanición en plena calle, o la que hablaba de un tal John Robinson que, recién salido de un hospital de Nueva York, y ante la imposibilidad de encontrar trabajo, había puesto fin a su vida ahorcándose. De la prensa diaria obtenía, también, noticias relacionadas con historias de corrupción y miseria, que suministraba a sus lectores parafraseadas mediante observaciones satíricas. Por ejemplo: «¡Tres bancos de la localidad de Bungtown, en el Estado de Dakota del Sur, se declaran en quiebra arramblando con una nueva porción de los ahorros de los obreros!»; «El alcalde de Sandy Creek, ciudad del Estado de Oklahoma, desaparece con cien mil dólares del erario municipal. ¡He ahí la clase de gobernantes que os proporcionan vuestros partidos!»; «El presidente de la Flying Machine Company de Florida, encarcelado por bigamia. ¿Y es éste el hombre que con tanta saña se oponía al socialismo, por estimarlo lesivo para el concepto de la familia?».

La *Llamada a la Razón* contaba con lo que el periódico denominaba «su ejército»; un grupo de treinta mil incondicionales que lo apoyaban de distintas maneras y a los que no dejaba de exhortar a que mantuviesen siempre ardiente la llama de las reivindicaciones. En ocasiones, y a guisa de estímulo, organizaba competiciones con premios que iban desde un reloj de oro hasta un yate de recreo o una explotación agraria de cincuenta acres de superficie. Cada semana publicaba los «bravos» y «fueras» de cada estado, a los que cubría de elogios o críticas según las circunstancias. Los que procuraban información al «ejército» aparecían siempre bajo extraños pseudónimos, como «Ike el Tinta», «El Calvo», «La Muchacha Pelirroja», «El Bulldog», «El Chivo Expiatorio» y «Hoss el Único». Había una «Columna del Ejército» en la que se escribía sobre hechos notables con palabras como éstas: «En ese momento se generó un silencio repentino que sólo se rompió por el murmullo de la imprenta. Entonces el editor general del Ejército gritó: "¡A cubierto! ¡Ahí llega!". A través de la ventana entró un enorme proyectil, el editor deportivo, que solía ser rápido en sus reflexiones, corrió al refugio anti-bombas, y le siguieron prestos todo, menos el editor religioso que siguió en su puesto y comenzó sus plegarias. El proyectil tocó suelo y el edificio se

tambaleó como un barco que ha recibido el impacto de un torpedo. Así, ciento seis veces por año, del Camarada Smith, desde Kalamazoo, Michigan».

Sin embargo en otras cosas, la *Llamada* procedía con extrema seriedad. Así, al tener noticia de que en el Estado de Colorado se pisoteaban las instituciones americanas, había enviado allí a un corresponsal y dedicado planas enteras a ventilar sus informaciones. También había situado a más de cuarenta miembros de su «ejército» en la oficina central de telégrafos de una de las grandes ciudades del país, con lo cual ni un solo mensaje de los que pudieran afectar a los socialistas era cursado sin que se proporcionase al periódico una copia de su texto. Luego, durante las elecciones, solía publicar grandes sueltos de medio pliego, uno de los cuales —que Jurgis había tenido en sus manos— era un manifiesto dirigido a los obreros que habían intervenido en la huelga, y de él se habían distribuido cerca de medio millón de ejemplares en todos aquellos centros industriales donde las asociaciones de patronos habían puesto en práctica su programa de «talleres abiertos». «¡Habéis perdido la huelga! —rezaban sus titulares—, ¿y qué pensáis hacer ahora?» El llamamiento, que era de los que cabía calificar de «incendiarios», había sido escrito por un hombre con el alma marcada por los hierros de la tortura. Tan pronto la edición vio la luz, veinte mil ejemplares fueron enviados al distrito de los mataderos, donde quedaron almacenados en la trastienda de un pequeño establecimiento dedicado a la venta de cigarros, y luego, por las noches, y también los domingos, los miembros de los locales socialistas de Packingtown pasaban a retirarlos y se los llevaban por brazadas para distribuirlos por las calles y en sus casas. Los habitantes de Packingtown, que habían perdido su huelga —con todo lo que la pérdida de cualquier huelga pueda conllevar— se lanzaron con tal avidez a la lectura del manifiesto que los veinte mil ejemplares apenas alcanzaron a atender todas las peticiones.

Jurgis podría haber echado una mano en esto, pero no lo hizo, por miedo a Phil Connor y a la policía. De hecho, Billy Hinds siempre le recomendaba tomar parte en las actividades socialistas con cautela, por el daño que pudiera ocasionar al Partido que uno de sus miembros fuera arrestado por un delito. Jurgis había resuelto no volver nunca más al que fuera su barrio y, en cierto modo, su

hogar; pero, al enterarse de lo que allí sucedía, no pudo soportar por más tiempo la pasividad, y durante una semana, tomando noche tras noche el tranvía de los mataderos, se dedicó a remediar allí parte del daño que doce meses antes había ocasionado al contribuir a que Tom Cassidy alcanzase la concejalía de la ciudad. Una semana antes de las elecciones surgió una tentación en la que Jurgis no pudo sino caer.

Los cambios que el transcurso de ese año había operado en Packingtown eran algo que uno no podía constatar sin maravillarse. La población comenzaba, por fin, a abrir los ojos, y nada parecía capaz de contener el arrollador avance que estaban consiguiendo los socialistas con motivo de aquellas elecciones, lo cual era causa de que Tom Cassidy y cuantos manejaban la maquinaria electoral del Condado de Cook se devanasen los sesos en busca de un remedio. Por último, cuando la campaña estaba próxima ya a finalizar, de que la huelga había sido saboteada mediante el empleo de negros, enviaron a buscar un político de Carolina del Sur, hombre notorio por sus convicciones secesionistas, que se hacía llamar «el Senador-Granjero», juraba como un mercenario y consideraba esencial, para hablar con los obreros, quitarse la chaqueta. Una mañana todo Packingtown se levantó para leer que ese famoso orador iba a visitar su barrio. Ese mismo día, un camarada socialista de los mataderos hizo una visita a Billy Hinds para anunciárselo y ambos, junto a Struver y Adams, se encerraron durante un par de horas para preparar un contragolpe. Dos días más tarde, la gente del distrito encontró que, junto al anterior anuncio, había un comunicado que comenzaba así: «Trabajadores de Chicago, no os dejéis engañar. Mientras los trabajadores blancos se enfrenten a los trabajadores negros, los capitalistas seguirán siendo los dueños de ambos».

Cuando llegó el día del mitin, a la hora en que los trabajadores salían de sus puestos, se encontraron con miles de pequeños panfletos verdes que circulaban misteriosamente. Ésta era una tarea que los socialistas tenían que hacer con mucho cuidado, ya que era ilegal distribuir impresos en las calles y, aunque no pasaba nada por anunciar de ese modo al YMCA o a una iglesia metodista, la policía aplicaría esa ley si era un socialista quien la incumplía. No lograron apresar a nadie y antes de que llegara la noche, todos los

trabajadores habían leído esto:

> Preguntas para el Senador-Granjero:
>
> 1. ¿Qué ha hecho usted o su partido en beneficio de la clase obrera?
>
> 2. ¿Qué le hace pensar que disparar, ahorcar y colgar a trabajadores negros del Sur hará que los trabajadores negros no ocupen los puestos de los trabajadores blancos del Norte?
>
> 3. ¿Si la clase obrera llega a ser la propietaria de los molinos, minas, fábricas y de la maquinaria con la que se produce la riqueza sus miembros necesitarán entonces pelear entre sí para conseguir trabajo?
>
> 4. ¿Quién está detrás de la financiación de la campaña del Partido Demócrata? ¿Los trabajadores o los capitalistas? Si es la segunda opción, ¿a quién se dirigen ustedes? ¿De quién es usted «negro» en todo caso?

La convocatoria fue profusamente anunciada no sólo por los demócratas, sino también por los socialistas, que consiguieron, con esta iniciativa, reunir en la velada a más de un millar de sus miembros. Había además cerca de dos mil trabajadores de los mataderos, la mitad de ellos socialistas, preparados para darle al «Senador-Granjero» la paliza de su vida. Jurgis estaba allí y no le hubieran impedido acudir ni una manada de lobos salvajes.

No llevaba ni dos minutos hablando, cuando se lanzaron sobre él. El «Senador-Granjero» denunciaba al candidato republicano por favorecer la igualdad racial. Entonces un hombre que estaba sentado junto a Jurgis se levantó y le preguntó por qué el Partido Demócrata había nombrado como candidato a un multimillonario que era dueño de minas. El senador quedó desconcertado e intentó continuar; pero el hombre dijo que él sabía la respuesta y la audiencia le apoyó con gritos y jaleos. A continuación le espetó que el traje no le sentaba del todo bien, pero que era lo mejor que le podía quedar un chaqué. La multitud comenzó a reír, lo que encolerizó al senador: «Si estuvierais viviendo en el infierno —gritó—, ¿no estaríais contentos de que os llevaran al purgatorio por una temporada?» A lo que una voz le replicó: «¡No queremos ni el infierno ni el purgatorio!». El senador contestó: «¿Qué es lo que queréis entonces?». «¡El socialismo! ¡El socialismo!» se escuchó al

unísono.

El infeliz orador no había sido avisado y ni siquiera parecía saber qué era eso del socialismo, de modo que siguió hablando de «igualdad» y de «amalgama». Cuando la multitud continuó fastidiándole, dio un grito: «¡No puedo responder a eso! ¡Venid aquí y me lo decís a la cara!». Un hombre apareció por el pasillo y le propuso que resolviera este problema: «Si los negros son la causa de todos los problemas de los trabajadores, ¿significa que son los propietarios de los molinos de algodón del Sur?».

—Por supuesto que no lo son —contestó el senador, evitando la pregunta real.

—¿Por qué se obliga a los niños de seis a ocho años a trabajar en ellos de noche? —preguntó otro.

Esto puso al senador de nuevo entre la espada y la pared. Contestó que eso era un problema nuevo en el Sur y que no tenía datos acerca de lo que se hacía al respecto. Alguien se dirigió de nuevo a él: se decía que el candidato demócrata, que era juez de la corte suprema en Nueva York, había declarado que la jornada de ocho horas era anticonstitucional. El senador admitió no tener información al respecto y que no podía saberlo todo. Una mujer entonces se puso en pie y le dijo sin ambages: «Pues parece que usted no sabe nada acerca de nada, senador».

De nuevo la sala se convirtió en un tumulto y el senador salió con que los negros eran los culpables de que se hubiera reventado la huelga. Lo habían hecho una vez y lo volverían a hacer la siguiente. La misma mujer se levantó otra vez y le espetó: «Y, claro está, no va a seguir pasando lo mismo con un presidente demócrata».

Pasó un minuto antes de que el público silenciara su carcajada. El senador, rojo de ira, intentó dar una réplica, pero no se lo pusieron fácil en los minutos siguientes, de modo que levantó sus manos y gritó: «Puedo vérmelas con cualquier hombre, pero no discuto con mujeres». Esta salida humorística hubiera calmado la atmósfera en cualquier mitin menos radicalizado, pero la mujer seguía allí, señalando al senador con el dedo índice: ella tenía quizá las respuestas. La audiencia la apoyaba en todo lo que decía. Insistía en preguntar qué bien le haría a los sindicatos de Packingtown un presidente demócrata. El senador no se veía capaz de contestar e intentó zafarse diciendo: «¿Y qué bien y ayuda os vendrá con uno

republicano?». A lo cual la mujer contestó: «¡No vamos a votar a ningún republicano!».

—¿Y en nombre de Dios a quién vais a votar? —aulló el senador.

—¡A un socialista! ¡A un socialista! —gritó a una toda la audiencia.

El «Senador-Granjero» se quedó atónito, escuchando el coro y preguntó entonces perplejo:

—¿Qué es lo que queréis los socialistas entonces?

No hace falta decir que la pregunta se reveló muy fructífera y había más de una docena de personas dispuestas a explicárselo. Finalmente, eligió a uno y comenzó la contienda verbal, con un pequeño discurso por parte del socialista.

—¿Y esperáis conseguir todas esas cosas en esta legislatura? —preguntó el senador.

—No —respondió el hombre.

Entonces el senador aprovechó para decir:

—Entonces queréis que los trabajadores tiren su voto a la basura.

—En absoluto —replicó el otro.

—Lo queréis. Lo queréis —continuó el senador—. ¿Queréis que los trabajadores voten algo que no pueden conseguir nunca?

—Bien, senador —replicó su contrincante—. ¿Qué es mejor: votar por lo que se desea y no se puede conseguir o votar por lo que no se desea y siempre te dan?

Mas el senador no cesaba en su empeño y volvió de nuevo a su argumento: los trabajadores no debían tirar su voto a la basura.

—Pero, senador —le preguntó entonces el hombre—, ¿por qué los capitalistas están tan nerviosos por el voto de los trabajadores? Si a los trabajadores les interesara realmente votar al Partido Demócrata, ¿por qué se gastaban los demócratas tantos millones de dólares en comprar su voto?

—¡Eso es falso, falso! —gritó el senador.

—¿Se atreve a negar que el fondo de vuestra campaña proviene de los capitalistas?

—Por supuesto que sí.

—Pero, senador, acaba de admitir que en sus filas hay un millonario y propietario de minas. ¿No hizo él lo que había prometido? —preguntó, alzándose, la mujer, su Némesis.

En este punto, el tumulto era ya imparable. La mujer tenía información clara acerca de dónde había provenido el dinero en las campañas anteriores. La discusión, a continuación, derivó acerca de dónde iba a parar finalmente el dinero de las campañas. En este punto, intervino un nuevo personaje. El senador demócrata estaba enzarzado vivamente en negar que se emplearan los fondos del Partido Demócrata en la compra de votos. Había doces hombres de pie, gritando que se les dejara intervenir, hasta que, finalmente, la voz y los pulmones de uno lograron alzarse por encima del resto. Se puso en pie en mitad del pasillo, con el pelo alborotado, los ojos en un destello y los puños cerrados y en alto. Era Jurgis.

Era tanta su excitación que parecía un loco. Se había olvidado de todo en el ardor de la contienda. Se puso de pie y de cara a la audiencia. Comenzó a hablar acerca de la política que habían llevado a cabo los demócratas. Jurgis consiguió que la audiencia se quedara en silencio y le escuchara: «¡Son unos ladrones! ¡Son unos ladrones!», gritó Jurgis.

«¡Nadie puede saberlo mejor que yo! —agregó entonces—. ¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Lo he hecho yo mismo con mis propias manos!» Y comenzó entonces a relatar todos los detalles. «Viví hace un tiempo en los mataderos. Ayudé a venderlos. He conocido personalmente a Tom Cassidy. Él consigue el dinero de los empresarios de la carne y luego elige a los republicanos, a cualquiera, no importa cómo. Cuando llega la huelga, sale corriendo y se esconde. Ahora que la gente se está empezando a levantar, dice que abandona la política. Se compra una casa en Hyde Park que vale cientos de miles de dólares. ¿Quién paga la casa? Os lo diré: los empresarios de la carne.»

De repente, Jurgis tragó saliva y se detuvo. Se quedó de piedra. Su mandíbula pareció desencajarse y palideció, como si estuviera muerto. La audiencia pensó que era por vergüenza y le aclamó a gritos: «¡Vamos, no te pares! ¡Sigue!». Pero Jurgis no siguió y alguien entonces, se puso en pie, y siguió increpando al senador y en unos pocos segundos la bronca había disminuido. Jurgis, por su parte, estaba inmóvil, con un frío de muerte bajándole por la espalda, mientras que el terror le oprimía el corazón. Se quedó con la mirada fija, como hipnotizado, a una parte concreta del auditorio, a la derecha del estrado. Por un instante había visto la

cara de su enemigo, que le miraba fijamente: Phil Connor, el capataz.

Jurgis era lento de reflejos y eso nunca le había salido tan caro antes como le salió entonces. Se quedó un minuto entero, buscando ese rostro, preguntándose si sería realmente él. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

El pasillo estaba casi imposible, de modo que torció y, cuando estaba a punto de salir por la puerta, escuchó a Connor gritar: «¡Detengan a ese hombre! ¡Deténganlo!». Al momento se alzó un revuelo. Jurgis se metió en medio de la multitud y comenzó a abrirse paso a través de ella. Cuando intentaban apresarlo, se zafaba a golpes y al momento estaba peleándose con todo lo que tenía alrededor. Tenía la puerta ante sí y, con ella, la libertad, cuando de repente se vino hacia él un policía con la porra en la mano. Alguien le agarró por las mangas de la chaqueta. Logró tirar al hombre al suelo y, al momento, la porra cayó sobre su cabeza, dejándolo de rodillas en el suelo. Al reconocer al policía, exclamó: «¡Me rindo, me rindo!», con las manos alzados.

En unos pocos segundos todo había terminado. Dos policías le llevaban agarrado de ambos lados, mientras Connor, el secuaz de Cassidy, daba las órdenes: «Hay una recompensa por este hombre, lleváoslo».

CONCLUSIÓN

Era el día de las elecciones, el mismo en que, concluida la larga campaña preparatoria, la nación entera daba la impresión de paralizarse y contener el aliento a la espera de los resultados finales. Jurgis había salido con una fianza de mil dólares que había depositado su jefe. Ambos, junto al resto del personal del Hotel Hinds, estaban ansiosos de correr hacia la gran sala que había alquilado el Partido para la velada de aquella noche, de modo que apenas terminaron la cena.

Aun así, ya había gente en el local cuando llegaron y el equipo telegráfico instalado en el escenario comenzaba a suministrar los primeros datos. Los cómputos provisionales daban un total de cuatrocientos treinta mil votos a los socialistas, lo cual significaba un incremento de casi el trescientos cincuenta por ciento en cuatro años, cifra verdaderamente alentadora. Pero, como ésta había sido ajustada a tenor de los primeros escrutinios obtenidos de los locales del Partido, y los primeros en recibirse no eran los más cuantiosos, sino los que representaban progresos más espectaculares, ninguno de los reunidos aquella noche en la sala dudaba de que el recuento final alcanzara los seiscientos, setecientos o, incluso, ochocientos mil votos.

Entre los avances espectaculares se encontraba el de Chicago y su Estado, donde los votos socialistas de la ciudad habían sumado 47.000 frente a los 6.700 del año 1900. Lo mismo cabía decir de Illinois, con un total de 69.000 votos frente a los 9.600 de entonces. Con todo ello, y a medida que la gente se iba aglomerando en la sala, la velada adquiría un aspecto digno de verse. Según fueran

leídos los sucesivos informes, la muchedumbre prorrumpiría en vítores ensordecedores. A eso sucedería un discurso improvisado por alguno de los asistentes y, al discurso, nueva algarabía, tras la cual, restaurado el silencio, se procedería a la lectura de los informes recibidos entretanto. Las secretarías socialistas de los Estados vecinos enviarían mensajes relativos a sus logros. En Indiana, de 2.300 los votos habían pasado a 12.000; en Wisconsin, de 7.000 a 28.000; en Ohio, de 4.800 a 36.000. Luego llegaron los escrutinios de los estados del Oeste, en donde el movimiento socialista tenía más fuerza, debido a que la población era casi enteramente autóctona. Washington había pasado de 2.000 a 10.000; Oregón de 1.500 a 7.600; California de 7.600 a 30.000. En la sede nacional del partido se recibían entusiasmados telegramas de personas de pequeñas localidades donde en el transcurso de un solo año se habían obtenido incrementos espectaculares. En Benedict, Kansas, los 26 votos iniciales de la población se habían convertido en 260; en Henderson, Kentucky, se había pasado de 19 a 111; en Holland, Michigan, de 14 a 208; en Cleo, Oklahoma, de 0 a 104; en Martin's Ferry, Ohio, de 0 a 296. Y así sucesivamente en multitud de otras poblaciones. Había centenares y centenares de ellas, cuyos comunicados aparecían por docenas en cada nuevo despacho de telegramas. Despachos que eran leídos al público por veteranos de la campaña; hombres que, habiendo recorrido aquellas localidades para captar y promover votos, estaban en condiciones de comentar los escrutinios:

—¡Quincy, Illinois, el lugar donde el alcalde detuvo a un orador socialista, se pasa de 189 a 831 votos! ¡Crawford County, Kansas, sede de la *Llamada a la Razón*, sitúa en 1.975 los 285 votos iniciales! ¡Battle Creek, Michigan, donde se instauró el Movimiento de Alianza Ciudadana, pasa, y ahí tienen sus fundadores la respuesta, de 4.261 a 10.184 votos!

Luego empezaron a conocerse los escrutinios oficiales de los distintos distritos del propio Chicago. Los incrementos no parecían obedecer en lo más mínimo al hecho de que un determinado distrito fuese de tipo fabril o de clase alta. Lo que sí sorprendió a los dirigentes del partido fueron las cifras devastadoras que se recibían

del sector de los mataderos. Packingtown, que comprendía tres distritos de Chicago, había arrojado quinientos votos en la primavera de 1903 contra los mil seiscientos del otoño de ese mismo año. Ahora, tan sólo un año más tarde, se obtenían seis mil seiscientos votos contra los menguados ocho mil ochocientos del poderoso Partido Demócrata. Y, en otros distritos, los socialistas habían derrotado claramente a los demócratas, consiguiendo, dos de ellos, promover sendos representantes a la legislatura del Estado. Chicago se situaba, con ello, a la cabeza del país y proporcionaba un nuevo estandarte al Partido. ¡Chicago enseñaba a los obreros cuál era el camino a seguir! Lo que era incluso más importante, el volumen de votos hacía posible que el partido celebrara sus primarias: los miembros del Partido que llegaran a la administración recibirían un sueldo de la ciudad que redundaría en las finanzas del Partido, de modo que la ciudad de Chicago iba a colaborar en su campaña electoral con cinco mil dólares al año.

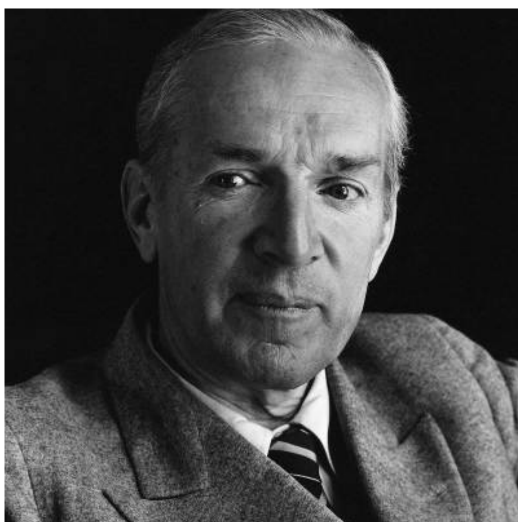
Ésas fueron las palabras del orador que había ocupado el escenario y en cuya figura se concentraron las miradas de dos mil espectadores, dos mil voces que vitoreaban a coro cada una de sus declaraciones. El que les dirigía la palabra había sido director de la oficina de asistencia pública de los mataderos, hasta que el espectáculo de tanta miseria y corrupción acabaron por vencerle. Hombre joven, apasionado y de ávido aspecto, cuando, alzados los brazos, saludaba a la multitud, Jurgis creyó ver en él el propio espíritu de la revolución.

—¡Organicémonos, organicémonos, organicémonos! —fueron sus primeras palabras antes de explicar que estaba asustado de la imponente magnitud de aquellos votos que el Partido no esperaba—. ¡La gente que os los ha concedido —exclamó entonces— no son socialistas! ¡Ni saben qué es el socialismo! Han votado en señal de protesta, no había otra salida. Ahora están deseosos de aprender, si vosotros estáis dispuestos a enseñarles. Estas elecciones pasarán y, según se disipe su entusiasmo, todo será olvidado. Y, si vosotros hacéis lo mismo, si olvidáis, si dejáis de remar y os reclináis para descansar, no sólo perderemos la victoria que hemos cosechado, sino que nuestros enemigos se mofarán de nosotros a carcajadas. El éxito final está en vuestras manos y depende de vuestra resolución; la resolución de aprovechar este

momento de victoria para salir al encuentro de esos hombres que os han votado, para atraerlos a nuestras reuniones, organizados y aliarlos con nosotros. No todas las campañas venideras nos serán tan propicias como la presente. Esta noche, en todo el país, los políticos de los viejos partidos están estudiando estos resultados para acomodar a ellos su futura ofensiva. Y en ninguna parte será su actuación más rápida o más astuta que en nuestra propia ciudad. Los cincuenta mil votos socialistas de Chicago significan que la próxima primavera el municipio será gobernado por los demócratas, y éstos aprovecharán una vez más su mandato para engañar al electorado y poner nuevamente en funcionamiento y al frente del poder toda su maquinaria de corrupción y saqueo. Pero, sean cuales sean sus actuaciones cuando ocupen el mando, hay una única cosa que ciertamente no harán, cumplir con la función para la cual fueron elegidos.

Los demócratas no concederán a los habitantes de esta ciudad la facultad de regir su municipio. No tienen la intención de hacerlo y no lo intentarán tan siquiera. Lo que sí harán es proporcionar a nuestro partido la mayor oportunidad que haya conocido nunca el socialismo en América. La oportunidad de desenmascarar y poner en evidencia a los impostores que se dicen reformistas. ¡La oportunidad de no dejar a los demócratas que se dicen de izquierda un solo embuste con que cubrir sus vergüenzas! Y, a partir de ese momento, se iniciará una corriente imposible de contener; una marea que no dejará de avanzar hasta haber alcanzado su plenitud y, con ella, el más arrollador, el más poderoso de los fenómenos: ¡el agrupamiento de la ultrajada clase obrera de Chicago bajo la bandera de la revolución! ¡Y nosotros la organizaremos, la adiestraremos y la conduciremos hacia la victoria! Juntos aplastaremos a la oposición, la arrojaremos de nuestro camino y, entonces… Chicago será nuestra. *¡Chicago será nuestra!* ¡CHICAGO SERÁ NUESTRA!

Eso sucedió a la una de la mañana, en la noche electoral. Doce horas después, a la una de la tarde, Jurgis caminaba esposado junto a un policía, de camino a cumplir sentencia: dos años de prisión en la cárcel por agresión con homicidio en grado de tentativa.



UPTON SINCLAIR, Baltimore, 1878 - Bound Brook, 1968. Novelista y dramaturgo estadounidense de la Escuela Realista de Chicago, llevó la crítica social y los ideales de la lucha política a la ficción testimonial.

Autor de más de un centenar de libros, Upton Sinclair se dio a conocer a través de *La jungla* (1905), aunque escribió otras muchas novelas de tema social y político, y varios estudios en defensa de la prohibición o en contra de la prensa, lo cierto es que ninguno tuvo el éxito de su primera novela. De su famosa colección de once novelas sobre Lanny Budd, un adinerado agente secreto que participa en importantes acontecimientos internacionales, cabe destacar *El fin del mundo* (1940) y *Los dientes del dragón* (1942), que trata de la Alemania nazi y fue galardonada con el Premio Pulitzer en 1943.

Notas

[1] Upton Sinclair escribió un llamamiento en defensa de los trabajadores en huelga titulado «You Have Lost the Strike! And Now What Are You Going to Do About It!» que *Appeal to Reason* publicó. Después se trasladó a Chicago para estudiar el tema y comenzó a escribir la novela y a editarla por entregas en el periódico socialista. Al año siguiente salieron dos ediciones en libro de la obra. La publicada por la editorial Doubleday y la realizada por iniciativa del propio Sinclair (mediante mecanismos de autoedición, suscripción y apoyo económico de lectores). De estas ediciones idénticas (a excepción de un motivo socialista añadido en la de The Jungle Publishing Company) se eliminaron cinco capítulos. También la novela se reprodujo en otras publicaciones, como la revista trimestral *One Hoss Philosophy*. En 2003 apareció en la editorial See Sharp Press una nueva edición que se reclamaba original y sin censuras. En el artículo de Christopher Phelps, «The Fictitious Supression of Upton Sinclair's *The Jungle*» desmonta la falsedad que se señala en el prólogo a esa edición en el que se llega a decir que las alteraciones estilísticas que hizo Sinclair no se deben a un trabajo de economía artística sino por coacción directa o indirecta para apagar su «mensaje social», y explica las dificultades que tuvo para publicar la novela, en buena medida, debido a la violencia de las descripciones del matadero [en www.hnn.es/articles/27227.html]. < <

[2] George Herron, (1862-1925) sacerdote y activista socialista, fue, junto con Eugene Debs, Gaylord Wilshire o Charles E. Russell, alguno de los intelectuales que impulsaron las más importantes organizaciones socialistas norteamericanas. Herron abrió en los primeros años del siglo XX una escuela de Ciencia Social y desarrolló los términos de un arte social incluso en la música con sus Social Gospel. < <

[3] Willi Paul Adams, *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, p. 215. < <

[4] Una larga y cuidadosamente seleccionada bibliografía, entre las que se encuentran artículos testimoniales, memorias y reportajes, puede consultarse en *Eating History* de Andrew Smith, Columbia University Press, 2009, pp. 327-328. Merece la pena recordar aquí que la revuelta que se produce entre los marineros del acorazado Potemkin en la famosa película de Sergei Eisenstein tiene su inicio en las pésimas condiciones en que está la carne con que se alimenta a la tripulación de barco. <<

[5] Naturalmente, los informes, reportajes y libros de ensayo fueron también notablemente importantes en el conocimiento de la realidad social. Hoy aún se tienen muy presentes el de Jacob Riis, *Cómo vive la otra mitad* (1891), y el de James Agee y Walter Evans, *Elogiemos ahora a hombres famosos* (1941), ambos apoyados en documentación fotográfica. <<

[6] K. Marx y F. Engels, *Manifiesto comunista*, Madrid, Turner, 2005, p. 158. < <

[7] *Back of the yards* es un barrio de Chicago, en el sudoeste de la ciudad. Allí se encontraban los Union Stock Yards (distritos donde se empaquetaban los alimentos para la zona) hasta que fueron cerrados en 1971. En origen fue una población independiente, llamada Lake, hasta que se anexionó a Chicago en 1889. La población del barrio estaba formada por inmigrantes de Europa del Este, mayoritariamente polacos. (*Nota del Traductor*) < <

[8] Packingtown, nombre humorístico que alude a la ocupación primaria del lugar: «Ciudad de las conservas». (*N. del T.*) < <

[9] El *killing floor* es la parte del matadero donde se realiza el sacrificio del animal. Fue una expresión bastante popular en la cultura musical del blues, bastante arraigado en Chicago. Tanto Skip James («Hard times killing floor») como Howlin' Wolf («Killing floor blues») se sirvieron de esta metáfora en una línea que posteriormente llegó a figuras de la música negra como Jimi Hendrix o, más recientemente, Body Count. (*N. del T.*) < <

[10] Del poeta británico Matthew Arnold (1822-1888), «A Modern Sappho» compuesto en 1849. (*N. del T.*) <<

[11] Lituania fue una provincia rusa hasta 1918, cuando se convirtió en república independiente para, de nuevo, quedar integrada en la Unión Soviética a partir de 1945. (*N. del T.*) <<

[12] *Bubbley Creek*, que significa literalmente «remanso burbujeante»; indica un lugar de aguas estancadas, pero vivas a causa de las fermentaciones, origen del burbujeo. (
N. del T.
) < <

[13] Esto último en virtud de un juego de palabras existente en el original: *devilled ham* – *devyled ham*. (
N. del T.
) < <

[14] Fiesta que se celebra en todos los Estados Unidos el último jueves de noviembre. (*N. del T.*) < <

[15] «Comadrona», en holandés, como en el original. (
N. del T.
) < <

[16] En holandés en el original. Literalmente: «Dios del cielo». (
N. del T.
) < <

[17] En alemán en el original, «espíritu de la aventura», «ansia del nómada». (*N. del T.*) < <

[18] El 10 de noviembre de 1902 el rector de la Universidad de Harvard, Charles William Eliot, en un banquete del Economic Club de Boston pronunció un discurso en el que tachó a los sindicatos como una mala influencia para la educación de la juventud y a los esquiroles como «héroes americanos». Añadió además que los sindicalistas lo único que querían era trabajar lo menos posible y cobrar por ello la mayor cantidad de dinero posible. Su única reacción ante todo aquel que no escogiera trabajar todos los días hasta que su cuerpo quedara exhausto era el desprecio (Fuente: *New York Times*, 11 de noviembre de 1902). (*N. del T.*) < <

[19] La guerra de Cuba, que comenzó con el hundimiento, amañado, del acorazado de segunda clase *Maine* el 15 de febrero de 1898 y terminó con la entrega por España de Cuba, Filipinas, Puerto Rico y Guam con los Acuerdos de París del 10 de diciembre de 1898. (
N. del T.
) < <

[20] Institución fundada por las filántropas Jane Addams y Ellen Gates Starr y abierta en 1889 con el ánimo de ofrecer un centro cívico en el que se dieran cita iniciativas artísticas, culturales, educacionales y empresariales que investigaran y ayudaran a la mejora de las condiciones de vida en los distritos industriales de Chicago. (*N. del T.*) < <

[21] Llamado también Partido Greenback por haber sido creado (en 1874) para oponerse a un proyecto gubernamental de reducción fiduciaria y ulterior retirada de todo el papel moneda (a causa de su color verde los americanos llaman *greenback* a los billetes de banco) no emitido por el propio Gobierno. (
N. del T.
) <<

[22] Emanado del anterior, data de 1891 y sus afiliados, que recibieron el nombre de populistas, advocaban el incremento de la circulación fiduciaria, la libre acuñación de monedas de plata y la creación de un impuesto sobre la renta. (*N. del T.*) < <

[23] Referido a William J. Bryan, político que preconizó los tratados que llevan su nombre, referentes a las diferencias entre los Estados de la Unión. (
N. del T.
) < <

[24] Siglas de Gran Ejército Republicano. (
N. del T.
) < <

[25] Recibían este nombre los miembros de una sociedad secreta integrada por granjeros casados y cuyo fin era la protección de sus intereses territoriales. (*N. del T.*) < <

[26] Apelativo de una secta religiosa de colonizadores ingleses que en 1620 fundaron las primeras comunidades de Nueva Inglaterra. (*N. del T.*) < <

[27] Medida inglesa para áridos, que en los Estados Unidos equivale a treinta y cinco litros. (*N. del T.*) < <

[28] Recordemos que son datos referidos al final del siglo pasado, cuando la población de los Estados Unidos de América no sobrepasaba, efectivamente, los ochenta millones. (*N. del T.*) <<

[29] Russell Henry Chittenden (1856-1943) fisiólogo y nutricionista norteamericano pionero en sus análisis sobre digestión y dietética, pionero en los estudios de bioquímica. (*N. del T.*) < <

[30] «El Pequeño Gigante» alude, probablemente, a Walter Thomas Mills, quien tenía los rasgos físicos que describe Sinclair. Mills fue el autor de *The Struggle for Existence*, un voluminoso ensayo socialista publicado en 1904. (
N. del T.
) < <

[31] Referencia al escritor y activista socialista Jack London (1876-1916). (*N. del T.*) < <

[32] Este personaje es Eugene V. Debs, figura muy respetada y querida en el socialismo norteamericano. Fue cinco veces candidato del Partido Socialista a la presidencia de los EE. UU. y fue encarcelado por su oposición a la Primera Guerra Mundial. (

N. del T.

) < <

[33] En los años anteriores a la Primera Guerra Mundial el semanario *Appeal to Reason* («Llamada a la razón») fue la publicación periódica mundial con la tirada más alta. Fundada en 1887 por Julius Wayland, contó con la pluma de articulistas como Tom Paine, Karl Marx, Friedrich Engels, John Ruskin, William Morris, Lawrence Gronlund y Edward Bellamy. Hasta su cierre en 1922, fue blanco continuamente de la persecución, el espionaje y la criminalización por parte de las autoridades políticas y económicas de los EE. UU. (*N. del T.*) < <

[34] El cuartel general de *Appeal to Reason* estaba en Girard (Kansas), donde radicaba la Haldeman-Julius Company, la editora radical más importante de toda la historia de EE. UU. Durante su existencia, 1919-1951 publicó más de dos mil quinientos libros y panfletos, con una tirada total de más de cien millones de copias. (*N. del T.*) <<